



# MI NOMBRE ES PENUMBRA

Pablo Barrera

LA AVENTURA  
DE UNA MUJER ASOMBROSA  
QUE OCULTÓ SU IDENTIDAD  
PARA SOBREVIVIR  
EN UN MUNDO HOSTIL

Lectulandia

*«Vivo enjaulada en una levita negra y en la piel de un hombre. Antes lo estaba en una celda de piedra. Y mucho antes en una estancia de estrellas, papel y tinta. Sin embargo, mis entrañas se niegan a ser quien represento y me impiden mentir ante el espejo. Daos por engañados los demás, ese es mi triunfo y mi tormento. He perdido mi nombre, mi sexo, mis ideas; pero no soy un hombre, ni olvido lo que pienso, y ahora más que nunca vivo presa en este traje como hembra. No soy luz y no soy sombra. Mi nombre es Penumbra. Y apenas acierto a verme».*

A comienzos del siglo XVII, la marquesa Juana de Alcántara, astrónoma y física, es perseguida por la Inquisición. Por azar, gracias a su aspecto andrógino, consigue ocultar su identidad bajo el disfraz de un religioso para sobrevivir en la ciudad más podrida, llena de criminales y pasiones ocultas de todo el Caribe.

Allí, además de esconder su secreto (y su imposible atracción por el capitán del destacamento), se verá obligada a resolver unos misteriosos crímenes, mientras que, de fondo, el misterio de la selva y sus indios Invisibles acechan a ese lugar mágico llamado La Ciénaga y a todos sus habitantes.

**Lectulandia**

Pablo Barrera

# **Mi nombre es Penumbra**

ePub r1.0

Titivillus 01.08.15

Título original: *Mi nombre es Penumbra*

Pablo Barrera, 2015

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A mis tres clepsidras y el agua de mar que les da vida.  
A M. V., navegante.  
A B. P., A. C. y D. R., que hincharon de aire las velas.*

(Pieza de papel encontrada bajo la cama)

*...ón, mi amado,*

*He decidido seguir tus planes para liberar por fin mis cadenas. No podría soportar el destino que me espera. No quiero dormir una noche más imaginando la angustia de compartir el lecho con otro hombre.*

*He de probar otra vez tu magia.*

*¿Será esta noche? Me prometist...*

(Papel roto a partir de aquí)

Rasca, rasca, rasca hasta descubrirlo. El brillo de la avaricia se refleja en sus pupilas, así como el de esa piedra roja, semienterrada entre las raíces. Rasca, rasca, rasca y dale forma, líneas rectas, más brillo, una cadena. Las uñas se tornan negras, se parten. Pero la excitación del brillo le impide sentir dolor, y chilla ridículamente feliz atrayendo la mirada del resto. Por fin logra pasar los dedos por debajo del objeto y tira fuertemente para desenterrarlo.

Es un crucifijo.

Grita de alegría, y antes de que sus compañeros vengan a robárselo, el tití escapa por las ramas de los choibás hasta el montículo de piedras del claro. Los demás no confían en un lugar tan aislado en medio de los árboles, pero a él le gusta. En el profundo agujero bajo las piedras ha visto a menudo entrar a hombres. Entonces sale humo entre las grietas, y el olor es agradable. Como hoy. Escapa de las miradas de los demás escondiéndose entre dos rocas grandes, huele el humo y toqueteando nervioso su tesoro, el mono mira hacia el interior del agujero.

Abajo, dentro de la cueva, el viejo Arua Biku se mueve alrededor de la hoguera, escupiendo sobre las llamas y canturreando algo ininteligible. Espolvorea tierra de colores y el fuego se convierte a sus ojos en un monstruo de múltiples brazos y senos como tinajas. Arua Biku pide perdón por acudir al sueño de los Antiguos, les llama Padres Protectores, les asegura que pronto encontrará lo que le piden, pero necesita que una vez más iluminen su camino. Bebe un trago de su calabaza y escupe al fuego.

El dios de grandes senos muta en un árbol vigoroso. De sus ramas cuelgan figuras humanas. Sangre, muecas, vísceras. El viejo escupe de nuevo. Un cuchillo curvo y una terrible tormenta. Otro escupitajo. Padres que Protegen, cuándo llegará el Tesoro a mí... Una pequeña figura, frágil, de ojos grandes. Le brillan dos líneas sobre la frente.

Entonces se oyen unos sollozos en el fondo de la cueva. Arua Biku lleva allí su mirada. Acurrucado, un pequeño niño de raza blanca observa aterrorizado. Las llamaradas iluminan las paredes de la cueva, horadadas de arriba abajo con dibujos geométricos que evocan guerreros de la Antigüedad.

De repente cae algo brillante desde lo alto de la grieta, disolviendo las figuras en volutas de humo. Arua Biku lo rescata del fuego. Es el crucifijo. El viejo mira hacia el cielo a través de la grieta.

Afuera, al otro lado, el mono chilla de rabia e impotencia al perder su pequeño tesoro. Se aleja del claro y vuelve a los árboles. Desde allí mira fastidiado el mar a lo lejos.

Ese mar sobre el que viajan hombres brillantes como el metal.

# PARTE I

*IGNEM VENI MITTERE IN TERRAM*

(FUEGO VINE A ECHAR SOBRE LA TIERRA)



# 1

## LA PASAJERA

*15 de junio de 1614*

El mar se rompe con la embestida pesarosa de la nao más grande. Tras sus veinte metros de eslora le siguen otras dos algo más chicas, pero igual de abarrotadas de villanos, soldados, cabras y carga de venta y suministro que descansa bajo llave en la bodega. Lo menospreciado, la chusma, se protege como puede del sol caribe hacinados en cubierta, donde han comido, vomitado, orinado, vivido y yacido desde hace treinta y nueve días. En lo alto del palo mayor, donde no huele a humanidad, observa la lejana orilla el soldado Simón Lobato. Para no haber subido a un barco en sus veinticinco años, se maneja bastante bien entre botavaras y velámenes. El vigía se descuelga cerca de él.

—¡Soñador! Deja de mirar la costa y acércame aquel cabo...

Simón le mira como saliendo, efectivamente, de la modorra.

—¿Es eso ya La Ciénaga?

—No. Es Santa Marta. Esta tarde nos tocará deshuevarnos descargando media bodega. El capitán negociará por la noche con los mercaderes y mañana cargaremos otra nueva mercancía para vender en tu ansiada San Sebastián de la Ciénaga, y así pagar nuestro salario. Conque disfruta, que a la compañía no le toca este tajo...

—Seguro que a mi sargento se le ocurre algo para tenerme ocupado.

—Así al menos no soltarás la lengua a paseo. Nunca había visto soldado más insolente.

—En mala hora entré en el ejército. No estoy hecho yo para recibir órdenes.

—Un poco tarde para darse cuenta, gurriato.

—¿Cómo iba a pagarme el viaje si no? Pero, bah, duraré poco.

—Como que es tan fácil desertar.

—He oído que la colonia de La Ciénaga responde a su nombre, que la ley no existe y gobierna la molicie... Justo lo que yo necesito, vamos.

—Te aseguro que es así. Yo he estado allí dos veces, y no paso del muelle si se hace la noche. Durante el día lo que da miedo es la cantidad ingente de almas que inundan el puerto y el arrabal. Indios, mestizos, negros... Puaj, hasta pasar la muralla no cesa el hedor a salvaje. Al menos dentro hay algo parecido a la madre patria, en las casas y en las caras de la gente. Pero aun así yo no me fiaría de ninguno más que de los indios que hay al otro lado de la fortaleza. Todos dicen ser hidalgos y generales

y damas de alta alcurnia, pero antes perdía yo esta fila de dientes de puro viejo que encontrar a uno de esos libre de pecado.

Simón sonríe encantado. Lo dicho, se va a encontrar como en casa, si es que alguna vez tuvo una. El vigía comienza a descender arrastrando el cabo, pero se encarama de nuevo con aire de confianza.

—Eso sí, si tienes cuartos... dentro de la muralla está el mejor putiferio de todo el Caribe. Todas españolas, de carnes prietas y bravas en el catre.

—¿Y si no?

—Si no... afuera en el arrabal tendrás todos los culos indios que quieras por un mendrugo de pan. ¿Has probado alguna vez una salvaje?

Simón niega.

—Valen lo que el mendrugo de pan... A menos que tengas mucha hambre.

El vigía baja riendo. Simón le sigue con la mirada y deja caer sus ojos sobre el puente de mando. Allí el capitán atiende a su timonel, que intercambia banderas de colores hablando con los otros barcos. A la sombra masca una astilla el simpático de su sargento. Afortunadamente, no le tiene a la vista ahora mismo. Un poco más allá pasea nervioso el viejo franciscano. Solo hay dos camarotes en la nao. Uno lo ocupa el capitán, y el otro este religioso que apenas ha cruzado palabra con nadie en todo el viaje. Dicen que trae un tesoro de su orden en un arcón gigante que cargaron en Huelva. Como quiera que sea, nadie ha podido verlo en la travesía, pues el viejo no se aleja de la puerta más de cinco metros. Almuerza, caga y mea dentro de su aposento, el jodío; con lo bien que le vendría a Simón una visita a esos tesoros antes de llegar a su destino...

El sargento ha abandonado su sombrero y se acerca a la barandilla. Desde allí su mirada se cruza con Simón Lobato. Con una sonrisita de cabrón le hace señas para que baje. Por qué me habrá tocado a mí semejante macandón, piensa desde la botavara.

El sargento sorteja las otras lanchas amarradas intentando mantener la dignidad en la proa de la suya. El puerto de Santa Marta tiene bastante trasiego, y antes de que caiga la noche todos los pescadores intentan cerrar tratos y vender lo sobrante, aunque sea casi regalado. Desde que las naos amarraron a mediodía no ha dejado de haber movimiento alrededor de ellas, y el sargento ha buscado la menor excusa para bajar con una patrulla a tierra firme. Y nada más llegar a capitania le cae este embrollo y tienen que volver a bordo. Mira hacia atrás y se fija en el ridículo pasajero que transportan, que permanece inmóvil rodeado de sus soldados. Una capa le cubre totalmente la cabeza, como si quisiera mantener el incógnito. En el culo del mundo, y temiendo que le reconozcan. Los hay tontos y tontos. La cara está completamente oculta, pero la ropa sencilla y oscura y el pequeño crucifijo al cuello no dejan lugar a dudas. Jesuita, masculla para sí el sargento. Me apuesto el cuello.

La lancha llega por fin bajo la nao, donde Simón dormita en la barandilla como un lagarto.

—¡Eh, tú, Lobato! Despierta y tíranos un cabo.

Simón se despereza y obedece. El sargento alcanza la maroma y Simón pega un tirón para acercar la lancha, con tal fuerza que el bote golpea el casco y el sargento cae hacia atrás sobre el regazo de su pasajero. Entre azorado y furioso, patalea ridículamente para incorporarse, tirando a un remero al agua y agarrando del culo a otro. No sabe si pedir perdón al jesuita o lanzar un juramento a Simón Lobato, que jala la cuerda con insistencia disfrutando del momento. Se diría que incluso tira del cabo a voluntad cada vez que el sargento es capaz de alcanzar la verticalidad, haciéndolo caer de nuevo como un juguete de trapo.

—¡Simón Lobato, te aseguro que vas a fregar la chatarra de toda la compañía los próximos dos años! ¡Jala firme esa cuerda de una santa vez!

—Os juro que hago todo lo que puedo. Pero dejad de moveros o tiraréis a todo el pasaje al agua.

—¡Cuidado con los caimanes, que les gusta la carne blanca! —gritan desde una balsa vecina, cargada de pescado. Un marinero en cubierta se acerca a ayudar a Simón, pero este le aparta.

—¿Quieres ver al sargento en remojo? —dice discreto.

—No te atreverás.

—¿Qué te apuestas?

—Mi salario contra tu castigo.

—Hace.

Simón pega un último tirón y se oye un pesado chapuzón en el agua.

—¡Simón Lobato, dormirás en el calabozo el resto de tus días!

Simón Lobato limpia el moho de una armadura con afán. Una sonrisa se dibuja su rostro mientras abre su mano para contar de nuevo las monedas del marinero. Después mira a su sargento, quien, remojado y apurado, se afana en colocar un sombrajo para el jesuita en el puente. Tres soldados acercan sus petos donde Simón.

—¿Adónde vais, mochuelos? La criada de la compañía ha cerrado ya el puesto.

—Lo siento, querida —dice el primero de los soldados soltando el peto a sus pies—, pero el sargento dice que debemos presentarnos en La Ciénaga en perfecto orden de revista. Y mi armadura está echada a perder.

—Te haría limpiarla con la lengua si yo fuera el sargento —masculla Simón mientras ordena las armaduras a su lado—, y no ese gordo mamón que pelotea al cura.

—Chist, no te oigan. Ese es un tipo importante.

—¿Por eso va escondido con la capa?

—No, eso es por el sol. Parece que le da dolores de cabeza.

—Qué sensible. Por eso está el gordo pilo poniéndole la sombrilla.

—En Santa Marta nos han dicho que le llaman Páter Penumbra, por aquello de estar siempre a oscuras.

—... Y por lo cabrón que es, también.

—¿Y eso?

—Es mensajero del Consejo de Indias. ¿No veis el cartapacio que lleva colgando? Ahí debe de haber unas cuantas condenas de muerte.

—Estos tipos traen mal fario en un barco.

—Para empezar nos toca irnos solos hasta San Sebastián de la Ciénaga. Las otras naos traen averías y deben quedarse a repostar.

—¿Y por qué no las esperamos?

—Por el Páter Penumbra, tontonazo. Tiene prisa por llegar y desde puerto nos ordenan zarpar cuanto antes para trasladarle. Al sargento le han confiado personalmente su seguridad.

—A saber qué lleva en ese bolso...

Todos quedan mudos un instante mirando al siniestro sacerdote. Simón vuelve a frotar ruidosamente las armaduras.

—Por mis pelotas que antes de la noche averiguo la misión de ese pájaro.

Los soldados vuelven su mirada hacia Simón.

—Ya estamos.

—No te lo crees ni tú.

Simón les mira con sonrisa picarona. Todos sois iguales.

—¿Qué os apostáis?

San Sebastián de la Ciénaga resiste empecinadamente el empuje del manglar y la montaña en medio de una bahía cerrada y de difícil acceso en los días de mala mar. Una muralla rodea la ciudad como una apretada faja, creciéndole alrededor enormes faldones de casuchas apelotonadas que vierten en el puerto. Alejándose del mar con altivez desafiante, la verde planicie del valle da la espalda a la ciudad, moteada de haciendas, surcada de plantaciones, rota por carreteras, muriendo a los pies de la montaña abrupta que impone su ley enmarañada de selva confusa, como una frontera salvaje dispuesta a invadirlo todo de un momento a otro.

Nadie recuerda a quién se le ocurrió construir aquí un asentamiento. Quizá fueron esas leyendas que cuentan de un tesoro inmenso de los indios o simplemente la loca determinación de otro iluminado en busca de grandeza metiéndose cegado en un fango. Fuera lo que fuese, es un lugar nauseabundo, aunque sea visto desde lejos, desde lo alto de la montaña, adonde acaban de llegar el capitán Juan Trujillo y su compañía.

—Llega hasta aquí el olor a podrido del manglar.

—O será la mierda que suelta toda la canalla de ahí abajo.

—Fijaos, parece que vive más gente fuera de la muralla que dentro.

—He oído que hay más proscritos en esta bahía que en todo el reino de España.

—Los piratas por mar y los indios por la montaña... Mal sitio para un asedio.

—A mí me han dicho que cada cierto tiempo pasan a cuchillo al escuadrón al mando. Y esta vez nos toca a nosotros...

—Y yo no hago más que escuchar a viejas orinándose las faldas —resopla el capitán con hartazgo sin mirar a su tropa—. El que quiera volverse, ya puede recoger sus cagarros y echarse al monte de nuevo hasta Ciudad de Panamá.

Por mucho que proteste, Trujillo piensa igual que sus soldados: él no se merece un castigo como este. De los miles de destinos que podrían tocarle en las Indias, el Señor, en su divina gracia, le manda la penitencia de venir a este lugar olvidado del reino, donde no habrá méritos para su carrera ni botín para sus muchachos. ¿De dónde va a sacar motivos para que mueran a sus órdenes? Su destino estaba en La Española, construyendo una nueva fortaleza para defensa contra el inglés. A punto de embarcar llegó esa absurda carta de ayuda del corregidor de La Ciénaga y quién mejor que el viejo Juan Trujillo para poner en fila a esa corte de delincuentes. Es cierto que su fama le precede. Ha cortado de raíz insurrecciones, levantamientos, ataques de piratas y de indios a lo largo y ancho del Caribe durante quince años. Bien ganado se tenía el ascenso y la paz prometida construyendo un fuerte en La Española. Por una vez no fue una orden, sino un ruego por parte de sus superiores. Una última vez, dijeron; debemos mandar al mejor a terminar de una vez con ese tumor que lleva un siglo gangrenándose bajo las montañas. Lo que más le recontrajó es que aceptó cegado por esa estúpida hinchazón de orgullo adolescente que aún anida en su pecho, por muchas que sean ya las canas que rodean sus pezones. Está convencido de que su puesto en La Española estará ocupado cuando vuelva, si es que sale de este hoyo alguna vez. Alto, grandullón, melenuado, barbudo y ceñudo, Juan Trujillo mete miedo cuando escupe como ahora, con rabia, como para sacar de sí los pensamientos.

—El capitán tiene razón, chicos. No nos han llamado a nosotros por ser unas nenazas.

—Hemos prendido fuego a medio Caribe. ¿Quién tiene miedo de quién?

—¿Os acordáis de cuando secuestraron a la viuda del corregidor de Santa Cruz? No se me olvida la cara de susto del pirata franchute aquel cuando entramos gritando en su barco de madrugada.

—Jacinto el Mulo venía cantando una jota a la Virgen del Pilar. Los gabachos no entendían nada.

—Habíamos decapitado a ocho y todavía querían negociar el rescate. Hay que tenerlos de plomo...

Todos ríen. Trujillo respira aliviado. Menos mal que a esta banda no le hace falta mucha arenga para animarse. Se sienten inmortales después de años de triunfos. Cada uno tiene cien muescas en su espada igual que en la conciencia por tanto muerto que han dejado atrás. Y también un saco lleno de oro, amontonado a lo largo de los años

de saqueo, sobre el que duermen cada noche soñando con un retiro en unas tierras de labranza. Quizá de vuelta en Castilla...

Las luces de los hogares se encienden abajo en la bahía. Está cayendo el sol y aún queda un buen trecho.

—Vamos, en marcha, pandilla de cotorras. Todavía nos pilla la tormenta.

En el horizonte, sobre el mar, brillan de cuando en cuando los relámpagos.

Simón Lobato recoge las monedas de manos de sus compañeros. Los cinco se protegen de las olas bajo el puente de proa, entre aperos y maromas. La nao zarpó con la carga aún sin colocar en la bodega, para salir a mar abierto antes de que cayera la noche. Ahora el contramaestre mira preocupado el horizonte iluminado por relámpagos. Quizá el viento a favor les lleve rápido hasta la bahía de La Ciénaga y empuje también lejos la tormenta.

—Os dije que lo conseguiría, hermanos. ¿Cómo habéis podido dudar de mí? — Simón se pavonea sacudiendo al más remolón—. Tú, no te escaquees, ¿dónde está tu soldada?

—La perdí en otra apuesta esta mañana. Te la doy mañana en tierra.

—De eso nada, chato. A ver, dame tu cuchillo, que me gusta.

—Es un recuerdo de mi abuelo.

—Se siente. Me acordaré yo de él cuando me pele una manzana.

—Ya tienes lo tuyo, Lobato. Ahora cuenta de una vez qué es lo que has averiguado del cura renegrido ese.

Simón sonrío. Se presentó voluntario al caer la tarde para ejercer de pinche de cocina. De hecho, tuvo que pagar al cocinero parte de lo ganado en su apuesta del mediodía para que le permitiese servir la cena de gerifaltes en la toldilla. El capitán del barco, el sargento, el franciscano del camarote y el misterioso Páter Penumbra brindarían allá arriba mientras se iniciaban las maniobras de desamarre en Santa Marta. El viejo franciscano acudió a regañadientes, se ve que no estaba acostumbrado a compartir manjares tan voluptuosos como los que acababan de cargar en puerto. Se le vio incómodo durante toda la comida, ocupando un extremo de la mesa para no participar demasiado en la conversación. Pero era inevitable. Páter Penumbra, pequeñajo, avinagrado, picado de viruela, estaba sentado frente a él y no le quitaba sus ojos de huevo de encima.

—Fray Diego Ramírez, qué excelsa voz pierde Salamanca con vuestra partida — le espetó el jesuita nada más encontrarse en la toldilla—. He leído todos vuestros *Comentarios filosóficos*. ¿Por qué nos dejáis huérfanos de vuestro saber para venir a estas tierras?

—No sería digno hijo de Francisco si no destinara algunos de mis días a los pobres de la Tierra. Me avergüenza que conozcáis mis obras y mi nombre y sea yo ignorante del vuestro.

—Fiz de Talaván, a vuestro servicio y al de la Compañía de Jesús, Dios la bendiga.

A fray Diego se le heló el gesto al oír el nombre del jesuita, y aunque mantuvo la compostura, anduvo taciturno toda la velada. Simón Lobato se percató de ello mientras servía las viandas y haraganeaba para pescar lo más posible de la conversación.

—Tengo el honor y el privilegio de servir al Consejo de Indias y a su majestad como humilde mensajero. Hay ciertos documentos que el Consejo prefiere que sean entregados en mano a los corregidores de las colonias. Agradezco al Señor ser digno de confianza para esta tarea.

—Allá en Toledo había un Talaván jesuita en la plaza de la Cruz Verde —consignó el capitán despreocupadamente. Fray Diego redobló su atención—. ¿No seréis vos familiar?

El padre Fiz sonrió con indulgencia.

—Ya veis, fray Diego, como a mí también la fama me precede. Soy yo mismo, capitán, el Talaván al que usted se refiere. Y sí, también sirvo a la Suprema.

Una oleada de aire frío recorrió la toldilla, quién sabe si por la tormenta venidera o por la noticia de Páter Penumbra. El franciscano abrió la boca por primera vez:

—¿Y qué trae por aquí a la Inquisición española, padre? Que yo sepa, Nueva España tiene ya su tribunal.

—Decís bien, fray Diego. Pero los pecadores son libres de recorrer el ancho mundo. ¿No os parece una injusticia que los alguaciles de la virtud no puedan hacerlo?

—Nadie escapa a la mirada del Señor —dijo sombríamente el franciscano.

—De eso podéis estar seguro. Son muchos los herejes que viajan a las Indias huyendo de la «mirada» de Dios.

—¿Sois pues un cazador de herejes, padre Fiz? —El capitán parecía divertido en su curiosidad.

—Solo busco a quien pecó en Castilla y en Castilla ha de ser juzgado.

—Cuántas molestias se toma el Santo Oficio por enderezar almas.

—Los que se alejan del camino de la salvación deberían saber que por lejos que se escondan nunca podrán escapar. Por ejemplo, en este zurrón llevo una orden de busca y captura que...

Simón sonrió para sí, exultante. Echó cuentas de lo que iba a ganar esa noche de una tacada, en cuanto contara todos estos chismes. En cambio, el franciscano se echó atrás en su asiento, sombrío. Fiz de Talaván clavó sus codos, inquisitivo, sobre la mesa.

—¿Conocéis a doña Juana de Alcántara, fray Diego?

—¿La marquesa? Sí.

—Fue alumna vuestra, he oído decir. Hay quien cuenta que vestía como un muchacho para acudir a vuestras clases.

Todos miraron al franciscano, que movió la cabeza afirmando silencioso.

—Hay mujeres que necesitan más collares que un perro para atarlas quietas —se atrevió a decir el sargento—. Ingeniosa hembra esta de que habláis.

—No saldréis de vuestro asombro. Es una mujer enferma de soberbia que no solo se ha atrevido a desafiar las limitaciones de su sexo estudiando, sino que incluso ha publicado libelos que bajo la excusa científica y humanista no son más que exaltaciones al ateísmo.

—Santo Dios.

—No hay leyes suficientes que nos protejan de las mujeres. —El capitán y el sargento hacían lo posible para dejar clara su postura, haciendo más notorio el silencio del franciscano.

—¿Vos los habéis leído, fray Diego?

—No lo recuerdo.

—Pero sabréis sin duda que fue denunciada por ellos y arrestada a la espera de juicio.

—Algo había oído.

—Lo que quizá desconozcáis es que se ha dado a la fuga.

El asombro cundió por la mesa. Fray Diego Ramírez parecía desear que cayera un rayo sobre cubierta para que todo aquello terminara de una vez.

—Dejadme adivinar —sugirió el capitán—, vos creéis que la dama ha escapado a estas tierras.

—Así es, mi capitán. La marquesa fue capturada en Cádiz y confinada en el castillo de Sancti Geni, donde iba a ser juzgada. Pero antes de que llegara el Santo Tribunal —el jesuita esbozó un soplido en el aire— desapareció mágicamente.

—Una prueba fehaciente de brujería —aseveró el sargento.

—Más bien una prueba del poder y las amistades que es capaz de remover esta pecadora. Estamos seguros de que tuvo ayuda exterior. Pero aún no nos explicamos cómo consiguió salir del castillo. Pensamos que cruzó la bahía hasta Huelva y embarcó hacia las Indias en algún momento de los últimos tres meses.

—Es un caso excepcional, sin duda.

—Y ejemplarizante. Si devolvemos a esta mujer ante el Santo Tribunal, en España, no solo mantendremos estas tierras vírgenes de herejías, sino que convenceremos al mundo de que no hay pensamientos posibles que escapen...

—... a la mirada de Dios —concluyó fray Diego.

—Alabado sea.

—Y en ese momento sonrió como si acabara de ganar una mano de cartas. No os podéis imaginar cuán siniestra es esa sonrisa en semejante cara de vinagre. —Simón Lobato termina su relato chupeteando una presa de carne que ha robado de las sobras. Los soldados se estremecen imaginando al Páter Penumbra en la toldilla—. Tomaron vino y frutas enormes de formas y colores imposibles. El sargento no se privó de nada, el cabrón; pero os aseguro que el franciscano apenas probó bocado.



—¿No dices que conocía a la bruja aquella? Yo también estaría acojonado.

—El jesuita le invitó a recordar a alguna de las amistades universitarias de la hereje; o le preguntaba: «¿Cómo os imagináis que se fugó?». Amigos, yo he estado ocho veces en el calabozo, pero os juro que nunca me han apretado de esa forma.

—Aun así, el viejo no soltó prenda...

—Mirad, por ahí va, más blanco que un cirio.

Los soldados miran hacia el puente bajo la toldilla. Fray Diego acaba de bajar las escaleras y se dirige a su camarote tras despedirse del capitán y del padre Fiz. Desaparece tras la puerta sin apenas dejar ver lo que hay en el interior. Simón mira con aire felino.

—¿Qué guardará el viejo ahí dentro? —deja caer para ver el efecto que produce en sus compañeros.

El más avezado se levanta rápidamente:

—Para el carro, Simón; a mí no me sacas más los cuartos.

Fray Diego Ramírez enciende una mecha en la oscuridad de su camarote. De techos bajos y abarrotada de arcones, aperos y libros, apenas queda sitio para el catre encajonado entre tablas y una pequeña mesa anclada al suelo. El viejo abre la lámpara para prender la vela refugiada en el interior, pero no acaba de acertar.

—Parece que os cuesta encender la vela, padre. —Se diría que la chispa que viene y va es la que trae este susurro desde el fondo de la estancia.

—La nao se mueve como un demonio. Y baja la voz, insensata, que no está el horno para bollos.

—Será más bien que os tiembla el pulso. Deberíais dejarme probar a mí.

Como una imagen espectral surge de entre los arcones la figura de una mujer delgada y de duras facciones rematadas por una extraña nariz. El pelo sucio y las ropas arrugadas le dan un aspecto mayor que sus treinta y tantos años. Alarga la mano para arrebatar la chispa del fraile y pareciera que en ese momento el fantasma se tornara real. Al prender la llama, las sombras cambiantes marcan aún más los rasgos extremos de su nariz y pómulos. Sonríe como si fuera la primera vez que ve la luz ante sí.

—*Ego sum lux mundi*. —Cierra la lámpara y sopla la mecha en un rápido movimiento. El fraile saca de su manga unos trozos de pan y carne que deja sobre la mesa.

—Sigue poniendo en tu boca la palabra de Dios y seré yo mismo quien te denuncie al Santo Oficio.

La mujer se sienta a comer ávidamente los pedazos de comida.

—Ya gozo de ese honor. Y teniendo el infierno asegurado, me puedo permitir blasfemar a mi antojo.

—Juana de Alcántara, ¿tú sabes quién está en este barco viajando con nosotros a

La Ciénaga?

—Claro que sí. Se os oía perfectamente a través de las maderas del techo.

—¿Has salido del arcón durante la velada? —El fraile se acerca a la puerta nerviosamente—. No sobreviviré a este viaje contigo.

—Eso lo lleváis diciendo desde que me enseñasteis latín a los doce años.

—Porque eras tan dura de mollera como ahora. Y si hubieras aprendido entonces a guardar tu lengua más a menudo, treinta años más tarde no estaríamos tú y yo metidos en este barco.

—Vamos, padrecito, si solo persiguieran a los lenguaraces, acabarían con medio imperio. Por mucho que se le llene la boca a este jesuita con mis herejías, lo que persiguen son mis rentas y mis terrenos. Y mientras no esté juzgada y condenada, no se pueden hacer con ellos.

—Vive Dios que están más cerca que nunca de conseguirlo.

—Ese Fiz de Talaván es un tarugo y ni se imagina que me tiene bajo sus pies. Os ha dado candela a vos porque os ha visto nervioso, no porque sospeche nada de mí. Llegaremos a San Sebastián mañana y desapareceré tan «mágicamente» como lo hice de Sancti Geni.

—Ya me dirás cómo, con este Mercurio alado revoloteando por la nao.

Juana se da golpecitos en el costado.

—Lo que no puede la Providencia lo consigue el metal dorado. Algo se me ocurrirá.

—La soberbia es pecado capital, señora mía. No deberías confiar tanto en tu suerte.

—Confío en mi inteligencia, que vos supisteis germinar en esta cabeza dura.

—Lo que sospecho es que ni en este lugar inmundo tendremos paz. Quizá debamos pensar en huir más lejos, partir por tierra hacia Nueva España...

—Hum. Qué maravilla, la carne fresca. Cómo la echaba de menos...

—Acaba ya y vete de nuevo al arcón. Creo que oigo pasos por aquí fuera...

—Será nuestro Páter Penumbra husmeando. —Se levanta riendo—. Les he oído el apodo a los soldados. Le viene que ni pintado. Adiós, padrecito, me vuelvo con mis piojos y garrapatas a repasar álgebra. Son alumnos muy insistentes. Me agujonean con sus preguntas sin cesar...

Juana se acerca al fondo del camarote. Detrás de una pila de cofres y sacos, un arcón grande medio abierto espera para devorarla de nuevo en la oscuridad.

—Heme de vuelta, caballeros, me reúno de nuevo con vuestras mercedes...

Fray Diego espera a que el arcón la engulla para alejarse de la puerta. Verdaderamente ha sentido una respiración al otro lado y temía que llamaran de improviso. Apaga la vela como para conjurar el peligro y se tumba en el catre.

Afuera, al otro lado de la puerta, Simón despega su oreja. Simulando protegerse del viento, estaba pegado a la pared por si pillaba algo. No sabría decir si el viejo rezaba o chismorreaba con alguien. Sospecha que de este cuarto él va a sacar algún

provecho. Ya veremos mañana.

Anochece sobre la bahía cuando Juan Trujillo y sus soldados llegan a las primeras casas del arrabal. Indios silenciosos sentados a la puerta de los bohíos, mezclados con animales y basura, con europeos de todo pelaje borrachos, dormidos, fumando, conspirando. Es un camino embarrado que lleva directo a la puerta de la muralla. Ya está cerrada a estas horas y solo se pasa con santo y seña. La compañía para ante la mano alzada del vigía de guardia, grasiento y desaliñado como todo lo que le rodea.

—No se pasa.

—¿Quién lo dice? —pregunta Lucas el Flecha, un jovencito insolente y delgado como su apodo, que se adelanta al grupo.

—Soldado, está hablando con un oficial. Lo primero es cuadrarse. Lo segundo, acatar. Las puertas están cerradas a la caída de la noche por orden del capitán de la colonia.

—¿Y quién es ese capitán?

—Muchacho, un respeto. El capitán murió hoy hace tres semanas. Pero aquí se acata su ley hasta que venga el siguiente. Y ahora mismo dile a tu jefe que...

—Mira, gordo pilón —le corta Lucas impaciente—, la ley no está detrás de esa puerta sino delante de tus narices, igual que tu nuevo capitán. ¿Quieres hablar con mi jefe? Ahora mismo le verás. Pero te recomiendo una cosa: ve abriendo esas puertas si no quieres que tu jefe y el mío se acuerden de tu nombre hasta el día de tu licencia.

El vigía ha ido mudando el color de su rostro hasta perder todo riego sanguíneo, más aún cuando ve acercarse otro caballo desde el grupo, esta vez con la enorme figura barbuda del capitán Trujillo.

—¿Quién es el que nos retrasa? ¿Sois vos?

—Oficial de guardia Cipriano de Écija, a su servicio, señor. —Se cuadra el vigía ante la voz vibrante del capitán.

—¿Cuánto llevas de guardia, oficial?

—Desde el amanecer, señor. Y vive Dios que ha sido una jornada dura.

—Pues estarás hasta el amanecer de mañana, para que practiques con todos los que lleguen unas mínimas normas de respeto. ¿Cuál es el santo y seña para hoy?

—«San Vito y San Modesto, a las fieras por tormento».

—Pues es lo primero que se pregunta. Abre esa puerta de una santa vez.

—A la orden, señor.

El aturullado vigía corre a vocear a sus acólitos para que abran. El capitán Trujillo y su compañía entran en la ciudad riendo alegremente.

Trujillo avanza por las calles sobrecogido por la gente que se esconde a su paso en las esquinas, por las casas a medio construir, intentando despegar de su piel el mal fario que parece supurar de las paredes.

Las callejuelas confluyen en la plaza porticada que recuerda, como en todas las

colonias, a la vieja Castilla, donde aguarda la torre de la iglesia y su convento semiderruido, y enfrente, el sombrío cuartel que impone su presencia como un viejo animal herido. Nació casa señorial, mutó en breve monasterio y, de postre, acabó de almacén mohoso de las tropas permanentes de la ciudad, guardando en su interior un patio amplio de soportales y caballerizas, un sótano de calabozos, una nave para la soldadesca y, con la solemnidad ridícula de un hidalgo de pueblucho, el edificio del cabildo, con sus grandes balcones bostezando sueños de grandeza.

Dentro, en la sala de la segunda planta, el corregidor remueve con impaciencia la bola que decora el brazo derecho de su sillón. Lope Aguilar no recuerda ya cuánto tiempo hace que se despegó y gira alrededor del clavo que la sujeta. No sabría cómo concentrarse sin esa bola. Aun así, desde que el regidor Sancho Manosprietas ha comenzado a hablar, ha perdido el hilo de sus pensamientos.

—... No podemos asustar al nuevo capitán con historias sobrenaturales. Además, seguro que con la sola presencia de la nueva compañía, todo se tranquiliza en la colonia. —Manosprietas es fofo y calvo, nervioso y desconfiado. Intenta ir por delante del corregidor para asegurarse de que no piense de manera autónoma demasiado a menudo.

—Lo que no sé es por qué tenemos que traer a un extraño a que maneje nuestros asuntos —escupe Sabino Irrazu desde la ventana. El alguacil mayor tiene un aspecto tan adusto y pétreo como su forma de hablar.

—A ver si crees que en Panamá iban a admitir regalarnos esa cantidad de soldados sin traer a alguien al mando. Y menos con la fama que tenemos. —Manosprietas camina de un lado a otro recolocando los objetos.

—Bastante que no hayan revocado mis capitulaciones —añade el corregidor—. Tenemos que acabar con todo esto antes de que nos manden de vuelta a Castilla con un juicio sumarísimo.

—¿Alguien sabe quién es este Trujillo?

La voz proviene de la parte más oscura de la sala. La voz profunda del Oso resuena imponiéndose a los demás. Grande, incómodo con su cuerpo, se remueve en un sillón. Contrasta su voz lenta con una sucesión de tics impacientes, los del que nunca tiene que esperar por nadie. Sabino contesta sin moverse:

—Yo oí hablar de un Trujillo hace doce años en la revuelta de Amatique. Antes de comenzar la batalla azotó a doce de sus propios soldados por no tener los petos correctamente ajustados. Era el más estricto de todos y temido por ello. Hacía trabajar a los suyos las veinticuatro horas. Hasta el descanso estaba regulado. Al final del día, su escuadrón fue el único que no tuvo ninguna baja. Repartieron su botín y se fueron a dormir sin permitirse ni una gota de licor.

—¿Y cuál es su precio?

Todos miran al Oso. Este espera respuesta, retador.

—Todo el mundo tiene uno —remata con una sonrisa. Sabino le desprecia volviendo a mirar por la ventana.

—Si queréis, Osuna, preguntádselo vos mismo. Están entrando por la puerta.

Manosprietas se acerca veloz a la ventana. El portón del patio vomita el extenso conjunto de lanceros, caballos y armaduras en el interior. Frotando las manos, susurra a Sabino:

—Lo dicho: ni palabra de lo que ha pasado con tu hermano.

Trujillo descabalgua y mira a su alrededor. Algunos soldados agrupados observan con gesto cansado a los recién llegados. Suciedad y dejadez por doquier. Cerca de las caballerizas, un soldado enjuto y con cara de niña trata infructuosamente de retener a una mujer joven que esperaba sentada en el suelo y que al ver cómo se abrían las puertas quería salir a la carrera. El soldadito cae entre patadas al barro y la mujer corre disparada. Es interceptada por Trujillo al vuelo, que la coge por la cintura alzándola solo con un brazo. La mujer se remueve incapaz como un molino rabioso.

—¡Suéltame, cerdo asqueroso! ¡No tienes derecho a agarrarme así, desgraciado!

—¡Soldado! —brama Trujillo, llamando al embarrado niño—. ¿Quién es esta mujer?

El soldado se acerca limpiándose la mugre del suelo.

—Ella es... Todo el mundo la conoce, señor. Es Marina, la del burdel de la Bejarana.

—¿Una fulana en el cuartel? ¿No me dirás que estaba ejerciendo aquí dentro?

—Está arrestada, señor. Mordió al sargento Miquélez esta mañana.

—¡Y te morderé a ti también si no me sueltas, burro con bigotes! —grita la aludida, intentando librarse.

—Creo que he oído rebuznar en mi idioma por aquí...

Trujillo mira como buscando y cuando encuentra el culo de Marina atezado por su brazo, comienza a sacudirle azotes ante la risa de la soldadesca.

—¡Mi culo no se toca, animal! ¡Te arrepentirás de esto, hideputa, bastardo, seas quien seas, te cortaré los dedos yo misma!

—¿Cómo te llamas, hijo? —pregunta Trujillo al embarrado soldado.

—Soldado de infantería Blas de Lepe, señor. Para servirle.

—¡Flecha! Ayuda a Blas de Lepe con esta mula. Ya que no hace más que dar coces, lo suyo es que la atéis ahí mismo, junto a los caballos.

Trujillo la arroja al suelo de un golpe. Lucas el Flecha se acerca, y junto a Blas, la llevan hasta una argolla de la pared.

Trujillo mira al cielo, desde donde caen las primeras gotas de una tormenta de las que prometen. Su mirada se dirige después a una ventana iluminada del edificio. Las siluetas de Sabino Irrazu y Sancho Manosprietas se recortan en el vano.

Los terribles golpes en la puerta hacen estremecer al franciscano. ¿Debe abrir o no darse por enterado?

Finalmente, contra los deseos del capitán del barco, el viento no fue tan rápido

como la tormenta, y esta les alcanzó con la tierra ya a la vista. Metidos en un remolino de oleajes, el contramaestre se esfuerza por mantenerse lejos de la costa hasta que no pase lo más violento de los embistes, por temor a chocar contra los peligrosos salientes que apuntan en la estrecha entrada de la bahía.

Fray Diego Ramírez ha permanecido en el catre muerto de miedo desde entonces, aferrándose a los listones, rezando contra la furia del Señor, sin duda enfadado por las veces que Juana y él le han fallado y luchado contra sus designios. Juana, encerrada en su cofre, no ha podido evitar soltar algún quejido cada vez que los bultos golpeaban contra las paredes de la estancia. Al menos de esa forma fray Diego sabía que ella seguía viva. Igual que esa muchedumbre de desgraciados que gritaban en cubierta, sin que tuvieran forma de protegerse de la cólera de los cielos más que agarrándose entre ellos.

Y de repente, estos golpes en su puerta, conminándole a abrir; los gritos desde el exterior, dispuestos a tirar la puerta abajo; el temor a quien esté al otro lado; la desesperación por ocultar, mentir una vez más.

Finalmente, el franciscano se decide. Apoyándose en las vigas del techo llega hasta la portezuela y la abre. El padre Fiz, más Páter Penumbra que nunca, empapado y silueteado por los relámpagos, se dibuja en el hueco, acompañado del sargento.

—Hacednos sitio, fray Diego. Aquí fuera caeremos por la borda.

—Pero mirad, en este pequeño espacio no se cabe: está lleno de bultos.

—Pues los sacaremos fuera. Las vidas son el bien máspreciado del jardín del Señor.

—Pero padre Fiz...

—No se hable más. —El sargento toma la palabra con celeridad asomándose a la barandilla—. ¡Eh, Lobato, ven aquí con otros dos y saca estos cofres!

Simón, resguardado bajo el puente, se resigna a su mala suerte. Cómo no iba a tocarle a él. Ya pensará en alguna venganza contra este baboso. Le hace una seña a otros dos a su lado, suben tambaleándose las escaleras y llegan casi a cuatro patas hasta la portezuela del camarote. Por fin puede Simón echar un ojo al interior del cuartucho y admirar los cofres amontonados.

—¡Vamos, sacad lo que podáis para hacer sitio! ¡Sobre todo aquel grande de la esquina!

—¡Ese arcón no, por Dios! —Fray Diego sufre mientras se agarra al quicio de la puerta para no caer—. Hay... hay una figura de San Francisco... muy valiosa...

—Que San Francisco nos perdone, padre, si salvamos el pescuezo.

Los soldados entran y sacan los primeros bultos sin miramientos, tirándolos al exterior. Simón se esfuerza con el arcón grande, arrastrándolo hasta el centro del camarote.

—Ayudad, mi sargento, que esto pesa como un muerto.

El sargento se acerca a tirar mientras Simón acude al otro lado, para empujar hacia fuera. Pero un nuevo bamboleo redobla el estirón del soldado tumbando el

arcón y sepultando al sargento debajo. Al caer se oye un agudo grito que parece provenir del interior.

Todos quedan en silencio, extrañados. Un sonoro trueno se deja oír en el exterior.

—Por Dios santo, ¿qué ha sido eso? —pregunta el padre Fiz desde la puerta.

—Ha sido el sargento, al caerle encima el cofre —apunta fray Diego.

—Yo más bien diría que ha sido San Francisco. —El jesuita se abalanza al interior con un brillo en los ojos.

—Por lo que más quieran... Quítenme esto de encima... —gime el sargento, a quien nadie hace caso. Fiz de Talaván aparta al franciscano que manotea para evitar que aquel indague en las aperturas del arcón. No llevan candado, solo unos cierres a presión y un agujero redondo entre medio.

—Se ve que vuestra talla necesita respiradero, fray Diego. Abrid ese cierre, soldado.

El padre Fiz se afana con uno de los cierres mientras Simón, con curiosidad, lo hace con el que le cae cerca. Presionándolos a un lado, ambos se abren. El cura levanta la tapa con fiereza. Un gesto de excitación dibuja el rostro afilado cuando ve premiado su esfuerzo. Juana, acurrucada, se remueve para incorporarse y mirar de frente a su adversario.

—Fray Diego Ramírez, pagaréis por vuestros pecados —saborea el jesuita—. No sois digno de llevar los hábitos que cuelgan de vuestro sucio cuerpo.

Pero el viejo franciscano ya está de rodillas rezando desesperado. Qué estrambote, piensa Simón, mira que he visto cosas yo, pero que me empalen si me encuentro en otra como esta alguna vez.

—Fiz de Talaván, dejad a este pobre hombre, que no es culpable de nada, y llevadme a mí, ya que habéis tenido la enorme suerte de dar conmigo.

—No tengáis duda, mi querida señora. Desde ahora vuestro destino va unido al mío para siempre. Soldado, sacadla de ahí.

—Sí... por favor... —gime desesperado el sargento bajo el arcón.

Simón agarra como puede a la mujer sacándola del baúl. El sargento se libera levantándose dolorido. Mira alucinado a Juana.

—¿Esa es...?

—La hereje Juana de Alcántara. Habéis viajado con ella treinta días sin daros cuenta. Pero esta bruja ya no irá más lejos en su huida. Atadla a la barandilla del puente, no utilice su magia para desaparecer otra vez.

—¡Por Dios, no quieran mis ojos verlo! —El sargento se deja llevar por el pavor a la tormenta—. ¡Vamos, Lobato, sácala fuera!

—No seáis desconsiderado, padre —se burla Juana—. Agradecedme al menos que os dejo sitio a cubierto.

Simón sale con Juana al puente, donde jarrea sin compasión, y la ata como puede a la barandilla con las manos a la espalda, mientras los empujones de las olas a duras penas les mantienen en pie.

—Anda que así va el reino. A punto de hundirnos en el mar, y los jefes pensando en quemar a brujas.

—¿Tú no me tienes miedo, soldado?

—Llevo timando a pardillos con la baraja desde los doce años, señora. Si sois una bruja, yo soy el demonio con cuernos y rabo.

Juana no ha dejado de contemplar las olas con una mezcla de susto y excitación. Mira al camarote, donde el padre Fiz y el sargento se protegen de la tormenta. Vuelve sus ojos hacia Simón, como midiéndole el tamaño de su golfería.

—¿Y tampoco tienes miedo a morir?

—Ya resucitaré. Los demonios somos como los gatos. —Simón le sonrío antes de bajar a resguardarse.

—Soldado, tengo una oferta para ti... por si resucitas.

Simón mira esos ojos como fuego en un rostro tan disparejo. Picado, se acerca a revisar una vez más las ataduras. Juana le habla al oído:

—Bajo mi ropa, en el costado, tengo una bolsa llena de joyas y dinero. Libera mis manos y déjame lanzarme al mar, y todo será tuyo.

—Podría quitaros la bolsa sin necesidad de liberaros.

—Lo dudo. No podrás abrir el vestido si no me separas los brazos.

Simón sonrío. Este espanto de mujer tiene la mente despierta.

—Date prisa, muchacho. Si no, me ahogaré inmensamente rica.

—Vais a ahogaros de todas formas, pero como yo digo —Simón saca su cuchillo nuevo y corta las cuerdas de Juana—, cada uno con sus cadaunadas...

Simón corta después los lazos de la espalda del vestido y lo afloja para meter la mano en busca de la bolsa. Entonces se lanza hacia ellos la sombra alargada del padre Fiz desde el camarote, que ha visto a Juana moverse liberada. Esta se despoja del vestido con un rápido gesto.

—¿Pero qué haces, insensato? —grita el jesuita sujetando con furia a la mujer, como un animal salvaje. Pero ella estira su brazo para clavarle los dedos en ojos y boca. Tanto meneo impide a Simón meter mano en el costado de la dama, y los tres se tambalean como peleles en el puente, hasta que una embestida de las olas les empuja hacia la borda con tal fuerza que Simón siente sus costillas crujir al golpearse. Trata de sujetar a las dos fieras, pero se estremece al ver el rostro ensangrentado, excitado por la pelea, del cura agarrando a su presa. Ese segundo de flojera es vital, y Simón siente desvanecerse entre sus dedos la tela de la camisa de esa mujer extraña y desaparecer como absorbidos por el viento los dos cuerpos, jesuita y bruja, en la oscuridad de la lluvia. Simón se asoma a la barandilla viendo las dos cabezas pelear en el agua, y solo piensa en esas joyas que se pierden para siempre.

Desde abajo, el bamboleo agónico de las olas aleja rápidamente el barco, como parte de un mal sueño que se resiste a acabar. Un embudo gigante de espuma engulle a Juana de Alcántara y a Fiz de Talaván, agarrados el uno a la otra, como si fueran una sola persona.



El oficial de guardia Cipriano de Écija maldice su mala suerte mientras se envuelve en su capa para guarecerse de la lluvia. Ocho días sin tormenta, ocho, y tiene que caer la de Dios es Cristo justo el día que se topa con el nuevo capitán. Pasea por lo alto de la muralla adivinando por dónde pisa de relámpago en relámpago. Las antorchas se arruinaron en cuestión de segundos en cuanto comenzó el aguacero. Se metería en la garita a olvidarse de todo con un trago de aguardiente, pero teme que el tal Trujillo aparezca de nuevo para amargarle la existencia y le tenga de guardia el resto de sus días. A ver cuánto le dura la arrogancia al nuevo, masculla para sí. Este lugar acaba con los arrestos del más pintado. ¿Qué es aquello de ahí abajo?

Cipriano de Écija se queda clavado asomado al exterior. Le ha parecido ver una sombra en el camino, pero ahora la oscuridad invade de nuevo el horizonte. Le parecen interminables los segundos hasta el siguiente relámpago, aunque cuando este llega, lo hace sin avisar, y casi le coge desprevenido. Pero ahora puede estar seguro. En el camino hay una figura, alta, delgada, con los brazos extendidos. No tiene montura ni casco ni protección. En la mano derecha parece llevar un cuchillo.

—¿Quién va? ¿Quién va!

Pero la sombra delgada no contesta. Desde allí arriba solo acierta a escuchar un zumbido monótono, como si el fantasma del cuchillo canturreara una salmodia.

—Me cago en el capitán Trujillo...

El vigía se zambulle en las escaleras que bajan de la muralla. Por el camino pega voces para avisar a algún compañero, pero todos parecen haberse escondido bajo las piedras como los murciélagos. Se acerca al portón y abre el pequeño ventanuco enrejado para mirar de nuevo al exterior. Intenta adivinar la figura en la oscuridad cuando un nuevo relámpago le hace dar un respingo hacia atrás. La lánguida figura está más cerca de lo que él pensaba. No solo tiene un cuchillo curvo en las manos. Lleva la camisa manchada. No sabría decir si es barro o sangre.

Agarra una lanza con cierto nerviosismo y abre la cancela del pequeño portazgo. Sale al exterior apuntando al sucio fantasma.

—¡San Vito y San Modesto! ¿Me oyes, mastuerzo? ¡Santo y seña!

Pero el hombre sigue canturreando a lo suyo y se gira dándole la espalda. Comienza a caminar alejándose de la muralla. Se para, mira atrás y mueve la cabeza. Se diría que está pidiendo al vigía que le siga. Cipriano de Écija mira al portón, maldice por lo bajini ante la ausencia de compañeros y camina detrás del alucinado aparecido. Le parece que cada vez recita con voz más alta. El soldado apenas distingue al hombre entre la espesa cortina de lluvia y la oscuridad trufada de truenos. Respinga con una piedra y pierde la lanza. Se tumba al suelo nervioso a buscarla tanteando el barro sin ver nada.

—¡Eh! ¡Demonio con patas, párate! ¿Dónde estás, desgraciado? ¡Espera!

Un nuevo relámpago dibuja al aparecido justo delante de él, más cerca de lo que se ha atrevido nunca, tanto que ahora reconoce su cara. Cipriano de Écija cae hacia atrás asustado. El alucinado extiende de nuevo sus brazos con el cuchillo y entonces

el vigía, desde el suelo, puede distinguir detrás del loco lo que este ha venido a enseñarle. También ahora entiende claramente su salmodia, que grita con voz cada vez más alta:

—*¡Ignem veni mittere in terram!*

Trujillo avanza deprisa con varios de sus soldados. Le despertaron con golpes en la puerta y desde el primer momento supo que pasaba algo malo. Ha aprendido a oler el peligro en la gente, como si excretaran miedo en lugar de sudor. Los que le llamaron intentaban mantener la hombría, pero sus miradas traían un aroma acre que reconoció enseguida. Tomó la espada y el peto de una esquina del cuarto, y a su paso por el patio del cuartel llamó a dos o tres de los suyos, que reconocieron su tono de voz y sus andares de cuando algo importante está pasando. Todos se dirigieron hacia el portón de la muralla que habían traspasado por primera vez aquella tarde.

La lluvia y el barro aderezan el camino por el que avanzan a grandes trancos. Unos metros más allá, unas antorchas grandes luchan por no apagarse bajo la tormenta. Un grupo de soldados retiene al enloquecido mensajero, que sigue musitando latinajos arrodillado. El oficial Cipriano de Écija, sentado en el borde del camino, mira a los recién llegados tratando de limpiar el vómito que mancha su camisa. Otro guardia les señala un gran árbol al borde del camino. Las antorchas iluminan las ramas. Colgados de ellas, dos cuerpos semidesnudos con múltiples cortes, el cuello abierto en canal, un círculo grande grabado a cuchillo en los pechos y los brazos en cruz como si fueran a emprender vuelo, un último viaje imposible abortado por las cuerdas que les unen a las ramas del árbol.

Trujillo escupe con violencia en el suelo. Lo sabía. Eso era lo que había olido al salir de su cama repentinamente. No solo era miedo; era ese terrible pavor del hombre ante lo desconocido.

—¿Quién es ese tipo?

—Es el Loco Ventura, capitán —responde marcial un guardia—. Todo el mundo le conoce aquí, señor. Es inofensivo... o lo era.

—Acerca esa antorcha, muchacho —ordena el capitán aproximándose al árbol. Señala los cadáveres—. ¿Qué tienen en la boca?

—Plumas, señor —contesta el guardia—. Marcas de indios. Hemos visto esto otras veces en la montaña.

—Pero estos no son indios.

—No, capitán —musita el guardia—. Son blancos. Tan blancos como vos y yo.

—Bajadlos de ahí. —Trujillo da media vuelta camino de la muralla—. Y llevad a este desgraciado al cuartel. Estoy harto de mojarme.

Y suelta un último salivazo.

## 2

# EL LOCO

El capitán Juan Trujillo había entrado con tal ímpetu en el cuartel que la tormenta se quedó pequeña allá afuera. Pidió mapas, ubicación de los poblados indios más cercanos, revisión del armamento disponible, revista de tropas... Estaba dispuesto a salir antes del amanecer a dar un golpe de efecto. Nadie en la bahía debía dudar de quién mandaba. Quien quisiera burlar la autoridad española se las vería directamente con su puño de hierro.

Pero pronto sus planes se fueron paralizando. Los mapas no eran muy fiables, pues mientras los caminos del valle se mantenían activos gracias a los hacendados, los de la selva eran engullidos por la vegetación al poco de ser practicados (él mismo hubo de sufrirlo en el duro viaje hasta su llegada). Lo peor era, en todo caso, localizar un enemigo a batir.

—Se les llama los Invisibles, capitán —afirma con paciencia Sabino Irrazu, al que habían avisado enseguida—. Pocas veces hemos encontrado asentamientos indios en la montaña.

—No existen —silba Sancho Manosprietas, que se había levantado también presuroso y despeluchado—. No hay poblaciones indias en toda la sierra. Nadie sabe dónde viven, cuántos son ni qué intenciones tienen.

—Las crónicas de la colonia hablan de enfrentamientos a lo largo de los años, pero solo en el valle; en cuanto una columna los ha seguido por la montaña, desaparecen como por arte de magia.

—Magia es precisamente lo que no les falta a esos salvajes —sentencia oscuramente Manosprietas.

—¿De qué habláis? —Trujillo se irrita habitualmente con los supersticiosos, pero lo que está oyendo le hace hablar con cierta prudencia.

—Esta colonia lleva aquí casi un siglo, capitán. De vez en cuando hemos conseguido comunicarnos con los nativos, muchos de ellos han abandonado la montaña para instalarse en la bahía...

—Los he visto ahí afuera. Viven en condiciones lamentables.

—Ellos eligen estar entre la cochambre. Se niegan a ser civilizados —rezonga Manosprietas frotando sus manitas—. Por mucho que lo hayamos intentado, no conseguimos entender nada de lo que nos rodea. Cada una de nuestras expediciones a la montaña ha sido un fracaso y ha supuesto bajas. Pero sin que supiéramos nunca quién nos mataba. Nuestra compañía no ha sido diezmada solo por la molicie, como

decíais vos. La maldición de esta montaña es más poderosa que cien ejércitos.

Hasta aquí Trujillo había sido todo lo comedido que podía. Pero no tiene tanto aguante. Así que estalla y que le den a la diplomacia.

—La magia es cosa de niños y de viejas, caballero, no de militares. Si no podemos atacar a los Invisibles, escarmentaremos a los que vemos. Al amanecer saldremos al arrabal y lo pasaremos a fuego hasta que encuentre a los culpables.

—¿Y qué haremos con el Loco Ventura? —interviene Sabino.

—Colgarle en la plaza y dar ejemplo a los maleantes.

Trujillo abre la ventana de la sala. Le ahoga la madera mohosa y el olor de los cirios. Pero se encuentra con las voces de la mujer atada con los caballos.

—¡Eh, tú, el de las barbas! ¡Baja de esa ventana y sácame de aquí! ¡No es sitio para una dama!

—¡Barquero! —Trujillo vocea a un soldado enorme, de brazos como remos—. Dale alfalfa a esa hembra para que deje de rebuznar. ¡Y preparad la impedimenta! En una hora estamos saliendo.

—¡A la orden!

—Capitán, siento contravenir vuestras órdenes... —La voz seca de Sabino ataca de nuevo. Pero a Trujillo no le da tiempo a escupir su veneno. Esta vez es Manosprietas quien le calla.

—Basta ya, Sabino. Podríamos haber callado hasta ahora. Pero con estas muertes, otra vez, no deberíamos.

Trujillo no ha dejado escapar el matiz del «otra vez», como tampoco el nerviosismo en el rostro de Manosprietas.

—No es la primera vez que aparece un cadáver con esos... signos, el círculo, las plumas...

—¿Y cuándo fue la primera vez?

Sabino conmina a Manosprietas con la mirada, pero este no se deja convencer. Finalmente, Sabino acepta.

—Hace tres semanas. La víctima fue el capitán Ignacio Irrazu, mi hermano.

—Creo, capitán, que debemos pararnos a reflexionar un poco.

Juana despierta en la orilla de la playa desierta, respirando arena y sal. Siente mil libras de agotamiento pesando sobre sus músculos que le impiden moverse. Hasta que le viene una arcada y se dobla con el impulso del vómito. Expulsa toda el agua que ha tragado durante esa noche interminable, con cada esfuerzo rabioso por elevarse entre las olas, con cada bocanada que era capaz de capturar en superficie. Con la tiritona de vomitar le vienen como un puñetazo los recuerdos de la pesadilla que ha vivido en las últimas horas hasta conseguir pisar tierra, y eso le lleva, cuando recupera el aliento, a una conclusión que le hace sonreír mirando retadora al mar: ha burlado al destino una vez más, está viva. Viva y libre.

Se pone en pie, y entonces cae en la cuenta de su desnudez. En algún momento de su pelea con el jesuita y las olas perdió la camisa y su única prenda ahora mismo es la bolsa que lleva amarrada al costado. Ironías de la vida, como le dijo al soldado aquel: sola, desnuda, perdida... e inmensamente rica.

Mira a su alrededor frotándose el cuerpo magullado. A su espalda, el mar bravío. A su lado, silencio y arena. Frente a ella, la selva tupida y oscura, que parece observarla con ojos ocultos. Sube tropezando a una duna y al elevarse descubre un bulto unos metros más allá que le hace golpear el corazón contra el pecho. Se esconde tras la duna y vuelve a mirar. Sí, es el sacerdote dichoso, tumbado de espaldas a ella. Juana agarra un palo semienterrado y avanza hacia él asustada. A cosa de un metro, se para. Le da unos empujoncitos con el palo y después se prepara para golpearle si reacciona. Pero el cuerpo permanece inmóvil. Juana lo mueve hacia sí con el palo, y entonces se enfrenta a los ojos sin vida de Fiz de Talaván, hinchado y morado, con una ridícula e indigna expresión que hace pensar a Juana en la pretensión absurda de los hombres por buscar la muerte honrosa y la fama eterna. La muerte es fea y... ¿quién va a recordarte, Fiz de Talaván?

Camina dejándole atrás, frotándose para evitar el frío. Entonces se clava y vuelve a mirar al muerto. Vuelve sobre sus pasos y con esfuerzo le revuelca para quitarle el manto. Total, ya no va a servirle de nada. Pero aún no ha terminado de ponérselo cuando le echa el ojo a los pantalones y la camisa. Al fin y al cabo, no es la primera vez que se viste de hombre. Se arroja sobre el cuerpo afanándose en desabrochar los botones. Lástima que perdiera los zapatos en el mar.

El bolso de cuero de Páter Penumbra, con su interior relleno de documentos oficiales, descansa plácidamente sobre la arena a varias millas de distancia. A su lado, Simón Lobato despierta dolorido. Con media cara embadurnada de algas, se despega de la tierra intentando comprender lo que ven sus ojos. Despojos de barco y multitud de cadáveres le rodean como en una ciudad saqueada. Las ratas son sus únicos compatriotas vivos y se las ve corretear desesperadas entre los maderos y los sacos destripados. Simón grita caminando entre los bultos, mirando nauseabundo los rostros hinchados que reconoce: sus compañeros, el gordo sargento, el viejo fray Diego... deseando más que nunca que el viento le devuelva de una vez la voz de otro ser humano.

Y sucede.

Una patrulla se acerca desde los árboles. Diez hombres uniformados, armados y a caballo. Simón acude corriendo a su encuentro, gritando incoherencias y llorando por su buena fortuna.

—Paraos ahí mismo, señor, e identifícaos —grita el sargento Miquélez, al ver llegar a ese espantajo.

—¡Soldado Simón Lobato, mi capitán, mi general..., lo que seáis! ¡Válgame

Dios, dejadme que bese vuestros pies! ¡He salvado mi vida, Dios misericordioso, prometo pagaros con rezos, castidad y limosna hasta el fin de mis días! ¡Eh, tú, mochuelo, no toques ahí, que eso es mío!

El joven Blas, que venía con la patrulla, ha bajado de su montura para inspeccionarle, encontrando la bolsa con el dinero de sus apuestas.

—Yo decidiré qué es de quién. Trae acá esa bolsa, niño. Los demás, vamos a la playa. A ver si encontramos a algún otro vivo.

La patrulla rebusca entre los restos del naufragio, pateando ratas y sisando alguna baratija despistada a los cadáveres mientras Simón, fastidiado por haber perdido su tesorito, se consuela comiendo unos mendrugos que le han dado los soldados. El sargento Miquélez acaba de encontrar el bolso con los documentos de Fiz de Talaván cuando alguien le señala la orilla, a lo lejos, donde se ve venir a un hombre cubierto con una capa. Todos se fijan. Desde aquí se diría que el encapuchado se ha parado asustado.

—¡Eh, padre! —grita el sargento—. ¡Venid aquí, somos amigos! —Y en voz baja, a sus soldados—: Qué jodíos curas, ni con un tornado los sacamos de la faz de la tierra...

Las voces llaman la atención de Simón, que se acerca al grupo para ver. Será posible que el curilla siniestro se haya salvado... Pero según lo ve acercarse, le parece distinto al que él conoció. Entrecierra los ojos para distinguirlo mejor, y se le escapa una sonrisa.

—¡Padre, no sabéis la suerte que tenéis! —sigue gritando el sargento a la figura todavía lejana—. ¡Solo os habéis salvado vos y un soldado!

Simón sale repentinamente corriendo al encuentro del religioso, que se detiene asustado.

—¡Padre Fiz, qué alegría veros! —Simón sobreactúa, chillando y abriendo los brazos como si reencontrara a su madre bajando del cielo—. ¡Dadme vuestra bendición!

Según llega hasta el sacerdote, reconoce bajo la capa el anguloso y hombruno rostro de Juana, que no sabe bien cómo reaccionar. Simón se arrodilla a sus pies y le abraza la cintura. Juana mira aterrorizada a la patrulla.

—¿Pero qué estás haciendo, desdichado?

—¿No queríais salvar el pellejo, señora? —susurra Simón apresurado—. Seguidme la corriente y lo conseguiremos. No os descubráis la cabeza. —En su abrazo palpa el costado de Juana—. Me alegro de que aún conservéis vuestra bolsa.

El sargento Miquélez y sus soldados llegan hasta la pareja. Simón hace de chambelán.

—Sargento, ante vos tenéis al más ilustre pasajero de nuestra infausta nao: el padre Fiz de Talaván, soldado de Cristo, mensajero del Consejo de Indias, alguacil de la Suprema Inquisición.

Juana observa la colección de espadas y pistolones que la rodean. Dos decenas de

ojos la miran escrutadores, diez hombres bragados en una y mil batallas. ¿A quién va a engañar ella? Agotada, echa rodilla en tierra, dispuesta a ofrecer sus manos a los grilletes.

—A vuestro servicio, padre. —El sargento, impresionado, cae de rodillas ante ella. Se gira hacia los suyos—: ¿Qué hacéis ahí de pie, mastuerzos? ¡Vamos, de rodillas!

Juana levanta la vista. La patrulla al completo se arrodilla juntando las manos devotamente. Simón les imita, se diría que llora de la alegría.

—Dadnos vuestra bendición, padre Fiz —la anima Simón mientras Juana dibuja temblorosa en el aire la señal de la cruz—. Esto ha sido un milagro.

—Esto no va a salir bien —susurra Juana a Simón bajo los soportales del patio del cuartel. Habían llegado a media mañana, tras un pesado viaje por el camino del valle. Afortunadamente, el sargento le cedió a Juana una mula para que no se agotara. Montando a horcajadas, como un hombre, lo que la dejó dolorida por la falta de costumbre, habló discretamente con Simón Lobato, quien fue más explícito en sus intenciones: ahora mismo estaba en sus manos, siendo el único que conoce su verdadera identidad. Simón podría ayudarla a desaparecer, pero tendría que repartir esas riquezas que lleva encima. Mientras tanto, lo mejor sería permanecer bajo los hábitos del cura muerto. Pero por optimistas que fueran esos planes, no resultaron muy realistas. Aunque Simón Lobato insistió, al pasar la muralla, en separarse de la patrulla e ir por su cuenta a buscar alojamiento, el sargento Miquélez, en estricta observancia del reglamento, les obligó a ingresar en el cuartel y presentarse ante el nuevo capitán. Ahora estaban esperando en el patio mientras el sargento informaba a sus superiores. De un momento a otro vendrían a por ellos, y Juana temblaba de pensarlo.

—Una cosa es que haya engañado a cuatro ignorantes en una playa, pero no me creo que el corregidor, el capitán y quienes sean que me reciban ahí arriba, se crean que yo soy un sacerdote.

—Os apuesto lo que queráis a que se lo tragarán. Como os dije, soy jugador de cartas, y la primera norma es que los hombres se fían de lo que creen y no de lo que ven. Nos os podéis hacer idea del dinero que he ganado yo gracias a eso. «Si no lo veo, no lo creo», decía el pecador; pero no es cierto: la gente se cree las cosas más peregrinas, y obliga a sus ojos a verlas. Solo hay que... empujarlos un poco. Y perdonad que os diga, pero con esas ropas, esa voz vuestra y...

—... y esta cara que me ha dado Dios... —Sonríe Juana por primera vez.

—No es momento para ser galante, señora. Digamos que con esa hembra de ahí fuera, la cosa sería más difícil, pero con vos...

Simón señala a Marina, encadenada y hecha un guiñapo en el patio. Después de soportar la lluvia durante toda la noche, ahora se consume con el azote del sol, pero

aun así relucen sus extraordinarias formas bajo la ropa pegada. Lo que me faltaba, piensa desdeñosa la muchacha al fijarse a su vez en ellos, ahora me echa el ojo también un cura. Y ese otro soldado es nuevo...

—Doña Juana, no sois tan distinta a mí. Somos ratas. —Simón tapa la boca de Juana antes de que proteste—. ¿Quién otro ha sobrevivido al naufragio sino ellas? —Va a darle una palmada en el hombro, pero se reprime—. Vos tenéis luces, no os costará mucho mantener el cuento.

—Yo no soy una cómica. No he hecho otra cosa en mi vida más que estudiar. Estudiar y escribir. —Se mira las ropas—. Estudiar, escribir y ser mujer.

—Eso último es lo peor, pero ya lo tenemos solucionado gracias a nuestro querido Páter Penumbra. ¿Sois una lumbrera? Seguidlo siendo. ¿Habláis bien? Seguidlo haciendo. Con un traje de cura todo os está permitido. Os daré un consejo de tahúr, pero os va a costar una de esas joyitas que tenéis en vuestro bolso.

—Primero el consejo.

—Creeros vuestro papel, señora. Vividlo, sudadlo. Sed vuestro personaje y llegad así hasta el final del truco. Recoged vuestras ganancias, levantaos de la mesa dejando una propina y todos os darán las gracias por haberles engañado.

Simón desnuda su cuchillo, mira fuera de los soportales y, como nadie les ve, empuja a Juana a la sombra.

—Y ahora, padre Fiz, descubríos.

—Me han dicho los soldados que os llaman Páter Penumbra.

—Capitán Trujillo, no sabía que la insolencia estaba dentro de vuestras atribuciones como capitán.

—Ni yo que estar cubierto fuera un derecho de los jesuitas ante los representantes de su majestad.

—La luz directa me molesta sobremanera, caballero. El demonio me castiga con terribles dolores de cabeza.

El engaño estaba funcionando en la sala del cabildo. Como Simón vaticinó, nadie puso en duda lo que se daba por sentado desde el principio: que ella era Fiz de Talaván. Narró, con la voz más grave que supo entonar, su subida al barco en Santa Marta, los avatares de la tormenta, su caída por la borda de forma accidental... El corregidor Lope de Aguilar y su consejero Manosprietas le parecieron gente crédula y temerosa de Dios, lo cual hacía fácil cortejarles. Más complejo era el capitán, quien disimulaba poco que le disgustaban las sotanas. Ahora parecía ponerle a prueba cuestionando su disfraz. Llegaba el momento de la verdad. Trujillo se acerca a grandes trancos hasta la ventana y corre la cortina para tapanla. La sala queda a merced de las dubitativas mechas de los candelabros.

Juana toma aire, se lleva las manos a la capucha y la echa hacia atrás, dejando ver la cabeza rasurada que Simón rapó con su cuchillo en el patio. Trujillo se acerca a



ella sonriente.

—Ahora estamos todos más cómodos, ¿no creéis, padre Fiz? Vos no tendréis migrañas y yo no tendré la sensación de hablarle a una manta.

—Yo espero no estar hablando con un papagayo de los que inundan estas selvas chillando de forma incongruente. —Trujillo se queda clavado ante ella, repentinamente serio. No está acostumbrado a que le contesten y menos a que le humillen—. Sino con una rapaz que sepa aguardar en silencio el momento preciso para su ataque.

Se sostienen la mirada con dureza. El corregidor carraspea desde la mesa, y el capitán opta por la tregua momentánea. Se gira hacia la mesa, y Juana puede exhalar aliviada.

—Padre Fiz, veo entre vuestros papeles una orden de busca y captura... La marquesa Juana de Alcántara. ¿Qué tiene la Corona contra esta dama?

—No es la Corona, señor. La emite el Santo Oficio.

Lo que faltaba, piensa Trujillo, pero no lo dice. Juana busca palabras.

—Es... una mujer, señor.

—Hasta ahí llegamos, padre. —Trujillo no lo puede evitar—. ¿Van a acabar con ellas en la madre patria?

—Todas las mujeres llevan en su vientre el pecado original, caballero. —Juana se lanza, azuzada por el militar—. Pero algunas, además, tienen la osadía de sentirse superiores, de intentar demostrar que el mundo tal como lo ha definido Dios puede discutirse, poniendo en duda el magisterio del sexo masculino; no me negaréis que es un peligro darle a la mujer la libertad de pensar, aunque a menudo haya hombres rigiendo nuestros destinos que hagan tambalear esa teoría.

El corregidor y el capitán quedan unos segundos en silencio, decidiendo si el argumento es una bofetada al género femenino o a sus propios mofletes.

—Totalmente de acuerdo, padre —titubea el corregidor—. Pensar es... peligroso.

—Esa mujer ha dedicado su vida al estudio sin que nadie fuera capaz de pararle los pies, amparada en sus privilegios de clase. Ha escrito algunos textos divulgativos sobre anatomía y medicina, pero sus mayores esfuerzos han sido en astronomía y física, en algunos casos rebatiendo algunas famosas teorías sobre la trayectoria de algunos astros que... —Juana se corrige. Y recuerda a fray Diego riñéndola—. Que en cualquier caso ponen en duda la posición de la Tierra en el centro del universo, lo cual sabéis que contraviene los dictados de la Santa Madre Iglesia.

—Me alegro de que Roma sepa dónde está colocada la Tierra. Tendremos presente su petición, padre. Pero con la jauría de maleantes que inundan esta colonia... —Trujillo exhala, tirando sobre la mesa el documento de busca y captura—. Creo que una hereje que mira las estrellas no es una prioridad para el mando en plaza.

—Cuánta razón tenéis, capitán... —Juana intenta contener su alborozo—. Quiero decir, haced lo que podáis. No seré yo quien os obligue a nada, solo soy un

mensajero.

—Precisamente, como enviado del Consejo de Indias —interviene acelerado Lope Aguilar—, no queremos parecer malos anfitriones. Os conduciremos cuanto antes al palacio de San Telmo, al otro lado de la plaza, para que podáis descansar. No puedo garantizaros un rápido regreso a Santa Marta, pues nuestra comunicación con ellos es escasa, pero espero que el tiempo que estéis entre nosotros sea lo más placentero posible.

—Así sea. Con vuestro permiso...

Juana coge la invitación al vuelo y se dispone a salir de allí cuando Trujillo la detiene de nuevo.

—Una última cosa, padre Fiz. Si no os importa, ¿podrías confesar a un reo? —Algo así tenía que pasar, piensa Juana. Se gira hacia el capitán, que continúa—: El clérigo de la colonia está viejo y rematadamente enfermo, y tengo que colgar a un desgraciado este mediodía. ¿Me harías ese favor?

El engaño había funcionado. Ahora, como dijo Simón, hay que dejar la propina sobre la mesa.

—Por supuesto que lo haré, capitán. Y decidme, ¿qué ha hecho ese reo?

Los cadáveres aparecidos en el árbol pertenecían a Germán de Val y su esposa, dueños de una hacienda a medio día a caballo de la ciudad. De Val había sido un influyente militar en el cuartel hasta hacía un año más o menos, cuando se había hecho cargo de unas tierras que debían sacar adelante quién sabe con qué rentas. Solían venir a la colonia a menudo, y siempre en un carro de caballos conducido por unos guías indios que tenían a su servicio. Se podría culpar a estos por la masacre, pues el ritual de las muertes apuntaba a un sacrificio indio y los dos guías se encontraban desaparecidos, pero haber encontrado al Loco Ventura, armado y cubierto de sangre junto a los cadáveres, le convertía, como mínimo, en cómplice. Como no había manera de sacarle más que el latinajo ese que repetía insistentemente desde anoche, lo mejor era librarse de él y que sirviese de escarmiento. Si habían sido los guías empleados por las víctimas, que huyeran lejos si no querían probar el tacto de la soga en sus pescuezos. Si habían sido otros, que supiesen que había llegado un nuevo capitán a la colonia, y que se fuesen preparando.

A Juana todo esto le importa más bien poco.

Solo piensa en salir del cuartel y encerrarse en ese convento medio derruido de ahí enfrente durante el tiempo que le toque estar aquí. Meterse en un barco rumbo a Ciudad de Panamá y desaparecer del mapa. O hacer caso al golfo este que quiere vaciarle su bolsa a cambio de silencio, y fugarse en cuanto pueda por el primer camino que vaya al Perú. Lejos, cuanto más lejos, mejor.

Pero de momento sus pasos la llevan escaleras abajo hacia los pestilentes calabozos. El celador, que debe pasar muchas horas sin hablar con nadie, se muestra bastante dicharachero. Todos conocen al Loco Ventura, cada alma de la colonia podría contar una anécdota con él. Siempre ha estado un poco tocado del ala, se ve que tanto latín y tanto cura (con perdón, padre) le calentaron la cabeza allá en España. Estuvo en la compañía hasta hace un año o así. Entonces comenzó a decir cosas tan raras y a ausentarse tantas veces que el capitán Irrazu (que Dios tenga en su gloria) le licenció de forma compasiva, sin castigo alguno. Desde entonces deambula por la colonia mendigando y diciendo cosas divertidas. Desaparecía en la montaña por largas temporadas. Dicen que se veía con los indios, que entendía su idioma. Alguno le había visto hacer conjuros con los chamanes locales, pero como se le consideraba un loco inofensivo, se le dejó estar. A nadie se le hubiera ocurrido pensar que fuera a empuñar un cuchillo contra alguno de sus congéneres, él, que nunca fue capaz ni de golpear a un salvaje cuando estuvo de servicio. En fin, cosas veredes.

Juana baja recordando los desagradables días de la prisión de Sancti Geni, y el desagradable olor a salitre y algas que la piedra ostionera atrapaba en aquellos sótanos gaditanos. El movimiento de la lámpara del celador al bajar los escalones le devuelve una imagen rota y sudorosa de esas tripas del cuartel. Juana siente que se ahoga y desea cuanto antes salir de allí, aun cuando todavía no ha llegado a su destino.

El calabozo es amplio, para su sorpresa. Una bóveda húmeda y una buena cantidad de heno en el suelo enmarcan una mesa vacía y un par de banquetas tiradas. No se ve al prisionero. El celador avanza después de prender otra lámpara en la puerta y colocarla sobre la mesa. La luz pinta entonces en la pared del fondo unos ojos de mirada profunda y provocadora, hundidos en un cuerpo huesudo y desgredado.

—Eh, tú, Loco, deja de comerte el heno, que no eres un caballo. —El celador le hace señas desde la mesa, mientras Ventura se entretiene masticando hierbas—. Vamos, que tienes visita. El padre no tiene todo el día.

El Loco Ventura observa a Juana detrás del celador y decide levantarse. El sonido de las cadenas traquetea por el suelo de piedra como una serpiente acorazada. Se sienta en una banqueta sin dejar de masticar.

—No temáis, padre Fiz. —El celador se dirige a la puerta—. No podrá estirar las manos hasta vos.

Les deja solos, con la mesa de muralla entre ambos. Aunque para alzar la mano y llegar a rascarse una oreja Ventura ha de hacer un esfuerzo considerable tirando de las cadenas, Juana no se atreve a sentarse frente a él y permanece próxima a la puerta. Se le ocurre que en este momento no se diferencia mucho de Simón Lobato, como él mismo diagnosticó. No solo está vestido de cura, sino que ha de mancillar los santos sacramentos. La Santa Iglesia ya la expulsó de su seno, pero ¿tan abiertamente va a poner a prueba su pulso contra Dios? A decir verdad, no cree que hasta aquí abajo

llegue un rayo divino, y más bien, anda cerca del infierno al que ya se condenó ella misma escribiendo aquello sobre la órbita terrestre...

—*Sancta Maria, mater Dei...* —Juana comienza el ritual de oraciones a toda velocidad. Ve a Ventura mascullando ahí enfrente. No sabe si la está acompañando en el rezo o diciendo otra cosa. Se apresura a terminar mientras el Loco cada vez habla más alto hasta pisarla con su grito.

Ahora puede oír lo que repite una y otra vez:

—*Ignem veni mittere in terram, Ignem veni mittere in terram...*

Juana termina su oración a todo correr y se dirige a la puerta para llamar al celador.

—Yo te conozco.

La voz del Loco desde el fondo de la celda eriza el vello de la espalda de Juana. Se vuelve despacio hacia él.

—¿Qué dices?

—Yo sé a lo que vienes, yo sé de dónde vienes, ergo te conozco.

¿No se suponía que era un demente?, piensa Juana.

—Tú no sabes nada de mí, ergo la conclusión es peregrina.

—Has venido aquí porque yo estaba junto a los cadáveres. Crees que estoy loco y das por cierto que van a matarme. La primera proposición es cierta.

Juana reniega. No quiere juegos dialécticos en un calabozo de las Indias.

—He venido a confesarte. Date por bendecido. Adiós.

—Te demostraré que no... En cuanto a la segunda proposición... veamos. Eres de otro lugar. Déjame adivinar... —El Loco sabe captar la curiosidad de Juana—. Acércate, no puedo hacerte nada...

Ventura muestra sus cadenas y sonrío con sus dientes llenos de hierbajos. Juana vuelve a la mesa y su figura se va redibujando según se baña en la luz de la vela.

—Vienes de lejos.

—Ya. Huelo a alga a diez millas. No te hagas el listo.

—No puedo: soy un loco. Aunque tú te preguntas de verdad si lo soy. Pero déjame acabar. Mmmm... Pertenece al mar. El mar te ha traído. El mar te llevará. Eres religioso por tu ropa, pero además has estudiado, así que no eres de los de arriba. Esto también son hechos ciertos. Así que si las dos premisas son ciertas, la conclusión es válida: te conozco.

Juana siente curiosidad por lo que hay dentro de esa cabeza desmadejada. No lo ha podido evitar desde niña: curiosear, diseccionar, preguntar, sacar conclusiones... Pero a veces gana el sentido común.

—Muy bien. Si no quieres una confesión, no tenemos más que hablar.

Se aleja de nuevo hacia la puerta.

—¿Qué tipo de confesión quieres? ¿La de «Yo, pecador, me declaro culpable y dispuesto a expiar mis culpas», o la de «Yo no he sido, padre, pero sé quién es el culpable»?

Juana se para nuevamente. Este hombre sabe cómo pescar con anzuelo.

—¿Es que no eres el culpable?

Ventura niega con la cabeza y mastica sonriente más hierbitas.

—¿Ves como no es cierto que hubieras venido a confesarme?

Juana está encendiéndose. Y en esos casos le cuesta sujetar las bridas.

—¿Quién lo hizo entonces? ¿Quién hizo esa barbaridad?

—Trígalos trágalos Trúgulos trájolos. Cuando Trígolo dijo «trágalo Trúgulo», Trúgulo trájolo y trágolo Trúgulo...

—Contesta, Ventura.

—Trígalos trágalos Trúgulos trájolos...

—Ahora te haces el loco...

—Lo soy. Como hierba.

Juana se abalanza sobre la mesa, agarra la cadena de la mano derecha de Ventura y tirando de ella le pone la mano sobre la mesa. Abre el puño cerrado y le quita el manojito de hierba, aunque el otro se resiste. Juana la huele.

—Esto no es heno del suelo. Es tuyo, ¿verdad? —Juana se acelera, parece que va a morderle—. Lo traías guardado. Huele bien. ¿Quién te lo ha dado?, ¿los indios?

El Loco Ventura se revuelve, molesto. Le da miedo la transformación de ese cura, cómo ha mutado de cordero en lobo y viene casi a morderle la mano. La esconde bajo la mesa.

—Tú te mueves en la conjetura —se embala Juana sin casi respirar—. No me has visto cruzar el mar ni ordenarme sacerdote, no me has visto vestirme este hábito, no podrías demostrar ni lo evidente: que soy un hombre. Tendrías que demostrar empíricamente tu cadena de razonamientos... Así pues: no me conoces. Solo la primera de las tres proposiciones que dices que me han traído aquí es un enunciado verdadero: estabas con los cadáveres. En cuanto a la segunda, no creo que estés tan loco; y la última: que vayas a morir, depende de tus respuestas. Conclusión: no sabías a qué venía.

Ventura intenta agarrar los argumentos en el aire. Juana le aprieta.

—¿Conoces a los indios? ¿Te ves con ellos en la montaña?

—No hace falta ir a la montaña para conocerlos.

—Ya. Ahí afuera, en el arrabal hay muchos. ¿Son esos tus amigos?

Ventura niega con la cabeza. Ahora está a la defensiva.

—Tus amigos son los otros, los salvajes, ¿no? ¿Dónde están, sino en la montaña?

—Son invisibles.

—Pero tú sí los ves.

—Están en todas partes —contesta rebelándose—. En la colonia, en el arrabal, en el valle y en la montaña. No los veis, pero ellos sí a vosotros. Ellos deciden cuándo se les puede ver. Ellos son libres, no están sometidos a Dios ni a los hombres blancos. Moriréis todos sin daros cuenta de eso.

Juana sube de los calabozos con la cabeza en ebullición. Su sentido común le manda mensajes cada vez más lejanos, debes olvidar este tema, centrarte en huir. Pero acude de nuevo a hablar con el capitán Trujillo. No pueden ajusticiar al Loco Ventura sin sacarle todo lo que sabe. Juana comprende que, de algún modo, en el interior de esa alma demente, se esconde algún secreto que pone en peligro a toda la colonia. Según lo que ha confesado, se deduce que hay una especie de grupo organizado entre los indios que conviven con los españoles. Habría que investigar esa vía antes de rebanarle el pescuezo a ese desgraciado. Pero el capitán se opone: la violencia se ataja con firmeza, no se va a complicar la vida con unos desharrapados indios ni con un loco.

—Además, necesito tiempo para encontraros a vuestra prófuga. El corregidor me ha insistido en que nos centremos en satisfacer las peticiones del Santo Oficio, a quien vos representáis...

—Dejad a la prófuga y al Santo Oficio tranquilos. Esa mujer no va a matar a nadie, y vos tenéis la responsabilidad de que no haya más asesinatos en la colonia. ¿De verdad pensáis que colgando a ese desgraciado se acabará el problema? ¿Qué diréis cuando os veáis vos mismo colgado de una rama?

—A mí nadie va a tocarme un pelo.

—Lo hicieron con vuestro antecesor. ¿Por qué os sentís tan seguro?

Trujillo calla respirando fuerte. Otra vez. Este cura se está jugando el pescuezo conmigo. De ninguna manera voy prestar atención a estas majaderías. No pienso dejar que me avasallen de esta manera. No voy a investigar a los indios, ni a retrasar la ejecución, ni...

—De acuerdo. —Trujillo se sorprende a sí mismo oyéndose decir estas palabras. No está seguro y no sabe pensar tan deprisa como para negarse. Maldito cura, no hace más que embarullar su cabeza—. Creo que esperaré un poco para ajusticiar a ese loco. No perdemos nada por echar un vistazo al arrabal y preguntar a los indios. Ahora id a descansar.

Juana es trasladada al palacio de San Telmo al caer la tarde. Probablemente, tan rimbombante nombre fuera adecuado hace cincuenta años, pero hoy día es un edificio descascarillado y ruinoso. Pegado a la torre de la iglesia, fue un convento de religiosas hasta que una tormenta destrozó el piso de arriba, que nunca se arregló. Un patio central fresco y lleno de verde alumbra las dos plantas intentando atraer algo de alegría a esos maderos descarnados que duermen en habitaciones vacías. Inhabitable en la parte de arriba, se han adaptado las habitaciones de la planta suelo para uso del superior de la colonia y de su sacristán, únicos fantasmas que habitan el lugar. El superior, Marcelino Gracián, es un anciano en sus últimas horas al que parece que un arranque de viento va a llevarle volando. Sin embargo, aguanta y aguanta, y da sus misas todas las mañanas con su voz inaudible. Cumplida su misión, el resto del día

duerme o sufre o ambas cosas. Francisco Galbón, su sacristán, bondadoso, dócil y bobo, cuida de él y escucha a las viudas aburridas mientras dormita en el confesionario. Es él quien conduce a Juana nervioso hasta su nuevo alojamiento en la planta baja, dando a la calle. Antiguamente era donde las hermanas cocinaban pan y dulces para suministro de la colonia. Un horno grande preside el lugar, frente a una pared tapada con lienzos que esconden estanterías repletas de cacharros.

El sacristán deja sola a Juana después de traerle ropa limpia, un caldero con agua humeante y unas toallas. Juana atranca la puerta y permanece unos segundos oyendo los pasos alejarse. Entonces se quita la ropa, y le viene todo el cansancio de golpe. El dolor del día agotador, de la noche de pesadilla, del mes enclaustrada en el camarote, de la cárcel en España. Le duele tanto todo que descamisarse le es casi imposible y le lleva minutos bajarse los pantalones. Desnuda ante la palangana, se agacha a tocar el agua dulce. En el reflejo ve su cabeza rapada. Levanta la vista y mira la ventana enrejada. El horno, el catre, la ropa limpia. Las paredes vacías, la vida que me espera. Se echa a llorar. Tanto, tan compulsivamente, que tiene que meterse una toalla en la boca para no ser oída allá afuera.

Llorar mi soberbia que me ha impedido callarme, llorar mis pechos y mi vientre que me han prohibido ser libre, llorar mi destino obligada a vivir en la piel de mi némesis, llorar mi casa, mis libros, mis tierras, llorar a mis amigos, llorar al padrecito fray Diego ahogado por mí, por mi culpa, por mi soberbia, por mi destino...

Isabel de Osuna lanza un indisimulado bostezo tapándose con el abanico. Ha estado luchando contra él durante un rato, pellizcándose en el antebrazo, pestañeando repetidamente, estirando y arrugando los dedos de los pies, pero la conversación a su alrededor le está pareciendo tan soberanamente aburrida que su mandíbula se ha negado a obedecerla y hasta sus ojos se han llenado de lágrimas al abrir la boca. Su madre, Manuela de Osuna, regordeta, nerviosa, rapidísima estratega de conspiraciones mundanas, parlanchina y tonta de remate, en el otro extremo del patio, la mira con reproche mientras no pierde el hilo del tema del día: la llegada del capitán Trujillo a la colonia. Entre madre e hija, un nutrido grupo de mujeres parlotean sin descanso. La escasa vida social de La Ciénaga pasa por la hacienda del Oso, a pocas millas de la ciudad por un camino transitado y lleno de plantaciones, por lo que no asusta salir de las murallas. Desde la corregidora a la última viuda, todas mueren porque llegue la tarde para dejarse caer a tomar café o azúcar de caña en el frescor de ese patio donde los papagayos dormitan o se cruzan chillidos, verdadero reino de la esposa de Luis de Osuna, administrador del cabildo, hacendero de éxito y pagado de sí mismo, quien apenas se atreve a dejarse ver entre tanta hembra.

Corregidora hay una, pero viudas son unas cuantas. Un lugar como este, con alto censo de militares y elevada tasa de mortalidad, deja a muchas mujeres a la deriva con el paso del tiempo. Mujeres que vinieron acompañando a sus maridos, o que

viajaron hasta allí sin conocerles en busca de un buen partido, o animadas por la codicia; incluso las hay que no tuvieron ni oportunidad de encontrar vivos a quienes iban a ser sus hombres y antes de casarse se convirtieron en ballenas varadas, abandonadas con su dote en un rincón del mundo y sin varón de su clase a quien ofrecerse. Así que cuando toda una compañía de bravos militares anida en la colonia, guiada (según dicen) con mano férrea por un macho grande como una puerta y soltero como el zapato de un cojo, el patio de la hacienda se revoluciona en una excitación apenas contenida. Todas ríen más de la cuenta, explotan en nerviosos comentarios y en críticas desaforadas al resto. Y Manuela de Osuna, la anfitriona, se relame del gusto guardándose el secreto de lo que será la sorpresa de la noche: la llegada a la hacienda del mismísimo capitán Trujillo.

Pero todo esto le da exactamente igual a Isabel. A sus quince años largos, todos estos rebuznos de mujeronas le traen sin cuidado. Obligada a ejercer de hija de la anfitriona, a ser exhibida como un mueble por su belleza y lozanía, deja pasar las horas peores de su día mirando las plantas y divagando mientras lanza sonrisas de compromiso. Si me van a casar con alguno de los apestosos soldados de la colonia, si tras pasar por el trago del lecho conyugal y de parir un asqueroso lechón, volveré aquí para ser otra vez un monigote de feria que mostrar, esta vez con heredero; si la vida que tengo por delante va a consistir en esto, me gustaría morir ahora mismo y ahorrarme la espera. Me gustaría que un tornado me llevara, que un ataque de indios nos pasara a todos a cuchillo. Lo que sea, antes de seguir viviendo esta vida miserable. ¿Podría gritarlo? ¿Qué pasaría si levantara la voz ahora mismo e insultara a todas y cada una de estas brujas llamándolas por mis apodos favoritos? Tú, doña Rosa de Aguilar la Jefa Pelleja; hola, María Brígida la Chillitos; ¿cómo estáis, Fernanda Bigotes?; qué buen color traéis hoy, doña Inés la Llorona... Me encantaría ver la cara que pondría mi dulce mamita mientras las voy llamando una tras otra... Sería ideal que me tomaran por loca, así tendría permiso para decir lo que me parezca. Si alguna me hubiera visto cuando me viene mi demonio... Pero eso no puede saberlo nadie. Sería peor, me encerrarían en un convento, me enterrarían en vida. ¿Por qué no puedo morirme ahora mismo?

Isabel de Osuna vuelve a bajar a la Tierra cuando una criada se acerca al oído de su madre y esta se levanta como una paloma a la puerta de una iglesia. En cuanto se libra de la mirada de su carcelera, Isabel se apresura a desaparecer por otra puerta. Huye por los pasillos camino de las escaleras, a encerrarse en su aposento, pero las voces y saludos en la entrada pican su curiosidad. Se acerca despacio para no ser oída. Escondida tras unos cortinajes, ve al imponente capitán Trujillo descubriéndose ante su madre, bordeado de la sonrisa llena de saliva de su padre, el Oso, y del gesto aburrido de un soldado con cara de niña que ha venido de escolta. El vozarrón del capitán compite con el del Oso, pero no así el tono: la frialdad incómoda del militar contrasta con la jovialidad impostada de su padre y la babosa gentileza de su madre. Simpatiza con el desubicado Trujillo, rodeado de semejantes tarros de miel pastosa.



Entonces descubre que los ojos del soldado-niña están clavados en ella. Es el único en la entrada que se ha percatado de su presencia tras las cortinas. Ella lleva su dedo índice a los labios y los ojos del soldado le responden con un rápido guiño cómplice. Son unos ojos verdes, brillantes, con grandes pestañas. Será eso quizá lo que le da el aspecto infantil, pero al mismo tiempo le otorga un magnetismo difícil de explicar. Desentrañando ese misterio, a Isabel se le queda el dedo pegado al labio, abriendo su boca en un gesto sediento y expectante. Pasa su lengua despacio por los labios secos y eso provoca la sonrisa del soldadito.

—¡Despierta, que te quedas alelada! —El susurro a su lado la asusta. Su hermana Leonor, la enana entrometida, se ha colado a su lado a espiar al invitado. Leonor, de doce años, parece una abuela. Lista y despierta, se entera de todo mucho antes que su hermana mayor, y siempre la adelanta en intenciones—. ¿Qué haces, mirar a...? —Se asoma tras la cortina y vuelve—. Ya sé yo a quién estás mirando...

—Cállate, meticona. —Isabel tapa la boca de la pequeña y se la lleva por el pasillo.

El soldado Blas de Lepe recibe una última mirada desde la cortina antes de ver desaparecer a las dos muchachas. Ha venido de escolta del capitán Trujillo hasta la hacienda. Son muchas las veces que le ha tocado hacer este camino, pero nunca había franqueado la puerta de la gran casa. Y tampoco había alcanzado nunca a ver a las doncellas que vivían dentro. No tiene claro si le han mirado con interés o con burla por su rostro lampiño, como hacen todos. Ha aprendido a vivir con ello y lo toma como un peaje obligado en su relación con sus compañeros. Y para aumentar su desgracia, le toca ser objeto de escrutinio de esas dos damiselas, otras dos cabezas huecas que solo hablarían de la maravillosa planta del capitán y del alfeñique de su escolta. La comparación con su superior, tan grande, barbado y lleno de cicatrices, era absurda. Suspiró con resignación.

Para el capitán Juan Trujillo entrar en aquel patio repleto de ojos que le apuñalan le resulta más inquietante que penetrar en lo más oscuro de la selva. No teme a las mujeres, pero vaticina que van a pasearle como un mono de feria. Va a tener que responder preguntas morbosas acerca de los asesinatos y del sospechoso capturado, para que las damas disfruten con exagerado escándalo. Es una situación estúpida y falsa que, por más veces que la haya vivido a lo largo de sus muchos destinos, no consigue que sea plato de su gusto. Preferiría ser soldado raso limpiando la mierda a cien yeguas antes que rodeado de estas...

Bueno, quizá no tanto. Según se fija en el auditorio va cambiando de opinión. A diferencia de otras ocasiones, aparte de la anfitriona y dos o tres esperpentos más, hay un buen grupo de mujeres hermosas. ¿Cuántas de estas serán viudas? Se hace la pregunta de forma inconsciente, no pensando en ellas, sino en los compadres muertos. Le amarga la certeza de que el imperio se sustenta sobre cadáveres, cadáveres de soldados, de indios, de africanos, hombres y más hombres. Muertos y más muertos, doquiera que va...

Bella; esa que mira arrogante y silenciosa bajo la palmera es realmente bella. Como un murciélago en la oscuridad, Trujillo tiene desarrollado un sentido para encontrar a la dama que le conviene. Goza de un éxito pleno en su relación con las mujeres. Corteja, yace y olvida con metódica continuidad y caballerosa discreción. Todo se basa, según su experiencia, en elegir adecuadamente para no perder tiempo con hembras poco predispuestas. Busca satisfacción y compensa dejándolas igualmente satisfechas. No puede permitirse más en su vida nómada ni se lo ha planteado. Como no hay tiempo que perder, se sienta cerca de la palmera y desde allí reparte conversación con unas y otras, esperando su momento para centrarse en esta figura de cristal.

—Inés de la Vega. —El capitán consigue sacarle su nombre después de un buen rato de conversaciones cruzadas—. Perdonad que no esté muy integrada en la conversación, pero me dan miedo estas historias de asesinatos y locos. Todas hablan de la muerte como si no les fuera a tocar a ellas, de algún u otro modo.

Juan Trujillo no se esperaba esa melancolía. Queda enganchado como una escama en la red de pesca. Pero no puede continuar la conversación, pues un arpón desde el fondo del patio le saca a la superficie.

—¿Y lo sabe ya el hijo, capitán? —pregunta Manuela de Osuna en voz alta. Todas las miradas se concentran en él. Trujillo tarda en darse cuenta de que la pregunta le iba dirigida.

—Perdonadme, señora, ¿qué hijo?

—Germán de Val y su señora tenían un hijo pequeño —interviene la corregidora—. Siempre quedaba en la hacienda cuando ellos venían a la ciudad. Imagino que alguien tendrá que comunicarle la triste noticia.

—Siempre me pareció muy imprudente que se instalaran tan lejos de la colonia —reniega la anfitriona.

—Cerca de la colonia todas las propiedades son vuestras, doña Manuela —observa con picardía la Bigotes.

—Y buen trabajo que nos dan —pavonea Manuela con falsa modestia—. Ser propietarios en estos tiempos implica cuidar de decenas de almas...

—Ha sido una jornada muy difícil, señora. —Trujillo se pierde entre tanta conversación vana—. Pero os prometo que mañana mismo acudiremos a la hacienda de Germán de Val. Y ahora si me disculpan...

—¡Más vino, Bejarana!

Simón ondea su vaso elevándose entre las abundantes cabezas. Aspira el humo de los cigarrillos. Es la gran diferencia entre los tugurios que había conocido en la vieja Castilla: ese ambiente de neblina en el que pican los ojos y se flota como levitando. Lo suyo no es el mar; tampoco el cuartel, por qué no decirlo; donde de verdad se siente en su sitio es aquí, rodeado de humo, rebosante de vino, ahítos los ojos de tanto

pecho y tanto culo que pasea por el local. Recordando las indicaciones del vigía de la nao, que en gloria esté, indagó entre los soldados por el burdel de la Bejarana y, en cuanto le liberaron unas horas, acudió sin demora a buscarlo en las calles. No tenía mucha pérdida: pintado de azul, con su burda muñeca esculpida en piedra a un lado del arco de entrada, el edificio destacaba abriendo sus fauces a todo Jonás despistado por aquella calle embarrada.

Un antiguo granero de diáfana planta regado de mesas corridas y bancos, con un piso superior parcelado en escuálidos tabiques para hacer cuartuchos, conforma la cáscara de esta fruta podrida de la colonia. Por ella pululan más gusanos que en un cementerio; por allí corren los chismes tanto como el vinazo y las conspiraciones lo mismo que los magreos. La Bejarana, madura y cargada de espaldas, con brazos como mazas rodeando un cuerpo pequeño, domina su pequeño imperio con mano de hierro. Selecciona por instinto a los clientes que le gustan y a los que no. Y es inflexible con los que no.

Simón Lobato, mientras bebe, rememora todo lo que le ha pasado en las últimas veinticuatro horas. Sabe que se ha salvado de milagro. En cualquier otra alma, todo el vino que ha tragado le traería la llorona y empezaría a recordar a los amigos muertos, el pavor de lo vivido cuando las olas movían la nao de un lado a otro y el palo mayor se partía cayendo sobre el castillo de popa. Pero Simón está hecho para sobrevivir, y por eso se agarró con fuerza al baúl que había alojado a Juana todo el viaje, tapó el respiradero con un trapo y, cuando la cubierta tocó agua y todo se vino abajo, subió sobre su improvisada barca y rezó con energía para que flotara el mayor tiempo posible. No pensó en los demás, no miró atrás. Guardó todas sus energías en sujetarse al gran cofre y no flaquear ni dormirse. Se dejó llevar por las olas y el viento sin ver nada, y ni siquiera recuerda cómo apareció en la playa. No le ha dado tiempo a lo largo del día más que a pensar en cómo seguir sobreviviendo y, al llegar aquí, al saborear el vino y comer la carne de la escudilla, al tocar y retocar las monedas que le ha sacado a Juana por sus esfuerzos en el día, siente que se merece lo que tiene, que ha trabajado un día más en lo que mejor sabe hacer: ganar la partida.

Y va a aprovechar a esta dama disfrazada de curilla todo el tiempo que pueda.

Simón vuelve a sentarse para escuchar la conversación. Algo tienen los crápulas que se huelen a distancia y se juntan de forma natural. Eso le ha pasado a Simón con este grupo de borrachos del cuartel. El más parlanchín es el soldado Arteche, apodado el Pitera, se supone que por los coscorriones que se atiza cada vez que le da al frasco. Como moscas se pegaron varios a la salida del cuartel en cuanto vieron que el nuevo tenía unas monedas para gastar, y no han parado de cortejarle durante la noche con el noble propósito de sablearle, en la promesa del hoy por ti y mañana por mí. Simón se deja llevar, pues alguien ha de hacerle de maestro de ceremonias en la Corte de los Pecadores. Ya se hará digno de ser recibido por su cuenta según pasen los días.

Sin embargo, sus ganas de juerga se han tomado un descanso según escucha al Pitera. En el relato que cuenta hay un embudo mágico por el que Simón se deja absorber.

—... Que me muera aquí mismo y venga el demonio y me lleve. —Se santigua y besa sus dedos formando la cruz el Pitera al comenzar su discurso—... Si no es cierto lo que cuento. Marcelino el Murciano me lo contó a mí, y lo vio con sus propios ojos, Dios los tenga en la gloria. Él llegó aquí cuando era chaval, y de eso habrán pasado cincuenta o sesenta años. Ya entonces se contaba la leyenda del reino de la montaña. —Iba Simón a sacar la baraja, pero deja que el borracho siga un instante—. Hace un siglo, cuando vinieron los primeros colonos, un reino poderoso dominaba la montaña y la costa, protegido por el difícil paso de la cordillera y también por la magia de sus habitantes, dotados con el don de la invisibilidad. La aplicaban en épocas de guerra y con ella aparecían o desaparecían a voluntad para sorprender a sus enemigos. Sus caciques eran guerreros gigantes, de brazos como troncos de ceiba que jamás perdieron una batalla.

—Pitera, a mí esto me está sonando a cuento de abuela para dormir a los niños —interrumpe Simón algo escéptico—. Seguro que en todas las colonias hay historietas sobre guerreros poderosos y reinos mágicos. Cuéntanos algo distinto.

—En este cuento hay algo distinto.

—Sorpréndeme.

—El tesoro. —Cada uno tiene sus debilidades, e indudablemente Simón es sensible a esas pequeñas y sencillas palabras, pronunciadas con grandilocuencia por el Pitera—. El poder del reino residía en la enorme riqueza escondida en la montaña y que solo los guerreros gigantes sabían dónde encontrar.

—¿Piedras preciosas?

—Se habla del mayor tesoro de esmeraldas de todas las Indias.

Simón se esfuerza entonces para que no se le note el extremo interés que le causa ese cuento para incautos. Por lo que contaban, los guerreros gigantes utilizaban esclavos, a los que cortaban la lengua, para trabajar en las minas donde extraían las piedras. Así no podían revelar dónde se encontraban esos lugares. Esa riqueza extrema les convirtió en un reino poderoso. Todo el mundo, en millas a la redonda, conocía y admiraba a los temibles y ricos gigantes de la montaña. Y entonces llegaron los españoles, que no sabían nada de lo que la selva escondía, pero que traían como animal de compañía una codicia tan hambrienta que ninguna posesión en la Tierra servía para saciarla. Fundaron la colonia llamándola San Sebastián, para que les protegiera de las flechas envenenadas de los nativos. La guerra entre esos intrusos y los gigantes mágicos fue cruenta y dura. Pero ninguno daba su brazo a torcer. Muchos murieron, nadie ganó. Hasta que un día los guerreros desaparecieron.

—Y los españoles impusieron su ponzoña en un sitio más, como de costumbre. Qué fin más poco poético, Pitera.

—Que los indios desaparecieran no significa que perdieran la guerra.

—Eso me lo explicas.

—Simplemente usaron su magia y se hicieron invisibles. Los españoles se quedaron sin enemigo para luchar y, lo que es peor, sin tierra ni tesoros que conquistar. Y desde ese momento, los Invisibles no dejan de amargarnos la vida. Este lugar sigue aún sin explorar. Los caminos de la montaña se cierran al mes de haberse abierto, los cultivos salen ardiendo sin que se sepa cómo, cada columna que entra en la selva vuelve diezmada. Los gigantes siguen ahí y esta colonia vive asustada desde entonces.

—¿Y el tesoro?

El Pitera se encoge de hombros. Saborea un trago de su jarra. Apunta con su narizota hacia un lugar imaginario, a lo lejos, arriba.

—En la montaña. Allí sigue. Nadie lo ha sacado de ahí. Y hay un código para encontrarlo.

—¿Tú lo sabes o qué?

—Los que han subido ahí arriba hablan de unos templos hechos por los salvajes. Cuando los ves por fuera son solo grupos de piedras sin forma, pero al fijarse mejor se descubren figuras horadadas en columnas que enmarcan una puerta de entrada. Nadie ha podido penetrar en ninguno de esos templos más allá de los primeros metros sin perecer en el intento. Tampoco ninguno sabe cuán profundos son. Solo que hay cientos de ellos a lo largo del monte. Se dice que no están situados de forma casual. Si uno pudiera subirse a una estrella y verlos desde arriba, vería un círculo perfecto cuyo centro no es otro que la entrada a la mina, a la riqueza infinita de la montaña.

—Y tú que sabes tanto, ¿por qué no has subido a por ese tesoro?

—¿Tú qué crees, que te estoy contado un secreto? Mira a tu alrededor. ¿Cuánta gente hay aquí? A cualquiera de esos borrachos que le preguntaras te contaría la misma historia.

Simón se fija en la parroquia: veinte o treinta gritones, reidores, facinerosos, gárrulos, todos con el aroma a vida desnortada y a mar revuelto. El Pitera se echa adelante y le mira cómplice, a la vez que le abrasa con su aliento fermentado.

—Cualquiera de esos daría su vida por conocer dónde está el tesoro. La mitad llegó a este lugar solo por encontrarlo. La otra mitad la oyeron aquí y aquí se han quedado envenenados por la leyenda; la mayoría no hacen más que buscar y rebuscar alguna absurda pista que les lleve a ese sitio infernal de las montañas. Pocos somos los que a todo esto respondemos con un corte de mangas. Tú, que eres chico listo por la jeta que te veo, deberías hacer lo mismo.

Simón se ruboriza sintiéndose escrutado. Se recuesta hacia atrás apoyándose en la pared y llevándose la jarra a la boca mientras asiente con la cabeza.

—Ya te he dicho que para mí estos son todos cuentos de vieja. —Pero solo el demonio sabe que ahora mismo subiría por encima de la mesa y saldría de allí, aunque fuera por la ventana, y, sin esperar el alba, marcharía a la montaña a buscar uno por uno esos templos de piedra hasta encontrar ese tesoro que se acaba de

incrustar como una aguja en el alfiletero de su deseo, tan profundo, tan agudo, tan fuerte que no deja sitio para otra cosa...

Y en eso está pensando Simón Lobato cuando su vista se fija en la puerta de entrada, en lo alto de los escalones donde, como si entrara de golpe toda la marea alta, acaba de aparecer la misma hembra que vio encadenada en el patio del cuartel esta mañana. Aquella que parecía un guiñapo bajo el sol, ahora luce espléndida y llena de fuerza, con su melena suelta, con el escote rebosante como espuma de cerveza, con los brazos en jarras y una sonrisa desafiante con la que grita provocando la expectación de todo el local:

—¡Bejarana! ¡Dime si hay un solo hombre en este tugurio capaz de saciarme esta noche o si todos son cucarachas como las del cuartel de la plaza!

—¡No hay hombre a este lado del charco que te sacie a ti, Marinuela! —responde la Bejarana golpeando los barriles de vino desde el otro extremo. La audiencia lo celebra con risas y brindis estruendosos. Marina entra en el potaje de machos apartando manazas y pellizcos con escurridiza soltura.

Desde la esquina de los soldados, apoyado en la pared, con la jarra a medio camino entre la mesa y la boca, estatua de arena a punto de ser barrida por este oleaje, Simón Lobato clava con fuerza otra aguja en el alfiletero de su deseo.

### 3

## LA ENFERMA

*17 de junio*

El padre Fiz de Talaván se revela dentro del espejo medio podrido según la ropa limpia, dejada por el sacristán Francisco Galbón en la puerta de su estancia, va cubriendo el cuerpo de la marquesa Juana de Alcántara. Camina unos pasos adelante y atrás para convencerse a sí misma de su papel. Se observa de perfil. Mira a su alrededor buscando. Va hacia sus sábanas, pero antes de tomarlas se fija en el lienzo grande que cubre una de las paredes. Se arrodilla en una esquina y con los dientes raja una tira larga. Se desnuda el pecho y lo aprieta en un amplio vendaje con la tira de tela. Mientras vuelve a encamisarse le puede la curiosidad y mira detrás del lienzo. Multitud de objetos de cocina y botica se apelotonan en unas estanterías enmohecidas mezclados con montoneras de libros de temática filosófica y científica. Sonríe tocando los recipientes de cristal y los lomos de cuero de los volúmenes apilados. A saber en qué manos ha estado todo esto y cómo se abandonó. En esta panadería descacharrada han guardado durante años las requisas efectuadas en nombre de la fe verdadera y de la lucha contra la razón científica. Y muy oportunamente la meten allí a ella, un despojo más de esta sociedad. Si esta va a ser mi cárcel, bendita sea la condena.

Juana vuelve de nuevo al espejo, se acomoda la camisa y la levita negra. Sobre ella vuelca el manto y, antes de salir a la luz del día, la capucha sobre su rapada cabeza.

Trujillo, seguido por una patrulla, Juana y Simón, todos a caballo, recorre las calles del arrabal fuera de la muralla, llenas de pordioseros, indios sentados a la sombra, delincuentes, animales libres como niños y niños salvajes como bestias.

—Esta es una oportunidad de oro para escapar —le viene susurrando Simón a Juana en la retaguardia—. Fuera de las murallas, con estas callejuelas llenas de recovecos, esfumarse es facilísimo.

—Muchacho, tú has perdido el juicio. Estamos rodeados por una patrulla armada hasta los dientes.

—Si os quedarais sola en algún momento... Yo podría ayudaros con eso. Vos no tendríais más que espolear vuestro caballo y tomar cualquier camino hacia el oeste.

—Y acabar en la selva desollada según un ritual indio en vez de en la hoguera con los entrañables rituales católicos. Vine buscando un cambio en mi vida, pero no de este tipo...

—Podríais pagar a algún guía indio que os cruce las montañas.

—Simón, aprecio mucho tu ingenio para la improvisación. Pero hacer planes no es lo tuyo. Salir de aquí me va a requerir algo más de tiempo y de continuar con este engaño.

Simón se queda molesto por el tirón de orejas.

—Pues no sé cuánto os va a durar el secreto —contraataca—. Sabed que las noticias corren a toda velocidad en estas calles. En cuanto se sepa que estáis en busca y captura, buscarán bajo cualquier faldón, sea de mujer o de cura. Yo mismo he tenido que morderme la lengua más de una vez en las últimas horas...

—Tú lo que estás buscando es la manera de sacarme más cuartos.

—Solo os aviso del peligro —replica Simón quejumbroso—, incluso del de mi propia voluntad, que a veces me traiciona tanto como mi lengua...

Juana rebusca en el interior de su camisa con cierta resignación.

—Toma una moneda por tu silencio, pero no esperes tener esta conversación todas las mañanas.

—¿Qué conversación, padre? —pregunta Simón recogiendo la moneda con una sonrisa—. Yo no recuerdo nada de lo que pasó antes del desayuno.

Juana está dispuesta a replicarle, pero opta por espolear su caballo y adelantar posiciones. Están llegando al puerto, un lugar crecido de la necesidad y de la cochambre. Dos muelles alargados entran desparejados en el agua como pelos de ceja en una frente anciana. Alrededor de ellos flotan decenas de embarcaciones de toda forma y tamaño, amarradas unas a otras hasta alcanzar el pantalán. Los dueños saltan de una en una cargando y descargando grandes fardos mientras indios, negros y blancos recorren los maderos en tierra firme negociando, charlando, amenazando y jurando. Sin transición surge un sembrado de tenderetes y carromatos, como si urgiera comerciar y vender casi sin salir del agua. El mercadillo a su vez está plagado de mujeres, de gamberros, de niños y de voceadores. A su alrededor, en tercera línea, varias edificaciones que mezclan adobe y madera circundan el revoltijo humano. Un granero de gran tamaño en un esquina; en el medio, una casa cuya fachada parece sujeta por los hombres que están apoyados en ella, desafiantes, silenciosos, mascando tabaco, con ropas de España y con rostro de indios; y enfrente, en la otra esquina de esta improvisada plaza, mirando al mar, enorme choza sin paredes, monumento de redes y desperdicios, jardín de columnas mordidas de cuchillo, huerto de faroles colgados, nido de pícaros, puchero de piratas, esclavos, contrabandos y violaciones, emerge la taberna del Cangrejo.

Trujillo, informado por los propios soldados del cuartel, ha venido a propósito al corazón del cáncer. Quiere dar un golpe de fuerza, que le conozcan aquí afuera igual que le han conocido dentro. Baja despacio del caballo. Se ajusta la espada



sonoramente. Escupe un salivazo acertando en un caldero metálico en el suelo. Sopesa el silencio generado a su alrededor. Ha captado el interés. Ahora adentro.

La taberna está casi vacía. Una estatua de cuerpo enjuto y colorado le espera impassible entre barriles y jarras. Es el Cangrejo en persona, peludo y rizado. Una piel gruesa y dura parece que le impide mostrar gesto alguno ni mover los labios al hablar. Recibe igual al pirata que al militar, y ni uno ni otro sabría si les teme o se burla de ellos. Sin moverse de la barra de su taberna controla todo lo que se mueve en el puerto arrabalero. Nadie se atreve a negarle su peaje. Todos buscan su protección. Ninguno habla.

Trujillo se acerca hasta él y coloca cuidadosamente sobre la mesa unas plumas recogidas de la boca de las víctimas. El Cangrejo las observa con un rápido pestañeo y simplemente encoge sus hombros.

—Ayer encontré esto en la boca de unos cadáveres.

—Les pillarían comiendo pájaros.

—Están decoradas. ¿Alguna idea de a quién pertenecen?

El Cangrejo eleva el labio inferior y arquea ligeramente las cejas. Trujillo presta atención a una columna de humo bajo un arco. Tras ella está sentado fumando el viejo Arua Biku, bebiendo de una cantimplora. El militar se acerca a él, le revisa los arrugados pliegues. Le muestra la pluma. El viejo parece ido. Otro lingotazo a la cantimplora permite a Trujillo observar su boca desdentada y su lengua adormecida. El capitán resopla impaciente.

—Es difícil que encontréis a algún salvaje dispuesto a hablaros. —El Cangrejo se solidariza desde su lado de la barra.

—Alguien debe saber algo.

—¡Eh, tú, imbécil! —El Cangrejo se gira levemente hacia atrás, llevando la atención a un depósito de agua en el exterior. Allí vuelca un cántaro lleno una joven india. Es de piel brillante y ojos inmensos. Una camisa blanca larga cubre su cuerpo menudo y sorprende verla descalza en medio de tanta inmundicia y que sus pies permanezcan limpios. Ante la llamada del Cangrejo lanza sus ojos oceánicos dentro de la taberna invadiéndolo todo—. ¡Ven aquí y habla con el capitán! —La india se acerca y el Cangrejo le señala la pluma en la mano de Trujillo—: Tú eres de la montaña. ¿Has visto esa pluma antes?

La chica se muestra también impassible. El Cangrejo se acerca a atizarla, pero al alzar la mano golpea una calabaza colgada del techo y se descalabra los dedos. La muchacha no ha hecho ni el gesto de defenderse y ahora observa cómo el Cangrejo se retuerce de dolor mientras la insulta.

—¡Demonio de muchacha! La tengo aquí de aguadora y no hace más que importunarme con su estupidez. No se da cuenta de nada. ¡Ay! ¿No veis la cara que pone? ¡Ni para puta vale!

—¿Cuál es tu nombre, niña?

La voz proviene de detrás de ellos. Trujillo y el Cangrejo se giran a mirar. Juana,

cubierta con su capucha, ha entrado en el local y ahora avanza entre ellos hasta colocarse ante la india. Se descubre y la mira con una sonrisa amable.

—Me llamo Gunnale.

—¿Cómo lo habéis conseguido? —protesta el Cangrejo—. Ni yo lo sabía. —En el otro extremo, el viejo Arua Biku se ha fijado en la recién aparecida Juana y abre sus ojos desmesuradamente. Evita la mirada de los demás y se pone a recitar extrañas palabras al tiempo que remueve su cigarro haciendo volutas. Simón y otros soldados entran en la taberna, atraídos por la situación.

—¿Dejaste a tu pueblo en las montañas? —Juana mira a Gunnale con paciencia.

—Estaba sola.

—Lo siento. Nadie debe vivir solo. Y estas plumas, ¿qué significan?

—Hablan.

—¿Hablan de vosotros, de los de la montaña?

La chica calla.

—No de ti.

Gunnale niega.

—Son de otra tribu.

Afirma.

—Pero no les conoces.

Niega.

—¡Viejo, deja de cantar! —El Cangrejo ha perdido la paciencia: el chamán Arua Biku no para de recitar cosas incomprensibles con el habla pastosa del alcohol y del tabaco.

—¿Hay algún nativo charlatán en esta bahía? —pregunta Trujillo, igualmente impaciente.

—Por hablar... allá enfrente. —Señala con la cabeza mientras mete su mano regordeta en un caldero de agua.

Enfrente es la casa al otro lado de la explanada del puerto. El grupo de indios vestidos a la europea siguen allí apoyados, sujetando la fachada. Juana y Trujillo se unen al resto de los soldados en la puerta para mirarles. Se retan desde la distancia. Sentado en un poyo cerca de la puerta se balancea uno especialmente arrogante, que juguetea con un cuchillo curvo entre los dedos.

—Capitán —observa Juana—, ¿os habéis fijado en el cuchillo de ese indio sentado?

—Idéntico al que llevaba el Loco Ventura anoche.

Simón tiene un lúcido relámpago ante sus ojos.

—¡Van a escapar, atentos! ¡A por ellos!

Y sale como un poseído cruzando la plaza. Varios soldados de la patrulla corren tras él, provocando que los indios abandonen su cómoda postura para disolverse a toda velocidad por las callejuelas sin que a pesar de ello la fachada se derrumbe al quedarse sola. Al ver la estampida, el resto de los soldados e incluso Trujillo salen

como perros de caza. El indio del cuchillo es el más codiciado y la mayoría va tras él. En la barahúnda, Juana acierta a ver a Simón girar su cabeza hacia ella con una sonrisa. Entonces entiende, y mira a su alrededor: se ha quedado completamente sola.

Durante un segundo elástico se apelonan bajo su cráneo rapado decenas de pensamientos de aplastante lógica que rebaten la propuesta de Simón Lobato: es absurdo fugarse en estas circunstancias; no hay forma humana de salir con vida de este arrabal, de este valle, de cruzar las montañas y sobrevivir sola en la selva durante semanas...

Acto seguido echa a correr en busca del caballo que la trajo hasta aquí y sale al galope entre las callejuelas más próximas.

Juana cabalga por los callejones sin dejar de mirar atrás, alarmada por los ruidos de voces que oye de cuando en cuando. Por ahí atrás los soldados andan sacudiendo a alguno y, un poco más acá, unos indios se llaman dándose avisos. Ella solo ve barro y casas y ventanas pasando, mientras su cerebro se embota de forma atolondrada tratando de recuperar el control, o al menos, el ritmo de las pulsaciones. De tanto latir el pecho se le está rompiendo bajo las vendas y le duelen las sienas. Una vez más está inundada de instinto animal de supervivencia sin poder pensar en otra cosa hasta que el cartel saliente de una tienda arruina de un golpe su delirante huida. Estampando su fea nariz entre la R y la P de la palabra «carpintería», cae del caballo en un charco maloliente del suelo.

La montura continúa feliz su camino calle abajo mientras ella lucha por incorporarse. En ese momento oye las voces más cerca. Se levanta rápida dispuesta a correr y entonces, como el caño de una fuente, la sangre le cae a chorro de las narices. Medio mareada al ver tanto rojo ante sí, busca apoyarse en un palo sacado de la basura, cuando surge desde un muro ante ella el indio del cuchillo, que huía de casa en casa. Sin pensárselo mucho, el indio salta al vacío, cayendo desordenadamente sobre maderos y desperdicios. Juana mira el bastón que acaba de tomar en sus manos y nota cómo de repente sus neuronas se recolocan y vuelve a razonar de forma ordenada. Alza el palo y sacude con todas sus fuerzas al indio aturdido, que cae despatarrado en el suelo.

En dos pestaños aparecen soldados desde ambos lados de la calle. Simón emerge por el mismo muro que traía al indio. Juana le mira resignada, encogiéndose de hombros. Trujillo se abre paso entre sus soldados y calca el mismo gesto de sorpresa que el resto al encontrarse ese retablo pintado por un maestro de pincel retorcido: el indio sometido a los pies del jesuita, quien en lugar de evangelizar piadoso, devuelve el palo a la basura y se limpia la nariz con una manga. Trujillo pestaña varias veces.

—Padre, acabáis de renovar mi fe en la Santa Madre Iglesia.

Con la nariz convertida en un morado mascarón de proa, Juana da vueltas impaciente a la espalda del capitán Trujillo y sus soldados. Han sentado al indio en la taberna del Cangrejo y le preguntan alborotadamente por la pluma, por el cuchillo, por su huida, mientras el interrogado les mira con una sonrisa mordaz negando todo.

—Si no tienes miedo a los hombres, habrás de tenerlo ante Dios —acaba por decir desde la distancia. El indio la mira, redoblando su sonrisa—. Sonríes pensando que mi Dios no es el tuyo, ¿no es cierto?

El indio se encoge de hombros. Más o menos, parece pensar. Juana avanza hacia él.

—Pues te equivocas. Dios Todopoderoso lo es para todas las criaturas de la Tierra, lo sepan ellas o no. Para los que no conocen su infinita gracia, tenemos el Evangelio; pero para los que lo niegan, tenemos otras soluciones. —El indio deja de sonreír—. La ley de Dios es inflexible. Y en este lugar, yo soy la ley de Dios. — Juana comprueba el efecto que produce pronunciar frases pretenciosas cuando se está del lado de los poderosos. Mirando fijamente al indio, continúa su actuación—: Tendrás un nombre.

—Este indio se llama Palito.

—Palito, ¿dónde estuviste anoche?

—Aquí en el puerto.

—Mientes. —Trujillo observa desconcertado. Palito calla—. Pon las manos encima de la mesa.

Palito obedece. Juana las toma y observa detenidamente las uñas sucias. Aprieta para sacar la mugre.

—Esto es sangre seca. Tienes arañazos en los antebrazos y tus zapatos están manchados de barro seco. Se me ocurren dos ideas sobre dónde estuviste anoche. Quizá entraste en un corral a robar gallinas, y te arañaron mientras las degollabas; eso estaría mal, pero con todo, no es pecado mortal. La otra opción es que estuvieras asesinando a unos hidalgos españoles y colgándolos de un árbol en medio de la tormenta, y por eso tienes barro seco, arañazos y sangre en tus uñas. Demuéstrame que no es cierto o caerá sobre ti el peso de la ley de Dios y la de los hombres, y te aseguro que no te levantarás jamás ante tan pesada carga.

—¡Fue culpa de un hermano! —se apresura a justificarse el indio—. ¡Se le escaparon los cerdos! Palito no ha robado. Con la tormenta se cayó la puerta de su corral y tuvimos que correr a por los verracos. Nada más...

—Jurar en falso es pecado. No vas por buen camino.

—No es hermano, pero le conozco de toda la vida. Me quedé con un lechón porque me debía dinero. Negocios privados.

—Te lo perdonaré por esta vez. Dime, ¿conoces a un hombre llamado Ventura?

—¿El Loco Ventura? ¿Quién no?

—¿Por qué tiene el Loco Ventura un cuchillo como el tuyo?

—No lo sé...

—Aún no me he creído tu historia de los lechones.

—El Loco Ventura se mueve por toda la bahía recitando cosas raras. Pidió que le vendiera un cuchillo para subir a la montaña. Pasa semanas allí, en lugares a los que Palito no se atreve a subir. A saber qué tiene ese hombre dentro de la cabeza.

—Ventura es amigo de los indios...

—No de Palito. De los de ahí arriba. —Señala a lo lejos, a las montañas—. No sé cómo lo hace, pero ve a los Invisibles.

—¿Estas plumas son de ahí arriba?

Juana se las pone ante la cara. Palito rumia la respuesta. Como dijo la muchacha, pareciera que las plumas le están hablando.

—Hay muchas tribus ahí arriba, Palito no sabe de ellas. Y si supiera, más valdría callar. Vos y vuestro Dios podéis castigar, pero no tendría comparación con lo que pasaría si contara los secretos de la montaña.

El Flecha se acerca y le sacude una bofetada.

—Te acaba de decir el padre que no faltes al Señor Todopoderoso. Contarás lo que nos parezca.

Masticando la sangre dentro de su boca, Palito recupera el aire retador.

—Cuando los españoles no comprenden, hacen daño. No les gusta parecer tontos.

El Flecha levanta de nuevo la mano, pero Juana le para. Palito la mira inquisitivo.

—¿Por qué buscáis entre los indios a los que os matan? Esos de la montaña son unos cobardes. Usan su magia para no ser vistos, y en realidad lo que pasa es que no se atreven a coger un cuchillo.

—Hay quien piensa que acabarán matándonos a todos sin que nos demos cuenta. —Juana vuelve a mirarle fijamente. Esta vez el indio no se acobarda.

—Como os he dicho, Palito no les conoce. Esperad un tiempo y lo iréis averiguando.

Juana se aleja de la mesa, meditabunda. Trujillo se le acerca.

—Sin duda los indios tienen mucho que ver en esto...

—Aún no tenemos suficientes datos.

—Yo ya tengo una idea bastante formada. —Trujillo adopta un aire flemático, sacando pecho y balanceando los tacones para restar importancia—. Pero decidme... ¿cuál es vuestra conclusión?

—Si nos enfrentamos a un enemigo invisible, lo vamos a tener complicado.

—Y este, ¿tiene algo que ver con los asesinatos? Quiero decir, según vuestra opinión.

—Creo que no, como vos habréis concluido también. —Trujillo se apresura a afirmar con la cabeza provocando la sonrisa de Juana—. Pero una noche en los calabozos le quitará las ganas de reírse de vos y de vuestro ejército.

—Estaba pensando lo mismo.

Qué mal repartido está el mundo, piensa Juana viendo alejarse a Trujillo. Tener ese cuerpo tan hecho y tan poco cerebro en funcionamiento.

—Debería pedirte que me devolvieras la moneda.

Simón Lobato sonríe al oír a Juana mientras cabalgan a la hacienda del difunto Germán de Val. El capitán Trujillo ha decretado que el padre Fiz les acompañe para dar la noticia al hijo y encargarse de él. Hace ya rato que dejaron atrás las últimas casas del arrabal y las primeras plantaciones y se adentraron entre espesos árboles que a duras penas soportan la tentación de sepultar el camino con sus raíces. Es una vía ancha y bien asentada por la que se avanza relativamente rápido. Sin embargo, estar rodeados de una selva alta y agobiante intranquiliza a toda la patrulla, que cabalga con inconsciente recelo.

—La culpa no ha sido mía —replica Simón divertido—. Yo os dej  sola como os prometí, vos me hicisteis caso e intentasteis la huida.  Fracasasteis? Lástima. Pero no os pod is quejar de mi buena voluntad.

—Lo  nico que he ganado dejándome llevar por tus ideas es esta hinchazón en la nariz, como si faltara algo para completar mi aspecto ridículo...

En ese momento dan el alto desde la vanguardia de la comitiva: hay un obstáculo en el camino. Juana y Simón avanzan para averiguar qué es lo que les paraliza. Varios soldados han bajado del caballo y se dirigen hacia el bulto que ahora Juana ve con toda claridad: un carromato de cuatro ruedas y cabina cerrada, con las cinchas de los caballos cortadas, encallado en el barro duro en mitad del camino.

—Parece que es el carro de Germán de Val —informa Trujillo cuando se ponen a su altura.

—Se ven restos de sangre, capitán —avanza uno de los soldados, acercándose al carro.

— Quietos! —grita Juana de forma instintiva. Los soldados paran y miran a Trujillo. Este no puede ocultar su enojo, y Juana encuentra su mirada lacerante al volverse hacia él. Se excusa—: Puede que fuera aquí donde capturaron a las víctimas, capitán. Creo que podríais extraer algunas conclusiones de una exploración detallada de ese carro. Mejor que nadie lo toque descuidadamente.

—Me parece bien, padre —musita Trujillo entre dientes—, pero la próxima idea que os venga a la cabeza haced el favor de consultarla conmigo antes. Se supone que soy yo quien transmite las órdenes a mis soldados.

—Es un error imperdonable. Lo siento —asume Juana sumisa.

— Est  bien, muchachos! Ir  yo a echar un vistazo —grita Trujillo, bajando del caballo.

—Disculpad, capitán —se atreve Juana de nuevo—, si os parece bien, os acompañará a hacer el trabajo de campo.

Trujillo mastica la sensación de que este espantajo vestido de negro juega demasiado con su voluntad.

—Venid.

Juana se apea del caballo y se dirigen hacia el carro. Simón Lobato se pone cómodo en su montura. La observa divertido acercarse, husmeando como un perro de

caza, intentando descifrar las marcas del suelo, aproximándose a la portezuela, abriendo, volviéndola a cerrar. Siente cierto orgullo de superioridad al mirar a su alrededor, a esos soldados perplejos que no entienden la extraña danza del cura rodeando el carromato abandonado, que no saben (como él) el secreto que se esconde bajo esas ropas de hombre. Juana sube cuidadosamente al interior, saca la cabeza, da la vuelta y sube por la otra puerta, se aleja hacia el borde del camino y penetra unos metros en un sendero afluyente. Los soldados la siguen con la mirada moviendo el cuello, bandada de flamencos clavados en una marisma. De repente, Juana desaparece entre las hierbas. Solo se oye un frufrú excitado, como si un jabalí anduviera buscando sus trufas.

—¡Ajá!

Juana emerge entre los árboles sorprendiendo a la patrulla. Incluso Trujillo tiene el instinto de llevarse la mano a la espada, del susto. Juana vuelve al camino con un trozo de cuero en la mano, que coteja con las cinchas partidas del carro.

—¿Y bien? —pregunta Trujillo impaciente.

—No nos precipitemos. —Juana ni siquiera mira al capitán mientras pasea en círculos examinando el suelo, buscando respuestas en el barro indescifrable. Chasquea fastidiada—. Lástima de lluvia...

Trujillo observa a este medio hombre y se pregunta qué es lo que le irrita más, si su irreverencia y altanería o ese desagradable aspecto escuchimizado y lampiño. Se adelanta unos pasos para terminar con este ceremonial absurdo, pero Juana le para con un gesto, se acerca hacia el grupo de soldados y, a mitad de camino entre estos y el carro, se agacha para recoger algo del suelo. Semienterrada en un charquito, una fusta de caballos. Juana calcula la distancia entre el carro y el lugar del hallazgo.

—Estos señores no vendrían solos por el camino, ¿verdad? —lanza Juana a la soldadesca.

—Tenían unos indios a su servicio desde hace muchos años —responde un viejo soldado de la retaguardia—. Lo normal es que vinieran con uno o dos, subidos en el pescante, seguramente armados. Es lo que hacen todos por aquí.

—Tendréis que encontrar a esos indios, capitán —señala Juana con el dedo—. Seguro que tienen mucho que contar. Pero no pensemos ahora en los culpables.

—¿Ah, no?

—Simplemente traigamos a escena la situación. El carro con Germán de Val y su esposa, conducido por un par de criados armados, se detiene en mitad del camino. ¿Por qué? Alguien les da el alto o... —Alza la fusta—. Algo en el camino les llama la atención, se detienen y los criados se acercan hasta aquí para observarlo. En este punto, capitán, los criados dejan su herramienta de trabajo y desaparecen de la escena, bien porque sean hechos prisioneros, porque huyan o... porque sean cómplices y colaboren con el crimen. No tenemos suficientes datos para responder a esta pregunta.

—Claro —admite Trujillo, tratando de memorizar.

—Fuera criados. —Juana comienza a caminar hacia el carro—. Sin embargo, las víctimas no salen del interior del carro. La muerte de ambos se produjo en la cabina. Venid conmigo.

Juana se acerca hasta la portezuela seguida por Trujillo. Le señala unas manchas diluidas que escurren.

—La lluvia ha ayudado a nuestros asesinos, capitán. Pero quedan restos suficientes. ¿Veis este reguero que parece manar desde la ventana? Apuesto a que el desdichado señor de Val sacó la cabeza para mirar y fue degollado en el acto. Ahora observad el interior. Yo diría que el movimiento natural del ejecutor fue empujar hacia dentro el cuerpo de la víctima para poder abrir la portilla. Eso haríamos cualquiera de nosotros, ¿no? Apartar el fardo que nos molesta para entrar. —Juana sonríe con complicidad, pero el gesto de asco de Trujillo la invita a corregirse—. Me baso en la gran mancha que veis en el respaldo de este asiento. Si la víctima fue empujada aquí, ya muerta, permanecería un buen rato manando sangre mientras el asesino o asesinos se dedicaban a su siguiente objetivo: la esposa. El asesino necesitaba espacio libre para entrar a matar a la mujer. Si había más de uno, pudo entrar por la otra puerta y matarla desde allí. Nuevamente, nos faltan datos para responder. Pero lo cierto es que la desgraciada murió también aquí dentro, y de una certera cuchillada en el cuello. Seguro que vos habéis visto más de una vez un chorro como ese.

Juana le muestra una salpicadura roja oscura que forma una gran línea de pequeñas gotas entre techo y pared, al otro extremo de la primera mancha.

—Si uno rebana un cuello por este lado —Trujillo hace el gesto sobre la yugular—, salpica con gran fuerza. Lo que me extraña es que vos lo sepáis.

—A los cerdos en la matanza también les sucede. Y de esas he visto varias. No podéis imaginar cuántas semejanzas hay entre cochinos y hombres. Pero que nuestro parentesco con esos entrañables seres no nos distraiga de lo esencial.

—¿Y qué es lo esencial?

—Que al igual que los criados, los caballos tampoco están aquí.

—Diantre, ¿qué importa eso?

—Os ayudo a encontrar respuestas, pero hay que hacer las preguntas adecuadas. No podemos saber por qué no están los criados, pero ¿por qué no están los caballos?

Trujillo se detiene un momento a pensar.

—Porque los necesitaba para trasladar los cadáveres. —Trujillo se siente aprobado viendo la sonrisa satisfecha de Juana.

—Correcto. Pero no lo hizo por el camino principal, sino por el sendero entre los árboles. Por eso se llevó solo los caballos y no el carro entero, que no hubiera cabido. Cortó las cinchas y los restos de los correajes cayeron al comenzar a cabalgar —dice, mostrando triunfante las tiras de cuero que ha recogido entre la hierba.

—Todo para no ser visto por el camino con semejante carga...

—Eso es, capitán. Hizo un buen número de millas por un estrecho sendero hasta



llegar a la muralla. Deberéis reflexionar en algún momento acerca de todas las molestias que este asesino o asesinos se tomaron solo para representar ese desagradable ritual en lo alto de un árbol.

—Lo tendré en cuenta. ¿Algo más?

—Me ronda una duda. Si los criados pararon el carro ante una situación de peligro, ¿por qué la víctima no salió a defenderse?

—Quizá no le dio tiempo.

—No hay flechas ni signos externos de ataque. Si hubiera sido así, las víctimas buscarían dar media vuelta y el carro estaría girado o volcado... Pero está parado en el medio del camino, como el que se detiene a recoger flores... —Trujillo se deja llevar, imaginando la situación en silencio. Juana continúa—: Germán de Val era un militar bragado, miembro del cabildo hasta hace poco, explorador... ¿Por qué iba a permanecer inútil y cobardemente dentro de la cabina?

—Quizá no temía ningún peligro... —aventura Simón desde el caballo. Juana le mira con una sonrisa, pero no le responde.

—... Pero os estoy entreteniendo con mis divagaciones, capitán —retoma Juana—, y debemos llegar cuanto antes a la hacienda.

Juana vuelve a su caballo entre miradas boquiabiertas de soldados mientras Trujillo echa una última mirada al lugar. Al montar, Juana recibe el susurro de Simón.

—Padre Fiz, veo que estáis cogiendo confianza.

—Si me gano a este hombre, saldré de aquí subido en una carroza de oro y no como un polizón.

—Vos tenéis una idea sobre el asesino...

—Es demasiado pronto para eso. Vamos.

La cara de desconcierto del ama de la hacienda es indescriptible.

Juan Trujillo y el falso Fiz de Talaván están frente a ella contándole la funesta noticia de la muerte de los señores de la casa. Han tratado de ser cuidadosos al relatarlo, buscando palabras imposibles para hacer soportable lo horrendo. Es un lastimoso contraste hablar de muerte y violencia en un entorno como este, un amplio porche abierto a las verdísimas plantaciones, a la sombra de un chachacomo, donde parece que el tiempo gandulea al empujar la arena.

—Nos gustaría hablar con el hijo del señor de Val. Es orden del corregidor que le traslademos a la ciudad por su seguridad y protección.

—Señora, ¿habéis entendido lo que decimos? —Juana interviene al ver el gesto de estulticia del ama.

—No... no... —La mujer no es capaz de arrancarse. Los recién llegados temen que se desmaye.

—El hijo, señora, tráiganos al hijo... —repite martilleando Trujillo.

—¡No está aquí! —estalla por fin el ama—. Germancico, mi nenito, no está

aquí...

La mujer se derrumba a llorar mientras Juana y Trujillo se miran. Son ellos los que intentan comprender ahora.

—¡Se marchó con los señores! ¡Iba con sus padres a la colonia! ¿Qué ha sido de mi pobre chiquillo?

Un bofetón de certeza sacude a Trujillo. Y detrás de ello, un impulso de ira que le hace rechinar los dientes.

El capitán revienta la puerta de un golpe que hace tiritar los ladrillos. Entra respirando a dentelladas, y el Loco Ventura, tumbado en el fondo del calabozo, apenas tiene tiempo de reaccionar y protegerse del mazo virulento que cae sobre él. Con una mano Trujillo le agarra del cuello y con la otra le sacude tal trompazo que vuela dos metros hacia la pared. Al caer, Ventura está perdido entre tantos dolores: la cara, la espalda, el tirón de las cadenas en sus muñecas. Solo ve chispas, aunque pestañea sin cesar, y aun así siente venir de nuevo al monstruo que le alza otra vez, apretándole el gáznate sin dejarle pasar el aire.

—¿Qué has hecho con el niño, perro de mierda? —Desde que salieron de la hacienda y a todo correr volvieron a la ciudad, el capitán solo pensaba en hacer esta pregunta.

El Loco balbucea algo sin sentido, ahogado. Trujillo tira de él hasta volcarlo sobre la mesa aplastando su cara como arcilla contra los pliegues de la madera.

—Si has sido tú el que has matado a los hidalgos, recibirás sogas. Pero si además has matado a su hijo, seré yo mismo el que te estrangule, ¿me oyes?

Ventura alza la mano temblorosa. Trujillo afloja para dejarle hablar. Ventura escupe sangre y con lengua pastosa intenta pronunciar.

—Ha-ha-hay... car... co... ma.

—¡¿Cómo?!

—La mesa... tiene carcoma. ¿Veis los agujeritos? Los oigo. Tenéis que hacer algo, todo el día me acompaña el ruidito, cri-cri, cri-cri...

Trujillo lo lanza de nuevo contra la pared. Ventura lloriquea como un cuchillo rasgando una chapa.

—¡Conmigo no juegues, que te mato! No me pruebes, puto, que me catarás.

—¿Cómo queréis que os hable si me rompéis los dientes?

—Dime de una vez qué has hecho con el chaval.

—¿Por qué suponéis que yo le he hecho algo?

Trujillo vuela de una patada la mesa. Ventura se arruga aún más. Temeroso, alza el dedo.

—Te dejo hablar.

Ventura apunta hacia la mesa.

—La carcoma... se habrá asustado...

Trujillo avanza hacia él con renovada furia.

Juana avanza guiada por el joven Blas por los angostos pasillos del cuartel.

—Todo el mundo habla de vos en el cuartel. Parece que vos solo habéis amedrentado a todo el arrabal. Hay quien dice que tenéis poderes adivinatorios.

—No creas todo lo que se dice por ahí.

—Ya sé que no es cierto. Aquí hay mucho mastuerzo con poco seso, padre. Cualquiera con estudios parece un brujo para esta gente.

—No sabes lo generalizada que está esa opinión en todo el orbe.

—El caso es que hoy he visto una escena..., padre, ¿me permitís que os haga una pregunta?

Juana asiente intrigada por el descaro del muchacho y se quita la capucha. En la penumbra de los pasillos no le preocupa mostrar su rostro abiertamente.

—Hoy he visto por la calle una mujer que caía desmayada y escupía horriblemente por la boca... Yo pienso que estaba enferma, pero a mi alrededor la gente se asustaba y apartaba por si estuviera posesa por algún demonio y fueran a contagiarse. ¿Vos qué pensáis...?

En realidad, la anécdota es algo más compleja, pero la discreción que el joven Blas ha prometido le obliga a recortarla. Cuando se dirigía al cuartel esta mañana encontró las calles repletas. Hoy es día de mercado, y se permite en la plaza y aledaños la instalación de puestos para la venta de los más variados productos. Acuden los pequeños agricultores y campesinos, los artesanos sacan sus productos a la calle y la gente del arrabal se cuele intramuros a ofrecer bienes variopintos procedentes de la tradición local. Blas caminaba deprisa intentando no retrasarse cuando, entre las mujeres que rodeaban a un vendedor de hierbas, reconoció unos ojos difíciles de olvidar. Paró en seco extrañado, pues no le encajaban en el cuadro. Reculó varios pasos y volvió a mirar al puesto. Había mujeres rechonchas y coloradas, dentudas y mal peinadas, alguna dama elegante empolvada y con gran dibujo de trenza, hasta una pelirroja y una mulata, y entre ellas, una joven con la cabeza cubierta con un gorro de tela que escondía su cabello y alerones que tapaban sus mejillas. Pero esos ojos eran imposibles de esconder. Blas reconoció la atrevida e incisiva mirada de Isabel de Osuna.

Se acercó mirándola con cierto descaro y notó cómo ella intentaba disimular, pero se sentía señalada. Cuando le tuvo delante, sonriendo burlón, la damita no pudo evitar mirarle.

—Aparta, rufián, que pierdo la vez.

—Perdonad, doncella, os confundí con una dama de las haciendas.

—Pues dices bien, estás equivocado.

—A lo mejor conocéis a esa señora que os digo. Le gusta esconderse tras las cortinas...

—No sé quién es vuestra Dama de las Cortinas. No me importunes más.

—Si estáis buscando afeites para vuestro rostro, o para el de vuestra señora, os diré que este no es el mejor sitio. Conozco otro puesto con mucho mejor género.

—Qué sabrás tú de afeites. Déjame o llamo a un guardia.

—Yo mismo acudiré si llamáis a la ley. —Blas sonrió e hizo una reverencia—. ¿No queréis mis consejos? No os lo tomo a mal. Seréis vos quien siga oliendo a perfume de vieja.

La dejó plantada y siguió su camino. Pero sonrió al oír la voz de Isabel a su espalda.

—¡Espera, soldado! —Isabel se acercó mirando a los lados por si había llamado la atención de alguien—. Quizá a mi señora le plazca recibir nuevas fragancias.

Blas condujo a Isabel hacia un puesto de indios situado en una esquina de la plaza. Los sacos repletos de flores de pesados olores, las especias, los mágicos ungüentos, todo parecía provenir del fantástico reino de cuento de unos brujos encantadores. Blas conocía bien todo aquello.

—¿Por qué salís a la calle disfrazada?

—Tengo prohibido salir sola por mi condición. Me siento castigada por ser de mi clase cuando en realidad envidio a mis criadas. Así que les cambio la ropa y vengo a la ciudad a probar en persona todas estas maravillas que ellas no saben apreciar.

A Blas le divirtió sobremanera la imprudencia de la muchacha. Entusiasmada con la variedad del puesto, probó cada esencia, olió cada saco y untó con su dedo corazón cada pomada. Tanto revoloteó que se sintió mareada, y cuando le cambió el color de la cara, se alejó del puesto sin decir nada. Blas, extrañado, la siguió, pero ella le apartó con un manotazo. Isabel tuvo que sujetarse en una verja para no caer y así, colgada del hierro, le vino una tiritona como si le hubiera caído un viento helado a ella sola. Pero hacía calor, el mismo calor de siempre. Blas se asustó, no sabía cómo reaccionar, y las respiraciones entrecortadas de ella comenzaron a atraer la atención de la gente, así que él pensó en empujarla al otro lado de la plaza, llegar al cuartel y que allí se tranquilizara. Pero el tembleque de ella se hizo más fuerte y se le escurrió de las manos, cayendo al suelo entre espasmos y tiritonas. El escándalo era inevitable, él mismo dio un paso atrás cuando vio los escupitajos salir de su boca, pero al ver las caras de pavor del gentío, optó por agacharse y cubrirla con sus brazos, para ocultarla de las miradas asustadas. Poco a poco, el impulso nervioso de Isabel fue cediendo, pero su consciencia no volvió tras el ataque y eso le asustó más aún. Con los músculos flácidos parecía como muerta, así que la levantó en brazos y corrió lo más que pudo hasta traspasar los portones del cuartel.

El resto fue un barullo que le llevó buena parte de la jornada: aunque por instinto obvió contar las demoníacas convulsiones, tuvo que decir la verdad sobre la identidad de Isabel, y la noticia subió rápidamente hasta la sala del corregidor, quien a su vez ordenó formar una pequeña patrulla que la condujera de vuelta a la hacienda del Oso, donde recibiera los cuidados necesarios. Quién si no el propio Blas debía ir al frente

de la comitiva, recibiendo, como de costumbre, la burla de todos: si es que con esa cara de niña solo servía para cuidar señoritas. O ¿cuándo sería que fuera a probar una hembra de verdad, que le desvirgara? y cosas por el estilo. Devolvieron a Isabel a su madre, que puso enseguida en danza a todo el servicio para llevar a la chica a sus aposentos. Manuela de Osuna hizo prometer a Blas que no contaría una palabra de lo que había visto sufrir a la muchacha. Él juró por lo más sagrado que ni lo había hecho ni lo haría en el futuro, y con una moneda en agradecimiento, les largaron con viento fresco.

Blas había pasado el resto del día sumido en el desconcierto, preguntándose por el origen de esos males, por el temor cerval que había en el rostro de la madre al exigir el secreto. Y al caer el día y disfrutar del pequeño privilegio de estar a solas con el famoso sacerdote cuyas demostraciones de ingenio habían hecho al mismísimo capitán parecer un pelele, no había podido evitar preguntarle.

—Eso no se contagia —corta Juana como un abrecartas—. Es un mal peligroso, pero solo para el paciente: puede ahogarse en su propio vómito o morderse la lengua. La convulsión nerviosa es tal que, como tú mismo has visto, el enfermo no controla ningún músculo de su cuerpo. Tardará varios días en recuperarse, pero después volverá estar bien. Es una enfermedad muy documentada. Grandes emperadores padecieron esas fiebres. No te dejes llevar por las supercherías del vulgo. Solo quien no ha leído puede colgarle el sambenito del demonio. Pero no podemos utilizar el manto de la herejía para cubrir la vergüenza de nuestra ignorancia, ¿no crees?

—*Timendi causa est nescire* —susurra Blas, casi para su pecho. Juana sonrío sorprendida.

—Vaya, el tímido soldado es lector de Séneca.

—Perdonadme, padre, no sé quién es tal señor. Lo escuché en alguna parte.

—No te excuses por saber latín. Sí, «la ignorancia es causa de temor», pero el conocimiento te hace mejor que la mayoría. ¿Es aquí?

Acaban de llegar a una puerta grande al fondo del corredor. Blas asiente y se dispone a abrir el picaporte con cierta aprensión. Juana toma aire y nota golpear su corazón en el pecho.

La náusea. En la oscuridad rota solo por la ondeante llama de la antorcha de Blas, los sentidos se abotargan. Sin el apoyo de la vista, sin saber cuán lejos están las paredes o si hay obstáculos, con el eco rebotando a cada paso, la única referencia válida es el olor. Y este es tan terrible que parece que va a agarrarla y llevarla consigo a lo profundo de su pozo. Juana se queda paralizada por un temblor que no controla. Le viene el recuerdo de las olas empujándola, la misma oscuridad, el mismo frío, la desorientación, el terror de verse sola en medio de la nada. Solo ve la silueta del muchacho dibujada contra la llama de la pequeña antorcha, alejándose cada vez más, rebuscando en el suelo o sobre los muebles. Juana siente un temor infantil a que,

cuando la luz se extiende, aparecerá algo monstruoso ante ella. Y como si despertara poco a poco de la pesadilla, la luz va comenzando a inventarse las líneas de una bóveda y unas paredes húmedas. Blas ha encontrado unos candelabros y, según los enciende y distribuye, se pueden apreciar en el medio, sobre una gran mesa, los dos cuerpos cubiertos por un lienzo.

Juana respira por la boca, tomando todo el aire que puede. Está subiendo un nuevo escalón en esta locura. No solo suplanta a un muerto, no solo se hace pasar por cura. Ahora, además, ha de imponer un santo sacramento. Acabará perdiendo la cuenta de tanto pecado mortal que está acumulando. Nada más volver al cuartel junto a la patrulla, le pidieron que bendijera a los cadáveres. Alguien se acordó de que estaban sin enterrar y que algo había que hacer con ellos. Aquí está ahora delante de dos bultos bajo una sábana, tan irreales como lo han sido todo el último día. Ha hablado mucho sobre ellos, pero hasta ese momento eran solo una entelequia. No quiere levantar el lienzo para que no se hagan reales, para que sigan siendo un acertijo de escuela, un divertimento. En el momento que descubra lo que esconde ese desierto blanco de dunas muertas, todo dejará de ser cómodo y bajará al sucio fango de lo real.

—¿Los descubro? —pregunta Blas con inocencia al lado de los cadáveres. Juana se da cuenta en ese instante de que no se ha movido del sitio, y aún tiene los hombros encogidos por el miedo en la oscuridad. Intenta destensarse y avanzar.

—No, déjalos así. Puedes salir.

Blas obedece y se dirige a la puerta mientras Juana se coloca ceremonialmente al lado de las cabezas. Destapa solo las frentes para poder hacer la señal de la cruz sobre ellas. Es todo un amasijo de pelos y sangre. El impulso de la curiosidad le hace levantar un poco más el lienzo y ver las heridas de las caras. Blas está a punto de salir cuando echa una última mirada y se extraña de ver al jesuita alzando la sábana como si buscara algún tesoro.

Juana espera a que la puerta se cierre tras el muchacho, llevada poco a poco por el irrefrenable impulso de conocer más. Entonces definitivamente se quita los complejos: con un rápido movimiento levanta todo el lienzo dejando los cadáveres al descubierto. Recibe una bofetada fétida y una cuchillada en los ojos. La náusea. Esta vez físicamente palpable, como un torbellino subiendo por su tráquea. Lleva la mano a su boca, para evitar vomitar o para que no se le escape el espanto en forma de grito. Qué es lo que hay en el aire, qué veneno comemos, qué música siniestra oímos que nos convierte en seres tan crueles, capaces de triturar de esta forma a nuestros semejantes. Qué piensa en la noche, solo en su lecho, el que ha sido capaz de hacer semejantes heridas a otros y a la vez cuida de sus hijos, goza de su hembra, ayuda al vecino. ¿Qué llevamos dentro? ¿Nos trae Dios al mundo con una mano amistosa y otra que golpea?

Al principio le es difícil incluso distinguir a la mujer del hombre. Pelos desordenados y pegajosos, piel completamente cubierta de sangre seca, pechos

amorfos por el surco de las heridas. Juana se coloca un pañuelo sobre la nariz y acerca un candelabro para fijarse mejor. En la frente, distintas heridas a rayajos, como líneas; en las mejillas, círculos; de la boca aún apuntan algunas plumas; en el cuello del hombre, la herida en el gástrico que produjo su muerte en el carro; en la mujer, el pinchazo en la yugular. Un gran círculo dibujado a cuchillo rompe la piel del tronco en ambos cuerpos. En el caso del hombre, el surco es tan profundo que los intestinos caen fuera, sobre la mesa. Menos cuidadoso parece el daño producido en los brazos: probablemente a causa del alzamiento en el árbol, los antebrazos muestran desgarros que han dejado la carne convertida en pulpa a la vista. Los miembros superiores, en todos los casos, se encuentran desencajados de los hombros, aportando una sensación de muñecos de trapo a los cadáveres. Los genitales se hallan extrañamente intactos, probablemente son las únicas partes sin tocar, ya que más abajo, muslos y pantorrillas parecen asediados de nuevo por líneas de escritura, indescifrables por la sangre que las cubre. Mención especial merece el pie derecho de Germán de Val. Completamente fracturados los huesos, cae sin forma al lado del izquierdo, con desgarros por varios sitios que dejan entrever carne, huesos y tuétanos. Al menos, piensa Juana, todas estas barbaridades se las hicieron ya muertos.

Cuenta dedos de pies y manos, como una matrona de parto, y en la mano izquierda del hombre encuentra un obstáculo: los dedos se hallan cerrados, atados con un cordaje vegetal. Examinando desde fuera, parece que hay algo en el interior del puño. Busca entre el mobiliario de la sala, y encuentra un cristal roto con el que cortar la cuerda. No sin esfuerzo estira los rígidos dedos lo suficiente para poder sacar un pedazo sanguinolento de carne. Con asco lo acerca al candelabro y entonces puede adivinar de qué se trata. Es una oreja.

Juana acerca el candelabro a las cabezas para indagar entre los enmarañados cabellos. Se trata de la oreja derecha de la mujer. Se pregunta qué bárbaros rituales habrán llevado a los indios a cometer estas atrocidades. Al mismo tiempo piensa que, si los indios vieran las terribles máquinas que guarda el Santo Oficio para extraer confesiones a los herejes, tampoco entenderían nada. Sujetando la oreja cortada entre los dedos comienza a surgir una idea en su mente, cuando se fija en dos pares de ojos de lechuza que le miran desde la puerta: el soldado Blas y el capitán Trujillo están parados allí con gesto alucinado. Juana estaba tan abstraída con su exploración que no les ha visto entrar. Tiene el gesto reflejo de deshacerse de la oreja, dejándola dormir sobre el pecho de la mujer.

—No podemos enterrar a estos hidalgos así. —Juana improvisa rápidamente—. No es solo la cristiana sepultura lo que limpiará sus almas; hemos de mostrarles respeto aseando también estos desgraciados cuerpos.

—De... acuerdo. —Trujillo piensa en cuándo dejará de sorprenderse con este hombre—. Blas, encárgate de buscar los afeites necesarios para lavarlos.

—A la orden, señor.

—Yo esperaré aquí... rezando por sus almas —se escuda Juana.

—Padre Fiz, mientras el chico va a por lo necesario... yo venía a... Requiero vuestra ayuda una vez más.

El Loco Ventura está hecho un ovillo en una esquina de la celda. Ensangrentado, con parte del rostro hinchado y tembloroso. Juana acaba de entrar y, tras alumbrarle con la lámpara, mira con reprobación a Trujillo.

—No sé cómo hicisteis que hablara ayer —confiesa Trujillo—, pero yo, por mucho que le he golpeado, solo he conseguido que se burlara de mis barbas. No es que me dé pena, pero hay que averiguar qué ha sido del chiquillo...

—Capitán, me extraña que hayáis llegado a esta altura de vuestra carrera utilizando tan poco el soporte de vuestro sombrero.

Trujillo aumenta su irritación acercándose amenazador.

—Mientras le partía la cara contra la pared recordaba que he llegado a este punto de mi carrera porque no he vacilado ni un segundo cumpliendo con mi deber y aplastando a quien me lo impida —bufa susurrante. Juana reconoce que, realmente, este hombre sabe intimidar—. Él mismo dijo que solo os hablaría a vos. Sacadle la información o le ajusticiaré esta misma noche.

Trujillo acude a sentarse en un banco cerca de la puerta, dejándose caer con furia. Juana se promete una vez más que corregirá su soberbia, y más si cabe ante el único hombre de esta colonia que puede facilitarle su salida. Pero cuando vuelve a mirar a Ventura, se desespera. ¿Qué palabras le va a sacar a este desgraciado? Se agacha ante él, para ponerse a su altura.

—Ventura, ¿puedes oírme?

El Loco apenas se mueve.

—Fulvio Nobilior... —susurra con voz sibilante.

—¿Qué es Fulvio Nobilior? —Juana nota como el Loco sonrío y se concentra agitando una mano en el aire.

—Los débiles numantinos aguantaban en sus murallas al borde del acantilado los ataques del invasor romano. Pam, pam, pam, pam. Ya les habían derrotado una vez, y el cónsul Quinto Nobilior estaba muy enfadado. Compró la ayuda de los númidas, que trajeron a los más terribles animales que pisaban la tierra: los elefantes. Bum, bum, bum, bum. El suelo retumbaba con el paso de los gigantes. Los numantinos estaban temblando ante el avance de esos monstruos de temibles colmillos mientras los romanos y su voluble cónsul se pavoneaban satisfechos de su fuerza y de su triunfo. Pero no fue así.

—¿Qué pasó, Ventura?

Juana siente el sonido de ese saco de huesos removiéndose para acercarse como un lagarto que se arrastra, hasta que su cara entra en la luz de la lámpara. Entonces Juana puede apreciar que hay menos dientes ahora dentro de esa boca que se abre a espasmos.



—Una simple piedra. Un soldado numantino lanzó una piedrita. Fiuuuu. No era nadie contra esos monstruos, pero ¡zas! El soldado había apuntado contra el ojo del primer elefante. El dolor volvió loco al animal, que se giró huyendo y pataleando al ejército que venía tras él... El resto de los asediados le imitó y los romanos cayeron aplastados por sus propios monstruos. Bum-bum-bum-bum. Quinto-Fulvio-Vergüenza-Nobilior. ¿Cuál es la moraleja, padrecito?

A Juana le estremece oír ese apelativo, el que ella usaba con su viejo maestro.

—Si golpeas demasiado fuerte, tu arma puede volverse contra ti. —Y con una mirada señala al capitán Trujillo, que gruñe impaciente en la puerta.

—¿Qué me importa a mí ese hombre? —Ventura le mira también despectivamente y vuelve a su huevo. Juana se queda pensativa, trata de aprehender las palabras de Ventura que han quedado aleteando en el aire espeso del calabozo.

—Ventura, debes hablarme de los indios de la montaña. De los Invisibles.

—No se ven.

—Ya me hago idea. Tus amigos han bajado a la bahía y han hecho cosas que no deben. Tú les conoces y eres tan responsable como ellos de ese daño. Serás castigado por ello si les defiendes.

—¿Qué me importa a mí este cuerpo?

—¿No te importa morir?

—Mi cuerpo no me pertenece. ¿A vos os pertenece el vuestro?

Diantre con el Loco. Siempre parece que ve algo más, piensa Juana.

—Nuestros cuerpos pertenecen al Señor, y él nos guía por este tránsito.

—A mí no.

Juana toma aire. No es este el camino.

—Haces tu papel de loco de forma convincente. Pero me niego a hablar contigo con estas normas: tú, el pobre inocente impedido; yo, el inquisidor. —Ventura la mira con interés—. No jugaré más este papel. Tú me has llamado. Yo no hablaré más con el Loco. Hablaré con Ventura el sabio, el que ha estudiado. Si quieres responderme, ven aquí a la luz y siéntate ante mí.

Juana se incorpora y coloca la mesa y los bancos tirados, invitándole a sentarse. Con satisfacción comprueba como el guiñapo ha vuelto a moverse y se acerca tembloroso sumergiéndose de nuevo en la luz de la lámpara como el que mete su cabeza en agua. Se sienta en el banco y la mira.

—Pongamos otras normas entonces —silba Ventura entre sus dientes.

—Tú no dices lo que hay que hacer, imbécil —espeta Trujillo desde la puerta.

—Adelante. —Juana invita al Loco con un gesto, haciendo nulo caso a los gruñidos a su espalda.

—Me gustan los secretos. Vos me decís uno, yo os digo otro.

Juana piensa un momento. Asiente. Trujillo araña la pared.

—El naufragio de mi barco me trajo aquí. Dios se llevó a todas las demás almas y quiso darme la gracia infinita de seguir viviendo. —Juana se inclina adelante, en

confidencia—. Y te diré mi secreto: en mitad de la noche, abandonado en medio del mar, Él me envió un mensaje: no me quiere con Él aún. He de cumplir aquí su misión, cualquiera que esta sea. —Ventura escucha con delectación, saboreándolo: la entiende perfectamente. Juana tira el anzuelo—. Me pregunto si tú eres esa misión.

—¿Queréis salvar mi alma? Ya os he dicho que no me pertenece.

—Te toca decirme un secreto.

Trujillo resopla. No tiene paciencia para esto. Sin embargo, Ventura habla:

—Conozco a los Invisibles. Son bellos y son nobles. No gastan palabras. Hablan con su actos.

—¿Por qué han hablado en los cuerpos de esos hidalgos?

Ventura se queda callado. Guiña los ojos calculando qué decir. Trujillo avanza su oreja, intrigado.

—Hablan del pasado.

Juana escruta su mirada.

—Sabes que la respuesta a estas muertes será durísima por parte del capitán. — Juana señala hacia atrás.

—Será una respuesta equivocada. Quien ha hablado no está a la vista.

—¿Y si quemamos la montaña? ¿Se harán visibles los culpables?

Ventura sonrío y calla. Se fija en unas briznas de hierba atrapadas en la madera de la mesa. Las agarra con avidez y se las mete en los huecos vacíos de su boca.

—¿Se te han acabado las hierbas que traías?

Ventura se encoge de hombros resignado. Sigue expurgando los resquicios de la mesa.

—Dadme otro secreto.

—¿Qué quieres saber?

—¿A qué veníais en primer lugar?

—A encontrar a un alma descarriada.

—Habéis venido al sitio ideal. Lo raro aquí será encontrar a un cordero dentro del redil. ¿A quién en particular?

—A alguien a quien le pudo la soberbia de creerse mejor que el resto. No te importa el nombre. Es mi turno.

—No. Decidme el nombre. Un secreto se cuenta entero.

—La marquesa Juana de Alcántara, dueña de los mayores terrenos al oeste de Castilla.

—¡Extraordinario! Perseguí a una hembra de alta cuna. Nunca oí hablar de una hereje de sangre noble. Vivimos en un siglo maravilloso: cualquiera puede ser perseguido.

—No te permito que me juzgues, Ventura. Ese no es el juego. Mi turno.

—No me lo habéis contado todo. ¿Por qué cambiar de turno?

—Porque podría estar dejando que te torturen hasta sacarte la verdad y eso siempre sería más aburrido para ti. Confórmate con lo que te he dicho y déjame

preguntar. —Ventura se resigna—. ¿Qué ha sido del niño de Germán de Val? — Ventura calla y mira a Trujillo—. ¿Le mataron también los indios?

—No es divertido, padrecito.

—¿También le han hecho las mismas barbaridades? ¿Qué ha sido de él?

Ventura juguetea con la madera, pavoneando contento. Juana le ve venir.

—Ese es un secreto muy grande.

—Seguro que no es para tanto, debes de tener secretos mayores.

—No, ese es muy importante. Nadie, nadie lo sabe ni lo puede saber.

—No lo creo. Tú quieres contarlo.

—El Amo puede enterarse. No debo decirlo o me oirá.

¿Quién?

—Estamos solo nosotros. No te va a oír.

—El aire, las palomas, las mariposas, el polvo, todos nos escuchan...

Juana siente que Ventura vuelve a divagar, que comienza a escapar de la lucidez.

—¿Qué perseguís en esa mujer, padrecito?

—Te lo diré mañana. Porque si tú me dices ahora dónde está el niño, mañana verás la luz. Si no, morirás y te quedarás sin mi secreto.

—Está vivo.

—¿El niño?

—Chsst. Claro que sí. Yo mismo lo recogí cuando salió del carro. Nadie lo vio, solo yo. Lo guardé entre mis brazos y le dije: tranquilo, miajita, tranquilo. Y quise taparle los ojos, pero no me dejaba.

Trujillo se despega de la pared alucinado. Y eso que estaba pensando estrangular a estos dos mamarrachos hace un rato.

—¿Y dónde está ahora? —susurra Juana cómplice.

—En un lugar sagrado. Allí estará a salvo.

El estruendo del cerrojo en la puerta abierta asusta hasta al propio capitán, que se vuelve furioso, temiendo que se rompa el encanto. Un soldado mete la cabeza despacio y, al chocar con la mirada sangrienta de Trujillo, titubea y susurra:

—Capitán, con permiso... Ahí arriba se necesita vuestra presencia.

—¿No ves que estoy ocupado, animal?

—Lo siento, mi capitán, pero es urgente...

—Id de una vez, capitán. —Se gira Juana severamente. Trujillo duda, quisiera enterarse en persona de todo lo que pase. Pero allí ya no le prestan atención, el Loco y el cura se han inclinado sobre la mesa para ronronear en bajito. Resopla y sale por la puerta empujando al soldado.

—Ahora dime, Ventura. —Juana mira a los ojos del Loco acariciando las palabras como quien prueba un guiso en el fuego—. ¿Dónde está ese lugar sagrado?

Simón sintió que la vida le ponía el viento en la espalda y le empujaba con fuerza.

Esa ciudad donde habían caído sus huesos estaba llena de gentuza de una categoría similar a la suya, así que no tenía problema alguno de supervivencia; y además había encontrado una fuente de financiación que iba a durar una larga temporada. Así que cuando entró por la puerta del burdel de la Bejarana, pensó que era momento de satisfacer su mayor deseo. Se unió de nuevo a la mesa donde el Pitera ya se había bebido buena parte de su soldada, y aumentó su bolsa engañándoles un buen rato con la baraja de cartas. Estaban tan borrachos que a Simón no le hacía falta más que un ojo para seguir el ritmo de la partida, así que podía usar el otro para contemplar el paso de las ménades de aquel templo. Le dio tiempo a varias rondas de ganancias antes de que apareciera la bacante que pretendía. Con ese aire guasón, con esa piel morena rodeando la sonrisa blanca, con su paso altivo y el pecho palpitante, Marina comenzó su paseo triunfal por las mesas, solo para disfrutar de ser deseada por todos.

Simón refrenó sus impulsos por salir disparado hacia ella y simplemente la siguió con la mirada hasta conseguir que sus pupilas se cruzaran. Marina hizo como que no le veía, pero como sus ojos no se separaban de ella dondequiera que parase, la muchacha acabó retándole con un gesto de barbilla en la distancia, mientras multitud de Dionisos se apuntaban ansiosos para ser ajusticiados con su olvido. Simón le sonrió sin moverse y levantó una ceja en señal de qué-haces-con-esos-estando-yo-aquí; Marina continuó hasta acercarse a la dueña, tomar una jarra y beber lanzando un típico bebo-la-vida-a-tragos-¿y tú? Y así podrían continuar tejiéndose con hilo de pupilas hasta formar un pañuelo de seda invisible, cuando vino a romperlo un bulto deforme y tambaleante que la tapó por completo. Simón se movió para volver a conectar la mirada, pero no había manera, la espalda de ese hombre abarcaba varias millas. Molesto, se levantó, haciendo que sus compañeros de mesa dirigieran la vista hacia aquel lado de la sala igualmente interesados. Marina dio un empujón al hombre-muro, rechazándole como al resto, y entonces aquel mostró algo que le cambió a ella la cara, sonrió y pasándole la mano por el cuello acercando su rostro, susurró a esa oreja deforme alguna ordinariez mientras por última vez miraba a Simón, levantando solo una ceja y entrecerrando los párpados en un se-siente-muchacho-otra-vez-será. Simón sintió que le subía el demonio de dentro al ver girarse al mamarracho que se llevaba a su hembra: el sargento Miquélez, quien con gesto de burla grotesco echó una ojeada a Simón y su gente, al tiempo que ondeaba en su mano derecha el bolsito de cuero que le confiscó ayer en la playa. Al darse cuenta de quién era el pardillo que le echaba miradas al fondo de la sala, Miquélez ondeó el bolsito, en un claro gracias-a-ti-y-tus-monedas-echaré-esta-noche-el-polvo-del-siglo.

Simón Lobato perdió por completo el control de sí mismo y atravesó al vuelo la distancia que les separaba, agarrándose al cuello del sargento y echándole al suelo. Tras él acudieron su legión de borrachos, el Pitera y los otros despojos, y en el piar de un pollo se montó una trifulca en la que no faltaron mordiscos, tirones de pelo y puñetazos torpes. Una encabronada Bejarana repartió gritos y palos en la espalda a

los combatientes con una vara que guardaba entre dos toneles para estas ocasiones, pero no hubo manera de separarlos hasta que una patrulla llegó a disolver el enjambre como un chorro de agua ahuyenta a los zánganos.

Y por eso ahora el capitán Juan Trujillo camina triturando la arena del cuartel a su paso, furioso una noche más. Ante él, Simón Lobato, visiblemente preocupado; el Pitera, notablemente bebido; y Marina, desafiante en jarras otra vez frente al gigante. A un lado, sentado sobre un poyete, el sargento Miquélez sujeta la sangre de su cabeza con un pañuelo arrugado. Otros integrantes de la trifulca se reparten en segunda fila, esperando protegerse con el escudo de los primeros. Y no es mala idea, teniendo en cuenta el tremendo tornado que da vueltas al patio y que pareciera capaz de sacarles la cabeza de cuajo.

—¡Somos los representantes de la Corona! —atrona Trujillo—. Honramos la bandera de Castilla al otro lado del mundo. No somos los clientes borrachos de un antro de putas.

Marina escupe en el suelo displicente. Trujillo hace una señal al Barquero, detrás de él, que se levanta rápidamente.

—Meted a esta fulana en el abrevadero de los caballos, a ver si así sacamos algo limpio de ella; después echadla de aquí. Si quiere una cama, que se la pague su alcahueta; un calabozo de su majestad es demasiado lujo para esta bestia. ¡Vamos, al agua!

El Barquero, con sus brazos de hierro, alza a Marina y la porta como un cordero lechal. Por mucho que ella intenta, sujeta por ese hombre no puede dar coces, así que se limita a gritar sin descanso.

—¡Cabrón, hideputa, mojón! ¡Os reís todos de mí porque soy hembra! ¡Ya os pondréis a mis pies a llorar! —Y al sargento Miquélez—: ¡Y tú, cangrejo deforme! ¿Es que no vas a hacer na...?

Ni acabar la frase puede. El cuerpo rebelde de la muchacha cae en el agua apestosa de los caballos. Saca la cabeza rápidamente.

—¡Hijos de pu...!

El Barquero la vuelve a empujar adentro. El cuartel se destensa un momento con risas contenidas. Simón, aún sin moverse de su postura de firmes, no puede evitar que una sonrisa se le escape oyendo a Marina protestar. El Barquero la saca del agua y la echa al suelo. Asiéndola de los pelos, la reboza entre las cagadas y orines de los caballos, e igualmente la pone en pie. Con un bofetón de pala de panadero en el culo, el Barquero la orienta hacia la puerta. Marina se recompone como puede, mira a su alrededor despreciando todos esos ojos burlones que la agujerean, se atusa el cabello desmadejado, coge en la mano un zapato que se le ha soltado y, como una dama de alta cuna en traje de porquera, atraviesa el patio con toda dignidad. Antes de cruzar el portón abierto, vuelve su cuerpo hacia esa pandilla de mandrias y con toda la fuerza

de sus pulmones dispara un eficaz salivazo al vigía de la puerta.

—Esa meretriz es libre de irse —continúa Trujillo—. Vosotros no. Vosotros habéis jurado lealtad a vuestro rey de por vida. Y aquí dentro, en este lugar al que pertenecéis, la ley soy yo. Y vais a saber lo que depara la ley a los que ensucian el nombre de Castilla.

Ya no se oye ni un esbozo de risa en el patio. Se perciben con eco los hipidos del Pitera, incapaz de controlar nada. Simón suda frío y le da codazos de vez en cuando.

—El sargento perderá su condición de tal. Un oficial con hombres a su mando no puede estar en medio de una pelea sin imponer su rango. Desde hoy su único cargo será el de soldado, y como tal, limpiará ahora mismo la mierda del suelo que ha dejado la prostituta.

El sargento Miquélez abre los brazos y los labios en señal de protesta, pero solo le sale un balbuceo incomprensible.

—¿Qué haces aún sentado, soldado? —lanza con furia Trujillo hacia el defenestrado—. He dado una orden.

En silencio absoluto y triste, Miquélez se arrastra hasta el abrevadero. Trujillo se acerca ahora a Simón.

—Un soldado que ataca a un superior está golpeando al rey; está cometiendo un acto de desobediencia tal que en tiempo de guerra merece la muerte. Ya que no puedo quitaros el rango, porque no tenéis, os quitaré una mano, y así recordaréis no usar la que os quede abofeteando a quien os manda.

Simón Lobato escucha firme, más firme que en toda su carrera militar, pero en realidad le gustaría tirarse en el suelo a llorar su desgracia. Le tiemblan las piernas cuando ve venir al Barquero arrastrando un banco de madera que chirría contra la arena y la piedra, cuando lo sitúan delante de ellos, y casi agradece que le empujen a ponerse de rodillas pues estaba a punto de caer como un muñeco ridículo. Colocan su brazo derecho encima del banco con la mano colgando al otro lado, y el propio Barquero desenvaina la espada con un ruido repelente y la pone a prueba acariciando la muñeca de Simón antes de tomar impulso. El soldado piensa que media vida se le va al perder esa mano, que será peor que perder a su madre o a su hermano, si los hubiera conocido. Que será un inválido y morirá si no tiene el apéndice que le defendía, que le hacía ganar dinero, que le daba de comer y que le abría la llave del placer. Esconde la cabeza bajo el banco para que no le vean llorar mientras siente cómo la espada se separa de su muñeca para alzarse al cielo del patio antes de caer y cortar su carne. Aprieta los dientes con fuerza y aguanta la respiración.

—Capitán, esperad.

Trujillo siente una puñalada en la espalda en forma de voz de cura. Alza la mano para detener al Barquero y se gira hacia la entrada de los soportales. Simón exhala. Fiz de Talaván acaba de aparecer con el rostro agitado.

—Esperad vos, padre. Estoy ejecutando un castigo.

—Precisamente de eso quería hablaros, señor mío. Es un caso de extrema

gravedad.

Lo que de verdad querría hacer el capitán es colocar al jodido jesuita en la fila del banco para cortarle también la mano, la lengua o el pescuezo. Cualquier cosa con tal de que deje de incordiar. Sin embargo, no sabe muy bien por qué, de nuevo su indignación se somete a sus pasos, que le llevan a dejar la corte marcial y acercarse al menudo curilla para hablarle por lo bajini. Simón, arrodillado al lado del banco, levanta la vista y encoge el brazo, no vaya a ser que al Barquero se le escurra la espada en un descuido.

—Padre Fiz —masculla Trujillo frente a Juana—, ¿qué tenéis ahora para mí?

—Sé dónde está el niño de los hidalgos. —Juana habla deprisa—. Ventura lo escondió en un templo de las montañas para alejarlo de la vista de los asesinos. Me ha dado indicaciones muy precisas para guiarse por los senderos.

—Padre, agradezco el esfuerzo que habéis hecho, pues yo os empujé a ello. Pero ese hombre solo está ganando tiempo. Nos manda lo más lejos posible a buscar un templo en medio de esa maraña. Os ha mentido.

—No me ha mentido. Os recuerdo que tengo experiencia sacando la verdad a los más remisos.

—Pues, aunque fuera verdad, no serviría de nada. Nadie sobrevive allí arriba dos días solo sin víveres ni armas; menos aún, un crío que no ha salido nunca del regazo de su madre. No voy a mandar a mis hombres a seguir las indicaciones de un demente. —Trujillo le da la espalda y se aleja de ella.

—Si es una misión de éxito improbable y con peligro de muerte, ¿qué mejor castigo para esos incautos de ahí?

Trujillo se muerde el labio y vuelve a acercarse.

—¿Qué decís?

—Dos soldados mancos no os van a servir de mucho en vuestra guardia. Ya que no los apreciáis, mandadlos a la montaña. Si mueren, no perdéis mucho; si encuentran al niño, habréis cumplido vuestro deber y os ganaréis el aprecio de toda la colonia.

El capitán permanece unos segundos mordiéndose el labio sin dejar de mirarla.

—Padre, padre, vos que sois de mente preclara y estáis en contacto con lo divino, decidme: ¿por qué Dios me ha castigado con las siete plagas de vuestra presencia?

—Las plagas fueron diez.

El capitán inhala como un tifón, da la espalda a Juana y cruza deprisa el patio dando empujones a los que se encuentra por medio.

—¡Barquero, guarda tu espada! Llevad a estos dos desgraciados ante el padre Fiz de Talaván, y el resto de rufianes que limpien las armaduras de toda la compañía. Pasaré revista al amanecer. ¡El que se duerma acompañará al degradado limpiando mierda de caballo! ¡Y dejadme en paz de una vez!

Desaparece en la casona llevándose sus nubarrones adentro. Simón mira al Pitera, adormilado sin enterarse de nada. Después se gira hacia Juana, que sonrío satisfecha

antes de volver a los soportales. Aunque un soldado le insta a que se levante y la siga, Simón se resiste algo azorado. Tiene los pantalones meados.

—Me mandáis a la muerte, señora.

Simón patalea el heno de las caballerizas mientras Juana y los caballos le observan indiferentes. Se han retirado allí, en soledad, a que Juana le ponga al tanto de las indicaciones de Ventura.

—Te equivocas. Te doy varios días más de vida. Gracias a mí te conservas de una pieza; incluso me agradecerás ir a la selva a cumplir tu castigo. Y si vuelves con vida, tendrás cuidado de portarte bien: en mis manos está que el capitán te rebane el pescuezo si sigues importunándome con tus chantajes o tus imprudencias.

Simón exhala dejándose caer contra la pared. Esta mujer le acaba de dar la vuelta como a un calcetín. Se ha convertido en un títere sin otra opción que obedecerla; va a subir por vez primera a la selva con la única compañía del despojo borracho que duerme la mona tirado ahí al lado; por no hablar del dinero perdido en dos días, más que el que ha tenido en el último año, sin haber conseguido siquiera tocar a la fiera de Marina. Quizá en la balanza no fuera tan malo lo de la mano cortada. Al menos mendigando podría recibir algún plato caliente en vez de tanta patada en el culo.

—Puede que el capitán tenga razón —comienza Juana a cavilar—, y el Loco Ventura nos haya engañado solo para librarse de la horca unos días...

—Pues me estáis animando, no es por nada.

—... Pero salvar la vida de ese niño es muy importante.

—Si me cediera parte de su herencia cuando le rescate, me empujaría más a ir...

—Ese muchacho ha sido testigo de la muerte de sus padres. Puede darnos la clave para encontrar a los culpables.

—¿Pero qué nos importa a vos y a mí quién mató a esos hidalgos? Dios santo...

—El capitán Trujillo es mi salvoconducto para salir de aquí. Si hay que dejar esto en sus manos, esos asesinos acabarán degollándonos a todos. Sin mí el capitán está perdido, y tengo que utilizarlo.

—Muchas gracias por contar conmigo para salvar vuestro pellejo. Cuando los salvajes me estén asando con un palo atravesado en mi trasero, me acordaré de que ha sido por una buena causa.

—Dime si tienes otra opción o deja de protestar. No podemos perder más tiempo. Simón calla cruzando los brazos como un niño sin su golosina.

—Muy bien. —Juana comienza a trazar unas líneas con una pieza de adobe sobre la pared encalada—. ¿Sabes algo de orientación? Te daré unas nociones básicas...

Simón Lobato mira al techo resignado. ¿Por qué no irá ella, si sabe tanto de todo?



## 4 EL NIÑO

*18 de junio*

La nave de la iglesia es un barco fantasma. Húmeda y mohosa, de maderas crujientes, cruzada por vientos sibilantes, desierta de almas, poblada de espectros. No hay nadie en el puente de mando, pues el superior hoy se levantó diarreico y no puede ni caminar. Francisco Galbón, el sacristán, ha pasado la noche trajinando por el palacio de San Telmo bacinilla va bacinilla viene, y ahora, en extensión de sus desvelos, deambula por entre los bancos limpiando perezosamente la mugre acumulada. Solo hay una pasajera en una esquina, protegida por una columna mal pintada. Inés de la Vega, arrodillada y con el rostro acurrucado entre sus manos, reza metódicamente. Que no apareciera don Marcelino a cantar su misa no le ha extrañado mucho, sucede dos de cada tres días. Lo que le sorprende es que no haya aparecido el nuevo religioso, el Traído por las Aguas. Ha venido hoy a la iglesia solo con la esperanza de verle.

Anoche, en el patio de la hacienda del Oso no se hablaba de otra cosa: de la fantástica aventura de su llegada, donde solo el religioso y el soldado se salvaron de la tormenta en un milagro nunca visto en esta ciudad de pecado; de su inteligencia prodigiosa, que dejó sin habla a los soldados en una jornada llena de revelaciones; de su insolencia con el capitán Trujillo, el gallardo militar que tanto la impresionó la noche anterior; de su siniestro nombre, Páter Penumbra, y de su misión como implacable perseguidor de herejes, que contrasta con el cuerpo enjuto y barbilampiño que le da vida. Todo esto ha generado tanto o más revuelo que la llegada de la compañía con el nuevo capitán al frente. Sin duda ha sido una semana llena de acontecimientos. En Inés, más que en el resto de las damas, la curiosidad está acompañada de la necesidad: ¿tendrá por fin en ese destino olvidado de Dios un alma que le reconforte? ¿Encontrará por fin en el padre Fiz un alivio para la desazón que le amarga, para ese secreto que no la deja dormir?

Pero Inés de la Vega lleva ya un rato largo aquí y, aunque Francisco Galbón le ha confesado que el Fiz de Talaván ha permanecido toda la noche en el cuartel y no sabe cuándo volverá al palacio, ella ha rezado tanto por su llegada, por ser la primera en hablar con él, por acceder antes que ninguna otra a su confianza, que ahora se siente repentinamente agotada. Le calambrean las rodillas y los codos, y los riñones ya no aguantan más esa postura. Así pues, se levanta y se dirige al exterior. Otro día que

pasará sin nada más que hacer. Esta muerte en vida en el trastero del imperio.

Páter Penumbra no atiende a su rebaño porque duerme sobre un banco de madera en los soportales del cuartel. Pasó la noche supervisando los aperos que habían de llevar Simón y su torcido acompañante, el Pitera. Repitió una y mil veces el recorrido que de forma tan concreta le había definido el Loco Ventura, tanto que Simón Lobato acabó por bufarla de mala manera y ella se cohibió dándose cuenta de que se estaba excediendo. Lo cierto es que tenía algo de cargo de conciencia al enviar a estos dos a una muerte probable en un lugar que vete a saber si van a saber encontrar. A su alrededor, los soldados miraban los preparativos con cierto escepticismo y bastante alivio por haberse librado de semejante misión. Cuando salieron con los caballos, las armaduras, el burro de carga y víveres para un par de días, el patio se volvió repentinamente silencioso. Juana se sentó en el soportal y cerró los ojos apoyándose en la pared, y sin darse cuenta, se escurrió hasta quedar tumbada sobre el asiento. Nadie se atrevió a despertarla hasta ahora que, un buen rato después de amanecer, Blas, impaciente, se atreve a tocar su hombro con timidez. Juana se incorpora como un muelle, sintiendo que han pasado escasos segundos desde que cerró los ojos, y notando un profundo dolor en el brazo y el costado sobre los que había estado apoyada. Mira al muchacho con desconcierto.

—Tengo todo lo que me ordenasteis para limpiar a los difuntos, padre. Pero no me he atrevido a entrar yo solo...

—Por supuesto, por supuesto...

Juana se levanta algo mareada, caminando en dirección contraria unos pasos hasta que descodifica las palabras de Blas y entiende a dónde tiene que ir. Entonces despierta totalmente: otra vez a enfrentarse con los cadáveres masacrados en esa sala oscura y maloliente. Improvisó anoche la excusa del aseo y ahora paga la penitencia. Si pudiera quedarse encerrada en su estancia en el palacio de San Telmo y olvidarse de todo...

Blas levanta el lienzo y descubre los cadáveres completamente. Ha traído un balde con agua perfumada con unas hierbas indias que conoce, unas esponjas y ropa limpia que ha encontrado en el almacén. Bajo la supervisión de Juana, el soldado va cortando los andrajos para dejar los cuerpos totalmente al descubierto. Después toman las esponjas y comienzan a frotar los miembros, cada vez más rígidos y blancuzcos. El olor de las vísceras al aire de Germán de Val es insoportable, así que limpiar sus piernas es un castigo que prefieren dejar para el final. Juana entonces se dedica a las cabezas, cubiertas por yelmos de sangre a pegotones que envuelven por completo los rostros. Frota metódicamente el pelo quebradizo y la frente marmórea, cerrando los ojos a ratos, queriendo solo acabar y volver a dormirse. Pero en uno de los pestañazos una figura se le cuelga en los ojos y, cuando comprende lo que ha visto, se detiene de repente. Enfoca la vista sobre la frente limpia. Situada en el cabecero de

la mesa, Juana ve las cabezas al revés, así que se desplaza a un lado para fijarse mejor en las heridas de la frente del hombre. Cortada la piel a cuchillo pueden apreciarse claramente unas líneas que en ningún modo son aleatorias. Como si quisiera que quedaran impresas en la memoria del muerto para toda la eternidad, el agresor ha grabado con presteza unas letras romanas.

### *I V M I T*

—Dios misericordioso... —El lamento de Juana hace levantar la vista a Blas, que se afanaba con un brazo de la dama en el otro lado de la mesa, y se queda paralizado al fijarse. No así Juana, que acude deprisa a la otra cabeza, limpiando frenéticamente. Con la misma precisión, el asesino ha tatuado idénticos signos:

### *I V M I T*

Juana tiene un nuevo pálpito y, acelerada, se sobrepone a la peste de las vísceras y acude al otro extremo a limpiar las piernas. Bajo la sangre seca, nuevamente:

### *I V M I T*

Todo un edificio se desmorona en su pensamiento. Estaba convencida de que el peligro se hallaba en el exterior de las murallas, en la oscuridad de las montañas, lejos del entendimiento de todos. Su certeza en este momento es que el misterio se halla igual de lejos de desvelarse, pero físicamente se encuentra mucho más cerca.

Alejándose de las murallas y de las letras misteriosas tatuadas a cuchillo se halla Simón Lobato, su caballo, el mulo de carga y el fardo con patas apodado el Pitera tambaleándose sobre una yegua que se para a cada rato porque su jinete se queda dormido encima. Una noche más en vela; total, ya dormí bastante el año pasado, bromea Simón consigo mismo. Llevan tres horas de marcha y la bahía, con sus haciendas cultivadas enmarcando la ciudad, ha desaparecido ya hace un buen rato de la vista. Están subiendo la montaña a buen ritmo, pues el sendero, aunque estrecho, es bastante diáfano. Todavía no hace calor y las bestias no están cansadas. Él, sin embargo, nota que comienza a flojear. Tiene que prestar toda su atención para no pasar de largo las señales que le indican el camino. Ventura, para ser un loco de remate, ha dado unas indicaciones muy concretas que hasta el momento han demostrado ser ciertas. Debían salir aún de noche, pues era esencial que llegaran al pie de la montaña con la amanecida. Allí, junto a la fuente que marca el fin del camino de las haciendas, debían ver el sol nacer entre dos picachos del horizonte.

Guiados por esa referencia, se internarían en la selva. De forma natural encontraron un sendero que seguía esa línea, y aunque pronto perdieron la vista del horizonte, enseguida Simón encontró la segunda de las guías: una retorcida figura humana tallada en una roca aislada, cubierta de hojas, en un claro del bosque. Se maravilló al verla como quien tiene una epifanía. No daba mucho crédito a las palabras del Loco hasta ese momento y, al encontrar la figura, cayó el velo de sus ojos y se lanzó con la fe del converso en pos de la siguiente. Encaminado siempre hacia el sur, iba buscando otras piedras similares. Si uno no sabía lo que había que encontrar, pasaban desapercibidas, pero habiendo visto la primera, las siguientes se revelaban ante los ojos como algo milagrosamente evidente. Con alegría creciente iba descubriendo una figura tras otra, marcándole el camino entre infinitos senderos posibles.

A estas alturas, en cambio, el peso del cansancio y de la atención está haciendo mella. Además, nota que los caballos cada vez andan menos confiados. Es entonces cuando se fija en lo que le rodea: un bosque tupido y cubierto, lleno de ruidos indescriptibles, completamente nuevos para él. Cae en la cuenta de que hasta hace un mes nunca se hubiera imaginado a sí mismo metido en un mundo tan distinto. Apenas había visto el mar en toda su vida; solo conocía los polvorientos caminos y ciudades de Castilla. Se había pelado de frío y secado como la mojama en el verano, pero nunca había vivido la humedad permanente, el verde absoluto, el oído repleto, como estaba ahora mismo sintiendo. Acostumbrado a tomar las cosas según le vienen, Simón Lobato nunca se ha parado a reflexionar demasiado sobre las vidas que ha vivido. Pero en este momento, mirando a su alrededor, se le escapa una sonrisa a la vez que reniega con la cabeza. ¿Pero cómo diantres he acabado yo aquí?

Y luego, más soñador, se le ocurre: ¿y si de casualidad me encontrara el tesoro del que hablaba el membrillo este...?

De repente, un ruido sordo le hace encogerse de hombros asustado. Mira atrás y exhala el aire contenido: el Pitera, dormido sobre la yegua, se ha escurrido cayendo al suelo, desde donde maldice sonoramente como al que le echan un baldado de agua fría. Simón se ríe viéndole maldecir, con un pie colgando aún del estribo, y baja de su caballo desperezándose.

—Es hora de tomar el desayuno.

Pero detenerse no parece haber sido buena idea. No han llegado casi a sentarse cuando las bestias comienzan a revolverse inquietas, obligándoles a levantarse para asegurar las riendas. Cuando vuelven a la comida, encuentran que los monos han bajado a robarles las viandas, así que han de correr para espantarles. Entonces el mulo patalea toda su carga y armas y armaduras caen desparramándose por toda la ladera. Pierden un buen rato entre las raíces recuperándolo todo y volviéndolo a atar. Después de esto, sintiendo que les miran cien mil ojos, montan de nuevo y continúan su marcha.

—Ya desayunaremos por el camino.

Y sin embargo, apenas tienen tiempo para morder un currusco de pan, pues

cuanto más se internan, más difícil es mantener a los caballos en vereda. Parece que sienten el peso de lo desconocido y el Pitera ya no se queda dormido porque cada vez está más asustado y se queja susurrante.

—Vamos, Pitera, que tú llevas mucho tiempo aquí, no te vengas abajo.

—Por eso precisamente. He conseguido estar en La Ciénaga tres años sin subir ni un solo día a la montaña. Ya te dije que a mí todo esto de los misterios indios me lo paso por la entrepierna. Y ahora me encuentro aquí buscando figuritas monstruosas en las piedras.

—Por lo menos sigues entero, no te quejes. Imagínate despertar de tu borrachera con una mano de menos sin acordarte de cómo la perdiste.

—Las bromas déjalas para cuando estemos de vuelta en la Bejarana y estate atento para no perderte, ya que creéis en lo que os ha contado el Ventura. Años de burlarme de ese desgraciado y ahora mi vida depende de su estúpida cabeza.

Simón encuentra una nueva figura grabada en una piedra. Según sus cuentas ya no deben estar lejos de su destino, y sus pulsaciones también le dicen que se aproximan a lo más peligroso. Aprovechando el claro donde se encuentra la piedra, vuelve a mirar al horizonte, buscando los picos de la cordillera que le orientan hacia el sur. Sigue después avanzando de forma costosa, golpeando cada vez más duramente al caballo, cuando percibe una especie de silbido que pasa por su oreja izquierda. Se estremece y entonces oye al mulo rebuznar amargamente. Los dos hombres miran hacia atrás impresionados y sienten el tirón de las riendas del animal, que lucha como loco por liberarse.

—¡Suelta las riendas, Pitera, que si no te tira al suelo!

El Pitera, que llevaba enlazado al desdichado mulo, se apresura a soltarlas para no ser arrastrado por su fuerza alocada. Ambos observan sobrecogidos los desesperantes saltos que se llevan por delante ramas, tierra y, otra vez, armaduras y armas. Y de repente, sin más, al suelo. El animal cae muerto en una posición absurda golpeando su morro contra un peñasco. Simón baja de su caballo y se acerca a acariciarle. Algo más abajo del cuello asoma pinchada una vara fina coronada con una pluma de colores brillantes. Simón no se atreve siquiera a tocarla.

—Una flecha india —susurra de forma inconsciente. Mira al tembloroso Pitera chasqueando.

—Ahora ya sabes por qué el patrón de este sitio es San Sebastián. Ojalá nos ampare.

—A estas alturas no sé si va a colar que te pongas piadoso.

Juana entra en el calabozo como poseída. Blas ha podido seguirla a duras penas y el carcelero les ha abierto la puerta impresionado ante la mirada determinada del cura. Una vez en el interior, busca con la mirada las cadenas de la pared y sigue la línea para localizar entre el heno el cuerpo acurrucado del Loco Ventura. Avanza hacia él

decidida, y Blas, que se ha quedado en la puerta, se atreve a decir:

—¿Estáis seguro de lo que hacéis?

Entonces Juana se da cuenta de que no ha pedido permiso al capitán Trujillo para bajar aquí. Decide continuar, ya se excusará después. El Loco ha comenzado a revolverse en el suelo, como si presintiera un peligro inmediato. Juana acerca la lámpara para verle la cara.

—Amón-Amón-Amón... Amón, no... —se le oye repetir insistentemente.

—Ventura, calla un momento y escúchame. —Pero el Loco se acuna repitiendo sin cesar la misma cantinela. Juana no puede esperar—. Ventura, he visto los cadáveres. He visto las marcas de los cuerpos.

Con ruido de cadenas, el Loco se acerca hacia ella. Su rostro amarotado por los golpes refleja la angustia del hambre, la sed y la falta de sueño.

—Ha venido el Amo, padrecito. Ha venido el Amo...

—Tranquilízate. Yo no voy a hacerte nada.

—He escuchado su voz...

—Escúchame a mí, Ventura. Estoy solo yo. Necesito que me prestes atención.

—El Amo sabe todo, no puedo hablar con vos.

Juana reflexiona un segundo, y se atreve con una idea.

—Dile entonces al Amo que te deje hablar conmigo.

Ventura calla de repente y mueve los ojos por toda la estancia como buscando a alguien.

—Habla. Él te escucha.

Juana nota un halo de frío repentino. Ventura se ha quedado quieto y atento, y ella intuye que tiene miedo de lo que pase. Mira un momento atrás. El joven Blas sigue en el quicio de la puerta, pálido, sin atreverse a pasar. Ella se acerca un poco más a Ventura.

—Eres una persona leída. Sabes latín, conoces la Biblia...

Ventura asiente. Habla con una voz distinta, más fría.

—Él sabe.

—¿Has... pertenecido a alguna congregación de la Santa Madre Iglesia?

Ventura se queda parado.

—¿Has estudiado con religiosos?

—Él ha estudiado. —Su voz se hace cada vez más fría.

—¿Qué es lo que me recitabas ayer?

Ventura se está poniendo nervioso.

—El Amo no quiere.

—*Ignem veni mittere in terram*. «Fuego vine a echar sobre la tierra». ¿Por qué me decías eso, Ventura?

—Ventura no sabe lo que hace.

—Sí que lo sabes. Ayer quisiste engañarme con ese cuento, pero no estás tan loco. ¿Escribiste tú las letras en los cuerpos?

Repentinamente, Ventura se estremece y lanza un gemido angustioso. Su voz es ahora lastimera, agobiada.

—¡Ventura no sabe!

—Contéstame, Ventura. He querido creer que los indios eran los culpables. Pero los indios no escriben letras latinas, los indios no saben lo que significan las letras *IVMIT*...

—¡Ventura no sabe!

—*Ignem veni mittere in terram et quid volo si accendatur...* «Y ojalá que ya estuviera ardiendo», dice Nuestro señor Jesucristo en el Evangelio de Lucas. Los indios no saben lo que dicen las Sagradas Escrituras, ¡pero tú sí! Dime quién ha hecho esas barbaridades a esa gente, Ventura, ¿has sido tú?

—¡Déjame, déjame! ¡Ha sido el Amo, Ventura no sabe!

Ventura se revuelve muy nervioso y escupe con irritación. Juana se asusta de verdad, mira de nuevo a la puerta, pero Blas ahora no está. La puerta negra y vacía la llena de angustia, solo quiere huir, pero no le da tiempo a levantarse. Ventura la agarra con fuerza con sus brazos huesudos y la agita golpeándola.

—¡Vendrá a echar fuego sobre todos los que lo merecen! ¡Todos los llenos de culpa moriréis y no os daréis ni cuenta! ¡Te lo dije, padrecito: vais a morir todos!

Juana intenta liberarse a la vez que se protege de los golpes y de la boca de Ventura, que la asedia soltando espumarajos y mordiscos. La araña, se echa encima de ella, casi no la deja respirar...

—¡Estaré aquí encerrado, me pudriré con las ratas, oyendo por las noches los chillidos de las aves y los niños y el Amo mientras os mata uno por uno!

Juana siente que se desvanece bajo el peso y los golpes del Loco, que quiere arrancarle las ropas, cuando dos pares de brazos hacen que el reo vuele hacia la pared. El carcelero se ocupa de patearle y Blas arrastra a Juana hacia la puerta.

—Perdonadme, padre. Me asusté y fui a buscar ayuda...

Juana respira con fuerza mientras se toca temblando los arañazos en la cara.

Abandonaron las armaduras junto al mulo y Simón repartió las armas y los víveres entre los dos caballos, lo que ralentizó su avance por la selva al tiempo que aumentaba su nerviosismo. Llegados al último claro, con su figura de piedra en medio, los caballos decidieron no continuar. No había manera, ni siquiera bajando y tirando de las riendas a pie. Las bestias se quedaron mirando fijamente los ojos de la estatua y se congelaron como ella. El Pitera decidió que tampoco seguía.

—Yo me quedo aquí con estos dos. No se me ha perdido nada a pie por ese camino tan oscuro.

—Y aquí parado, ¿quién cuida de ti?, ¿tu yegua? Tú te vienes conmigo y con ese trabuco. Uno mirando al frente y otro atrás. Para el trecho que nos queda hay que tener ojos en el culo si no queremos que nos pase lo que a la bestia.

A regañadientes, el Pitera abandona la compañía de los dos caballos inmóviles y sigue a Simón, pegadito a su chepa. Se adentran por un sendero escarpado y, tras arrastrarse, caerse, arañarse y tragar mosquitos durante interminables minutos, llegan hasta un conjunto de lascas de piedra, amontonadas como una vajilla abandonada. En un extremo hay un espacio abierto que podría ser una entrada. La cúpula de árboles gigantes que rodea el claro se llena del alboroto nervioso de los titís al detectar su presencia.

—Huele raro —susurra Simón.

Según baja la mirada desde las alturas, el Pitera descubre algo desconcertante.

—Es eso.

Simón sigue la dirección que señala su compadre. Entre las piedras emerge sedosa una pequeña columna de humo.

Simón saca un gurrño de estopa de una bolsita y con un palo seco fabrica una antorcha que prende con un pedernal. Pertrechados con las armas, se cuelan por la pequeña entrada. Esta comunica con un gran corredor horadado en la tierra, con añadidos de columnas, vigas de madera y lascas de piedra. El templo surge de la naturaleza sin que la mano del hombre parezca haber forzado nada, aunque haya estado presente. Según mueven la antorcha, descubren que las paredes les miran: insectos, serpientes y murciélagos les rodean sin temor al fuego.

—Alumbra ahí.

El Pitera apunta con el trabuco a una forma en medio del pasillo. Se paran y Simón se fija: parece una figura humana. Estira el brazo lo que puede para distinguir lo que es, sintiendo el aliento apestoso de su compañero acuchillándole en la espalda.

—Me cago en mis muertos... —El Pitera deja de esconderse tras Simón y avanza guiado por la escasa luz de la antorcha. Se adelanta unos pasos hasta enfrentarse a la forma, que permanece inmóvil a un par de metros. Alarga el trabuco y lo ondea frente a ella. Un pasito más, hasta llegar a golpearla suavemente. Clonc. Suenan metálico.

—Acércate más.

Simón da unos pasos hacia el Pitera. La llama oscilante desvela en ese instante un rostro mitad humano mitad animal, dorado y brillante, incrustado en una columna de piedra. El cuerpo al completo está tallado a continuación, adornado con otras incrustaciones doradas a modo de pulseras, aretes y collares. Aquí y allá surgen de la piedra destellos verde cristalino.

—Esmeraldas. —Y la forma de decirlo revela que el Pitera ha cambiado por completo su actitud. Repentinamente, levanta la culata del trabuco y comienza a golpear la figura.

—¿Pero qué haces ahora, desgraciado? —Simón mira alrededor sintiendo el eco de los golpes rebotar por todo el corredor—. Vaya con el que no le interesaban los tesoros...

—¡Alumbra bien! Estas piedras están muy incrustadas —grita ansioso el Pitera entre dientes por el esfuerzo. Pero sorprendentemente deja de golpear, y se queda



parado ante la figura, como lánguido. Tanto, que deja caer el trabuco.

—Pitera... Chsst, Pitera, badajuelo, ¿qué haces ahora?

Pero el Pitera no responde. Simón se acerca a pasos cortitos hasta ponerse a su lado, iluminando su cara. Entonces descubre cómo de la boca de la estatua dorada ha aparecido un punzón alargado que ha entrado por el ojo derecho de su compañero, del que sale ahora lentamente un reguero de sangre pastosa. Más abajo, otro punzón más grueso ha salido del ombligo de la estatua para clavarse en el abdomen del desgraciado soldado. Sin duda, los golpes del trabuco han activado un resorte sencillo como una trampa para jabalíes.

Simón da un respingo hacia atrás que le hace caer y soltar la antorcha, arrastrándose con los codos, casi sin respirar. Pero al tocar el suelo con las manos siente que está lleno de cosas vivas indescriptibles, y asqueado respinga y se levanta contra la pared, recuperando la llama. Aterrado, pegado a la piedra, ya no sabe si ir adelante o atrás y solo mira alrededor, a todos los ruidos crujientes que parecen acudir al llamado de la muerte. Entonces explota y grita con pavor incontrolado.

Tras dos o tres minutos comienza a lanzar pisotones y mandobles al aire con la antorcha hasta que nota el tembleque salirle del cuerpo. Vuelve a acercarse a las dos figuras inmóviles que tiene delante. Ilumina de nuevo al Pitera, rodeado ya de un gran charco de sangre, inerte en pie, trinchado por los punzones en un gesto de sorpresa tal que sería risible si no fuera tan trágico.

—Anda, hideputa, vaya momento para dejarme solo.

Recuerda como el Pitera le contó que nadie había conseguido penetrar en un templo sin perecer en el intento. La constatación de esa premisa no le anima mucho a continuar, pero piensa que habiendo llegado hasta aquí, y pagando este duro peaje, nunca se perdonaría volver atrás sin comprobar qué hay al final de ese corredor. Alumbra con la antorcha hacia el fondo. Desenvaina la espada y desaparece en la oscuridad hablando absurdamente alto para disimular su miedo.

—¡Dejadme pasar! ¡Yo no voy a llevarme nada vuestro! ¿Me oís? ¡Soy amigo!

Y las piedras le responden rebotando su solitaria voz.

Entre la nariz violácea y los arañazos del Loco Ventura, la cara de Juana se parece más a la de un estibador que a la de una marquesa. Así es imposible que me descubran, piensa. No teme por su secreto, sino más bien por su integridad. En cualquier momento al capitán Trujillo se le puede escapar un bofetón de tanto que mueve la mano a un lado y a otro. Ella le escucha en la gran sala del piso de arriba del cuartel, ante el asiento vacío del corregidor, absolutamente agotada, y todo lo que repite insistentemente el capitán le rebota en las sienes sin entrar del todo por sus oídos. Le ha visto enfadado varias veces estos dos días, pero no tanto como en este momento. Así pues, hace un esfuerzo por atender.

—Yo soy el que manda aquí, padre, con permiso de nuestro corregidor. Y no

permitiré más que pongáis en cuestión mis órdenes, y menos delante de mi propia compañía. Soy un caballero y una burla así no se la acepto a nadie, ya sea cura, niño, anciano o mujer.

Porque no sabéis con quién estáis hablando, capitán, piensa Juana, intentando reprimir la sonrisa.

—Os aviso, para que lo tengáis en cuenta, de que no hay cosa en el mundo que me guste menos que un hombre con faldas.

Entonces no deberíais tener problema conmigo.

—No tengo ningún miedo a la Iglesia ni a los santurrones que van dando lecciones como vos. Si queréis ir contra mí, ya sabéis dónde y cómo encontrarme: con una espada defendiendo mi honor...

¿A qué viene esto ahora?

—... Y no utilizando palabras e ideas retorcidas para ir minando mi autoridad y mi persona.

Ahora lo entiendo. ¡Tenéis envidia! No me lo puedo creer, tan mayor y actuáis como un niño de escuela. Perdonad que sea más instruida que vos. Durante vuestros años de entrenamiento militar probablemente nunca pensasteis que la sabiduría era un arma poderosa.

—... Responedme por qué. Vamos, ¿por qué lo habéis hecho?

Cielos, he perdido el hilo. ¿Qué me está preguntando?

—Capitán. —Juana carraspea para encontrar una respuesta—. Os recuerdo que vos mismo me pedisteis ayuda con el Loco Ventura.

—¡Eso fue ayer! —Trujillo golpea una mesa con fuerza tirando copas y jarras—. ¿Quién os manda bajar de nuevo? ¡Podríais haber muerto en manos de ese degenerado!

—Os agradezco vuestra preocupación por mi vida.

—¡Me da igual vuestra salud! Si llegáis a morir dentro del recinto del cuartel, sería culpa mía y mi carrera moriría con vos. Id a mataros a la selva con los salvajes, pero no me metáis a mí en líos.

—Solo era mi intención ayudaros, capitán.

—Ya me diréis cómo.

—Descubrí algo en los cadáveres que nos cierra puertas y nos abre algunas ventanas. Ya sé dónde hay que buscar a los asesinos de Germán de Val.

Trujillo respira intentando serenarse. En lugar de eso, sacude una patada a una silla sacándola casi por el balcón, y provocando una cadena cómica de destrucción: la silla arrastra una cortina, esta un candelabro que cae sobre una alfombra, esparciendo la llama. Trujillo ha de coger la jarra de la mesa para apagar el pequeño incendio y después pisotear con energía toda la alfombra. Lanza después la jarra por la ventana provocando un ruido de cristal roto ahí fuera. Es todo tan patético que mira al pequeño cura y se da por vencido. Recompone la silla pataleada y se deja caer sobre ella desinflado.

—¿Qué es lo que habéis descubierto?

—Siempre hemos pensado que esos asesinatos eran obra de los indios, y sigo pensando que de algún modo ellos deben haber participado. Pero esta mañana descubrí que los cadáveres están marcados con caracteres latinos en varias partes del cuerpo. Estas letras obligatoriamente han sido escritas por un hombre blanco. Corresponden a una cita del Evangelio que Ventura ha repetido insistentemente estos días, una especie de amenaza.

—Lo cual nos lleva a que tenemos encerrado al hombre adecuado.

—Yo no daría el asunto por cerrado. Ventura hablaba de otra persona, a quien llamaba el Amo...

—¿Qué va a decir? Viendo que le cae el muerto encima, no tiene otra que intentar descargarse de culpa.

—No, no era un plan premeditado. Hablaba con verdadero terror de ese otro... Temía ser escuchado. Durante un rato pensé que eran solo desvaríos de loco. No sé si alguna vez habéis tratado con alguno... Oyen voces, se sienten invadidos en su cabeza por fantasmas que les acosan... Este caso es muy parecido. Pero a partir de un punto... —Juana rememora el momento en silencio—... Daba la sensación de hablar de una persona real. Aseguraba que los asesinatos continuarían aunque él estuviera encerrado.

—Vos tenéis pena de ese hombre. Yo veo muy claro el asunto.

—Tengo la certeza de que sabe quién es el asesino, pero tengo dudas de que él sea el culpable. ¿Por qué entonces confesó dónde está el niño? Si el pequeño está vivo y lo rescatamos, se arriesga a que le inculpe.

—Con el mayor respeto, padre, reitero lo dicho. Ese hombre os engañó. Habéis mandado a dos borrachos a morir por un imposible. Al Loco le ha servido para vivir un día más.

—¿Y si el niño vuelve? ¿Y si continúan las muertes? Pensad que si matáis a Ventura siendo inocente, si las cosas que dice son ciertas..., con la soga estaréis cercenando una valiosa fuente de información.

Trujillo se queda callado un rato. Reflexiona seriamente, mira el campo de batalla a su alrededor y da por concluida la reunión.

—Os agradezco infinitamente vuestra ayuda, Fiz de Talaván. Pero soy un irresponsable manteniéndoos aquí cuando es evidente que pongo en riesgo vuestra integridad. Vais a disponer de diez de mis mejores hombres para que os conduzcan por el camino de la selva hasta Ciudad de Panamá. Es un viaje muy duro, pero yo mismo lo he hecho para llegar hasta aquí y creo que podréis soportarlo. Los soldados que os llevarán son de mi mayor confianza. Así os pago los favores que me habéis hecho y, con la ayuda de Dios, no volveremos a vernos nunca más.

A Juana le cuesta creer que lo que está escuchando es cierto. Balbucea unas palabras de agradecimiento y decide escabullirse cuanto antes, saliendo tambaleante por la noticia. Solo al cerrar la puerta tras de sí se atreve a sonreír abiertamente

mostrando su alborozo. Pero entonces se le estiran las heridas de la cara y pega un gritito de dolor.

Mientras Juana se encerraba en la panadería del palacio de San Telmo a dormir las siguientes veinte horas con la mayor felicidad que había vivido desde hacía meses, Blas entraba en la hacienda del Oso con considerable nerviosismo. Había sido enviado allí con la orden de presentarse ante doña Manuela de Osuna de parte del corregidor don Lope Aguilar. No sabía a qué iba, pero sospechaba que algo tenía que ver con la enfermedad de Isabel.

Manuela de Osuna le recibe con cierta aspereza y le conduce a través de la cortina donde por primera vez vio a Isabel. Entonces tiene un privilegio que poca gente en la colonia podía conseguir: entrar en los aposentos privados de los Osuna. Allí está, sobre un diván repleto de cojines, pálida como un lirio, la bella Isabel. A su lado, con la misma cara revenida de su madre, Leonor, ofreciéndole a su hermana un caldo en un tazón.

—Ahora escuchadme bien, pimpollos —amenaza la madre con el dedo levantado hacia su hija, después de las presentaciones—. Se acabaron las salidas secretas, ¿entendido, señorita?

—Sí, madre —responde con pereza la enferma.

—Acepto que no puedo prohibirte eternamente que salgas si no quiero que te rompas la crisma disfrazada de criada. Te permitiré que vayas a la ciudad a pesar de tu enfermedad.

Isabel mira a Leonor ilusionada, dibujando una débil sonrisa.

—Eso sí, a partir de ahora saldrás con mi beneplácito o no irás a ningún lado. Y cuando salgas, si no es con alguien de la familia, lo harás escoltada por este soldado.

—Pero, madre... —Repentinamente, ha surgido el color en las mejillas de Isabel. Su irritación le hace temblar—. Me ponéis vigilancia como si fuera una convicta. ¡No quiero saber nada de este muchacho!

—Aquí se hace lo que yo digo —sentencia doña Manuela tan contundente que se hace el silencio inmediato—. Si quieres pasearte por la ciudad, será con los ojos de este soldado en tu espalda. Y tú. —Y ahora se dirige con el mismo dedo amenazante hacia Blas—. Espero que hayas guardado el secreto de lo que viste ayer.

—Sí, señora. No tengáis ninguna duda —miente Blas, con mucha firmeza.

—Pues sigue así. Te presentarás cada mañana a las siete en la puerta y te será dada la orden del día. Si mi hija ha de salir, la acompañarás a donde vaya sin rechistar, velando por su seguridad en todo momento... Tal como hiciste ayer. —Y aquí doña Manuela ha de admitir que el muchacho fue competente—. Si mi hija se queda en casa, te vuelves al cuartel a las órdenes de tus superiores. Responderás ante el corregidor por la vida de mi hija.

—A la orden, señora.

—Esto es lo más cerca que has de estar de ella; como se te ocurra extralimitarte y no guardes el debido respeto ante esta dama...

—... responderé ante el corregidor.

—No. Seré yo misma quien te despellejará vivo. Dentro de las murallas es el corregidor el que manda; en esta casa, soy yo.

—Entendido, señora.

Blas se cuadra como un palo mayor, mirando al frente. Sus ojos caen en Isabel y Leonor, que le miran enfadadas. Blas no puede evitar esbozar una sonrisita guasona y guiñarles un ojo. Están demasiado tensas.

El corredor de piedras desembocaba en una cavidad más amplia, con una bóveda por la que entraba la luz a través de una alargada y fina rendija que se abría como una media luna. Por allí escapaba el humo de una fogata que lucía en el medio de la estancia, bordeada por un círculo construido con bloques cuadrados de piedra y adobe. Las paredes dibujadas con mil formas extrañas hacían sentir al sobrecogido Simón como un intruso en el templo de la selva, como si los dibujos le animaran a salir de allí. Las volutas del humo formaban rostros monstruosos que abrían sus fauces hacia él, silbándole consejos que se escapaban por las rendijas. Simón buscó con la mirada si la estancia tenía otras aberturas o si era el final del recorrido. Alumbró al suelo descubriendo amontonadas calaveras humanas y animales. La impresión de esas miradas huecas le hizo tropezar cayendo junto a la hoguera. Una nube de chispas revoloteó y el humo formó la imagen de un águila que escapaba fugaz por la abertura. Simón apenas tenía aliento ya para más. Sin embargo, fue en esa postura, tirado en el suelo y casi quemándose, como alcanzó a ver frente a él un hueco horadado entre la roca de la pared y el suelo. Apenas perceptibles por la oscuridad pudo distinguir unos ojos vivos y grandes que le miraban asustados. Se incorporó arrastrándose hacia allí con la antorcha. En el fondo del agujero, acurrucado, rodeado de bichos que caminaban sobre su cuerpecito sucio y tembloroso, se escondía el niño del difunto Germán de Val.

Simón casi se echa a llorar. Alarga la mano hacia el interior del hueco, buscando la del chaval.

—Ven, lechón, lechoncito —anima en un susurro Simón—. Yo tengo tanto miedo como tú. Necesito un amigo que me ayude a salir de aquí.

El camino de vuelta afuera es angustioso, sin aire en los pulmones, corriendo con el niño en brazos, tragando el humo de la antorcha que sujeta a duras penas, temiendo que los dioses de las paredes quieran vengarse por profanar su templo. A mitad del corredor se reencuentra con el cadáver del Pitera desangrándose ante la estatua dorada. Cambia de sitio la cabeza del niño para que no vea el espectáculo y sus ojos se posan entonces en un destello que le atrae desde el suelo. Es un trozo de esmeralda, posiblemente el único que su desdichado compañero consiguió extraer de

la estatua. Simón Lobato ya ha sido héroe demasiado rato. Qué diantre, piensa, así me llevo un recuerdo tuyo, Pitera. Se agacha veloz, rescata la esmeralda y sale zumbando hacia fuera. No se detiene allí, pues, aunque la luz del día y el espacio abierto le quitan un peso, el bullicio de los titís le asusta como si le echaran males de ojo, y nada más avanzar, descubre otra flecha con plumas pinchada en un árbol. Así pues, corre cuesta abajo gritando, tan obnubilado que casi se pasa de largo los caballos amarrados. Sube al muchacho en la yegua y tira de las bridas para orientar a las bestias, que esta vez obedecen sumisas al tomar el camino de vuelta.

Solo un buen rato más tarde, cuando ya ha pasado por delante de varias de las figuras de piedra que le devuelven a casa, es capaz de mirar hacia atrás, recuperar el aliento y extraer una reflexión:

—Me cago en todo lo divino.

### *19 de junio*

Juana se asea con energía y buen humor. Por fin ha dormido todo lo que llevaba acumulado en los últimos días. Por vez primera desde que está en tierra tiene hambre y se siente sana, aunque las marcas de su cara no ofrezcan muy buen aspecto. Francisco Galbón le ha vuelto a dejar ropa nueva; otra vez se venda el pecho con un trozo de lienzo de la pared. También al lado de la puerta, el puntilloso sacristán ha dejado un desayuno generoso, y ahora Juana lo come con ansia mientras se viste. Se coloca la chaqueta y el manto: un día más en la piel de Páter Penumbra. Le quedan quince días más atravesando la selva. Será difícil mantener la intimidad de su sexo rodeada de soldados en un viaje tan extremo, pero no imposible. Y en cuanto llegue a Panamá, el anonimato por fin.

Le da lástima Simón Lobato. Se irá de La Ciénaga sin saber qué ha sido de su destino. Pero no puede pensar demasiado en ello ante la oportunidad que se le ofrece de salir de allí. Se cubre la cabeza como cada vez que recibe la luz del día y sale al patio del palacio, vacío como siempre. Cruza hasta la puerta y espera en el soportal. Al poco aparece una patrulla que se dirige hacia ella. Le extraña que vengan a pie, sin pertrechos para tan largo camino. Al llegar a su altura, se cuadran y saludan.

—Buenos días, caballeros —saluda amablemente—, estoy a vuestra disposición.

—Padre, tenemos orden de conducirlos al cuartel.

—¿Están allí nuestros pertrechos para el viaje?

Los soldados se miran entre ellos desconcertados. Juana comienza a sentirse incómoda.

—Señor, nuestra orden es llevaros en presencia del capitán Trujillo, nada más.

—Entiendo el protocolo, supongo que después nos pondremos en marcha...

—Disculpad, padre, pero ¿de qué viaje habláis?

Juana siente que todo su cuerpo se sacude en tensión. No merece la pena

continuar hablando con este pelotón que desconoce su situación.

—Vayamos, caballeros.

Y avanza rodeada de los soldados. El camino a través de la plaza, con el sol apuntando directamente a sus cabezas, enfilados hacia el portón abierto del cuartel, se le antoja como un siniestro corredor hacia el cadalso.

El patio del cuartel se encuentra vacío. No hay rastro de caballos ni bultos para un largo viaje. No hay una patrulla preparando nada. Solo hay un nutrido grupo bajo el soportal escuchando en círculo a alguien a quien no se ve desde el patio. La patrulla conduce a Juana al interior del edificio y suben las frías escaleras en un incómodo silencio.

Cuando le abren paso a la gran sala, sus temores se hacen tan grandes que casi le impiden pasar por la puerta. El capitán pasea por la alfombra rechinando los dientes, tan sombrío como el día anterior. Al menos el mobiliario está de nuevo ordenado. La novedad está a la derecha, y tarda algo más en verle: sentado en su sillón, girando la bola del brazo, el corregidor la observa fijamente. Juana tiene la completa seguridad de que su fiesta de disfraces ha terminado para siempre. La presencia del oficial que le ha traído hasta aquí, firme detrás de ella, aumenta esa sensación.

—Padre Fiz, espero que por fin hayáis podido descansar como os merecéis —comienza indiferente el corregidor—, aunque no sé si debería llamaros así...

Se acabó, piensa Juana. Bastante ha durado esto.

—En realidad, debería llamaros nuestro genio benefactor. Gracias a vos por fin tenemos una buena noticia en San Sebastián de la Ciénaga.

El desconcierto de Juana le lleva a mirar inconscientemente a Trujillo, que se siente impelido a explicarse:

—Vuestro soldado, Simón Lobato, ha regresado de la montaña con el niño de Germán de Val sano y salvo.

Juana es traspasada por un escalofrío de satisfacción.

—Padre —retoma Lope Aguilar—, el capitán me ha contado vuestras arriesgadas actuaciones en busca de la verdad, y no puedo más que sentirme agradecido. —Juana le devuelve el cumplido con una inclinación de cabeza—. También me ha relatado algunas desavenencias entre ambos, fruto sin duda de la tensión en la que nos encontramos, y por la cual os pido disculpas en su nombre. Aunque me consta que él mismo está deseoso de hacerlo personalmente.

Juana vuelve a girarse hacia el humillado capitán, incapaz de separar la mandíbula para silbar entre dientes:

—Disculpadme.

—Excelente. Creo imprescindible una buena comunión entre nosotros en estos días de zozobra. Dios, en su infinita sabiduría, nos ha hecho el gran regalo de traeros aquí a que nos iluminéis con vuestro buen hacer; gracias a ello hemos salvado al

heredero de la familia de Val y estoy seguro de que en breves días encontraremos al culpable de estos horribles crímenes.

—Yo solo ofrecí con humildad mis escasas virtudes. Espero que podáis conseguirlo cuanto antes. —Y tira un anzuelo para salir de dudas—: Ojalá me lleguen buenas nuevas a Ciudad de Panamá.

—De eso mismo quería hablaros, padre. —Y aquí don Lope se muestra lo más suave posible, corroborando los negros augurios de Juana—. Vuestra valía es más necesaria que nunca para nosotros en este momento. Si los culpables son los indios, nos enfrentamos a una larga batalla; pero si se hallan entre nosotros, la gangrena puede ser mortal. Vos sois el único capacitado para conseguir que el infortunado preso que tenemos ahí abajo nos confiese la verdad. Y si la luz no nos llega desde los calabozos, estoy seguro de que sabréis encontrarla en cualquier esquina de esta ciudad. Necesitamos que nos iluminéis, padre, porque creo que con el uso de la fuerza no conseguiremos nada. Y si hay más muertes, temo por el ánimo de nuestros habitantes.

—¿Me estáis pidiendo que permanezca aquí?

—No os lo pido, padre. —Y ahora el corregidor se inclina hacia delante en un gesto que no admite concesiones—. Vuestra vocación de servicio hace de nuestra angustiada necesidad de socorro un deber. ¿No lo veis vos igual, padre?

—Por supuesto, señor. Solo nuestro mi sorpresa, pues el capitán había dispuesto una patrulla...

—El capitán está de acuerdo en que disminuir nuestros efectivos durante más de un mes para conducirnos hasta el otro lado del golfo de Urabá es un lujo que en este momento crítico no nos podemos permitir.

—En cuanto todo esté resuelto, haremos lo posible para trasladaros con la mayor celeridad posible. —Trujillo echa fuego por la nariz con evidente disgusto.

—Será todo un honor ayudaros en este cometido. —Juana se resigna con una inclinación—. Sin duda es mi deber asistir al que lo necesita.

Desde el patio suben vítores y risas a voz en grito.

—Se trata del soldado. Vayamos a ver. —Don Lope la invita con un gesto sonriente a mirar por el balcón.

En el centro del patio, el grupo que andaba reunido bajo los soportales, después de oír al detalle las aventuras de Simón Lobato, le elevan por los aires con animados hurras. Extasiado por el éxito que le ha convertido de villano en héroe, Simón manda un saludo a Juana allá arriba en el balcón. Esta saluda con lasitud y se vuelve a tapar con su capucha, como haría el verdadero Fiz de Talaván ante el ataque del sol.



## PARTE II

*MIHI VINDICTA: EGO RETRIBUAM*

(MÍA ES LA VENGANZA: DARÉ EL PAGO MERECIDO)

## 5

### LA TIERRA

El viejo Arua Biku interpretó el asunto como una señal. Naturalmente, habían visto llegar a Ventura desde varias millas atrás, pero no sabían qué nueva extravagancia traería esta vez bajo sus alas. El *máma* siempre había tomado como una prioridad hacerse cargo de esa cabeza llena de pájaros. A Ily le enseñó en una de sus primeras lecciones que los locos son los mensajeros de los dioses y que había que escucharles atentamente para interpretar los mensajes del Otro Lado. El peso de semejante misión daba a los locos un sufrimiento desesperante, y ellos debían aliviarles en su travesía entre el mundo de los vivientes y el de las ánimas. Ventura acudía a menudo, en ocasiones con una confusión inabordable, y esperaba durante días a que ellos volvieran si estaban recorriendo la ruta de los Treinta Templos de la montaña y no les encontraba allí. El Loco no conocía más que dos o tres de estos lugares, y prefería encerrarse a esperar que andar por la selva buscando. Cuando ellos volvían y le encontraban allí, muerto de hambre y dominado por sus demonios, tardaban varios días en recuperarle a base de frutas y de hierbas que el propio Ily se encargaba de recolectar. Con orgullo, a lo largo de las duras jornadas de aprendizaje, el joven había podido ponerse a la altura de su maestro enseñándole algunas de las plantas que usaban en su comarca y que el viejo sacerdote nunca había conocido aquí, por extraño que eso fuera en un sabio tan universal. Desde que Ily había llegado a este lado de la montaña, hacía un año y medio, se habían entregado ambos a un profundo y exhaustivo aprendizaje lleno de silencios y pensamientos. Arua Biku tenía prisa por encontrar a alguien sobre el que volcar su legado, temía que en algún momento se lo llevarían los Dueños y todo lo que él había recibido se perdería en el olvido, como tantas otras cosas que había visto desaparecer a lo largo de los años. No había encontrado entre sus semejantes a nadie que tuviera el don necesario para ser el receptor de su magia, y pasaban los años sintiéndose cada vez más solo. Hacía tiempo que habían muerto sus esposas, que sus hijos le habían abandonado, que el pueblo con el que convivía se había disuelto nadie sabe dónde; mucho tiempo había pasado ya desde que el más sabio entre los *mámas* era considerado un tarado y ninguno de los caciques le tomaba en serio. Otros *máma muru ñabuki* mantenían el respeto de las familias, y, sobre todo, apoyaban a los caciques en esas absurdas ideas de guerra contra el hombre blanco. Ninguno entendía nada. La montaña no hablaba cuando él le preguntaba sobre los hombres blancos, tampoco los Dueños ni nadie al Otro Lado. El problema no son los hombres blancos, sino los hombres en general. Algunos están

más enfermos que otros, nada más. Los blancos lo están más porque se alejaron de la Tierra, y a los Verdaderos Hombres les pasará lo mismo si no tienen cuidado. Pero a él nadie le hace caso. Hasta que encontró al joven Ily huyendo, corriendo con los ojos extraviados, tan aterrorizado que había perdido incluso su invisibilidad. Consiguió calmarle, le alimentó y le quitó la tristeza de los ojos, y cuando por fin pudo mirar a través de ellos, sintió la rasquiña al pasar la mano por su piel, y el picor le indicó que él sería el elegido. Ily se ha hecho muy fuerte desde entonces, y Arua Biku ha relajado un poco el terrible entrenamiento de ayuno e insomnio. Aun así, todavía no le permite entrar en los templos cuando él va a contactar con los Antiguos. Hay cosas que todavía no debe ver.

Ventura es otro de los acontecimientos extraños que Ily se ha acostumbrado a ver desde que comparte su vida con el viejo *máma*. Pero cuando el Loco llegó aquella tarde corriendo sin ninguna precaución, acarreado pesadamente a ese niño sobre sus hombros, el joven aprendiz solo sintió que les iba a traer problemas. Estaba seguro de que muchos Invisibles le habrían visto subir y los mensajes que traía el viento eran ansiosos. Como siempre, Arua Biku recibió a Ventura sin mostrar ninguna preocupación, y percibió que había en todo aquello una cantidad de acertijos que tenía que ponerse a interpretar cuanto antes. Ily le vio intentando adivinar con los dedos, por la vía rápida, chocándolos arriba y abajo a toda velocidad, pero las uñas no se tocaron y no ofrecieron ninguna respuesta. Ventura estaba muy asustado, temía que su Amo le estuviera vigilando y no se atrevía a marcharse. Pero Arua Biku le convenció; en realidad, no podía concentrarse con el Loco canturreando sin parar a su alrededor. Ordenó a Ily que le diera un buen suministro de hierbas para que se tranquilizara y le mandó de vuelta montaña abajo para que nadie le echara en falta. En ese momento se pudo ocupar del niño, que no era capaz de articular palabra y apenas podía moverse, tenso y encogido como estaba. Fue muy difícil darle algo de comer en los días que permaneció allí. El viejo se encerró en el templo con él, dejando a Ily fuera, y durante horas estuvo bebiendo y masticando hayo para invocar a los Padres. El aprendiz veía el humo salir por la rendija de la cueva, con formas estremecedoras que no supo interpretar, y cuando al final del día el viejo volvió a salir de allí, le dijo que debía marchar al valle para buscar los frutos que le hacían falta al chiquillo, en peligro de muerte por los espíritus que traía dentro.

Ily se puso en marcha sin demora. La noche le cogió por el camino, y una tormenta como hacía tiempo que no le caía. Quizá era ya la última antes del solsticio y el cielo estaba despidiéndose de la Tierra. Apenas durmió en lo alto de una rama, atento como estaba a lo que decían las nubes y lo que respondían los árboles. Le preocupó, y tenía razón en hacerlo, pues al llegar al borde del bosque, al día siguiente, pudo ver en la playa como el mar había traído la muerte a lo largo de la noche. Las ratas se disputaban los cadáveres con las aves entre los restos de un naufragio. Sin salir del límite de la selva para mantenerse invisible, recorrió hacia el oeste toda la playa, hasta descubrir dos cuerpos muy alejados del resto. Algo le llamó

la atención allí y puso sus pies en la arena para acercarse cuando, de repente, uno de los dos cuerpos se levantó: era una mujer flaca y desnuda, que vomitó largamente y bailó una especie de danza alrededor del otro cadáver, quizá alegrándose de haber escapado a la muerte. Ily volvió rápidamente entre los arbustos para seguir espiando desde allí. Con ningún respeto hacia el muerto, la mujer le arrebató todas sus posesiones y se imbuyó del aura del cadáver. Juego peligroso el que hace esa hembra, pensó Ily; pero quizá los dioses de los Hermanos Menores no les castigan por deshonar a los caídos. La vio marchar por la orilla hacia el este, y se acuclilló concentrándose en conseguir una aluna, pero sus poderes adivinatorios aún no estaban muy desarrollados. No supo extraer ninguna conclusión de lo visto, así que volvió su mirada al bosque y se concentró en recoger todas las frutas que su maestro le había ordenado.

Al caer la noche llegó de vuelta al templo de la montaña. El niño dormía con continuos temblores y espasmos nerviosos. Arua Biku le esperaba con un hatillo a su espalda: esta vez era él quien partía. No sabía qué era lo que le habrían dicho los Antiguos o la Madre en los humos de la hoguera, pero Ily estaba seguro de que eso era lo que movía al viejo a bajar la montaña para dirigirse hacia la colonia. Algo había allí abajo que le llamaba, no podía perder tiempo y, en plena noche, comenzó su camino. Ily quedaba a cargo del niño, pero era imprescindible que, pasara lo que pasara, permaneciera invisible. No debería imponer su presencia o arriesgar su vida, aunque eso tuviera consecuencias para el muchacho.

Y durante dos días se dejó llevar por el fluir de la Tierra, invisible para los hombres y corriente continua de la savia de los árboles.

Gunnale recorre el camino entre los bohíos de los indios del mar y el arrabal de la colonia con su totuma para acarrear agua. Pasa el día haciendo viajes desde el caño de la muralla hasta las casuchas del arrabal donde consigue unas monedas o algo de comida por sus servicios. Cuando llegó a la bahía solo había un destino al que parecía encaminada: servir de puta para los hombres blancos de la colonia que no tienen dinero para entrar en la casa azul de la Bejarana. A Gunnale la asediaron unos hombres en cuanto se hizo visible y la llevaron a la taberna del Cangrejo, donde la invitaron a pasar a un cuartucho de tablas en la parte del fondo del local. Allí iban a proceder a la ceremonia de integración habitual: una violación en grupo encabezada por el propio Cangrejo seguido de todos sus secuaces, aderezada por una convincente sesión de golpes para dejar grabado en su memoria quién mandaba aquí. Gunnale, que no entendía nada de lo que le esperaba, se sentó dócilmente en el camastro mirando a los hombres que se apelotonaban en la puerta. Sin embargo, la liturgia fue un fracaso. El Cangrejo traspasó el umbral y se plantó ante ella aflojándose el pantalón, pero notó un extraño revoltijo en las tripas que le impedía ponerse bravo. Se sintió avergonzado ante la muchacha y se dio media vuelta con desprecio.

—Te la dejo a ti, Venancio; me debes una. —Y salió de la habitación escupiendo desganado.

Pero el tal Venancio sufrió la misma flojera y así, uno tras otro, los cinco machos fueron disolviéndose simulando estar muy ocupados para entretenerse con tan insignificante salvaje. Gunnale esperó unos minutos mirando con sus grandes ojos negros la puerta vacía y después salió temerosa hacia la sala principal de la taberna. El Cangrejo la miró con desprecio de soslayo y ella sintió que lo mejor que podía hacer era salir sin hacer ruido. Unas mujeres de edad madura la acogieron en su bohío, le dieron una blusa blanca para que tapara sus pechos y una hamaca para dormir junto a ellas. Heredó de una vieja recién fallecida la totuma para trabajar de aguadora y, sin tener que pronunciar palabra, comenzó a recorrer el arrabal. Aunque no la necesitaran, todos en el negro vecindario aceptaban el agua que les daba y la dejaban pasar sin tocarla, solo para percibir la extraña aura de su presencia en el interior de sus casas. La mayoría se acababan mostrando incómodos ante ella porque no entendían lo que sentían, así que al tiempo se impacientaban y la azuzaban para que se marchara cuanto antes, dándole algunas monedas.

En este ir y venir se le va el tiempo a Gunnale. Hasta que hace un par de días las cosas cambiaron en otra dirección.

### *17 de junio*

Estaba rellenando la cisterna de la taberna del Cangrejo cuando este la llamó para que entrara. El Cangrejo la odia, pero, a su manera, la protege. Quisiera pegarla, destrozarla entre sus manos, pero como no puede, la tiene cerca de él todo lo posible. La insulta, le hace desprecios, pero siempre a cierta distancia. Posiblemente, ella es lo único que este hombre teme en el mundo.

Cuando Gunnale entró en la sala, un extraño grupo la estaba esperando. El indio Palito, el Cangrejo, un militar del cuartel y allí, en una esquina, rodeado de humo, un viejo borracho. Como de costumbre, no entendió nada de lo que le decían, y según gritaban, menos aún, hasta que apareció esa figura singular ataviada con una capa oscura. Gunnale sabía que quien le hablaba era una mujer y, aunque no podía comprender el porqué de sus ropas de hombre y cómo los demás a su alrededor la trataban como tal, ella sintió que era alguien en quien podía confiar, así que por primera vez en mucho, mucho tiempo, pronunció unas palabras:

—Me llamo Gunnale.

Nunca antes había hablado en español, pero no se sorprendió de que pudiera hacerlo. Tampoco de pronunciar su nombre, aunque era la primera vez que se llamaba a sí misma de alguna forma. Nada de lo que sucedió en la taberna le resultó demasiado trascendente, pero sin saberlo, le estaba cambiando la vida. Porque allí estaba el viejo sacerdote Arua Biku, que había pasado buena parte de la mañana

bebiendo el peor aguardiente que le había dado el Cangrejo, el culo de la garrafa que daba a los pagadores más perezosos. El *máma* siempre decía que con una ayudita de este tipo conectaba con los Dueños de una manera más sencilla, pero cualquiera diría que utilizaba esta teoría simplemente para darse un homenaje de vez en cuando. Como hacía tiempo que había dejado de ser alguien, tampoco tenía ninguna imagen que guardar. Pero en una ocasión como aquella, la teoría parecía que encajaba: entre la nube de semiconsciencia en la que se hallaba pudo ver venir a ese ser humano indefinible con un manto oscuro cubriéndole, tal como le habían dicho los Antiguos en la hoguera. No sabía qué significaba su llegada, y comenzó a concentrarse para intentar encontrar el sentido. Entonces escuchó la voz de la muchacha pronunciando su propio nombre. Gunnale. El mensajero del manto oscuro había venido a señalarle con el dedo lo que él no había sabido ver. Gunnale. Se dejó llevar, como siempre, por el instinto, y una vez que aquella reunión absurda se disolvió, salió discretamente de la taberna a vagar sin rumbo. No le importaba. Sabía lo que acabaría pasando a lo largo del día.

Al caer la noche, Gunnale se une a sus compañeras en el gran bohío central del poblacho de los indios del mar. Casi no hay transición entre el arrabal y este conjunto de bohíos circulares, pero sí hay gran diferencia: en el arrabal viven mezclados indios y blancos, allí acuden de dentro y fuera de la muralla a mancharse del mismo barro desde los pies al corazón; pero a los bohíos solo acuden los indios. Solo se habla en el idioma secreto de la montaña. Se hacen ceremonias ancestrales, o lo que recuerdan de ellas, y al cruzar la frontera imaginaria hacia el arrabal, olvidan su idioma y rezan a los santos españoles. En los bohíos no entran hombres blancos, en una especie de acuerdo tácito que mezcla el desprecio con el miedo. Allí los hombres de la montaña se mecen con canciones de cuando eran niños y recuerdan una vida que les ha sido robada.

Gunnale tomó esa noche un plato de legumbres y lo bañó con un cucharón de caldo de verduras que cuece permanentemente en un caldero en el centro del gran bohío. Como de costumbre, se sentó en un lugar apartado, casi escondida, con las piernas flexionadas y esperando que nadie se fijara en ella. Normalmente, por aquí deambulan a estas horas los hombres borrachos que se gritan o lloran o increpan a las mujeres. Gunnale no quiere ser una de ellas. Pero esa noche no había hombres perdidos. Esa noche el cacique estaba en el medio, silencioso, y otros hombres le rodeaban. No estaban ataviados con camisas, llevaban pinturas en su piel desnuda. Sujetaban bastones con plumas y se sentían incómodos en ese espacio abierto: eran Invisibles y habían dejado atrás su magia para hablar con los hermanos del mar. Todos en el bohío escuchaban con atención. La discusión era ruidosa, había humo, se masticaba hoja de hayo. Se gritó y se señaló con el dedo. Se habló de guerra, de sangre, de recuperar lo que es nuestro. De que si no se reacciona pronto, la montaña

se morirá, y detrás de ella morirán todos. De unir a todos los pueblos de las montañas para expulsar de una vez y para siempre a los intrusos blancos, a los Hermanos Menores. El que más gritaba era un indio alto y joven de ojos penetrantes y nariz larga, al que todos llamaban Tucán. Convenció a muchos con sus gestos decididos y solo algunos viejos veían las grietas a su propuesta: ¿dónde están los demás Invisibles? ¿Todos allá arriba quieren guerra? Tucán se quedó callado por unos instantes para volver al ataque: ¿a quién le importan los *mamos* de la montaña? ¿Están aquí ahora? Quizá están aquí, pero se mantienen invisibles... Tucán se burló de la magia de los viejos sacerdotes y continuó con su diatriba hacia los blancos: a los Hermanos Menores no se les puede enseñar nada de la Tierra. A los Hermanos Menores que abandonaron la naturaleza hay que echarles de esta tierra. Que vuelvan a sus casas de barro al otro lado del mar.

A Gunnale no le gustó escuchar todo aquello, no entendía por qué hablaban tan enfadados. En la vida las cosas simplemente pasan. Todos aludían a la naturaleza, a que había que escuchar a la Madre y aprender de ella y, sin embargo, se mostraban tan iracundos como los Hermanos Menores a los que pretendían expulsar.

Gunnale se dirigió sola a su bohío. Esa noche no había nadie de charla o fumando a la entrada, así que le cruzó un feo sentimiento de aviso. Paró a escuchar en el silencio. Vio una sombra grande como un animal gigante cruzar embozada en una capa por el límite del arrabal. La seguía otra sombra de parecido tamaño, armada con una espada que reflejaba la luz de la luna haciéndola suya. Gunnale no se movió. Guardó para sí las sensaciones que había notado y supo que traían malos augurios, pero no pudo interpretarlo.

Al entrar en el bohío se fijó en un bulto tirado en el barro. Sin temor alguno se acercó metiendo sus pies descalzos en el agua. Era un ser vivo. Lo incorporó y reconoció al anciano borracho de la taberna del Cangrejo. Ahora se encontraba inconsciente por la bebida y la falta de alimento. Se lo había hecho todo encima y balbuceaba sin sentido. Gunnale lo levantó, lo llevó a su pequeña esquina y le limpió con una tela impregnada en agua y flores. Después lo subió con esfuerzo a su propia hamaca.

Arua Biku se despertó antes del amanecer con la llamada de los titís. Algunos habían bajado de la montaña para avisarle de que algo pasaba allá en el templo. Se lamentó de que el pequeño Ily no fuera aún capaz de tomar decisiones por sí mismo y se levantó. Solo entonces se dio cuenta de dónde estaba, aunque no sabía cómo había llegado hasta allí. Rodeado de mujeres durmiendo en el aire, recordó los tiempos en los que tenía una familia, pero no se dejó llevar por la nostalgia y buscó su mochila, su calabaza y su bastón. Todo estaba amontonado en el suelo, muy colocadito, al lado del cuerpo de Gunnale, que dormía acurrucada sin temor a los alacranes. Arua Biku

se fijó en ella mientras se ponía todos sus adornos, pero no se sorprendió mucho al reconocer a la que había estado buscando. Acercó la totuma de agua que ella solía acarrear y se sentó situándola entre sus piernas. Observó el agua en su interior, sacó de su mochila una cuerda con tres piedras engarzadas y, mirando a la chica dormida, la introdujo en el agua. Las piedras se hundieron a diferentes velocidades. Las burbujas salieron y le dieron una respuesta de la Madre. El viejo Arua Biku luchó por contenerse, pero en realidad estaba muy excitado. Repitió el ritual y la respuesta volvió a ser la misma. Se mantuvo unos minutos inmóvil, mirando a la muchacha respirar dulcemente. Recogió las piedras en la mochila y se acercó con un paquetito de hoja de yuca. Dentro había un ungüento pestilente que tomó con el pulgar, marcando unas rayas horizontales en la frente de Gunnale. Acercó mucho sus labios a esos labios pintados en su cabeza y susurró con pasión el nombre de la Madre. Cerró los ojos emocionado, guardó todo y salió del bohío.

Ahora había que contestar al llamado de los titís. Se convertiría en jaguar para subir lo más rápido posible. Si me vieran todos estos imbéciles ahora, pensaba mirando mientras recorría el poblado dormido, volverían a creer en la magia de los Antiguos sin dudar.

Ily había obedecido al *máma* en todo. Cuando le oyó llegar a toda velocidad ya hacía tiempo que el Hermano Menor que había sobrevivido, de los dos que entraron al templo, se había llevado al niño ladera abajo. Ayudó al viejo a quitar el otro cadáver de los punzones donde seguía ensartado. Usaron la sangre para pintarse y beber y enterraron el cuerpo entre las hojas del bosque, para alimentar a la Tierra. Ily vio a Arua Biku reflexionar durante largo rato sobre todo lo sucedido y al llegar la noche le mandó que hiciera entrenamiento afuera, que subiera con los titís a decirles que todo estaba ya en orden. Ily subió y durmió allí con los Charlatanes. Efectivamente, parecía que todo había vuelto a su sitio.

Pero se ha despertado hace un rato de un salto que casi le hace caer desde las alturas. Se sujeta tembloroso y los monos a su lado protestan haciendo espabilar a todos los amigos de la noche. Aun despierto, le vienen a los ojos las imágenes del sueño: sangre, espadas brillantes, gritos, cuerpos descuartizados...

Otra vez la pesadilla.



## 6

### LA MADRE

*20 de junio*

Juana siente un profundo desprecio por la falta de higiene. Dios ha querido castigarla además de forma cruel dotándola de un olfato finísimo, por lo que vive condenada a absorber permanentemente la dejadez ajena. Y si hay un olor que la revuelve especialmente, es el de un anciano sucio. La mezcla de orines secos en la ropa, el sudor agrio, la caspa conforman una pócima maligna que la transporta a los días en que cuidó de su padre demente. Le avergonzaba tanto que los criados vieran al viejo marqués tan desorientado, tan ido, tan abandonado por su cuerpo, que no permitió que nadie le tocara y ella misma se ocupó del cuidado encerrándose con él en un extremo de la gran casa de campo durante meses, en los que sin éxito intentó mantener su cabeza en el mundo de los vivos, una vez que el cuerpo ya estaba casi cruzando Estigia.

Ese tiempo fue una pelea entre dos fuertes caracteres, tan inteligentes como tercos, donde el viejo se negaba a aceptar a su hija en su papel de médico, enfermera y madre. Allí remataban al mismo tiempo toda una vida de disputa intelectual, un ajuste de cuentas en el que la obstinada aprendiz trataba de una vez por todas de ganar al filósofo escolástico de ideas tan firmes como obsoletas. Ninguno de los dos se daba cuenta de que eran sus últimos momentos juntos y de lo absurdo que resultaba consumirlos discutiendo; o quizá eran demasiado conscientes y temían asumir que la demencia era el fin inevitable, que al final el olvido iba a arrasar con una vida de lectura, diatribas, fe y mentiras.

Juana salió de aquel encierro exhausta y enfadada consigo misma. Su padre había muerto igualmente agotado y sin ceder ni una vez ante la abrumadora dialéctica de su hija. Mientras tanto, su cuerpo había terminado en un declive tal que para siempre en la mente de Juana quedaron asociados el olor espeso de la vejez y la cerrazón de mollera.

Sensación que ha de superar ahora frente al viejo párroco Marcelino Gracián, tumbado de mala manera en un sillón de cuero con un taburete atado cual animal de compañía, donde mantiene en alto un pie amoratado por infinitas varices. El hombre busca postura de odalisca para aliviar las almorranas que le torturan y se retuerce cuando presiona las llagas de los muslos, de tanto estar sentado. Es un muñeco de barro a punto de derretirse que despide un hedor descuidado cada vez que exhala un

quejido. Ante él Juana no tiene temor alguno a ser descubierta y solo espera que pase el tiempo diplomático que le permita despedirse sin ser descortés, dejando hablar al cura sin prestar mucha atención.

—El Señor nos castigó con ese rayo que cayó en el convento. Aquel día murieron no sé cuántas religiosas y los dos sacerdotes novicios que yo tenía como pupilos. Solo el demonio sabe en qué andaban. Qué haría yo mal para no saber conducirles por el camino recto... Desde entonces Dios abandonó para siempre este lugar.

—Los pecados de cada uno, cada uno se los lleva. Pero no por eso Dios maldice a todo un pueblo.

—No he dicho que nos maldijera.

—Cuando vuelva a Santa Marta o a Ciudad de Panamá os aseguro que lucharé porque termine de una vez vuestra maldición y traigan nuevos pastores a ayudaros.

—Juana se muestra lo más complaciente que puede. Pero don Marcelino se revuelve en su asiento molesto, masticando su saliva pastosa antes de contestar.

—No entendéis nada, padre-como-os-llamáis. ¿Cuánto tiempo lleváis por aquí? ¿Aún no os habéis dado cuenta de que Dios no entra en estas tierras?

Juana sonrío.

—Don Marcelino, imagino que estas cosas no las diréis en el púlpito.

—Vos tenéis el empuje de la edad, pero esas cosas que os enseñan en Roma no hacen más que nublaros la vista para que destruyáis con una hoguera todo lo que no entra en vuestros dogmas. No admitís lo incomprendible.

Juana se encoge de hombros.

—Incomprendibles son los misterios divinos y nadie los pone en duda.

—Dejad la Santísima Trinidad en paz. Aquí viven otros dioses y cuanto antes debéis daros cuenta.

—¿Pero qué decís, don Marcelino? —Juana se siente inquieta por este inesperado recorrido de la conversación.

—A mí ya no vais a ponerme un capirote ni a subirme a la pira. No merezco el gasto en leña. Así que si no queréis escucharme, levantaos ya e idos. Pero, si tenéis dos dedos de frente, haréis bien en abrir los ojos y mirar a la montaña. Habéis de comprender que hay lugares donde ni las reglas de Dios ni las de los hombres sirven para entender el mundo, y este es uno de esos lugares. Si no estáis preparado para esta revelación, mejor será que no os quedéis mucho tiempo. Porque si el destino, en quien vos no creéis, os ha traído aquí desde las aguas, si habéis escapado de la muerte para enfangaros en La Ciénaga y si estáis condenado a permanecer en ella para siempre, más os vale aceptar que los espíritus de los salvajes son los dueños de estas montañas que nos ahogan y que nuestro Dios Todopoderoso es un triste pelele perdido ahí afuera, en el arrabal. —Sus ojos han ido prendiéndose de un arrebato furioso que han paralizado a Juana por completo. Con una horrible agonía se adelanta hacia ella para escupirle un último aviso—: Si no, simplemente aceptad que vais a volveros loco y desearéis que os den muerte antes de sufrir este calvario.

Juana atraviesa la nave baqueteada y necesitada de aire fresco. Mucho tiempo ha pasado luchando contra los radicales religiosos que la han hecho convertirse en una prófuga, Dios y ayuda le está costando hacerse pasar por su propio carcelero, y ahora, enjaulada en este traje y este sitio, lo que no se siente es preparada para enfrentarse a un mundo al revés en el que los curas han dejado de creer y los dioses paganos gobiernan la Tierra. Su libertad depende de poner cordura en este caos, y cada paso que da se convierte en un nuevo y tortuoso nudo de maroma al que cada vez cuesta más encontrar el cabo.

Y sus pasos se interrumpen cuando una dama, silueta al contraluz de la puerta, le detiene en el pasillo de los bancos.

—Llevo días esperando por vos, padre Fiz. ¿Podrías darme un minuto de vuestro tiempo?

A Juana le incomoda la luz del exterior que le da de frente y avanza un paso, obligando a girar a su interlocutora, quien recibe ahora la luz en su rostro. Dulce, elegante, aunque ya no una niña, muestra un gesto tímido, pero esconde una mal disimulada voluptuosidad. Otra estúpida solterona pululando por las capillas detrás de las faldas de un religioso, piensa Juana, otra que no entiende que la Santa Madre Iglesia vive de damitas remilgadas como ella. Juana siempre las ha odiado, ha despreciado su belleza vacía, la sumisión, el sexo correoso que se mueve bajo esos afeites. Y no está en buen momento para diplomacias.

—Don Marcelino hoy se encuentra mejor, señora. Si queréis confesión, esperad un poco y él os recibirá.

—No quería ver a don Marcelino. Os buscaba a vos. Me llamo Inés de la Vega.

—Me honra vuestro interés, doña Inés, pero os aseguro que ahora...

—Pero necesito de vos, padre. Que Dios me perdone, pero don Marcelino será incapaz de entender mis tribulaciones y yo... yo necesito alguien con quien hablar...

—Rezad, hija mía, rezad mucho. Y ahora permitid que me vaya, y en cuanto encuentre un hueco, prometo que mandaré en vuestra busca.

Juana deja a Inés de la Vega con la palabra en la boca y sale a la plaza a tragarse media atmósfera. Solo faltaba una muñeca de trapo viniendo a mostrarme sus costuras. Siente que todo el mundo voltea la cara para mirarla. Se fija con incomodidad en esos cientos de ojos y rápidamente vuelca la capucha sobre su cabeza. Cruza la plaza a toda prisa en dirección al cuartel.

Simón sesteaba en los soportales con la satisfacción de que nadie osaría molestarle con rutinas cuarteleras. Todo ha cambiado para Simón Lobato desde que volvió de la montaña. Después de que la tormenta y la aparición de los cadáveres empujaran a toda la colonia a un pesimismo sórdido, la llegada del niño con vida corrió como un aluvión de alegría calle por calle. Los que le habían visto venir le señalaban luego por la plaza y él les devolvía el saludo con la mano que estuvo a punto de perder la

misma noche que cambió su destino. Pero donde más notó el cambio fue en la casa azul de la Bejarana. Pocos en la ciudad podían vanagloriarse de tener cuartos suficientes para acudir tres días seguidos allí, y Simón se iba a convertir a este paso en un miembro honorario. A decir verdad, la noche de su vuelta no había tenido que aflojar ni un real, pues todos estaban deseosos de invitarle a su mesa para que contara las extraordinarias aventuras del templo y los morbosos detalles de la muerte del Pitera. Unos y otros le palmeaban la espalda con recién adquirida camaradería y él se los quitaba de encima con una sonrisa buscando acercarse a la única que le importaba. Sentada sobre un barril al fondo, aparentando no inmutarse, Marina mordisqueaba un pedazo de pan a la espera del hombre del día.

—¿Así que después de todo eres un héroe? Quién lo diría la otra noche.

—Quién diría la otra noche que tú ibas a salir libre por la puerta.

—Estas —recalcó, tocándose las tetas— me dan la libertad.

—La libertad te la dará aquella. —Simón señaló con la barbilla a la Bejarana.

Marina negó con la cabeza.

—¿No perteneces a la Bejarana?

—Yo soy libre, soldado. La Bejarana hace negocio conmigo y yo con ella. El día que dejemos de servirnos, partiremos peras.

—Entonces te pregunto a ti. ¿Te gusta mi dinero? —Ella volvió a negar—. ¿No te gusta el dinero en la mano de un villano?

—Tú tienes que valer más antes de poder comprarme.

—Valgo más que muchos que metes en tu cama.

—Ya veremos.

Marina se levantó y dejó a Simón plantado. Sin dejar de lanzarle miradas subió a su cuarto, una misteriosa estancia en lo alto de unas escaleras construidas en madera que presidían una esquina de la sala. Se encerró allí y no volvió a salir en toda la noche. Simón se preguntaba dónde estaba el negocio con esa muchacha que apenas circulaba entre los clientes y a quienes rechazaba con tanta libertad.

Simón sabía que ella estaba jugando, y de momento él aceptaba la partida. En algún momento ganará una ronda.

Marina se tumbó en su lujosa cama mirando los adornos del techo titilantes con la luz de las velas. Le tocaba esperar la llegada de su mejor cliente, que entraba puntualmente cada día por la pequeña puerta que desde su cuarto da directamente a la calle. No tenía la menor gana de recibirle, pero no podía negarse. Para yacer en esa cama hace falta más del medio real que se paga en la sala, aunque no es eso lo que le llevó a rechazar al torpe y lindo Simón. Ya veremos, soldado. A ver qué estás dispuesto a hacer para ganarme.

El capitán Juan Trujillo espera en la entrada de la casa de Inés de la Vega con cierta incomodidad. Un viejo de mirada severa le escruta molesto desde un gran cuadro en la pared, y el capitán piensa que es mejor levantarse y deambular cerca de la ventana antes que permanecer bajo esa estricta vigilancia. Pero de pie tampoco se encuentra muy a gusto. Esta iniciativa suya es quizá muy atrevida con lo poco que ha frecuentado a esta dama, pero siente que no tiene nadie más a quien acudir.

La idea le vino la otra noche, en casa del corregidor. No había sido aún recibido oficialmente por la máxima autoridad de la colonia y retomada la normalidad, se le invitó personalmente a una velada en la casona, un edificio señorial en un lateral de la plaza, extrañamente descuidado por fuera pero bellamente adornado en su interior: el patio fresco y lleno de macetas, como si doña Rosa no hubiera salido de su Granada natal; los brillantes tapices de las paredes y las poco recargadas habitaciones, sobrevoladas por un continuo y relajante rumor de agua de escondidas fuentes. Como de costumbre, el capitán se aburrió sobremanera. A diferencia de la informalidad dicharachera del patio de la hacienda del Oso, en la mesa del corregidor todo se llevaba con una ceremonia exagerada para un lugar tan venido a menos. Probablemente, si citaran a todos los corregidores de Nueva España en la Ciudad de Panamá, a más de uno se le olvidaría poner silla para don Lope Aguilar. Nadie se acordaría de que en este golfo perdido repleto de indios y piratas aún existía una ciudad que trataba de mantenerse a flote. ¿Qué hacían pues guardando las formas con tan rimbombante actitud llena de silencios y escondidos bostezos en la mesa del gran salón?

Toda una bendición fue la salida al patio, con los postres, donde la brisilla nocturna le sentó al capitán como una palangana de agua por la cabeza. Se desperezó un poco y pudo romper el protocolo. Resultó que entre los invitados se hallaba doña Inés, pero tan alejada en la mesa que apenas habían podido intercambiar varios saludos con la cabeza. Así que de camino al patio sorteó a todos los apolillados muñecos de cera con los que compartió primer y segundo plato y se colocó con aparente descuido al lado de la dama, que parecía estar segura de que algo así iba a suceder tarde o temprano.

Por fin, tras la frustrada ocasión en la hacienda del Oso, habían conseguido mantener una larga conversación, centrada en la añoranza de España, en los lugares de la infancia y en la tristeza de asumir que nunca volverán. El capitán se relajó durante un rato sin tener que hablar de los extraordinarios acontecimientos de los últimos días ni del dichoso Páter Penumbra, que no le abandonaba ni en sueños. Todos en la mesa querían saber algo más del nuevo religioso, de sus milagrosas dotes y de lo maravilloso que sería que alguien así permaneciera para siempre en la colonia. Para vosotros para siempre, pensaba Trujillo masticando la carne, y ojalá que al mismo tiempo yo me largue de aquí lo más lejos posible. Con Inés fue distinto, y no porque ella no quisiera hablar del cura. Su enorme expectación por ese hombre no hacía más que aumentar con el paso de las horas, pero notaba a la legua que al

capitán le incomodaba sobremanera el asunto, así que optó por no dilapidar su tiempo a solas con él en un tema que echara a perder una futura amistad.

Deseaba a Trujillo. Claro que lo deseaba, como había deseado a tantos a lo largo de su vida. Estaba muerta de deseo desde niña, ni recordaba cuándo comenzó a sentir ese doloroso quejido de su vientre, mientras su vida se llenaba de obstáculos que le impedían satisfacer su impulso. Desde pequeña había sido de una sensibilidad extrema. Muchos tejidos le hacían erizar el vello, no podía permanecer sentada mucho tiempo sin notar escozor en su vagina y no paraba de removerse en las sillas. Pasó la mitad de su infancia buscando caricias en el regazo de su aya. Para cuando se convirtió en mujer, ese sentimiento se había transformado en un torbellino de pasión que no conseguía apaciguar y que le hacía sufrir de la mañana a la noche. Se volcaba en el misticismo, en frecuentar a otras mujeres, en la lectura, pero en cuanto perdía esas compañías ese demonio volvía a invadirla de tal forma que temía echarse en brazos del primero que cruzara. Dios sabe que por ese motivo había sufrido el castigo de acabar sola y enmohecida en esta ciudad. Pero de todo eso no podía hablar con nadie aquí, al menos hasta ahora.

Inés apenas veía a hombres en la ciudad, y conocer al capitán Trujillo le revolvió la existencia. Al tenerle esa noche tan cerca luchaba contra la hipersensibilidad que rebosaba los poros de su piel, pero su experiencia le decía que no solo no lo conseguiría, sino que además él se lo iba a notar.

Y por supuesto que él lo notó. Trujillo pensó que, como tantas otras veces, su instinto había localizado el objetivo al primer vistazo. Sin embargo, no pasó al ataque pues se sintió atemorizado. Lo que reflejaba esa mirada era dolor, sufrimiento extremo. Y se dio cuenta de que a poco que insistiera ella accedería y tendrían sexo, pero que no sería de mutuo acuerdo sino una esclavitud, un torturado cautiverio que le destrozaría la vida y que a él le dolería ejecutar. Fastidiado por esa revelación, se cohibió y dio dos pasos atrás, buscando en cuanto pudo algún aburrido contertulio con quien diluirse. Desde la distancia la vio marchitarse en la velada sin entablar más conversación con otros invitados, y fue entonces cuando pensó que podía hallar con ella una solución a sus problemas.

Durante la noche, Trujillo solo tuvo el germen de algo abstracto, una especie de idea instintiva que no quiso siquiera comentar con Páter Penumbra, pues estaba seguro de que iba a despreciarle la ocurrencia. Por eso no esperó al jesuita en el cuartel, sino que desayunó, se arregló lo mejor que pudo y salió hacia la casa de Inés. Por eso se encuentra ahora evitando la mirada del viejo de ese cuadro mientras espera a que Inés aparezca por la puerta del salón.

Cuando lo hace, Trujillo se da cuenta de que la ha cogido tan desprevenida que ha debido cambiarse dos o tres veces antes de salir y ha olvidado recolocarse los cabellos. Las mejillas están tan coloradas por el apuro y la excitación que el capitán está a punto de salir de nuevo a la calle sin decir nada, azorado.

—María, por favor, saca unos bizcochos y una copa de licor para el caballero...

—dice a su criada india después de unos segundos en silencio. Pero Trujillo alza la mano para no dilatar más el asunto.

—Si me disculpáis, señora, no quisiera que os tomarais ninguna molestia. —Y el capitán en este punto decide lanzarse al vacío—: He venido... Yo quisiera... necesitaba que me hicierais un favor.

Inés de la Vega acude al cuartel con la sensación de haber sido embaucada por el capitán. Pero al ver lo que hay dentro de la amplia sala de camastros vacíos de la compañía, su mezcla de desconcierto e irritación se desarma por completo. Dos únicos ojos pequeños y asustados miran escondidos desde debajo de una sábana.

—Se llama Germán, como su padre. —Trujillo tiende a hablar en susurros. Al hacerlo se acerca al cuello de Inés, y su respiración pasa como terciopelo sobre sus rizos, erizando de nuevo su vello—. En casa le llamaban Germancico, según nos ha dicho el aya. Lo digo por si os ayuda. A nosotros no nos ha servido.

En la mañana de ayer, Juana y él habían sufrido una decepción considerable en las dependencias del cuartel. Esperaron durante horas a que el pequeño del difunto Germán de Val despertara por sí mismo del profundísimo sueño que le sepultó en el camastro de Simón desde que este le bajó de la montaña. Cuando volvió a la vida le ofrecieron un tazón de leche y pan recién traído del horno de la plaza, pero el chico no probó bocado. Eso ya les preocupó, pero lo peor llegó después: cuando, con toda suavidad, Juana comenzó a hacerle preguntas, encontraron que el niño era incapaz de decir palabra alguna. Les miraba como una vaca al borde de un camino, sin mover una ceja. Durante una hora y por distintos recovecos, Juana estuvo intentando entrar en esa cabeza sin resultado alguno. Decidieron traer al aya desde la hacienda, con pésimas consecuencias: la emocionada mujer no dejaba de llorar al ver al crío y este se asustó tremendamente escondiéndose de nuevo entre las sábanas. No habían conseguido sacarle de ahí desde ese instante. Se había meado, pero no se dejó limpiar. Simón les dijo que así mismito le había encontrado, dentro de un agujero en el templo de la selva. Si seguía en ese plan más tiempo, iban a tener que atarle y alimentarle por la fuerza o acabaría enfermando físicamente, aparte del desorden que tenía ya en la mente.

El capitán tuvo que aguantar la mirada furibunda del padre Fiz al llegar acompañado de Inés de la Vega. Inevitablemente tenía que darle una explicación, justificar que había sido el instinto quien le decía que ella era la solución, y que si no funcionaba, mal no había en haberlo probado. Juana transigió, pues ella misma había vuelto al lado del pequeño Germán desde primera hora de la mañana a hablarle, a preguntarle, a que se acostumbrara a su presencia..., pero el niño ni siquiera quería mirarla. Se escondía bajo la sábana y respiraba entrecortado, sufriendo. Preocupada por su estado, Juana había preferido salir de la estancia y dar vueltas por el soportal, concentrada en encontrar una solución, cuando apareció Trujillo acompañado de Inés

de la Vega y su idea peregrina. De entrada, el capitán no se supo explicar muy claramente y a ella le irritó profundamente volver a encontrar a la mujer que la había asaltado en la iglesia. Se enfrentó de nuevo a lo que consideraba una vulgar belleza sin seso, exuberante e iletrada, y de un plumazo Juana sintió un inconsciente ataque de celos. Como ella misma no entendía sus propios sentimientos, consintió con un gesto como restándole importancia y se dirigieron a la sala de los camastros.

Inés se adelanta unos pasos, separándose de la trinidad que formaba con el cura y el militar, y se acerca a la cama donde por un pequeño resquicio se adivina la mirada del muchacho. Algo han ganado cuando el chico no se ha escondido completamente al oír la puerta y permanece observando.

—Hola, Germán. Soy Inés.

No se le ocurre nada más que decir. A ella le fastidia cuando los demás utilizan frases hechas para preguntarle por su tristeza, para ahuyentarle su melancolía. En silencio acerca una silla próxima y simplemente se sienta a su lado. Recoge del suelo unas camisas tiradas y con celo maternal se dispone a doblarlas sobre sus muslos. Germán asoma la cabeza para verla operar. Ella mira de reojo y le sonrío, pero sigue a lo suyo. Cuando termina, coloca las camisas a un lado y cruza las manos. Germán se remueve nerviosamente bajo la sábana y, al poco, saca los calzones sucios con los que ha dormido. Inés duda un momento ante la manita extendida, pero sonrío y se los coge. Los huele con reprobación, pero los dobla con igual cuidado sin decir nada y los pone aparte en el suelo. Vuelve a cruzar las manos sobre el regazo. Se miran. Impulsivamente, Inés acerca su mano al pelo del niño, y se da cuenta demasiado tarde de que a lo mejor se ha precipitado tocándole. Va a apartar la mano, pero siente que el niño no la rechaza, así que peina con dulzura su cabello con los dedos. Alarga la mano en una pequeña caricia por la mejilla. Inés se deshace tocando esa pielecita tan tierna. Cuando va a retirarse, Germán sujeta su mano y la retiene sobre su cara. Se queda así, con los ojos cerrados. Ella, sorprendida, mira hacia la puerta. Trujillo y Juana están expectantes, tensos, sin pestañear. Inés vuelve su mirada hacia el niño. Se acerca a su oreja y susurra suavemente:

—Yo te llamaré Gorrión. Ven conmigo, Gorrión.

Germán el Gorrión se levanta despacio y se abraza al cuello de Inés sentándose en su regazo. No cambia su gesto inanimado, pero deja caer su cabeza sobre ese hombro lleno de rizos descuidados y se apropia del olor de esa piel dulce, dulce, como la de alguien que no recuerda, pero que sigue ahí en el fondo de su mente apagada. Inés le recoge en sus brazos y cierra los ojos. Dos enormes lagrimones le caen sin querer y se muere de vergüenza ante esos dos hombres que la miran paralizados. Pero qué me importa lo que piensen ellos. Me han dado un regalo inmenso y nunca sabrán lo que significa.



## LA SIMIENTE

Juana superaba esta noche otra prueba más en su particular vía crucis: estar rodeada de mujeres. No pudo negarse a acudir al foro de las arpías en casa de los Osuna. Alegó múltiples ocupaciones en el cuartel, pero todos los miembros del cabildo estaban de acuerdo en que si no acudía, bien podría tomarse como una descortesía hacia las mejores familias de la colonia, que traducido al castellano vulgar venía a significar que sus esposas les harían la vida imposible durante una buena temporada. Pero a Juana le preocupaba sobremanera que estar bajo el escrutinio de un grupo de mujeres aburridas fuera un examen más duro que lo vivido ante todo un ejército.

El patio de la hacienda del Oso es un auténtico hervidero. Trabajo le habría quitado Isabel si le hubiera pasado una lista con los apodos que tenía para las damas, que a buen seguro Juana hubiera suscrito uno por uno. La sentaron en lugar preferente (alejando los faroles para no provocarle migrañas, como ya era sabido) entre doña Rosa la Jefa Pelleja y la anfitriona doña Manuela. La Chillitos, la Bigotes y otras cuantas hablaban alrededor alborotadas. Hasta se encontraban la propia Isabel, aún convaleciente, y Leonor, que no pudieron resistirse a la curiosidad. Se notaba la ausencia de Inés, aunque nadie allí sabía aún el motivo.

—Sois, por lo visto, el paladín contra los misterios de nuestra comunidad —celebra doña Manuela.

—Mi humilde vocación de ayudar es un deber en este caso —admite, girándose hacia doña Rosa con una inclinación de cabeza—, como dijo vuestro esposo el corregidor.

La Pelleja se abanica con una sonrisa hinchada. Fernanda Bigotes grazna desde el otro extremo:

—Dicen que fuisteis capaz de ver el pasado solo con mirar la carroza de los difuntos. Que adivinasteis de forma mágica cómo murieron los pobres hidalgos.

—Si vos entrarais en vuestra cocina y vierais un tarro de miel abierto, seguro que podríais imaginar que vuestro hijo ha pasado por allí a meter el dedo.

—Por supuesto. Y también imagino a mi marido detrás de la garrafa de vino vacía.

—Muy bien. Estad tranquila: no os acusaré de brujería por vuestro poder adivinatorio. —Todas ríen por la ocurrencia. Juana prosigue—: Yo no he hecho nada diferente. Observar la realidad y definirla correctamente es el primer paso del conocimiento.

—Así se habla —admira alborozada doña Manuela—. Qué sabiduría os ha dado Dios.

—Los libros y la voluntad de aprenderlos me han dado la sabiduría, señora. Dios no regala nada.

—Dios os ha regalado vuestro sexo. Las mujeres no tenemos tiempo de estudiar tanto.

—Ni la mayoría el seso —interviene la Chillitos para regocijo de muchas. Juana, en cambio, se disgusta.

—¿Y ya sabéis quién hizo esa cosa horrible? —insiste Fernanda Bigotes.

—Mis poderes adivinatorios no llegan a tanto, de momento. Pero os lo haré saber en cuanto tenga noticia, ya que tanto os interesa.

—Nos preocupa a todas nuestra seguridad. Hemos sabido que el matrimonio murió después de intensas torturas.

—Os han dicho mal. Gracias a Dios, murieron rápidamente y después establecieron sobre ellos una especie de ritual.

—Solo los indios osarían cometer semejantes sacrilegios, —interviene una.

—No habrá manera de civilizarlos. No sé cómo podemos convivir aún con ellos —añade otra.

—Deberían nuestros señores darles un buen escarmiento.

El ambiente se anima solo.

—Veo que tienen claro ya su veredicto —ataja Juana.

—¿Es que no creéis que esto es cosa de los indios?

—Si fuera tan claro para el cabildo y para el capitán, no me habrían pedido ayuda.

—Pero eso es peor. Significa que cualquiera podemos alojar al asesino en nuestra propia casa. —Y se provoca un nuevo remolino de comentarios anticipando la desgracia.

—Yo confío en vos, padre —levanta la voz doña Rosa—. Vuestra labor como perseguidor de la verdad es conocida en toda Castilla.

—No sé de dónde habéis sacado esa fama, doña Rosa. —Juana se teme el cambio de tema.

—Según sé, habéis venido a estas tierras persiguiendo a una prófuga...

—No a una prófuga cualquiera, señoras —alimenta doña Manuela—: la marquesa de Alcántara.

Crece de nuevo el revuelo en el patio. Juana se lamenta para sí: salió el asunto, inevitablemente. A las damas les entusiasma la noticia.

—¿Pero cómo es posible? Una de las familias más antiguas de Castilla, perseguida...

—La marquesa vivía en soltería y sola desde la muerte de sus padres.

—Una mujer de su clase, sin contraer matrimonio, está condenada al pecado.

—¿De qué se la acusa?

—Allá sola, en su palacio, a saber qué brujerías se le ocurrían...

—Veo que vuestras mercedes adoran hablar de magia —corta Juana de nuevo. Había estado escuchando, intentando no intervenir—. Siento decepcionaros. Juana de Alcántara no es más que una estudiosa, una investigadora que lee y escribe libros.

—Ya decía yo que era malo estudiar —cuela la Chillitos, haciendo estallar las risas de todas. Juana se enciende.

—Simplemente es una mujer que ha pretendido conducir sus pensamientos a donde la naturaleza le lleva. Ha abierto los ojos al mundo tal cual es, no como nosotros queremos que sea. Ser mujer y estudiar no es una desfachatez ni es pecado.

—¿Entonces cuál es su delito, padre? —pregunta intrigada doña Rosa. Juana se refrena, sintiéndose estúpida. Toma aire para disfrazarse de nuevo.

—Hay unos límites para el conocimiento que ni una mujer ni un hombre han de traspasar. Y si la ciencia pretende desplazar al hombre del centro del universo, donde Dios le puso, para colocar al astro rey en su lugar, que sufra la ira del Altísimo. Una mujer con la inteligencia de la marquesa de Alcántara debería saberlo. —Y Juana se oscurece pensando en alto—: Quizá su mayor pecado sea solo la soberbia.

Un pequeño silencio se extiende en el patio. Doña Rosa trata de romperlo.

—También el desacato, por lo visto. Se fugó de la prisión con habilidades aún no descubiertas.

—Bien decís, señora. —Juana recupera el tono—. Cuando supo que existía denuncia contra ella, puso tierra de por medio desapareciendo de sus tierras antes de que pudiera llegar la guardia a llevársela. Conseguimos capturarla a punto de hacerse a la mar y se le dio prisión en Cádiz mientras se preparaba el tribunal que la juzgase. Pero se esfumó de la prisión como por ensalmo. Aún no sabemos cómo pudo escapar de un lugar tan protegido como el castillo de Sancti Geni. Sus murallas, para que os hagáis una idea, son idénticas a las que rodean esta colonia. Y el castillo se halla en un islote en medio del mar. No es nada fácil burlar esa defensa.

—Y luego diréis que no era bruja, padre...

—No os equivoquéis conmigo, señora. Que persiga la herejía no significa que crea en supersticiones. La magia es solo para cuentos de hadas o para fogata de campesinos. Por regla general, llamamos magia a lo que no sabemos explicar. Yo llamo magia a nuestra indolencia para buscar explicaciones.

—¿Y cuál es la vuestra para fuga tan sorprendente?

Juana se lo toma con calma.

—La suerte, la ayuda externa, la inteligencia... Todo cosas terrenales. Se sabrá algún día. —Debería controlar la vanidad. O un poco al menos—. Sea lo que fuere, esa mujer lo consiguió. Independientemente de mi enemistad, señoras, vaya por delante mi respeto ante tal representante de vuestro género. Tal proeza la quisieran para sí muchos hombres.

—Cuando la juzguéis, mirad si actuáis de acusador o de defensa, padre. —Fernanda la Bigotes las lanza con saña. Juana sonrío e intenta salir de una vez del tema.

—La marquesa tendrá capacidad de sobra para defenderse sola. Si es que yo tengo capacidad suficiente para capturarla algún día.

Una criada cruza el patio en dirección a doña Manuela.

—Perdonad, señora. Un soldado de la colonia pregunta por el padre Fiz de Talaván.

Juana adivina al momento de quién puede tratarse.

—Ahora, señoras, si me disculpan, otros asuntos terrenales pero de más gravedad me están esperando en la ciudad. —Sin esperar respuesta, se pone en pie, forzando a todas las damas a levantarse igualmente. Juana imparte una bendición al aire con poca convicción y sale como un silbido por la puerta del patio, donde deja un aire de admiración y comentarios que darán para toda la velada.

En la entrada, para su alivio, Juana se topa con Simón. No pierde el tiempo ni en saludarle y coge la puerta de la calle sin detenerse. El soldado la sigue casi a la carrera.

—Estúpidas, cotorras, creídas... ¿Para esto han venido al mundo? Lo único que las distingue de los tuestos que tienen alrededor es esa terrible cháchara vacía. Son como los monos aulladores, quitándose los piojos las unas a las otras y chillando cuando se sienten ofendidas. Y lo peor, admitiendo sin pudor que son tontas de remate. ¿Cómo negar que la mujer es inferior al hombre con semejantes representantes del género?

—Sed un poco más prudente o alguien os escuchará. —Simón asiste divertido al lanzamiento de venablos—. Menos mal que he venido a sacaros de ahí.

—No te quepa duda. Espero que hayas conseguido lo que te encargué.

—Sí, señora... —Simón suspira resignado—. Tengo lo que necesitáis. O más bien, lo que necesita ese loco...

El Loco Ventura llevaba días en muy mal estado. Tampoco a él había sido posible sacarle ni una palabra útil desde el día que la agredió. Convencida de que solo las misteriosas hierbas podrían tranquilizarle, había llevado a Simón a la panadería del palacio de San Telmo y se las había mostrado desenvolviéndolas con cuidado de un bolsito hecho con otro trozo del lienzo de la pared.

—¿Esto qué es? —Simón miraba con cierta desconfianza los hierbajos secos.

—Huélelo —ordenó Juana.

Él acercó sus narices al lienzo. Un olor envolvente le penetró, saltándole las lágrimas.

—¿Qué clase de especia es esta? Le deja a uno mareado.

—Consígueme más.

—¿Qué queréis, que salga al monte a segar?

—Los indios utilizan esto como medicina o con algún sentido mágico. Necesito más cantidad.

—¿Ahora os habéis pasado a la magia india? Una mujer de ciencia como vos...

—No son para mí. Son para el loco del calabozo.

A Simón le cambia la cara en un instante.

—¿Por qué le tengo yo que hacer favores a ese?

—No se lo haces a él. Me haces el favor a mí.

—¿Y dónde voy a encontrar yo esto?

—Confío en tu capacidad para buscar en los lugares adecuados. —Juana insinuó lentamente, esperando el entendimiento del otro.

—Ya. —Simón entendió a la perfección: quería que fuera al arrabal—. Esto va a costar trabajo...

—Primero las hierbas. Luego negociamos.

Simón sonrió. Es fantástico tratar con gente inteligente.

En la selva, Simón se sentía absolutamente indefenso. En cambio, salir al arrabal era como llevar a un niño a comprar pasteles. Deambuló por el camino que salía de la muralla dando patadas a los restos de basura y lanzando piedras a los perros vagabundos. Disfrutó de la variedad de colores en los rostros: indios, mestizos, mulatos, rubios y morenos..., todos con ropas estrafalarias o tatuajes con mágicos cifrados o peinados sucios y desmañados; cicatrices en las mejillas, deformaciones añejas fruto de la violencia o de trágicos partos, aretes en las orejas símbolo de bandas piratas; gentes desanimadas por las desgracias o resignados a su suerte, bravucones sin miedo o sin seso, almas llevadas por las corrientes de destinos ajenos, amarrados a este barrizal hasta que un huracán les transporte a otra punta del infierno. El camino le condujo sin desviarse hasta la plaza del puerto, tan bulliciosa como de costumbre y donde los que callejean sin rumbo se mezclan con los vendedores apresurados. Simón respiró con alegría el aroma de los bellacos, y casi le entraron ganas, como antaño, de perseguir a alguna mujerona para robarle al descuido las monedas de la faltriquera, o sisarle alguna fruta a aquel repartidor; pero ahora era un representante de la ley, famoso en toda la colonia, con reales en el bolsillo, calzones limpios y botas sin agujeros, todo a costa de la Corona. Así pues, exhaló la nostalgia del pillastre que fue y oteó a su alrededor casi olvidando a lo que vino, hasta que entre el bullicio vio pasar un cántaro de agua que llevaba debajo los dos ojos más absorbentes del Nuevo Mundo.

Gunnale se deslizaba entre la gente como si no existiera. Nadie se fijaba en ella y ella, inconsciente de su entorno, se escurría como un salmón entre la corriente de la multitud. A Simón le costó alcanzarla, pues no recordaba su extraño nombre, y la facilidad con la que ella sorteaba la gente contrastaba con los mil golpes que el soldado se iba llevando una y otra vez. Cuando por fin estuvo a punto de tocarle el

hombro, algo le retrajo. Pensó que a lo mejor la asustaría si la tocaba y ella se negaría a ayudarlo entonces. Pensando en eso, Gunnale se le escapó de nuevo, y al tratar de acelerar, Simón chocó con un negrazo que llevaba una bandeja de mimbre en la cabeza y al que tiró todo el género del golpe. Misión perdida: la chica se deshizo en su retina como si hubiera sido humo y Simón se quedó parado entre la gente como lo que era: un huérfano.

Entonces su mirada cayó en una zona de la plaza que se le hizo tan nítida que resultaba obvia. Como si desde el principio sus pasos estuvieran encaminándole hacia ese lugar, Simón se fijó en la pared donde el indio Palito y los suyos se apoyaban como cada día. Sonrió y se dirigió directo hacia ellos. Según se acercaba le salieron dos al paso, uno gigante y cargado de espaldas y otro chiquitino con las piernas arqueadas, ambos con cara de haber matado a su madre y sendos machetes en el cinto que estaban oliendo sangre. Simón arqueó las cejas y miró a Palito por encima del hombro del pequeño (era lo fácil). Aquel mascaba hojas de hayo sin mover una ceja, a la expectativa. El soldado echó un vistazo a los dos malcarados encogiéndose de hombros.

—No doy limosna, si es a lo que venís... —Pero los dos indios le miraban en silencio. Simón se resignó—. Vengo a ver a ese —señalando a Palito.

El gigantón tapó con el dedo un agujero de su nariz y expulsó un moco por el otro. El chiquitín se mantenía admirablemente pétreo.

—Vengo en son de paz —prosiguió Simón—. Solo quiero platicar un ratillo, hacer amigos.

Simón fijó su mirada en el pequeñajo y se preguntó si respiraba. Decidió terminar la conversación, que no avanzaba, agarrando las narices del indiecito con una mano y con la otra el machete del grandullón, todo a velocidad de trilero, dejándoles tan sorprendidos que no supieron reaccionar. Puso el machete en la garganta del enano al tiempo que le apretaba las narices entre el índice y el corazón.

—Seguro que nos vamos a reír juntos —sonrió Simón al grande; pero no le duró mucho la broma, porque recibió tal bofetón de este que soltó machete y nariz india cayendo al suelo a metro y medio. Casi no había abierto los ojos cuando tenía encima a quince bestias dándole más palos que a una estera. Lo levantaron entre todos y el mini indio le estiró la nariz apoyando en ella el filo del machete ante la mirada impasible de Palito, sentado en su poyo. Este escupió una hoja sobada e insinuó un pequeño movimiento de cabeza.

—¿De quién te quieres hacer tú amigo?

Simón le señaló con la barbilla, ya que no podía mover nada más.

—Vete a buscar amistades en tu lado de la muralla, soldado. Cuida donde metes tu nariz.

Los esbirros de Palito empujaron a Simón al suelo, varios metros más allá, y

volvieron a apoyarse en la pared. Pero Simón se levantó sacudiéndose el polvo del culo y volvió con más decisión si cabe frente a Palito.

—Me puedes calentar el trasero las veces que te venga en gana, pero no me iré hasta que haya hablado contigo.

—Córtale la nariz de una vez, Tahil —ordenó Palito al chiquitín, quien sacó perezosamente el machete de nuevo.

—Vale, vale, vale —recluyó Simón, viéndose de nuevo vapuleado—. Me iré si no me quieres escuchar, pero tú serás el que salga perdiendo.

—¿Y qué es lo que ofreces?

—Información.

Y un brillo surgió en la pupila del indio.

Simón entró en el granero rodeado de toda la banda. Palito llegó el último, despacio, y se sentaron en unos bancos desvencijados. El lugar estaba coronado por un entramado de maderos que cruzaban hacia las alturas, esqueleto de una nave dedicada antaño a cualquiera sabe qué labores industriales. En cada una de las vigas había algún ser vivo, humano o animal, pasando el rato por las alturas. Algunos masticaban hojas, otros fumaban, otros dormitaban sin ocupación, molestados de tanto en tanto por monos o pericos. Abajo, entre toneles de vino y sacos de harina, algunas mujeres se agrupaban riendo a la espera de alguien que las gozara y una anciana de nariz torcida y pelos desordenados se dedicaba a remojar el suelo con agua. Algunos, en el fondo, fabricaban cuchillos y pinchos en una fragua. Los más miraban al intruso con suspicacia, y las calabazas que bebían no parecían ser de agua. Se transpiraba el olor de la tierra agostada. Se masticaba el sabor de las vidas perdidas.

—¿Qué vas a contarle a este indio?

—Nada.

—Eres demasiado osado, soldado.

—Nada hoy. El próximo día, ya veremos.

—¿Y por qué crees que habrá un próximo día?

—Yo me vestí de soldado porque era la única manera de cruzar el mar gratis. Pero no tengo yo ambición de oficial de arcabuceros. Ya han estado a punto de cortarme una mano por desobediencia; poco faltará para que me caiga una pena o para que me expulsen del cuartel. Para entonces prefiero estar ya alistado en el ejército al que de verdad pertenezco.

—Es difícil creerte cuando nos has perseguido con tus camaradas por el arrabal.

—Para una vez que obedezco órdenes... Mira, la cosa en el cuartel no es fácil en estos tiempos. El nuevo capitán es muy estricto, no le gustas tú ni los sitios como este.

—Tendrá bastante con no acabar como el anterior.

—¿Sabes qué? Por mí como si lo empalan. Pero mientras le llega la Parca, os va a hacer un buen estropicio... a menos que yo os avise a tiempo.

Simón y Palito se miraron fijamente a los ojos, uno para ver si la arenga colaba, el otro intentando traspasar esas pupilas por si encontraba mentiras. Pero es difícil pillar a quien es a la vez fullero, macareno y coime, así que el indio se inclinó hacia atrás y abrió los brazos receptivo.

—¿Qué puede hacer mi humilde persona por ti?

Simón traspasó de nuevo la puerta de la muralla bastante después del ángelus. Iba con el sombrero bien calado para que no le vieran la cara, pues la tajada que llevaba encima se le notaba a distancia. Bastante tenía concentrándose en caminar en línea recta sin chocar con nadie. Había estrechado lazos con Palito y su banda con aquel veneno que bebían en calabazas y que dejaba la cabeza como badajo de campana. Apretando en su cinturón la bolsita llena de hierbas que había conseguido de su nuevo socio, enfiló hacia su lugar favorito de la colonia.

—¡Bejarana, dame de comer antes de que arroje todo lo que he mamado!

La Bejarana se burló un rato de su patético estado mientras le servía el pote con una tumbada de arroz, pescado y verduras de dudosa procedencia que, sin embargo, le cayó a las tripas como una bendición del Altísimo. Recuperó los colores y disfrutó de su éxito: había cumplido con Juana, lo que le reportaría beneficios, y se había ganado un aliado, que sabe Dios cuándo iba a necesitar. Al enseñarle las hierbitas que Juana le había dado, Palito se había extrañado mucho: a algunos españoles les atraía probar el hayo pero nadie había venido en busca de aquello.

—¿Qué nombre tiene? —había preguntado Simón, y Palito se había encogido de hombros.

—Hay cosas en la montaña que no se nombran. Eso también las hace invisibles, sobre todo para vosotros, los Hermanos Menores.

—No te tomaré en cuenta que me llames de esa forma si me consigues una buena bolsa.

Palito le hizo el encargo al indio gigantón, quien protestó mirando mal a Simón. Palito le había gritado en no se sabe qué lengua al tiempo que ofrecía al soldado la calabaza con la que sellarían su acuerdo con el lacre de una buena melopea. Ahora, mientras rebañaba el cuenco con la tumbada en el cálido ambiente de la Bejarana, Simón olisqueaba el paquetito, satisfecho.

—Es un pobre desgraciado, claro que lo conozco —contaba la Bejarana acerca de Ventura, por quien Simón se había interesado—. Venía mucho por aquí en tiempos, pero a que yo le cuidara con mis guisos; hembras no catava ninguna. No así sus amigotes.

—¿Qué amigotes?

—Unos con los que venía. —La Bejarana pareció arrepentirse de haberse ido de la lengua—. Esos sí que trajinaban, se les veía necesitados... Pero chitón. Mis cuentos de vieja valen más que mis mejores chicas. Si no tienes un real, olvídate de



que te hable.

—No seas roñica, Bejarana, que ya te dejo aquí bastantes cuartos. Dime, ¿qué opinas tú del Ventura?

La Bejarana removi6 el caldero como esperando encontrar allí una respuesta.

—A lo mejor alguien tiene qué temer, pero yo... A mí ese no me va a hacer nada.

—Metido en el calabozo, mamita, no creo yo que le vaya a hacer daño a nadie más.

—Anda, vete con tu pretendida y déjame a mí en paz. Dile al cura ese que te tiene loco que si quiere saber más, que venga él y me pregunte.

—¿Quién eres? —preguntaba Sim6n a la bella Marina, balanceándose amodorrado en una butaca a su lado. Marina se dejaba llevar como si estuvieran en un barquito del puerto.

—Puedo ser quien tú quieras. ¿Quién te gustaría?

—Eso se lo dices a tus clientes —negó Sim6n—, que necesitan una mamá que les acune. A mí no me hace falta eso.

—¿Quieres saber quién soy en realidad? Vas *dao*.

—Eres de un pueblo asqueroso, donde la miseria mató a tu padre y a tu madre. Un sitio donde estar sola y ser virgen vale tan poco como ser puta. Un día los hombres acabaron con la niña inocente y otro día te prometiste que ibas a ser libre y les ibas a escupir en la cara.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Porque soy del mismo sitio.

—Pues no te había visto en la vida. —Marina intentó bromear, pero esta charla le estaba punzando un poco en las tripas. Sim6n se agachó a coger paja del suelo.

—Tú y yo somos de aquí. —Y espolvoreó las briznas entre los dedos—. Un pueblo muy estrechujó: al sur da con la mierda del suelo y al norte, con la bota que nos aplastaba el cuello.

—Sim6n Lobato, eres un poeta.

—Dejé Castilla para que nadie más me pisoteara. Y aquí tampoco me quedaré mucho tiempo.

Ella le inquirió con la mirada. Él miró hacia las montañas, allá a lo lejos. Marina estalló a reír.

—No... Eres de los que se cree el cuento del tesoro. Mi niño poeta...

—¿Por qué no habría de creerlo? Ya he estado allí, y he visto cosas. Hay señales por toda la selva. Y te recuerdo que he vuelto enterito.

—Tú has tenido la suerte de los novatos, tontolaba. Allí los únicos tesoros que hay son los jaguares y las arañas peludas.

—Te voy a enseñar una cosa para que cierres el pico de loro ese que tienes.

—Chúpame el culo. A mí no me calla ni Satanás enseñándome el rabo...

Simón, con discreción, sacó de su bolsillo el brillante trocito de esmeralda. Marina se quedó sin habla. Simón sonrió mirando la cara de lela que se le había quedado y se levantó dejándola plantada.

—¿Adónde vas? ¡No me dejes así!

—Tengo prisa. Me debo al ejército, señora mía.

—¡Y una mierda! ¡Ven aquí, boquirroto!

Simón salió de la casa azul camino del cuartel, al encuentro de Juana. Chocó al salir con un hombretón embozado en capa y sombrero que pasó de largo sin disculparse.

—¡Caballero! No estáis solo en esta calle.

El encapado ni se volvió a mirarle, pero tras él venía otro más grande aún, de cabeza rapada y barba poblada, picado de viruela y manos como sartenes, con las que le sacudió el hombro en señal de reproche. Simón se volvió hacia él de muy malas pulgas y se tragó su gallardía al mirar hacia esa torre con barba; ya se había llevado bastantes sopapos ese día como para rifarse uno más, así que se apartó de su camino.

—Cerbero, vamos... —se oyó tronar al otro. Cerbero se olvidó de Simón y ambos siguieron su camino, adentrándose en el callejón detrás del burdel. Simón tomó camino del cuartel, pero de pronto paró y volvió a mirar hacia atrás. ¿Han entrado en el callejón? ¿Subirá ese por la puerta de atrás al cuarto de Marina?

Y con la cabeza invadida por todo el trajín vivido en el día, apareció Simón en la hacienda del Oso a recoger a Juana, obedeciendo sus instrucciones de que en cuanto consiguiera las hierbitas, la buscara allá donde estuviera.

Simón corretea ahora tras Juana de vuelta al cuartel. Ella está convencida de que con Ventura descansado y drogado, será más fácil obtener información. A Simón le da igual lo que pase con ese cautivo del que aún no ha visto ni la cara; lo único que espera es recibir su recompensa y volver cuanto antes donde la Bejarana, y pasar de las palabras a los actos.

## 8

# LA TUMBA

21 de junio

—El niño ha sobrevivido. No sé si te interesa saberlo.

—Estaba en buenas manos.

—No tanto. Ha venido muy enfermo.

—Quien ve al demonio vive en el infierno.

Juana le había dado parte de las hierbas al Loco anoche, al llegar de la hacienda, y obligó al carcelero a que le sirviera también un buen plato de rancho caliente. Se notaba que había dormido sin sufrimiento: ahora parece otra persona, ese tipo inteligente y desconfiado de la primera vez.

—¿Por qué lo salvaste, Ventura?

—Yo no le salvé. Vino a mí.

—En cambio, les hiciste eso a sus padres...

—Yo no he dicho que lo hiciera...

—Estabas allí; si no fuiste tú, viste quién fue.

—Yo no he dicho que no lo hiciera...

—¿Lo hiciste?

—¿Qué os ha dicho el niño?

Juana calla y duda. El Loco adivina con una sonrisa fascinada.

—No os ha dicho nada aún...

—Yo no he dicho que no lo hiciera —imita burlona Juana.

—Si os hubiera hablado, no te haría falta preguntarme, padrecito. Ya estaría en la calle... o en el patíbulo. —Ventura sonrío con una mueca desagradable.

—¿Quién es el Amo? —pregunta Juana despacio, esperando la reacción nerviosa de Ventura. Pero esta no se produce.

—Esos son delirios de loco —dice, encogiéndose de hombros—. A nosotros nos pasan estas cosas.

—¿Tienes amigos, Ventura?

—Conozco gente. Pero nadie tiene amigos.

—¿Y alguno de esos que conoces te ayuda cuando te sientes enfermo?

—¿En la montaña? —El Loco abre la boca y enseña el bolo de hierbitas que está masticando—. Pero eso tú ya lo sabes, padrecito.

—No digo allá arriba. ¿Aquí, entre los nuestros, no tienes a nadie cercano?

Ventura hace un mohín. Puede.

—Alguien que te aconseja. —Ventura calla y sonrío—. Alguien que te dice lo que debes hacer o dónde ir...

Ventura niega con la cabeza.

—Me dijiste que, aunque tú murieras aquí dentro, tu Amo acabaría con nosotros. ¿Qué clase de amigo es ese?

—Amón, Amón, Amón, Amón...

—¿Quién es el Amo? —Ventura mira a la pared, como si leyera en los ladrillos la respuesta. Juana da un golpecito en la mesa para que se centre—. ¿Qué eran todas esas cosas que dijiste sobre niños muertos y sangre en las piedras?

—No recuerdo haber dicho nada.

—¿El Amo es alguien real?

—Son solo mis demonios.

—Tu demonio te hace sufrir mucho. Tenías miedo de que el Amo te oyera. ¿Qué te hará si le desobedeces? ¿Cómo es posible que nos haga daño cuando tú no estés?

—Tú no puedes entenderlo, padrecito. Tú crees que el demonio existe, ¿a que sí? —Juana hace un gesto ambiguo. Ventura adelanta su cuerpo para hablarle en confidencia—: Yo sé que existe. —Juana percibe su aliento, incómoda—. El demonio de la ira, el vengador, el que arrasa con fuego la tierra, vendrá y se cobrará su tributo.

Juana le mira fijamente tratando de dominarse. Por mucha distancia que tome, este hombre acaba dándole miedo. Se sobrepone retándole.

—Creo que tienes un cómplice ahí afuera y estás protegiéndolo. Pero eso solo significa que morirás y él seguirá vivo. ¿De verdad te merece la pena?

—¿Cuándo vas a comenzar con la tortura, padrecito? ¿Vas a arrancarme las uñas? ¿O quizá comprimirás mis tobillos hasta reventarlos? Ya sé: entrarás por mi agujero. Eso os gusta a los inquisidores, ver cómo se nos destroza el ojete mientras os pedimos clemencia. —Juana se levanta para irse. No quiere ni molestarse en responder—. Pero ¿qué es lo que quieres descubrir, padrecito? ¿Tengo yo la respuesta o quizá eres tú quien no se atreve a decirla en voz alta?

—Te voy a hacer una confidencia, Ventura. —Juana vuelve sobre sus pasos y se inclina sobre la mesa—: Yo no creo en el demonio.

El Loco Ventura pasa un segundo de desconcierto con la confesión. Después le viene una convulsión desde lo profundo de su garganta que se acaba convirtiendo en una risa ronca y cavernosa, terrible viniendo de esa boca desdentada y esos ojos horadados en el cráneo.

Juana sale del calabozo sin mirar atrás.

Trujillo cae en la cuenta, mientras observa silencioso desde una esquina, de cuán desordenadamente ocupan los miembros del cabildo sus lugares en la sala central del cuartel. Sabino Irrazu, el Oso y Manosprietas escuchan con atención, uno cerca de la

ventana, otro sentado en un alejado sillón, el tercero próximo a la mesa, armado de pluma y papel, mientras Lope Aguilar, en su desvencijado trono de corregidor, se concentra en remover la bola del reposabrazos. Trujillo comprende que ya es un rito para ellos utilizar esos lugares despreciando sentarse alrededor de la mesa, que descansa enfadada en un lateral. Incluso Juana ha creado su propio ritual ocupando como de costumbre el lugar más oscuro, donde no necesita estar cubierta con la capucha. Todos la miran ahora con preocupación.

—Mi convicción es que hay alguien más y Ventura está tratando de ocultarlo.

—Las palabras de un demente os confunden, padre Fiz. —Sabino se muestra bastante incómodo—. Unas veces dice que está solo y otras que le acompaña un demonio. No veo quién puede ser el que le ayude, en todo caso. Nadie le conoce a ese hombre ninguna filiación, y vos descartasteis a los indios por las marcas en latín. Señores, al culpable le tenemos entre rejas. No sé a qué estamos esperando.

—La prueba es que desde que está encerrado no ha habido más asesinatos —tercia Manosprietas dubitativo.

—¿Cuánto tiempo pasó entre Ignacio Irrazu y el matrimonio De Val?

—Casi un mes.

—Así pues, que Ventura lleve encerrado cinco días no es prueba de nada, señor Sancho. —Y acelerándose, Juana la toma con Sabino—. Y que no le conozcamos cómplices no significa que no los tenga, sino que nosotros no queremos buscarlos. No entiendo entonces la prisa por ajusticiar a nuestro reo: si es el único culpable, aquí abajo ya no hará daño a nadie. Si no lo es, aún puede ofrecer algo de luz a nuestra ignorancia. ¿O es que tememos lo que pueda decirnos?

Unos segundos de silencio asolan la estancia y Trujillo, desde su puesto de espectador lo percibe claramente.

—No hay nada que temamos de un loco, como ya dije —reacciona sombrío Sabino.

—¿Qué proponéis pues, padre? —invita Lope Aguilar sin apartar la vista de su bola.

—Mientras el niño recupera el ánimo y el Loco se aviene a colaborar, lo práctico es mirar hacia atrás.

—¿Qué nuevo prodigio es ese?

—¿Cómo murió vuestro hermano, señor de Irrazu?

—Tenía los mismos círculos en el pecho, las plumas... Le colgaron también, fuera de la muralla.

—Decid también lo otro, Sabino. —La voz del Oso trueno lenta desde su sillón.

Juana y Trujillo miran intrigados al Oso y nuevamente a Sabino.

—Las manos —suspira este, estragado—, le habían cortado las manos.

—¿Por qué hacer semejante cosa? —Trujillo deja escapar sus pensamientos en alto.

—Al desnudarle aparecieron. Las llevaba prendidas del trasero, por decirlo de

alguna manera. Un dedo de cada mano estaba dentro de...

—Me hago idea. —Juana acalla a Sabino con una mano levantada—. ¿Algo más?

—No lo recuerdo. Le enterramos rápidamente. No quisimos que corriera el pánico por toda la ciudad.

—¿Dónde está enterrado?

—Es tradición para los altos cargos abrirles una lápida en el suelo de nuestra iglesia. —Manosprietas retuerce sus deditos como temiendo que pase algo malo.

—¡Extraordinario! —chilla Juana, haciendo botar a todo el cabildo. Ella misma se corrige—: Me parece una tradición muy apropiada, hay que honrar a los héroes de la colonia en el lugar que se merecen. Voy a exhumar ese cadáver.

—¿Qué clase de sacrilegio pretendéis? —brama Sabino Irrazu.

—Con un poco de suerte y la ayuda de Dios, entre las piedras de la lápida la putrefacción no habrá hecho su trabajo destructor y aún encontraremos restos suficientes de vuestro amado hermano.

—No os lo voy a permitir. Señor corregidor, prohibídselo.

El capitán Trujillo resopla agobiado en su esquina. No hay día en que el padre Fiz no le meta en un charco. Hasta Lope Aguilar ha abandonado el remover de la bola para fijar la vista en Páter Penumbra.

—¿Qué pretendéis turbando el sueño de los muertos, padre Fiz?

—Espero encontrar un mensaje.

Cuando bajaban la escalera camino del patio, Trujillo estaba, como cada día, enfadado. Le había costado Dios y ayuda convencer al cabildo de la nueva locura de Juana, y no sabía por qué lo había hecho.

—El motivo es sencillo. Creo que tenemos que olvidarnos por un tiempo de buscar al culpable.

—Voto a bríos, ¿y entonces qué pretendéis hacer?

—Alejarme del quién y centrarme en el porqué.

Felipe Aguilar es pequeño y ancho de espaldas. Quizá demasiado pequeño para su edad, pero el tamaño de sus hombros compensa y le hace sentirse satisfecho de su aspecto. Disimula su estatura con una pose estirada, como si mirara desde una altura metafórica, como si tuviera vista de pájaro o, más mundanamente, como si tuviera presbicia.

Felipe Aguilar es tímido y reacciona como si no lo fuera, con precipitación y soberbia. Siempre teme que se le note su falta de iniciativa, su escasa preparación, su ausencia de arrojo, su incultura. Le avergüenzan sus faltas, pero no pone el menor empeño en subsanarlas. Gasta su energía alejando de sí un futuro que no quiere ver llegar.

Felipe Aguilar es el hijo del corregidor, y como tal, es dueño de un tesoro regalado por la fortuna: la expectativa del poder.

El joven Felipe, a punto de cumplir los dieciocho, mira a las mujeres de la colonia repartiéndolas en dos grupos: las que pretende poseer y las que le convienen como esposa. En este último saco mete a las más tontas, sumisas y calladas que conoce, pues en realidad desea ocupar su tiempo a pleno rendimiento disfrutando del primer grupo. Se muestra ansioso por mostrar su poder a todas las damas, darles a entender que si ceden a sus requerimientos, serán a su vez bendecidas por la púrpura del futuro corregidor. El pobre diablo no se da cuenta de que si tiene una oportunidad de suceder a su padre, es porque a este lugar no hay nadie que ambicione venir, y que, aun así, muy generoso ha de andar el cabildo para apoyarle algún día. Pero mientras cae del guindo, Felipe se pasea satisfecho por las calles de la ciudad clasificando a las hembras en los dos bandos y olvidándolo al instante.

Y hoy ve pasar, elegante, brillante a la luz del día, protegida por una coqueta sombrilla que no impide apreciar la picardía de sus ojos, a Isabel de Osuna, con sus quince lozanos años más exuberantes que nunca. Felipe Aguilar se queda pensativo, no sabiendo a ciencia cierta en dónde clasificar a esa dama a la que nunca antes había visto fuera de su hacienda, a pleno sol. La acompaña un soldado con cara de niña que parece ejercer de siervo, cargando las compras de la muchacha y el mayor de sus desprecios.

Recuperada la energía después de los ataques de sus demonios, Isabel ha vuelto a la calle, y con la alegría de no tener que disfrazarse. No se ha dignado a mirar a Blas en toda la mañana, al menos directamente, sino que ha aprovechado algún momento disimulado para disfrutar de la rabia contenida que el chico exuda por todos sus poros. Se lo merece; un soldado, un villano como él, no tiene derecho a mostrarse como un igual ante ella. Por mucho que le haya salvado de la vergüenza de su desmayo público, Isabel siente que no le debe nada, que cada uno estuvo en el lugar que le correspondía, y que, en todo caso, fue él el que se adentró donde no debía galanteando burlescamente. No es que no le guste; es que no se gana a una dama como ella marcando el paso. Las normas las pone ella.

El encuentro con Felipe es en cierto modo inevitable. Se han visto desde bastante lejos y no hay forma de esconderse.

—Ya tengo edad para moverme a mi antojo; y de todas formas, me han puesto un vigilante.

Felipe mira con indiferencia a Blas, dos pasos detrás de ellos, y vuelve a los ojos de Isabel.

—Entonces podréis acompañarme en mi paseo por la ciudad. Me gustaría mostraros la nueva silla de montar que he encargado al talabartero.

—Excusadme ante el talabartero, señor, pero el escaso tiempo que me es permitido ser libre tengo que aprovecharlo al máximo y aún tengo muchos encargos para la casa.

—No os preocupéis. —Felipe trata de ocultar su decepción con una reverencia ridícula—. Estoy convencido de que pronto podremos disfrutar de otro momento juntos.

Isabel responde con una galante inclinación y sigue su camino bajo la sombrilla. Al pasar junto a Blas, Felipe eleva su desprecio al nivel del asco.

—Ve más deprisa. Ni se te ocurra perderla de vista.

Blas se aleja de él acelerando para acercarse a Isabel.

—Se os ha notado mucho, mi señora. Deberíais aprender a disimular mejor.

—Cállate, insolente. No sabes nada.

—Decidme que no os repele ese caballero.

—No me repele.

—Solo os asquea.

Isabel deja escapar una risita.

—Yo tenía razón.

—No tienes razón.

—Le he visto alguna vez en el cuartel. Es el hijo del corregidor. De seguro es un buen partido.

—Esta no es una conversación para ti.

—Seguro que os propondrá matrimonio algún día, si es que no lo ha hecho ya.

—O te callas o se lo digo a mi madre.

—¿Qué vais a decirle? «Madre, el soldado está seguro de que el hijo de Aguilar pedirá mi mano, y quiero que le castigáis por imaginar tan horrible perspectiva».

—No estoy oyéndote.

—«Madre, castigad a este soldado por decir mentiras. ¡Yo no odio a ese enano despreciable!».

Isabel se adelanta unos pasos para alejarse de Blas y, de paso, así reír abiertamente sin que el muchacho la oiga.

Resultaba algo molesto que el capitán Trujillo tirara siempre de ella cuando las situaciones se apartaban de lo estrictamente militar. Juana estaba impaciente por acudir a la iglesia a levantar la lápida del suelo, pero un acontecimiento completamente diferente la retuvo en el cuartel.

Ana Galinda, panadera hija de panaderos, entra y sale de las murallas asiduamente en busca de buenos precios para la harina de maíz en algunos puestos del puerto. Ayer surgió un imprevisto, pues parte de sus reservas se habían echado a perder por la humedad, así que tuvo que salir a última hora al arrabal a buscar unos sacos de harina para salir del paso. Pero la búsqueda se alargó demasiado y le pilló la oscuridad. Se apresuró a volver a la muralla sin haber conseguido nada. No temió por la entrada en la ciudad, pues seguro encontraría en la puerta a alguien conocido, pero le inquietaba cruzarse con las sombras de la noche en el camino. Ya tenía a la vista



las antorchas de la muralla cuando una mano grande y poderosa la inmovilizó y tiró de ella. Trató de resistirse, pero fue imposible, y aunque chilló y pataleó, la calle parecía quedarse más desierta cuantas más voces daba. La sombra poderosa la retuvo con dureza y rebuscó entre sus ropas hasta encontrar la carne. El resto fue dolor, asco y lágrimas.

Otro hombre, igualmente grande, apartó al primero cuando todo hubo acabado y se lo llevó en la oscuridad. Ana Galinda volvió al interior de la muralla unos minutos más tarde, tapándose la camisa desgarrada con las manos ya que había perdido el chal no sabía dónde.

El chal fue precisamente lo que dio la pista a Bienvenida Petre, su madre, de que algo no iba bien. ¿Dónde lo perdiste? ¿Por qué está rota la camisa? Ana Galinda estaba muerta de la vergüenza y no quería salir de su camastro. Pero Bienvenida, poseedora de un carácter encendido y agreste, la sacudió hasta sacarle la verdad. De vergüenza nada, había que presentarse ante las autoridades a exigir una reparación. Nadie devolvería la inocencia a su hija, pero encontrar y castigar al culpable le otorgaría cierto consuelo. No hubo en el cuartel quien parara a esa madre hasta que llegó al capitán, y este, avasallado, se apoyó en Páter Penumbra para tratar de amortiguar sus venablos.

—Es una vergüenza. Estamos rodeados de abusadores y asesinos. No hay otro tesoro para una mujer que no sea su virtud. ¿Quién se la va a devolver a mi hija? ¿Dónde está el que se la ha robado? Subiré hasta el corregidor si es necesario para reclamar un desagravio. Que encima un indio sea el que ha mancillado a mi hija...

—¿Podría reconocerlo?

Ana Galinda, sentada detrás de su madre, niega con la cabeza.

—¿Cómo sabéis entonces que ha sido un indio?

—Fue en el arrabal, donde están todos esos.

—En el arrabal no solo viven indios, señora.

—No me vengáis ahora con la inocencia de los salvajes. Lo que hay ahí afuera es un peligro para la colonia.

—Dejad hablar a vuestra hija. ¿Hay algo que recuerdes de quien os ha hecho esto?

—El manto.

—¿Cómo era?

—Olía. Hay una especia picante que usan ellos. Nadie dentro de la muralla come con ese sabor a fuego. Ese hombre tenía un manto grande, que le tapaba por completo. Me dejó envuelta con ese olor, se me metió dentro y no soy capaz de quitármelo...

—Basta, hija, no sufras más. —Juana acaricia el cabello a Ana Galinda, que llora arrugando la barbilla. Trujillo se siente empujado a intervenir.

—Señora, haremos lo posible...

—No son palabras lo que estas mujeres necesitan, capitán. —Juana le interrumpe

decidida, y se dirige a Bienvenida, asumiendo su indignación—: No os preocupéis. Tendréis una reparación lo antes posible. Mientras tanto, os pongo en manos de nuestro sacristán don Francisco Galbón. Aliviad con él vuestras almas hasta que el capitán restituya vuestro honor.

En cuanto se quedan solos, Juana mira fijamente a Trujillo.

—Solo veo a un indio capaz de este atrevimiento.

—Yo también estaba pensando en él.

—De paso nos servirá para presionarle. El otro día no nos dijo todo lo que sabe, y cuantas más noches pase en la cárcel, más nos contará.

—Estoy de acuerdo. Acudiré yo en persona a capturarlo.

—Permitidme que retenga a este soldado —pide Juana, señalando a Simón, que esperaba en la puerta— para efectuar la exhumación de Ignacio Irrazu.

—Adelante. Nos vemos a la noche.

—Yo voy a buscar los aperos, padre Fiz, si no os importa —se apresura Simón.

El capitán y el soldado salen de la estancia con direcciones diversas. Trujillo, a seleccionar la patrulla con la que hará su ataque sorpresa. Simón, a colarse por la puerta del patio hacia la plaza, donde un indio pordiosero deja pasar las horas bajo una columna de los soportales. Simón Lobato va hacia él con la moneda más pequeña que encuentra en sus bragas y en cuanto la pone en su mano, el mendigo se levanta apresurado abandonando su puesto y desapareciendo calle abajo picando la piedra del suelo con su muleta.

Trujillo, el Flecha, el Barquero y otro puñado de los suyos salieron a galope de la muralla, dividiéndose al entrar en el arrabal para llegar hasta el puerto por diferentes accesos y evitar que Palito y los suyos pudieran disolverse en la maraña de callejuelas como sucedió la primera vez. Esta vez aparecieron por sorpresa en la plaza. Se sembró el terror al ver llegar como por ensalmo tanto caballo y desde tantos sitios distintos. Fueron directos al granero donde toda la banda pasaba el día al sol y Trujillo paró su caballo ante el portón empuñando su espada al mismo tiempo que descabalgaba, con un gesto furioso que desarmaba por sí solo todas las defensas.

Pero en el interior no les esperan más que los cuerpos drogados y el olor reconcentrado que habitan allí parasitarios. Ni rastro de Palito ni de ninguno de sus hombres. La vieja que echa agua asentando el suelo les mira con indiferencia y sigue a lo suyo dándoles la espalda. Tres o cuatro prostitutas se derraman de sus camastros para mostrar sus pies desnudos con inmensa pereza. Trujillo aguanta un minuto allí, mirando de hito en hito, para darse la vuelta con furia redoblada.

Sale con velocidad hasta su caballo, monta y echa una última mirada al granero con la seguridad de que se la han jugado. Antes de espolear a su bestia, toma impulso y lanza un gargajo al suelo que casi impacta en el indio pordiosero que reposa en la puerta.

La girola detrás del altar nunca ha estado más iluminada. Atravesada por estrechos ventanales de bastas vidrieras, esa zona de la iglesia se presta al recogimiento o a la conspiración, según las aficiones de cada cual. En todo caso, no es lugar donde leer apaciblemente un libro. Por regla general está oscuro y vacío como el cántaro de un borracho, y la única oferta de descanso son unos reclinatorios para arrodillarse ante las distintas figuras. Juana había mandado traer decenas de antorchas para poder operar bien ante la lápida del difunto Ignacio Irrazu y no deja de dar vueltas por la nave dando órdenes a unos y otros, sintiendo la mirada vigilante de Sabino Irrazu y Sancho Manosprietas sobre sus hombros. El hermano del difunto es un cirio más en la iglesia, rígido y encendido. No se mueve de una columna policromada que se descascarilla al apoyarse, tan concentrado en el jesuita que no se da cuenta del pequeño campo nevado que está sembrando bajo sus pies. Manosprietas, en cambio, es un manojo de nervios, repleto de tics y de repeinados con la manita, como temiendo que un cabello rebelde le hiciera parecer más ridículo todavía. Tres soldados les rodean sin moverse, y el quinteto contrasta con la movilidad del resto, que se afana alrededor del rectángulo del suelo con el nombre grabado de Ignacio Irrazu y sus méritos como militar y héroe de la colonia. El sacristán Fernando Galbón deambula por allí dando pequeños pasitos, sin saber qué pensar exactamente del asunto. Por su parte, el párroco don Marcelino se refugia en sus aposentos, desentendido de todo este jaleo una vez que supo que Fiz de Talaván estaba al frente.

Sobre la lápida ya trabaja el maestro cantero, intentando por todos los medios romper el cemento alrededor sin destrozar su obra, que ni siquiera había llegado a rematar. A su lado, Simón Lobato aguarda con un hierro para hacer palanca.

—Vamos, que es para hoy —rumia Simón con cierta impaciencia.

—Este es un trabajo de semanas. No puede romperse en cinco minutos.

—Como sigáis así, maese Piedras, tardaremos también semanas en abrirlo, y lo único que encontraremos del muerto serán las letrujas que habéis escrito con su nombre.

—Id a burlaros de otro y dejadme hacer.

Simón mira a Juana resignado. Esta le anima con la mirada y Simón aprovecha que el maestro se levanta a por herramientas para clavar con fuerza su hierro en el hueco entre los bloques. Para cuando aquel vuelve alarmado, la gran piedra ya está separándose del suelo entre crujidos de cemento y piezas rotas.

—¡Pero quién te ha mandado, desgraciado!

—Dejadle actuar, señor —interviene Juana—, el corregidor en persona os encargará una lápida nueva.

—Y luego vendrá Manosprietas a regatearme el precio. ¡Este era un trabajo bien hecho!

—Ni que lo digáis. ¡Cómo pesa! —bufa Simón—. Dejad de llorar y ayudadme con la losa...

Simón ha conseguido meter la palanca completamente bajo la piedra y ahora

requiere de manos para apartarla. El maestro y algunos soldados tiran de ella con esfuerzo y la sueltan a un lado con estruendo, entre maldiciones del cantero.

—No blasfeméis, maestro. Recordad que estamos en lugar sagrado —recrimina Juana al mismo tiempo que se acerca a ver el interior. Simón se apresura a levantar la tapa de madera del ataúd que ocupa la totalidad del hueco, pero Juana le para con un gesto—. Roguemos a Dios por su alma.

Se arrodilla ceremoniosamente paralizándolo a todos y sorprendiendo al propio Sabino Irrazu, que también se acercaba a fiscalizar lo que se hacía con su hermano. Simón intercambia una mirada irónica con Juana, que responde con un gesto serio conminándole a mantener la compostura. Tampoco es que ella lleve la actuación hasta el final, pues pasado un minuto se levanta decidida a continuar, sorprendiendo esta vez a Francisco Galbón, que había comenzado en alto un sentido padrenuestro y se queda con la palabra en la boca. Simón golpea con el hierro el candado que cierra el ataúd en un lateral y después baja de un salto al interior para abrir la tapa con sus propias manos.

—Qué desparpajo —susurra Juana por lo bajini—. Cualquiera diría que ya has hecho esto más veces, truhán.

—No sé cómo podéis pensar eso de mí, padre. Allá vamos.

Y Simón levanta la tapa. Un hedor sólido y opaco les unta rodeándoles con lentitud de serpiente. Otra vez la náusea, piensa Juana, el olor de la violencia y de los hombres que matan a los hombres. Juana hace una seña para que los soldados acerquen las antorchas. La luz se asoma al interior con cierta timidez para saludar al cuerpo oscurecido y desfigurado de Ignacio Irrazu, envuelto de forma elaborada por un lienzo de rico bordado. Juana baja junto a Simón y aparta el lienzo para entrever el interior. Se vuelve a Sabino.

—No vestisteis de gala a vuestro hermano.

—Hice yo solo la preparación del cadáver, y no tuve la habilidad de vestirle. Preferí usar un lienzo traído del ajuar de nuestra madre, a la cual apreciábamos mucho.

—Me alegro mucho por vuestra elección, señor mío. Me quita mucho trabajo. — Y se gira de nuevo ante el cadáver. Sabino se indigna ante el desdén hacia sus sentimientos.

El rostro del cadáver muestra un rictus atropellado, como si hubiera muerto en el momento de decir algo. La piel tiene aún zonas amarillentas, pero ha tornado en su mayoría a un color caramelo. Juana se acerca a la frente, donde no hay el menor rasguño. Abre la sábana descubriendo el pecho, surcado por marcas en forma de círculos sobre la piel acartonada. Busca en los brazos, en las piernas, pero no hay ninguna señal ni letras latinas. No es lo que Juana esperaba. Se aparta hacia atrás con desconcierto. Sabino aprovecha adelantándose hasta el borde mismo del agujero.

—Creo que ya habéis visto lo que queríais, padre. ¿Podemos acabar con esta atrocidad y devolver a mi hermano al mundo de los muertos?

—No, no he visto lo que quería, caballero. Pero tenéis razón, no hay más que podamos hacer aquí.

Juana siente la mirada terrible de Sabino desde el borde de la tumba, justo en el lugar donde ella debería encaramarse para subir. Él se da cuenta y alarga la mano para ayudarla. Ella la acepta, se apoya en un saliente y sale del agujero, echando una última mirada al cadáver.

—Hicisteis un buen trabajo con la mortaja, señor. Debió de ser muy duro para vos.

—Cuanto antes cerremos esta tumba mejor para todos.

—Simón, cúbrele con la mortaja y cierra el ataúd de nuevo.

Juana se aleja de allí mientras Sabino permanece vigilante. Pero antes de salir a la oscuridad de la nave central, las últimas palabras de Sabino le golpean la cabeza, al igual que sus pasos rebotan en la bóveda. Vuelve atrás interceptando a Simón antes de que salga de la tumba.

—¡Esperad! Simón, abre de nuevo la tapa.

Sabino se gira hacia ella sin poder creer lo que oye. Los demás simplemente están aterrorizados.

—¡Padre, os habéis vuelto loco! ¿Qué pretendéis ahora? —Manosprietas ruega moviendo mucho sus manitas.

—Perdonadme. Solo será un momento. Vamos a sacar al muerto aquí afuera.

—Debería haberlo pensado antes, pero me cegaba nuestra primera experiencia. En realidad, el asesino no tenía por qué haber escrito su mensaje en el mismo lugar, si es que lo había hecho. De hecho, aunque hay elementos similares, también hay considerables diferencias entre ambas muertes. Irrazu no apareció en un árbol, sino en la muralla; tenía amputadas las manos, cuando en el otro caso fue una oreja, etcétera.

Juana reflexiona en alto dando paseillos cortos por la estancia. El capitán Trujillo ha venido a la vieja panadería del palacio de San Telmo después de su frustrada excursión al arrabal. Quería saber de primera mano cómo había ido todo en la iglesia. Le costó conseguir que el padre Fiz accediera a dejarle entrar en su espacio privado, pero él necesitaba salir del cuartel para perder de vista a sus frustrados soldados, y en realidad Páter Penumbra también tenía buenas razones para permitirle pasar.

—Sabino Irrazu gritó y pataleó, tendríais que haberle visto. Hasta sacó la espada amenazando a quien quisiera tocar el cuerpo de su hermano. Pero creo que mostré determinación suficiente, pues no me cortó en dos pedazos, sino que se apartó y golpeó la lápida con el acero haciéndole saltar chispas, a la piedra y también al cantero.

—Vuestra fama, padre Fiz, va a traspasar los límites de lo mitológico. —Trujillo ríe imaginando al inflado Sabino rabiando de esquina a esquina. Entonces cae en la

cuenta de que es la primera vez que se ríe desde que llegó a la colonia; más aún, es la primera vez que se ríe con el jesuita endemoniado este.

Juana tiene la misma sensación y corta su sonrisa automáticamente. Carraspea y vuelve a pasear en círculos recuperando el hilo olvidado en el aire.

—Con sumo cuidado, los soldados alzaron la mortaja hasta el suelo de la iglesia. Hay que reconocer que el maestro cantero había hecho un buen trabajo sellando la cámara: no había restos ni de humedad ni de gusanos, y el cuerpo, aunque bastante descompuesto por dentro, conservaba un extraordinario aspecto exterior.

—Vuestra concepción de la belleza me deja perplejo, padre.

—Científicamente hablando, ha sido una suerte, enseguida sabréis por qué. Abrimos el lienzo con cuidado, porque los humores que habían ido saliendo de su cuerpo con la descomposición habían pegado la tela a su piel, y esta era lo que más me interesaba mantener intacta. Sabino Irrazu no dejaba de protestar mientras desnudábamos a su hermano, pero aun así no nos detuvimos en nuestro propósito. Con mis propias manos desarrollé el cadáver por las piernas y di la orden que estaba deseando desde hacía rato: dar la vuelta al cuerpo.

—Qué valor. ¿Estáis seguro de que todo esto no es pecado?

—Lo revisaré con mis superiores cuando me hayáis sacado de aquí, capitán, lo cual espero que suceda pronto. Lo cierto es que provoqué una pequeña... situación desagradable.

—¿Y eso?

—Al girar el cuerpo, las manos del muerto cayeron golpeando en el suelo. Os recuerdo que le fueron amputadas. Todos los presentes lanzaron un grito y dieron un paso atrás. Miré las caras de todos y entendí que había cometido un error dejando venir a tanta gente a este acto. Se podía ver el terror penetrando por sus ojos. Y, para mi desgracia, no fue la última vez que lo pensé.

—A mí también me hubiera dado un buen susto.

—Cuando quité el lienzo de la espalda todo fue a peor, creedme. Me maldije por haber insistido y por tener razón en mis sospechas. Ignacio Irrazu tenía grabada una sentencia en su espalda, a cuchillo como los otros.

—¿Era la frase aquella del fuego...?

—No. Decía: *Mihi vindicta*. «Mía es la venganza». Lo escribe Pablo en su Epístola a los Romanos, citando a su vez el Deuteronomio. Lo he estado buscando hace un rato aquí mismo. «Mía es la venganza», y continúa: «Yo daré el pago merecido».

—Diantre. Lo siento por San Pablo, pero suena fatal.

—No os podéis imaginar el efecto que causó en todos esos soldados solo iluminados por la luz de las antorchas. Esta noche no habrá otra conversación en toda la colonia.

—¿Y Sabino por qué no había dicho nada de esto?

—Fue al primero que miré al descubrir las letras. Y aquí hay un hecho

sorprendente, aún más que todo lo ya visto. Negó con la cabeza y después corroboró de palabra: «Eso no estaba cuando lo amortajé», dijo muy serio. «Señor de Irrazu — contesté lo más gravemente que pude—, ¿me estáis jurando que estas letras no se hallaban en el cuerpo cuando vos lo metisteis en el ataúd?». «Os juro por el alma de mi hermano, que yace ahí mismo, que no tenía tales marcas». Y de inmediato, el mamarracho de Sancho Manosprietas se arrodilló con un grito de terror sobreactuado a la voz de «¡El demoniooo, el demonio nos ha maldecido!», y todos los valientes soldados presentes se deshicieron allí mismo como manteca en el fuego.

Y Juana se acerca al brasero y lo atiza con la badila. El capitán no se atreve a reconocer que está también impresionado, así que tarda un poco en articular su pregunta.

—Padre Fiz, ¿nos enfrentamos con algo sobrenatural entonces?

Juana le mira sorprendida, y de repente estalla en una risa soberbia.

—Vamos, capitán, ¿vos también? No hay nada sobrenatural en esto. A menos que ahora los espíritus y los demonios hayan aprendido a escribir latín.

—No sé si estoy para bromear...

—Ya puestos, ¿por qué no mandar sus mensajes directamente en castellano? Así todo el mundo se daría por enterado más fácilmente, ¿no creéis?

—De acuerdo, ya habéis hecho burla de mí, como de costumbre. Ahora decidme: ¿cómo explicáis el prodigio? ¿Otro hombre profanó la tumba antes que vos?

—¿Por qué tomarse la molestia de profanar la tumba sin saber si alguien iba a levantar el cadáver después? Incluso si el autor fuera el demonio, estaréis conmigo en que la idea es peregrina... Todo es mucho más sencillo. El asesino grabó su mensaje al matar a Ignacio Irrazu, igual que hizo con Germán de Val, pues en ambos casos quería ser leído en el momento. Esta vez con poco éxito: nuestro ínclito Sabino Irrazu fue el único en verlo; de hecho, Sabino Irrazu fue el que amortajó el cadáver. Ergo Sabino Irrazu miente.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—*Mihi vindicta, ego retribuam*. El Señor prohíbe a los hombres que sean ellos los que se cobren venganza por sus pleitos y se otorga a sí mismo la potestad de impartir justicia. Eso mismo hace nuestro asesino, invistiéndose de poder divino. Tiene un alto concepto de sí mismo, ¿no os parece?

—Llamadme zote, padre. Es difícil seguiros.

—Perdonadme que divague, ya volveremos sobre esto. Quedémonos con la idea de la venganza. Como decía, aceptemos que Sabino, aunque sea un caballero, miente. La muerte de Ignacio es en sí misma una venganza y el mensaje así lo atestigua. Si el asesinato es una venganza y Sabino nos lo oculta, Sabino sabe el porqué de esa venganza.

—¿Se lo habéis preguntado?

—Imposible delante de tanta gente. Ya habrá oportunidad. Fijaos en la importancia de la ocultación. Sabino sabe que el móvil de los asesinatos es la

venganza, Sabino nos miente, ergo Sabino, su hermano y al menos Germán de Val hicieron algo que es preciso ocultar. —Juana golpea los troncos del brasero con la badila, haciendo saltar chispas ante sus ojos. Mira al capitán gravemente—. Y añadiría algo más: desde hoy somos un problema para Sabino. El cabildo, el cuartel en general, no son ambientes donde podamos estar seguros, capitán. Así que a partir de ahora seréis bienvenido en esta humilde panadería para todas nuestras disquisiciones futuras.

Las pupilas de Marina brillan casi tanto como el pequeño pedazo de esmeralda entre los dedos de Simón. Están rodeados de gente, pero para ellos dos es ruido de fondo, como el chisporroteo de la leña ardiendo.

—¿Y había más?

—Aquí iba a estar yo. Esta piedra es la única que cayó de la estatua con los porrazos del Pitera, y después de lo que le pasó a él, no iba yo a tocar más. No es que me diera miedo, pero tenía al niño en brazos, aterrado y...

—Cuéntale a tu abuela ese cuento, mamarracho. Estabas muerto de miedo.

—Pues sí, ¿algún problema? Allí te quería ver yo, con esas trampas y esos dibujos hechos con sangre en las paredes. Claro que daba miedo.

—No te enfades conmigo, pajarito, que solo te estaba embromando. No hay muchos aquí que se atrevieran a hacer lo que tú has hecho. ¿Qué ganabas tú salvando al niño ese?

Simón se echa hacia atrás y mira alrededor. Cualquiera en la casa azul habría dado media vuelta al ver al Pitera atravesado por la trampa. Bastaba con volver y decir que no había nadie en el templo. ¿Quién iba a subir a comprobarlo? Pero no lo hizo. Continuó adelante y salvó al muchacho poniendo en riesgo su vida. Si él perteneciera a otra clase, a eso lo llamarían un acto de honor. Pero él se puso colorado solo de pensar que a un villano analfabeto como él pudiera atribuírsele tal cosa. Disimuló su rubor con una sonrisa cínica y tomó la jarra de vino.

—Gané esta esmeralda... y conservé la mano que la sujeta.

Marina no es tonta y conoce a los hombres. Le sonrío tiernamente y baja su mano despacio y suave sobre la de él. Simón se acerca para hablarle bajito.

—Pero esto que te he contado solo lo sabes tú. Me he cuidado de decir que he visto figuras bañadas en oro o que me he traído este pedrusco de allí arriba. Todos estos desgraciados saldrían como locos sin temer a la muerte en busca de figuritas de piedra por la selva. —Y ahora Simón casi se pega a los labios de Marina—. Mira tú, toda una vida burlándote de los buscadores de fortuna y ahora estás sentada ante el único loco que sabe que todas esas leyendas son ciertas.

Marina bebe el aliento de él, huele su carne y se moja los labios con la lengua.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Sondear entre los indios, arrejuntar algo de dinero para mulas y aparejos.



Esperar mi oportunidad. ¿Y tú? ¿Cuál es tu plan de vida?

—A ti te lo voy a contar. —Marina retira la mano sonriendo. Pero ella también se protege detrás de la risa.

—¿A quién si no?

Marina lo piensa. Parece dispuesta a hablar. En ese instante, una chavala pecosa, del grupo más zafio de la Bejarana, viene a susurrarle algo al oído. Ella mira a su cuarto, y Simón, guiado por sus ojos, conduce también su mirada hacia allí. Vuelve a Marina, emocionado y confuso. Ella le acaricia la mano de nuevo, chasqueando.

—Algún día te lo ganarás. No hoy, soldado.

Ella se levanta y se dirige a su cuarto sin volver la mirada. Solo en la puerta vuelve la vista a él, que le aparta la mirada resentido. Ella niega y entra. Simón apura su bebida y se va.

El hedor de las tripas pútridas de Ignacio Irrazu, liberado de su tumba, recorrió una por una las casas de la colonia y allende las murallas, llevando consigo las terribles palabras de venganza de boca en boca. El terror al nombrarlas impedía bendecir la mesa en las cenas de los hidalgos y rebosaba de rosarios los hogares más pobres. La noche, la soledad, la montaña, todo empujaba al pueblo entero a creer en la maldición del demonio que desde el infierno robaba las palabras al mismísimo Dios y proclamaba la venganza sobre los pecadores de toda especie. Si alguien tan aguerrido y virtuoso como Ignacio Irrazu era señalado por la maldición, ¿qué no caería sobre las demás almas de la colonia? Unos temían dormir por no despertarse con terribles marcas en su barriga o en la frente; otros se arrepentían y confesaban en voz alta pecados de pensamiento, palabra y obra. Muchos no querían volver a pecar esta noche, no fuera a ser que se abriera a sus pies una fosa con vía directa hacia el infierno. Y otros cuantos, como de costumbre, se daban al vino, a la pendencia, al puterío y la canalla a sabiendas de que no iba a librarles ya nadie del infierno.

Al patio de la hacienda del Oso ha llegado también el *Mihi vindicta*. En cuchicheos primero y a coro de grullas después, no hay otra conversación entre las mujeres. Esta vez hubo quórum de parroquianas, ninguna quería perderse la reunión de hoy, aunque por el camino las acuchillaran veinte veces. Las informaciones se cruzaban y amplificaban según avanzaba la velada, aderezadas por invenciones de todo tipo y exageración. Si el asesino soñó algún día con aterrorizar a la colonia, no podría encontrar mejor reverberación que este patio de voces estridentes.

Y sin embargo, solo un piso más arriba, no parecía que aquello tuviera el más mínimo interés. Blas observa todo el trajín sentado en la balconada que da al patio con aspecto cansado, mientras Isabel y Leonor leen poemas y se ríen por lo bajini. Tras gastar todo el día haciendo de criado para la linda adolescente, un rato de cotilleo con

las supersticiones del ejército de doña Manuela es al menos un entretenimiento nuevo. Pero las risas de las chicas llevan de nuevo su interés hacia la estancia. Miran y remiran una página y se llevan los labios al oído de la otra para comentar y volver a reír.

—¿Puedo hacer algo por vuestras mercedes o me dais libertad para volver a la ciudad? —Pero Isabel no hace caso, concentrada en las burlas. Así que Blas se levanta de la balconada y entra en la estancia para repetir—: Imagino que no pensáis salir más por hoy, señora. Si me lo permitís, voy a marcharme.

—¿Estáis impaciente por volver con vuestro Páter Penumbra al cuartel? —pregunta Leonorcita, maliciosa.

—Quizá deberíais haberos hecho religioso en lugar de soldado —apoya la otra.

—Sí, con esa carita de niña pega más con faldas que con uniforme...

Las dos ríen bobaliconas. Blas no se inmuta y permanece en el marco de la puerta impertérrito.

—A lo mejor tiene alma de poeta. Podíamos leerle esto. —Leonor le quita el libro de las manos a su hermana. Esta lo recupera.

—No osarás leerlo en alto. Como lo oiga nuestra madre nos encierra en la bodega. Dáselo a él.

—Si este ni siquiera sabrá leer.

Las dos le miran burlonas. Blas sigue inmóvil.

—Di, soldado —le reta Isabel—, ¿sabes leer?

Blas asiente con la cabeza.

—Toma. Pero hazlo en silencio.

Le ofrece el libro con el brazo estirado. Blas avanza dentro de la estancia y lo toma, aprovechando para alargar el dedo corazón hasta los de ella antes de que separe su mano. Isabel se ruboriza al instante y se siente estúpida por haberle ofrecido esta oportunidad de tocarla, pero disimula y no hace nada. Leonor no se da cuenta, pendiente únicamente de la reacción de Blas al leer el poema. Pero este no manifiesta emoción alguna, ni rubor ni vergüenza.

—¿Y? ¿No dices nada?

—Es un gran poema.

—¡Pero qué dices! ¡Son todo guarrerías! —Leonor se indigna, pero ríe al mismo tiempo.

—Niña, no sabéis nada. Este poema es muy bello, pero no tiene nada que ver con lo que vos estáis pensando.

—¿Y qué es lo que estamos pensando, según tú? —se atreve Isabel.

—En lo obvio. Un amor furtivo, una cita en un lugar solitario en medio de la noche, el amante dormido en el pecho de ella, el abandono después del éxtasis...

—¡No digáis esas cosas en alto! —Y mientras Isabel se alarma, Leonor corre hacia la puerta para ver si alguien espía la conversación.

—Sois demasiado jóvenes para saber nada del amor entre hombre y mujer.

Verdaderamente, vuestra madre debería castigaros en la bodega. Estoy pensando en decírselo.

—¡Ni se te ocurra, bellaco, o te degüello yo misma! —Leonor se pega a la puerta para evitar que salga.

—Decías, no obstante, que el poema no significa lo que parece —insiste Isabel.

—Es un poema místico que habla del encuentro con Dios después de haber abandonado los placeres mundanos. Pero quizá sois también demasiado jóvenes para comprender esto. Ni yo voy para cura ni vuestas mercedes para monjas, pero algo más de recato en vuestros pensamientos no vendría mal si queréis salvar vuestras almas. Quizá no soy yo el que debe acudir a las faldas de Páter Penumbra en busca de confesión.

Y Blas extiende el brazo para devolver el libro a Isabel, que le mira con una mezcla de admiración e indignación que la tiene colorada como un pimiento, ardiendo y con la respiración entrecortada. Mira el libro, alarga la mano, pero se corrige a mitad de camino y aparta la vista con el gesto más digno del que es capaz.

—Déjalo sobre la mesa.

Blas sonrío, hace una reverencia con la cabeza, deja el libro y se dirige a la puerta. Leonor se aparta enfurruñada y le deja salir.

—Este es imbécil —declara solemne al cerrar la puerta. Pero Isabel toma el libro de nuevo y concentra su mirada vacía en él. Tarda un rato en fijarse en que lo tiene del revés.

Al bajar a la primera planta, Blas camina decidido, tanto que no se fija en la arruga de una alfombra que le hace tropezar. Cae ante la puerta de una estancia entreabierta. Allí se aprecia al Oso quitándose un manto para meterlo en un baúl, a la sola luz de la hoguera. Al colocarlo saca tembloroso un trapo del fondo. Es un chal de mujer. Debió de traerlo enganchado alguna noche de estas, pero no lo recuerda. Nervioso, lo lanza rápidamente a la hoguera. En ese momento la puerta se abre del todo, mostrando ante Blas la silueta imponente de un hombre de pelo rapado y barba que ocupa casi la totalidad del vano.

—¿Qué haces ahí, muchacho?

—He tropezado con la alfombra al bajar la escalera —responde Blas apresurado poniéndose en pie y cuadrándose como por instinto.

—Déjalo ir, Cerbero —se oye la voz del Oso desde la estancia.

—Márchate de una vez —escupe la silueta antes de salir al exterior por otra puerta del cuarto.

Blas mira el chal arder antes de continuar avanzando por el pasillo. La estancia queda solo habitada por el Oso hibernando y un pesado olor a picante.

22 de junio

El miedo de la noche se transforma en pavor a la mañana siguiente.

Juana sale del palacio de San Telmo volcando la capucha sobre su cabeza camino del cuartel. Pero tiene que pararse ante el espectáculo. Decenas de rostros congelados ante la puerta del palacio parecen buscar respuestas a lo imposible. Por un momento piensa que esperan la apertura de la iglesia para la misa o algún tipo de dádiva del sacristán. Pero no; permanecen atenzados por el miedo observando todos un mismo punto. Entonces Juana hace el movimiento inconsciente de llevar su mirada al lugar donde todos miran.

Sobre la pared, en letras rojas que podrían ser sangre, como si no sobrara suficiente leña en este fuego, se puede leer la sentencia que toda la colonia ya conoce de memoria:

*MIHI VINDICTA. EGO RETRIBUAM*

Por qué no iría yo sola a desenterrar al muerto, piensa Juana. Pero no le da tiempo a pensar mucho más. La multitud en la plaza acaba de darse cuenta de que ella ha salido y, como un golpe de la marea, todos a una, se arrodillan en sumisión devota. De todas las pruebas sacrílegas que le ha puesto el demonio en su camino, esta es la más complicada de todas.

Hoy Páter Penumbra se convierte en la única esperanza de San Sebastián de la Ciénaga.

# PARTE III

*ERITIS SICUT DII*

(SERÉIS COMO DIOSES)

—¿Esa es la mujer de la que me habéis hablado?

Blas señala discretamente a Bienvenida Petre, apostada en el soportal mirándoles pasar. Juana afirma según se van acercando.

—Sí. Es terca la señora. No se ha movido de la puerta desde que nos comprometimos a hacer justicia. Me mira ansiosa cada vez que paso por aquí y ya no sé qué decirle. —Y al llegar a su altura le hace la señal de la cruz—. No me olvido de ti, Bienvenida. Vete en paz.

La madre esperanzada se ha levantado fugazmente y ahora, decepcionada, vuelve a sentarse mascullando algún mohín resentido. Blas y Juana entran en el palacio de San Telmo.

—Padre, con lo que me habéis contado sobre esa chica ultrajada... quizá tenga alguna información que daros. Que Dios me castigue si mi intención no fuera noble, no quiero mancillar un buen nombre sembrando una sospecha infundada, pero creo que vos debéis juzgar...

Juana había contado a Blas el drama de Ana Galinda y su sospecha de que el autor podía darles muchas preocupaciones. Con el terror generalizado en la colonia, muchos eran los que venían a contar anécdotas, presunciones o chivatazos del más variado pelaje. Uno de los que más se repetía era la imagen de dos hombres de gran tamaño, envueltos en capas, que circulan entre las sombras de la noche por la colonia y el arrabal. Otras quejas hubo sobre mujeres acosadas que habían conseguido escapar de estas dos sombras. Juana quería separar unas cosas de otras, pero era inevitable unir fantasmas en la noche y ella misma se sentía tentada de hacerlo.

Blas le cuenta a Juana la extraña situación vivida en los pasillos de la hacienda del Oso camino de la panadería. Ella no quiere dejarse influir por esa anécdota tan casual, pero el nerviosismo de Osuna al quemar el chal en la hoguera le genera sensaciones incómodas.

—¿Y dices que guardaba la capa en un baúl en su despacho?

—Allí la metió. Al principio no lo pensé, de lo nervioso que estaba, pero luego me extrañó... No es un lugar donde guardar ropa.

—Y despedía un olor fuerte...

—Sí. Como cuando os sentáis a comer en una taberna al lado de los fogones.

Juana le mira sin saber responder.

—Perdonad. Vos no coméis en tabernas.

—Olvidemos este asunto de momento. Puedes dejar los aparejos sobre esa mesa.

Blas venía cargado con recado de escritura: plumas, tinta, secador y abultadas resmas de papel. Desde que Juana había decidido instaurar la panadería como centro de operaciones en lugar del cuartel, veía necesario instalarse de la manera más cómoda. Utilizó al muchacho para traer todo el material y ahora este admira con ojos bien abiertos la biblioteca semiescondida por lienzos en la gran pared.

—No podía imaginar que en esta ciudad hubiera libros como estos.

—Algún día me enteraré de cómo vinieron a parar aquí: amontonados en una habitación sin uso, cubiertos con un lienzo quién sabe si para ahorrarse limpiarlos o por vergüenza de mostrarlos. —Y recordando algo de lo que no puede hablar, añade —: Te aseguro que no es la primera vez que me encuentro esto. El cáncer de nuestro imperio, hijo mío, no es la incultura; es el desprecio por el saber.

—Trabajé en el archivo del cabildo al poco de llegar a la colonia, padre, y puedo argumentar lo mismo: cientos de libros amontonados sin que nadie hiciera caso de ellos. Bien es verdad que el señor Sancho ha mostrado mucho esfuerzo en este tiempo por mejorarlo todo, desde su cargo de regidor del cabildo...

—Tú eres un chico leído, Blas. Sírrete de esta biblioteca las veces que quieras. Me enorgullece ayudar al que busca conocer.

Juana le deja curiosear entre las pilas de libros mientras se dedica a ordenar todo el papelerío sobre la mesa. Al abrir el bote de tinta no puede evitar rascar sobre el papel unas letras que no consigue sacar de su cabeza.

*Osuna.*

Los papeles yacen ahora emborronados y llenos de anotaciones sin orden. La panadería ha oscurecido con el caer del día. El brasero ilumina en rojo parte de la estancia y del resto se encargan poderosas velas que se agitan como abanderados orgullosos al paso de Juana, que camina concentrada alrededor de la mesa, tomando y soltando un papel u otro. El capitán Trujillo asiste atento y silencioso al despliegue de sus pensamientos.

—Los hermanos Irrazu junto a Germán de Val hicieron algo reprobable que han preferido callar, aunque les haya costado el más alto precio. Hace un mes, Ignacio Irrazu fue encontrado en la muralla colgado con las manos cortadas y cubierto de marcas. Su hermano Sabino se encargó de amortajarle personalmente en un acto de amor fraternal, pero se me ocurre que este acto no dejó de ser también una ocultación. Sabino comprendió el motivo del asesinato, quizá al ver las plumas en la boca, o las manos cortadas, o al leer las palabras grabadas en la espalda. Cada una de estas señales funciona como un mensaje, pero nosotros aún no conocemos el código para interpretarlas. Sin embargo, Sabino sí tiene ese ingenio. Reconoció qué estaban queriendo decir y las ocultó conscientemente. Ventura, sin hablar de ello explícitamente, también conoce ese código. Hizo mención en una ocasión al Dios de

la Venganza, que vendría para dar su merecido a los que tienen culpas... Al mismo tiempo que insistía en que aquel seguiría con su labor, aunque Ventura se pudriera en el calabozo.

»Pero dejo este asunto pendiente y vuelvo a Sabino: su actitud desde entonces ha sido el silencio, aunque nunca podremos saber si algo habló con su cómplice Germán de Val. Seguramente no, pues este no parecía temer nada al venir con su mujer y su hijo desde su hacienda hace una semana. Como pudimos comprobar en aquel camino, ni siquiera vislumbraron el peligro al parar ante quien iba a asesinarles.

—¿Pensáis que conocían a su asesino?

—Es una hipótesis. Esa emboscada les cogió desprevenidos. Por cierto, os recuerdo que aún sobrevuela el misterio de los criados indios que desaparecieron. Conocemos a otro invitado en esa reunión: el Loco Ventura estaba allí; no sabemos si actuando o de espectador, pero fue el que se hizo cargo del muchacho, dejándolo con vida. ¿Qué clase de asesino sería tan cruel con el hidalgo y su mujer y al mismo tiempo tan misericordioso con el niño?

»Sabemos que Ventura lo traslada rápidamente al templo más cercano, donde se supone que esos indios “invisibles” se hacen cargo de él durante los días siguientes. En la hipótesis de que Ventura fuera el único asesino, debería haber llevado con él a los otros cadáveres hasta el templo y luego bajado a la colonia. ¿Por qué dejó allí al chico a salvo? ¿Formaba parte de una ofrenda a esos dioses profanos, una especie de sacrificio al estilo de Isaac? Si seguimos el otro hilo, el de la venganza contra los hidalgos, a mí me cuesta más trabajo entender el porqué de este acto piadoso con el pequeño. Si al menos el niño pudiera decirnos algo...

Juana se había atrevido esa mañana a llevar al pequeño Germancico a ver al Loco por una ventanilla. No tuvo reacción alguna. Ante las preguntas de si vio a Ventura hacerles algo a sus padres o si hubo alguna otra persona o qué hizo Ventura para llevarle al templo, el niño permaneció ante el ventanuco en silencio, como si mirara a la pared. El pobre seguía aislado de todo sentimiento. Solo se sintió reconfortado al volver a las caricias de doña Inés de la Vega. Juana estaba desconcertada. Tenía a dos piezas del enigma ante sí y no era capaz de descifrarlo...

—Decíais, padre, sobre el muchacho... —Trujillo se siente incómodo en el silencio suspendido de Juana.

—Sí... Volvamos a la cadena de hechos: Ventura, solo o en compañía de otros, lleva al pie de la muralla al matrimonio con los siniestros mensajes grabados en sus cuerpos: círculos e iniciales latinas en frente y extremidades. También pies rotos, oreja cortada, etc. Esta vez es el propio Ventura el mensajero, elevando la furia de su advertencia: «Fuego vine a echar sobre la tierra, y ojalá hubiera ardido ya entera». Si Ventura es el asesino, ¿por qué se expone así? ¿No teme por su vida? Él mismo declara que su cuerpo no le pertenece, que su dueño es otro... Pero nuevamente dejo este tema para más adelante y vuelvo a la primera pregunta: ¿por qué esta vez Ventura acude personalmente a anunciarnos las muertes?



—Porque la estrategia de lanzar un mensaje a toda la comunidad falló con Ignacio Irrazu. —El capitán habla con temor de estudiante tomando la lección.

—Correcto. Esta vez no quiere que nadie esconda su mensaje: quiere sembrar el terror no solo entre los culpables, sino en toda la colonia. Este asesino aprende de sus errores. Aunque parezca obra de salvajes, todo es una ceremonia macabra muy bien oficiada. Y respondo a la segunda pregunta: Ventura no tiene ningún temor a inmolarse por una causa mayor, como si él fuera parte de un engranaje, no quien mueve las piezas.

»Y aquí vuelvo a lo que había dejado de lado hasta ahora: el otro. Si Ventura es el culpable, si se ha entregado y no ha dado algunas claves, ¿por qué no nos dice el motivo de esta barbarie? Puede que sea simplemente porque es un loco y actúa sin ningún sentido...

Juana pasa su mano sobre la hoja de un libro abierto, pensativa.

—Quizá no pueda decirlo aún, porque queda trabajo por hacer, porque todavía no se ha culminado esa venganza. Puede que Ventura sea solo esa pieza en el engranaje de una maquinaria mayor, cuyo hacedor sea ese al que denomina el Amo. Sigo sin definir si ese personaje es un ser humano o solo un producto de su imaginación enferma... O un ser sobrenatural venido directamente del infierno. Mirad, me ha costado encontrarlo, pero he hallado algo entre los libros de esta panadería, fuente de tantas sorpresas. —Y ondea un pequeño volumen gastado—. Según ciertos escritos profanos, existiría un demonio para cada pecado capital: Asmodeo para la lujuria, Belcebú para la gula, Leviatán para la envidia, etcétera. Amón es el demonio de la ira. Cuando Ventura habla del Amo, une ambos términos. Es su dueño y también un ángel vengador. Tiene verdadero pavor a este... espíritu o como queráis llamarlo. Obedece su mandato y confía plenamente en que cumplirá su misión. Le da igual ser torturado o morir con tal de protegerlo. Y todos en La Ciénaga, desgraciadamente, están dispuestos a creer en eso antes que buscar a un culpable de carne y hueso. Después de una vida dedicada al estudio y la ciencia, capitán, no me puedo permitir creer en demonios que acuden al mundo de los vivos a vengarse de no sé qué.

—Bueno, Dios misericordioso vendrá a la Tierra a impartir justicia divina en el Último Día. ¿También eso lo ponéis en discusión?

No sabéis de qué manera, piensa Juana a punto de contestarle; pero prefiere mantenerse en su papel.

—Capitán, esas irreverencias algún día os costarán un disgusto...

—Perdonad, padre Fiz —ríe, guiñando un ojo—. Solo quiero haceros notar que mientras no haya explicación racional, es normal que el vulgo crea en maldiciones divinas.

—Os lo concedo —admite sonriendo—. Quizá es el momento de comenzar a creer en ello... Empero, mientras vienen los demonios del Hades, volvamos a la Tierra: me cuesta pensar en que Ventura haya hecho esto solo. Cuando no tiene a mano unas determinadas hierbas que le sirven de medicina, su comportamiento es

caótico y desordenado. Solo muestra pleno uso de su razón a chispazos. No creo que su lucidez tenga la suficiente continuidad para llevar adelante un plan tan meditado. Sí creo que es un cómplice necesario de toda esta masacre, que sabe más de lo que nos cuenta y que no podemos estar en sus manos si queremos desvelar este misterio.

»¿Dónde buscar entonces al asesino? En el pasado. Como defendí al desenterrar a Ignacio Irrazu, solo sabiendo el porqué de todo esto llegaremos al culpable verdadero. Esperemos que sea antes de que este nos alcance a nosotros golpeando de nuevo.

Juana se sume nuevamente en la penumbra del silencio. Trujillo, sentado en una butaca pegado a la pared, se muestra respetuoso y no la incomoda con preguntas. El capitán sigue el rastro del extraño sacerdote por la estancia. Su pensamiento le persigue como el humo del incienso.

*23 de junio*

—Pues liberémoslo.

La frase suena como una explosión en la sala del cabildo. El eco de la voz de Sabino golpea aún los oídos de los presentes, que no acaban de entender la propuesta.

—Si tan seguro estáis de que no es culpable, ¿para qué seguir dándole techo y comida indefinidamente?

Sabino llevaba días insistiendo en la necesidad de ejecutar cuanto antes a Ventura y acabar de una vez con las dudas y el terror desatados en la colonia. Fuera o no culpable, era una ejecución ejemplarizante. Dilatarlo toda esta semana no había hecho más que empeorar las cosas. Juana siempre defendía mantenerle con vida, pues más valía loco y parlanchín que muerto y callado para siempre. Y sin embargo ahora, en un giro sorprendente, Sabino proponía lo contrario, pero llevado al extremo.

—Perderemos nuestro único hilo con los asesinatos. —Trujillo avanza tratando de imponerse. Le extraña el silencio reflexivo del padre Fiz a su lado.

—No hemos podido demostrar su culpabilidad en una semana de interrogatorios de nuestro esforzado sacerdote.

—El mensaje en la pared demuestra que el culpable no está en los calabozos, sino campando por La Ciénaga.

Juana no deja de observar desde su rincón oscuro al Oso, que parece sumido en una turbación que le mantiene alejado de las discusiones.

—Yo solo tengo respuestas sobrenaturales para ese hecho terrible. —Manosprietas, a este paso, morirá de tembleque. Lleva varios días que no cesa en su revolver nervioso de manitas.

—Ese mensaje en la pared lo puede haber escrito cualquiera. —Trujillo desprecia al regidor—. De la exhumación del difunto Ignacio Irrazu no creo que saliera nadie guardando el secreto. La comidilla ha circulado como la mala hierba. Quien lo haya

hecho sin duda debe estar contento con su broma.

—Yo no lo creo así... —rezonga Manosprietas tímido.

—No hacemos más que esperar una absurda revelación por parte de un loco o de un niño enfermo. —Sabino quiere acabar de una vez con la discusión—. Y mientras, estamos a expensas de nuevos maleantes que llegan a la colonia.

Sembrando el terror donde ya existía el miedo, esa madrugada se habían producido asaltos en los caminos. Se sospechaba de un barco repleto de piratas y ladrones que había arribado a los manglares, donde permanecía escondido a poca distancia del arrabal.

—El pueblo necesita respuestas contundentes. Para eso trajimos a un capitán desde Panamá. —Sabino mira arrogante al militar.

—Capitán Trujillo —interviene don Lope Aguilar antes de que el aludido salte al cuello de Sabino—, necesitamos que conduzca su compañía a terminar con esos delincuentes rápidamente. Eso tranquilizará a todo el mundo.

—¡Pero es absurdo! —brama el capitán—. ¿Vamos a permitir que mientras tanto un loco sospechoso ande suelto por las calles?

—Un loco inofensivo, capitán. Le conocemos bien aquí. —Sabino es frío como el hierro mirando a Trujillo—. No hay motivo para que siga disfrutando de nuestra caridad.

—Padre Fiz, no puedo creer que estéis de acuerdo en esto, decidle al señor de Irrazu que es una locura, por Dios...

Pero Juana permanece en silencio, resignada. Trujillo se vuelve al corregidor.

—Dejadme ponerle al menos vigilancia. Que no sea que hayamos errado y se dedique a matar a más gente...

—Vos debéis olvidaros de ese hombre inofensivo y poner orden allá afuera en el arrabal. —El corregidor se muestra firme o aburrido del tema, por una vez—. La Ciénaga tiene que prosperar sobre la seguridad y el orden. Padre Fiz, os agradezco, como siempre, vuestro esfuerzo en busca de la verdad, pero no creo que se halle en el desgraciado Ventura.

Juana mira fugazmente a Sabino, al Oso y hace una reverencia con la cabeza al corregidor.

—He hecho todo lo posible por sacarle una declaración coherente, pero esa alma enferma ha perdido por completo el rumbo. Tengo que reconocer que la presencia del Loco Ventura en nuestros calabozos se ha hecho irrelevante.

Trujillo suda frío. Juana le mira buscando su complicidad. Una vez más hay algo que se le escapa.

El capitán resopla siguiendo a Juana por los corredores del cuartel. Su enfado le atraviesa el cuerpo colándose por las tragaderas que le han hecho aceptar la liberación del Loco. Juana en cambio está en plena excitación. Ni rastro de la sumisión

mostrada en la sala del cabildo.

—Por supuesto que Sabino no le considera inocente. A lo que no está dispuesto es a arriesgarse a que Ventura nos diga algo inconveniente para sus intereses.

—¿Creéis que va a aprovechar su libertad para tomarse la justicia por su cuenta?

—Desde luego, lo va a intentar. ¡Esa absurda apelación a que miréis para otro lado, buscando delincuentes en el arrabal! Tiene que sacar a Ventura de nuestra vigilancia para poder echarse sobre él de una vez por todas.

—No podemos permitir que eso suceda.

—No lo haremos. Os propongo que vigilemos secretamente a Sabino para saber cuáles son sus intenciones y evitar que se le vaya la mano. Es posible que actúe solo, como hizo al enterrar a su hermano. Menos ojos, menos testigos. Si conseguimos demostrar sus malas intenciones, a lo mejor nos confiesa qué fue aquello que hicieron tan horrible. —Y levantando la mano como quien ha olvidado sazonar la comida, añade—: Naturalmente, también deberíamos vigilar al Loco Ventura. Por su seguridad, no sea que Sabino se nos escape; por la seguridad de la colonia, si es que nos hemos equivocado con él y su intención es seguir desollando a la nobleza local; y sobre todo, por lo que apuesto que hará y que sería la constatación de nuestras sospechas: con un poco de suerte, sus pasos nos llevarán directamente hacia ese cómplice demoníaco e iracundo que conocemos como Amón... ¿Habéis detenido alguna vez a un espíritu?

—Para todo hay siempre una primera vez. Necesitaremos hombres que nos ayuden en esta misión, padre, y los voy a tener ocupados en los manglares.

—Tengo algunas ideas al respecto.

Cómo no, piensa Trujillo.

—No quiero ser irrespetuoso, pero ¿algún día me mandaréis perseguir a una bella dama o, qué sé yo, acudir a un banquete a probar si está buena la comida?

Simón escucha en pie ante el capitán y Juana en el vacío de la cantina. No han encontrado otro sitio vacío a esta hora en todo el cuartel.

—¿Desde cuándo un soldado cuestiona una orden de su capitán?

—Dios me libre de cuestionaros. Os agradezco el honor, pero mis mandados últimamente van de esquivar flechas por la selva a desenterrar cadáveres en la iglesia. No sé por qué, pero me malicio que esta no va a mejorar el conjunto.

—Todavía estoy a tiempo de cumplir mi orden de cortarte la mano.

—Seguirás a Ventura allá donde vaya —interviene Juana antes de que el capitán entre en combustión—. Retendrás con quién hable y dormirás cuando él duerma.

—No tendrás ayuda salvo la guardia de las murallas. La compañía sale al manglar a una misión peligrosa.

—Haber empezado por ahí —admite Simón entre la resignación y la suficiencia—, entre el loco ese y las sanguijuelas del manglar, la elección está clara.

—Nadie te ha dado a elegir, mandria.

—No es ningún regalo, Simón —añade Juana severamente—. Si te descubre, puedes acabar como los otros muertos que has visto.

—Sabré seguirle sin que me escabeche, descuidad. Pero digo yo... —Y se rasca la cabeza con cierto escalofrío—. Si a este hombre le da por irse a la montaña, ¿qué hago?

—Precisamente por eso eres tú quien le seguirá. Ya sabes cómo orientarte por allí.

—Ahora veo todo más claro. —Aunque el movimiento temblón de su cabeza dice lo contrario—. ¿Y si no vuelve? Porque a ver si me van a tener vuestras mercedes espionando hasta el califato del Perú...

—No creo que se vaya tan lejos. Y si fuera así, podrías saludar al califa de mi parte y volverte. —Juana sonríe abiertamente ante el gesto de pavor de Simón—. No. Si os alejáis más de un día a pie de la colonia, podrías dejarle ir.

Juana y el capitán dan por terminada la reunión. Simón se tira del labio dubitativo.

—Y digo yo... —Y puestos a jugarse el pescuezo, piensa, que me aproveche—... Que si voy a vagar solo por el arrabal y esos andurriales, necesitaré de algunos reales, pues son muchos los gastos entre maleantes. Niños que te hagan recados, soplonos que te cuenten chismes, y no digo nada si hemos de subir a la montaña: víveres, enseres...

Juana y Trujillo se miran entre sí resignados.

Simón aguarda bajo el soportal a que el Loco sea escupido por las escaleras del calabozo. Con el calor que va a hacer hoy mejor guardar fuerzas a la sombra. Hay que reconocer que tiene bastante curiosidad por el personaje. Lleva toda la semana oyendo hablar de él, pero aún no le ha visto la jeta y dependiendo del aroma que le sugiera, así de peligroso le parecerá el quehacer del día. No hay duda de que la llegada a estas tierras está resultando más variada de lo que pensaba. Y eso que su vida nunca ha sido, digamos, aburrida, pero lo de la última semana está entre los grandes hitos de su historial. Y sin pasar hambre ni un día. Eso es lo más meritorio. Hasta podrá olvidar para siempre la vieja Castilla, así se pudra al otro lado del océano...

Y en estas casi se cae del banco de madera donde estaba sentado. El tipo que acaba de aparecer por la escalera, empujado por el celador, despeinado, desnortado, pellejudo, mellado, lechuzo, sucio, colgón, perplejo y piojudo, ese al que llaman Loco Ventura, el espantajo al que tiene que seguir como a los pelos de su bigote, ese, me cago en todo lo divino, ese me conoce.

Simón maldice su mala suerte. Mira que las Indias son grandes. Ni pizca de calor: a Simón le ha venido un sudor frío que se le cuele por el cuello de la camisa. Ahora es demasiado tarde para volver donde Juana y cambiarse por otro; el Loco enfila la

puerta y en un minuto estará perdido entre el jaleo de la plaza. Sin ninguna duda ha de ser cuidadoso. No le puede ver ahora ni nunca. Sería demasiado peligroso para él. Ya se lo decía el viejo que le enseñó a manejar la Desencuadrada: si no te levantas a tiempo, se te verá la carta en la manga.

El celador pone a Ventura en la calle. Este se queda clavado como sin saber qué hacer. Nadie le ha explicado por qué está libre. Parece que no se lo esperaba. Se ve que no había imaginado su futuro demasiado lejos de las paredes del calabozo. Ahora se le aprecia cierta orfandad y mira alrededor deseando que alguien venga a darle instrucciones de hacia dónde dirigirse. Pero será por su aspecto, por su olor o porque muchos le conocen y le temen, lo cierto es que todo el que pasa por allí le evita describiendo un círculo como si llevara una escolta de fantasmas. Según va dando pasitos hacia el centro de la plaza, su círculo mágico va abriéndole paso entre gestos asustados.

A varios metros de distancia, Simón le va siguiendo con un revoltijo de tripas que va a tardar un rato en pasarse.

Otra misión que lleva Simón Lobato sobre sus hombros tiene que ver con la misteriosa pareja de hombres de capa oscura.

Con el dato que le dio Blas, Juana no hace sino dar vueltas a cierta posibilidad, pero quiere esperar a poder probarlo para decirlo en alto. Le ha pedido por tanto a Simón que ponga un ojo en las sombras, que mantenga su instinto afilado entre las siluetas de la noche por si acaso viera pasar a alguien con aquella descripción. Se aprovecha Juana de este pícaro para cualquier cosa, pero bien que se lo cobra este luego. Él es su vista y su oído en un mundo en el que a ella no se le ocurre pisar.

Hoy Juana siente cierto miedo. Han dado un salto al vacío casi suicida. No puede evitar tomar partido: se le atraganta Sabino y su inflada suficiencia. Se le atraganta Manosprietas y le asquea el Oso desde su sillón en el fondo de la sala. No entiende el estatismo asustado del corregidor. Todos le parecen momias temerosas de las polillas que suben por las paredes del patio a comerse su mortaja. No puede evitar tomar partido: ojalá sean los indios los culpables de todo esto, ojalá bajen y acaben con todos estos muertos en vida y con las estúpidas de sus mujeres. Ojalá dejen en paz a supervivientes como Bienvenida Petre y su hija Ana, que ahora la acompaña junto a la puerta del palacio de San Telmo esperando respuestas.

Juana está volviendo al palacio, pues la compañía ha salido ya en formación en busca de los piratas del manglar y también ha visto salir a Simón detrás de Ventura. Ella se encerrará en la panadería a esperar. Pero, una vez más, en la puerta aguardan madre e hija, como la voz de su conciencia, recordándole que está haciendo esto por alguien más que por ella misma. Aprieta los dientes y, de nuevo, ante la mirada inquisitiva de las dos mujeres, no le queda más remedio que bajar la cabeza, impartir una bendición mal dibujada en el aire y desaparecer por la puerta entreabierta.

Juana atranca la puerta de la panadería con un bastón y se sienta con la espalda protegida por la pared en un lateral del cuarto.

De manera instintiva abre un libro sobre la mesa y pasa su mano una y otra vez sobre la textura del papel. Cierra los ojos hasta que el tacto penetra bajo su piel y le trae recuerdos de una infancia donde todo eran certezas.

## 10

### PENUMBRA

Sabino Irrazu es seguido por el joven Blas. Esta mañana Juana y el capitán se reunieron con él discretamente en las letrinas. En tan ilustre punto de encuentro, el muchacho se cuadró orgulloso al recibir tan importante tarea. Igualito que Simón, pensaron al tiempo Juana y Trujillo al verlo. Tras la salida de la compañía camino del manglar con estruendo de caballería, hierros y tambores, Sabino abandonó el cuartel despreocupadamente, y Blas, que había quedado al cargo de la limpieza del patio para escarnio de la soldadesca, dejó todo como estaba y salió tras él con disimulo.

Sabino Irrazu tiene un día especialmente contemplativo. La sensación es que va perdiendo el tiempo por tiendas y puestos del mercado de forma voluntaria. Se sienta a la sombra en los bancos de una taberna a tomar una jarra de vino mirando el paisaje variopinto de la calle abarrotada, o pica unas golosinas en el puesto de un indiecito. Observa Blas que Sabino no habla con nadie, no hace más que leves y educadas inclinaciones de cabeza, ora a un vejete, ora a una dama. Simula estar tranquilo, pero esconde su impaciencia con constantes tamborileos de pies y un frota que te frota a un sólido objeto oculto bajo los pliegues de la capa.

Blas aguarda paciente a suficiente distancia. No come ni bebe por no perder atención ni un segundo a los movimientos de Sabino. Analiza con interés las impostadas maneras de señorito que esconden mal su rudeza, como si hubiera aprendido a toda velocidad algunas formas después de una vida entre bestias. Quizá Sabino no proviene de familia noble, como se empeña en asegurar, quizá en su comarca natal era un don nadie, otro más de los que llegan a esta tierra. Otro de los que simulan un título, una herencia, una hacienda. ¿Habrán alguien a la sombra de estas murallas que no sea un impostor? ¿Quién puede decir que no guarda algún secreto? ¿Quién no se arrepiente de algo? Blas mira a su alrededor y esboza una sonrisa. Ninguno nos libramos, eso seguro.

Bajo unas parras al fresco, Sabino recibe la compañía de un niño de pelo ensortijado y camisa blanca. No está mucho rato sentado en el banco, incluso parecían no tener relación alguna. Pero lo que primero fue un saludo cortés se convierte en una conversación larga. No se miran a los ojos, cada uno está girado para un lado, pero hablan entre sí, de eso no hay duda. El angelote indica con la cabeza hacia el final del callejón, y Sabino, en un gesto inusual, da unas palmaditas en la rodilla del otro, que al momento se levanta y se viene caminando deprisa y adusto en dirección a Blas. Este se alarma, pareciera que se dirige a él personalmente;



pero no. Con la misma cara, la fiera pasa de largo, mirando al soldado con rostro de niña apoyado en la pared como a una lagartija que corretea por la fachada.

Sabino se lleva a la boca un último trago y se levanta pesadamente. Sus pasos le llevan hacia la casa azul.

Como la cosa sea en este plan, vaya vidorra me espera, piensa Simón acomodándose en un alejado banco en el salón de la Bejarana. Desde allí podía ver el interior de la cocina abierta, donde Ventura despachaba un cuenco de cocido servido por la mismísima vieja, que le traía también una tinaja de agua caliente para asearse. Como si fuera un hijo. Nunca se sabe con quién acaba soltando uno sus afectos.

Ventura había acudido dando un par de rodeos por el barrio y colándose en el burdel por el portón de la cocina. Había sido bastante patético si su intención era que nadie le viera. Simón le dejó entrar y después acudió por la puerta principal como si tal cosa. Sin embargo, todas se extrañaron de encontrarle a esas horas de visita. Se excusó alegando que le habían dado licencia el día de hoy. Lo cierto es que el aspecto de la casa azul y de sus habitantes, a esas horas, era bastante distinto al de la noche. Todas se afanaban fregando el suelo, levantando bancos, limpiando cacharros y tendiendo sábanas, con los cabellos recogidos en lo alto de la cabeza y las faldas remangadas dejando al aire los tobillos. Cantaban a coro como novicias de un convento puesto del revés y desprendían un olor alegre e inocente que daba lástima imaginar tan sucio y sobado a lo largo de la noche. Por primera vez en su vida, Simón prefirió las fragancias del día a la perdición de la oscuridad, y eso le hizo sentir nostalgia. Me estoy haciendo viejo, carajo.

O estaba volviendo a la adolescencia tal vez. Porque se sonrojó como un pipiolo al ver a Marina junto al resto de mozas aireando sábanas blancas entre risas. Y ella, al aparecérselo Simón en la sala como fondo de lienzo a las canciones y sofocos, sintió que nada podía ir mejor en una mañana como esta.

Y, una vez más, Marina abandona el mundo viscoso de lo real para dejarse llevar por el juego de ser normal.

—¿Algún día me dirás quién es?

—No. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque yo quiero.

—¿Eres tú algo mío? Son mis negocios.

—¿Estás enamorada de él?

—No sé si se te ha olvidado dónde estamos.

—Bah, de alguno te habrás quedado prendada.

—¿Por qué siempre me preguntas por mi vida?

—Yo sí te cuento lo mío.

—Tú eres tú y cuentas lo que quieres.

—Cuéntame tus amores.

—Y dale. Seguro que los tuyos son más divertidos.

—Lo mío son tonterías. Quiero escucharte a ti. Lo que no le cuentas a nadie.

Su vida, sus lloros, su dolor. Eso es solo suyo. Marina se protege de los demás siendo esa que ríe y dice barbaridades mientras los hombres miran sus tetas. Si te cuento mis heridas, entonces sí que estaré desnuda, piensa. No, soldado, son mías y de nadie más.

—De acuerdo. Te lo contaré.

No, no. He dicho que no. Ni a él ni a nadie.

—Había un hombre hermoso en el pueblo de al lado. Era galante, un caballero de dientes brillantes y manos poderosas que regalaba miradas y dinero a todos los niños que se acercaban.

Estás loca, no hables, quedarás en sus manos. Te convertirás de nuevo en un pelele. Tú verás.

—Yo era una niña estúpida y revoltosa que nunca quise obedecer el mandato de mis padres. Entre otras cosas porque mi padre me pegó sin falta todos los días desde que tengo recuerdo. Ese baboso hideputa me daba con la vara de arrear ganado, con el cinto, con la badila del brasero ardiendo, con todo lo que yo fuera capaz de aguantar. Me arrastraba la cara por la criba del harinero, me apretaba la boca contra la pared para que me comiera la cal mientras él se llenaba la boca con el único mendrugo de pan duro. Me escupía, me arrancaba los pelos, me trataba peor que a su perro. A mi madre le daba igual, siempre le di asco. Cuando mi padre me zurraba, ella siempre decía: «los dientes, pártelos los dientes», porque no tenía casi ninguno. Le asqueaba que, a pesar de todo, yo siguiera siendo guapa y sana. Les estorbaba y me habrían regalado al primero que pasara. Y ojalá lo hubieran hecho, porque yo me fui con el más guapo, pero el más hijo de puta de toda Castilla.

—Eso se aprende antes que a coger la cuchara: no hay vestido bonito ni pluma de sombrero que no esconda a un majadero.

—Pero a ti seguro que no te follaron por todas partes para que aprendieras la lección.

Me podía haber metido la lengua en el culo, piensa Simón.

—Ese cerdo no esperó más que a salir del pueblo para bajarse la bragas y tirarme en su carro. Yo, aunque era burra, no sabía nada del mundo. Me hizo sufrir lo que no está escrito durante veinte días. Me pegó más palizas que mi padre y encima me dejó el culo destrozado. Estuve echando sangre durante semanas; casi muero de las fiebres. Pero aprendí, vaya si aprendí.

Marina arrebató a Simón el cuchillo y trinchó con fuerza una presa de carne. La masticó con rabia.

—Me obligó a tragarme no sé cuántos viejos desdentados y gordos sudorosos. Si antes era peor que el perro, ahora era la perra. Si eso era subir de categoría, maldita

fuera mi suerte; hasta correa al cuello llevaba. Dos años enteros me tuvo por los caminos más polvorientos, durmiendo en pajares con las bestias mientras él se daba la gran vida a mi costa. Me quitó lo que me quedaba de niñez y el poco corazón que había guardado para él. Me convirtió en un animal salvaje. Y aprendí a morder.

Marina clava el cuchillo en la madera de la mesa. Simón no sabe si tomar su mano y besarla o levantarse y salir corriendo antes de que le corte el gaznate con el cuchillo. Opta por lo primero y casi se lleva lo último. Marina rechaza la caricia y desclava el cuchillo, ensimismándose mirando el suelo. Simón se rasca la cabeza arrepentido.

—¿Por qué me has obligado a hablar de esto? Ahora ya me conoces triste. Y así estoy fea.

—Que Dios bendiga mis ojos por poder verte ahora. Estás más hermosa que nunca.

Marina se vuelve hacia él apresuradamente provocando un respingo en Simón al ver el cuchillo rondando sobre la mesa. Chacho, nunca se sabe. Pero Marina no quiere pincharle, lo que hace es lanzarse sobre él a sujetarle el rostro y besarle en la boca con su boca caliente, con su lengua, como no ha hecho desde quién sabe cuándo, con sus lágrimas y sus mejillas coloradas de rubor.

Bendita sea la luz del día, piensa Simón. No quiero volver a este lugar de noche.

Marina separa su rostro para aprenderse el de Simón, que continúa con los mofletes apretados entre las manitas blancas de su dama, sin respirar no sea que tenga mal aliento y ella, tan cerca, se incomode. Está a punto de estallar de gozo y de otras cosas. Y por qué será que siempre en estos casos ha de venir quien lo joda.

Allá al fondo, en la cocina, ya no está el Loco Ventura.

—Tengo... que irme.

—¿No tenías licencia hoy?

—En realidad, no. Estoy en misión secreta. Ya sabes, el Páter Penumbra que me mete en berenjenales día sí, día también. Pero intentaré volver cuanto antes, lo juro por mis muertos.

—Simón, no juegues conmigo. Si me tiro al barro contigo, me tiro. Pero no me hagas daño, que ya te he dicho que muerdo.

Simón, que no sabe qué se dice en estos casos, opta por agarrarla con fuerza y darle otro bocado. La besa una y mil veces por todos los resquicios de esa cara blanquita, se bebe las lágrimas saladas y los cabellos negros.

—Hoy estoy sola. No viene mi cliente secreto. Soy solo para ti.

—Te juro que vuelvo esta noche y la paso a tus pies adorándote como un moro.

—Y una mierda, a mis pies.

Sabino espera oculto en un chaflán. Se asoma de vez en cuando a la calle que baja donde, algo más allá, luce la fachada singular de la Bejarana. Blas, cuando le vio

pararse, decidió sobrepasarle pues no tenía donde esconderse y no veía lo que Sabino veía. Así que salió a la calle que este miraba, distinguió de refilón la casa azul y giró en dirección contraria, calle arriba, y encontró un lugar desde donde tenía perspectiva tanto de Sabino como de la puerta del burdel. Allí se acomodó con resignación renovada.

Por la callejuela bajo la casa, pasado un rato, aparece el Loco Ventura, cabeza mojada, más despejado, con los mismos tics pero menos tenso. Les da la espalda y continúa bajando. Blas se alarma contando segundos sin que Simón aparezca por ninguna parte a proteger al Loco. Sabino se lanza a seguirle saliendo del chaflán, pasando por delante de la fachada del burdel. Blas ya no puede esperar más. Sale de su escondite y persigue a ambos calle abajo, acelerando el paso. No hay nadie en la calle, los perros ladran. Blas no los oye, solo el corazón laténdole en los oídos, andando deprisa, viendo a Sabino rebuscar bajo la capa para sacar ese objeto que lleva oculto allí dentro. Blas baja resbalando tan deprisa que casi choca contra la espalda pétrea del caballero.

—¡Señor de Irrazu, menos mal que os encuentro!

—¿Quién sois, voto a bríos? Me has asustado, muchacho.

—Perdonad. Tengo orden de llevaros al cuartel. El corregidor os requiere.

—¿El corregidor? ¿Y para eso te manda a ti?

—Soy soldado de la compañía, señor. Aún no he podido pagarme una levita.

—Ya veo. —Sabino ve alejarse al Loco—. ¿Y qué es lo que quiere su excelencia?

Blas siente venir a la carrera, apurado y sujetándose el sombrero para que no se le vuele, a Simón Lobato, que les sobrepasa sin saludarles, aunque cruza una mirada con Blas de todo menos casual. Se aleja tras Ventura desapareciendo ambos por una esquina.

—No me lo han dicho, señor. Pero es algo de la mayor urgencia. —Blas se esfuerza por simular una confianza—: Creo que una nueva revelación del Páter Penumbra.

Sabino palidece y da media vuelta, desentendiéndose de persecuciones. A Blas le cuesta seguirle calle arriba camino del cuartel.

Simón Lobato, insuflado de nuevas energías, recupera por fin el rastro del botarate de Ventura, que camina con más tics que un saltamontes.

Así llegan hasta la muralla. Ventura duda un poco, mira a todas partes como si buscara a alguien y, tentado por la puerta, se escurre hacia el exterior. Simón le sigue riéndose de la inocente prevención del Loco y se palpa el cuchillo debajo de la levita, única arma que le han dejado llevar para no levantar sospechas. Pasa la muralla y saluda a los guardas. A partir de aquí es solo cosa suya.

Ventura da algunas vueltas aturrullado por el bullicio del arrabal. Parece nervioso, quiere estar ahí y estar solo al mismo tiempo. No tarda en bajar al puerto atraído

como un imán por la taberna del Cangrejo.

Allí es uno más de los que flotan mendigando, un fantoche iluminado que estira el brazo pidiendo caridad sin que nadie le haga caso. Ventura se escurre entre dos tipos dormidos en cuclillas y su colección de huesos se encoge queriendo hundirse en el barro. Así pasa un rato, como si estuviera resistiéndose a lo inevitable. Qué le vamos a hacer, tiene poco aguante.

Al poco se levanta decidido y se acerca a los toneles, detrás de los cuales el Cangrejo imparte clemencia en jarras de vino barato. La cabeza poderosa del Cangrejo parece que se dilata al enfrentarse a este monstruo de alambre que de forma casi indescifrable gimotea por un trago de licor. El Cangrejo le alarga el trago de los mendigos, nunca le niega bebida a nadie, pero la administra de tal forma que siempre acaba ganando algo. Si no tienen para pagarle, se guarda la cara en la memoria, y vive Dios que la tiene poderosa, pues no olvida y resulta el más cruel de los acreedores el día que decide cobrarse lo que es suyo. Demasiados son los que le deben algo en la bahía y ya les gustaría no haberle pedido a cuenta.

Simón Lobato, por su parte, se sienta en una esquina alejada, dispuesto a pasar la tarde en agradable compañía.

—Mira, Cangrejo, a ese de ahí le vamos a invitar tú y yo esta noche a todo el licor que le quepa.

—¿Y por qué tengo yo que invitar a aquel despojo?

—Porque si a ese tipo le entra sueño, yo voy a pagarle alojamiento en la parte de atrás de tu taberna. Tú solo dile que es cosa tuya, que eres un tipo generoso.

Pero el Cangrejo no capta las ironías, o no le hacen gracia. En todo caso, le sirve a Ventura, una tras otra, buenas dosis de licor perruno. Las horas pasan con el Loco clavado al sitio, cogiéndose una melopea que le va a hacer derretirse. En su rincón, Simón calienta asiento junto a Palito y el Cangrejo en animada sintonía. Con ambos ha ido haciendo migas en las últimas noches, desde que el chivatazo libró a Palito de que Trujillo le apresara. Y Simón tiene facilidad para caerle bien a los mangantes.

—Vamos, cuenta, soldadito. ¿Qué interés tienes tú en ese?

—Bah, ya sabéis que allá adentro, en la ciudad, los jefes se obsesionan mucho. La muerte de los hidalgos les tiene nerviosos. Pero tú a ese loco le conoces también. ¿No le vendiste un cuchillo de tu fábrica?

—Palito le vende a mucha gente. Este es otro loco de los que le das un arma y no sabe que lleva la muerte al cinto. Pero este indio no pregunta. No vendería a nadie si me preocupara lo que hacen.

—Pues con este yo me preocuparía. Un loco religioso con un cuchillo es lo más peligroso que existe.

—¿Es cura? ¿De dónde has sacado eso?

Simón deja la jarra que estaba bebiendo. Hay que joderse, en cuanto le doy al vino bajo la guardia.

—Pues me lo han dicho.

Palito le mira con suspicacia. Cangrejo, que estaba limpiando jarras, lo deja todo y le mira expectante.

—Yo le conozco desde hace tiempo y no sabía que era cura.

Simón contempla a ambos de hito en hito, toma aire y se resigna. Espero no arrepentirme.

—No es que sea cura... A ver, os voy a contar una cosa de ese mastuerzo que solo yo sé...

Blas espera en una esquina de la casa de Sabino Irrazu. Debe estar bastante enfadado, allí adentro. En cuanto entraron en el cuartel, unas horas antes, y el hidalgo subió las escaleras del edificio principal, Blas hizo lo posible por desaparecer. Sabino bajó al poco rato, resoplando, miró a un lado y otro del patio, y al no ver al crío estúpido que le había llevado allí para nada, salió a grandes trancos al exterior. Cruzó la plaza echando humo y llegó caminando hasta su caserón, en un lado alto de la colonia, precedido de una placita coqueta con olivos traídos de Jaén por algún antiguo colono. Blas le siguió fácilmente y, cuando el hidalgo desapareció tras el portón, rodeó la tapia para ver si había otra salida. Cuando la halló, buscó un lugar donde pudiera controlar ambas puertas y allí sigue, escuchando el gorgoteo de sus tripas clamando contra el hambre.

Nada más caer la noche tuvo que ocultarse pegado al muro, pues reconoció al misterioso niño de los rizos acercándose por la placita. No venía solo, pero al otro no le dio tiempo a distinguirlo. El niño miró si había algo extraño en aquella esquina, pero no se desvió y entró en la casa con su compañero. Blas respiró aliviado cuando oyó la puerta cerrarse tras sus pasos.

El soldadito pasa el rato pensando en lo poco que frecuenta él esta zona llena de casas de señores con buen nombre y mejores rentas. Las fachadas están bien encaladas y no hay tanta mierda por las calles. Hay silencio, tanto, que le extraña no haber oído llegar los pasos que se acercan martilleando las piedras hasta él. Se aprieta de nuevo contra la pared, duda si salir corriendo hacia la trasera de la casa para ocultarse de la vista. Se aleja unos pasitos para al menos coger la sombra de los árboles vecinos. Entonces surge de la esquina una silueta negra al contraluz de la plaza.

—¿Qué haces ahí, soldado?

Blas reconoce la voz y se relaja. Al menos un poco. El cuerpo pequeño, las espaldas anchas, la voz pretenciosa. Distingue a Felipe Aguilar en la oscura silueta. Vuelve sobre sus pasos saliendo a la escasa luz.

—Perdonadme, señor. Caminaba simplemente.

—Por aquí no camina nadie, soldado. Aquí solo hay casas de señores.

—Lo sé, mi señor. Con vuestro permiso, me voy ya.

Felipe le para con la mano.

—¿Por qué no estás con Isabel de Osuna? ¿No era tu cometido?

—Acudo cuando me llaman, señor.

Felipe responde con una bofetada. Blas se queda sorprendido, no se lo esperaba. Le pica la mejilla más por humillación que por dolor.

—¿Qué haces mirándome con esa cara? ¿Esa es la postura de un soldado ante el hijo del corregidor?

Blas se cuadra en el acto.

Felipe le arrea otro sopapo. Blas aguanta firme, aunque esta vez un hilillo de sangre le cae de la nariz.

—No se te ocurra volver a mirarme sin cuadrarte. ¿Pero qué piensas, que comportarte así conmigo no se paga? Escúchalo bien, soldado: cuando me desprecias a mí, desprecias al corregidor.

Blas continúa recto tratando de sujetar su gota de sangre. Felipe no sabe qué hacer y, ante el silencio incómodo, le golpea de nuevo. Esta vez con el puño cerrado. Blas trastabilla, pero se pone de nuevo en posición.

—No te he oído, soldado.

—¿Qué queréis de mí, señor?

Felipe le golpea otra vez, primero con el puño y luego con el pomo de la espada. Blas clava su rodilla en tierra, intentando aguantar de pie, aunque recibe otro golpe en la cabeza.

—¿Qué quiero? ¿No lo sabes?

—Me habéis pedido cuadrarme y no os ha bastado. Decidme pues.

Felipe no le deja levantarse. Le da una patada en la boca y con el hierro de la espada le golpea las costillas.

—¡Respeto es lo que quiero, mandria! ¿Me oyes? ¡Pídeme clemencia!

Felipe se aleja dos pasos jadeando y Blas, con entereza, se levanta de nuevo, primero un brazo, luego otro, rodilla, pierna estirada, frente alzada, cara ensangrentada y espalda baqueteada. Hace lo posible por cuadrarse, aunque es más la intención que el resultado. Felipe se irrita aún más al verle de nuevo la cara desafiante. Se había apoyado en la pared, donde varios bloques sueltos amenazan con caerse. Toma uno de ellos y se acerca a centímetros de Blas. Levanta el brazo amagando con darle. Blas no se inmuta, firme, mirando al frente. Felipe quisiera escupirle, morderle, pero solo le sale amagar de nuevo con la piedra. Blas sigue inmóvil apretando los labios. Felipe se aleja frustrado, da media vuelta asqueado de sí mismo y se dirige hacia la plaza. Se da cuenta de que lleva aún el ladrillo entre sus manos.

Vuelve a la carrera hacia el soldado ensangrentado y le sacude con furia en la cara. Blas cae a plomo sin oponer resistencia.

—No se te ocurra dejar sola de nuevo a Isabel de Osuna, ¿me entiendes? Te han dado una misión y la cumplirás día y noche sin comer ni dormir si hiciera falta. Como algo le pase a esa dama, te juro que te golpearé con esta piedra hasta sacarte los sesos

del cráneo. ¿Me oyes? ¿Me oyes?

Pero Blas apenas levanta la cabeza del suelo, mostrando un corte profundo en la sien. Comienza a tiritar pataleando en el suelo. Felipe se asusta con los espasmos, suelta el ladrillo y mira a un lado y otro la placita vacía. Echa a correr dejando al soldado yaciendo en la esquina.

Trujillo había bebido. Juana lo notó enseguida cuando le vio sentarse en la butaca de la panadería. Después de un día de escaramuzas en los manglares habían vuelto con una decena de maleantes encadenados y abandonado a otros cuantos flotando sobre las aguas. Volvieron mojados y picados por mil bichos pero felices, así que, cambiados de ropa y al calor de la carne en las brasas del patio, el capitán le había dado al frasco junto a los suyos con esa cercanía que la compañía tanto apreciaba.

Ahora está en el silencio de la estancia de Juana y la cabeza le flota en un mar con nubarrones. Ella eligió sentarse junto a la ventana, para que su rostro quedase en la sombra del contraluz. Desde allí observa al capitán, más dicharachero que de costumbre, pero también algo confuso al hablar. Le hace gracia, pero también siente algo de ternura por el gesto tan desnudo que le deja el alcohol.

—¿Hemos hecho bien, Fiz? —A Juana le impacta la camaradería, pero no le corrige—. Temo que nos cueste cara la imprudencia dejando libre a ese Loco por ahí.

—No teníamos opción, capitán. El cabildo insistió convencido por Irrazu. Espero que aprovechemos para saber más, pero si nos sale mal, no podréis culparos. Al fin y al cabo, me temo que el que más pueda arrepentirse es el promotor de esta locura.

—Siempre tenéis respuestas para todo. —Trujillo se repantiga en la butaca—. Cómo os envidio, padre Fiz. Cada vez más a menudo yo me quedo sin ideas ante lo que sucede. —Y permanece un momento en suspenso—. No hay nada peor para un hombre como yo que perder las bridas del caballo. Yo vivo de ideas simples que puedo explicar de forma simple a los míos. Si ni yo tengo explicaciones, ¿cómo van a sentirse mis soldados?

—No son vuestros soldados lo que os preocupa, sois vos. El mundo se tambalea bajo vuestros pies y sois vos quien va a dar contra el suelo, capitán.

—Dejad de llamarme capitán. Necesito un lugar donde no llevar ese peso sobre mi espalda. Aquí dentro me gustaría ser solo Juan.

—Juan —paladea el nombre como un licor de hierbas—, id a descansar un poco. Lo merecéis.

—Imposible dormir un día como hoy. ¿Tenéis vino? Muero de sed.

—Tomad. —Y al acercarse a servir la copa, él le sujeta el brazo desesperado.

—¿Vos habéis amado, Fiz? Siempre me he preguntado si los hombres como vos habéis sentido alguna vez inclinación por el otro sexo... O por este.

—Capitán, por Dios, voy a retiraros el vino que os acabo de servir.

—Llamadme Juan, os lo ruego. No me malinterpretéis. Solo me burlo de vos, de



vuestra seguridad, de esa forma que tenéis de distanciaros de lo mundano. Nunca me han gustado los curas, ya sabéis. Los he visto de todos los colores. Los que utilizan su sotana para las peores lujurias me parecen despreciables, no por lujuriosos (qué voy yo a reprocharle a nadie en eso), sino por aprovecharse de su disfraz para engañar a las incautas. Luego están los que no sienten aprecio por mujer alguna... Me disgustan, pues se creen superiores, sin debilidades.

»Pero con vos es distinto, lo vuestro es aún peor. Vos sois puro: no solo no tenéis debilidad humana, sino que entendéis las debilidades ajenas. Sí, no neguéis: cómo mirabais a esa pobre chica mancillada que vino ayer... Entendisteis su sufrimiento como nadie estaba dispuesto a hacerlo. Sentís compasión pura, y me habéis arrastrado a sentirla yo también. Fiz, estamos solos. Consideradlo una confesión si queréis, pero no me impedáis hablar. Yo no he amado nunca. No sé lo que es volcarme sobre otro ser, darle todo lo que necesita, tener la certeza de que te espera junto a un hogar acogedor al final del día. Me he protegido de ese veneno porque sé que acabaría con mi carrera, me quitaría las fuerzas, me llenaría de angustia. Pero me hago viejo, Fiz. Y me estoy dando cuenta de que no me da miedo morir; me da miedo morir solo.

Juana, anclada a ese hombre borracho por esa mano nervuda, siente una tremenda ternura y cargo de conciencia por las veces que le ha martirizado. Y siente también cierta solidaridad: ella nunca amó, no sintió necesidad y despreció la posibilidad para no ser una más entre las predestinadas a parir y a someterse ante los hombres. Nunca se ha sentido sola si ha tenido un libro cerca, nunca necesitó a otro ser humano, nunca ha buscado otro aliento. Pero se engañaba, pues siempre ha tenido a alguien cerca. Alguien de quien aprender, alguien a quien enseñar o a quien despreciar; alguien a quien mostrar su excelsa sabiduría. No podría vivir sin luchar por su independencia, sin burlarse de los imbéciles ni debatir con los sabios. Todos han llenado su vida, eran el público que aplaudía enfebrecido mientras ella les despreciaba con su arte. Pero ¿y si no hubieran estado? ¿Sentiría esa lacra tan extraña a la que tanto teme el capitán?

Trujillo mueve la cabeza, atacado por distintos pensamientos.

—Fiz, vos habéis conocido a esa mujer, doña Inés de la Vega, la que cuida del niño de los hidalgos. Habéis de ayudarla. Esa mujer sufre. Yo no sé qué debo hacer, pero siento que está pidiendo en silencio una mano amiga que la saque de la tristeza.

—Esa mujer está sola, como vos. Tengo la convicción de que ha sentido la misma desazón que vos me habéis confesado.

Trujillo se la queda mirando. Intenta comprender, busca en esos ojos extraños, en ese rostro lampiño.

—Perdonadme, padre —balbucea—, hablo demasiado y estoy desvariando. Siento importunaros.

—Sed libre de hacerlo, Juan. —Y con un gesto natural da unas palmadas sobre la mano que le sujeta el antebrazo. Deja su palma allí y se da cuenta de que por vez primera está tocando a este hombre—. Estamos rodeados de enemigos.

—Como os dije, soy un hombre necesitado de certezas. Y estoy seguro de vos. En

vos confío.

Y a Juana le viene entonces un súbito deseo de llorar. Con inocente franqueza, ese hombre le pide y le ofrece al tiempo un hermoso pacto de fidelidad y ella no puede corresponderle. Siente la vergüenza extrema de estar engañando a la única persona que le brinda su amistad en ese lugar salvaje. Sabe que ha de callar, que desvelar su secreto sería letal, que su supervivencia la ha traído hasta aquí y que es absurdo tirarlo todo por la borda en este punto. Pero de repente las piernas le tiemblan y la invade tal debilidad que está dispuesta a abrir su camisa y responder a la franqueza con franqueza y acabar con este engaño angustioso y acrobático que la hace temer de la mañana a la noche.

Pero Trujillo se levanta sin dejarla abrir la boca.

—Ahora creo... creo que voy a salir a pasar revista por las calles, para ver que todo sigue en orden en las casas de los hidalgos y del corregidor. Habéis sido de gran ayuda, amigo mío.

Y atraviesa la estancia tambaleante como vianda escabechada.

Trujillo camina por la calle oscura deseando que el aire le meta algo de frescura en la cabeza. Pero el aire está parado, espeso y pegajoso. No se quita ideas confusas de la mente y deambula sin darse cuenta de a donde le llevan los zapatos.

¿Qué ha querido decir el cura? ¿Me ha invitado a dar consuelo a doña Inés? Este hombre me volverá loco tratando de entenderle.

Trujillo remolonea haciendo eses. Quizá podría haberse quedado otro rato en compañía del dichoso Páter Penumbra. Haberse reído un rato en esta noche tan funesta.

¿Habrá mejorado el niño? Quizá debería pasar por casa de doña Inés para estar seguro de que todo sigue en orden.

Y engañándose a sí y a su sombra, se encamina hacia la casa.

Atrás, en el palacio de San Telmo, deja el poso de un vino amargo.

La marquesa enjaulada en una levita negra. Antes estaba en una celda de piedra oyendo el mar afuera. Y mucho antes, en una estancia de papel y tinta. He vivido encerrada, boba de mí, dándole la espada al mundo porque el mundo no era como a mí me gustaría. ¿Y qué le importo yo al mundo? ¿Alguien sabrá de mí mañana? Los demás enferman, sufren, mueren y también ríen, fornican, viven. ¿Y yo acerté encerrando mi cuerpo en el refugio del estudio? ¿A quién le importará? Ya no soy nadie. Ya no existo. Ya ni siquiera soy la marquesa dentro de la jaula. Soy penumbra, como el hombre al que suplanto.

¿Tan fea soy que ni siquiera a un palmo de distancia provoco dudas en un hombre? ¿Tan poca mujer soy que nadie se sorprende ante mi rostro, mis manos, mi

habla? ¿Qué enfermedad es esta que me angustia? La envidia, los celos, el deseo, las estúpidas pasiones, todas cosas de doncellas, de criadas, de damas aburridas. Fuera, fuera. ¿Tan fea soy? ¿Nadie volverá a llamarme Juana? La debilidad es para ellas, no para mí; la flaqueza es de cobardes, de sandios, de niños. Yo me conjuré para ser otra. Me construí esta cara horrible que hiciera a los demás olvidarse de mi cuerpo. Y el destino (en quien no creo) me ha premiado con este traje y este nombre. ¿Quería no ser lo que el mundo me ofrecía? Ya lo tengo. Soy otra. Soy otro. Y siendo otro no soy fea, soy fuerte, soy sabio, soy luz.

Y sin embargo, mis entrañas se niegan a ser ese. Mis entrañas se escapan de la sombra y me impiden mentir ante el espejo. Daos por engañados los demás si es lo que queréis, pero no yo. He perdido mi nombre, mi sexo, mis ideas. Pero tampoco soy un hombre, ni olvido lo que pienso, y ahora más que nunca vivo presa en este traje como hembra. No soy luz y no soy sombra.

Mi nombre es Penumbra.

Y apenas acierto a verme.

# 11

## UMBRA

Es noche cerrada cuando Palito y Simón acarrear a hombros a un gomoso Ventura que arrastra los pies, con la cabeza colgona de un cuello bamboleante como un timón en mar gruesa. Les precede el Cangrejo con una lámpara en una mano y un manojito de llaves en la otra. Sorteán la mierda del suelo en la trasera de la taberna camino de la leñera, una caseta de madera renegrida compañera de los sacos de grano y de la cisterna de agua, solo frecuentada por gallinas y arañas. El Cangrejo abre la puerta de la leñera dando vueltas a un gran candado y con grandes chirridos de goznes. El trío del tembleque entra con dificultad en el pequeño cubículo y con grandes resoplidos sueltan a Ventura entre tochos de madera y aperos de labranza. El Cangrejo cierra de un portazo y encaja de nuevo el candado dando dos vueltas a la llave. Simón extiende la mano y el otro saca la llave del manojito y se la entrega ceremonioso.

—No la pierdas, no vaya a tener que tumbar la puerta para sacar leña mañana.

—No temas, en un rato estoy aquí durmiendo al lado de este angelito. Pero ahora tengo otros asuntos que atender, caballeros.

Simón Lobato guarda la llave veloz. El Cangrejo mantiene la mano estirada y agita el regordete dedito corazón como buscando atraer algo de forma mágica. Simón rebusca en sus bragas y saca las monedas recibidas de salario. Las ve desaparecer en los pliegues de la carnosa mano. Adiós, amigas queridas. Os cedo por causa mayor.

Simón ha vuelto a la carrera desde el arrabal. Hoy se había aprendido el santo y seña a la primera y lo había estado repitiendo todo el camino hasta la taberna del Cangrejo para no olvidarlo. De vuelta ha hecho igual y lo ha soltado según llegaba al portón sin esperar a que le pregunten.

—¡Santa Ediltrudis virgen, si viviereis según la carne, moriréis!

Sube por las callejas como una exhalación llegando a la casa azul en menos que canta un gallo. A punto está de entrar en el bullicio de la gran sala cuando se fija en una sombra en la trasera, por donde la puertita privada del cuarto de su amada. Se queda parado bajo el arco de la puerta sin entrar y saca la cabeza lo justo para volver a mirar la entrada de la callejuela. Reconoce la silueta. Es el calvo barbado con quien tropezó el otro día.

Se separa de la puerta y se acerca a la callejuela poco a poco. El calvo no se mueve de su sitio, sentado sobre un tonel. Tiene pinta de estar dormido. Debe llevar

un buen rato. El otro día no iba solo. Iba con otro embozado en una capa. Ese no está a la vista. Si está en la esquina de la calle, será porque a lo mejor...

Se le va enfriando toda la calentura según se acerca porque además ahora enlaza con lo que Juana le contó por la mañana acerca de dos sombras que van por ahí abusando de mujeres indefensas. Se le eriza la piel de todo el cuerpo y agarra el mango del cuchillo con fuerza, con tanta que comienzan a dolerle los nudillos. Llega enfrente del calvo, que respira profundo como un barquín mientras de las manos se le escurre poco a poco una cantimplora con licor. Simón se desliza hasta las escaleras que suben al cuartito de Marina. Cada escalón cruje bajo sus pies y le cuesta milenios llegar arriba sin despertar al dormilón. Hilos de luz atraviesan la puerta aquí y allí, pero ninguno de los resquicios es lo bastante grande para dejarle ver el interior. Pero sí oye y lo que distingue le desconcierta: son sollozos.

Se encarama a lo alto de la puerta sujetándose como puede en los salientes del marco. Ahora alcanza a ver el cuarto: un festival de velas y cortinas rodeando una cama de desordenadas sábanas. En el medio, desnuda, brillante, suave, con la melena bendiciendo esa piel sagrada, Marina observa algo al pie de la cama. Simón no alcanza a verlo desde su agujero, quiere encaramarse más en el marco mientras oye unos extraños golpes ahí abajo, fuera de su vista. Y entonces emerge ante sus ojos.

La espalda de Luis de Osuna, ensangrentada, salpicada por los golpes de un látigo de cuero, levanta del suelo entre temblores. El hombre llora ante los ojos de la chica, ahora tapada para Simón. El Oso suelta el látigo y se cubre el rostro con las manos para seguir llorando sin calma alguna. Las manos de Marina le atraen hacia sí. Osuna se deja abrazar y de repente, sin transición, se encuentra penetrándola de forma desordenada y animal, sin placer, desesperado. Simón ve los ojos de Marina, no sabe si tensos, vacíos, llenos, ¿qué ojos? No lo distingue porque él mismo se siente llorando, porque le tiemblan las piernas encaramado en lo alto de la puerta, porque el corazón se le va a salir del pecho y la mandíbula le tiembla. Hasta que se escurre.

Marina oye el golpe en la puerta y siente repentina alarma; el Oso, en cambio, ni se da cuenta, ensimismado.

El calvo Cerbero despierta en la entrada de la calleja dejando caer su cantimplora. Con gesto fiero se incorpora mirando a la escalera y la puerta del cuarto. Pero no hay nadie allí. Recoge su licor del suelo y se sienta maldiciendo por haberse quedado dormido.

Entre la basura del fondo de la calle Simón, dolorido por fuera y por dentro, muerde sus puños para que no se oigan los sollozos de furia que le llenan la boca.

Ventura dormita incómodo en la oscuridad de la leñera. El olor húmedo del musgo y la corteza se le meten en el sueño mezclados con los gritos de los niños y el chillido de las aves que le acompañan cada noche. La silueta blanca y afilada del Amo se esconde en las enredaderas que le vienen a la mente. Siente que unos latidos le

empujan, le baquetean como un tambor, como si fueran pasos de un ejército que hacen temblar la tierra. Ventura quiere tomar a todos los niños en brazos, pero no puede verlos, están tan enredados en la maleza que no los distingue, y el temblor de los pasos y los latidos se hace cada vez más fuerte; quiere evitar que el Amo llegue y le descubra, pero no puede porque en cada lugar que busca a un crío gritando encuentra su figura, se hace sangre en los dedos tratando de desenmarañar las puntiagudas ramas y en vez de niños le encuentra siempre a él, y los pasos, los latidos tamborilean cada vez más fuerte; abre los ojos con angustia rebuscando en la oscuridad para salvar a todos y se da cuenta de que no son pasos ni latidos lo que oye.

Son golpes en la puerta.

—¿Sois vos, Amo? —Los ruidos cesan—. ¿Habéis venido, mi señor?

Ventura mira hacia la puerta, pero la voz que oye surge de repente a su espalda.

—He venido a buscarte y no me contestabas, Ventura.

—Estaba apartando las zarzas... para veros mejor.

—¿Seguro que me buscabas a mí?

Pero la voz ya no está tras él, sino enfrente. Ventura está asustado, no sabe dónde se encuentra ni ve nada a su alrededor. Solo siente el duro golpear de los leños que se desmoronan a su lado.

—Amón, Amón, perdonadme. Buscaba a los niños. Gritaban...

—Si me obedecieras, dejarías de oír a esos niños.

—Señor, yo nunca os he desobedecido. ¿Amo?

Pero ya no está. Ventura se incorpora entre los leños para acercarse a la pared donde oyó la voz por última vez y lo que oye es un terrible golpe que hace temblar las paredes de la leñera. Cae hacia atrás asustado. Nuevamente siente la voz a su lado, susurrante.

—¿Y por qué está vivo el engendro de Germán de Val?

Ventura trata de esconderse entre los maderos.

—Señor, mi Amo, es un niño...

—Es hijo de un hijo del mal. La mala hierba solo trae mala hierba. Todos ellos son el mal. Tú lo viste. ¿Por qué su hijo habría de ser mejor?

—Es solo un niño. Vino a mí, señor. Era una señal. No volveré a hacerlo.

—¿Creías que no me iba a dar cuenta de que me seguías? ¿Que no me iba a enterar?

—Dadme castigo, Amo. Dadme castigo a mí, no me hagáis sufrir más. Soy culpable. ¡Señor, señor!

Pero ahora no percibe la voz cerca, sino que oye un sonido metálico en otra parte. Y de pronto se dibuja una línea de tenue luz en el negro profundo de la leñera. La puerta se abre y entra un lúgubre frío.

Ventura corre a ponerse de rodillas en la puerta.

—Amón, lo siento. No me merezco nada. Mirad, me castigo, me castigo...

Ventura se golpea con un leño en la cara. Se clava unas astillas, saltándole la

sangre.

—Me da igual que te castigues. Lo que quiero es que arregles lo que has estropeado o te abandonaré con tus pesadillas.

—Castigadme, pero no me abandonéis...

—Es sangre de la sangre de su padre. Merece morir tanto como él. Tanto como la mujer que lo engendró, que pecó yaciendo con ese demonio de la crueldad...

—Es sangre de su sangre...

—Sal de ahí, gusano, y toma.

Ventura tiene ante sí un cuchillo viscoso que brilla a la luz de luna. Lo acaricia entre sus manos manchándose del rojo oscuro de la sangre que lo baña.

—Creo que es un gesto desconsiderado por mi parte molestaros a estas horas. Espero que sepáis perdonarme y olvidar que he venido.

El capitán Trujillo se mueve como una banderola en la entrada de la casa de Inés de la Vega. Esta no acaba de encontrar palabras mientras le ve cimbreando de un lado a otro.

—Al contrario... Siento un gran placer con vuestras visitas. Solo que...

... Solo que teme que se vaya a caer por el parterre, pero tampoco es cuestión de decírselo a la cara.

—Lo entiendo... Las horas... Solo quería asegurarme de que el niño está bien. Y vos...

—El pequeño Gorrión está dormido. Ha pasado un día muy tranquilo. —Se quedan ambos callados, terminadas las excusas. Inés se atreve—: Pero pasad, capitán. Así podréis comprobarlo vos mismo.

Sin que a ninguno de los dos se le pase el apuro, caminan hacia el salón de la casa donde al lado de la chimenea, con algún rescoldo aún brillante, descansa la labor de Inés y multitud de enaguas para remendar. Ella se apresura a recogerlo todo y apartarlo de la vista.

—Perdonad, capitán. Como podéis imaginar, no aguardaba a nadie en este momento y tengo todas estas labores aquí tiradas... —Y fijándose en la expresión turbada de Trujillo, añade—: Es tan difícil encontrar ropa de mujer en la colonia que hay que estar remendando una y mil veces cada cosa... Pero no me avergoncéis contándoos esto. Sentaos aquí al lado del fuego y os traeré algunas galletas.

Trujillo obedece, pero en su camino impacta con Inés en su apresurado baile de recogidas, chocando pecho contra pecho y separándose enseguida como polos negativos. Trujillo casi cae de culo sobre el fuego y de milagro alcanza la butaca donde se derrama con pesadez.

—Si no os importa, señora... ¿tendríais una gota de vino? Esta noche tengo la garganta pastosa y muero de sed...

Inés hace una pequeña reverencia y sale a toda velocidad. Va a despertar a su

criada, pero a mitad de pasillo piensa que tenerla merodeando por ahí solo ayudará a inventar chismes mañana, así que vuelve sobre sus pasos camino de la cocina. Entonces se da cuenta de que lleva toda la costura en las manos y decide subir a dejarla en su cuarto. Allí ve su rostro fugazmente reflejado en el espejo. Se encuentra horrible. Busca algún afeitado que le levante algo los colores y piensa que lo que falla realmente es el vestido. Tarda algo en decidirse por uno, pero finalmente queda satisfecha eligiendo un brillante traje color verde con un generoso escote, que empolva también con abundancia, ahora que está a la vista. Baja corriendo hacia el salón cuando recuerda que había ido a por vino y galletas en primer lugar; vuelve por el pasillo y rebusca en la cocina una bandeja y un plato donde poner las golosinas. Quizá sí debería haber despertado a la criada para ayudarla a preparar las cosas. Por fin toma de nuevo el pasillo a la carrera, aunque se detiene un metro antes de la puerta para cambiar el paso y entrar ensayando una sonrisa amable. Aunque esta, a decir verdad, no le aguanta mucho en la cara.

El capitán Trujillo ronca despatarrado en la butaca con el gesto concentrado de quien lo que hace, lo hace a conciencia.

Simón sube la escalera escocido en cuanto ve a la pareja embozada desaparecer del callejón. Golpea la puerta con fuerza y ella viene a abrir el cerrojo deprisa. Se sorprende.

—¿Qué haces entrando por aquí?

Simón se cuela en el cuarto como el que mete una hogaza de pan en el horno: apresurado y a punto de quemarse.

—¿Le quieres?

—¿A quién?

—A él.

—¿Le has visto? Estás loco, podrías morir.

—Contéstame.

—¿Por qué me espías cuando estoy con otro?

—Entonces le quieres.

—¿Por qué tengo que contestarte?

—Porque quiero saberlo.

—¿Eres mi dueño ahora?

—¿No soy nada?

—No le quiero. ¿Contento?

—Mientes.

—Si no ibas a creerme, ¿por qué me preguntas?

—Llorabas.

—¿Tú qué sabes de la vida, niño?

—Estabas con él.



—Yo no te pertenezco. Tengo mis clientes y este es especial.

—Pero no esta noche. Esta noche dijiste que eras para mí.

—Dijo que no vendría y al final cambió de planes. Pero ya estamos solos. ¿Cuál es el problema?

—¿Por qué no le has dicho que tenías otro cliente?

—¿Eso eres ahora, un cliente? Porque no esperaba cobrar nada de ti.

—¿Quieres mi dinero?

—No.

—¿Por qué no? ¿Vale menos que el de ese?

—No quiero tu dinero. Nunca lo he querido.

—¿No eres una puta?

—También lo era ayer y esta mañana. Ahora me lo dices como un insulto.

Simón está en medio del horno y no aguanta el calor.

—Llorabas.

—Todos venís a esta casa a vivir el engaño de que os quieren. Malo cuando uno va y se lo cree.

Y ya podría aplicárselo a ella misma.

—Está bien. No nos engañemos más. Tú eres la puta y yo soy el cliente. Quiero comprarte.

Y le lanza la pequeña esmeralda, golpeándole en la cara. Marina cierra los ojos un momento, pero el dolor que importa no pasa.

Se desprende de la tela que la cubría y se muestra ante Simón. La piel, los pechos, el vientre desafiante, el cabello suelto bendiciéndolo todo... ahora sin nadie por medio. Ahí está ella por fin, ahí está él, de una vez por todas. Lo único que falta en este cuarto es el deseo. Solo está la rabia, el sudor, la humedad, la sangre embotada latiendo sin freno.

Como ya hizo una vez, Simón podría decidir si quedarse en el barco que se hunde o saltar al mar bravío de tormenta. Pero esta vez desearía que solo fuera metáfora y salir de allí sin ahogarse.

El capitán Trujillo despierta de repente echando mano a su espada y se alarma por no encontrarla al cinto. Ni siquiera tiene conciencia plena de dónde se encuentra hasta que pasan unos segundos. Ya reconoce la chimenea, el salón y los retratos del viejo barbudo; se duele de la postura incómoda de haberse dormido en la butaca. Localiza la espada apoyada al otro lado de la chimenea. Inés debe de habérsela quitado mientras dormía para que estuviera más cómodo. Se levanta desvencijado para recogerla y marcharse. No hay rastro de la dama, habrá subido a acostarse. Qué vergüenza, venir de visita y quedarse planchado en el salón de la anfitriona. A ver quién arregla este entuerto mañana. Ya casi enfila el pasillo cuando oye al fondo, en la cocina, un ruido de ventanas.

Se acerca despacio por no asustar a la señora, pero al llegar hasta allí solo encuentra una ventana entreabierta y repentinos pasos a la carrera en el exterior. Ha pillado a alguien a punto de entrar. Se le dispara la alarma y corre por el pasillo de vuelta hacia la puerta. Pero a la altura de la escalera se detiene, indaga en el silencio un segundo y sube trotando al piso de arriba.

Los pasos afuera traquetean rodeando la casa hasta la ventana del salón. Allí, tras el cristal, una cara se pega al vidrio para escuchar el interior. Más confiada que en la cocina, donde había sentido a Trujillo moverse dentro, la sombra manipula con un cuchillo entre las hojas de la ventana hasta que se abre y entra en la estancia. A la luz de la chimenea, la silueta se transforma en el Loco Ventura.

El saco de huesos avanza al interior con el cuchillo temblequeante en las manos. La visión del pasillo le obliga a pensar. Decide subir las escaleras y se siente orgulloso de sí mismo cuando, uno detrás de otro, encuentra los dormitorios.

El primero está vacío, ordenado y planchado esperando una visita. El segundo tiene una cama pequeña, ocupada, y algunos juguetes en el suelo. Una vela oscilante dibuja versiones siniestras del mundo sobre la pared encalada.

El cuchillo entra seguido por Ventura, uniéndose al resto de sombras danzantes. Permanece unos segundos temblando en el borde de la cama mirando hacia el niño. ¿Por qué se mueve tanto esta vela? A Ventura le invade el malestar viendo el bulto en la cama. Un leve movimiento de labios deja ver que recita una sentida oración. Después cierra los ojos y con toda la energía de que es capaz, alza el puño y descarga sobre el bulto una, dos, tres puñaladas que se le hacen demasiado blandas. Sorprendido, abre los ojos y se ve rodeado de plumas de ave. El almohadón deshilachado es lo único que duerme agujereado sobre la cama. Desconcertado, se gira hacia la puerta y tras ella adivina la figura amenazadora y salvaje del capitán Trujillo, que se lanza sobre él con tanta fuerza que ambos caen sobre la cama, resbalan sobre las sábanas y escurren al suelo por el otro lado. Ventura, pataleando, consigue salir del barullo de telas y plumas, escalando de nuevo por la cama. Trujillo le sujeta por una pierna, pero Ventura le sacude una cox con la otra que le impacta en la nariz y le vuelca hacia atrás.

El Loco alcanza la puerta y se lanza de cabeza escaleras abajo seguido de un renqueante Trujillo. En el cuarto de al lado, Inés, sujetando al pequeño Germán, ve desaparecer a ambos con escándalo de macetas y jarrones tirados. Destrozándose hueso y pellejo a cada golpe sin sentir el dolor, Ventura llega al portón y sale a la calle. El capitán emerge de la escalera dando grandes trancos, con cabeza y brazos por delante en un tris de caer en plancha, lo que finalmente sucede nada más cruzar la puerta, lanzándose en la calzada como en una piscina helada.

El planchazo le deja aturdido en el suelo por un instante. Levanta la vista para ver a Ventura hacerse pequeño al final de la calle y se derrumba en la tierra resoplado fastidiado.

El crujido de las palmas secas sobre su cabeza la despierta de forma repentina con la sensación de que el tiempo que ha estado durmiendo ha pasado en un pestañeo. El jardín de hamacas duerme calmado a su alrededor. Solo un lejano bullir de caldero suena en la lumbre. Pero Gunnale ha oído los pasos sobre la techumbre del bohío y baja de su coy para asegurarse. Efectivamente, al salir afuera, un tití la espera en el borde del tejado. Ha debido de venir desde muy lejos.

Gunnale mira hacia el cielo. Las aves, las ramas de los árboles, todo parece estar diciéndole algo. Siente un tremendo malestar, una sensación eléctrica que le hace notar cada soplido de aire en el vello de su piel.

Camina sin pensar sabiendo que sus pies la llevan solos. Descalza como siempre, pisa las ramas y las piedras sin daño alguno y se interna en la selva siguiendo el aviso que le marcan la tierra, las ramas y el tití mensajero.

Llega hasta un altozano donde aprecia claridad en mitad de la noche. Se sienta y agarra terrones y pasto notando el fluir de la Madre por dentro. El malestar eléctrico se calma por fin. Percibe que hay ojos que la miran ahí dentro en el bosque, pero ahora no tiene miedo. Sabe que la protegen.

Rechaza entender y en cambio comprende que debe escuchar. Que no puede hacer nada para que las cosas sucedan o descifrar por qué lo hacen. Mira hacia abajo, a las luces agónicas de la colonia.

Algo terrible va a suceder allí.

—Santa Ediltrudis virgen, si viviereis según la carne, moriréis...

Vaya mierda de santo y seña. Quién coño dedica su tiempo en ese puto cuartel a buscar mierdas en el puto santoral.

Simón baja de nuevo hacia el arrabal a terminar su misión. Después de que todo se hundiera, ahora le toca pasar esta noche al raso vigilando al sonado ese en la leñera del Cangrejo. ¿Hasta cuándo iba a durar aquello? ¿Y cuánto sin que el Loco y él se vieran las caras? Esto no podía durar mucho. Una vez más, las cosas se le torcían en cuestión de segundos.

Lo que había pasado en el cuarto de Marina le dolía en el pecho de tal forma que apenas podía respirar. Otra vez se había dejado llevar por la ilusión. Mira que las había pasado canutas una y mil veces, que se creyó sobrado y acabó burlado, pero no aprendía: qué iba a conseguir si siempre se juntaba con el peor ganado. En el fondo, Marina estaba en lo cierto: uno va a la casa azul a creerse que le quieren. Malo el que se deja engañar.

Pero pensaba que a ella la conocía. La veía, la creía ver. Pero no aprende. Nunca se ven. Nunca la vio. Y él lo echó todo a perder. No hay historia que empiece mal que acabe bien. Siempre va a peor.

Y en eso anda cuando se va acercando a la leñera y le parece distinguir algo que no puede estar pasando. Pero está visto que la realidad se niega a plegarse a su deseo.

La puerta está abierta y la leñera vacía. La cierra para ver si se conjura el maleficio. La abre de nuevo. Nadie dentro. Tira de ella con tal rabia que la saca de los goznes.

Sale corriendo hacia la taberna.

De una patada entra en el cuartucho despertando someramente a las tres almas que duermen la borrachera en el camastro. Entre las cabezas despeinadas de dos indias desnudas, el Cangrejo asoma su tremendo cráneo y lucha por abrir los ojos. No lo suficientemente rápido para evitar que le caigan encima las dos manazas de Simón, que lo levanta por el cuello mientras escupe con dientes apretados:

—¿¡Dónde está Ventura!?

—¡Suelta, que me ahogas, cabrón! ¿Dónde va a estar?

—¡La leñera está abierta!

—¿A mí qué me estás contando? Tú tienes la llave, yo estoy ocupado. ¡Déjame en paz!

—¿¿Y Palito??

—¿Soy yo su padre? ¡Vete de aquí, soldado cagón! ¿Estás acojonado porque ahora te va a reñir tu capitán? Vete a limpiar los calzones y déjame tranquilo... —Y acompaña el aviso con un bofetón de su mano gorda y la aparición de una cimitarra en la otra que convencen a Simón de aflojarle las manos del cuello.

Simón Lobato respira agobiado mirando el filo del espadón y el hinchado cuerpo desnudo del Cangrejo, su tremendo pijo bamboleándose según baja de la cama para plantarle cara y las dos indias haciéndose pequeñas en una esquina.

Todo puede ir a peor.

Echa a correr de vuelta a la colonia.

—¡Corre, niño! ¡Vuelve aquí cuando seas hombre!

La muralla es un lugar inhóspito. Uno no sabe si es peor de día o de noche. Por la mañana el sol quema las losas del suelo con egoísta insistencia, aplastando contra ellas a todo bicho viviente que camina. Pero la mayoría prefiere cocinarse en esa plancha que andar de guardia en el turno de noche.

Nada más caer la tarde, los mosquitos salen de donde sea que pasen su vida y se dedican a pintar el aire a brochazos desorganizados y frenéticos. No se puede soportar el constante picoteo sin ir protegido con ropa de cabeza a los pies. Al poco de iniciar esa danza enfermiza llegan sus hambrientas parejas de baile. De los recónditos agujeros debajo de la muralla, de arcos y canales desconocidos y oscuros, primero unos pocos y de repente millares, veloces, fugaces, precisos, mortales, aparecen los murciélagos.

El atardecer en la colonia es morado como capa de nazareno. Cubre el cielo un manto de cola que pinta violeta el mar y la piedra. Sobre ese terciopelo, en procesión organizada sin cirio ni cruces, miles de murciélagos dan una vuelta y otra y otra

alrededor de la muralla. Si frenético es el baile de los mosquitos, el de los murciélagos es un paso marcial, velocísimo, letal. Son un tornado de alas negras rodeando infinitas veces la muralla, bañando de chillidos de hambrienta angustia los oídos de los vigías. A su paso devoran sin parar todos los bichos que encuentran en un festín orgiástico que no acaba hasta que el cielo cambia su ropa por el azul estrellado. Entonces rompen sus organizadas filas y buscan alimento sin orden pero con la misma precisión.

La oscuridad no asusta al murciélago que paraliza a sus víctimas con chillidos cada vez más rápidos y aterradores. Arropado por la noche se vuelve temerario y se acerca más a los hombres que deambulan por lo alto de la muralla.

La asquerosa rata con alas impacta sobre cabeza y brazo del soldado Trebujena, pues este ha sentido llegar el aleteo y tiene el impulso inconsciente de contestar con una sacudida de su lanza. El murciélago golpea contra una pared y, del susto que le ha dado, el soldado lo trincha y se ensaña atravesándolo y sacudiéndolo contra el suelo.

—Hijo de la gran puta, casi me cago encima por la mierda del murciélago...

El soldado tiene ronda a esta hora y normalmente la parada militar de los vampiros no le hace ni pizca de gracia. Hoy menos. Hoy hay un ambiente feo, tenso. Lo ha notado en la cantina, en las caras de todos, en el cambio de turno. El gesto de alivio de los que han terminado ya le pone nervioso. Hoy solo se habla de la liberación del Loco Ventura. No es que nadie le tema, es un tarado que nunca ha hecho más que dar gritos y cogerse cogorzas con hierbas salvajes; es el aura de magia que rodea todo esto del *Mihi vindicta* que lleva dos días metiendo el miedo en el cuerpo a todo paisano de esta colonia. A él le tocó, casualmente, estar en la cuadrilla que limpió la pared del palacio de San Telmo el domingo. Jodida pintada, con la sangre de qué marrano la habrían hecho, que costó media tarde sacar aquello del muro. A todos les dio el canguelo porque alguno habló no sé qué de una maldición y que no se borraría jamás. Así que en algunos tramos lo que hicieron fue picar la pared para que no quedara ni rastro de sangre. Pero ha dado igual, la frasecita dichosa se ha quedado impregnada en la memoria de todos y en días como hoy cualquier mínimo evento se lee como un mal presagio.

El soldado Trebujena ve agonizar al pequeño murciélago sacudiendo sus alas contra el pico de la lanza cuando oye un chirrido extraño un poco más allá. Se acerca a la pared que da al interior de la ciudad. Por allí las casas están muy pegadas a la muralla, formando con esta una callejuela angosta y oscura. Bajo sus pies corre un soportal lleno de basura, en tiempos quizá fuera cuadra o almacén de armamento. Hoy, con tanta aglomeración de viviendas pegadas a la defensa, el soportal no es más que un refugio de mierda para el vecindario.

El soldado oye movimiento allá abajo. Aunque se asoma le resulta imposible ver qué sucede, pues tendría que sacar medio cuerpo fuera de la almena para poder ver algo del interior del soportal. Afina el oído y levanta la lanza con el murciélago

atravesado.

—Ya podías decirme tú si oyes algo con esos orejones que tienes...

En ese instante oye un golpe seco contra la muralla y un sonido de frotar contra un hierro. Se dirige a su derecha, pegado al borde, mirando la calle a ver si distingue algo. Según se acerca a un gran pendón de bandera que cuelga sobre la calle, oye algo así como un quejido sordo. El instinto le hace poner la lanza en guardia, aunque resulta ridículo que en la punta continúe el cadáver alado.

Está ya a pocos pasos del pendón y distingue claramente que el ruido viene de allí. El pendón, desproporcionadamente grande para la angosta calle, sobresale de la muralla como el bauprés de un barco, avanzadilla de una proa inexistente y desnudo de bandera desde hace decenios. Pero hay algo moviéndose ahí. El soldado Trebujena llega y ve una cuerda serpenteando sobre el hierro. Desde el suelo, bajo el soportal, alguien está usando el pendón para izar algo pesado. Trebujena se asoma hacia abajo para ver quién cojones está trabajando ahí a esas horas, y en ese momento se eleva ante él, colgado por los pies, boca abajo, un cuerpo desnudo y completamente lleno de sangre.

... Que estira un brazo hacia él implorándole ayuda.

—¡A mí la guardia! ¡Socorro! —grita Trebujena dando un paso atrás.

Pero ahora distingue los gemidos provenientes del cuerpo colgado. Se fija en que tiene anudada la cabeza con un pañuelo pringoso de sangre, lo que le impide abrir la boca y respirar. El soldado quita el murciélago trinchado en la lanza y alarga esta hacia la cabeza del hombre para intentar quitar el pañuelo y aliviarle hasta que llegue la ayuda. El colgado mueve la mano que tiene libre espasmódicamente.

—¡Tranquilo! ¡Estoy ayudándote, desgraciado!

A pesar de los braceos del hombre, Trebujena consigue enganchar el pañuelo y tira de él hacia sí, liberando la cabeza. En ese momento los huesos del cráneo se le abren como una caja de música y dejan salir velozmente los sesos de dentro, dejando a su dueño con los ojos y la boca abiertos en desgarradora tensión.

El soldado Trebujena grita con todas sus entrañas; coge fuerza y sigue gritando hasta que siente que se le escapan los ojos de las cuencas. Chilla partiéndose el gaznate dejando salir por abajo todo lo que lleva en el vientre.

Tras unos segundos colgando, los sesos del muerto se sueltan, impactando contra el suelo de la calle con un ruido viscoso.

Allí quedan para siempre los sueños perdidos del caballero Sabino Irrazu.

Unos gritos desgarradores levantan a doña Rosa Aguilar de la cama. Los reconoce enseguida y acude a la carrera por el corredor del patio. No quiere que las criadas lleguen antes y le vean en esa situación. La casa del corregidor enseguida se llena de luces. Además, desde el patio, se oyen los ruidos en el exterior, correr de armaduras y voces de guardias. Pero a doña Rosa le da igual, solo quiere llegar al cuarto antes que

nadie y cerrarlo por dentro.

Cuando entra en la estancia encuentra a Felipe Aguilar medio caído de la cama, todo meado, sudoroso y llorando. La mira aterrado, pero no la ve. Ella se da cuenta de que sigue dormido.

—Chsst... Felipe, ya está... ya pasó, mi niño...

—¡Los niños... la cabeza... está reventada... está muerto! ¡Están muertos todos!

Juana llega escoltada por el Barquero y el Flecha. Trujillo ya está en el lugar y ha mandado a buscarla confiando solo en los suyos. Juana no quiso quitarse las ropas ni echarse a dormir porque temía que algo fuera a pasar y quería estar preparada. Había dedicado su tiempo al estudio y a emborronar uno tras otro papeles sin orden. Cuando oyó los pasos en el patio del palacio supo enseguida que venían a por ella y no les dio tiempo a golpear en la puerta. Salió llevando la capa a medio poner enterándose por el camino del drama terrible que había sucedido dentro de la muralla.

Pero ahora que ha llegado a la callejuela, iluminada por antorchas y repleta de soldados que miran ceremoniosos aquel cuerpo colgado, siente que preferiría no haber salido de la panadería de San Telmo. Nota la náusea de nuevo, la visión de la locura del hombre matando a otro hombre. El sinsentido de la crueldad. La certeza de que uno ha disfrutado haciendo sufrir a otro y se deleita mostrándolo, infundiendo el terror en el resto. Percibe el éxito de ese asesino en el aire, en el olor que despiden todos los que están reunidos, mirando ese despojo de hombre colgado de un pendón de bandera.

Ese olor que tan bien es capaz de detectar Trujillo, en el medio del círculo de soldados, brazos en jarras, esperando por el padre Fiz, rabiando por su mala suerte, por sus errores y escupiendo en el suelo porque todo, todo, está yendo de mal en peor.

Juana entra al círculo y trata de serenar su revoltijo para analizar correctamente la puesta en escena. Del pendón cuelga el cuerpo boca abajo con la sangre aún fresca. Se aprecian los mismos círculos en la piel y otros rayajos imposibles de descifrar desde donde está ella. Un brazo permanece atado a la espalda mientras el otro parece apuntar hacia sus sesos perdidos rodeados de sangre roja en el suelo.

—Estaba vivo cuando le subieron.

—¿Cómo es posible?

—Le partieron el cráneo, pero lo mantuvieron sujeto en su sitio con un pañuelo anudado. El guardia que lo descubrió se lo quitó y, zas, se le vació la cabeza. Es aquel soldado de allí. —Señala a Trebujena, llorando en un extremo—. Se siente culpable.

—No hay motivo. No tenía ninguna posibilidad de sobrevivir con el cráneo así.

—¿Os dais cuenta? Esta vez el asesino le hizo todo eso en vida...

—Nuestro demonio vengador se está haciendo cada vez más sutil. Primero aprendió cómo llamar la atención. Ahora va perfeccionando su manera de matar.

—Lo peor es que estuve a punto de capturarlo esta noche.

—Dios santo. ¿Cómo?

El capitán le resume la infausta experiencia en la casa de Inés de la Vega, que impacta a Juana en una mezcla de sensaciones. Finalmente, después de estar en la panadería, el capitán se decidió por visitar a esa mujer. ¿Qué hace turbándome la mente esto ahora? Basta, piensa Juana. Se concentra de nuevo en lo inaudito de la acción de Ventura. Trujillo se lamenta de no haber tenido allí vigilancia permanente.

—No lo penséis, capitán. ¿Quién imaginaría que fuera a atacar al crío? Él lo salvó de la muerte. Esto no tiene ningún sentido... —Juana de repente cae en la cuenta—. ¿Dónde están nuestros dos espías?

—Ese es otro fracaso de la noche, padre. Los dos están desaparecidos. O al menos el chaval, pues por ahí llega el otro...

Simón está subiendo la calle en desesperada carrera. Se para jadeando al ver las antorchas, los soldados y el cuerpo que ya está siendo descolgado del pendón. Cae de rodillas hundido, apretando los dientes. Todo, todo, puede ir a peor.

—Y aún hay un último misterio para vos, si es que seguís dispuesto a resolverlos todos.

—Estoy dudando que pueda ya con ninguno. Pero adelante, decid.

—Solo hemos dejado una puerta de paso esta noche, así que el tráfico en la villa ha estado muy controlado. Los guardas vieron salir a Ventura antes del toque de queda. Este soldado vuestro que acaba de llegar —dice, señalando a Simón— le siguió hacia el arrabal. Fue la última vez que vieron al Loco. Y yo doy fe de que era él quien entró en la casa de doña Inés a atentar contra el pequeño Germán.

Juana sigue el recorrido y le falta una pieza.

—La pregunta que os hago es muy simple, padre...

—¿Cómo entró de nuevo Ventura en la ciudad?

Quizá haya que comenzar a creer en la magia.



## 12

# LUZ

*24 de junio*

Han pasado la noche debatiendo y dando vueltas a los hechos. El vino quedó sin tocar y solo permanecieron los ojos rojos y la voz ronca. Hasta las velas se marchitaron y, durante un buen rato, solo se adivinaron entre sombras con los rescoldos del brasero. Como al inicio de la noche, la panadería fue el refugio del falso cura y del capitán, al resguardo del drama que se precipitaba fuera como la llegada frenética del amanecer.

—Nunca me sentí tan perdido. Estoy acostumbrado a lo sangriento, por decirlo de algún modo. Pero las pasiones humanas no son lo mío. Mi oficio es más sencillo, no entiendo las intrigas palaciegas ni... esto.

—Pero decíais estar acostumbrado a ver sangre...

—En noble disputa he visto de todo. Pero esta maldad... No, esto no lo he visto. Pero en esta parte del mundo la vida vale menos que en Castilla, Fiz. Y en La Ciénaga... parece que la muerte la regalan.

—Esto no es la obra de un loco.

—Ya sé que tenéis la teoría de que Ventura...

—No me refiero a eso. Digo que esto no son delirios de iluminado. Una mente desordenada no planifica. Y lo que hace con los cuerpos...

—Todos están igual de machacados...

—Pero no de la misma forma. Uno con las manos cortadas; otro, una oreja y un pie; este tiene la cabeza partida...

—Decíais ayer que la forma de matar es una suerte de mensaje.

—Es una venganza, ¿recordáis? «El pago merecido». ¿Qué hizo Sabino para que le abrieran la cabeza? ¿Qué hizo su hermano con las manos para acabar con ellas en sitio tan impúdico? ¿Por qué Germán de Val sujetaba la oreja de su esposa?

—Todos los muertos eran hidalgos del cabildo...

—Sin duda hay que llamar a esa puerta. —Y mira la flecha luminosa que comienza a entrar por la ventana—. Se nos ha hecho de día, Juan. Veamos si nos trae luz.

Trujillo sonrío melancólico.

—Anoche me comporté de forma lamentable aquí mismo, en vuestros aposentos. Pretendía que el vino curara mi debilidad, como si no tuviera ya edad para saber que

solo trae malos despertares. Me arrepiento de ello. —No sin dificultad, se levanta de su silla para marcharse. Se acerca a Juana—. Pero me alegro de que aun así continuéis llamándome por mi nombre.

Trujillo pone su mano nervuda sobre el hombrito huesudo de ella. Casi a oscuras, con las mejillas ardiendo al calor espesorro del carbón del brasero, Juana respira sintiendo que este momento no lo va a poder olvidar.

Juana le acompaña por el patio hasta la calle solo por estirar las piernas. En la puerta, un viejo mendigo está pidiendo afuera, con un trapo en los ojos quemados.

—Este es nuevo, padre. Se os acumulan los pedigüños en la puerta.

—Ya estaba esta madrugada cuando volvimos. No le había visto hasta hoy.

—Veámonos en el cuartel en la mañana, padre. Descansad.

Trujillo desaparece y Juana va a disolverse en el interior del palacio cuando oye la voz escasa del ciego.

—Excelencia..., por favor...

—¿Me llamáis a mí?

Juana se acerca hasta el hombre, que alarga la cabeza como para intentar olfatearla.

—Por favor, necesito hablaros.

—¿Sobre qué asunto, buen hombre?

—Sobre el joven Blas, al que vos tanto apreciáis.

La casa, en la parte más popular de la ciudad, son dos estancias pequeñas y un piso arriba que Juana no llega a ver. Todo es de una sencillez al límite de la miseria, aunque es significativa la limpieza impoluta del lugar. El ciego se sienta en el suelo en el cuarto de la entrada y deja a Juana entrar en el segundo.

En un camastro desvencijado, cubierto con una vieja capa, tiritita Blas, hinchado y ensangrentado. Juana, impresionada, abre la ventana de la habitación y se sienta frente a él usando un pequeño cubo.

—¿Qué te han hecho, muchacho mío? ¿Puedes hablar?

—Sí, padre... Pero me duele...

Juana levanta la capa y le hace una rápida exploración, tocando aquí y allá para descubrir heridas abiertas bajo la sangre seca.

—¿Dónde puedo conseguir agua y trapos?

Blas levanta el brazo señalando fuera. Juana trae un cántaro de la puerta y busca entre la ropa apilada con orden sobre un pequeño baúl una camisa que raja para formar vendas. Lava las heridas más notorias con precisión y cuidado, y busca dentro de un jubón que ha traído unos emplastos en cuencos tapados con lienzo. Se los aplica con dulzura.

—Esto te aliviará. Afortunadamente en el palacio había algunos remedios. Cómo lamento no haber atendido antes a tu amigo en mi puerta. —Blas le sonrío

aguantando el escozor del unguento—. No puedes estar con la ventana cerrada. Lo peor para estas heridas infectas es la humedad. Debe correr el aire fresco y que se te sequen de forma natural. Por suerte, tienes una cama para descansar.

—Aquí duerme él habitualmente. Yo duermo en el otro cuarto, en el suelo. Ha sido muy gentil cediéndome su sitio esta noche.

—¿Compartís esta casa? Creía que vivías en el cuartel.

—No, desde que llegamos a la colonia vivo aquí, así puedo cuidar de él.

—Pues ahora le va a tocar a él devolverte el servicio.

—Me pondré bien enseguida, soy muy fuerte. Y gracias a estas heridas se me quitará la cara de niña.

Juana sonríe con el optimismo del chaval.

—¿Qué pasó, por qué estás así?

—Vigilaba cerca de la casa de Sabino Irrazu y fui atacado.

—¿Quién lo hizo?

Blas guiña los ojos y piensa.

—No lo vi.

Juana chasquea fastidiada.

—Recibí el golpe por sorpresa y a partir de entonces todo fue... dolor y oscuridad.

—Eso significa que has estado muy cerca del asesino, jovencito.

—¿Ha... vuelto a actuar?

—El señor de Irrazu fue salvajemente asesinado anoche.

—¿Estáis diciendo que yo pude haber muerto también?

Juana niega con la cabeza.

—Pudiendo hacerlo, decidió no matarte. No eras su objetivo.

Blas pierde su mirada en la ventana. Juana piensa.

—Solo quería vía libre para poder actuar.

Juana mira el vacío a su alrededor.

—¿Tienes para comer?

Blas afirma.

—No temáis. Wenger se ocupará.

Señala al otro cuarto, donde el ciego sigue sin moverse.

—Nos debemos mucho, padre. Sobrevivimos a las durezas de la selva apoyándonos el uno en el otro...

»Os contaré mi historia. Wenger y yo formamos parte de una expedición que, partiendo de Santiago de Cali, pretendía llegar a la mar Caribe buscando nuevas rutas a través de la selva. Aquel lugar lejano tiene muchas encomiendas y riqueza, pero está en continuas disputas con Santa Fe de Bogotá, al este. Necesitaban buscar otras rutas para no depender exclusivamente de aquella provincia. Le encargaron la misión al más arrojado de sus hacenderos, el capitán Martín Galaz, que Dios le tenga en su gloria. Escogió para su misión a varios alemanes que habían establecido allí colonia

desde tiempos del rey Carlos y que eran reconocidos por sus habilidades en orientación y guía. Como hombres de baquía no tenían igual en toda Castilla del Oro, os lo aseguro, y Wenger era el mejor de ellos. Yo me apunté a la expedición, pues era la forma de merecer más; fui allí como novicio y nunca llegué a tomar los votos, pues murieron los religiosos que me educaron. Sin dinero ni hacienda, ¿qué me esperaba en esas tierras? En cambio, la expedición prometía recompensas para todos si abríamos con éxito ruta hacia el norte...

»Pero el viaje fue una pesadilla. Las fiebres y los indios se cebaron con nosotros a lo largo del camino. Tuvimos la desgracia de perder buena parte de los víveres en un desprendimiento del terreno, subiendo una montaña. Según veía caer aquellos mulos cargados de bultos, arrastrando con ellos a varios hombres, golpeando contra las rocas una y otra vez durante incontables segundos, pensé que morir como ellos sería lo menos terrible que podía pasarnos. Y estaba en lo cierto.

»Durante meses pasamos terribles hambres y sufrimientos. Estábamos lo suficientemente lejos de casa como para que no compensara volver, pero con el accidente habíamos perdido nuestros aparejos para orientarnos y la lluvia constante impedía tomar referencia del sol o las estrellas. A eso se añadieron las enfermedades, que nos diezmaron y paralizaron en mitad de ninguna parte. El mejor de nuestros baquianos, Wenger, discutió con el capitán Galaz sobre el camino a escoger, pero este impuso su jerarquía y de forma funesta nos dirigimos por un valle escarpado que nos abocaba a cruzar un río de oscuro color marrón. Imposible volver atrás, a subir aquella pared: solo podíamos continuar hacia delante.

»Según avanzábamos por el agua, descubrimos que se trataba de un nuevo error: lo que creíamos que eran troncos de árbol que traía la corriente resultaron ser caimanes. Nadamos y corrimos cuanto nos permitían nuestras fuerzas, pero no podéis imaginar lo rápidos que son esos monstruos, padre. Aún puedo oír las voces de nuestros compañeros implorando ayuda con los miembros amputados por las bestias. Se quedaban varados, agitando los muñones, y al olor de la sangre, acudían varios lagartos más y los despedazaban a bocados. Veintiocho entramos en el agua unos minutos antes. Solo salimos dos.

Juana no podía imaginar que este muchacho de rostro angelical hubiera podido vivir tantas penurias. Acaricia su cabello compasiva.

—No os apenéis por mí. Fue terrible, pero con todo, no puedo quejarme al Señor de esa desgracia. Los caimanes solo hicieron lo que saben: comer cuantas piezas sean capaces de cazar. Os aseguro que he visto a hombres ejercer la violencia de forma igual de salvaje, pero con motivos del todo banales. Y eso sí genera un dolor que ningún reclamo a Dios puede calmar.

—Me da lástima que a tu edad hayas llegado ya a conclusiones tan pesarasas sobre la vida.

—También entre los hombres existe la piedad y la alegría, y eso no lo encontraréis en las bestias de la selva —tercia Blas con cierto agrado—. Por fortuna,

nosotros dimos con un buen ejemplo de ello. Al subir de nuevo desde el valle, Wenger y yo, destrozados por todo lo vivido, dimos con un poblado indio que nos acogió con generosidad. Gracias a ellos nos recuperamos antes de continuar viaje.

»Y entonces vivimos la penúltima de nuestras desgracias: el líquido de un árbol venenoso escurrió sobre los ojos de Wenger mientras descansaba y quedó ciego desde ese instante. Como pudo me indicó lo que debía hacer para buscar el norte y así llegamos, tras incontables días y sin apenas suela en nuestras botas, a lo alto de las montañas que rodean esta bahía. Lloramos por nuestra fortuna, la buena y la mala, y nos instalamos aquí, pues era imposible pretender volver en nuestra circunstancia.

»Una piadosa mujer, doña Antonia Mestre, nos acogió en esta casa. Pero estaba muy enferma, y enseguida supe que debía procurar medios para cuidar de ambos. Gracias a mi formación pude ayudar a don Sancho en su trabajo de regidor con los archivos, como ya os conté en cierta ocasión. Y después, recomendado por él, pedí ingreso en el ejército.

»Ya sabéis que mi estancia aquí no está siendo mejor que entre los caimanes, pero al menos traigo pan para cuidar del ciego Wenger. Doña Antonia murió hace meses y aún debo las costas de su entierro. Qué cruel es la vida con los piadosos, padre.

—Los puros de corazón como tú tendréis recompensa en el Último Día, muchacho.

Qué otra cosa absurda podía decirle, piensa Juana.

—Lo sé, padre, gracias. Pero decidme: ¿en esta vida reparte el Señor también algo de justicia para los puros?

Juana besa la frente del chico solo para ocultar sus lágrimas.

Cómo añora todos esos años de inconsciencia encerrada en su biblioteca. Ahora que está al aire libre se encuentra en una prisión mayor.

—Un consejo de amigo, Fiz: creo que se os nubla la vista con el Loco Ventura.

Después de un contundente desayuno y algo de higiene, Juana ha vuelto a reunirse con Trujillo en la puerta del cuartel. Ahora cruzan el patio camino del edificio principal.

—Capitán, no os dejéis llevar por la corriente. Ventura pudo haber matado al niño allá en el camino, junto a sus padres. Pudo dejarle morir en aquel templo; pero decidió contarme dónde estaba. Poneos en su lugar. ¿Por qué entonces venir a matar al niño a la ciudad, poniendo en riesgo su propia vida?

Trujillo lo intenta, pero solo sabe ponerse en su propio lugar.

—Porque obedecía órdenes.

—Adoro obligaros a pensar. Me demostráis que no sois tan zoquete como el resto.

—Nunca sé si me estáis insultando o alabando.

—No malgastéis vuestro seso en ese debate. Ventura obedecía órdenes; ergo el misterioso Amo que dirige los pasos de nuestro loco aparece de nuevo. Ventura anda

errático por el arrabal buscando quien le regale un trago. Le encierran para dormir y, de forma mágica, alguien le libera de la leñera. ¿El Cangrejo? ¿El indio Palito?

—Fiz, ¿y nuestro soldado...?

—¿Simón Lobato? Siendo correctos con el cuadro de hipótesis habría que incluirlo en la lista, pero admitamos que aun siendo fullero, mangón y todo lo que queramos añadir, podría gozar de nuestra confianza después de todo lo que ha hecho en estos días. Dejadme seguir recreando los pasos de Ventura. No tenía ningún plan al salir del cuartel. Si fuera así, ¿no habría pasado por la casa de doña Inés en algún momento del día? No merodeó por allí antes, ni siquiera cuando anocheció. Estuvo en el burdel reponiéndose y después fue a emborracharse al arrabal. Y en mitad de la noche, encerrado en la leñera, tiene una iluminación. —Y extiende las manos a partir de sus ojos cómicamente—. Y por arte de magia, su demonio le abre la puerta para ir directo a por el niño... Fracasa, gracias a vos, pero también a causa de vuestro estado (justo es decirlo), consigue escapar. Y queremos que (nuevamente por arte de magia) aparezca en la otra punta de la ciudad, colgando a Sabino Irrazu del palo de la bandera. Si el cabildo (o lo que queda de él) cree a Ventura capaz de acabar con un hombre como Sabino y colgarlo él solo de aquel pendón, es que sin duda alguna la magia existe.

»Por mi parte, tiendo a creer que ese otro que le domina, más real que fantástico, le mandó a visitaros a casa de vuestra amiga mientras él establecía relaciones, digamos que poco amistosas, con el señor de Irrazu. Dos ataques al mismo tiempo es una buena forma de debilitarnos, capitán. Me pregunto cómo conseguiría sacar a Irrazu de su casa en plena noche...

—Primero atacó a nuestro soldadito, el tal Blas...

—Es probable, pero para ese hecho yo contaría también con otra posibilidad: el propio Sabino. Blas ya le había interceptado a lo largo de la tarde. Puede ser que le viera merodeando por la casa y decidiera atacarle para poder salir sin testigos. Hay que recordar que su objetivo era acabar con Ventura. El desgraciado no contaba con ser él la pieza en vez del cazador. Lo cual querría decir que no contaba con otro asesino más que el propio Ventura. —Y resopla guasona—. Demasiadas conjeturas...

—¿De dónde habéis sacado esa forma de pensar, Fiz?

Juana le mira inquisitiva según se quita el manto de la cabeza y entran en el edificio. No tiene claro si el capitán habla en serio o la está pinchando.

—Como inquisidor me resultáis muy peculiar, tengo que admitirlo. Habláis más como hombre de ciencia que como perseguidor de esta.

—Creo que tenéis una idea tergiversada de mi cometido. Persigo la herejía, no la ciencia.

—¿Os gusta ese cometido?

Juana aprovecha que suben escaleras para evitar que Trujillo vea cómo busca excusas.

—No es potestad mía elegir lo que me gusta o lo que no. Soy un soldado de

Cristo.

—Vamos, que no os gusta.

—¿Acaso a vos os gusta matar en la batalla? ¿Os place llevar prisioneros a la horca o saquear villas para llenar el bolsillo de vuestros soldados? Pero también respondéis a un orden superior.

Trujillo acepta el envite. Se revuelve con una sonrisa.

—Yo cumplo con mi deber, como hice ayer en el manglar. Pero cuando alcé mi espada ante esos maleantes, podía optar por hacer daño con el puño o matar con el filo. Nadie en el reino vendría a pedir cuentas por mis actos. Solo yo y mi conciencia. Y os aseguro que nunca me tembló la mano empuñando mi espada. ¿Podéis decir vos lo mismo?

Y Trujillo aprovecha un descansillo para mirar a los ojos a Juana.

—No. —Y lo dice con tanta seguridad que le deja seco—. Claro que mi mano tiembla. La duda es esencial para el conocimiento. Tengo que dudar para hacerme preguntas. Sin dudas podéis golpear, pero mejor que no os preguntéis si quien tenéis enfrente lo merece o no. Porque entonces vuestra conciencia os golpeará a vos con más fuerza que el filo de otra espada.

O por lo menos es lo que ella desearía que le pasara a tanto inquisidor que la ha señalado con el dedo. Trujillo le sonrío y retoma las escaleras dándole una palmadita.

—Vamos, padre. Solo os tiraba un poco de las faldas.

Juana resopla centrándose de nuevo.

—Si no salimos del terreno hipotético, jamás resolveremos este entuerto. Y todo son dudas: pongo en duda que Ventura fuera capaz de acabar con Sabino en solitario, aunque indudablemente fuera el reclamo para la víctima. Pero tampoco tengo datos para negar que sea el asesino. Ni siquiera para negar la existencia de hechos sobrenaturales, dada su sorprendente aparición intramuros cuando se le había confinado en una leñera en el arrabal. Ojalá seamos capaces de encontrarlo antes de que cometa más barbaridades. Mientras tanto, haremos bien en preguntarnos qué es lo que une a todos estos hidalgos muertos con un villano tan lleno de sorpresas como el Loco Ventura.

Han parado en la puerta de la sala del cabildo y Trujillo va a traspasarla cuando Juana le detiene.

—Juan, ayer en el manglar, ¿matasteis a alguien?

Trujillo dibuja algo entre una sonrisa y un mal sabor de boca.

—Como os he dicho, todo en mi vida es más sencillo que en la vuestra, donde dedicáis tantos esfuerzos a decidir la frontera entre el bien y el mal. Para mí esa frontera la marca mi espada. No creo que queráis saber qué hicimos ayer en el manglar. Solo que ganó el bien.

—Y después bebisteis para olvidar cómo.

Trujillo desdibuja la sonrisa. Entran en la sala.

—No conviene andar con secretos, señores. Ventura, solo o con cómplices, se ha vengado de varios hidalgos de la colonia, casualmente todos miembros de este cabildo. Pido a vuestras mercedes que si tenéis algo que contar, lo digáis ahora, antes de que nuestro vengador acabe con toda la administración de San Sebastián de la Ciénaga.

Silencio. En la sala del cabildo, Osuna, Manosprietas y el corregidor Aguilar escuchan en sus lugares habituales. Trujillo atiende, paseando como bicho enjaulado. Juana en su lugar sombrío escruta a unos y a otros. Se nota un espacio vacío por la ausencia de Irrazu. El corregidor carraspea.

—No puedo imaginar a qué os referís, padre.

—¿Cometisteis alguna injusticia con ese desgraciado de Ventura? ¿No le echasteis de la compañía? Quizá se sintió herido y planeó una venganza...

—Se sintió liberado cuando le dimos licencia —argumenta Manosprietas—. Actuamos de buena fe viendo que era inofensivo, y no tenía sentido castigarle por sus continuas faltas cuando su cabeza iba a negarse a aprender.

—Entonces, ¿qué puede haber transformado a esa alma inocente en tan salvaje vengador?

Silencio. Juana observa las manitas de Manosprietas, ya ha aprendido que las frota repetidamente en muchas situaciones solo para ocultar otros tics. Ahora está guiñando el ojo izquierdo sin parar. Algo esconde. El Oso, sentado en su esquina, sigue tan sombrío como los últimos días. Juana insiste con Lope Aguilar.

—Sabino Irrazu os convenció para liberar al Loco de la prisión, ¿no es así, señor?

—Tenéis razón, y debí hacer caso a vos y no a él. No sabéis cuán arrepentido me hallo.

—Es tarde para eso, pero aun así la responsabilidad es del propio Sabino Irrazu, no vuestra. Él medró para convencerlos, él lo liberó contra la voluntad del capitán Trujillo y la mía, él trató de atentar contra el Loco y él salió escaldado.

—¿Qué decís, padre? ¿Pretendéis que quiso matar a Ventura? Era un caballero...

—Seguimos en secreto a ese caballero ayer y os aseguro que sus intenciones eran de todo menos buenas.

Los regidores se remueven en sus asientos.

—Esto es una indignidad —chilla Manosprietas—. ¿Quiere eso decir que nos espiaréis a cualquiera de nosotros si lo consideráis oportuno?

—¿Debiera hacerlo, señor Sancho?

Manosprietas se muerde la lengua.

—En todo caso, ¿de qué sirvió? Ventura acabó matándolo a él.

—Desgraciadamente consiguió sortear nuestra vigilancia, que era escasa —responde Trujillo.

—¿Nadie en lo que queda de este cabildo sabe por qué el señor Sabino Irrazu quería matar a quien posiblemente ha sido su asesino? —Juana inquiere a Sancho Manosprietas—: Señor Sancho, algo une a estas personas con el Loco Ventura y vos,



como regidor de la colonia, lleváis registro de todo lo acontecido aquí, y según he oído sois bastante meticulado.

—Dudo de que haya en los registros evento alguno en el que Ventura y las víctimas coincidan. Podéis comprobarlo vos mismo.

—Lo haré.

La respuesta sacude como una bofetada a Manosprietas.

—Cuando... cuando digáis.

—Estamos en un momento crítico —tercia Lope Aguilar—. La Ciénaga se enfrenta al desgobierno, como bien dice el padre Fiz. Propongo que busquemos entre los encomenderos y entre los señores retirados quien venga a sustituir a...

—No vamos a llamar a nadie. —La voz del Oso, atronadora y lenta desde su esquina, se oye por primera vez.

—¿Qué decís, Osuna?

—No debemos responder al caos con más caos. Hemos de resolver esta situación antes de renovar los puestos del cabildo. Meter otras voces en esta sala solo creará más confusión.

—Estoy de acuerdo —se atreve a proponer Manosprietas.

La impertinencia de Osuna no tiene respuesta por parte del corregidor y el pequeño Manosprietas se apunta al carro. Trujillo observa con pesar la situación y se lamenta de la debilidad del corregidor ante sus ayudantes.

—¿Y cómo pensáis que hemos de salir de esta?

—Actuando con fuerza, que es lo único que no hemos hecho hasta ahora —continúa tronando el Oso—. Para eso pedimos ayuda a Ciudad de Panamá.

—Instauraremos un toque de queda hasta que encontremos a Ventura —contesta Trujillo, controlando su irritación—. Las puertas están cerradas desde ayer y solo se pasa con santo y seña; se quedarán así hasta que hayamos registrado casa por casa. Si ese hombre consiguió salir al arrabal, pasaremos este a sangre y fuego si es preciso. Un tarado no va a poner en jaque a toda la ciudad.

—Ya lo ha hecho, capitán —tercia Osuna.

Juana está deseando saber qué hay detrás de toda esa contundencia. El secreto de Luis de Osuna no va a tardar en desvelarse.

—¿Qué haces aquí, soldado? No eres bienvenido esta mañana.

—Anda, Bejarana, no me martirices, que bastante tengo ya encima.

Simón ha aparecido en la casa azul con bastante poca gana. Pero esta vez no viene como marrajo, sino como oficial del cuartel.

—Te están esperando ahí fuera —dice la Bejarana, metiendo la cabeza en el cuarto de Marina. Y viendo el panorama que hay dentro, no le queda más remedio que entrar.

Marina se ha pasado la noche llorando y no parece que el día discurra de otro

modo. Al menos hasta que la Bejarana entra en la habitación con su tornado entre las manos apagando velas, abriendo ventanas y recogiendo ropas. Marina continúa hecha un ovillo sin querer hacer caso y la alcahueta se sienta en la cama y le aparta el pelo de la cara.

—Está ahí fuera.

—No quiero verlo.

—Ya has pasado una noche de duelo; más de lo que se merece ese tagarote. Si quieres seguir disfrutando de tus aposentos, levanta ahora mismo de ahí. Si tan enamorada estás que no tienes fuerzas, anda detrás del barro que pisa ese macho y no vuelvas más, que ya me buscaré yo a otra que ocupe este cuarto.

Eso es ser cariñosa. Da gusto vivir en casa de la Bejarana, siempre tiene una patada en el culo cuando una lo necesita. Marina se viste y se lava la cara y sale a verle la cara a Simón, que anda como perro buscando su cola.

Ni hablarle; Marina solo levanta la barbilla en un desafiante «¿Qué quieres?». Simón otea el horizonte: no es que Marina esté poco amigable, es que el corifeo que limpia y sacude la casa le mira como a punto de clavarle un buen puñado de cuchillos. Vaya plan.

—Tengo orden de llevarte al cuartel.

—¿Estoy detenida? Ven a ponerme las cadenas si te atreves.

—El padre Fiz de Talaván desea hacerte unas preguntas. Agradecerá mucho que acudas a contestarlas.

Marina tiene un ataque de risa.

—Ya decía yo. Deberías dejar el cuartel; te pasas el día oficiando de monaguillo.

Se da la vuelta regresando a su cuarto entre las risas de sus compañeras. Simón toma aire tragándose todo el escarnio; es lo que toca en un día como hoy. Marina se va quitando la camisa por el camino y antes de entrar en su cuarto se gira, enseñándole las tetas.

—Voy a ponerme elegante para el Páter Penumbra. Tú espérame en la calle; la casa está cerrada a estas horas.

Simón se tuvo que tragar todo el camino mirándole el culo a Marina, porque lo que es la cara no hubo forma. La chica iba tres pasos por delante de él y no permitió que ni por un momento se pusiera a su altura. Así han llegado hasta el cuartel y eso es todo para Simón, que pasea dando patadillas en la arena y lanzando miradas revenidas a la ventana donde supone que están las dos mujeres que más lata le han dado en su vida, y en menos tiempo.

—Ese hombre del que me habláis tiene terribles tribulaciones. —Marina habla precavida y guardando más rabia aún contra el tontolaba de Simón, que le ha largado a este cura lo que vio anoche en su cuarto—. Pero creo que no seré capaz de contaros nada sin confesar mil y un pecados.

—Mujer, la lista de pecados que tendrías que confesarme superaría el tiempo del que dispongo. Cuenta sin tapujos lo que se refiere a ese caballero y ya veremos de qué te absuelvo.

—Me pregunto si es que queréis más bien enteraros de cosas sucias por mi boca...

—Otra insolencia así y te meto en el calabozo.

—Perdonadme, señor. Cuando me vienen hombres como vos suelen traer inquietudes menos profundas, no sé si me explico.

—Estoy perdiendo el tiempo contigo. Voy a llamar a los guardias y que te bajen.

Y Juana culmina su actuación dirigiéndose hacia la puerta. Marina se pone en pie estirando el brazo.

—¿Hablarás?

—Sí, padre. Solo os pido que correspondáis la confianza que voy a mostraros con un poco de discreción. En el fondo, me estáis pidiendo que revele mis secretos de alcoba. Para usted sería un pecadillo, pero en mi caso cantar me puede costar el cuello.

—Lo comprendo. Seré discreto.

—Yo he conocido a muchos hombres con muchas cosas raras entre las piernas —comienza Marina—, y os parecerá una mandanga, pero yo pienso que lo que uno lleva en la bragueta es lo que lleva en la mollera, no sé si me entendéis. Si el hombre es alegre o despreocupado, en la cama también lo es; si es un borrico, pues como un animal se porta; si es tontolínato...

—Es una teoría interesante que imagino tendrás demostrada empíricamente. Avanza.

—Pero lo del señor de Osuna yo no lo había visto nunca. Ese hombre tiene... está... no sé cómo decirlo. ¿No puede abrir la ventana, padre? No se ve ni mosca.

—No hay nada que ver. ¿Te refieres a su forma de practicar el acto?

—No, me refiero a su badajo, para hablar claro, y después vos me perdonáis. Él está siempre listo para hacerlo. Y cuando digo siempre, digo todo el tiempo.

—¿Y eso es un problema? —añade Juana con ignorancia inocente.

—No os podéis imaginar su sufrimiento. Es incapaz de vencer el deseo. No viene a mí a satisfacer placeres. Lo que necesita es aplacar esa furia como sea.

—Príapo redivivo...

—Amén, padre. —Marina se santigua sin entender—. Pero casi ningún día le sirven mis atenciones. En cuanto termina, se mira de nuevo ahí abajo y otra vez está ardiendo. Y vuelve a empezar, y solo el vino y el agotamiento pueden con él a altas horas. Mientras tanto, os aseguro que su mente se nubla y pierde la razón.

—Y según tu teoría, algo pasa en su cabeza que lo justifica...

—Un secreto horrible sucede en su vida. Creo que es terriblemente infeliz y pasa sus días ocultándolo. Nunca me ha contado qué es.

—¿Y sabes si esto lo hace con otras mujeres?

—Con la suya no, eso seguro.

—¿Cómo estás tan segura?

—Nosotras sabemos esas cosas.

—¿Y con otras?

—De la casa azul, no, padre. Solo yo estoy en el secreto.

—Dices que corres peligro por ello.

—Su criado el calvorota me rebanaría el pescuezo como a un calabacín. Osuna me necesita, pero también me amenaza. Y paga muy bien por ello. ¿Qué os interesa de ese caballero?

Juana duda un momento, entre las sombras.

—Tienes suerte de recibir recompensa. Otras no son tan afortunadas.

Marina adivina en un instante.

—¿Creéis que es él quien asusta a las mujeres por la calle?

—¿Te extrañaría si lo fuera?

—He visto en la puerta de San Telmo a Ana Galinda y a su madre. Les compramos el pan desde siempre. Si me decís que Osuna es quien abusó de esa moza, os aseguro que yo misma le cortaré el pijo a ese gurdo cabrón la próxima vez que venga a...

—Basta, basta, modera tu lenguaje. Yo me encargaré de la desdichada Ana.

—Perdonadme, señor. —Y se santigua repetidas veces; pero Marina ahora ve al Páter Penumbra de otra manera—. ¿Pero estáis dispuesto a meteros con el señor de Osuna? Como se nota que sois un recién llegado.

—En este lugar apartado del mundo no vale con el castigo de Dios. Te aseguro que mientras yo esté aquí, quien la hace la pagará, y será en la Tierra.

Juana se dirige de nuevo a la puerta y la invita a marcharse. Ya casi con un pie fuera, Marina se vuelve en confidencia.

—Quizá os interese saber algo más sobre el señor de Osuna.

—Las damas aún no ha llegado al patio, padre. Habéis venido muy temprano a la tertulia.

—No es la mía una visita de cortesía. Venía a hablar con vos.

El Oso se muestra incómodo a solas en presencia de Fiz de Talaván. Parece no encontrar en qué registro abordarle y cambia de color como un pulpo a cada minuto. La hacienda se encuentra ahora en plena actividad y el servicio invade patios y habitaciones en algarabía de limpieza. Osuna y Juana pasan al despacho, donde ella rápidamente localiza un baúl oscuro al lado de una puerta que da al exterior de la finca.

—¿En qué puedo ayudaros? ¿Habéis encontrado ya a vuestro loco?

—No parece preocuparos mucho.

—A ese habrá que echarle un galgo. Le hemos dado puerta y habrá escapado al

monte con sus amigos los salvajes.

—Dios lo quiera. Pero entonces quedará para siempre el misterio del porqué de estos asesinatos.

—Si no vuelven a pasar, puedo vivir en la ignorancia. ¿Vos no?

—¿Creéis de verdad que ya no habrá más? Si yo fuera miembro del cabildo como vos, estaría algo más preocupado.

—¿Por qué habrían de matarme a mí?

—Todos los muertos lo son.

—Ya lo dijisteis, pero en verdad yo no encuentro la razón.

—También podríais ser el asesino.

El Oso explota a reír con su estruendosa voz.

—Si fuera yo, me habría librado del puñetero de Manosprietas en primer lugar. Aunque nunca es tarde... ¿Un poco de vino, padre?

—Os lo agradezco. Todo es proponérselo. En este momento, un asesino en este lugar es alguien muy poderoso. *Eritis sicut dii*, ¿no creéis?

—Sí... Digo yo que sí. —Osuna acerca la copa sin mucha seguridad en lo que dice.

—Es hermoso ese baúl. ¿Es de un artesano local?

Osuna se pone nervioso ante la sola mención.

—Sí... Creo que puedo recomendaros al maestro.

—Está bien labrado, ¿para qué lo usáis en este despacho?

—Nada en especial. Algo de abrigo.

—Extraño que tengáis ropa almacenada en vuestro lugar de trabajo.

—A veces salgo por esta puerta a ver los cultivos y así tengo una capa a mano.

—Muy práctico. ¿Me dejáis verlo por dentro? Necesito encargarme un cofre para mi estancia y tengo que valorar las calidades.

Osuna está perplejo. Agarra la tapa sin dejar de mirar a Juana, que se acerca pizpireta con una sonrisa amable. El Oso abre la tapa y la mantiene sujeta, como aguardando el momento de cerrarla de nuevo. Juana se arrodilla ante el baúl, toqueteando aquí y allá con la mirada tensa de su anfitrión a la espalda.

—Excelente. Estos compartimentos son una buena idea. Dejadme que aparte este manto...

Juana mete mano en el interior y saca la capa oscura, de fuerte olor, tal como le habían descrito. En el fondo descansan un látigo y un cuchillo curvo manchados de sangre seca. Juana nota un escalofrío. Osuna, otro. Pero ambos procuran mantener las formas.

—Vaya, ¿mano dura con los trabajadores?

Osuna tarda en contestar. De pie, mirando hacia el suelo, donde permanece Juana arrodillada a su lado, la distancia resulta enorme.

—Alguna vez lo he necesitado.

—Pero los indios son súbditos del imperio, señor. No está permitido el castigo

físico.

—He oído que las misiones jesuitas no son mucho mejores.

—Lo que hay en este baúl no pertenece a ninguna misión, os pertenece a vos.

—Y yo no os he dicho que lo utilice con mis trabajadores.

—¿En quién lo aplicáis entonces?

—¿A qué habéis venido, padre?

Juana le mira desde ahí abajo; se siente aún más pequeña de lo que es. Baja su mano hacia el fondo del baúl para coger el cuchillo y Osuna lo impide bajando deprisa la tapa. Juana la sujeta antes de que cierre y le mira con firmeza.

—*Sunt mala quae libas, ipse venena bibas.*

Osuna tira de la tapa con fuerza apartando la mano de Juana y cierra el baúl con firmeza de una vez. Juana intenta no flaquear.

—Vos no sabéis latín, ¿no es cierto?

—¡No! ¡Dejad de soltarme latinajos y de hurgar en mis propiedades o me veré obligado a echaros de mi casa por muy sacerdote que seáis!

Juana se levanta de un brinco para al menos acortar la distancia entre sus ojos. En el mismo movimiento aprovecha para agarrar la manga del brazo de Osuna y tirar de él hacia arriba, descubriendo una retahíla de cortes en su antebrazo.

—¿Qué hacéis ahora? ¡Soltadme!

—Señor de Osuna, si os quitara la camisa al completo, decidme que no voy a encontrar decenas de heridas como estas.

Osuna da un manotazo para librarse.

—Soy un hombre piadoso, me mortifico en nombre de Dios. ¡Idos!

—Creo que algunas mujeres de esta colonia no estarán de acuerdo con esa definición de vos. ¡Estoy tentado de irme con los soldados que me esperan en la puerta, con vos y con el cuchillo manchado de sangre que hay en el fondo de este baúl y acusaros ante el corregidor de ser el asesino de los hidalgos!

Osuna cierra la puerta del despacho. La piel se le ha vuelto blanca como si hubiera perdido el alma.

—No podéis hacer eso...

—Pues convencedme de lo contrario. Y ahora mismo os aseguro que está muy difícil.

Osuna se desplaza pesadamente hasta una butaca donde se sienta como agotado.

—No soy un asesino...

Juana permanece de pie en silencio. Ni en sueños se hubiera imaginado a sí misma derrotando a un hombretón como este. El Oso, haciéndose cada vez menos fiero, ratifica a Juana todo lo que Marina contó esta mañana: la terrible agonía de estar continuamente necesitado de satisfacción sin llegar nunca a colmar su deseo.

—No puedo salir solo en la noche, pues pierdo los sentidos y temo accidentarme...

—He oído hablar también de vuestro criado. De hecho, ambos sois dos sombras

muy conocidas en la noche.

—Como he dicho, pierdo la razón en esos casos. Si algo he hecho...

—Sabéis perfectamente lo que habéis hecho. Y si no, hay varias mujeres que podrán declarar contra vos si les presento ese manto maloliente.

—No soy consciente, no soy yo... Lo juro. —El Oso, con todo su gran cuerpo, tiembla lloroso.

—Decídselo a las doncellas a quienes habéis arruinado la vida, seguro que tenéis su perdón.

—¡Decidme qué puedo hacer, dadme el castigo que queráis, pero no lo hagáis público! Destrozaríais la reputación de mi familia, de mis hijas... Acabad con esta desgracia que no puedo soportar.

—¿Y qué ha cambiado en estas últimas semanas? ¿Qué es lo que os hace buscar en el dolor la manera de acabar con vuestra locura?

Juana abre el baúl y saca la fusta, tirándola a los pies de Osuna. Este rompe a llorar desesperado. Se quita la camisa cayendo a los pies de Juana, que observa horrorizada la cantidad de marcas que le arrasan pecho y espalda. Marina le había contado que, desde hace un mes, su pesar se había vuelto mayor, que lloraba todas las noches asolado por una nueva desgracia y que traía a su estancia en el burdel un látigo y un cuchillo con los que se hacía daño repetidamente. Después el criado Cerbero se lo llevaba en ese trance hipnótico al borde de la locura. Esa coincidencia en los tiempos, la turbación sádica, la demencia enfermiza, todo había empujado a Juana hacia la posibilidad de que tuviera delante al Vengador, al Amo que tanto estaban buscando.

—¡Soy un pecador! ¡Castigadme, por favor, necesito librarme de este mal! —gimotea Osuna en un espectáculo deshonesto—. Soy un pecador... Pero no soy un asesino.

—Lo sé.

Osuna levanta el rostro sorprendido.

—¿Lo sabéis?

—*Eritis sicut dii.*

—Por Dios, habladme en cristiano...

—«Seréis como dioses», les dijo la serpiente a Adán y Eva cuando les dio a morder la manzana.

—¿Y por qué me decís eso ahora?

—Es lo que el asesino ha escrito sobre el cuerpo del difunto Sabino Irrazu. Por tres veces os he puesto a prueba y puedo estar seguro de vuestro desconocimiento de la lengua culta, por mucho que un hombre de vuestra posición debiera estar obligado. No indagaré sobre el origen de vuestro apellido ni ensuciaré lo que quede de ese buen nombre haciendo públicas vuestras ofensas. Pero la reputación se gana con honra y, por ese motivo, hoy mismo haréis lo que os digo u os culparé de ser el asesino de los hermanos Irrazu y del matrimonio de Val, y utilizaré todo mi poder de convicción

ante el capitán Trujillo y don Lope Aguilar para que os cuelguen en la plaza pública.

Blas abre la puerta costosamente. El ciego Wenger no está y él ha tenido que acudir a abrir ante la insistencia de los golpes. Se sorprende al encontrar frente a sí a Felipe Aguilar.

Blas no es capaz de articular palabra.

—Hola, soldado. Me alegro de que estés vivo. —Pero la broma no surte efecto—. ¿No vas a decir nada?

—Perdonad, señor, pero no me esperaba de ningún modo vuestra visita.

—Vengo a interesarme por ti. Me alivia saber que te sostienes en pie. No he pasado una buena noche pensando en... lo que sucedió.

—Yo tampoco, en eso coincidimos.

Felipe recibe con humillación la ironía, pero solo baja la vista, rechazando contestarla. Con gesto impostado, toma aire y extiende su mano abierta.

—Querría que olvidáramos todo esto. Tengo... gran estima por Isabel, y sé que tú estás siempre cerca de ella. Isabel también te tiene aprecio, lo sé por ella misma, y no quiero que por mi causa ella ande desprotegida.

Blas, algo perplejo, piensa en el aprecio que Isabel le tiene, según Felipe. Le alarga la mano. Chocan las palmas con hombría.

—Como gustéis, señor.

Felipe trata de sonreír.

—Me gustaría que nos tratáramos como iguales cuando estemos a solas, como ahora. Es absurdo que me rindas pleitesía como corresponde a tu clase cuando has demostrado tanta... lealtad.

Blas sonríe. Adivina por dónde va.

—Como gustéis, señor.

—Llámame Felipe. ¿Tu nombre es...?

—Blas.

—Blas. Muy bien. —Y Felipe congela la sonrisa en los labios buscando la mejor forma de continuar—. Sé que has callado lo que pasó anoche ante las autoridades. Es un gesto que te honra y quiero expresarte mi agradecimiento.

—Como decíais, señor... Felipe, ha sido un gesto de lealtad.

—¿Solo?

—Sé que estáis arrepentido. Con esto me basta.

—Me siento avergonzado ante tu honradez. —Y con un gesto de reverencia aprovecha para guardar en su faltriquera una bolsa con monedas que ya había sacado en la mano. A Blas le da tiempo a verla y sonríe en silencio. Qué muchacho más ruin, piensa—. Espero que te recuperes lo antes posible. Te veré por el cuartel.

Felipe se dispone a marchar.

—Señor Felipe, un momento.



Este vuelve sobre sus pasos al ver a Blas sonreír con picardía.

—Ya que a solas queréis que nos tratemos como iguales... yo quisiera proponeros algo.

Juana vuelve al palacio de San Telmo después de una larga y frustrante tarde en los archivos del cabildo. Entre eso y el viaje relámpago a la hacienda del Oso por la mañana, no había tenido tiempo ni para un almuerzo. En la puerta esperaban, como cada día, Ana Galinda y Bienvenida, su madre, pero hoy el rostro que cargaban no era de pesar.

Juana venía pensando en lo suyo y casi se estampa con ellas cuando le cortan el paso.

—Padre Fiz, padre Fiz... ¡Padre Fiz!

La pobre panadera, con sus dedos regordetes apretados en racimo, no es capaz de decir nada más y solo se mueve adelante y atrás en un éxtasis incontrolado. Finalmente separa sus manos y estruja a Juana en un abrazo perdiendo todo el decoro debido a un religioso. Juana había obligado al Oso a resarcir a Ana Galinda con una pensión vitalicia que sería abonada periódicamente. Además, se había concedido a su horno el servicio para todo el cuartel, orden dictada casualmente por el administrador del cabildo, don Luis de Osuna. En el fondo, a Juana le asqueaba que fuera el dinero la venda que ocultara la deshonra, pero estaba tan acostumbrada a ver la impunidad de los poderosos que al menos esto ofrecía un bálsamo a los deshonrados con el ungüento que más dolía a los bellacos: su bolsillo.

Mientras Bienvenida la agasaja con una hogaza de pan recién hecho, le promete regalos de todo tipo, le besa las manos, la soba con su lloros y sus mocos, Juana mira a Ana Galinda, dos pasos por detrás, con una silenciosa y franca sonrisa de agradecimiento, con esa mirada solidaria que solo dos mujeres pueden ofrecerse.

## *25 de junio*

Durante todo el día de ayer hubo un estricto toque de queda en la ciudad.

Con todas las puertas de la muralla cerradas a cal y canto y partiendo del cuartel, la compañía se dividió en tantos grupos como calles salían de la plaza. Casa por casa registraron metódicamente: un hombre en la entrada, otro en la trasera, dos por cada estancia. Al comienzo de la calle una patrulla y otra en la salida. Fueron peinando cada barrio extendiéndose en círculo hasta las paredes de la muralla, en un trabajo de precisión digno del prestigio del capitán.

Fue una jornada extenuante; no quedó esquina sin inspeccionar. Pero según avanzaban, el desánimo fue extendiéndose junto al cansancio. Ni rastro del Loco Ventura ni de pista alguna que explicase cómo pudo entrar y esfumarse de la ciudad

sin que lo vieran. Nada temía Juana más que un resultado así, que quedara solo la magia como alternativa. Y eso fue lo que sucedió.

Hoy se ha restaurado el tráfico dentro y fuera de las murallas, aunque se mantiene el santo y seña, por lo que el trasiego resulta cansino. Se vigila cada carro y cada bulto de mercancía y, a pesar de las dificultades, la compañía ha comenzado también los registros por las chabolas del arrabal. Allí se tienen menos esperanzas de éxito, si cabe, pero es una obligación hacer el esfuerzo, aunque solo sea para demostrar autoridad. Pero los indios y los facinerosos miran con distanciamiento e ironía los esfuerzos baldíos de los soldados que visten su fracaso con estúpida soberbia. En cambio los mercaderes son menos tolerantes, pues los destrozos en sacos, toneles y envoltorios les producen pérdidas que tardarán semanas en recuperar.

Blas está en lo alto de un cerro observando el arrabal allá abajo y la ciudad a la izquierda. Más allá, el mar, bellísimo y grande visto desde aquí. A su espalda comienza la selva y la montaña. Le ha costado bastante salir, aunque su condición de soldado le ha ahorrado algunos puestos en la cola. Espera en esta colina desde hace media hora. ¿Y si el otro finalmente no se ha atrevido a venir? Aunque probablemente solo ha tenido mala suerte en el barullo de la puerta.

Allí hay silencio. El sonido se pierde en el aire grande, en el gran espacio abierto. Qué diferencia con el agobio de las estrechas calles dentro de la muralla.

Un hombre a caballo se distingue en el prado verdísimo debajo de él. Poco a poco se va haciendo reconocible. Blas sonrío: finalmente ha venido. Casi sin darse cuenta, el caballo recorre la distancia que les separa y llega a lo alto del cerro guiado por los aspavientos de Blas. Ahora este puede distinguir a la perfección sobre la montura la pequeña figura de Felipe Aguilar.

—Temía que te hubieras ido ya.

—Dije que os esperaba, señor.

—Quedamos en que no habría diferencias entre nosotros cuando estuviéramos solos.

—De acuerdo. Baja del caballo entonces y estaremos a la misma altura.

Felipe y Blas se sonríen. Una vez amarrada la montura, se deshacen de la ropilla y las camisas. A pecho descubierto, se colocan uno enfrente del otro.

—Ahora sí somos iguales.

—Bien, ¿entonces?

Blas repentinamente le sacude un puñetazo que le tira al suelo. Felipe se sujeta la cara atolondrado. Tiene un ataque de furia, pero ve al otro reír y contesta de la misma forma. Se levanta de prisa y le golpea el pecho con su hombro poderoso. Caen ambos al suelo revolviéndose. Se separan. Felipe consigue estampar un puñetazo en el pómulo de Blas, quien lo devuelve con idéntica eficacia. Se revuelcan por el cerro apretándose cuellos y cráneos, intentando tomar distancia para un nuevo golpe. De una patada, Felipe echa a Blas unos metros atrás y se pone en pie con los puños en alto. Blas vuelve dolorido frente a él. Se tantean un rato y Blas suelta un puñetazo

que no acierta. Felipe le impacta en la nariz, pero no recupera posición y Blas lo aprovecha, dándole con la izquierda. Los golpes se hacen más flojos cada vez, no les queda resuello con tantas levantadas y caídas. Felipe está dispuesto a hacer el último esfuerzo, pero a mitad de camino, con el puño levantado, distingue una sombra oscura que sale de los árboles en su dirección. Blas no pierde la oportunidad y le sacude un bofetón lechoso. Desde el suelo, Felipe le señala con el dedo hacia el bosque.

—¿Qué es aquello? No lo veo bien...

Blas se gira y lo ve venir. Oscuro y veloz, se dirige hacia ellos.

—¡Santa María madre de Dios! ¡Un puma!

Los dos muchachos echan a correr colina abajo como alma perseguida por el diablo. La cuesta les hace embalsarse sin control y temen estamparse contra alguno de los troncos y arbustos que van pasando a su lado. Y sucede. Felipe engancha el pie con algo oculto en el suelo y vuela sin control hasta un peñasco donde acaba su carrera. Blas se detiene a buscarle y cambia el ritmo, esta vez hacia arriba, haciéndole crujir las piernas. Tira de Felipe y se da cuenta de que el animal ya no les persigue. Hace una señal de silencio y camina despacio de vuelta. Varios metros más arriba, con el bosque de nuevo al alcance, localizan a la bestia. Está tumbada dando sus últimos estertores.

—No lo puedo creer. —Felipe se sorprende de su suerte—. ¿Qué ha pasado? Ha debido tropezar como yo...

—No...

Blas señala un fino palito sobre el lomo del animal. Felipe se acerca un poco. Es una flecha.

Se miran entre ellos, luego dirigen la vista al bosque. A todo correr vuelven a por sus ropillas, desatan al caballo y se suben en marcha a él.

Galopan hacia abajo riendo, sanguinolentos y abrazados.

Entre los árboles, Ily guarda su cerbatana y los ve alejarse. Después echa el cuerpo a tierra y reza una oración por el puma.

Aún saboreando un pedazo de la hogaza que le regaló Bienvenida, tuvo que desviarse Juana hacia la iglesia en lugar de salir al cuartel. El sacristán la había interceptado para informarle de que una dama la esperaba para confesión. Aunque Juana intentó escaquearse, por lo visto llevaba allí desde antes del amanecer, así que no podía negarse. Juana accedió pidiendo al sacristán un misal, pues no recordaba las fórmulas del sacramento y entró en la iglesia.

Desgraciadamente para ella se trataba de esa mujer, doña Inés de las Voluptuosas Formas.

—Tengo pensamientos impuros, padre. Dios me perdone. —Lo que le faltaba a Juana. No solo cometía el enésimo de sus pecados capitales impartiendo confesiones,

sino que encima tenía que aguantar las revelaciones húmedas de una beata. Le entraban ganas de pedirle el látigo a Osuna para que esta cumpliera la penitencia que se merecía.

—Esos pensamientos te llevarán al infierno, hija mía. Ni los digáis en voz alta, rezad todas las tardes lo que voy a mandaros y no ensuciéis más mis oídos.

—No tengo horas para más rezos, padre, pues no hago otra cosa en el día. Mi problema no es el día sino la noche: en mis sueños no puedo evitar tener imágenes pecaminosas. ¿Cómo puedo escapar de ellas si vienen a mí como demonios?

Juana está por picar un trozo de la hogaza que sujeta en sus rodillas y cuyo olor ocupa por entero el confesionario, cuando oye la entrada apresurada de unos pasos en la iglesia que se dirigen hacia ellas con estruendo. Juana abre la portezuela de la cabina y ve llegar al capitán Trujillo como si acabara de invadir el reino de Inglaterra.

—¡Padre, por fin os encuentro!

Inés también saca la cabeza curiosa. Las dos mujeres quedan en suspenso, pero Juana se fija en Inés al otro lado de la rejilla y se levanta con gesto severo.

—No os mováis de aquí, he de hablar con el capitán.

Juana sale al encuentro de Trujillo, que abre los brazos, feliz.

—¡Por fin una buena noticia, padre!

—No puedo creerlo. ¿Habéis dado con Ventura?

—No aún, pero la redada en el arrabal ha servido para algo más...

Trujillo se fija en ese instante en Inés, de rodillas en el confesionario. Saluda cortésmente, bobalicón. Juana resopla. ¿Por qué todo el mundo pierde el juicio cuando tiene delante la carne? Carraspea.

—Decidme de una vez. Me tenéis en ascuas.

—Fiz, hemos encontrado a vuestra prófuga. Tengo encerrada en el cuartel a Juana de Alcántara.

# PARTE IV

*OCULUM PRO OCULO*

(OJO POR OJO)

## 13

### LA ESTANCIA

—El cielo os ha bendecido con una oportunidad dorada —dice Simón, saltando de alegría—. Por fin la suerte nos sonrío, señora.

—No sé dónde ves la fortuna en este asunto. —Juana respira agobiada en los soportales del patio—. El solo hecho de que alguien en esta bahía haya oído hablar de mí fuera de este cuartel ya me pone nerviosa. A saber qué fantasía ha llevado a esa mujer a suplantarme.

—¿Qué os importa lo que haya hecho esa impostora? ¿Ha querido ocupar vuestro lugar? Pues que se lo quede regalado, con busca y captura incluidas. Cuando esté delante de los cuervos del Santo Oficio ya dará igual que diga que no es Juana de Alcántara. Según la estén sentando en el trono de pinchos confesará haberse acostado con su majestad don Felipe si hace falta...

—¿Pero tú te estás oyendo? No puedo hacerle eso. ¿Por qué nadie tendría que perder el cuello en mi lugar?

—Porque habéis de sobrevivir. Porque vos también estáis suplantando a alguien y no os duelen prendas por eso. ¿O es que queréis poneros de nuevo el traje de marquesa? —Juana calla, rumiando—. Más bien yo diría que os va gustando esto de hacer de cura y descubriendo misterios por aquí y por allá. —Simón se va acelerando según argumenta—. Todo el día pegadita como una espiga al señor capitán del escuadrón...

—No sé qué estás queriendo insinuar, Simón.

—Que tanto va el cántaro a la fuente que un día se desborda, jefa. Que estáis siendo bastante imprudente. Que en cualquier momento se os va a notar.

—Yo no hago más que seguir tu consejo, te recuerdo. —Pero la voz de Juana es insegura.

—Pues os regalo otro: demasiadas partidas en la misma mesa y acabareis tiesa. Señora, os lo repito, aprovechad la oportunidad. Encalomadle el muerto a la julandrona que está ahí abajo y misión cumplida: vos y yo podemos marcharnos.

—¿Te vendrías conmigo?

Simón mira al horizonte con cierta melancolía.

—¿Qué me retiene aquí? Ya buscaríais la manera de llevarme con vos, ¿no es cierto? —Le sonrío con un guiño cómplice.

—La última vez que lo intenté, el corregidor me lo impidió. No veo por qué ahora sería distinto.

—Juana, ¿vos queréis ir de aquí?

—¿Por qué tengo que ser interrogada por un villano impertinente como tú? — Juana se aleja irritada, pero vuelve—. Y trátame como me merezco. Lo poco que me queda de marquesa merece un respeto.

—Como gustéis, señora. Pero recordad que yo soy el último que os tratará de tal en este mundo. ¿Preparo mi valija o no?

Juana se dirige hacia los calabozos dándole la espalda.

—¿Dónde está?

—En los calabozos de la primera planta. Son más luminosos, para alguien de su clase...

Trujillo está algo perplejo. La actitud del curilla es de lo menos apasionada que podía imaginar. Cuando a él le van bien las cosas no se pone tan agrio.

La celda donde está sentada la falsa marquesa es en verdad luminosa gracias a una ventana de buen tamaño que se asoma al patio del cuartel. Juana siente repulsión por su sosias nada más espiarla por el ventanuco de la puerta. Solo la postura que tiene, repantigada en el camastro, haría a cualquiera desconfiar de la mujer. No hay dama de buena cuna que se siente así aun estando sola en su estancia. Y esa mirada vulgar, de tabernera de tres al cuarto, como si tuviera que fiar unas jarras de vino... ¿Es que nadie se ha dado cuenta? Verdaderamente Simón estaba en lo cierto, las ganas de creer nublan la vista. Mira por encima del hombro al ilusionado Trujillo, deseoso de que este problema haya llegado a su fin. Le daría igual si lo que tuviera delante fuera un avestruz vestida de marquesa.

En cuanto descorren el cerrojo, la mujer se corrige poniéndose digna. Juana busca un lugar donde esconderse del golpe de luz de la ventana y hace desde allí un gesto a la presa para que tome asiento a un lado de la pequeña mesa.

—¿Quién me lo manda?

—Deberíais saber quién es este hombre —suelta Trujillo.

La mujer se levanta con sobreactuada lentitud y se sienta en el banco sacudiéndolo previamente con un pañuelo. Se fija en las ropas de Juana y hace un esfuerzo por reconocer los rasgos en las sombras. Sonríe con superioridad.

—Claro. Es el Páter Penumbra... No lo veía bien por la luz.

—¿Cómo habéis llegado aquí, doña Juana?

—En una caravana escondida entre villanos.

—¿Y os habéis mantenido en el arrabal desde entonces?

—He oído de vos. Sabiendo que estabais aquí, mi obligación era vivir oculta.

Juana está sorprendida.

—¿Tanto se habla de mí en el arrabal?

—Sois muy conocido en toda la bahía. Se cuentan muchos chismes y llegan muy lejos, pero vuestra fama viene de Castilla.

¿Hasta dónde sabe esta mujer?

—Lo mismo que la vuestra. Qué casualidad que hayamos acabado ambos en este lugar.

Trujillo se adelanta unos pasos.

—Al registrar las casas del arrabal hubo quien mostró mucha resistencia a la entrada de los soldados. Ella estaba en una casucha con un grupo de mujeres de dudosa catadura que guardaban a un grupo de niñas, no queráis saber para qué. Las mujeres se defendieron a mordiscos. En cambio, para sorpresa de todos, su señoría no opuso resistencia, solo dijo su nombre y pidió ser presentada ante mí.

¿Y de verdad pensáis que una marquesa como yo iba a estar escondida en un antro de venta de niñas? Juana contiene su indignación a duras penas dirigiéndose de nuevo a la impostora:

—Señora, las acusaciones contra vos son muy graves. ¿Declaráis ser doña Juana de Alcántara?

—Así es.

—¿Cómo puedo estar seguro de ello?

Por toda respuesta, la mujer alarga su mano encima de la mesa. Luce un anillo que Juana reconoce al instante. Lleva el sello de su marquesado. Se queda un momento asumiendo el choque. Esta pájara debe de haberlo encontrado en la playa, entre los restos del naufragio...

—¿Sabéis que seréis juzgada por huir de la justicia y por escribir libros heréticos y que posiblemente se os confine de por vida en una prisión?

—Sí, pero también sé cuáles son mis privilegios: ni estaré en compañía de otros presos ni en las mismas condiciones...

Así que era eso. Juana la escruta para pintar su retrato. Seguro que ha servido para un clérigo o para una dama de alta cuna. No es tonta, ha aprendido sus maneras de moverse, su forma de hablar, la lentitud de las estúpidas señoronas para darse importancia. Sabe también del diferente trato que recibe como privilegio la clase noble por mucha Suprema y General Inquisición que le caiga encima. Pasados los meses del juicio, será tratada con respeto y tendrá asegurada una buena vida en comparación con lo que estará acostumbrada últimamente. Cómo de desesperada ha de andar para que prefiera privarse de libertades el resto de su vida a cambio de comer cada día un plato caliente.

—¿Y si os dijera que la legislación en Nueva España no otorga privilegios a la nobleza? Podríais incluso llegar a ser torturada...

La mujer traga saliva con dificultad. Mira alternativamente a sus dos captores.

—Exijo ser juzgada en Castilla. Mi título me da derechos...

—Me temo que no va a ser posible.

Trujillo se acerca al oído de Juana discreto.

—Padre Fiz, si me dais un minuto...

Ambos se apartan a cuchichear.



—Padre, ¿estáis seguro de que exista esa ley en el virreinato?

—No tengo ni la menor idea, capitán. En realidad, me estaba burlando de esta impostora.

—¿Impostora? ¿Qué decís? No puede ser...

Juana le da la espalda levantando una ceja con gesto de escepticismo. Se acerca a la mujer.

—Señora, nos estáis engañando y no voy a perder un minuto más con vos.

La falsa marquesa se levanta indignada.

—¿Quién sois vos para hablarme así? Soy la marquesa de Alcántara, me fugué del castillo de Sancti Geni gracias al franciscano Diego Ramírez y hoy os exijo una disculpa o mis quejas llegarán hasta Roma si es preciso.

A Juana le está irritando esta situación estrambótica. ¿De dónde ha sacado tanta información?

—¿Tengo que creerlos solo porque hayáis robado un anillo Dios sabe dónde?

—No. Habréis de creerme por esto.

De una faltriquera saca un fajo de cartas introducidas en un sobre de cuero y lo tira sobre la mesa. Juana se acerca a verlo con temor.

De la bolsa de cuero, algo estropeada por el salitre, salen varias cartas de otros momentos, de otras tierras. Es un ligero y etéreo paso de sus yemas por el papel; un leve rumor del roce sobre la madera. Solo eso basta y el olor de la casa vieja, de los sacos del granero, del aceite reposando en las tinajas, de la carne en salazón, de las pieles extendidas cubriendo las rodillas, de las manzanas alineadas a oscuras en la troje, del caldero humeante, del brasero, del carbón de encina; todo eso viene de un golpe desde los dedos a su nariz atribulada, de ahí a sus sienes que aprieta fuertemente, acabando en sus ojos que se humedecen de repente sin previo aviso.

—¿Os encontráis bien hoy, Fiz?

Juana hace un gesto de dolor de cabeza para limpiar las mínimas lágrimas con cierto disimulo.

—Así que os ratificáis en ser quien decís que sois. Sea, seréis condenada por ello, no os lo impido. ¡Carcelero!

Juana manda traer recado de escritura.

—Tomad —dice, alargándole papel—, ¿tendréis la gentileza de escribir una declaración jurada de vuestra identidad y vuestra disposición a ser juzgada por los delitos de los que se os acusa?

—Eso es cosa de lacayos —desprecia sin tomar el papel—. Escribidlo vos mismo y yo lo firmaré.

Juana sonrío, aceptando deportivamente. Con rapidez garabatea un texto con letra ordenada y precisa. Sopla arriba y abajo para secar la tinta antes de mostrárselo a la mujer.

—Leedlo y, si os place, firmad abajo.

Con altivez la mujer toma el papel y pasa sus ojos por encima. Acepta dejándolo

sobre la mesa y alargando la mano para que Juana le ofrezca la pluma. Con soltura bien ensayada garabatea un aceptable remedo de la firma de Juana.

—Os lo agradezco enormemente, señora.

Juana toma el papel con una reverencia. Recoge el bolso de cuero con las cartas y se dirige hacia la puerta estampándole el papel en el pecho al capitán Trujillo.

—Echad a vuestra marquesa a la calle de una vez.

Juana desaparece sin más dejando a los presentes con similar cara de desconcierto. Trujillo intenta reponerse leyendo el papel con la declaración:

*En San Sebastián de la Ciénaga, a 25 de junio de 1614*

*Por la presente declaro solemnemente:*

*Ser una impostora sin ninguna vergüenza que ha cometido el atrevimiento de suplantar a la marquesa doña Juana de Alcántara.*

*Que estoy dispuesta a recibir quince azotes por engañar a la autoridad y declaro mi propósito de enmienda aprendiendo a leer para la próxima ocasión.*

*Firmado,*

*Juana de Alcántara*

—¿Has recogido tus cosas?

Simón duerme la siesta del carnero bajo los soportales cuando le despierta la voz afilada de Juana. Cuando descodifica el significado de las palabras pega un respingo que hace volar su sombrero.

—¡No es posible! ¿Nos vamos de La Ciénaga? ¿Adónde, Juana? ¿A Panamá, a La Española?

—No tan lejos. Te mudas al palacio de San Telmo.

—¿Cómo?

—Mientras el Loco Ventura esté libre por la bahía no podremos dormir tranquilos. Me sentiré más cómoda si tengo a alguien de guardia cerca. Le he pedido permiso al capitán Trujillo y me lo ha concedido, aunque puntualizando que no entiende por qué te tengo en tanto aprecio. Así que valora la protección que te brindo y no vuelvas a ser impertinente conmigo.

—Pero, pero... ¿Y la impostora?

En ese momento, el carcelero y un guardia están sacando de las escaleras del calabozo a la falsa Juana, despeluchada, dolorida del culo, pero haciéndose la digna, casi sin pisar el suelo mientras los dos soldados la llevan por los sobacos camino de la calle.

—Encontró unas pertenencias de mi maestro fray Diego en la playa, cerca del naufragio. El viejo imprudente cargaba con la correspondencia que mantuvimos en los últimos tiempos, y esta farsante enseguida vio que podría aprovecharse de ello.

Consiguió que alguien le leyera las cartas y aprendió hasta a copiar mi firma. Ha sido muy molesto ver una imitación tan burda de mí. Me daban ganas de revelar mi identidad solo por ver la cara que habría puesto. En fin; he convencido al capitán de que este bolso formaba parte de mis pertrechos perdidos en el barco. —Juana comienza a alejarse sin dar más explicaciones—. Espero que no volvamos a tener ningún otro susto llegado del mar. —Se vuelve hacia Simón por última vez—. Date prisa en presentarte en San Telmo. Tengo una misión para ti.

El balcón estaba a bastante distancia. Calcula las probabilidades de partirse la crisma y medita seriamente la opción de darse la vuelta.

Había llegado hasta el segundo piso casi sin despeinarse, pero subir hasta el tercero por la fachada ya era cosa de saltimbanquis o de monicacos. Y este es momento de preguntarse: ¿quién le manda estar colgado de la pared del cuartel, donde solo le espera un costalazo desde las alturas o un disparo en el culo como le pille algún guardia con mala baba?

Como siempre, Simón está metido en un lío por orden de la dichosa marquesa. Esta vez ni siquiera ha conseguido negociar alguna baratija más del bolso secreto de Juana; ha bastado la amenaza de revocarle su privilegio recién adquirido y quedarse sin su nuevo alojamiento. Pero el mandado es bastante temerario: escalar la pared trasera del cuartel para llegar al tercer piso, a esa sala cerrada a cal y canto por el espantajo de Sancho Manosprietas. Ya podría haber allí una hembra en cueros o una montaña de oro, pero seguro que son todo papelurrios y olor a cerrado. A saber por qué estará empeñada esta resabiada en entrar a verlo.

La tarde anterior había sido una frustración para Juana. Acudió a los archivos del cabildo tal como había prometido a Manosprietas. Tras su habitual amabilidad pastosa, mostró su pesadumbre al no poder enseñarle más que el libro de registros en curso. Era la norma del cabildo y no había razón para saltársela por excepcional que fuera el momento. A todas luces, el regidor estaba evitando que metiera el hocico en ese terreno, quién sabe si por corporativismo o porque tuviera algo que ocultar.

Sentada a la mesa de la antesala vacía, frente a la puerta cerrada a cal y canto del archivo del registro, Juana inspeccionó el libro de 1614. Incursiones en la selva de pequeñas columnas, cambios de turno en los puestos de la marca, llegadas y salidas de barcos oficiales... Pesadas informaciones en lenguaje recargado y letra apretujada.

Se detuvo a reflexionar. Buscaba un acontecimiento que justificara la muerte de los tres hidalgos y sí había habido algo que compartieron todos: Germán de Val había sido miembro del cabildo hasta hacía un año y medio. Debía revisar los libros de aquella época.

Pero fue al hacer la petición correspondiente cuando se encontró la negativa administrativa de Manosprietas.

—No estoy autorizado a desobedecer la ley. Habría que reunir al cabildo para

ello, y ahora estamos en situación de interinidad, con lo que no sería posible resolver el asunto en los próximos meses. Entendedme: estos documentos son propiedad del reino. Y no acierto a saber qué podría haber en ellos que os interesara.

Juana pensó que probablemente el propio desgraciado acabaría lamentando esa falta de colaboración y decidió que debía hablar en persona con el corregidor antes de quemarse con su segundo.

—Tenéis toda la razón, señor Sancho: la lectura del libro actual ya ha sido una pérdida de tiempo. No os molestaré más.

Pero al mismo tiempo pensó que Manosprietas no iba a tomarse en serio su claudicación y que antes de que tuviera la tentación de cambiar nada de los registros antiguos lo mejor era echarles un vistazo por su cuenta. Y por tal motivo andaba Simón como una lagartija, escalando la pared trasera del edificio a la caída de la tarde, intentando acceder al balcón de la sala del archivo.

Simón Lobato afianza su pie derecho sobre la reja de la ventana donde reposa actualmente. Con el izquierdo trepa hasta el borde superior de aquella y, en esa posición reptiliana, busca dónde asir su mano entre los ladrillos. Prueba con un resquicio que resbala, y después otro algo más profundo donde clava sus uñas. Empuja con los dedos hacia arriba estirando la pierna izquierda y poniéndose de pie sobre la reja. Es el momento de estirar el otro brazo. Alcanza con este el suelo del balcón superior. Se impulsa y de repente se ve perdiendo el pie de la reja. Queda en el aire, sujeto solo por los dedos de sus manos al ladrillo y al balcón. Quisiera gritar, pero al mirar abajo ve pasar a dos guardias en animada conversación y tiene que aguantar la respiración y el dolor de la piel desgarrada de sus dedos al resbalar. Está tan agotado que sabe que solo tiene una oportunidad y eso le hace sudar a chorro. Toma impulso balanceando los pies, suelta la mano del resquicio de la pared y la eleva todo lo que puede hasta asir como un grillete la reja del balcón. La otra mano se afianza alcanzando otra barra de la reja. Ahora es el momento de hacer gala de esos brazos musculosos de los que tanto alardea. Con el impulso que da saber que hay diez metros de caída bajo sus pies, consigue flexionar sus brazos elevando el pecho a la altura del balcón. Otro impulso más y cuelga un pie entre las barras. Ahora es con la rodilla con lo que empuja hacia arriba hasta que, al fin, puede ponerse en pie sobre el exterior del balcón. Pasa adentro y se deja caer en el ínfimo espacio a recuperar el pulso en sus venas y el tacto en las yemas. Mira hacia la calle vacía, golpea con el codo el cristal de la ventana, que cae hacia dentro con un golpe sordo; mete la mano por el agujero para abrir la hoja y accede al interior.

Cierra la ventana y recoloca el cristal con esmero para que no se note mucho el estropicio. Mira hacia la sala. Infinitos libros, papeles sueltos, mapas, baúles con restos de otras vidas. Simón bordea una gran mesa de trabajo que parece bendecida bajo una claraboya del techo y se dirige a la puerta. Desde dentro, la cerradura es pan comido para él. Manipula con su cuchillo y levanta el pestillo. Abre con discreción y saca la cabeza a la antesala donde Juana pasó la tarde anterior leyendo inútilmente.

Un arco con dos columnas conduce a las escaleras que bajan a la sala de reuniones del cabildo. Allí, en un descansillo, está Juana esperando ahora y recibiendo con una mirada excitada la aparición de Simón por la barandilla.

—Lo conseguí, señora —susurra el soldado.

—Extraordinario —canturrea Juana, subiendo de dos en dos los escalones—. Por fin entraremos a la sala de los secretos...

—«Cómo me alegro de que no te hayas partido la crisma, Simón. Estaba tan preocupada por ti».

—Lo que haces por mí, también lo haces por ti mismo. El capitán Trujillo sabrá recompensarte.

—¿Por esto? Lo dudo. De los variados delitos que he cometido por vos en estos días, este debe de ser de los más curiosos. Cuando se entere, ya veréis la cara que pone.

—Habrás que ponerle a prueba. De momento vigila que no aparezca nadie por la antesala. Hay que correr.

—Si se me va a poner cara de puerta a mí, de tanto pegarme a ellas —refunfuña Simón para sí según se acerca al resquicio—. Debería fallar más a menudo; así valoraríais mejor mis méritos.

—Basta, Simón. Una vez fallaste y mira la que se ha liado. Aprecio que no te hayas partido la crisma porque me habría sido difícil justificarte en este caso. Ahora calla, que me pierdo. —Juana rebusca en las estanterías los libros ordenados por fechas hasta dar con el que busca: 1613.

Sobre la mesa de trabajo despliega el gran volumen. Nuevamente, llegadas de barcos, trajín de mercancías, cambio de guardia en las marcas, escaramuzas de indios..., hasta el momento en que Germán de Val da por inaugurada su hacienda y deja de formar parte del cabildo.

Es una entrada en la que se describe cómo los hermanos Irrazu acuden a la propiedad de Germán de Val a levantar acta de la legalización de su hacienda. Juana casi se salta la página, pues es más corta por abajo y la pasa pegada a la siguiente. En todo caso, es la única vez en todo el libro que se registra a las tres víctimas en una misma actividad. Sucede durante una ausencia de Lope Aguilar, sustituido por su hijo Felipe. A los cinco días están de vuelta. Coinciden con la llegada de dos soldados malheridos del puesto de vigilancia del noroeste.

Juana continúa hasta el final del libro y lo cierra con rabia. Solo una anécdota: un cambio de letra. A mitad de año, Sancho Manosprietas se convierte en regidor escribano en sustitución del párroco don Marcelino Gracián.

Juana curiosear el anterior libro, y el anterior. Nombres desconocidos pueblan los distintos puestos del cabildo. Inútil seguir buscando.

—Señora, nos van a pillar, pero por el rugido de mis tripas. ¿Os falta mucho?

—Quiero hacer honra a tu esfuerzo, Simón. No puedo dar fin a mis pesquisas con un fracaso.

—Os juro que no pondré reparos si vuestro sacristán me obsequia con un buen plato. Con lo ajamonado que se le ve, debe de ponerse a cebo.

—Déjame una última vez...

Juana vuelve al volumen de 1613. Los barcos, las escaramuzas, las marcas..., hasta el acta de legalización de la hacienda de Germán de Val. Repara en las fechas. Salida: el 10 de febrero. La vuelta, varios registros más tarde, el 15 de febrero. Se detiene en los registros intermedios: dos nacimientos y una concesión de puestos del mercado de abastos, con fechas 17, 19 y 23 de febrero. La vuelta de los hidalgos está registrada después, pero con fecha anterior a estos otros. Levanta la página, la coloca al trasluz y advierte el raspado a cuchilla de la tinta bajo el 1 de la fecha del 15 de febrero y los restos antiguos de un 2.

Qué errata más casual.

Blas sale con prisa del cuartel cargado de aperos. No se ha alejado dos metros cuando una criada que esperaba en la tapia le corta el paso.

—Soldado, ¿tienes un minuto para mí?

—Me hallo con prisa, pero... —A Blas se le corta la voz cuando cae en la cuenta de quién le habla—. Isabel... ¿Qué hacéis vestida así de nuevo?

—Necesito tu ayuda. Escóndeme, rápido.

El ciego Wenger está sentado en la casapuerta como una salamanquesa, tranquilo pero al tiempo vigilante. Dentro de la casa, en la única silla disponible, Isabel mira la pulcritud de las paredes desnudas mientras se deshace del tocado que le tapaba la cara.

—Tienes que ayudarme a escapar de la colonia.

—Señora, no acierto a entender lo que me pedís.

—Te estoy diciendo que necesito irme de aquí y eres la única persona a la que puedo pedir ayuda.

—¿Cómo queréis que yo haga tal cosa? No tengo medios para sacaros.

—Tú llegaste aquí por la selva. Sabrás volver por donde viniste.

—Casi muero por el camino. Treinta murieron en ese viaje. ¿Cómo pensáis vos sobrevivir?

—Soy fuerte.

—Y estáis enferma. No habéis salido de vuestra hacienda nunca, no sabéis lo que es la vida. ¿Qué haríais sola en el mundo?

—Se supone que no estaría sola —dice, mirando con intención.

—Veo que lo tenéis todo pensado.

—Por supuesto. He robado joyas a mi madre. He pensado en un nombre falso para ocultar mi identidad. Tengo una arcilla india para teñir mis cabellos de oscuro...

—Me impresionáis. Pero habéis olvidado un detalle, señora.

—No se me ocurre qué.

—No me habéis preguntado si yo quiero ir.

Isabel se pone colorada de la vergüenza y, sobre ella, la irritación. Después le tiembla la barbilla y se deshace como un pedazo de tierra mojada.

—¿Qué voy a hacer si no? ¡No tengo a nadie!

—Isabel, si rechazas tu nombre y tu posición, no puedes seguir comportándote como si todos fueran tus súbditos.

Isabel levanta la cabeza indignada.

—No tienes derecho a hablarme así.

—Dime que vas a volver a tu casa ahora mismo y volveré a tratarte como la señora que eres.

—Pero no puedo...

—¿Por qué no comienzas por contarme qué es lo que sucede?

—Me han... Me quieren casar. Mis padres recibieron la propuesta hace días y hoy me han dicho que van a aceptar.

Y se echa a llorar de nuevo. Blas intenta no parecer afectado.

—¿Y qué es tan malo? Te has criado para eso.

—No digas tonterías.

—¿Quién será el afortunado?

—Felipe Aguilar, el hijo del corregidor.

Blas no puede por menos que sorprenderse.

—Bueno... es joven.

—¡Es un cretino!

—No más que la mayoría.

—No le amo.

—¿Forma parte el amor del contrato de arras?

—Voy a escapar. Contigo o sin ti.

—¿Por qué piensas que yo voy a ayudarte?

—¿No me tienes ninguna estima?

Blas se muerde el labio. No quiere resultar imprudente. Isabel le sonrío con intención.

—Yo sí te aprecio.

Blas la mira a los ojos. Está a punto de cruzar un río más peligroso que el que le trajo hasta aquí.

—En ese momento yo estaba fuera, en Ciudad de Panamá, y mi hijo tomó la vara de mando durante mi ausencia. —El corregidor está sentado en su sillón, ensimismado en las vueltas de su bola. Juana, de pie frente a él, da paseítos cortos de un lado para otro—. Es normal en mi posición.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis fuera?

—Dos meses. Los asuntos de palacio...

—¿A qué se debió, si no os importuno?

—Acudí al gobernador a renovar el corregimiento.

—No es habitual que se prorrogue el mandato a un corregidor.

—Responde a una única causa: no hay nadie en la corte que aspire a ocupar esta plaza maldita.

—¿Y por qué vos sí?

—Con vos puedo ser sincero, padre. Si vuelvo a la vida cortesana en Panamá, me tocará una larga espera de adulaciones y pasillos hasta que pueda serme asignada otra plaza. No tengo allí grandes valedores y sí enormes manchas...

—¿Manchas? ¿Qué delitos habéis cometido?

—¿Delitos? No... Mi pecado es el exceso de confianza. Tuve una vez un problema, en las minas de Potosí..., pero ese no es un asunto que ahora os importe, solo su consecuencia: dudo que pueda aspirar a mejores destinos que este. Y eso es al tiempo mi fuerza en esta bahía.

—Representáis al rey aquí, ante todos los hacenderos.

—Y lucho por ellos ante el gobernador. Gracias a eso está el capitán Trujillo aquí con su compañía. —Y focaliza su atención en la bola de su sillón, a la que comienza a menear—. Solo pienso en mi hijo, padre Fiz. No podré darle una gran posición en la corte del virreinato. Pero mientras sea importante para los hidalgos de la bahía, puedo obtener un futuro para Felipe.

—Es legítimo.

—Os puedo decir que ese objetivo está a punto de ser conseguido: he llegado a un acuerdo con el señor Luis de Osuna para que mi hijo Felipe tome la mano de su hija Isabel.

—Os doy la enhorabuena, y espero que lleguéis vivo a ver los desposorios.

—No es un comentario muy agradable.

—No lo pretendo. Dados los últimos acontecimientos, este cabildo va camino de la extinción.

—¿Y qué hacéis vos contra ello? El capitán ha puesto patas arriba toda la ciudad y vos perdéis el tiempo revolviendo papeles.

—¡Le pregunto a los libros lo que el cabildo me niega sistemáticamente! Cada vez que he interrogado a sus miembros, me he encontrado con enfrentamiento o desprecio, aunque eso les haya costado la vida. Y los libros demuestran que alguien falseó las fechas durante vuestra ausencia.

—Eso es absurdo. El registrador era don Marcelino.

—Pero fue sustituido un mes más tarde por don Sancho Manosprietas.

—¿Y no le habéis preguntado a él?

—Os confieso que he entrado en el registro forzando la cerradura.

—¡Eso es inadmisibile! Habéis violado una propiedad de la Corona.

—Os digo que vuestros regidores os engañaron y me contestáis hablando de la dignidad de la Corona.



Lope Aguilar se hunde en el asiento como un viejo mendicante. Desposeído de su defensa del honor, no es nadie.

—¿Qué queréis de mí?

—Permiso para estudiar los registros del cabildo sin restricción alguna.

—Adelante.

—Y quiero franqueza absoluta cuando os pregunte, y que la exijáis a vuestros regidores.

—Concedido.

—Así pues, ¿qué os contó vuestro hijo de los dos meses de vuestra ausencia?

—Él estuvo de caza durante unas semanas. Eso se lo reproché, pues abandonó su puesto a la cabeza de la ciudad. Ya estaba de vuelta cuando una escaramuza con los indios costó dos vidas en la marca del noroeste.

—Eso está registrado. Es la entrada posterior a la vuelta de los hidalgos. ¿No hubo otro hecho excepcional, alguna muerte local, algún robo?

—Es imposible que algo más hubiera pasado y no se supiera antes o después. Aquí duerme todo un escuadrón. Hay cientos de personas dentro de las murallas, hidalgos, haciendas; son muchas personas y nadie vino a reclamar nada a mi vuelta. Nada sucedió que mereciera reproche o yo me habría enterado de ello antes o después. Juro por el rey que todo lo que digo es cierto.

—Os creo. ¿Confiabais en vuestros regidores?

—Cómo puede confiarse en hombres que vienen a las Indias a hacer fortuna.

—¿Eran todos gente de codicia?

—Ignacio Irrazu era avaricioso, frío con todo el mundo, hasta con su hermano. Tenía una fe infinita en que encontraría el oro que le daría el paraíso. Sabino se dejaba llevar por su discurso iluminado, parecía su guardián. Germán de Val quería ser como el Oso, pero no tenía su talento.

Juana se detiene en sus paseos y deja la vista en suspenso sobre las partículas flotantes a la luz de la ventana. Lope Aguilar espera algo turbado.

—El único enunciado cierto —vuelve Juana a la vida— es que las tres víctimas del cabildo estuvieron juntas del 10 al 15 de febrero en la hacienda. Si falsearon la fecha de vuelta diez días más tarde, ¿qué es lo que hicieron que no debe saberse?

—Deberíais preguntar a Manosprietas. Él estuvo aquí. A los otros ya no vamos a poder interrogarlos.

Eso haré, sin duda, piensa Juana. Cambia de tercio.

—¿Y Osuna, qué opináis de él?

—Osuna es el más sano de todos. —Y Juana piensa en cómo serían los otros entonces—. No le ha importado trabajar para conseguir fortuna. Le ha dado igual su título, si es que es verdadero. El resto eran solo unos ciegos buscadores de tesoros.

—¿Y vos no buscáis la fortuna?

—Como os he dicho, yo solo pienso en mi hijo.

—Aun así, confiabais en todos.

—¿Confiáis vos en el capitán Trujillo?

—Plenamente.

—Trujillo busca el oro como todos. Si no, su tropa le abandonará. Un caudillo ha de ser solvente o no es nadie. Si no hay oro, nos dejará solos.

Juana se queda pensando si de verdad el capitán haría eso.

—¿Y qué me decís de Manosprietas?

—Es mezquino, pero tiene algo peor que le ciega. —Y Aguilar deja la bola y mira a Juana con asco—. Es un crédulo.

## EL CASTILLO

Simón bebe su vino con cierta amargura en una mesa esquinada. A su lado, un grupo ríe y celebra como las olas golpean contra el casco del barco, balanceándose inconscientes y cantando descompasados. A algunos los conoce, pero no quieren saber de él desde que el Pitera murió en el monte; otros son borrachos casuales que no temen que los desplumen los avezados; a ellas las conoce a todas. Lozanas, limpias, frescas, se reparten entre risas eligiendo a su hombre para la tarde. En el medio, triunfante Victoria en esta ruina de friso griego, está ella.

Pero ella no le mira, no le incluye, no le diferencia de las tablas o del estuco de las paredes. No existe. Y él mira el fondo de su jarra para asegurarse de que el líquido le devuelve una imagen, por si acaso es verdad que el conjuro le ha disuelto entre las sombras.

Le gustaría no oír, no mirar. Pero a qué ha ido allí si no es a recibir golpes como un gato entre niños sin escuela.

—... Solo quiero ser rica y ser libre, y vive Dios que lo primero lo conseguiré gracias a vosotros, julandrones —se burla con descaro Marina desde lo alto de la mesa—. Lo segundo es cosa de tiempo. Un día de estos, cuando se hayan ido los piojosos indios esos, con vuestros maravedís me compraré a un negro con una picha bien larga que me monte en una burra y me lleve a una granja en la ladera del monte. Me construirá una casita, me cuidará la tierra y yo viviré como una reina. Por la noche lo meteré en mi cama para que me deje deshuesada como una aceituna. Y así hasta que me muera del gusto. —Y hombres y mujeres ríen y celebran el plan. Y a Marina se le escapa una miradita hacia la mesa esquinada y el rabricorto Simón la recoge con pena—. Eso es lo que quiero, poder mandaros a todos los hombres a tomar por culo.

¿Por qué otra vez?

¿Y por qué me lo pregunto?

Gunnale nunca se pregunta por qué pasan las cosas. Simplemente las acepta. Sabe que sus ancestros la guían y la protegen. Pero lo que ahora le sucede le hace sentir a punto de estallar.

Sus pasos vuelven a llevarla fuera del bohío, al límite de la selva. Se aleja del arrabal sin reparar en las miradas de la gente. Escucha cómo le hablan los pájaros y

las hojas de los árboles.

Reconoció al tití en cuanto lo vio esperando en la explanada, y ahora no le saca los ojos de encima en su camino hacia el interior del bosque. Desde allí la llama, con ese enfado intransigente y chillón de los titís.

Pero Gunnale no se atreve. Siente que todavía no ha llegado el momento. Mueve sus pies descalzos para hundirse un poco en la tierra y la Tierra la entiende.

Se tranquiliza. Se arrodilla ante el bosque y con los ojos cerrados se deja llevar. La tensión va cediendo.

Los ojos que la observan desde dentro esperan pacientes.

—Yo tampoco contaba con ello, te lo juro.

—¿Lo hicieron a tus espaldas?

—Es lo habitual. En el fondo se trata de un negocio.

Blas mira hacia las escaleras que llevan a la segunda planta de su pequeña casita. Si Felipe supiera que su próxima esposa se encuentra allí arriba escondida, posiblemente se le cambiaría la cara de cordero degollado. Ha venido atribulado, después de vagar por las calles durante un rato. Al final ha concluido que no tiene otro más con quien hablar si no es con ese soldadito apaleado. Pero a Blas el encuentro le ha cogido de sorpresa y de milagro ha conseguido convencerle de que hablen en el poyo de la puerta, ahora que la sombra permite no entrar en combustión bajo la fuerza del sol.

—Me lo dijeron... cuando estaba consumado. Osuna tiene mucho dinero. Su encomienda es la más grande de la bahía y mientras San Sebastián de la Ciénaga siga existiendo, él seguirá haciéndose rico. Y, por supuesto, necesita la influencia de mi padre. Mi padre es importante, ¿sabes? No solo aquí... En Panamá hasta el gobernador le hace dormir en su propia casa cuando va. Fíjate que hasta se ha comprometido a reservarme un puesto importante en la administración de la provincia. Quizá sustituya a mi padre aquí si él es destinado a otro lugar. Osuna necesita a alguien que le defienda en la provincia y ese, algún día, seré yo. Por eso me dan a Isabel.

—Todo eso está muy bien. ¿Tú qué opinas?

—¿No me has oído? Voy a tener un puesto importante algún día.

—¿Y sabrás administrarlo?

—Bah. Siempre hay gente que te ayuda en estos asuntos.

Siempre hay gente insensata accediendo a puestos sin merecerlo, piensa Blas.

—Así que te parece bien casarte con Isabel.

—Es joven y guapa. ¿Sabes? Hay dos tipos de mujeres...

Y le desgrana su teoría de las hembras para gozar y las hembras para desposar.

—Felipe, ¿tú has estado alguna vez con una hembra?

—¡Claro! ¿Qué pregunta es esa? —Y golpea una piedra entrillada entre dos losas

del suelo—. En realidad, no.

—Entonces, ¿de qué te sirve esa teoría?

—¿Y tú por qué estás siempre haciendo preguntas impertinentes?

—Aprendí a preguntar para saber más.

—Pues en mala hora. —Y cuando se le pasa la irritación, admite—: Isabel me gusta. Me gustaría haberla conquistado sin que fuera mi mujer. Fantaseé con cortejarla en un patio, a la luz de la luna, sabiendo ambos que era algo prohibido. La imaginaba deseándome por mis encantos, por mis ojos y por las cosas que le decía al oído; entregándose a mí sabiendo que engañábamos a otro; ganando una bandera y sintiéndome orgulloso de ello...

Blas le observa casi con ternura. ¿Pero tú te has mirado, Felipe? Nunca lograrás eso por tus propios méritos.

—Ahora la poseeré, será mía cuando quiera... —continúa—, pero no la habré ganado. La tendré porque mi padre me la regala. Así pues, tengo la desgracia de amarla pero no poseerla.

—No pienses así. Seguro que ella te amará.

—¿Tú crees? La conoces mejor que yo. ¿Qué opinas?

—Es una doncella muy sensible.

—¿Qué más me da eso?

—Es leída y educada.

—Pero ¿y qué? ¿Me ama?

Blas está calculando el peso que tiene la verdad.

—Claro que te ama. Estoy seguro de que te desea como amante. Se ruboriza cuando os encontráis casualmente. ¿No lo has notado?

Felipe asiente, interpretando su papel, aunque no recuerda haberla visto nunca colorada.

—Lo extraño sería que no lo hiciera, ¿no es cierto? —dice la frase que le corresponde, esperando la aprobación de Blas.

Blas asiente.

—Amigo, cuando llegue el momento, ¿me ayudarás?

—¿En qué debo ayudarte?

—Te he contado mi secreto: no tengo experiencia con las mujeres. Necesitaré... ayuda.

—Últimamente me piden ayuda para problemas de lo más variopinto.

—No te burles de mí.

Blas le sonrío tranquilizador.

—No te preocupes en absoluto. Cuando llegue el momento, estaré ahí.

Ciertamente, ese villano tiene razón. ¿Es que no quiero irme? ¿Por qué niego lo que otro es capaz de ver en mí?

Sin buscarlo, he encontrado una manera de usar mi intelecto para algo que no sean los planetas y los astros. Algo que importe. Algo que me salve del olvido. Soy pretendida no por mis delitos, sino por mis hallazgos.

Pero ¿de verdad es lo que me atrae, lo que me llama a resistirme?

¿O es eso otro que niego, que nunca pasará, que no puedo nombrar, que va en contra de mí y de mi disfraz?

Me quemaré, me quemaré, ¿no estoy dispuesta a admitirlo?

Me quemaré y no puedo admitirlo.

Han dado la vida por mí, no puedo admitirlo.

Lo he perdido todo por mi vida, no puedo admitirlo.

Basta de borrarame. He de preparar mi huida. He de hacerlo por ti, fray Diego, mi padrecito...

Juana acaricia las cartas de fray Diego en el silencio de la panadería. El viejo sentimental tuvo la idea temeraria de llevarlas consigo hasta el naufragio solo para resucitar su recuerdo entre esas paredes e iluminarla de nuevo en sus prioridades.

En cuanto Simón se instale en el palacio, comenzarán a planificar la fuga de la colonia...

De forma mecánica, las caricias al papel le hacen abrir las cartas. Un impulso nostálgico la transporta meses atrás, a la humedad fría de aquel peñasco.

Cádiz, 5 de enero de 1614

*Mi muy añorado y estimado fray Diego,*

*Gracias a fray Andrés Calderón llega hasta vos esta misiva producto del azar y de vuestra maravillosa influencia. Diría que es mi deber agradecer al Altísimo que vuestra orden franciscana participe de la misión divina del Santo Oficio, pues gracias a ello he podido conocer a este discípulo vuestro que os guarda más lealtad a vos que a la Suprema, lo cual espero que no nos cueste a todos la cabeza.*

*La Cruz Verde me tiene condenada en remojo desde hace semanas en esta prisión rodeada de mar. El castillo de Sancti Geni es húmedo como el interior de un tonel y no hay donde permanecer seco a ninguna hora del día.*

*Aun así, el mar es de las pocas diversiones que me otorga este lugar. Acostumbrada a mis campos castellanos, el cambio del dorado infinito del horizonte por este azul que duele a la vista es una gran novedad. Inspira mi pensamiento y mi trabajo, que no he dejado de realizar desde que fui ingresada aquí. Algo bueno habría de tener mi posición, que al menos no he sufrido el encierro humillante en una celda con camastro de paja, sino que vivo como anfitriona de un palacio vacío. Este baluarte no tiene más reo que yo ni más*

guardas que los soldados que vigilan el horizonte de los ataques del turco o del inglés. Así es que me ha sido permitido deambular libremente por el castillo, que, aunque austero, está bien equipado para la vida recogida.

Una vez a la semana vienen a visitarme y a atender mis necesidades dos frailes mocitos, un dominico y un franciscano, ambos comisarios ocasionales del Santo Oficio. Mi juicio se celebrará, si Dios no lo remedia, pasada la Semana Santa, cuando hayan conseguido trasladar a la ciudad de Cádiz a todo el tribunal que ha de juzgarme. Así lo han decidido, pues ven menos probable que me escape si no puedo ni moverme de este peñasco sobre el que se sujeta mi prisión. El propio Fiz de Talaván, ese alguacil indeseable del que todos hablan, lo ha dispuesto así y ha convencido a sus señorías de que levanten su sagrados traseros de Toledo y se vengan al confín de Hércules a condenarme.

Uno de estos frailecitos que me cuidan es quien os entrega esta carta: el dulce y voluntarioso fray Andrés, a quien vosotros conocéis por haber ejercido vuestro magisterio sobre él, como hicisteis en su momento conmigo. La lealtad que os profesa es mayor que la que le debe a mis captores y gracias a ella podéis tener noticia de mis infortunios a través de estas breves letras.

Como sabréis, ya hace tres meses tomé la decisión de escapar de mis propiedades ante el temor a un proceso que se había hecho tan inevitable como el peso de la imprenta sobre los pliegos de mi tratado sobre astronomía. Vos diréis que podría haberme quedado callada, pero también vos me enseñasteis que la Verdad ha de ser nuestra guía. Y por mucho que se quieran imponer dogmas de fe, los astros están donde están. Nuestros ojos lo han visto, pero están dispuestos a sacárnoslos antes que aceptarlo. ¡Qué tiempos nos ha tocado vivir! ¡Quién fuera una Medici de hace un siglo! Tristes hijos los que viven una época más oscura que sus padres. Pero todo esto no es nuevo para vos, yo que os martiricé tanto a lo largo de mis años de aprendizaje y disputas, vos que habéis recibido el castigo de vuestros superiores tantas veces.

Mis amigos en Toledo y Salamanca me avisaron de lo inminente de la denuncia y entre todos buscamos a un señor comerciante de Indias dispuesto a llevarme al otro lado del océano. Salí en un carruaje con mis pertenencias más básicas aprovechando la noche y así recorrimos la Ruta de la Plata hasta Huelva, siempre por caminos secundarios. En Huelva nuestro comerciante nos emplazó a tomar un esquife en un lugar poco vigilado antes de llegar a Cádiz. Este barquito se uniría en alta mar con el galeón que nos llevaría ya sin peligro hasta Nueva España.

El lugar del encuentro estaba a una noche de camino. Son aquellas unas enormes extensiones de terreno salvaje y encharcado, hogar de aves y mosquitos, y de difícil acceso sin la luz del día. Y esa fue la causa de nuestra desgracia. Rompimos la rueda y todo mi equipaje se volcó sobre las charcas que rodeaban la senda de tierra. Tuvimos que esperar a la amanecida para poder resolver el

entuerto. Pero de día éramos demasiado visibles, incluso en aquel paisaje extraño. Una columna de soldados llegó hasta nosotros y sospechó de un carronato tan señorial circulando por un camino secundario. Se olieron nuestra intención clandestina y nos llevaron hasta el Puerto Real, donde me retuvieron hasta que llegó la carta de ese voluntarioso soldado de Cristo llamado Fiz de Talaván, rogando que se me confinara indefinidamente hasta su llegada.

Desde entonces vivo en este castillo en medio del mar, esperando el momento en que la Suprema me condene y ponga sus garras sobre mis propiedades. No voy a ser galante con el asunto: quieren mi oro. Reconozco que fui una ingenua y debí pensarlo antes. Ahora solo me queda lamentarme y prepararme para una vida más austera... y más silenciosa.

En esta isla los días, empero, no son aburridos. Existe en el castillo, entre otras maravillas abandonadas, una biblioteca en completo desuso. En realidad, son una montaña de volúmenes amontonados que trasladaron hace años desde el castillo de Zuazo, el cual puedo ver desde aquí, en tierra firme. Se ve que allí iban a entrar en obras y necesitaban despejar el lugar. Aquí amontonados, los administradores de nuestro reino les han dedicado a estos libros el más honorable de los olvidos.

Vivimos en un imperio en el que se menosprecia la educación y se arrincona nuestra historia. No podéis imaginar la cantidad de volúmenes y archivos valiosísimos que se acumulan en estas húmedas salas de la prisión. Aquí paso las horas ordenando los libros en categorías y autores, leyendo al azar, olvidando a ratos dónde estoy y cuál es mi penosa situación.

Y ha sido gracias a estas horas de sereno estudio como he encontrado la forma de escapar de mis enemigos. Resulta que entre los archivos medio pegados por la humedad se hallan los planos de las sucesivas ampliaciones de este castillo, a lo largo del reinado de nuestro difunto rey Felipe II. Y en una tarde en que me hallaba sola descubrí...

Juana despega los ojos de la carta. Mira hacia la ventana y deja golpear contra las paredes de su cabeza una idea tan obvia que se siente estúpida por no haberla pensado antes. Coge su capa y sale de la panadería a la mayor velocidad.

—¿Pero qué haces tú aquí?

Leonor dispara furiosa dos rayitos desde sus ojos verdes hasta la cara infantil de Blas, que ha aprovechado la actividad incesante de criados y capataces en la hacienda del Oso para colarse en la planta de arriba donde está la zona privada de la familia. El chico mira a ambos lados del pasillo antes de cerrar la puerta de la estancia y tapar la boca de Leonor.

—¿Pero qué haces? ¡No me toques con tu sucia mano! Si vas a abusar de mí, te



juro que gritaré tan alto que me oirán en Cartagena...

—Te callarás porque he de traer a tu hermana sin que nadie se entere...

—¿Isabel viene de vuelta? —Leonor se alegra y acto seguido se enfada de nuevo

—. ¿Pero no se supone que tú deberías estar ayudándola a escaparse?

—Y la estoy ayudando. Tú vigila para que nadie entre.

—¿Cómo se supone que la estás ayudando si está aquí otra vez?

—Cuando crezcas un poco lo entenderás. ¡Vigila a la puerta!

Blas desaparece saltando por la barandilla del balcón. Desde la entrada, Leonor se sorprende al ver aparecer por el mismo lugar a su hermana, encaramándose como Dios le da a entender, sin fuerza suficiente para alzarse hasta el piso. De repente, impulsada por un don volador, se eleva sobre la barandilla cayendo al suelo de bruces. Detrás de ella aparece Blas, subiendo sobre la barandilla atléticamente.

—¡Insolente, me has sujetado del...! ¡Me has tocado! —Isabel, desde el suelo, se aparta indignada.

—Lo siento, lo siento, ¿qué querías que hiciera? No me podía arriesgar a que nos vieran colgando del balcón...

Leonor abandona la vigilancia y se acerca hacia ellos.

—Muchas confianzas estoy viendo yo aquí...

—¡Cállate! —lanzan al mismo tiempo Isabel y Blas. Este la ayuda a levantarse y entran en el cuarto, donde Isabel comienza a quitarse la vestimenta de criada.

—No pensarás quedarte aquí mientras se desnuda... —Leonor definitivamente parece una vieja. Blas piensa en aplastarla con un pulgar, pero no hay tiempo que perder. Se dirige a la puerta.

—Corre, hermanita, tráeme el vestido verde. —Isabel empuja a Leonor hacia el vestidor y chista a Blas—: No te vayas aún... —Blas vuelve a cerrar la puerta y se acerca a Isabel despacio—. Confío en ti.

Y sus suaves labios rozan los de él en un salto al vacío.

## 15

### EL GARROTE

—Vayamos al lugar donde murió Sabino, capitán. Y tomad algunos hombres con vos, que nos vendrán bien para mover piedra.

Ese fue el enigmático mensaje con el que Juana entró en el cuartel con ese típico aire de excitación que Trujillo se había acostumbrado ya a ver. Reconocido el gesto, seleccionó a Jacinto el Mulo por la fuerza y al Flecha por la maña, antes casi de saber el motivo.

—Os voy a contar la edificante historia de la fuga de la marquesa de Alcántara; la verdadera marquesa, no esta farsante que nos llegó en el día de hoy —relata Juana mientras camina deprisa cruzando la plaza.

—Pensaba que esa fuga había sido cosa de brujería —pincha Trujillo con sorna.

—Como con todo lo mágico, siempre hay un truco bajo la mesa. —Juana ya ha pensado en cómo debe contarle la historia a Trujillo—. La Suprema no podía admitir el oprobio de que se hiciera conocido y yo tenía prohibido desvelarlo. Fue al interceptar estas cartas cuando supimos de su plan; pero ya fue demasiado tarde.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con nosotros?

*... Y en una tarde en que me hallaba sola, descubrí algo de lo que nadie parecía tener conciencia en el castillo de Sancti Geni. Como muchas fortificaciones, esta se encuentra hollada por decenas de pasadizos subterráneos que comunican distintas zonas del castillo y a su vez con el exterior. Esto facilita las situaciones de huida y también el aprovisionamiento con el exterior en épocas de asedio. Durante unos días, me había dedicado a localizar las diferentes entradas que había descubierto en el plano: esta en el patio, aquella bajo la almena, todas alrededor de las defensas. Pero descubrí también que el lugar que ahora se había destinado a biblioteca había sido un polvorín en los años pasados, de mucho uso por las incursiones de piratas. Como lugar de almacenamiento necesitaba comunicación directa con el mar. Imaginaos mi excitación al descubrir que me hallaba sentada, sola, sobre un pasadizo que llevaba al exterior sin que nadie entre mis carceleros lo supiera.*

*Moví pilas de libros y muebles entre aquel infierno que nunca terminaba de ordenar hasta que distinguí entre las losas una que iba acompañada de una argolla. Era imposible para mí moverla sola, así que había que dar por bueno a Arquímedes. Desarmé unas barras de metal que sujetaban una parte del techo*

vencido. Con no poco esfuerzo y tiempo conseguí introducir una barra por la argolla y, colocando unos ladrillos amontonados, subí al otro extremo hasta levantar la losa con el peso de mi cuerpo. Atranqué la puerta de la biblioteca y bajé por el agujero con no poco miedo, he de admitirlo.

*El pasadizo, bastante largo y lleno de recovecos, comunica con una cueva bajo la roca donde con marea baja cabe un bote de buen tamaño. Desde allí se ve a poca distancia la tierra firme y el baluarte de Zuazo.*

*Acto seguido elaboré un plan en el que era fundamental el concurso de vuestro pupilo fray Andrés Calderón. Este es el motivo de esta larga carta, pues he de pedir os que, una vez más, os sacrificuéis por mí. Ahora os detallaré mi estrategia con un lamentable estado de esperanza que me hace sufrir como una enamorada...*

—Es decir, que vuestra marquesa se escurrió en las narices de sus carceleros... — Trujillo disfruta del momento.

—Exacto. El joven fray Andrés llevó personalmente la carta a fray Diego Ramírez en Salamanca. Este viajó a Huelva para contactar con el comerciante que estaba esperando desde un mes antes, mientras el joven fraile se las apañó para acudir al castillo de Sancti Geni en solitario y con un barquero que estaba en el secreto. Después de la visita rutinaria en las estancias del castillo, el frailecillo condujo el bote hacia la cueva y esperó allí a que Juana de Alcántara bajara por el pasadizo de la biblioteca. El bote se reunió en alta mar con el galeón del comerciante y el fraile volvió a tierra como si nada hubiera pasado. Y desde entonces no se ha vuelto a saber de la marquesa.

—Cualquiera diría que os alegráis de que escapara.

—No me interpretéis mal —corta Juana, cogiéndolo al vuelo—. La marquesa dejó a la Suprema con un palmo de narices, pero ahora acaba de brindar la solución a uno de nuestros enigmas. —Y señala las murallas a las que se van acercando al entrar por la calle—. Y todo gracias a nuestro añorado rey Felipe. A lo largo del régimen de nuestro anterior monarca (que Dios guarde en su gloria), comenzó un proceso de fortificación de nuestras plazas más expuestas a lo largo del imperio, ya fuera al turco o al corso. Al paso que van nuestras finanzas, nos veremos hasta el próximo siglo dándole al mortero. Lo que nos resulta oportuno de todo este empuje de su majestad es la uniformidad de los trabajos. Allá donde se vaya a lo largo del universo mundo, encontraréis una muestra del poder del imperio en sus baluartes, baterías y fortificaciones... —Y ahora Juana llega al lugar donde apareció Sabino colgado del pendón y se sitúa justo sobre la mancha renegrida de sus sesos—. Y si el emperador trajo a las Indias las murallas, entonces también trajo los pasadizos.

—Dios santo. Soy un estúpido. —Trujillo se clava consternado—. ¿Cómo no lo había pensado?

—A mí me ha pasado lo mismo. No hay revelaciones peores que las que las que

esconden una obviedad.

Y se lanza sobre la basura amontonada a despejar el suelo.

—Pero lo mío es peor. Yo sabía que hay pasadizos.

Juana se detiene un momento a mirarle. Se le escapa una risita.

—Pues entonces sí tenéis razón. Habéis estado poco despierto. En vuestro descargo, opino que la entrada que estamos buscando adolece de tanto abandono como la que permitió en España la fuga de la marquesa.

—En realidad, yo no sé ni dónde están. Solo tenía el dato por el señor Manosprietas. Pero nunca ha puesto los planos a mi alcance.

Juana deja de nuevo lo que está haciendo.

—Esa es una información muy interesante, capitán.

Y siguen rebuscando junto a los dos soldados. No demasiado lejos del pendón hay una losa grande con una arandela de hierro en un extremo. Pero no hay ya argolla para tirar. Meten una pica por la arandela para empujar hacia arriba. Sorprendentemente, no cuesta mucho levantar la piedra. Se nota que ha estado en uso de forma reciente.

Según se desvela el agujero de negro infinito, Juana siente que todo su interior se revuelve. Por uno como este entró sin billete de vuelta en la época más enloquecida de su existencia.

—He aquí revelado el misterio del asesino fantasma y del ubicuo Ventura —sonríe Juana.

—O todo en uno —apunta Trujillo.

—Por aquí entró el Loco de nuevo en la ciudad en mitad de la noche. Y también gracias a estos túneles, nuestro demonio vengador cobró su última pieza. Mi hipótesis es que una vez inutilizado nuestro vigilante, el asesino introdujo a Sabino en algún pasadizo próximo a su casa. Así pudo recorrer la ciudad sin ser visto y aparecer en un lugar poco transitado como este, donde encontramos dos ventajas: la montaña de desperdicios que esconde la entrada y los soportales bajo la muralla, que impiden a un vigía espiar lo que sucede bajo sus pies. De este modo, consiguió alzar al señor de Irrazu por el pendón y desaparecer por el agujero como un fantasma.

—Un fantasma... Estoy harto de oír que es un fantasma.

—Y ahora entremos a ver si hay alguna pista más en este pasadizo. Si no, con algo de suerte, al otro lado podremos comprar pescado fresco en el arrabal.

Tras unos minutos de espera a la busca de antorchas, Juana y Trujillo bajan rodeados por Jacinto el Mulo y el Flecha. Juana mira hacia atrás de forma instintiva. Le aterra dejar allí arriba ese pequeño reducto de luz salvadora.

La totuma se balancea sobre la cabeza de Gunnale con un pequeño baile que hace bajar la vista inevitablemente sobre sus caderas, sincronizadas con aquella de forma mágica y sinuosa. Palito, sentado bajo un sombrero al borde del pantalán, esperando

que le llenen una cesta de pargos, su mordida del día de hoy, mordisquea una varita de palma rascándose la entrepierna mientras observa ese cuerpito de brazos flacos y larga melena que cruza de un puesto a otro repartiendo agua fresca a todos los mercaderes.

—¡Pst! Eh, tú, imbécil, ven aquí.

Gunnale atiende al llamado acercándose y bajando la totuma a la cadera. Palito, sin apenas moverse, coge un vaso de calabaza y lo tira a sus pies. Gunnale se arrodilla diligente dejando la totuma a un lado. Palito la observa ahí abajo, entre sus piernas, con el cabello cayendo como un velo negro sobre los hombros, la piel desnuda asomando bajo la camisa, los ojos tímidos, gigantes, almendras dolorosas golpeándole en el vientre, y se pregunta por qué esa pequeña salvaje no ha caído aún en sus manos con todo el tiempo que lleva dando vueltas por la bahía.

Gunnale sirve el agua en la calabaza y permanece arrodillada a la espera. Palito se inclina adelante a tomar el vaso antes de que ella se lo acerque. Al coger la calabaza su rostro queda cerca, muy cerca, del rostro de Gunnale. Deletrea las aletas de la nariz y cada una de las pestañas, el pelo que ahora cae sobre parte de la cara, los labios carnosos medio abiertos y los ojos, esos ojos tímidos, gigantes, dolorosos. Solo tiene que alargar el otro brazo y atraerla hacia sí para comer esa boca y no habría dios en la bahía que le reprochara hacerlo.

Pero no lo hace.

No alarga su brazo ni la atrae hacia sí, y mucho menos come esa boca. Vuelve a inclinarse hacia atrás tiritando, nervioso y revuelto. Mira a los lados por si alguien se está fijando en la cara de miedo que tiene.

Gunnale se levanta mirando hacia abajo, permaneciendo en el sitio. Palito rebusca en su bolso y tira un par de monedas. Ella se agacha a recogerlas al suelo, agarra la totuma y le da la espalda caminando despacio.

—¡Imbécil!

Palito, irritado, le lanza la varilla de palma y busca más cosas al lado, patatas, piezas de fruta, una piedra; no acierta con nada. La chica se aleja, desapareciendo en la piel escamada del puerto.

Palito mira hacia el hueco vacío entre sus piernas. Allí abajo reposa el vaso de calabaza llenito de agua.

El pasadizo se adivina como una red de galerías en todas las direcciones. Debe de recorrer todo el largo de la muralla por debajo y perpendicularmente comunicar con el exterior por varios lugares. El cuarteto que lo transita en este instante no se desvía por ningún pasillo de los que aparecen, buscando simplemente la salida al otro lado.

—Dos ratas más. No hay nada que me dé más asco que esos bichos —escupe el Flecha con su habitual habla entre dientes.

—Eso es porque no has mirado hacia arriba —sentencia Jacinto desde el final de

la fila.

Todos miran hacia el techo mientras levantan las antorchas. Una especie de estalactitas se apelotonan sin permitir ver la piedra.

—Murciélagos —gruñe Trujillo.

Ahora se dan cuenta de que todos esos bultos colgantes son seres vivos, viscosos y húmedos. Hasta donde se pierde la vista en el pasadizo, todo está plagado de ellos.

—Dejemos que sigan durmiendo —prosigue el capitán—. No quiero imaginarme el barullo que se debe de montar aquí con todos estos en danza.

Juana se fija en el estrecho pasillo y visualiza con asco todo lleno de vampiros voladores. Entonces tropieza con algo duro y cae de bruces.

—Cuidado, padre, no sea que pise alguna calavera...

Juana toquetea lo que le ha hecho tropezar. Es una lámpara. La muestra.

—A saber desde qué siglo anda esto por aquí —bromea el Mulo.

Juana cambia el gesto.

—No desde hace tanto.

—¿Qué decís, padre?

—Está caliente.

Todos a una, en un acto reflejo, los soldados llevan su mano a la empuñadura de la pistola o de la espada. Clavados como los murciélagos del techo, van girando la cabeza con lentitud, tratando de distinguir algo a su alrededor que parezca mínimamente humano. Sienten el silencio hueco, las gotas de humedad condensada, el ronroneo infinito de los que duermen sobre su cabeza, los jadeos entrecortados de los cuatro.

Trujillo cierra los ojos localizando cada una de las respiraciones. Escucha cuatro. A mi espalda, Jacinto, inconfundible, por la boca; ante mí, el cura, que tiembla como una mujer; delante, el Flecha, aleteando con la nariz, como si oliera una flor. Y la cuarta... Trujillo contiene la respiración, pero sigue oyendo una cuarta.

Sin abrir los ojos desenvaina y, lanzando un mandoble con todas sus fuerzas ataca hacia donde el sonido le guía. El metal prende chispas en la piedra al golpear e ilumina dos ojos rodeados de huesos y piel macilenta. Juana salta hacia atrás golpeándose con la pared y el espectro sale a correr por un pasillo adyacente.

—¡Corred, tocineras! —Y mientras lo dice, Trujillo se lanza por el pasillo sin apenas ver nada—. ¡Trae la antorcha, Flecha, corre de una vez!

El pasadizo se echa a temblar con las voces rasgadas del capitán y los otros apenas pueden seguir sus pasos de rápido que va, hasta que en una curva casi se estampan con él, pues de repente ha parado.

—¡Hay dos pasillos! ¡No le he visto, no sé adónde ha ido el hideputa!

—Yo voy por aquí, capitán.

—Tú conmigo, Jacinto, ¡vamos!

Y mientras los tres soldados separan su camino, Juana llega atrasada sin apenas resuello y en la bifurcación ya no sabe quién ha ido por dónde. De hecho, se

vislumbra una tercera galería y su instinto le dice que ha de tomarla. Se mete a ciegas, y ya no sabe cuántas vueltas lleva ni lo largo que es todo esto: la oscuridad y el silencio hacen el tiempo extenso y blando. Juana se para y siente el deseo de volver, es una tremenda imprudente y ahora no sabe distinguir si lo que oye son sus pasos y su corazón o es que hay otros pies en esa galería que le siguen. Pierde la conciencia de si va o de si viene y ya solo piensa en gritar, pero ni siquiera le sale; corre a ciegas con los brazos estirados cuando choca con algo blandito: es el pecho de alguien; se le corta la respiración, le golpea y sale a correr no sabe hacia dónde; entonces ve algo, una luz, es otro pasillo, se dirige hacia allí, ve una silueta, corre más, al tiempo que nota que la siguen a ella, se acerca, es el Flecha que rebusca algo de espaldas y tarda en mirar hacia atrás.

—¡Está aquí! ¡Viene detrás de mí!

Ahora el Flecha se gira, su cara asustada, la antorcha en el suelo y en la mano, recién cargada y gatillo elevado, su pistolón. Juana lo ve y está a tiempo de echarse en el suelo.

—¡No!

El estruendo sacude el pasillo y creen ver una figura blanca que se mueve con el relámpago rojo. Pero es solo un segundo, pues luego se vuelven ciegos de un golpe.

Un millón y más de murciélagos despiertan del sueño en el techo y ocupan entero el espacio. Al Flecha lo tiran al suelo y Juana, que ya estaba en tierra, se cubre con la capa esperando que pasen. Pero aquello no acaba nunca y golpean una y otra vez en su espalda, la destrozan, la arañan, y piensa de pronto que un traje desgarrado es una mala noticia para ella, así que levanta y echa a correr, llevada por los murciélagos ni sabe hacia dónde. Pero la poca chispa que le queda en la cabeza le hace comprender que ellos sí saben, que esos bichos chillones la llevarán seguro a la calle.

Entonces ve otra figura delante huyendo también de la furia negra que les empuja. Trata de ir más deprisa y llegar hasta ella, sin distinguir apenas la espalda y los brazos. Y de repente una luz, la luz cegadora de un ventanuco allí al fondo. Solo ve alas y piedra, y muy de poco en poco la figura corriendo delante. Y cuando alcanza por fin el cuadrado amarillo que la pinta de negro, la figura ante ella se para y se gira un momento. Es muy fácil de distinguir: es el Loco Ventura, que salta hacia fuera y desaparece de nuevo.

Juana llega hasta allí en un último esfuerzo. No puede creer que otra vez, en el momento preciso, se le va de las manos...

Y al salir allá afuera, por la parte exterior del muro, el lado verde y marrón del camino que se dirige a las haciendas brilla más que nunca.

Y mientras sus ojos se hacen de nuevo a ese sol asesino, allí abajo al final de la cuesta, al lado de un caballo marrón que transpira agobiado, el soldado con cara de niña y más suerte que nadie, Blas de Lepe, sujeta del cuello al Loco Ventura mientras lo amenaza con un pequeño cuchillo.

Blas mira hacia Juana sin poder creer que él esté allí haciendo eso y que su

admirado curilla salga de aquel agujero precedido de un millón de vampiros que solo Dios sabe cómo pudieron meterse allí dentro.

Blas le contó a Juana cómo venía de la finca del Oso (obviando el motivo real que le había llevado allí, por supuesto) cuando vio aparecer una nube de murciélagos invadiendo alocados el cielo, cerca de la muralla. Se desvió lo justo para contemplar aquel espectáculo de cerca y, al llegar bajo el muro, topó con Ventura saliendo del pasadizo. Le cortó el paso con el caballo y se lanzó sobre él blandiendo el pequeño cuchillo que llevaba en el cinto. Con eso había bastado para atrapar al hombre más buscado en toda la bahía.

Juana baja al calabozo con cierta pesadumbre. Ventura está tranquilo como hace mucho que no le veía, extrañamente en paz. Y parece que la estaba esperando.

Las cadenas que le unen a las paredes por las cuatro extremidades destacan en el brillo de la lámpara sobre la mesa. Hay una quinta cadena que le llega desde el techo hasta un severo dogal que le rodea el cuello. Ventura espera de pie, muy tieso.

—No he podido prepararte un mejor recibimiento. No alcanzo a la mesa con este nuevo collar que me han puesto para amaestrarme.

Ventura hace un lastimero intento por moverse un paso más allá, pero la tensión de las cadenas lo imposibilita. Juana arrastra la mesa hacia él y le acerca de una patada una banqueta para dejarla a sus pies. Se sienta en otro banco frente a él, apoyándose en la mesa y con la lámpara próxima a ella. Ventura manipula el banco con los pies y se sienta despacio.

—Pensaba que no te volvería a ver.

—Nunca imaginé que me encontrarías allí abajo. Llor al padre Fiz.

—Me harán un desfile triunfal con corona de laurel y toga púrpura.

—*Hominem te esse memento.*

Juana sonrío. Parece mentira que ande de chanzas con un loco asesino.

—No me hace falta un esclavo que me lo recuerde. Sé que soy humano. No como tu Amo. Aunque quizá los túneles expliquen parte de sus apariciones mágicas... Los conocías bien.

—Te enseñaré algo.

Ventura se sube la manga de la camisa. A lo largo de la parte interior del brazo izquierdo está pintado un esquema de rayas entremezcladas.

—¿Eso son los planos de los pasadizos? ¿De dónde los has sacado?

—Están aquí arriba, en el cabildo.

—Dudo que te hayan dejado entrar a verlos.

—No me ha hecho falta. Amón me los reveló.

—Al final me vas a hacer creer en ese demonio tuyo de la venganza.

—Viene a impartir justicia. Y utiliza todos sus poderes.

—Por favor, dime el nombre de esa persona que te domina.



—Amón vendrá a presentarse ante ti para que rindas pleitesía a su poder.

Juana resopla, pero se arma de paciencia.

—Amón es de carne y hueso. Vas a ser ejecutado por su culpa.

—No esperaba menos, padrecito.

—Si es lo que deseabas, ¿por qué no has confesado antes ser el culpable?

—Aún quedaba viaje por recorrer.

—Entonces, ¿ahora confiesas?

Ventura la mira con franqueza, casi con ternura.

—Amón y yo somos solo uno.

—¿Esa es la única verdad?

Ventura afirma. Juana está casi decepcionada.

—Amón esto, Amón lo otro... Cuando dices que tu dios te domina, me recuerdas a un iluminado que recorría mi pueblo de niño, un tal Chamizo.

Ventura se encoge de hombros.

—¿Has sido un Alumbrado?

Ventura se rasca y se agita. Juana ataca.

—Seguro que sí. Pero no estuviste mucho tiempo; has pasado tu vida buscando aquí y allá dónde encontrar a Dios, o al menos dónde aliviar tu angustia. Probablemente lo intentaste con el sacerdocio antes que con los iluminados. También buscaste a Dios en el conocimiento, y has dedicado mucho esfuerzo a ello. ¿Cómo has venido a echar tus huesos aquí? Quizá te perseguían por tu *heresis*...

Ventura deja de rascarse.

—No, déjame pensar. Viniste buscando. Querías llegar al confín del mundo a encontrar lo que no hallaste entre los hombres. Y aquí encontraste a los peores hombres. Pobre de ti.

Ventura vuelve a rascarse por todo el cuerpo.

—También encontré a Amón.

—Hay una parte de ti que ha buscado en la sabiduría, que ha estudiado a los Padres griegos y romanos, que ha tratado de explicar tu desorden con las palabras justas. Me irrita que este medio tú que me habla con sabiduría escolástica se deje llevar por esa retórica sincrética y burda llena de enigmas de ese otro tú iluminado.

—Eso es porque no puedes ponerte en mi lugar. Si tuvieras lo que yo tengo en la cabeza, no te servirían ni Sócrates ni Platón. Ni siquiera te sirve Dios. Al menos el tuyo. Y no te pido perdón por el sacrilegio, padrecito. A la postre, ya me vas a matar.

—Yo no voy a ser quien lo haga. —Y recordando las palabras del párroco don Marcelino—: No eres el primero que me dice lo poco que vale Dios en estas montañas.

Ventura se echa hacia atrás como para tener perspectiva. De pronto sonrío. Mira a Juana condescendiente.

—Me has definido muy bien, padrecito. Como un adivino. Pero déjame que, en correspondencia, yo haga un intento contigo.

—No, Ventura. Yo no soy...

—No te gusta la muerte —la acalla Ventura—. Eso es raro, porque aquí es el único Dios verdadero: a los curas os fascina la muerte; los poderosos adoran la muerte, se alimentan de ella; los vasallos se ríen de la muerte, disfrutan del asco y del miedo que les produce. Verás como mañana estará la plaza llena de gente para verme morir. Pero a ti no. Nonononono. Has venido a verme cuatro veces y, por mucho que te he forzado, jamás he conseguido que me inflijas tormento.

—¿Eso hubieras querido?

—Me habría aclarado tu enigma. Pero no. —Se balancea sujetando la correa del cuello pensativo—. Por otro lado, he intentado ahondar en tu fe y tampoco consigo aclararme. Hace un momento te he pinchado y psssss... sigues sin inmutarte. Cualquiera de tus cofrades habría sido mucho menos tolerante con cada barrabasada que he dicho sobre el Altísimo. Pero no. Tú no.

—No puedo tratarte igual que a los cuerdos.

Ventura ríe. Parece más cuerdo que nunca.

—No, padrecito. Es porque sabes cuán parecidos somos y me lo perdonas. —Juana calla—. Igual que a mí, a ti no te gusta este mundo. No entiendes la injusticia, no soportas la indecencia de los poderosos y te da asco la crueldad sin sentido.

—Náuseas. Me da náuseas ver lo que has hecho, esa tortura por capricho.

—¡Pero lo aleatorio está en la raíz de la naturaleza! ¿No aceptamos el capricho de la vida con un «si Dios quiere...»? A la mayor parte de los hombres les es suficiente y se resignan doblando la cerviz. Ñañañañaña. Pero a ti no. Nuevamente, a ti no. Son muchas las veces que choco con tu enigma, padrecito.

Juana se cansa del juego.

—Yo también necesito resolver tu enigma y apenas nos queda tiempo.

—Si quisieras, podrías. Solo tienes que llevar la lámpara hacia el sitio adecuado y todo quedará revelado.

—Si me hablas con acertijos, no habrá luz que llevar.

—Estoy siendo muy claro, padre.

Juana acepta. Jugará el juego del acertijo.

—Ese Amón tuyo, ¿ya te hablaba en Castilla o lo encontraste aquí en estas tierras?

—Aquí se reveló.

—Y por fin encontraste lo que tanto buscabas. Justicia, venganza y una razón para todas las cosas.

—Gracias a él no hay más dudas. Todo es sencillo.

—¿Él te da órdenes... en tu cabeza?

—Él me guía.

—¿Mataste pues a Sabino Irrazu?

—Lo que hace él yo lo pago, pues somos uno.

—¿Mataste a los otros?

—Ya te he respondido.

—¿Por qué atacaste al niño?

—Amón me lo ordenó.

—¿Tú no querías?

—Estaba muy enfadado porque lo escondí sin su permiso. Ese niño es peligroso.

—¿Por qué?

Ventura no contesta. Juana reflexiona y propone:

—¿Porque le vio?

Ventura sigue en silencio, pero no le hace gracia.

—Así que más bien es el niño quien está en peligro.

—Es hijo de un demonio. Por eso es peligroso. Te he dicho que el Amo y yo somos solo uno.

—Pero fallaste. ¿Qué pasará cuando el niño hable?

—A Amón no le gusta esto. Cambiemos de tema o no me dará lo que me prometió.

—¿Qué te prometió?

—Cosas.

—Ventura, no te va a oír. ¿Qué te prometió?

—Acabará con mis pesadillas.

—¿Qué sueñas?

—Los locos oímos voces, gritos...

Ventura mira los ladrillos.

—¿Por qué tienes esas pesadillas?

Ventura niega inquieto. Se rasca la parte de atrás del cuello.

—¿Qué ves? —insiste Juana.

—Los niños... —Y parece buscarlos en la oscuridad—. Los encuentro entre las zarzas, trato de esconderlos, pero siempre vienen ellos y se los llevan a la hoguera.

—¿Te ha pasado algo así?

Ventura se quiere levantar, pero Juana le sujeta del brazo con fuerza. Está encontrando algo y aprieta las fauces como un lagarto en un río de aguas marrones. Él se encoge.

—Es nuestro secreto —balbucea Ventura.

—Te van a colgar dentro de un rato y tu secreto morirá contigo. Cuéntamelo y líbrate de ello.

—Amón se enterará...

Ventura mueve los ojos con velocidad por toda la pared. Parece que va a entrar en su crisis. Pero de repente se relaja de nuevo. Sonríe y se pone cómodo. Mira a Juana.

—De acuerdo.

Juana le observa durante un segundo. Parece que ha vuelto. ¿O la estaba engañando? Le suelta. Ventura aprovecha para acariciarle la mano al retirarse. Cierra los ojos para recordar bien la textura.

—Quedará entre nosotros, Ventura. Te lo prometo.

Ventura niega sonriente y se vuelca sobre la mesa para acercarse a ella.

—Primero cuéntame tu secreto, padrecito.

Juana entiende. Le mantiene la mirada.

—No soy cura.

Ventura saborea con felicidad el momento.

—Eso ya lo sé. ¿Qué más?

—Naufragamos en la costa y le robé las ropas al jesuita que me perseguía. Como no salga pronto de este asqueroso lugar, vendrá alguien que me reconozca y me mandarán de vuelta a España. Lo que te van a hacer a ti no tendrá comparación con el destino que me espera.

—Así que el Santo Oficio te persigue...

Juana asiente.

—Te toca.

—Aaah, padrecito, ha sido muy poco...

—Acabo de dejar mi cuello en manos de un enajenado y todavía me está regateando. Vamos, Ventura, no tenemos mucho tiempo.

—Érase una vez una expedición a la montaña, el Grupo de los Diez. Buscan el tesoro, el famoso tesoro de esmeraldas de la montaña, recorriendo terreno inexplorado por la selva. El Grupo de los Diez sale a buscar en secreto; serían capaces de morir de sed a cambio de encontrar esas riquezas con las que nos engañan a todos para traernos a este rincón mezquino y putrefacto de la Tierra.

—¿Quiénes eran esos diez?

—... Y el cielo parece que oyó las plegarias del Grupo de los Diez. Al atardecer de un día caluroso y húmedo como vagina de ternera, llegaron a lo alto de un monte extrañamente despejado de maleza. El silencio les asustó y pusieron sus manos en las espadas. Y entonces ocurrió el milagro.

El Loco se pierde entre los ladrillos de la pared.

—Ventura, sigue.

—Hay algo más, ¿no, padrecito?

—¿Algo más de qué?

—Tu secreto.

—¿Te parece poco lo que te he contado? Dime los nombres...

Ventura niega. La mira con intención.

—Si tú no eres el perseguidor, sino el perseguido...

Juana le adivina.

—¿Si ya lo sabes, para qué me preguntas? Cuéntame quiénes son los Diez.

—¿Si ya lo sabes, para qué contestarte?

—No sé la respuesta. Diez son muchos nombres. Tu pregunta se responde con un sí o un no. La mía, no.

Ventura se inclina de nuevo hacia ella victorioso.

—Juana de Alcántara, bendita sea tu audacia. Quizá salves tu vida por algún avatar del destino. Pero no tientes a la suerte alargando tu secreto. No hay cofre que se mantenga cerrado toda una vida.

—Lo sé.

—Abandona este lugar y no te enfrentes al Amo. Él te aprecia.

—¿Qué dices?

—Cuando yo muera, él te seguirá protegiendo. No tengas miedo, pero no te enfrentes a él. Puede hacerte mucho daño.

Juana reflexiona durante un momento.

—Lo tendré en cuenta. Ahora dime los nombres.

—Amón está llegando. Viene a llevarme. Me llevará a dormir sin pesadillas. Después tomará otro discípulo. No tengas miedo...

Y el pobre Loco estira su brazo y tira la lámpara al suelo dejando la celda a oscuras y entrando de cuerpo entero en su mundo de fantasmas.

—*Hora est iam nos de somno surgere... Hora est iam nos de somno surgere...*

Juana se levanta aterrorizada y, mientras corre a golpear la puerta de la celda, siente que verdaderamente el demonio de la venganza retumba en la habitación.

—¡Carcelero! ¡Abrid!

Pero entre los golpes solo se repite la voz del muerto en vida:

—*¡Hora est iam nos de somno surgere!*

## 26 de junio

Amanece en la plaza y el sol pinta el animado retablo poblado de almas en expectación febril. Desde que comenzaron ayer tarde a levantar el estrado junto a la fachada del cuartel, fue reuniéndose gente y no ha dejado de aumentar el trasiego durante la larga noche. Grandes hogueras han convertido la plaza en una feria improvisada, adelantando el día de mercado con multitud de puestos venidos de toda la bahía.

No ha habido forma de dormir con ese jaleo allá fuera, pero tampoco es excusa: aunque hubiera gozado de un silencio monacal, Juana no habría pegado ojo. Desde que capturaron al Loco, todos en el cuartel, en el cabildo y en la calle dieron por finalizada esta etapa de terror y nombraron culpable oficial a Ventura por aclamación. Aunque ante el estrado se iba a officiar el juicio público al reo, era una evidencia que nadie se quedaría sin la satisfacción de verle por fin sacando la lengua en el garrote.

Pero Juana se había acostado con todos los fantasmas rondando en su cabeza y ninguna solución. No había conseguido descifrar los acertijos del Loco, pero se repitió una y otra vez cada una de las frases que había compartido con él hasta que las memorizó y pudo recitarlas como quien reza el rosario. Se levantó con náuseas y se maldijo por la injusticia inevitable que se avecinaba.

En el estrado todo está preparado para la misa que inicia el jolgorio. Por vez primera desde hacía meses, el párroco don Marcelino Gracián ha salido de su encierro para oficiar al aire libre. No iba a tener otra oportunidad como esta ni mayor público para difundir la Palabra. Pero es más bien una prédica en el desierto. La voz apenas le llega a la punta de su nariz y el murmullo de la multitud, recién espabilada y deseosa de desayuno, sepulta por completo las oraciones del viejo. No ha terminado aún su huérfano sermón cuando se abren las puertas del cuartel para enterrarle definitivamente en el olvido. Como desde dentro no se oía nada del oficio, los alféreces pensaron que ya había terminado y han arrancado a desfilar con los tambores como si llegaran los jinetes del Apocalipsis.

Precedido por una columna de soldados que abre paso entre el barullo, aparece el Loco Ventura caminando penosamente por la cantidad de hierro que lleva en brazos y piernas. Va conducido por el joven Blas a quien, como siempre, le ha tocado la misión más indeseada. Como había hecho otras veces, levantó el brazo en el patio y se presentó voluntario. Para qué perder el tiempo esperando el resultado de un sorteo que amañarían en su contra.

Cuando la comitiva aparece en la plaza, el gentío se apelotona alrededor, ansioso de ver al temible asesino encadenado. Le tiran huevos, peladuras de fruta o directamente mierda. Por cercanía, Blas se lleva un bautizo de porquería que le hace reencarnarse en gusano; el Loco, en cambio, apenas se da cuenta. Está ensimismado repitiendo una salmodia.

—Amón me conduce hacia la muerte, Amón me libera. Amón me conduce, Amón me libera...

Al corregidor don Lope y a Sancho Manosprietas también les coge de improviso la repentina aparición. Adormilados aún en un lateral del estrado mientras don Marcelino susurraba cansino, han de levantarse con cara de caerse a un charco en cuanto oyen el redoble de tambores. Los soldados que tenían mejores ropas y fueron seleccionados para lucirse en el escenario han de soltar las picas y ayudar a cambiar a toda prisa las mesas de sitio, con caída de cálices, tabernáculos y hostias consagradas. El corregidor rasga su capa en el trajín y Manosprietas recibe un capón con el pico de una mesa. A duras penas bajan de allí arriba la figura de San Telmo que presidía el altar, dejando a la vista en el centro del tablero un impresionante y admirablemente simple pilar de madera abrazado a una maroma.

El San Telmo es recibido con todos los honores por Simón Lobato, que se encuentra sin buscarlo con la figura de escayola abrazada como a un hijo. Se retiraría de ese follón, pero tiene el paso cortado por su espalda a causa de una valla y delante de él se encuentra ya la comitiva. No le queda otro remedio que esperar a que pasen y avanzar después. Ahí se queda, perdiendo la sensibilidad de los dedos por el peso del estuco, cuando se enfrenta de lleno con los ojos excitados del Loco Ventura. Intenta esconderse tras los pliegues del santo, pero es demasiado tarde. Ventura lo ha visto y le señala con el dedo:

—¡Tú! ¡Tú! ¡Yo te conozco!

Simón mira hacia atrás y disimula asustado.

—¡Has venido desde el mar para llevarme con tu Dios promiscuo! ¡Ven con mi Amo el Vengador o húndete de nuevo en el océano!

Una pedrada sobre el ojo izquierdo de Ventura viene oportunamente a salvar a Simón del baño que recibía. Blas tira del Loco hacia las escaleras del estrado, mientras este se transforma en un sanguinolento muñeco incapaz de sujetarse en pie.

—¡Amón me conduce, Amón me libera!

Mientras llevan en volandas al reo, Simón se apaña para huir hacia el cuartel. Entre el barullo que se agolpa alrededor, se ve avanzar al tambaleante San Telmo por encima de las cabezas de la gente. El capitán Trujillo, en segunda fila en el estrado, ve pasar el santo, preocupado por el espectáculo que acaba de presenciar. ¿Por qué precisamente se ha parado Ventura con el pájaro este, el protegido de Fiz de Talaván?

—¡*Oculum pro oculo!*

El juicio se torna un evento imposible de llevar a cabo. El Loco, cegado por la sangre que inunda su cara, no para de gritar. El pueblo, contagiado, atrona la plaza en un barullo insoportable. Los proyectiles vuelan sin cesar, acertando unas veces sí y otras no tanto. Las autoridades no se libran de algún que otro huevazo, lo que les pone aún más nerviosos, mirando angustiados a Trujillo en busca de una ayuda. Pero este prefiere soportar el bombardeo hortofrutícula que montar una batalla contra la multitud enfebrecida. La tentación de usar la fuerza de las armas para apaciguar a las masas es demasiado grande, sobre todo cuando la tarima comienza a moverse como una barquichuela por la presión del gentío. Sin embargo, Trujillo sabe que si no superan ese miedo, el día podría acabar teñido en rojo y el horror de ejecutar a un solo hombre se convertiría en una matanza sin control.

El momento de la crisis solo tiene una salida: ejecutar a Ventura cuanto antes. Trujillo cruza el escenario a toda prisa para hablar con Aguilar.

—¡Pero aún no ha recibido juicio justo! —contesta el corregidor nervioso.

—¡Saltaos el juicio justo o nos pasarán a nosotros a cuchillo! ¡Va a morir de todas formas!

—¡Que Dios nos perdone! —Manosprietas junta las manos desquiciado, cayendo de rodillas y hundiendo la cabeza en el pecho. En lo alto de la calva le está asomando un chichón como un capirote de procesiones.

En mitad del estrado, sujetado a duras penas por el pobre Blas, quien también anda hecho una sopa de ajo, el Loco Ventura se rehace al ritmo de las voces de la gente y les increpa sin cesar:

—¡*Oculum pro oculo! ¡Dentem pro dente!*

Mientras tanto, bajo el soportal del palacio de San Telmo, oculta con la capucha de su capa, Juana se revuelve en el mar de náusea que apenas le permite moverse.

Observa aterrorizada la agitación de la multitud, los ojos desorbitados de Ventura y su boca enorme esputando maldiciones hasta que dos soldados le sujetan por los brazos y lo empotran contra el pilar de madera oscura. Juana apenas pestañea mientras intentan ponerle un trapo en la cabeza al reo y lo único que consiguen es llevarse un manojo de mordiscos. Los ojos de Juana se humedecen cuando al Loco le pasan por el cuello la maroma y un sujeto de gran tamaño comienza a maniobrar por detrás, apretando poco a poco el cuello contra el pilar. Juana siente sus oídos estallar escuchando los gritos de ese hombre roto, por encima del populacho, proclamando venganza infinita y resistiéndose a la muerte mientras parece que la mira a ella y le recuerda:

—¡Ya es hora de despertar del sueño!

Hasta que el cuello se parte con un chasquido tan vibrante que inunda de silencio toda la bahía.



## 16

### LA MARCA

Simón había corrido en dirección contraria a la mayoría. No hacía más que subir gente, hoy que estaban las puertas abiertas sin vigilancia ninguna. Era imposible que la ciudad se tragara toda aquella sopa grasienta sin reventar, seguro que el suelo se hundiría partiendo la roca y llevando al infierno a toda esa estirpe de pecadores. Cuanto más lejos mejor, piensa Simón Lobato. Lo más lejos posible para no ser apuntado ni por el espíritu de Ventura. Lo que le faltaba ahora es que volviera a él ese tiempo perdido en Castilla.

Se va a refugiar en el arrabal, donde seguro que el Cangrejo sigue acodado en su colección de toneles. Anda en lo cierto. Los cuatro mendigos borrachos de siempre, el coro de malos con mirada furtiva y el propio Cangrejo moviendo su cabeza gigante en lentos bandazos. Esa es la parroquia del día.

Tiene entrada libre como siempre, pero nota que no es bienvenido. Nadie le da palique ni mira hacia él invitando a un traguito. Pero da igual. Simón no está para fiestas, solo quiere olvidar. Ya volverán los amigos cuando haga nuevos favores.

En esas está cuando escucha unos golpes al fondo. Desde un banco encajado en una pared entre veinte toneles, alguien que no ve lanza chinas y frutas hacia la abertura que da a la parte trasera, al otro extremo de la sala. Cuánto borracho hay suelto, piensa. Entonces Simón se fija en el suelo, donde cerca del mostrador descansa una totuma. La reconoce. Deja su jarra de vino y se levanta acercándose al centro de la sala. Entonces ve a Gunnale afuera, en la trasera. No puede acercarse a por su totuma a causa de los mil proyectiles que caen contra ella.

Por fin, el bombardeo termina. Gunnale se atreve a entrar en la taberna a recuperar el cántaro cuando una voz ruge entre los toneles:

—¡Ni se te ocurra! No cojas esa totuma o te mato.

La voz suena pastosa, hundida en el vino. De repente grita advertencias en lengua salvaje. Gunnale se echa al suelo para acercarse de rodillas sin atreverse a mirar. Y entonces la voz se levanta y camina hacia ella.

Es Palito.

Simón chasquea preocupado. El indio no le ha visto, toda su atención está en esa chica muerta de miedo en el suelo que solo quiere recuperar su medio de vida. Simón se fija ahora en la mano de Palito. Tiene un bastón largo que lleva arrastrando con hiriente sonido hasta llegar al encuentro de la pequeña damita. Primero le aparta el pelo con la punta y después lo mete en la boca del cántaro, alzándolo y tirando el

agua de dentro.

—Eh, tú, que me lo vas a dejar todo perdido. —El Cangrejo apenas masculla en el aire sin cambiar de postura.

Palito sonrío y, sin más, lanza la totuma contra una viga de madera donde se rompe en cientos de pedazos. Gunnale mira hacia el suelo, no ha visto el golpe, pero sabe qué ha sido y, sobre todo, sabe lo que significa.

—A partir de ahora, si quieres trabajar, lo harás en lo que yo diga.

Gunnale se encoge aún más. Palito levanta el bastón y parece a punto de golpearla, pero a cambio lanza un palazo sonoro contra un tonel próximo.

Los parroquianos miran atentos. Quien más quien menos ha visto a la india en las calles y están expectantes por saber si Palito tendrá lo que hay que tener para darle un trompazo. Palito respira entrecortado, sabe que ha de hincar su bastón en el lomo de esa mujer, que ha de dar miedo, que todos le miran.

—¡Imbécil!

Es lo más que se atreve a lanzar. Cree que va a morir ahogado, la sangre le aprieta el pescuezo y siente saliva amargando su lengua. Por fin, con dolor consigue levantar el bastón por encima de su cabeza y está dispuesto a descargarlo con toda su fuerza.

Y entonces sale volando.

Gunnale levanta sus ojos de almendra lo justo y ve que los pies de Palito no están ante ella. Levanta algo más y le ve atolondrado dar vueltas entre los fardos del fondo. Frente a ella avanza Simón abanicando su mano derecha con gesto dolorido. Los parroquianos siguen impassibles mirando, a la espera.

—Márchate.

Gunnale se levanta apresurada y sale.

Palito reaparece sangrando sobre los fardos. Pisa los restos del cántaro crujendo tanto como sus dientes mientras escupe la sangre.

—Llévatela, perro, haz lo que quieras con ella. Pero se acabó nuestro acuerdo, ¿me oyes? Si vuelves aquí, este indio te mata.

Simón está dispuesto a aplastar a ese hideputa a golpes en este mismo momento y tiene rabia de sobra inyectada en sus puños para no dejar ni rastro del indio en la faz de esta tierra. Pero quizá entonces los parroquianos de piedra dejen de serlo y se le echen encima con toda la saña que guardan detrás de ese gesto de esfinge. Así que escupe la bilis y sale tirando unas monedas sobre el mostrador.

En la puerta está Gunnale mirándole con ese silencio que duele.

—¿Tienes adónde ir?

Gunnale no contesta. No sabría qué decir.

—Yo he de volver a la ciudad. Ya habrá terminado la ejecución y... —¿Para qué dar explicaciones? piensa Simón. No está seguro de que ella entienda nada—. Ten cuidado con ese tipo.

Y sigue su camino.

A los pocos pasos se da cuenta de que Gunnale le sigue por la plaza del arrabal.

Se para y la espera.

Va a decir algo, pero no sabe qué. Ella mira al suelo, los brazos cruzados. Simón se gira adivinando y camina hacia la muralla.

Gunnale, tras él, atraviesa por vez primera la puerta de entrada de la ciudad de los Hermanos Menores.

La casa de Sancho Manosprietas es una selva de papel y tinta. El escribano parece que se oculta entre los pliegos para sentirse protegido. Soltero, cuidado por María Brígida la Chillitos, habitual del patio de la hacienda del Oso, quien revolotea levitando sin ruido hasta que abre la boca, vive entre humedad y aire reconcentrado. Juana ha acudido a verlo acompañada de Blas, pues no ha encontrado a Simón en ninguna parte y ya no está dispuesta a ir sola a ningún sitio por mucho que el asesino oficial esté colgando desde hace rato del garrote, en el estrado de la plaza.

—Explicadme por qué habéis mantenido en secreto la existencia de los pasadizos y a la vez el Loco Ventura los tenía tatuados en su brazo.

—Decídmelo vos, que tanto interrogasteis a ese hombre.

—Él por lo menos me enseñó su tatuaje. ¿Por qué os empeñáis vos en callar vuestra parte?

—Soy regidor de esta ciudad. Es mi obligación conocer sus defensas.

—El capitán Trujillo es el responsable de esas defensas y no le habéis dado acceso a los planos. Nadie parecía tener conciencia de que existieran.

—Hace cincuenta años que comenzó a construirse la fortificación, padre. Por aquí han pasado muchos escuadrones, muchos corregidores y muchos capitanes Trujillo. En cualquiera de esas fases, alguien mandaría sellar los túneles. ¿Quién sabe? Yo descubrí los planos hace bien poco.

—¿Erais el único? ¿Por qué Ventura los conocía?

—Dios Todopoderoso, aparta de mí este cáliz... —Manosprietas comienza a remover las manitas—. Os juro que no puedo saberlo.

—La muerte de Sabino Irrazu fue posible por el conocimiento del asesino sobre esos túneles. Si habéis tenido algo que ver, que caiga sobre vuestra conciencia.

—La muerte de Sabino... y la de todos, es la expiación por nuestras culpas.

Blas, que está esperando en una sala contigua, se estremece viendo a Manosprietas acorralado en su estudio.

—¿Qué sabéis del grupo de los Diez?

Blas tiene a Juana de espaldas, pero a Manosprietas le ve de cara e iluminado por una lámpara. A distancia se puede apreciar cómo le cambia el color de la piel al oír esa pregunta. Se acerca un poco, movido por la curiosidad.

—No... No sé nada.

—¿Hubo alguna expedición comandada por miembros del cabildo en busca de un tesoro?

—No... hay registros de eso.

—No es lo que os he preguntado. Pero ya que hablamos de registro... Hace algo más de un año, don Lope Aguilar se ausentó durante dos meses y su hijo Felipe tomó el cargo de forma interina.

Manosprietas escucha huidizo.

—Pero el pequeño Aguilar abandonó su puesto para ir de caza y los hermanos Irrazu se marcharon a la hacienda de Germán de Val.

—¿Cómo sabéis...?

—Echando cuentas, vos, junto a don Marcelino Gracián, por entonces miembro del cabildo, fuisteis el único regidor que quedó en la ciudad. ¿Sucedió algo significativo en esas semanas?

—No puedo recordarlo. Ha pasado tiempo...

—¿Falseasteis vos las fechas de vuelta de los hidalgos?

—¿Habéis entrado en el archivo sin mi permiso?

—Tengo el permiso del corregidor en persona.

Manosprietas se achanta.

—Respondedme. ¿Por qué falseasteis las fechas?

—No las falseé... Vos sabéis del estado de don Marcelino. La cabeza le baila... Cuando le sustituí en la escribanía tuve que corregir muchos datos.

—¿No os consta pues que estuvieran ausentes más que los días registrados?

Manosprietas está a punto de llorar.

—Fue en la época en que caíste enfermo de gota, Sancho. ¿No te acuerdas?

La voz estridente de la Chillitos hace dar un respingo a todos los presentes. Nadie la había oído aparecer detrás de Blas.

—Es cierto... Pasé muchos días en casa.

—Aquí me tenía de recadera, padre. —Doña Brígida está en su salsa pudiendo meter baza—. Venga a llevar papelitos de aquí para allá. Luego nos quejamos las mujeres de que los hombres no hacen nada. ¡Vaya trabajera que me dio!

—Tiene razón, doña Brígida. No ubicaba bien las fechas, perdonad.

—Pues me extraña. Esos días murieron dos personas en la marca del noroeste. Debió ser un momento difícil.

—Sí. Llegaron aquí agonizando por las flechas venenosas y murieron en el cuartel. Afortunadamente, fue un ataque puntual.

Blas está tan ensimismado escuchando que se apoya sin querer en una pila de libros, tirándolos todos. Juana le mira con reprobación. Manosprietas se santigua.

—Todavía recuerdo cómo gritaban, sujetándose las heridas: «¡Ardo, ardo como en el infierno!».

El cuarto que ocupa Simón Lobato en el palacio de San Telmo es aún más austero que el de Juana. Si aquel era una panadería, este debió de ser el almacén de harina.

Vacío, salvo por un camastro y una silla, cada vez que uno toca algo se levanta una nubecilla blanca. Por la mañana solo había tenido tiempo de dejar allí sus escasas pertenencias. Ahora que vuelve acompañado de la india, aquello le parece aún más triste de lo que es. La blancura de esas paredes y de todo lo que contienen le aprietan como un cinturón de otra talla. No podrá aguantar ahí mirando la cara de esa muchacha. No hoy.

—¿Cómo era tu nombre?

—Gunnale.

—Gunnale, no te preocupes por nada.

Y pone su mano, como haría con cualquiera, sobre el hombro blandito de ella. Siente un chispazo, se da cuenta de que quizá no hubiera debido tocarla; pero ella le mira con la misma sorpresa y mira la mano que se ha posado en su hombro, la primera mano que toca su cuerpo.

Simón, despacio, temblando, tragando saliva, vuelve a tocar el hombro de Gunnale. Ella cierra los ojos; él siente una extraña energía que vibra debajo. Acaricia con mimo ese cuello y después la mejilla redonda.

Y Gunnale entonces se acerca y con fuerza, con todo, le abraza. Simón siente que el blanco del cuarto ya es otro color, ya son malvas y rojos y ocre y azules. Toda la luz la ha absorbido este abrazo y no sabe qué significa, pero siente que algo ha cambiado en él para siempre.

Mientras sale a la calle de nuevo con la cabeza dando campanadas bajo el sombrero, se mira la palma de esa mano que tocó el rostro de ella.

Aún guarda la húmeda sal de una lágrima.

Ya es noche cerrada en el estudio de paredes escondidas por pliegos y libros baratos. Manosprietas siempre piensa en que cualquier día debería tirar todo aquello que solo le sirve para llenarle los sesos de nubes. Mapas antiguos, tratados de dioses oscuros, listas de demonios y de nigromantes. Todo lo que traen los buhoneros el día de mercado. Eso le recuerda que debería mirar lo que el Loco Ventura gritaba esta mañana en la plaza. Eso de «Amón» le suena mucho de haberlo leído en uno de estos...

Manosprietas se fija en los libros tirados por Blas esa tarde, en la visita del Páter Penumbra. Chasqueando la lengua, se echa de rodillas a recoger los tomos vertidos y colocarlos en perfecto desorden sobre alguno de los varios montones cercanos.

Se apoya en el brazo de una silla para impulsarse hacia arriba cuando se fija en un pequeño detalle que rompe el color de la estancia.

En el alféizar de la ventana, amenazante como un alacrán dentro de la cama, descansa una pluma.

Una pluma azul.

Juana se encuentra inmersa en el archivo del cabildo desde hace dos horas. No ha tenido esta vez que entrar a escondidas. Un oficial acudió por orden del corregidor a buscar la llave a casa de Manosprietas y la acompañó hasta la puerta, donde ahora dormita con ronquido rumboso sentadito en una butaca. Juana se siente reconfortada con el diálogo mudo que ofrece un lugar repleto de libros.

Se detiene un momento a mirar las estrellas a través de la claraboya. Echa de menos a Juan... Hoy apenas le ha visto, con la ejecución. Y a estas horas, puede que esté en casa de... Resopla. Se siente la frívola protagonista de un entremés de corral de comedias, vestida de hombre y suspirando por el galán de la obra en rima asonante. Se concentra en el cielo. Astros, planetas... Añora su telescopio. Ver lo lejano aquí al lado. Saber que hay movimiento allá lejos mientras ella está protegida por una montaña de sabios encerrados en moldes de imprenta. Qué fácil es ver las estrellas. Están allí, hacen siempre lo mismo; si una piensa de la forma correcta adivina qué va a ser de ellas.

Qué lejos estoy yo. Qué difícil es verme. Cómo podría yo saber qué deseo, qué pretendo. ¿Qué lente preciso para ver lo que ocurre aquí dentro? ¿Cómo puedo mirarme a mí misma y saber cuál es mi órbita, mi fase, mi paralaje? Odio mi encierro y, cada vez que tengo que actuar como el pérfido Fiz que triunfa con sus deducciones, no quisiera más que escupir sobre los aplausos que escucho. Ayer pensaba en huir sin más, sin pensar, pero hoy... ¿Será que sé que está todo perdido, que no tengo escape, que tarde o temprano se abrirá mi camisa y escapará mi secreto?

Juana deja la claraboya y piensa en el pobre Ventura.

«Érase una vez una expedición a la montaña, el Grupo de los Diez...».

Juana ha explorado los registros en busca de los tres hidalgos muertos, pero no ha buscado a Ventura.

«¿Si ya lo sabes, para qué contestarte?».

Los tres hidalgos estaban en el Grupo de los Diez. Y él también. Por eso sabía la historia. Por eso Sabino quería matarlo.

Se inclina de nuevo sobre la mesa y rebusca en el libro.

Entre decenas de listas de nombres aparece por fin Bienaventurado Cafalle. Bienaventurado, Ventura. Y no está en un sitio cualquiera. Es uno de los cinco guardias de la marca del noroeste, la que trajo dos muertos durante la ausencia de Lope Aguilar.

Repasa hacia atrás otra vez. Después de dos horas aprendiéndose el libro, ahora observa un compás desfasado: el cambio de turno en las marcas se produce una vez al mes. Pero el cambio que lleva a Ventura a la marca del noroeste se adelanta dos

semanas. ¿Por qué?

Se levanta acercando una lámpara hacia el gran mapa de la bahía que inunda una mesa al extremo. La llanura en forma de media luna rodeada por montañas está parcelada en distintos terrenos que parten todos de San Sebastián de la Ciénaga. Diversos caminos, como rayos de un sol, llegan desde la ciudad hasta los extremos, delimitados por la selva. Tres grandes caminos destacan del resto. Al final de ellos, tres señales indican los puestos de vigilancia. Son la marca del noroeste, la del este y la del sureste. Puestos de avanzadilla ante incursiones salvajes. Puestos indeseados, penitencia para soldados disolutos, semanas de soledad mirando la verde nada.

Juana traza con el dedo una línea recta: la marca del noroeste está al lado de la hacienda del caballero Germán de Val.

«El Grupo de los Diez sale a buscar en secreto...».

Si Ventura está en el secreto, lo están todos los de la marca. Deben de haber sido elegidos a propósito, no pueden arriesgarse a que alguno se vaya de la lengua. Eso explica el cambio de guardia antes de tiempo, en cuanto Lope Aguilar parte hacia Panamá.

Salen en secreto desde la marca del noroeste, el lugar más alejado de la bahía. Nadie sabrá que dejan su puesto de vigilancia para internarse en la selva. Los tres hidalgos se unen a ellos desde la hacienda cercana, protegidos por su coartada.

«Buscan el tesoro, el famoso tesoro de esmeraldas de la montaña...».

¿Lo encontraron? ¿Lo escondieron? Es una buena razón para callar, incluso para matarse entre ellos. ¿Algo salió mal? Tardaron en volver dos semanas y tuvieron que falsificar el registro; dos de ellos fueron heridos en el viaje...

El Grupo de los Diez: los tres hidalgos, más los cinco de la marca: eso hacen ocho.

¿Quién me falta?

—Por fin os encuentro...

Simón Lobato mete la cabeza por la puerta de la sala. Habla bajito, no quiere perturbar la paz del bendito oficial de la puerta, que sigue rasgando un madero.

—Ya ves que he tenido que buscarme otros escuderos...

—No os hallé en San Telmo, así que... Bueno, me encontré con unos soldados, buenos compañeros y...

—¿Cuánto les has sacado con la baraja?

—No mucho. Me han financiado la cena...

—Y el vino. Apesta a distancia.

—Solo ha sido un pote... o dos. De hecho, he sido yo el que he tenido que

traerlos de vuelta al cuartel, pues andaban un poco pajuelos... Gracias a eso he visto la luz de esta sala desde abajo, en el patio, y me he dicho: ¿quién va a estar ahí arriba a estas horas?

Juana carraspea. Esta cháchara sobrepasa el volumen de la cortesía y entra en el terreno de lo fastidioso.

—Pues acertaste. Era yo. Ahora déjame reflexionar.

—Yo también he estado pensado. —Simón apunta con el dedo, gustoso por la coincidencia, y se pone cómodo en una butaca; Juana cierra los ojos intentando evadirse—. Este lugar nos está cambiando, señora. Nos pasan cosas que... son como magia, y que lo diga yo, que soy el pecador más descreído de toda Castilla... Pero es que me sucede que... vaya, nos ha sucedido a ambos, ¿no es así? Pues a vos, tal como a mí, pareciera que viene a presentárenos aquí nuestro pasado, como un espectro, y al tiempo, yo al menos, no sé vos, vivo algunas cosas que son como sueños de lo que seré en un futuro...

Dios santo, dos vasos. Este se ha bebido dos toneles.

—¿Ese es el mapa de la bahía? Un trabajo fino, fino.

—Sí, como tu borrachera.

—¿Sabéis por qué le pusieron de nombre San Sebastián a este sitio?

Juana niega con la cabeza. Toma la lámpara y vuelve al libro de registro. Simón se autoinvita a contarle.

—Por la cantidad de muertos por ataque de flecha que soportaron los colonos en los primeros tiempos. Me han contado que el veneno que tienen es la peor muerte que existe...

Simón se golpea las rodillas. Las lleva llenas de tierra. A saber de qué es esta mierda.

—Según me han contado, primero te quema como si tuvieras un brasero dentro del cuerpo. Cuando pasan las horas, se te hincha la sangre y ya no te quema, sino que te quiere explotar. Finalmente, se te pudre la herida y los humores te...

—Para, Simón.

—Bueno, jefa. Ya me callo.

Juana se gira hacia él. Le mira con el ceño fruncido.

—No te digo que calles. Repíteme lo que has dicho.

—Pues, no sé... Decía de las flechas... que sale la pus...

—No. Has dicho que al principio quema...

—Eso dicen, pero luego se pasa y se hincha...

Manosprietas recordaba cómo les quemaba a los dos que murieron. Pero solo pudo conocer ese síntoma si les vio cuando les hirieron.

Vuelve a la página que registra la salida de los hermanos Irrazu a la hacienda de Germán de Val. Esa hoja que es más corta que el resto, que ayer casi pasa de largo.

Al final de la hoja, los nombres: don Ignacio Irrazu, don Sabino Irrazu.

Y luego, la hoja cortada ex profeso.



Por el mismo que cambió la fecha de vuelta.  
Juana toma la lista de nombres que acaba de copiar.  
Al menos ya tengo al noveno.

El Loco Ventura parece estar aún burlándose de la colonia entera, ahí arriba, pegado al garrote, con la maroma sujetándole el cuello, el cuerpo blandengue como un pelele de feria y la lengua fuera, ahí os zurzan, cabrones. Dos antorchas le mantienen presente en la oscuridad de la plaza y cuando Juana y Simón la cruzan deprisa, otra vez se les revuelven las tripas.

—Le diré al capitán que retire a este desgraciado de aquí cuanto antes.

—Algún día, Juana, os contaré algunas aventuras que tuve en España que...

En ese momento oyen un grito angustioso que rompe la noche. Continúan caminando, las orejas en punta, ahora callados, a ver si es que fue algún animal que no reconocen. Según se meten en la calle que lleva a la casa del señor Manosprietas, otro grito les pone en alerta. A Juana no le parece un grito cualquiera. Es un chillido en un tono que ella ya ha oído. Aceleran el paso.

Ahora Juana ya cae en qué es ese grito. Es el vibrato agudo y punzante de María Brígida, a quien la niña Isabel llamó la Chillitos. Y según van llegando la ven, en blanca camisa y pelos desmañados. La ven a ella y a otros, pues han salido corriendo todos los de la calle. Y es que en la fachada, colgando, hay un cuerpo desnudo.

Fofo, rechoncho, asombrado, perdido, el cuerpo sangriento de Sancho Manosprietas cuelga de la ventana de su estudio, de la cual sale humo como si estuviera ardiendo todo el puchero de Pedro Botero allí dentro. Las cuencas vacías y los ojos colgando del cuello le pintan un gesto de sorpresa absurdo y remoto. En el pecho, grabados a cuchillo, dos círculos grandes y unas rayitas por medio.

Mientras los vecinos se afanan en traer agua para amainar el incendio y las mujeres se llevan de allí a la Chillitos, Juana se acerca a mirar bien el dibujo del pecho. No son círculos. Son letras.

O  
pro  
O

Aquello era fácil de descifrar.

—*Oculum pro oculo.*

Simón la mira sorprendido.

—Se os ve impresionada. Nunca os había oído decir blasfemias.

—Significa «ojo por ojo», mentecato.

Simón, avergonzado por su vasta incultura, vuelve su mirada hacia el cuerpo de cuencas vacías. En ese momento, la cuerda que sujeta el cuerpo se vence, quemada

por el fuego de arriba. El cadáver de Sancho cae chafándose entero sobre las losas del suelo, pringando de sangre a Juana y Simón, los que más cerca están.

Simón intenta decir algo inteligente y preciso, pero hay veces que la emoción brota a los labios y explota con la reflexión más sentida.

—¡Me cago en todo lo divino!

# PARTE V

*HORA EST IAM NOS DE SOMNO SURGERE*  
(YA ES HORA DE DESPERTAR DEL SUEÑO)

## 17

### CEGADO

Cuando apareció el jaguar, supo en seguida que se encontraba cerca, lo cual le alivió, aunque solo fuera por tener compañía. Llevaba varios días hablando con los monos, con los árboles y con las nubes, viendo a distancia a los humanos pasar y vivir su vida. Incluso la vio a ella dos veces, aspiró su aroma y estuvo a punto de tocarla, aunque luego se volvió por donde había venido.

Arua Biku le había mandado a la bahía a poner un ojo sobre Gunnale, para estar preparados ante el próximo advenimiento. En poco tiempo ella iba a ser llamada y el viejo quería que estuviera protegida. Más que nunca, el joven Ily había renegado de los profundos silencios de su maestro, pues se encontró al pie de la bahía sin una información esencial: cómo encontrarla dentro de aquel batiburrillo de gente perdida. A lo cual se añadía algo que él siempre había temido: perder su invisibilidad. Se mantuvo pues al borde del bosque sin atreverse a salir al prado vacío y desde allí contempló todo lo que pasaba. Allí observó con interés la pelea entre Blas y Felipe Aguilar, y allí, por dos veces, vio subir a Gunnale.

La primera vez percibió el nerviosismo en las hojas y en la hierba. Se atrevió a salir al prado utilizando de traje la oscuridad como la luna usaba las nubes, porque quería ver de primera mano qué era aquello por lo que todo andaba tan revuelto. Entonces vio al tití. Ese viejo loco le había mandado vigilancia sin explicarle nada. Se buscó un escondite en un árbol y esperó, mientras el mono malhumorado se alejaba hacia las luces de allá abajo. Al rato volvió por donde había venido, como una especie de mensajero con sordina. Ily miró abajo, al fondo del camino, y la distinguió. Tenía el cuerpecito menudo, pero la camisa blanca la hacía visible desde la distancia. Según la veía acercarse entendió enseguida de quién se trataba. Los pies desnudos y despreocupados la traían en un baile hipnotizador. Ily percibió una vibración, se le erizó la piel del cuerpo, sintió cómo a su paso todo lo vivo se plegaba, y parecía que ella no era en absoluto consciente de la energía que emanaba. Hasta la luna hacía una reverencia cerrando los ojos y negándole la sombra. Ily respiró su aroma y lo aprendió de memoria, siguiéndola a ciegas en la oscuridad del cielo nublado. Pero ella se detuvo al borde del bosque y no se atrevió a continuar, por mucho que el tití la animara a hacerlo.

La segunda ocasión, fue él mismo quien mandó al mono en su busca. Estaba inquieto, tenía prisa por salir de aquel lugar siniestro. Y ella respondió al llamado. Llegó por el mismo camino, precedida por el insoportable bichejo, que cumplía su

misión con solícita entrega, parando de cuando en cuando a observarla avanzar. Pero esta vez ella traía otra actitud, más queda. Sabía que no era su momento. Incluso parecía que lo veía a él. Algo debía pasar allí abajo y no vendría a este lado hasta que sucediera. Él no se atrevió a salir del bosque a llamarla. Le daba tanto miedo perder la invisibilidad como enfrentarse a ella y a todo su poder. La vio partir de vuelta al arrabal como a quien quitan el plato a la segunda cucharada.

Ahora que el jaguar ha venido, tendrá que dar explicaciones de por qué no ha conseguido atraer a la muchacha hacia el bosque. Pero cuando Arua Biku aparece junto a él, apenas le mira. Pasa de largo y se dirige hacia el prado para terror del muchacho, que no tiene más remedio que seguirle si no quiere quedarse solo. Ni siquiera el tití pierde un segundo y sale también detrás del viejo. Ily avanza muerto de miedo, mirando a todos lados pensando que va a volatilizarse en cualquier momento.

Los dos Invisibles llegan hasta el arrabal en busca del bohío donde el viejo *máma* durmió la última vez. Pero allí ya no está Gunnale. Su hamaca la ocupa ahora otra mujer, fea y desdentada, que les increpa con palabras desconocidas y desafiantes. El resto están a lo suyo, preocupados por objetos que ellos no entienden, apilando, cocinando, ordenando. Todos los Hermanos que salen de la montaña se vuelven ciegos, andan perdidos sin recordar el secreto de la vida.

Arua Biku y su pupilo pasean por toda la zona de los indios sin encontrarla. Avanzan por el arrabal, más desprotegidos aún por la luz de las lámparas que bailotean bajo las vigas. Aun así nadie se fija en ellos, embotados por el vino, por el fuego o por el miedo. Acaban en la taberna del Cangrejo, agachados en la puerta trasera, esperando verla repartiendo agua en algún lado. Arua Biku se fija en el suelo y se acerca bajo un tonel a recoger un pedazo de barro. Lo huele. No hay duda. Es un fragmento de la totuma rota de Gunnale. Arua Biku entonces se alarma. Definitivamente, la chica no está aquí.

Ambos vuelven a la selva silenciosos. Con otro silencio distinto al habitual, en realidad. Con el vacío de no saber cómo actuar. Ha fallado el plan del viejo. Si existía una esperanza de acabar con esta guerra, ahora ya no hay nada que lo evite. Los Hermanos Mayores se juntarán en la piedra Madre y alguien ocupará el lugar vacío de los Ancestros. Se levantarán contra los Hermanos Menores y la bahía se llenará de sangre otra vez. Si había alguna posibilidad de que el anciano *máma* fuera respetado de nuevo, piensa Ily, se acaba de desvanecer para siempre.

Luis de Osuna entra a oscuras en el despacho por la puerta exterior. Parece un reloj de arena en el puente de un galeón. Apenas acierta a desatar su manto maloliente de sofrito de antro y de humo burdelero. Quizá son las brumas del vino o de su incesante priapismo, pero siente que un fantasma se le acerca por los soportales del patio. Temeroso, se aproxima a la puerta. Efectivamente, ha bajado las escaleras una figura blanca de pelo suelto, que anda levitando con los brazos muertos. El Oso,

impresionado, se aparta un metro hacia dentro hasta que distingue los ojos del espectro.

—Isabel... Isabel... —susurra Osuna temeroso, y acaba saliendo a su encuentro en el pasillo.

Isabel le mira con altivez. Osuna se acerca a ella con más terror que si verdaderamente fuera una aparición.

—¿Qué haces levantada?

Pero Isabel no le responde. Solo le mira con desprecio absoluto y los labios apretados. Osuna no puede aguantar esa mirada y cae de rodillas llorando.

—Perdóname, hija. Perdóname... Yo no he querido hacerlo...

Isabel le mira desde arriba como un verdugo con el filo preparado.

—Os arrepentiréis toda vuestra vida —le lanza, casi sin despegar los labios.

—No voy a poder soportarlo...

En ese momento aparece, como una corriente de aire, la pequeña Leonor desde el piso de arriba.

—Isabel, ¿adónde ibas? Perdonadla, señor, ya sabéis que su enfermedad le nubla la cabeza...

Leonor tira de su hermana de vuelta a las escaleras. Osuna se queda a medio levantar, mareado y compungido.

—Esto se tiene que acabar, Isabel —guerrea Leonor, subiendo los peldaños—. No volverás a hacerlo, ¿me oyes?

—Cállate, insolente —escupe Isabel con los dientes apretados.

—Abre la boca. Abre la boca y enséñame qué tienes dentro. —Pero Isabel acelera el paso. Leonor la intercepta agarrándole el rostro—. Dime que no tienes nada dentro. ¡Abre la boca!

Isabel pelea por liberarse. Con la rabia despegando los labios y entre sus dientes se pueden ver multitud de briznas de hierba.

Los gritos se oían por toda la casa. Una noche más, doña Rosa Aguilar corrió a la habitación antes que las criadas y se encerró allí con su hijo a apaciguar sus pesadillas.

Don Lope Aguilar escucha desde abajo, tan inmóvil como el pozo que gobernaba el patio. Acababa de llegar de la calle; había abandonado el tumulto alrededor de la casa de Manosprietas sintiéndose inútil y asustado. Estaba seguro de que a su alrededor todos notaban su desazón y prefirió desvanecerse a ser objeto de desprecio por su falta de liderazgo. El terror que se respiraba era tan penetrante como el humo del incendio. Los mismos que con furia habrían tirado abajo el estrado para matar a Ventura con sus propias manos, se acochinaban ahora apelotonados ante la visión de la muerte y el infierno de fuego emanando de las cuencas vacías de Sancho Manosprietas. Aguilar no podía soportar todo aquello y, viendo cómo el capitán

Trujillo subía y bajaba organizando a los soldados y a Fiz de Talaván paseando ensimismado alrededor del cadáver, tomó el camino hacia su casa rodeado de soldados que le protegían de sus fantasmas. Cuando al cerrar la puerta tras de sí pensó que al menos el resto de la noche podría dedicarlo al olvido, los gritos marrones de su hijo desde el piso de arriba llenaron el patio y sus tripas.

El corregidor Lope Aguilar se esconde entre las macetas, cerca del pozo, y lloraría si tuviera decencia suficiente. Pero solo es capaz de quedarse sentado deseando que no le encuentre a su paso ninguna criada.

—Id a buscarle a la casa de las flores.

Fue Juana la que tuvo que proporcionar a los soldados el dato doloroso para que dejaran de dar vueltas indecisos como pavos decapitados y encontraran al capitán Trujillo. Este llegó a la carrera poco tiempo después, perseguido por las lenguas jadeantes de sus acólitos, que apenas podían seguirle el ritmo. Aun así, sintió la mirada lacerante del padre Fiz, como si hubiera faltado a su deber por estar descansando, que no durmiendo.

No comentaron nada durante todo el largo y penoso rescate del incendio, donde se formaron cadenas para salvar muebles y se protegieron del fuego las casas vecinas, mientras con sumo cuidado se retiraba el cuerpo despachurrado de Sancho Manosprietas para que el falso jesuita lo analizara meticulosamente en un aparte.

Fue al marcharse de allí, a altas horas de la madrugada, borrachos de humo y tiznados de negro, cuando Trujillo se sorprendió recibiendo la caricia de la mano del cura sobre su hombro. Débil, más pequeño que nunca a su lado, buscaba un momento de consuelo pegado a su brazo. Trujillo miró alrededor algo azorado, continuó en silencio un rato y finalmente se decidió a corresponder con una palmadita suave. Así llegaron hasta la puerta del palacio de San Telmo, donde Trujillo prefirió despedirse para acabar con el vacío que les estaba llenando.

—Por favor, quedaos.

En la oscuridad, más negro que nunca, el jesuita le pareció a punto de llorar. Fue un segundo que duró una era, hasta que en medio de la negrura distinguió los dientes en una sonrisa irónica que le reconfortó.

—... De todas formas, ya va a ser imposible dormirse.

La perspectiva de un vino de iglesia o de un tazón de leche hirviendo animó al capitán a entrar a la panadería, donde, como siempre, Francisco Galbón había mantenido el brasero caliente y una bandeja con golosinas.

Trujillo se sienta en la butaca de costumbre, pensando complacido cómo a todos nos gusta crearlas allá donde vamos. Observa al curilla encender las velas y pintar su silueta sobre la pared blanca, y piensa en los tiempos pasados cuando tenía amigos. La luz le da conciencia de su aspecto y, al mirarse las manos, cae en la cuenta de lo tiznado que está.

—Si me permitís, Fiz, voy a usar la palangana y el agua...

Y se dirige sin más a lavarse. Como ve que por más que se remanga todo el brazo sigue negro, acaba tirando de la camisa entera con un gesto, quedando desnudo de medio cuerpo arriba. Se aclara con placer frotando sus manos por el pecho, la barba, el largo pelo y los hombros. Mira al cura, que le observa inmóvil, y lanza una carcajada.

—Si os vierais la cara, padre, no os quedaríais ahí pasmado. Venid aquí...

Y sin pensarlo demasiado pasa el pulgar por la mejilla negra de Fiz de Talaván, dejando al aire su verdadero rostro.

Trujillo siente la piel fina, lisa como el papel de uno de esos libros que les rodean, escrita con letra clara y finísima, pero con palabras que no acierta a comprender. Percibe que el agua que moja sus músculos hace correr el hollín de la ignorancia que le cubre hace semanas. Pero sus ojos se niegan a aceptarlo, y pestañea dos veces para volver a poner en marcha el tiempo. Muestra su pulgar manchado y esboza una sonrisa.

—Mirad, vos estáis renegrido también.

Juana se lleva temblorosa la mano al rostro, pero no se atreve a acercarse al agua. Toma un lienzo limpio y se esconde en las sombras a limpiarse, casi con violencia, llenando de verdades negras la tela arrugada.

Trujillo coge una golosina de la bandeja y se acerca al brasero a secarse al calor. Si continua ese silencio, por Dios que va a caerse el edificio sobre ellos.

—Una onza de oro por tus pensamientos, Fiz.

Mis pensamientos... Juana mira el trapo ennegrecido en sus manos.

—Estaba recordando a la falsa Juana de Alcántara que desenmascaramos ayer.

—Se llevó un buen escarmiento.

—Pensaba en que, con todo esto que nos está ocurriendo aquí... casi había olvidado hasta ayer cuál era el motivo de mi viaje. —Y le mira con franqueza desde la penumbra—. Casi había olvidado a Juana de Alcántara.

—Tengo que agradecerle infinitamente a esa mujer que hayas dado con tus huesos aquí.

Juana tiembla e intenta disimularlo yendo a tirar el trapo a un cubo.

—Aunque quién diría que iba yo a admitir esto hace unas semanas... Acércate a las brasas, que andarás destemplado.

—Un momento. Tengo carbonilla en los ojos...

Cambia el agua de la palangana para limpiarse los ojos llenos de lágrimas.

—Supongo que a esa lengua se le quitarán las ganas de andar suplantando a nadie por una buena temporada.

Juana recuerda a la estúpida imitadora y su pomposa actuación.

—Me temo que ayer olvidé confiscar a esa mujer el anillo que portaba en su mano. ¿Puedo imaginar que lo hiciste tú?

Trujillo se queda algo azorado.



—Sí, así es...

—Excelente. Cuando volvamos al cuartel, no olvides dármelo. Es importante para mí...

—Me temo que no va a ser posible...

—¿Y eso?

—Lo he regalado.

No hace falta que me digas a quién, estúpido monicaco. El odio indomeñable de Juana hacia Inés de la Vega se extiende automáticamente al propio capitán, que no sabe dónde esconderse ante la furiosa mirada que le estrangula con más fuerza que el garrote a Ventura.

—Tened cuidado con las amistades que tenéis, señor capitán, no sea que os cuesten a vos también la vida.

Se supone que el padre Fiz de Talaván tendría que guardar los secretos de confesión, pero cómo le gustaría ahora a Juana saltarse la norma y contarle a este estafermo cegado por la voluptuosidad de qué es capaz verdaderamente esa mosquita muerta.

Trujillo se queda perplejo ante el repentino cambio de actitud del jesuita y le entra un absurdo pudor que le hace recoger su camisa del suelo. De pronto se siente ridículo, medio desnudo en el aposento de un cura. Y le viene el recuerdo de la velada en casa de Inés de la Vega, y de cómo el incendio y la muerte de Manosprietas le liberó de la situación asfixiante que había vivido allí.

Había pensado mucho durante la tarde, sentado en la sala del cabildo delante del anillo, si debía o no dar el paso de regalárselo a Inés. No estaba seguro de desear lo que sucedería después, pero precisamente era su experiencia la que le decía que lo mejor era saltar al vacío, como tantas otras veces, sin pensar en mañana, pues si le tocaba irse a la tumba, al menos se llevaría puesto otro trofeo. Sin embargo, caminó remolón por la plaza y la calle hasta la casa de las flores, removiendo el anillo entre los dedos sin saber por qué esta vez la cosa era distinta. Entró en la casa casi a rastras y, con pesar, tomó asiento, también allí, en el sitio acostumbrado. Al lado de la hoguera tomó el vino y escuchó el reporte de las actividades del niño Germánico, que dormía ya en su cuarto arriba. Aún no había dicho palabra ni mostrado sentimiento, pero al menos se le veía tranquilo y cariñoso con ella. Sin pretender más cháchara, Inés había tomado su labor y se había puesto a coser, como si esto fuera la ilusión de una familia. Trujillo se sintió carta de distinto palo en ese salón cuyo dueño miraba perplejo desde un cuadro, con una esposa sin hombre, un hijo sin madre y un capitán sin guerra. Y en la mano, un anillo sin dedo.

Se levantó de prisa para marcharse y entonces el anillo cayó al suelo rodando. Llegó lamentablemente a los pies de Inés y, aunque se abalanzó para intentar rescatarlo a tiempo, ella se arrodilló a su vez recogéndolo antes. Quedaron los dos rodilla en tierra con el anillo en medio.

—Perdonad, al levantarme se me ha caído y...

Inés mira la joya fascinada.

—Juan...

Si su experiencia le decía que había que lanzarse al vacío, el azar acababa de darle un buen empujón. Inés se lanzó sobre él sujetándole la cara y vertiendo sus labios carnosos y calientes en su boca. Lo abrazó, le acarició el pelo, frotó su cuello contra la barba, empujó su pecho jadeante hasta tumbarlo sobre la alfombra, le maniató y le torturó y le ahogó con el puñal de su piel, tanto que Trujillo apenas tenía aire para agarrarse a la vida. Su sangre bombeaba más a su cabeza que al cuerpo y era casi incapaz de moverse. Aun así se vio desnudo de repente y alistado en una guerra sin cuartel que sabía que iba a ganar, pero luchando con bandera enemiga.

Inés se durmió gatunamente frente a la hoguera viendo brillar el anillo ante las llamas. Trujillo se tumbó gris oscuro a su lado hasta que el ruido de la calle y los golpes en la puerta le sacaron de allí a punto de perderse definitivamente en La Ciénaga. Hasta hace un momento se ha sentido de nuevo a salvo al lado del escuálido curilla y, de repente, mojado y medio desnudo, se ve otra vez abandonado.

Dios santo, quién diría que hablamos el mismo idioma, piensa Trujillo, retorciendo sus pasos hacia la plaza.

## *27 de junio*

Gunnale despierta sola en la habitación blanca. Ha dormido bajo la ropa usada de Simón Lobato y ahora permanece un rato bebiendo el olor que desprende. Se deja llevar, como siempre. Y se siente protegida, abrigada por ese olor. Oye muy lejos la llamada del bosque y se levanta a contestar.

Y al mirar por la ventana, la luz del día da a sus ojos algo que nunca habían tenido la ocasión de ver.

Jamás en esa corva del mundo habían visto la nieve caer. El cielo blanco, el sol tapado, los copos volando despacio como insectos ahítos de inmundicia, el suelo teñido de un gris nuevo y pronto de un gris sucio. Eso sería el invierno aquí si existiera, pero a falta de tal, estaban la casa incendiada de Sancho Manosprietas y su extensa biblioteca, que se habían desperdigado por toda la ciudad imponiendo su manto de ceniza como las manos un curandero. Esas letras azarosas buscando desesperadas reunirse de nuevo invadieron las calles y plazas manchando de terror otra vez todas las almas.

Trujillo, sumamente enfadado, está dispuesto a pasar a cuchillo a toda la bahía con tal de encontrar al asesino que se ha burlado de él. Así lo siente después de que, muerto el culpable oficial, un nuevo homicidio acabara en seis horas con la paz duramente ganada. Impondrá un nuevo registro, confiscará todas las armas, cerrará

herrerías, armerías, tiendas y puestos de mercado donde se venda algo afilado. Cualquiera puede ser sospechoso, y quien tenga algo que decir que lo haga cuanto antes, no sea que el peso de la furia del temible capitán Trujillo caiga sobre sus hombros.

Mientras tanto, él y el encapuchado Páter Penumbra acuden a hablar con María Brígida la Chillitos, que permanecía en camisón en medio de los escombros de lo que había sido su hogar. Estaba sin nada que hacer y se ve que eso la tenía como un sapo sin moscas. La criada negra esperaba inmóvil a la sombra en una esquina, sin atreverse a subir al montón de piedra y despojos en los que se había convertido aquella casa.

La Chillitos no fue difícil de interrogar. Después de más de un año guardando el secreto, se moría por contarle de una vez por todas.

—Yo nunca supe por qué. Sancho me anunció esa misma mañana que se iba. Salió de noche por los pasadizos esos que él conocía. Se suponía que iba a estar fuera cinco días, así que me dejó una lista larga de tareas escritas de su puño y letra. Con los mensajitos yo me iba cada día al cabildo, a ver a don Marcelino a la iglesia o a los señores del mercado a recaudar los diezmos. Me sentía como una corregidora. En esa semana tuve más poder que doña Rosa.

»El problema vino a partir del sexto día. Todas las noches esperaba verlo aparecer por la puerta trasera del patio, el mismo sitio por el que se había ido. Pero no llegaba, y aunque al principio evité salir a la calle para no recibir preguntas, enseguida se amontonaron en la puerta proveedores o militares del cuartel, esperando que sus problemas se despacharan. Así que comencé a escribir yo misma las notas y a repartir órdenes por aquí y por allá. No me fue mal, para qué negarlo, nadie se dio cuenta de nada en un principio. Pero después se me solicitaban soluciones para asuntos que ni siquiera entendía. No lo he pasado peor en mi vida. Y seguían pasando los días. Temía que Sancho y sus estúpidos compañeros de aventura hubieran muerto en la selva y que en algún momento alguien iba a descubrirme y darme castigo por hacerme pasar por regidora. Se me descompusieron las tripas y pasaba el tiempo de la bacinilla a la puerta recibiendo a comerciantes fastidiosos.

»Así hasta que al decimoquinto día volvieron: los hermanos Irrazu, acompañados de unos soldados heridos, y Sancho aparecieron por la noche desde el pasadizo. Vino turbado, con la cara descompuesta y más callado que un muerto. No es digno de una mujer andar agobiando al hombre con preguntas impertinentes, así que yo no lo hice... al principio. Esperaba que en cuanto pasara el nerviosismo de esos primeros días, me pondría al corriente de todo. Pero nada. ¡Ni siquiera preguntó cómo me había apañado en su ausencia! ¿Podéis creerlo? Nunca conseguí que soltara prenda.

»Cuando en estos últimos meses fueron muriendo todos sus compañeritos, Sancho se puso cada vez más insoportable. Decía que era una maldición por sus pecados. Como si hubieran tocado algo en la montaña que despertara a un demonio, y que Dios me perdone por decir sacrilegios. Pero es que la facha de esos muertos,

padre..., con todos esos latinajos en los cuerpos... serían frases de la Sagrada Biblia y todo lo que vos digáis, pero sonar, sonaban de lo más demoníaco. Sancho no hacía más que rezar, pero no le sirvió de nada... Debía de ser tan terrible el secreto que guardaba que no dejaba de tener pesadillas.

—¿Contaba algo de esas pesadillas?

—Siempre creyó en la magia y andaba interpretando cualquier tontería que le pasaba como un presagio del porvenir. Cada uno tiene sus manías, yo vivía con aquello —dice, encogiéndose de hombros. Pero su rostro se torna miedoso de repente —. Sin embargo, ahora pienso que sus temores eran ciertos.

—Os sorprendería saber cuán extendidas están esas creencias en esta ciudad.

—No lo diría si no fuera verdad, padre. Él sabía que iba a morir así.

Juana y Trujillo se miran sorprendidos.

—Se veía a sí mismo sin ojos en medio del fuego. No dejaba de escuchar chillidos de niños y ver imágenes de muerte.

Juana se hunde en pensamientos. Trujillo retoma el interrogatorio.

—¿Nunca dijo nada de un tesoro encontrado en la selva?

—¿Qué tesoro? —pregunta la Chillitos suspicaz.

—Ese del que se habla en toda la bahía.

—No me hagáis reír. Aquí hemos seguido con las mismas estrecheces desde el día que volvió. Ya me gustaría tener un tesoro para poder olvidarme a partir de ahora de mi sustento. ¿Qué va a ser de mí ahora, yo que me he ocupado de esta ciudad con toda mi alma sin que nadie lo supiera?

—¿No dejó nada escrito?

—Si lo hizo, ya es tarde para encontrarlo —susurra, mirando a la escombrera que les rodea. Pero Trujillo insiste.

—¿Hay algún sitio en la casa donde pudiera ocultarse un cofre o una caja?

—Dios misericordioso. Estáis hablando en serio...

—Es una hipótesis bastante fundada.

El rostro de la Chillitos cambia. Se vuelve huraña de repente, con poca gana de hablar. A Juana no le gusta que Trujillo haya dado tantos datos. Rebaja el entusiasmo que prende en el corazón de esa brujilla.

—Quizá su asesino viniera también buscando ese tesoro. Es probable que todos hayan muerto protegiendo el secreto de su paradero.

Por el camino hacia la casa del difunto Manosprietas, Juana había contado a Trujillo su hipótesis: la codicia. En su misterioso y bien planeado viaje a la selva, el Grupo de los Diez habría encontrado un «milagro», como dijo el Loco Ventura: ese tesoro del que todo el mundo hablaba. Podría ser que lo repartieran o que lo escondieran todo junto en algún lugar pactado. Fuera lo que fuese, alguien conocedor del secreto ha ido matando a los miembros del grupo, dejando un terrible mensaje al resto: venganza.

—Eso definiría a un componente del grupo excluido del reparto —había

concluido Juana.

—«Dadme mi parte u os mataré uno por uno» —fantaseó Trujillo—. ¿Pero por qué ninguno hizo nada por evitar la muerte? Hablar les habría salvado la vida.

—El amor al oro es más fuerte que el amor a la vida. O puede que no supieran dónde está escondido.

—¿Encontrasteis los nombres de esos diez?

—Tengo a nueve. De ellos, siete están muertos y los otros dos están por averiguar. Entre estos y el desconocido de la lista, el número diez, está la solución a nuestro misterio. Son las próximas víctimas y quién sabe si también los culpables.

—Ventura pudo ser el vengador. Cuadra el que le excluyeran por su demencia.

—Eso sería una explicación perfecta... hasta la muerte de Manosprietas.

Así habían quedado hasta llegar al encuentro de doña María Brígida. Ahora continúan preguntándole, esta vez sobre la noche pasada.

—¿No oísteis ningún ruido? Alguien entró en la casa necesariamente.

—No, hace años que duermo en la habitación del servicio, detrás de la cocina, en la planta baja, al otro lado del patio. Es el único sitio donde no se oye el ruido del entarimado. Sancho se pasaba las noches trajinando arriba y abajo con los libros, apilando en columnas, volviéndolos a ordenar...

—¿Os asomasteis a la calle antes de acostaros?, ¿visteis algo extraño?

—Pues claro que me asomé. Si no voy a la hacienda del Oso, mis tardes las paso pegada a la ventana, padre... —De repente cae en la cuenta y mira hacia el lugar donde estuvo su ventana—. Quiero decir que las pasaba. Anoche fue una más, no recuerdo nada extraño.

Con semejante entrenamiento, la Chillitos es seguro una gran espía.

—Haced un esfuerzo con la última hora.

—Enfrente, como siempre, los viejos Hernanes. Pasan la vida en la casapuerta. — Los señala. Juana les mira de reajo y, efectivamente, ahí están—. Pero ya se habían ido a dormir. Nadie más pasó que conociera. —Y haciendo un esfuerzo, añade—: Una mujer con tocado del brazo de un impedido y dos hombretones embozados. Cerré las ventanas deprisa en cuanto los vi.

Juana mira a Trujillo. Algo es algo.

—Fue un honor servir a la ciudad durante esos dos meses. —Felipe Aguilar responde como quien recita la lección en una escuela. Su padre, don Lope, le escucha severo desde un sillón y Páter Penumbra, de pie ante él, trata de arañar la primera capa de niño resabiado y vislumbrar la segunda de nerviosismo. La habitación de Felipe en la casa del corregidor es amplia y llena de los frívolos cachivaches de una juventud disoluta—. Estoy deseando tener otra oportunidad así en el futuro.

—Pero celebrasteis ese honor yendo de caza unas semanas al norte...

—Cometí un error y fui reprendido por mi padre con toda razón. Pero era una

ocasión única de conocer esa zona del valle y sus fieras salvajes.

—¿Fue fructífera la caza al menos?

—¡Sí! Monos... caimanes... pollos de Indias...

Este muchacho es estúpido de pies a cabeza, piensa Juana. No pesca la ironía y encima busca impresionarme.

—Acababa de adquirir esa ballesta, miradla. —Y se levanta con entusiasmo exagerado a señalar el arma, colgada en lugar preferente de la estancia—. ¿A que es bella? Tenía que estrenarla.

Basta.

—¿Los demás miembros del cabildo no os aconsejaron quedaros?

—Ellos me animaron a irme, de hecho. Al fin y al cabo, sabían mejor que yo lo que había de hacerse...

—¿No sabíais que ellos también iban a abandonar la plaza?

Felipe duda.

—Fueron solo unos días... y no todos, ¿no?

—Durante vuestra ausencia, los hidalgos hicieron un viaje en secreto a algún lugar de la montaña, en busca del famoso tesoro de esmeraldas. —Y Juana mira a don Lope—. Ese parece ser el motivo de los asesinatos.

Felipe cambia de color, mimetizándose con la pared.

—Yo... no sabía nada.

Juana pone al día a padre e hijo de todas sus pesquisas. La capa de niño resabiado se ha disuelto como la cobertura de una tarta al calor de la solana. Ya solo se ve el nerviosismo.

—¿No tuvisteis, pues, sospecha alguna a su vuelta?

—La primera noticia que he tenido sobre esto ha sido la vuestra. Lo juro... Yo solo estuve cazando... Era mi primera vez...

Y ojalá sea la última, piensa Juana.

El Grupo de los Diez.

Los cuatro hidalgos: Sancho Manosprietas, Germán de Val, Ignacio y Sabino Irrazu.

Los cinco de la marca: Cayo Pacheco, Gonzalo de Sande, Justo Chamorro, Salomón Acebes y el Loco Ventura.

El décimo, desconocido.

Los cuatro hidalgos, asesinados. Gonzalo de Sande y Justo Chamorro, muertos por flechas indias. Ventura, ajusticiado.

¿Qué fue de Cayo Pacheco y Salomón Acebes? No están entre los soldados en activo en la ciudad.

El capitán Trujillo junta a toda la compañía en el patio del cuartel y lanza una arenga que los pone a todos más firmes que una veleta en calma chicha. Distribuye

las columnas que irán a confiscar armamento casa por casa, las que encarcelarán a todo sospechoso que se mueva por el arrabal, las que recorrerán los tugurios hasta que encuentren cualquier pista... Todas medidas desesperadas que suenan a capitán desesperado.

También da los nombres de Pacheco y Acebes, y anima a los soldados a darle información sobre su paradero y sobre cualquier otra persona de la que sospechen. Todo, intentando no parecer tan desesperado como está en realidad.

Aunque en cuanto le llega la información, cambia la desesperación por desolación.

Los soldados Cayo Pacheco y Salomón Acebes también están muertos.

De todos los apodos que el gracejo español podía imaginar, el de Cayo Pacheco, llamado el Borracho, era el menos sutil de todo el cuartel. Eso sí, dejaba claro las prioridades del personaje. Cuando a Trujillo le cuentan la historia de este soldado ejemplar, lo que le extraña es que no se hubiera despeñado antes.

Cayo el Borracho era un gran baquiano. Conocía todas las rutas que se habían abierto desde La Ciénaga en los últimos veinticinco años. Era capaz de llevar a un ejército por cualquier sendero intrincado de la montaña sin perder jamás sus referencias. Había vivido en esas tierras sin apenas interrupciones desde que se hizo adulto, así que sabía mejor que nadie cómo entrar y salir de ellas. Mucho tiempo de soledad en la montaña, empero, le había convertido en bebedor nocturno. Subía al tronco de un árbol, se ataba la cintura y mamaba hasta caer rendido. Han pasado sobre él serpientes y ejércitos de hormigas sin que despertara de su campanazo. Al final de su vida, quizá por acumulación de pecados y falta de penitencias, dedicaba al olvido buena parte de sus riquezas inmensamente magras.

A nadie le extrañó saber que había muerto, cuando la noticia corrió por la colonia hace unos seis meses. Lo encontraron sobre unas peñas, con una calabaza en la mano, herido en la cabeza. Debió de tropezar cuando iba chupando de la cantimplora y quedó dormido sobre la piedra, desmayado y expuesto al paio de las bestias, que le tenían rajada la barriga.

Se supone que también fueron los animales los que le sacaron los ojos, pero eso nadie lo vio.

Lo extraño es que después de sacárselos, los carroñeros no tuvieran interés en comérselos, sino que acabaran en las manos de Cayo el Borracho.

Un accidente como este sería una buena enseñanza para jóvenes soldados tentados por el vicio. Al menos si no hubiese existido el asesinato de Sancho Manosprietas. Trujillo no puede dejar de pensar (pensar, esa actividad a la que se dedica ahora) que la casualidad es lo último que existe entre ambas muertes.

## ALUMBRADO

En cuanto oyó hablar del Grupo de los Diez, Simón había recordado cierta conversación con la Bejarana. Juana le encomendó ir a sonsacarle a la vieja, así que ahora estaba preparándose para aparecer en la casa azul y ser sometido al escarnio de las sirenas como un Ulises maniatado y enfermo de deseo.

Pero al volver a su cuarto en el palacio de San Telmo después de toda la noche de sangre e incendios, no encontró ni a la india ni la mitad de sus enseres. Su primera reacción fue maldecirse por bausán. La muchacha se había aprovechado de su confianza y se había largado robando lo que había podido. Entonces corrió a buscar al fondo de su bolso y ahora está de rodillas con su pequeño tesorito de monedas intacto y mirando desconcertado a su alrededor. Ya no hay polvo sobre la silla ni aire blanco en el ambiente. Todo está impoluto, la cama hecha.

Gunnale aparece en la puerta, cargada con ropa recién lavada. Anda mojada aún, pero al sol se secará en un momento, así que prefiere cambiarse. Simón se desata los cordajes para desnudarse y, por vez primera en mucho tiempo, tiene un ataque de pudor ante los ojos de otro. Le da la espalda a Gunnale y continúa desharrapándose cuando nota las manos suavécitas acariciando su piel. Se queda parado, asustado por ese ataque de terciopelo que le deja indefenso. Las manos le quitan la camisa con cuidado, le limpian la cara con un paño mojado, los sobacos, los antebrazos manchados. Le ponen la camisa limpia y mojada, le peinan la melena con los dedos. Después le dejan solo, y cuando Simón vuelve la vista ve a su dueña salir con la ropa sucia. Piensa que no va a poder levantarse sin que las rodillas se le doblen y que cuando se ponga a hablar, la lengua se le caerá dormida como la de un perrillo sediento, hambriento y falto de amo. Exactamente lo que es él.

El exsargento Miquélez no ha tenido una oportunidad como esta desde que fue degradado por Trujillo hace unas semanas. Ahora busca su favor con una actitud melosa que provoca en el capitán unas tremendas ganas de molerlo a palos. Pero parece que fue el único que vio a Salomón Acebes muerto, así que no le queda más remedio que escuchar.

—Era un soldado íntegro y cabal, mi capitán. Un hombre del que aprendí gran parte de lo que sé, y lo mismo podrán decir muchos en esta compañía.

—Eso me hace dudar de su valía, soldado. Hasta el momento solo he visto tu



pericia en los burdeles.

—Bueno, señor, Salomón pecó, como todos hemos pecado alguna vez. Pero Dios le habrá perdonado por sus muchos actos buenos.

—¿Cómo murió?

—Solo puedo contaros lo que vi y lo que supuse. Me fue encomendada la misión de reparar una empalizada del sur, que protege el puesto de vigilancia en aquella marca. Una tormenta la había tumbado y llevé una columna hacia allí con los mejores soldados...

—Los que mejor sabrían darle al frasco como tú. ¿Salomón iba contigo?

—No, él estaba entre los soldados de la marca.

—Así pues, era un castigado.

—Sí, mi capitán, aunque no está probado que...

—A las marcas van pecadores pertinaces, soldado. Yo mismo he aplicado ese castigo en otros lugares. ¿Cuántas veces te ha tocado a ti?

—Seis veces, señor —confiesa por lo bajini.

—Estoy seguro de que fuisteis a la marca del sur cargados de licor para animar a los castigados. Atrévete a mentirme.

—Solo llevamos algunas fruslerías para distraerles de la monotonía; no me juzguéis severamente por eso. —Miquélez resopla, toreando el interrogatorio—. Pero Salomón salió a inspeccionar los caminos de la zona. Era un baquiano muy experimentado, señor, y ninguno temimos por él. Mientras tanto, permití a mis soldados que celebraran el reencuentro con nuestros compañeros.

—Seguro que tú fuiste el único que no bebió ni apostó.

—Por supuesto, señor, pero no todos tienen mi fortaleza de voluntad.

—Estoy por mandarte a la marca por séptima vez si me sigues mintiendo.

—Señor, jugamos a las cartas, lo admito, pero juro que no apostamos... apenas. Al día siguiente, cuando nos pusimos a trabajar en la empalizada, recordamos que Salomón Acebes no había vuelto. Pero como digo, era un hombre bragado, así que no nos preocupamos.

—¿Qué hicisteis pues?

—Comenzamos la labor trayendo troncos del otro lado de un río que pasaba cercano. Cruzábamos por una zona llena de piedras donde podía vadearse fácilmente. En una de esas resbalé (he de decir que yo cargaba con la mayoría del peso), fui llevado por la corriente y bien pude llevarme un disgusto, pues caí por una cascada de gran altura. Afortunadamente, había un recodo a mitad de camino donde di con mis posaderas evitando la caída al abismo. Os aseguro que era mortal de necesidad. —Qué mala suerte tuvimos, piensa Trujillo—. Y estando bajo el agua de la cascada, me encontré, Dios lo tenga en su gloria, con Salomón Acebes boca abajo, colgado del vacío, más muerto que la mojama.

—¿Qué hacía allí?

—Tenía el pie enganchado de una rama que colgaba frente a la cascada. A ese

desgraciado le ocurrió lo que a mí: intentó cruzar el río, resbaló, pero en lugar de caer en la plataforma donde yo estaba, se enganchó con aquel árbol y quedó colgado boca abajo...

—¿Había muerto ahogado entonces?

—No, mi capitán. En la caída se golpearía con algún peñasco con todas sus ganas; digamos que tenía la cabeza —y hace con el dedo un círculo alrededor de sus sienas— abierta como una sandía. Y así, boca abajo como estaba... la tenía vacía por dentro, claro.

Claro. Igual que Sabino Irrazu.

—Así que al menos ese gran hombre no sufrió mucho tiempo para irse al otro barrio. No sé si me entendéis... —Trujillo asiente pensativo. Aunque más bien opina lo contrario—. Intenté tirar de él hacia mí, arriesgándome a caer al vacío, mi capitán. Entonces se partió la rama que sujetaba al pobre Salomón y cayó al vacío, perdiéndose en la espuma allá abajo. Así que cuando vinieron a ayudarme, por mucho que les repetía lo que acababa de ver, ninguno quiso creerme.

—¿Alguno de tus compadres pudo haber salido al bosque durante la noche?

—Nadie se habría atrevido a levantarse de la mesa.

—¿Teníais miedo, Miquélez?

—No es por eso...

Trujillo resopla. Ni para cagarse valen.

—Ya caigo. La partida llevaba una apuesta muy alta.

—Quizá sabréis, señor, que en estos casos quien se levanta de la mesa pierde todo lo apostado.

—Algo había oído.

Trujillo se incorpora. Acaba de conectar todas las muertes.

—Mi capitán, si me permitís...

—Puedes irte, soldado.

—Es que quería hablaros de algo más.

—Rápido.

—Cuando dijisteis esta mañana a la compañía si sospechábamos de alguien... Yo me atrevería a dar un nombre...

Trujillo se sienta de nuevo con interés.

Simón Lobato ha acudido a hablar con la Bejarana un poco a rastras, aunque sabe que debe enfrentarse a ese bosque de sábanas blancas más tarde o más temprano. Aunque hoy solo es un pantano de agua de fregar y chapoteo entre las baldosas, donde estorba más que nunca y recibe ninguneo de verdulera a cada saltito.

La Bejarana se resiste porque su natural es el silencio acerca de la clientela. Pero, bah, qué importa ya, si están todos muertos, hasta mi pobre Ventura.

—¿Qué tenías tú con ese hombre?

La Bejarana le mira como una extranjera pensando que no será entendida. Pero Simón habla su idioma, el de los desalentados; solo le extraña ese arranque de caridad en una mujer como esta, con más corteza que un alcornoque.

—Se reunieron aquí dos o tres veces. Una de ellas convocaron a Ventura.

—¿Quiénes son ellos?

—Los cuatro que se han cargado. Los hermanitos Irrazu, el Germán y el baboso de Manosprietas.

—¿Y jipiaste algo de lo que le dijeron?

—Le llamaron cobarde, le acusaron de hacer cosas a sus espaldas. Pero él estaba desnortado. No les reconocía, no recordaba nada de lo que le decían y contestaba con una cara de lelo que les desesperaba. En esa época el pobre andaba más ido que nunca. Deambulaba sin rumbo, salía a la calle desnudo... Acabaron echándolo de la milicia. Pero esa noche, por mucho que le amenazaron, él no se dio por enterado. Lo sé porque durmió aquí y le anduve preguntando. Era un buen hombre, Simón. —Y le mira con intención—. Y entran escasos a esta casa.

Juana se hace acompañar una vez más por Blas, ya que Simón anda ocupado. Pero está algo arrepentida, nadie le ha enseñado al soldadito cuándo callar.

—No podéis imaginar cuán afortunado soy de pasar tiempo a vuestro lado. Nadie aquí tiene una inteligencia como la vuestra. No sé si habéis notado la altura tan grande a la que os halláis en comparación con los demás hombres de La Ciénaga.

—Esa altura no me hace elevar del suelo. Necesito algo de silencio para que mi inteligencia no se hunda en los manglares.

—Perdonadme, padre. —Pero no puede evitarlo—... Es que la vida entre soldados es miserable para alguien con estudios. Vos me habéis salvado de un aburrimiento atroz. Incluso a gente de mi edad, de alta cuna, como Isabel de Osuna o Felipe Aguilar, hay que hablarles a veces como a niños.

—Cuida tu vanidad, jovenzuelo. Puede hacerte resbalar como en suelo mojado.

—De nuevo os pido disculpas.

—¿Has dicho que conoces a Felipe Aguilar?

—Sabéis de mi labor como protector de la señorita de Osuna. Me he encontrado varias veces con él.

—¿Qué opinión tienes de ese muchacho?

—La que cualquiera puede tener: quiere estar a la altura de los poderosos. Es caprichoso e inseguro, y en el fondo muy inocente.

—¿Se comporta ante todos con esa arrogancia de caballere?

—Que Dios me perdone, pero os confieso que sí —declara, sonriendo tímidamente—. Ilustra sus hazañas como en un romancero, pero tengo constancia de que no es del todo fiel a la verdad... Y disimula sus defectos físicos con una obsesión muy divertida.

—¿Como cuáles?

—La estatura... la vista...

—¿Es corto de vista?

—Lo oculta muy bien, pero yo estoy convencido, por alguna ocasión... —Pero Blas se reprime; no es plan de contar sus peleas en el campo con Felipe—. Eso también le hace menos seguro de sí, creo yo.

Es un niño insufrible y será una desgracia para el imperio si hace carrera como su padre, piensa Juana, aunque se ahorra decirlo en alto. Mira hacia atrás para asegurarse de que Blas sigue ahí.

—Me extraña que de repente hayas callado.

—Padre, es que hablando de estos señores pensaba..., pero no me atrevo a preguntaros.

—Habla sin problema, Blas.

—A veces observo que lo justo y lo injusto no se corresponden con las leyes que nos rigen. ¿Debe uno resignarse a hacer lo que ordena la ley o la tradición, aunque sea injusto o dañino para una persona?

—No puedo imaginar qué asunto hay en tu cabeza que te lleva a esas tribulaciones.

—Tampoco yo puedo contároslo.

—Ni yo quiero saberlo, bastante ocupada tengo mi propia sesera. Solo puedo decirte que el hombre lleva media existencia haciéndose esas preguntas.

—¿Y vos qué pensáis?

Quizá debería dar una respuesta canónica, en su papel. Pero la tentación es demasiado grande.

—No hay que tener miedo a enfrentarse a la ley. Las leyes cambian, el hombre permanece. El impulso del hombre cambia el mundo. Y las leyes con él.

Blas abre mucho los ojos.

—De nuevo os pido perdón, pero... ¿me permitiréis seguir a vuestro lado?

Juana sonrío adulada. Como su padrecito fray Diego Ramírez, ahora ella tiene un discípulo.

—Por supuesto, joven Blas.

Simón Lobato.

Cuando el exsargento Miquélez comenzó a contarle esos asuntos turbios del protegido del padre Fiz, Trujillo enseguida se sintió interesado. Nunca le había gustado ese gañán y le molestaba que, cada vez que hubiese un problema, él anduviera por medio, o peor aún, que no estuviera. Había cosas que no entendía, como esas imprecaciones tan directas que el difunto Ventura le lanzó justo antes de la ejecución. Y lo que Miquélez le contó era desconcertante. ¿De dónde sacaba tanto dinero Lobato? Se le veía un día sí y otro también invitando a unos y a otros en el

burdel de la Bejarana; pero también salía a menudo al arrabal, donde frecuentaba las peores compañías: no solo al Cangrejo, quien controlaba el tráfico ilegal de mercancías del puerto, sino también al omnipotente Palito, que hasta donde Trujillo ya sabía, era el principal proxeneta, fabricante y comerciante de armas, extorsionador variado en todos los puestos del mercado arrabalero, amén de sospechoso de un número indeterminado de crímenes.

Miquélez, por conversaciones e indiscreciones del propio Simón Lobato, había llegado a la conclusión de que trabajaba para otro, realizando oscuras labores que le reportaban beneficios jugosos. Y viendo los terribles asesinatos de los últimos días no le extrañaría nada que ese degenerado camorrista, vergüenza del ejército español, tuviera algo que ver.

—Miquélez, ese soldado no estaba aquí cuando murió don Germán de Val, ni cuando Ignacio Irrazu —le había reprochado Trujillo al gordopilo—. Mucho menos cuando murió el Salomón ese que viste en la catarata.

—Bueno, señor, a esos los mató el Loco, como sabe todo el mundo. Por eso le dimos garrote, ¿no?

Todo aquello dejó la sombra de la sospecha sobre la cabeza del capitán y, por ese motivo, en este instante estaba pisando el cuello de Palito después de haber irrumpido por sorpresa en su fábrica de vicios y puñales. Había aparecido con un grupo pequeño de soldados, sin ruido, caballos ni golpes en la puerta. Había aprendido a parecerse a sus enemigos para golpear primero, y Palito tenía en este momento una carta menos en la manga: ya no contaba con la información privilegiada que le pasaba el propio Simón Lobato.

—Siempre que las cosas os van mal, venís a por Palito para satisfaceros. Tengo algunas mujeres que podrían cumplir una misión parecida.

—No me lo digas dos veces, pues mis soldados y yo podríamos utilizarte de meretriz; se te quitarían las ganas de sentarte en los próximos dos meses.

—Si vamos a intimar de tal manera, capitán —masculla Palito, dando unos toquecitos a la bota que le oprime el pescuezo—, ¿por qué no empezamos a tratarnos con algo más de cariño?

Trujillo le aplastuja un poco más hasta hacerle sacar la lengua a ondear bandera blanca. Los soldados le trincan de los sobacos y vuelan hacia el cuartel. Allí Palito confirma los datos que Trujillo tenía acerca de su relación con Simón. Tenían un acuerdo de buena voluntad y favores mutuos. Pero aparte de eso, Palito, normalmente huidizo, esta vez es de lo más dicharachero.

—El Simón ese nos ha tenido engañados a todos. ¿Sabéis quién era su amiguito en Castilla? El loco ese que tenéis secándose al sol ahí afuera.

El capitán ve el cielo. ¿Simón y Ventura?

—Estuvieron los dos metidos en el mismo corral, eran frailes o algo así...

—¿Frailes? Me cuesta creerlo.

—Frailes raros, jefe. De los que hacen ritos extraños y fornican con mujeres

libremente.

—Una secta...

—Eso es.

Eso sí se lo cree.

—Simón nos hizo jurar que no lo contaríamos a nadie. No quería que se supiera que estuvieron juntos en esa hermandad. —Y sonrío mezquino—. Apreciad, pues, el gesto que Palito está teniendo con vos.

—Aprecio que quieres joder a ese soldado y por eso me lo cuentas.

Pero la revelación le hace anudar los cabos a toda velocidad. Simón fue el encargado de vigilar a Ventura cuando salió de la cárcel. El que supuestamente lo encerró en la leñera del Cangrejo y el que le perdió de vista después. Se conocían, habían pertenecido a la misma secta de degenerados en Castilla... Qué no habrían hecho el uno por el otro.

Y una vez muerto Ventura, qué no habría hecho Simón por un tesoro...

Esas revelaciones sumen a Juana en una espesa preocupación. No se cree una palabra de las majaderías que pueda contar el tal Palito. Lo que le preocupa es la convicción del capitán al contarlo. Tiene tantas ganas de encontrar a alguien a quien culpar que la posibilidad de Simón le colma la imaginación, uniendo detalles de forma tan aleatoria como peligrosa.

Trujillo había llegado hasta Juana a la carrera con un montón de novedades. Los que conocían del Grupo de los Diez están muertos: los cuatro hidalgos, asesinados; Ventura ajusticiado; y los otros cuatro de la marca, muertos en tan extrañas circunstancias que dan para pensar al menos. Todas las muertes tienen una relación en la forma. Todas están sujetas a la misma maldición. Esto acrecienta el misterio sobre el número diez.

Pero Juana apenas piensa en eso. Solo piensa en la excitación con la que Trujillo salta a la pista de Simón.

—Ese villano os ha despistado. Ha jugado con vuestra buena voluntad para librarse del castigo más de una vez. Tiene gracia cómo en el mismo barco llegasteis dos almas tan dispares.

No te puedes hacer a la idea, capitán, piensa el falso cura.

—Creo que os estáis precipitando, Juan.

—La relación con Ventura es evidente. Él mismo ha hecho esa confesión a sus compinches. Tiene mucho que explicar. Pero del castigo no le va a librar esta vez ni el Santo Padre en persona. ¿Vos le habéis mandado alguna orden hoy?

—Sí... Le he mandado al puerto... a preguntar a los contrabandistas.

—Qué mejor lugar para encontrarlo. ¡Flecha, llama a un par de los tuyos! ¡Salimos!

Juana toma la dirección contraria y llama con un gesto a Blas. Le habla en los soportales muy bajito.

Blas sale a la calle, cruza la plaza y se dirige sin pausa hacia la casa azul.

Blas trae a Simón borracho como un piojo. Le ha costado sacarle del vinazo de la Bejarana donde se había sumergido.

Después de su conversación con la alcahueta, había ido al encuentro de Marina, esta vez sola, sin ningún cliente con quien hacerle el vacío. Él trató de ser amable, de hacer olvidar la mala hora en que falló; hasta la Bejarana le había empujado a dar el paso.

—Todo esto que te he contado de Ventura no tiene ningún interés. Sin embargo, lo que tú tienes que hacer es arreglarte con aquella —había dicho la vieja señalando a Marina, sentada en su escalera con una papaya—. Si no, se me va a marchitar, o peor aún, se me va a agriar. Y así no me vale para nada.

Y aun así, terca como ella sola, mientras él hablaba, Marina no hacía más que escupirle a la cara pipas de papaya.

Simón recordó entonces el final de la triste historia de amor en Castilla que ella le había contado, tan cruel como había empezado.

—... Después de dos años esclavizada por ese desgraciado, una noche llegó borracho pegando patadas a todo lo que encontraba, incluida yo. Cuando se iba a beber, a mí me encadenaba al carro, junto al mulo. Me pasaba las noches oliendo las cagadas de la bestia. Hasta que esa vez me cayó encima un moñigo. Al principio le grité al bicho todas las barrabasadas que se me ocurrieron, pero mientras me sacudía la mierda me di cuenta de que el puto asno me había hecho un buen favor. Los grilletes de las manos se escurrieron con la pringue como la peladura de un banano. Así que, cuando llegó el cabrón aquel y acabó tumbándose a dormir en el carro, yo tenía las manos libres para hacer lo que quisiera. Pero no salí a correr. Me había convertido en un animal y ahora me tocaba morder a mí.

»Esperé a que se hiciera de día sin dormir ni un minuto, solo mirándole roncar. Solíamos quedarnos a las afueras, donde nadie pudiera vernos. Estábamos solos. Cuando amaneció le tiré una piedrecita del camino. Se despertó abriendo muchísimo los ojos al verme sin cadenas. Se lanzó del carro de un salto, pero el puto borracho no se dio cuenta de que yo le había puesto los grilletes en sus tobillos. ¡No veas el guarrazo que se pegó! Cayó al camino de boca con los pies colgando del carro. Del grito que soltó asustó al mulo, que se echó a galopar como loco por el arado que teníamos al lado mientras el hijo de la gran puta se fue desollando con la tierra, arrastrado por el carro. El mulo se paró a lo lejos, en mitad de la era, y para entonces aquel cabrón apenas se movía. Estaban demasiado lejos e iba a dañar mis bonitos pies descalzos acercándome hasta allí. Jamás pensé que sucedería algo así, pero ni a propósito me hubiera quedado más a gusto. No he vuelto a ser esclava de nadie. Ni

un solo hombre se ha atrevido a hacerme daño.

Y ahora, sentada en su escalera, escupiendo los pipos de la fruta contra la cara del abnegado Simón, es lo que ella estaba poniendo en práctica. No permitía que nadie, y menos él, entrara en su vida a fastidiarla. Le había tirado del carro en marcha y no le importaba si perdía la piel a tiras.

Simón se hartó de rogarle. La miró en silencio. Cuánto había necesitado aquella inocencia libre que escondía bajo la piel blanquita. Cuánto le había dolido que se la negara. Pero si él desistía, esa inocencia se acabaría marchitando para siempre, lo sabía. Y ya estaba comenzando a irse.

Simón se levantó.

—Marina, tú te crees que eres la única a la que han hecho daño alguna vez.

El soldado le dio la espalda y se disolvió en la cocina. Allí se ató a una jarra de vino frente a los fogones. Mirando las burbujas del guiso aparecer y romperse, llenó su cabeza de rojo sin conseguir olvidar nada. Allí le encontró Blas tras buscarle en la sala, salir a la calle y volver a entrar guiado por un palpito. En la cocina peleó con él para levantarlo y por las calles traseras lo acarreó como un fardo hasta la casona de San Telmo.

Marina quedó en la casa azul, acompañada de horas rotas y espacios muertos.

Juana vierte un cubo de agua sobre la cabeza de Simón, que se revuelve sin saber del todo dónde se encuentra. Las paredes blancas y desnudas de su escaso cuartito en el palacio de San Telmo se le vienen encima.

Juana pide a Blas que salga y a solas se enfrenta seria al borracho.

—¿De qué conocías a Ventura?

Simón se deja caer en la cama abatido.

—¿Cómo habéis sabido...?

—No te preguntes cómo lo sé yo, majadero. Pregúntate cómo lo sabe el capitán Trujillo.

Simón se hunde por debajo del suelo.

—Lo vi una vez en España...

—Una vez no. Más.

—Quizá dos o tres...

—¿Has sido un Alumbrado?

Simón abre mucho los ojos.

—Señora, voy a empezar a creer que vos sois en verdad una bruja que hay que quemar en la hoguera.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos en esa secta?

—No vayáis a creer ahora que yo soy un orate como ese desgraciado.

—Lo que creo es que vas a acabar como él, con el pescuezo partido en dos.

Juana se muestra inflexible. Simón se desespera.

—Yo lo que soy es un muerto de hambre. El hambre es lo único que me ha guiado en la vida. Por hambre he robado, he estafado y he mentado. Juro que no he matado a



nadie, eso sí que no. Y si he cometido errores, como ese de los Alumbrados de pacotilla..., por hambre ha sido, y nada más.

—¿Cómo acabaste ahí, insensato?

—Pasé una temporada jugando de pueblo en pueblo y llevándome unos buenos maravedís. Pero cuando uno llena el buche, relaja la mano, y malo es el que por echar un trago no suelta la baza, y si no mimas a la desencuadrada, no sacas tajada... En resumen, que me pillaron. Me llevé una somanta de la que todavía se acuerdan mis costillas, me quedé sin mi bolsa y sin nadie que me abriera la puerta. Fui caminando de un pueblo a otro, pero las noticias corren más rápido que los hombres, y allá donde fuera todos me evitaban. Quince días sin comer me pasé de arriba abajo por toda esa comarca reseca. Hasta que un día, a punto de morirme como un perro, fui a dar a un pueblo que parecía abandonado, de vacías que estaban sus calles. De casualidad vi a una mujerona cuando ya me iba y, al acercarme a ella y preguntar, me señaló la casa grande que había en la plaza. Me dijo que si era creyente y buen cristiano, allí sería bien recibido y al decirlo me palpó los brazos como relamiéndose, lo que debería haberme hecho pensar, al igual que la camisa suelta que llevaba que casi enseñaba una teta. Pero el hambre me nublaba los sentidos, señora, así que no lo pensé hasta que fue demasiado tarde.

»Aquella casa era lo más raro que he visto yo en mi vida, lo juro como que hay vino. Era un palacio venido a menos, de un señor que allí vivía como si fuera uno más, sin privilegio ninguno. Medio pueblo andaba allí metido, saliendo y entrando de cualquier cuarto como el que sale al meadero por la noche: empelotado y cegato. Se supone que rezaban o pensaban en el Altísimo, pero lo hacían tirados, como muertos, yo apuesto que durmiendo las más de las veces, o cantando letanías que comenzaban en un cuarto y se extendían por los otros. Y entre medias no hacían más que fornicar unos con otras sin vergüenza alguna, que decían que era esa manera de llegar a hablar con Dios. Y vaya si los había y las había que llegaban a lo más alto, de los gritos que pegaban, que yo andaba siempre de respingo en respingo. A mí me dieron de comer nada más llegar, de famélico que me vieron; y me pusieron a encontrar a Dios en un cuarto yo solo mientras cuchicheaban ellos fuera. Dormí como un bendito dos días seguidos y para cuando desperté me habían quitado mis preciadas cartas y mi ropa entera y me tuvieron en camisa el resto de los días que allí pasé. A partir de entonces, me tuvieron a rezos y cánticos plañideros durante semanas con tal de ganarme el plato de sopa que calmara el rugir de tripas que me acompañaba desde el amanecer.

»Aquello lo llevaban dos santones: un místico y un truhan. El truhan era el mayor embustero que he conocido en mi vida. Tenía un pico más largo que un cigüeño, que, dijera lo que dijera, con esa voz y esos ojos que te desnudaban según te hablaba, tú te lo creías y hacías lo que fuera que mandara, así hubiera que tirarse por la ventana de un tercer piso. Así conseguía el macandón trajinarse una tras otra a todas las doncellas de aquel pueblo y de los vecinos, que se acercaban por la curiosidad de conocerles. Primero las cataba él, luego se las pasaba al dueño de la casa, que andaba

entetado todo el día, y así se aseguraban los santones techo y comida; y finalmente dictaba quién podía con quién entre el resto de los iluminados. Así, con la tontería del acercamiento a Dios, se lo pasaban todos sin dar ni clavo y mojando de día y de noche.

—Pero decías que también había un místico.

—Ese era el Loco Ventura. Entonces no le llamaban así, claro. Era el Hermano Bienaventurado. Yo no sé cómo había caído allí, pero estaba todo el día parloteando en latines e imponiendo manos por todas las esquinas, que te lo encontrabas con esos ojos saltones allá donde fueras. Cada vez que el otro pájaro tenía una ocurrencia, este le daba carácter de ley diciendo algo en latín como si fuera Dios mismo bajando de los cielos. Se sabía la Biblia del revés y tenía a toda esa reala de catetos maravillados, pero se notaba a la legua que todo aquello era un camelo para vivir del cuento y meterla dentro... como se suele decir, y perdonad mi lengua.

—Pero tú te aprovechaste de ello también.

—No exactamente. Os juro que en el tiempo que estuve ahí no caté hembra... ni varón, ¿eh? No os vayáis a pensar que yo... Vamos, que allí me tuvieron incontables días viendo a esas mozas de cuarto en cuarto y yo sujetando la vela, nunca mejor dicho. Hasta que un día me dicen que ya puedo pasar a formar parte de la hermandad en otro estrato de pureza y no sé qué otros cémbalos. Yo me frotaba las manos de puro contento, al menos tanto rezo me iba a traer un cachito de paraíso en la tierra. Pero me meten en un cuarto vacío y ¿a quién me traen? A la mujerona que me encontró el día que llegué, que tenía unos brazos de remero y una cara de pan de hogaza que daban de todo menos ganas de entrar en comunión con lo más sagrado. Mira que había doncellas allí que nada más verlas ya dabas gracias a Dios; pues no, me tuvo que tocar el armario ropero de la hermandad. Así que cuando se levantó las bragas y me dio a besar aquella cosa que tenía ahí, que ya habría tenido más Alumbrado dentro que candelabros hay en la catedral de Burgos, yo dije que aún no estaba preparado para recibir tal honor y me lancé al suelo a rezar de rodillas durante dos horas hasta que el engendro aquel salió del cuarto. Eso sí, luego me dejaron a pan y agua otra temporada, por no haber pasado por el aro. Yo estaba por largarme de allí en cuanto me quitaran el ojo de encima, pero ni falta hizo, porque a los dos días vinieron una buena cantidad de soldados, acompañados de mozos cargados de palos que lo que querían era recuperar a sus doncellas desdoncelladas, y entre unos y otros repartieron tanta estopa en esa casa que no dejaron costillar vivo. A la mayoría les dieron presidio o los juzgaron en el Santo Tribunal por reincidentes, que ya había larga tradición de esa hermandad en la comarca desde hacía treinta años; yo me escapé de milagro escondiéndome en un bidón lleno de basuras y aguas mayores que no se aguantaba de hediondo. Así que esa fue toda mi aventura: Alumbrado, poco; joder, nada; jodido, entero.

»Y ahora decidme si verdaderamente por esto he de pagar yo por los pecados de otro en esta tierra lejana.

—Dímelo tú. ¿Hablaste con Ventura mientras estuviste siguiéndole?

—Jamás. Traté de que no me viera la cara en toda la jornada. Mirad, estando en Castilla, después de todo aquello, una vez me reconocieron en un mercado y me llevé una buena sarta de bastonazos. Tal como estaba el asunto aquí, sabía que lo mejor era no arriesgarme. Menudo mal rato pasé cuando me jipió en su ejecución.

—¿Lo conociste bien? ¿Era vengativo?

—En la hermandad gastaba muy malas pulgas, pero no era como el otro. Verdaderamente buscaba la salvación, se desesperaba con las bajezas de los demás. De vez en cuando se ensimismaba a hablar solo y se le veía como asustado, como si Dios le dijera que iba por mal camino.

—¿Tenía reacciones violentas?

—Ni que se le hubiera ocurrido, con los garrulos que había en ese pueblo. Era un santurrón, señora. Si estaba entre esa banda de majaderos era porque creía en el amor, no en los palos. A ese le debieron de zurrar bastante de chaval; solo buscaba que le quisieran en alguna parte. —Simón sonrío triste mirando al suelo—. Bien mirado, ¿no es eso lo que buscamos todos?

Juana mira al suelo también.

—¿No oíste a Ventura hablar del Grupo de los Diez?

—Lo único que hizo ese fue mamar toda la noche.

—¿No contó nada de matar a Manosprietas? ¿Nada de un tesoro?

—De tesoros habla todo el mundo en la ciudad.

—Tardaste mucho en encontrarme anoche. ¿Dónde estuviste antes de venir a verme?

—Ya os lo dije, con unos compañeros jugando a... Señora, ¿estáis sospechando de mí?

—¿Por qué venías tan sucio?

—Ni yo me acuerdo. Estaba bebido, vos lo sabéis mejor que yo.

—¿Quiénes son esos soldados con los que estuviste?

—Unos villanchones borrachos de la compañía...

—¿Declararán a tu favor o se olvidarán de ti en cuanto les pregunte?

—No lo sé. Pero vos no podéis creer que yo maté al señor Manosprietas...

—Claro que yo no creo eso. Pero es lo que te van a preguntar el capitán Trujillo y el corregidor en persona, los cuales tienen enormes ganas de echarle la mano al cuello al primero que tenga una posibilidad de ser culpable. Has de tener una muy buena excusa para que yo pueda protegerte si no quieres dar con tus huesos en el calabozo.

Simón traga saliva.

—No quiero acabar en una celda... Otra vez, no.

—¿También has estado en la cárcel? ¿Cuántas cosas más tienes que contarme de tu vida en Castilla, Simón?

—Os aseguro que no queréis saber todas las cosas que me han pasado en Castilla, señora.

Juana se queda sin fuerzas ante la dolorosa mirada que le lanza ese perrillo apaleado.

—Simón, Simón, ¿dónde estuviste anoche antes de llegar a mi encuentro?

—Por ahí... en un tugurio que no conocía... no sabría llegar... —Se da por vencido desesperado—. No tengo excusa...

—¿Cómo nos defenderemos de las acusaciones que han hecho contra ti?

—Lo de los Alumbrados se lo conté yo a ese indio gorrino. Es su palabra contra la mía.

—En este momento la tuya vale poco.

—Lo del dinero solo puedo contarlo desvelando vuestro secreto, Juana. ¿Queréis que haga eso?

—Miente. Di que lo ganaste apostando.

—El capitán lo tiene penado con calabozo y aun eso no justifica tanto que he gastado.

Juana le mira con ternura. Cuánto cariño nos debemos.

—Solo tengo una opción, señora. —Juana está a punto de llorar sabiendo lo que va a escuchar—: Venid conmigo. Es el momento de llevar a cabo los planes que siempre pensamos. Tengo ya algo de experiencia en la selva. Vos sabéis orientaros con las estrellas. Conozco gente, puedo encontrar caballos y pertrechos en menos de una hora...

Juana se siente tentada. Traza una pequeña perspectiva en el tiempo y rápidamente niega con la cabeza.

—No, Simón. Si yo desaparezco, pensarán que me has secuestrado y mandarán columnas a buscarnos hasta que te apresen. Irme contigo nos pondría en peligro a ambos. No es mi momento aún. Gracias a ti, no corro peligro. Me he vuelto importante. —Y sonrío con tristeza—. Tenías razón, soy tan fea y desmedrada que a nadie le entra en mientes que yo no sea un hombre. En cuanto resuelva este desagradable asunto me iré con el propio Trujillo escoltándome a Panamá... si es que no le caza aquí una de esas arpías que chillan a coro en el patio de doña Manuela...

Simón sonrío. La está viendo venir. Nota un deje de tristeza en su voz. Bueno, piensa Simón, al menos es humana, ya me estaba preocupando.

—Os agradezco lo que habéis hecho por mí, Juana.

—Yo no he hecho nada más que perder mis cuartos contigo, gañán. —Juana no es capaz de reírse con sus propios chistes—. Lo que siento es no tener quien me proteja en estos momentos angustiosos.

—No os preocupéis. El niño ese que está ahí fuera seguro que algo podrá hacer por vos. —Y revolviendo el suelo en círculos, sonrío malicioso—. Y seguro que el capitán Trujillo os tratará mismamente como a una marquesa... y será menos irreverente con vos que yo.

Simón mete a todo correr sus absurdas pertenencias en el zurrón. Sus riquezas acumuladas las lleva puestas dentro de sus bragas y a presión intenta encajar un pan, queso y una bota de vino, viandas cortesía de la casona de San Telmo. Gunnale observa en silencio sentada en una esquina, rodeando sus rodillas con los brazos. La cabeza le rueda a tal velocidad al pobre diablo, que tarda en notar la presencia de la chica. Cuando lo hace, primero la evita, después la observa intentando mostrar desprecio, luego le sonrío compasivo, más tarde siente pena de sí mismo y finalmente suelta la comida sobre el camastro, incapaz de terminar lo que está haciendo.

—Mira, voy a decirle a Ju... al padre Fiz que te tome a su servicio. Le serás muy útil. Eres muy discreta y necesita a alguien como tú.

Gunnale no hace ningún gesto.

—¡Yo tengo que marcharme! Mi vida corre peligro.

La muchacha baja los brazos al suelo y remueve las manos contra la piedra.

—Pero estando dentro de la ciudad no te pasará nada —continúa Simón—, y menos en este lugar. Aquí con los curas estarás a salvo. Y sobre todo no te morirás de hambre. No sé cómo se las apañan, deben de estar todo el día aquí dentro dándole al milagro de los panes y los peces...

Gunnale se levanta despacio y se acerca al desesperado Simón Lobato. Le coge el zurrón y saca fuera la camisa apretujada y el resto de objetos inútiles que llevaba de recuerdo. Parte el pan a la mitad y lo mete dentro junto con el resto de comida. Simón se sienta, asustado ante el nuevo cambio en su vida. Gunnale acerca su mano hacia él y de nuevo es capaz de tocarle. Simón nota su energía y la mira. Con calma firme, ella le habla por primera vez.

—Tú vendrás conmigo.

Los ladrillos se removieron en la argamasa chirriando temblorosos ante el tremendo bramido del capitán Trujillo. En el patio se extendió el silencio entre soldados y caballos, todos pendientes de las voces y los ruidos de golpes que caían volando desde la ventana del segundo piso.

Dentro de la sala, paciente en una esquina, Juana espera a que pase el vendaval sujeta al respaldo de una silla. Hace un momento Trujillo ha partido otra, levantándola con una sola mano, contra la mesa de reuniones. Ha gritado sin parar, ha corrido varias veces a la puerta dispuesto a salir, juntar una patrulla y galopar fuera de las murallas en busca del fugado Simón Lobato.

El problema era saber dónde. Juana ha confesado haber ayudado a Simón a escapar de la ciudad, pero aun con todas las amenazas y vaivenes turbulentos del capitán, no ha soltado prenda sobre en qué dirección. Simón tiene amigos en todas partes y sabe cómo salir de la bahía por caminos no vigilados, como ya hizo una vez. A Trujillo le cuesta asumirlo, pero su tremendo enfado es, sobre todo, por la certeza de que será imposible encontrarlo y menos con toda la compañía dedicada a registros,

vigilancias y detenciones por todas partes por órdenes tuyas.

—Ibais a detener a un inocente. Sería desviar la atención de nuevo erráticamente.

—Esa es vuestra opinión, padre. Las pruebas contra él son abrumadoras.

—No hay pruebas contra él. Hay coincidencias.

—Os lo repito una y mil veces: os nublan la vista vuestras lealtades, cada día más peligrosas.

—¿Tendré que pensar eso de vos?

Trujillo está a punto de romper otra silla.

—Eso es lo que yo me tendré que plantear.

Y abandona la sala con viento de succión dejando a Juana casi al vacío.

Simón había salido unas horas antes tras avisar por mediación de Gunnale al único dentro de la muralla que podía ayudarle: el Talabartero.

Simón había conocido al Talabartero en el arrabal, donde pasaba las noches mirando el mar en los pantalanos del puerto. Era un personaje largo y escuálido, serio y triste como una bandera en día de lluvia. Pero sus antebrazos venosos y sus manos como olivos transmitían tal seguridad y fuerza que nadie se atrevía a chotearse de su gesto adusto. Era el hombre de confianza de toda la alta cuna de San Sebastián de la Ciénaga, pues las posaderas de los poderosos descansaban sobre sus sillas y no había espada al calor de otra vaina que no fuera suya. Remaches, cotas, todo lo que llevara cuero pasaba por sus manos y por esas monstruosas herramientas que colgaban de la pared de su taller.

Pero al llegar la noche salía de la muralla y, con algo de fruta en el regazo, se sentaba en el puerto, a oscuras, y dejaba pasar las horas mirando el horizonte. Qué barco sería el que anhelaba ver llegar nunca se supo, pero esa posición de faro silencioso en un lugar de paso entre lo malo y lo peor de la bahía, le había procurado más de una amistad del lado oscuro. Así pues, sobrio y virtuoso, era también hombre de confianza para los pecadores de aquella zona. Y así había trabado lazos con Simón Lobato, quien nunca ha llegado a penetrar en su secreto, pero al menos sí en sus silencios, sacándole alguna sonrisa a esa guadaña sin espigas.

El Talabartero le mandó mensaje de vuelta citándole para la siguiente hora en un bosque de mangos fuera de la muralla. Gunnale y él se escurrieron silenciosos hacia el único lugar por donde podían salir sin ser vistos: la entrada del pasadizo donde descubrieron al Loco Ventura. Blas les ayudó a abrir la tapa con discreción y a cerrarla luego, y por allí desaparecieron diciendo adiós a La Ciénaga sin llorar la pérdida. Pasaron un mal rato a oscuras en compañía de los murciélagos, pero sin haber estado allí antes, Gunnale no dudó un momento y en cuestión de minutos habían conseguido salir. Llegaron al bosque en un santiamén y, envueltos en el dulce aroma de los mangos maduros hechos confitura en el suelo, encontraron al Talabartero con dos caballos, algunos pertrechos y algún arma de las tuyas como

regalo. Simón le pagó con el último obsequio del bolsillo de Juana y estrechó esa mano gigante que le absorbía la suya como si fuera un niño.

—Ojalá llegue el barco ese que esperas.

—Ese llegará. Me preocupa más lo tuyo.

Simón miró a Gunnale.

—A mí siempre me va bien.

## DESLUMBRADO

Juana y Blas son recibidos en casa de los hermanos Irrazu por el niño de rizos sirviente de la casa y hoy único habitante. Acostumbrado a unas rutinas diarias desde que fue acogido por sus amos, el muchacho mantiene el lugar impoluto, el agua fresca en la entrada para agradar a las visitas y prepara comida a diario como si nada hubiera cambiado.

La casa es un mausoleo dedicado a la montaña y los indios. Clasificados en estantes, aquí se ven tinajas cromadas, allá aros y bisutería. Especial interés tiene una balda dedicada a las flechas. Las hay verdes, rojas, blancas con ribetes negros. Todas llevan carteles con distintos nombres: la Franja, Quebrada del Manco, Don Diego, Tablada. Y un cartel solitario a la espera de flecha: Ciudad Perdida.

Juana retiene ese nombre mientras pasa su mano por la madera, como clasificándolo todo con el tacto. Mira los mapas, líneas errabundas que tratan de unir puntos en un gran espacio verde desconocido y cambiante allá en la montaña.

Avisada por Blas, que había visto al pequeño criado con Sabino aquel día funesto, Juana pregunta al muchacho sobre las actividades de sus amos.

—¿A quién trajiste a casa la noche que murió don Sabino?

—Al señor Sancho, al que llaman Manosprietas. Mi señor me mandó llamarle muy preocupado, pues había perdido de vista a Ventura aquel día.

—¿Tenía miedo de Ventura?

—Mis señores no temían a nadie. Pero no querían que los mataran.

—¿Escuchaste de qué hablaron él y el señor Sancho?

—Me mandaron a la cama una vez llegamos. Solo oí susurros. Pero más tarde escuché la llegada de otro. —El décimo. Interesante. El muchacho precisa—: No entró por la puerta principal, sino por el portón de servicio, por eso lo oí, queda próximo a mi cuartito.

—¿Viste quién era?

—Si me hubieran pillado fisgando, no me libraría de una buena paliza, padre. Ni se me ocurrió levantarme.

—Y tampoco oíste de qué hablaron. —El niño niega con la cabeza. Juana insiste—: ¿Tampoco tuvieron antes reuniones en casa con otros señores?

—No, padre. Nunca.

—¿Nunca quiere decir «nunca»?

—Los señores eran muy celosos de sus propiedades. —Y señala los estantes—.



No querían que nadie viera sus mapas y sus hallazgos.

Juana coge al azar un mapa de la mesa.

—¿Tú sabes qué significaba todo esto? —El niño niega con la cabeza—. ¿Nunca has tenido curiosidad? —Nueva negación—. Pero limpias estos estantes todos los días. Debes haberte hecho preguntas. Todos los niños lo hacéis.

—No sé leer, padre. No sé cómo podría saber nada de todo esto.

—Puedes irte, hijo. Gracias. —El muchacho se retira visiblemente aliviado. Pero Juana vuelve al ataque—: Tengo una pluma azul que podría cubrir el hueco que falta en este estante, el de la Quebrada del Manco...

—El azul no es el de la Quebrada... —Y el niño se muerde la lengua al darse la vuelta y ver la sonrisa de Juana.

—Vuelve aquí, muchacho, y vamos a hablar largo y tendido de Ciudad Perdida.

El niño cayó en aquel lugar con tres años o cuatro. Sus padres habían muerto envenenados por unos frutos salvajes. Él caminó solo durante unos días hasta que fue atacado por una bestia. Estaba casi muerto cuando unos indios bellos como ángeles le tomaron en sus brazos y le llevaron a un lugar maravilloso entre las montañas. Todo rodeado de selva, aquel paraje estaba extrañamente despejado de árboles y unas bellas construcciones circulares en distintas alturas parecían flotar sobre la verde colina. Sus habitantes le salvaron de sus heridas de manera milagrosa, aunque pasó mucho tiempo tumbado.

—Esto os demuestra que es cierto lo que cuento.

Y levanta su camisa mostrando una terrible cicatriz en el pecho que le cruza como un mal zurcido de arriba abajo.

Después de su convalecencia pasó un año jugando y volviendo a ser fuerte. Casi olvidó hablar castellano. Pero por las noches soñaba con los suyos y los indios pensaron que era mejor devolverlo. Pasado un año, le dejaron en el borde del camino, abajo en el valle. Trabajó en varias casas de la bahía antes de llegar a la de los Irrazu, quienes vieron el cielo abierto ante sus ojos en esa cicatriz que le cruzaba el pecho. Cuando el niño les contó su trágica aventura, supieron que tenían en casa lo que tanto habían buscado.

Durante un año entero, después del trabajo diario, Ignacio y Sabino Irrazu le hacían preguntas sin fin. Le hacían dibujos, le enseñaban objetos, todo lo que hiciera posible que el niño recordase dónde se hallaba aquel lugar maravilloso.

—Pero ¿por qué tenían tanto interés en ese lugar?

—Por qué va a ser. Por el tesoro.

—¿Tú viste un tesoro allí? —El niño niega con la cabeza—. ¿Entonces?

—Eran ricos, padre. Seguro. Yo les vi con anillos dorados por todo el cuerpo. Y de las casas colgaban piedras verdes en todas las puertas.

—Esmeraldas...

—Y las tenían para decorar. No les prestaban mayor atención. Eran ricos, seguro. Yo lo vi.

Fernanda Bustamante, la bien llamada Bigotes, se presentó en la casa de Inés de la Vega con un cesto lleno de galletas. Había cosido el paño que las rodeaba la noche anterior, bordando el nombre de Germancico en una esquina para que, al recibir el regalo, el niño viera su nombre en primer lugar antes de descubrir el interior. Esperaba en la entrada con la única compañía del difunto barbudo mirándola desde la pared. Inés había ido a hablar con el pequeño Gorrión, que no había salido aún de la casa ni había visto a nadie más que al capitán Trujillo en todos estos días. No sabía a ciencia cierta cómo iba a reaccionar ante gente nueva, y aunque tampoco iba a hablarle, por lo menos por su mirada sabría si estaba dispuesto a intentarlo.

Fernanda Bigotes había llegado al asalto, sin previo aviso. Si se lo hubiera propuesto a Inés el día anterior, seguro que habría obtenido una negativa por respuesta. Y ya no podía aguantar más sin ver en primera persona al muchacho. Sería la reina del patio de doña Manuela. Se imaginaba desde anoche, mientras cocinaba los dulces, rodeada del gorgoteo de las mujeres, escuchando acumularse las preguntas y aguantando los tirones en la manga para atender a unas y a otras. Se veía a sí misma otorgando el favor a cada hembra como un cardenal en un besamanos y repitiendo una y mil veces el mismo relato para apaciguar las ansias de las feligresas. Por ese motivo ahora no deja de mirar cada detalle de esa antesala y se repite a sí misma cada frase y cada gesto que la pobre Inés le ha dicho desde que ha abierto la puerta al recibirla.

Pero ya ha pasado un buen rato y aún está ahí, más sola que la mecha de un cirio y con las orejas desplegadas esperando algún frufrú por el pasillo. Cuando este por fin se produce, recupera una postura normal en el asiento y se duele del cuello y del lomo, que tanto había estirado para escuchar. La criada aparece indicándole que puede pasar al salón, donde la recibe el insistente barbudo desde otro retrato de la pared. Coloca el cesto de ocho maneras distintas sobre la mesa esperando a sus anfitriones, para finalmente mantenerlo en las manos, de pie en el centro de la sala. Está tan impaciente que, cuando por fin aparece Inés trayendo de la mano al chico, acelera en un borbotón de frases que culmina ofreciendo un cuchillo de la mesa para invitar al niño a desatar el cesto. Cuando Germancico levanta la vista por vez primera y ve a la Bigotes, con su vestido verde, su tocado sobre la cabeza y un cuchillo entre las manos, se apodera de él un pavor tan gigantesco que, tomando todo el aire del salón, exhala un grito que rasga las paredes y parte en dos el sueño de la invitada.

Inés no es capaz de parar los pataleos, golpes, gritos y ojos desorbitados del Gorrión y cae al suelo intentando sujetarle. Mira a la invitada con una rabia inabordable.

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera, fuera!

Fernanda Bigotes deja caer el cuchillo y el cesto y sale sin pisar el suelo, abochornada y olvidando para siempre todo lo que ha visto según sale por la puerta.

—¿Por ese motivo han muerto todos?

—Me temo que sí.

—Este imperio se va a ir al carajo. No hay ni un mandamás con los pies en la tierra. ¿Por eso habéis estado haciéndome esas preguntas tan raras?

Juana lleva un rato asaeteando a Luis de Osuna, tratando de adivinar si tenía alguna relación con el Grupo de los Diez. Pero el gesto perplejo del Oso ha sido tan elocuente como sus respuestas.

—¿No pertenecisteis, pues, al Grupo de los Diez?

—Jamás habría podido estar en hermandad con aquella gente: me odiaban. Todos han envidiado lo que yo he conseguido con mis propias manos. Siempre lo han considerado ilegítimo, contrario a la costumbre, indigno de mi apellido. ¿A quién le importa el apellido en esta tierra? ¿A los árboles, a los indios? Bah. Todos tenían pomposos nombres, pero les faltaba lo esencial: ganas de trabajar. En el fondo, no eran más que unos gandules incapaces de gestionar nada por sí mismos. Ni siquiera Germán de Val; aunque adquirió una hacienda, la llevaba a la ruina con sus decisiones erráticas. No sé de dónde sacó el dinero para mantenerla.

Juana pasea pensativa. El Oso se levanta camino de la ventana.

—La animadversión era mutua: yo les desprecié toda la vida. No necesito soñar con leyendas de indios y esmeraldas, padre. —Abre la ventana—. Todas las tierras que se extienden hasta donde acaba la vista me pertenecen. En esta región no hay más riqueza de color verde que la que está plantada en mi hacienda.

—Estaba obligado a preguntaros, pues me extraña que todos los miembros del cabildo hayan muerto o estén en peligro y vos no sintáis ese riesgo. —Osuna se encoge de hombros—: Os vieron anoche pasando por casa de Manosprietas junto a vuestro guardián. ¿Tenéis algo que decirme al respecto?

El Oso, triste y cansado, se vierte sobre el sillón.

—Quizá sea bueno que me culpéis a mí de todo, me llevéis con vos y me retiréis de este mundo. Estoy cansado y harto de todo lo que he vivido. No controlo partes de mí. Una cárcel sería un buen lugar.

—Merecéis la cárcel por otros delitos, y al menos yo os estoy haciendo pagar la penitencia en especie, ya que no hay juez en esta tierra para vos. Empero, creo que os vendría mejor un monasterio, señor mío. Es un buen lugar donde sanar la enfermedad del poderoso, sacando el pan a la tierra con vuestras propias manos.

Osuna se levanta pesadamente. Juana se dirige sombría a la puerta.

—Mis pecados me llevarán al infierno, pero eso ya no me asusta. No poder evitarlos me hace sufrir un castigo sin fin.

—No quiero interrumpir más vuestra feliz celebración de hoy.

—Es el día más triste de mi vida.

Salen del despacho al patio de la hacienda, donde, entre la exuberancia de las macetas y los pájaros, departen las familias Osuna y Aguilar con su respectivo séquito dedicado al intercambio de regalos. Don Marcelino Gracián, en su silla

articulada, dormita con la pierna elevada en una esquina. Doña Manuela salta de un lugar a otro agitando su abanico y ordenando a todo el mundo ser feliz. Felipe Aguilar, vestido como un tapiz catalán, no llega al cuello de su camisa y es sujetado por su padre, quien mantiene el espíritu con sonrisa de clavicordio. Al otro lado, bella pero enferma, envuelta en un vestido dorado que hace que su piel blanca estalle en las pupilas de las visitas, flanqueada por la pequeña y enfadada Leonor, reina sentada bajo una corona de pasifloras rojas, Isabel de Osuna.

En una esquina, esperando por Juana, Blas tiene el privilegio de espiar la pedida de mano. Aunque se mantiene escondido tras una columna, Isabel lo ha visto. Toma aire. No le hacía falta el apoyo, pero su mirada rodeada de ojeras despierta iluminada. Leonor se percata.

—¿Qué hace ese aquí?

—Cállate y vete a decirle a Felipe que venga a mi encuentro.

—¿Qué vas a hacer?

—Haz lo que te digo, estúpida.

Y la mira con furia determinada. Leonor se traga su oposición rodeada de ojos, y se levanta a cumplir el mandato. Isabel se dirige a un lugar alejado saludando a unos y otros con desconocida altivez.

Felipe llega hasta ella cruzando el patio sin haber sido capaz de articular palabra, solo moviendo la cabeza como un muñeco. Isabel interpreta el papel de modosita.

—¿Me amáis, Felipe?

Felipe busca su voz en el pozo de su estómago.

—Os amaré... toda la vida.

—Pero seguro que amáis a otras también. Y yo me marchitaré como una flor cortada.

Felipe no sabe qué debe hacer. Le parece que su padre y el resto se hallan a millas de distancia.

—Os juro que no hay otra mujer en mi corazón.

Isabel se divierte viéndole sudar. Le susurra al oído.

—No puedo esperar a la noche de bodas.

Y él se derrite.

—¿Qué decís, señora?

—Os quiero a vos, todo entero.

—Nunca había oído a una mujer hablar así.

—Seréis mi esposo, Felipe. Pero decidme, ¿seréis también mi amante?

Felipe está a punto de caer desmayado.

—Me pongo a vuestros pies, señora.

—A partir de ahora, pues, haréis lo que yo os diga y cuando yo lo diga.

—Así será.

—Tendréis noticias mías.

Y le deja ahí plantado como un palmito más, volviendo a su sitio. Echa una

mirada más hacia Blas, pero ya no está ahí.

Juana saluda a la Jefa Pelleja antes de irse. La corregidora miraba extasiada a la parejita y ahora flota entre nubes viendo a su hijo recuperar las constantes vitales con las mejillas coloradas, cruzando de nuevo el patio hacia el corregidor.

—Padre Fiz, cómo me alegra que hayáis venido a este acontecimiento.

—Solo para saludaros, doña Rosa. Mis obligaciones me llaman de vuelta a la ciudad. Parecen felices.

Juana ha estado observando un minuto la sopa de pasiones que se mueve en ese cuadrilátero sin poder evitar su tendencia a diseccionar. Ha visto al corregidor como un feriante, deseando que acabe el espectáculo sin que se les note el truco. A Osuna hacerse pequeño, desapareciendo entre las flores. Se ha fijado en la deriva del joven Felipe, de la que parece no salir desde hace días, y en esa fuerza renovada pero de gesto enfermizo que luce Isabel, cuyo aroma le recuerda a algo que no acaba de ubicar. Y le resulta chillante el gesto casi histérico de Leonor, que observa a su hermana, a Felipe y a una esquina vacía del patio, por donde antes deambulaba Blas, con una angustia tan notoria que es extraño que nadie alrededor la haya notado. Ser niña en este ambiente es lo más parecido a ser invisible. De su estudio de campo la saca doña Rosa con esos suspiros de madre protectora.

—A mi Felipe le vendrá bien que una mujer llene sus noches.

—A todo hombre le viene bien una esposa —dice Juana, buscando en el repertorio de lugares comunes.

—A mi hijo más. Con una joven dulce en su lecho dejará de tener esas horribles pesadillas.

Juana mira a doña Rosa despacio, como si un gancho invisible tirara de ella.

—Siempre repitiendo lo mismo, chillidos de aves y niños, sangre y cosas horribles...

Y Juana, por vez primera, cree que la magia existe.

¿Pero es que no hay ningún alma en paz en esta tierra?

El capitán Trujillo ha entrado en la casa de Inés y no deja de mirar a los ojos al viejo barbudo del cuadro. Hoy no es un día para ir haciendo amigos, pero no tiene un lugar adónde ir después del maremoto que ha derruido la breve amistad construida con el monigote Páter Penumbra. No ha visto a Inés desde anoche y no está seguro de querer verla, pero si no acaba aquí, será en un burdel donde se deje caer para aplacar esta furia. Pero mira al viejo tarado del cuadro y otra vez tiene en su oreja al padre Fiz diciendo: ten cuidado, no sea que pongas en peligro tu propia vida. Y viene Inés de la Vega a su encuentro, redonda, feliz, inconsciente, contando lo raro que ha sido el choque con la Bigotes, hablando del día, del plato que he hecho que debes probar, de la nueva hilazón discreta y dañina que ella hilvana con cada mirada, de ese deseo por tocarle que no hace más que recordarle aquello que vio el primer día y que ahora

no deja de repetirse: que ella va a echar todo lo suyo dentro del puchero, que él va a beberlo y va a dejar el cuenco vacío, que va a ser verdugo, que va a ejecutarla. Y que es Páter Penumbra quien le ha dado el hacha.

—¿Qué fue de este hombre del cuadro? ¿Por qué estáis sola en esta casa?

Inés entiende que la magia se ha roto y que el hilo que teje no hilvana este traje. Se echa a llorar y entre hipidos deshilacha su historia.

Llegó a esta Ciénaga un 20 de octubre de hace seis años. Venía embarazada de cinco meses y no había forma de disimular la barriga deforme y los pechos hinchados. Quién era el padre, qué importa; lo angustioso fue el tiempo de espera en Sevilla, una semana; dos, tres. Tomó la decisión de salir de Castilla enseguida, aceptó la petición de mano que había recibido de allende los mares un tiempo atrás de un tal Saúl de la Vega, para evitar a su padre el oprobio de un nieto bastardo o el encierro en un convento a penar de por vida un solo pecado. Pensó que, con suerte, si embarcaba pronto, en un mes estaría ya en La Española y de allí a San Sebastián no pasarían dos semanas. Después casaría cuanto antes con el señor de la Vega. Si todo iba bien, podría hacer creer que había tenido un parto prematuro y que el hijo era suyo. Pero en Sevilla esperó más de un mes, en Huelva semanas, un mes de viaje, otro de espera entre La Española y Cartagena, y cuando por fin llegó a La Ciénaga, iba hinchada como una sandía.

El engaño duró apenas dos horas en casa de Saúl de la Vega. De todas formas, hubiera sido imposible hacer creer que ese viejo leño gastado iba a ser capaz de dejarla preñada. Pero en todo caso no hubo forma de hacerle tragar. La humilló con desprecio y a punto estuvo de echarla de casa si no fuera porque ella le ofreció ser su sirvienta, su esclava, lo que hiciera falta con tal de no morir sola en la calle. Él aceptó y la trató peor que mal, no la quiso casar, pero en la ciudad dijo que era sobrina, su único familiar. Tomó su apellido a cambio de pasar el día de rodillas limpiando ese cuerpo perdido y lavando esas sábanas sucias aun cuando su tripa la martirizaba con continuos pinchazos.

Aún fue más cruel cuando se puso de parto. Le llamó en mitad de la noche, le pidió que avisara a alguien, que buscara partera, que se desangraba. Pero él se sentó al lado de la puerta en silencio y la oyó gritar durante toda la noche, llorar, rogar, perder la sangre y la vida. Y cuando llegó el momento, el viejo se levantó, tiró con fuerza arrancando al crío de su vientre, lo envolvió en un trapo y desapareció largo rato. Y cuando ya no había nada que hacer, solo esperar a morir en esa cama viscosa, volvió con esa mujer ancha y dura que gobierna en la casa azul. A la Bejarana le debe la vida Inés de la Vega, que en silencio paró la hemorragia, sacó la placenta, limpió, cambió, cocinó un caldo lleno de vida nueva, la sujetó entre su brazo fornido y el pecho caliente, y en ese abrazo de madre postiza le dio de comer para volver a vivir.

—Estás obligada a seguir adelante. Dejarte ir es darle a él la victoria.

Inés no entendió ese susurro de la Bejarana hasta meses más tarde. Mientras tanto, sin preguntar si el bebé vivió o estaba muerto, se levantó, sirvió, rezó, pagó

penitencia por pecadora, vivió de la casa a la iglesia sin encontrar descanso ni paz en su angustia. Hasta que una sopa de pescado le sacó la congoja del pecho.

—Ahí mismo, en medio de la alfombra tenía que esperar a que él terminara de comer, de pie y en silencio. La mitad del tiempo lo pasaba en el suelo recogiendo lo que tiraba porque no le gustaba o por verme humillada sin más. Al fin y al cabo, mi comida serían sus sobras, así que tenía buen cuidado de guardar cada miga. Debajo de la mesa andaba rebuscando un trozo de pan cuando comencé a oírle toser. Volví a mi sitio en mitad de la alfombra, pero él siguió tosiendo cada vez más colorado. Alargaba su mano hacia mí, debía de haberse clavado una espina y quería el mendrugo de pan que tenía yo en la mano. Y que Dios me perdone, era un alma perdida, solo era un viejo, quién sabe por qué me hizo sufrir tanto, yo tenía que haberle ayudado, haber sido buena cristiana. Pero no le ayudé, le dejé que tosiera y tosiera y tosiera, hasta que comenzó a escupir sangre sobre la sopa y se levantó a por el vino y tiró la copa y yo seguí ahí de pie en mitad de la alfombra. Juan, Juan... ¿me dejáis llamaros por vuestro nombre? Necesitaba agua para poder aclarar la garganta, necesitaba respirar y yo estaba muy asustada, que Dios me perdone, pero no me moví, le dejé que cayera sobre la mesa y diera golpes blanditos con esa mano arrugada que tanto miedo me daba. No sé por qué lo hice, yo no soy mala, Juan, lo juro, soy buena. ¿Es tan difícil hallar a alguien con el alma limpia? ¿Por qué no encuentro yo a ninguno?

Inés llora desconsolada y sola en su hogar de prestado. Trujillo ya no pregunta, pero algún día sabrá que Inés al menos halló alivio a sus días al encontrar bajo la cama del viejo una bonita fortuna en monedas de oro; un pequeño terreno cercano a la hacienda del Oso le dejaba unas rentas, y siendo el único familiar conocido del difunto, no iba a tener que sufrir por vivir si estaba dispuesta a pasar en La Ciénaga el resto de sus días. Pero la supervivencia era su condena. Ella que estaba hecha para amar, vivía encarcelada sin un hombre en la cama.

Por fin se había atrevido a contárselo hacía poco al padre Fiz y, para su desconcierto, ni siquiera le había mandado penitencia. ¿La consideraba un alma perdida para siempre? No pudo entenderlo, ella quería sentarse junto a él y rezar y rezar hasta agotar oraciones y tiempo y deseo. Pero no le dijo nada. Solo le dijo: perdónate a ti misma y después busca el perdón de Dios. Y ella no entendía, no sabía qué tenía que hacer.

Solo sabe que ahora que el capitán tiene su historia en el pecho, ya no querrá a esta mujer descarriada, homicida, sola, manchada, culpable. Y vuelve a llorar hasta hacer bajar al Gorrión de la cama y mirar al salón desde el primer escalón. Trujillo lo ve y, al fijarse en los rasgos de su cara, le parece entender muchas cosas; se siente culpable, así que en silencio deja la casa antes de que el filo de esos dos ojos pequeños le rebanen el cuello.

El capitán Trujillo no tiene descanso bajo su sombrero cuando sale de casa de Inés de la Vega.

¿No hay ni un alma en paz en toda la bahía?

Simón y Gunnale llevan ya varias horas de camino por la selva después de haber dejado el bosque de mangos y los campos cultivados. Ni un alma se cruzaron en la bahía, no se sabe si por suerte o por la presencia protectora de una rapaz sobre sus cabezas que solo les abandonó al entrar en la maraña imposible donde la Madre está esperando. Desde entonces un tití es quien les sigue de rama en rama. Simón se da cuenta de ese espionaje silencioso, pero su natural descreído le impide prestar atención.

Como ya pasó en la otra ocasión, los caballos son inútiles cuando la selva se cierra sobre la estrecha senda. En un claro lleno de piedras, Gunnale decide bajar de su montura y le acaricia el morro. Simón piensa burlón en cuánta pérdida de tiempo va a sufrir con esta chiquilla hablándole a los bichos cuando se fija en una de las piedras amontonadas. Distingue entre el musgo pútrido las líneas de una figura humana grabada en ella. Siente el temor a lo desconocido y agradece entonces no estar solo, aunque sea acompañado de una mística.

Pero cuando baja la vista en busca de su acompañante, esta ya ha desaparecido del claro y le espera, a pie junto al tití, en donde comienza la senda.

—No podemos dejar aquí los caballos. ¡Me han costado una fortuna!

Pero Gunnale calla, como de costumbre.

—¿Qué prisa tenemos? Nadie nos va a perseguir por aquí. Los caballos nos vendrán bien. Lo que tenemos que hacer es buscar otro camino...

Pero Gunnale le da la espalda y comienza a caminar. Simón chasquea y espolea al caballo con insistencia, pero este no le responde. Baja y tira de las riendas con todas sus fuerzas, pero el bicho parece clavado a la tierra. Los dos caballos se miran solidarios y bajan a comer pasto con indiferencia. Simón mira la senda y se acongoja al no ver ya a Gunnale. Agarra su zurrón y sale zumbando, dejando atrás la poca seguridad que le queda.

Alcanza a la muchacha bastante más adelante. Tiene la sensación de que ahora van realmente más deprisa que antes. Gunnale avanza segura sin prestar atención al sentido de la senda, fijándose en los troncos de los árboles y en la orientación de las hojas. En un momento dado se detiene, parece que a tomar un respiro. Simón, que viene con la lengua fuera, llega hasta ella tras pasar un rato de persecución vergonzante.

—¿No me dirás que te has perdido? Si es que hace rato que vamos campo traviesa sin...

Gunnale se quita la camisa blanca que la cubre desde que ha vivido en la bahía. Se queda en pelotas delante de Simón, que se vuelve mudo ante tremenda escultura. Ella se pone en marcha de nuevo, liberada del peso de la civilización y convertida otra vez en invisible. Simón tiene que afanarse el doble para no perderla de vista,



cosa que sucede con frecuencia. Una y otra vez Gunnale vuelve atrás a recuperarle, agotado y sudoroso.

Simón, cada vez que levanta la vista de raíces y hojas y encuentra esa figura divina ante sí, se siente completamente vencido por un ejército potentemente armado. Se arrodilla en el suelo resoplando.

—Mira, chica, yo no puedo estar todo el día contigo delante mirándote las tetas, tengo la cabeza embotada. ¿No puedes ponerte, qué sé yo, unas hojitas, el pelo por delante, lo que sea? Si no tendré que ponerme yo una venda en los ojos y seguirte a ciegas a riesgo de abrirme la cabeza con un árbol. Santo Cristo Redentor, voy a morir en esta selva del demonio sin que nadie me recuerde y, encima, empalmado.

Es noche cerrada cuando Juana llega de vuelta al palacio de San Telmo. Apenas le ha durado un par de noches la tranquilidad de tener a Simón durmiendo al lado y ya está otra vez sola en esa esquina de la casa. No ha querido esperar al padre Marcelino, que a este paso se quedará a dormir en la hacienda del Oso. Blas ya ha bajado la calle cuando su instinto le hace mirar a los portales de enfrente. Una sombra la espera allí paciente y se dirige a ella ahora que está sola. Juana aporrea la puerta, el estúpido de Francisco Galbón debe de haberse dormido y la va a dejar aquí afuera al paio de los fantasmas.

—Padre Fiz, por favor... —Juana reconoce la voz ronca y caliente de Marina bajo la capa—. ¿Vos sabéis qué ha sido de Simón?

Juana mete a Marina en el patio y obliga al adormilado Galbón a sacar unas sillas allá afuera. No es cuestión de entrar en una habitación cerrada con una mujer de su clase.

En el frescor del patio, con las estrellas mojando la noche, Marina se deshace contando la verdad que no admite ante nadie. Cómo en tan poco tiempo ha vivido tanto, tan intenso y tan infantil. Cómo ha encontrado, con todas las malas almas que hay en el mundo, una como esa. Cómo ha perdido el tiempo poniéndose digna, intentando que se plegara a sus pies después de haber errado. Cómo le ha perdido para siempre y ahora se convertirá en una vieja amargada en una Ciénaga amarga.

—Simón es un hombre leal y yo le echaré de menos. Si de verdad te ama, volverá por ti.

—Lo decís para consolarme, padre. No podrá volver sin que le castiguen.

—Te digo lo que pienso. En el entretanto podrías probar a cuidar de ti misma un poco más.

—Padre, no me sermoneéis, que no por ser cristiana voy a dejar de ser puta a estas alturas.

—La mitad de su vida, uno es lo que puede ser; la otra mitad, es lo que quiere ser. Marina se queda pensativa mirando el suelo.

—Yo quiero ser libre.

—Comienza hoy mismo.

Marina mira a través de los ojos de este cura sin adivinar qué hay detrás que le resulta tan provocador. Se levanta errabunda dirigiéndose a la puerta. Juana la acompaña muy metida en su papel.

—Os he hecho perder tiempo contando mis niñerías y habéis olvidado pedirme confesión.

—Soy muy mal confesor. Pero ven cuando deseas.

Marina repasa mentalmente y se da cuenta de que nunca ha hablado así con nadie.

—Mirándoos me pregunto si sé menos de los hombres de lo que pensaba.

—Estoy seguro de que conoces a los hombres mucho mejor que yo —bromea Juana.

—¿De qué me sirve conocerlos si estoy sola?

La noche hace desaparecer los árboles y las piedras de la selva. Simón ya no siente sus muslos, camina como por instinto y de vez en cuando da algún pestañazo. Su única guía en el último tramo interminable han sido los glúteos vigorosos de Gunnale a pocos metros de él. Ahora han llegado a otro claro y ella ha decidido parar, acuclillándose sobre un peñasco grande a leer las nubes y la luna. Simón se tira en el suelo a morir durante un rato.

Automáticamente se queda dormido o así se lo parece. Sueña que ella le cruza el pecho con su brazo de piel de seda y le rodea el cuello y le acaricia la cara. Hasta que el instinto le sacude un bofetón de realidad y menea la cabeza despertando en la hierba, pero con una serpiente de bonito tamaño recorriéndole el cuerpo.

—Eh... Eh...

Ni el nombre le sale. La serpiente busca un sitio de su carne donde saborearle con más placer mientras él, sin atreverse a moverse, solo fuerza las pupilas esperando ver a Gunnale percatarse de su penosa situación.

Ella se sienta a su lado despacio y alarga la mano. La serpiente abandona el cuerpo de Simón y se acerca a ella, pero no la toca. Bordea su cuerpo y se escurre perdiéndose bajo la tierra para no volver más. Él se palpa el cuerpo con las fuerzas que le quedan, no sea que le haya mordido el bicho sin darse cuenta. Entiende ahora que se comportó como un machito imbécil al golpear a Palito pretendiendo que protegía a esta hembra bendecida por vete a saber qué dioses. No sabe qué suerte ha tenido y por qué le ha tocado precisamente a él, pero ¿para qué hacerse preguntas que no van a tener respuesta?

—Visto lo visto, tendrás que dormir aquí cerquita, no sea que me pase algo... ¿no?

Gunnale le mira en un segundo infinito. Simón escucha todos los ruidos de la selva distinguiendo hasta la última bestia, notando cómo su boca se llena de saliva y sus pulmones se vacían de aire. Gunnale mira al cielo y, cuando la luna pestañea al

paso de una nube, sube encima de Simón y le abriga con su piel de tierra.

Dios da pan al que no tiene dientes, piensa Simón. Mira que voy a tener un encuentro con todos los astros y la magia del universo y, al primer empujón, se me va a escapar el requesón entero.

*28 de junio*

Aún no ha salido el sol cuando ya Juan Trujillo y el joven Blas conspiran en la panadería junto al falso Fiz de Talaván. Afuera esperan dos caballos listos para la marcha. Dentro, unos tazones de leche humeante alumbran más que las velas. Trujillo siente que el resto de su vida lo va a pasar mirando las sombras por si aparece este espectro de negro a explicarle el mundo.

Llegó de madrugada, después de beberse todo el vino de la comarca y sintiendo que los pensamientos se removían por su cabeza como agua en vasos comunicantes. Necesitaba que aquello parara de una vez y desistió de pelear consigo mismo.

—Explicadme, por Dios, por qué tengo que fiarme de vos.

Juana sintió, como siempre, un golpe en su pecho cuando abrió la puerta en mitad de la noche. Pero esta vez temía que Trujillo quisiera apresarla a ella por haberle traicionado o cualquier locura de ese estilo. Al verle borracho y desesperado, comprendió que había conocido el secreto de Inés de la Vega, que andaba perdido con todo lo demás y que su alma también se había llenado de negro.

Pero no se atrevió a apelar a la amistad que habían enlazado. Le obedeció y se dedicó a desgranar una por una todas sus reflexiones, hasta que un rato antes de amanecer, Blas llegó con los caballos y Francisco Galbón con los tazones de leche, y es ahora cuando Juana entra y sale de la nada a recoger una anotación de la mesa o a señalar con el dedo una idea que flota por el aire mientras camina sin pausa por la estancia. Blas contempla la escena en silencio y con fascinación.

—Da la sensación de que nuestro asesino ha pasado por un proceso de aprendizaje en su forma de matar. Los cuatro hidalgos tuvieron una escenografía digna de un auto sacramental demoníaco. Sin embargo, aunque con intenciones parecidas, no tuvo el mismo éxito en los primeros casos. Porque doy por descontado que los llamados accidentes no lo fueron y aún más: hasta diría que los envenenados por flechas no fueron víctimas de los indios. El asesino que buscamos tiene un profundo conocimiento de los usos nativos y eso ya nos confundió en los primeros días. Apuesto a que él mismo disparó las flechas contra los dos soldados.

»Imagino el siguiente cuento inmoral: de forma absolutamente casual, el niño salvado por los indios entra al servicio de los hermanos Irrazu. Cuando descubren la terrible cicatriz que le cruza el pecho, él cuenta su aventura por la selva. Las palabras “milagro” y «riqueza» se repiten en su relato y su supervivencia es la prueba absoluta de que en ese lugar, la Ciudad Perdida, se encuentra ese tesoro del que todo el mundo

habla.

»Los hermanos Irrazu trazan un plan y lo ponen inmediatamente en marcha: buscan a dos baquianos experimentados que sean capaces de interpretar las indicaciones del chaval, Cayo Pacheco y Salomón Acebes. También se trata de dos tipos corrompidos a los que es fácil convencer para aliarse en un plan secreto. A su vez, estos alistan a otros dos soldados de su cuerda, Díaz y Chamorro, pues necesitan un pequeño grupo de fuerza por lo que puedan encontrarse en la selva.

»Por su parte, los Irrazu han de contar con Germán de Val, puesto que su recién adquirida hacienda, en el límite noroeste de la bahía, es la base de operaciones de la que partirá la expedición y sirve de perfecta coartada. También han de implicar a Sancho Manosprietas, quien puede ordenar el cambio administrativo que sitúe a sus soldados en la marca del noroeste en la fecha deseada. No incluyen al Oso, al que todos envidian. Me temo, en cambio, que la entrada de Ventura en esa lista obedece sencillamente a la necesidad de rellenar el cupo de cinco soldados para el puesto y, en ese caso, eligieron al que les parecía más domeñable. Nos falta el décimo, por supuesto. Tengo una hipótesis pero aún... prefiero guardarla.

»El momento para poner en marcha la expedición se les presenta cuando Lope Aguilar decide viajar a Ciudad de Panamá a medrar en la corte del gobernador. Tienen tiempo suficiente para ir y volver sin que nadie note nada, pues los baquianos han calculado un viaje de unos cinco días. Sobre esa estimación idean sus respectivas coartadas: los Irrazu y Germán de Val irán a la hacienda; Manosprietas simulará caer enfermo, los soldados y baquianos estarán ya esperando en la marca, donde nadie va a saber que desaparecerán varios días; y por último, le preparan a Felipe Aguilar, el sustituto de su padre, una cacería en el límite del norte para que no esté en la ciudad durante ese tiempo.

Juana hace una pausa fijando sus ojos en uno de sus papelotes. Pero lo vuelca boca abajo en la mesa y continúa deambulando.

—Sin embargo, el viaje no sale como estaba previsto. Se demoran dos semanas, en lugar de los cinco días previstos. Vuelven con dos de los soldados heridos de muerte. Y desde entonces les persigue un enemigo en la sombra que les asesina uno por uno. ¿Encontraron el tesoro? ¿Dejaron de lado a alguno de los Diez? ¿Alguno de ellos ideó un plan para deshacerse de los demás? ¿Es alguien ajeno a ellos? Es muy difícil aún contestar a esas preguntas. Que encontraron algo es indudable: un fracaso o un vacío no merecen el silencio mortal que ha provocado esta aventura entre sus víctimas. También es seguro que Ventura no salió bien parado del reparto. Ha estado presente, si no ha sido parte activa, en varios de los asesinatos. Pero no ha podido cometerlos solo, pues en casi todos los casos tenía algo más que hacer: salvar al niño, intentar matarlo o volver del infierno a menos que liquidara a Manosprietas sin salir de él. Esperaremos a responder a las demás preguntas hasta desvelar la identidad del décimo, pieza clave en este enigma.

»Lo que sí creo es que, desde el momento que acceden al lugar del tesoro, alguien

utiliza la máscara de un indio para acabar con el grupo. A los dos primeros los alcanza con unas flechas envenenadas. Aquí es donde os ofrezco mi conjetura del aprendizaje. Después de esos dos, imagino al asesino recapacitando. Se dice: estos dos morirán pensando que han sido unos indios cualesquiera quienes les mataron. Pero esto sería morir en la ignorancia. Y nuestro asesino, que tantas molestias se ha tomado luego, es decir, que reflexiona sobre lo que está haciendo, prefiere no matar a todo el grupo en la selva. Igual que disparó a dos, pudo hacerlo con el resto. Prefiere ir más despacio, ir uno a uno.

»Aprovecha la propensión al vino de Cayo Pacheco para atacarle mientras está borracho. No es lo mismo matar a distancia con una flecha que enfrentarse físicamente a un hombre. Se atreve porque la víctima no está en plenas facultades. Pero no se trata solo de matarle. Le saca los ojos. Lo hace a propósito, con intención, los pone en sus manos para que la víctima sea consciente de por qué lo mata. Quién sabe si lo dejó vivo allí solo y agonizó hasta morir. En similares circunstancias atacó a Salomón Acebes y también a él le dedicó una representación única: le colgó boca abajo y le abrió la cabeza desparramando sus sesos. Sabemos que no fueron accidentes porque luego hemos visto esa puesta en escena en otros espectáculos más recientes, como bien apuntasteis vos, capitán.

»Nuestro asesino ya ha perdido el miedo a matar. Ahora le falta algo para que su venganza sea completa: que se sepa. Que provoque al resto el miedo, que sean conscientes de lo que les viene encima si no se pliegan a sus deseos, sean cuales sean estos. Mata a Ignacio Irrazu y lo cuelga del exterior de la muralla. Pero no cuenta con su hermano Sabino, quien hábilmente aparta el cuerpo de miradas inoportunas para que nadie pueda leer el mensaje que el asesino les ha dejado: “Mía es la venganza”. Sin duda provoca una conmoción en los hidalgos. Se reúnen junto a Ventura en el burdel de la Bejarana, le imprecán y le obligan a hablar. Pero Ventura tiene su cabeza perdida y ellos no consiguen sacarle nada.

»El miedo les atenaza. Y más cuando se produce el siguiente ataque: el matrimonio de Val, con un mensaje aterrador: “Fuego vine a echar sobre la tierra”. El asesino no parará hasta acabar con todos. Y me pregunto: ¿por qué mereció la esposa morir?, ¿solo porque estaba allí? En todo caso, esta vez este demonio es más audaz. Para que no haya posibilidad de que su mensaje sea censurado, usa al Loco Ventura. Él se encarga de gritar a toda la bahía su maldición.

»En el fondo, este es un buen motivo para la inocencia de Ventura. El demiurgo de esta creación aún no ha terminado su obra y sin embargo quema este cirio, no le importa perder a Ventura.

»Pero nuestro asesino comete un error. Aunque me critiquéis, capitán, yo creo al Loco cuando nos dice que escondió al pequeño Germán a espaldas de su Amo. A causa de sus pesadillas, Ventura no quiere hacer daño a un niño y lo protege de la escena macabra del asesinato de sus padres. El demonio Amón entonces se ve amenazado por un testigo inesperado al que además no puede acceder fácilmente.

Pero la suerte juega de su lado: el pequeño vive en un estado de estupor desgraciado y no nos sirve de ayuda.

»Nuestro enemigo, cerca de nosotros, observando lo que sucede en la ciudad con su obra, debe de sentirse orgulloso. Hace pintadas en las paredes para expandir el efecto maligno de sus acciones. Ahora es toda la ciudad la que está aterrada, no solo el Grupo de los Diez. Al salir Ventura a la calle, se producen dos nuevos actos: el ataque al niño Germán y el asesinato de Sabino Irrazu. Ya fuera Ventura o su Amo demoníaco, tenían conciencia de que estábamos siguiéndoles y aprovecharon nuestros errores.

—Las virtudes de nuestro adversario —susurra Trujillo desde su nebulosa—: tiene un plan, está atento a lo que sucede a su alrededor y es capaz de adaptarse.

—Pero esta vez solo la mitad de sus planes salió adelante: fracasó con el niño y triunfó con Irrazu. Para conseguir esto último utiliza un ingenio con el que nos aventaja: su conocimiento de los pasadizos subterráneos de la ciudad, que la comunican entre sí y con el exterior. Tanto Ventura como su demonio conocen este esqueleto escondido que les sirve para presentar a su víctima ante el pueblo y desaparecer mágicamente.

»No hay momento más irónico en este juego con nuestro enemigo que el asesinato de Manosprietas: parece que estaba esperando a que muriera el Loco Ventura para ajusticiar a su siguiente víctima, como burlándose de vos y de mí. Como un inteligente numantino acabando con los elefantes de Fulvio Nobilior, devuelve al Grupo de los Diez el golpe recibido con el doble de fuerza; pero a la vez nos escupe a nosotros a la cara.

Juana aparta los papeles de la mesa y suspira con resignación.

—Ahora vayamos a vuestra hipótesis, capitán. Pongamos que Ventura fue el culpable hasta donde pudo serlo. ¿Pudieron Simón y Ventura hablar, poner este al corriente de todo a aquel, hablarle del tesoro, contarle el modus operandi seguido hasta entonces, transmitirle sus pretensiones de venganza, con la solidaridad de haber sido Hermanos Alumbrados en Castilla? Por poder, pudieron. Pero, capitán, no podemos forzar al sol y a los astros para que giren alrededor de la Tierra solo porque nosotros queramos.

—Tenía entendido que eso es precisamente lo que defiende la Santa Madre Iglesia —apunta confuso Trujillo.

No puedo flojear tanto, piensa Juana. Con estos errores acabaré en la hoguera.

—Tantos desvelos acabarán haciendo de mí un copernicano. He confundido los términos, perdonadme. —Y mira la sonrisa cómplice que Blas le transmite desde su apartado asiento—. Lo que vengo a decir es que esa conjunción de factores *parece* verosímil, pero tanto como decir que vos por estar aquí os convertís en religioso o yo por acudir al cuartel me transmuto en militar.

»Capitán, yo conozco cuál era el estilo de vida de los Alumbrados en Castilla. En mi niñez me asustaban con Chamizo el Alumbrado cuando me portaba mal. A esos

los disolvieron, pero de manera secreta la herejía se mantuvo por todo el oeste de Castilla y ha sido un quebradero de cabeza para... para los marquesados de la frontera. Son unos degenerados, pero no son asesinos. Precisamente les caracterizaba su inmovilismo, la vida contemplativa y la falta de acción, unidos, eso sí, a una depravada lascivia en la que embaucaban a muchas incautas. Creo a Simón cuando me confiesa que entró allí por hambre y no por fe mística. Si alguna fe profesa ese chico, vos y yo sabemos que es la del vino y la baraja.

»Precisamente, esa es su débil coartada para la noche de la muerte de Manosprietas. Bien, no contemplemos la teoría del iluminismo, sino la de la codicia. Es verosímil que si hubiera compartido delirios etílicos con Ventura la otra noche, este le contara cómo sacó los ojos a Cayo Pacheco y cómo se había pasado el último año matando a todo el Grupo de los Diez para sacarles todo aquel tesoro encontrado en la selva. Así, a la muerte de Ventura, Simón se arma de vino, se dirige a casa de Manosprietas, le mata con el modus operandi del demonio vengador, y después, tan tranquilo, viene a verme al archivo del cabildo para charlar conmigo. Es cierto, acudió a mí sucio, borracho y olvidadizo. Con jueces severos, inflexibles y poco puntillosos, acabaría haciéndole compañía a Ventura en la plaza (a quien, ya que sacamos el tema, no estaría mal que le retirarais del escarnio público; convendréis conmigo que no ha escarmentado a nuestro enemigo). Simón pudo haber hecho todo eso; o casi todo, porque nunca jamás habría podido escribir en el pecho de don Sancho *Oculum pro oculo*.

—¿Por qué?

—Porque dudo mucho de que Simón sepa escribir; y en todo caso, lo que no sabe es una sola palabra de latín. A vos podría convencerlos de su inocencia si no hoy, mañana o pasado. Pero me temo que al corregidor se le está agotando la paciencia y le está pudiendo el miedo, lo que convierte su exigencia en prisa y esta en ceguera. No puedo permitirme ese esfuerzo. A nuestro enemigo le vendría muy bien que perdiéramos el tiempo acusando e interrogando a Simón Lobato: le dejaríamos espacio libre para rematar su obra, o si ya está rematada, huir tranquilamente.

»El asesino escribió esos mensajes para asustar a los hidalgos, todos gente leída. De hecho, ahora me escribe a mí; me reta a descubrir el motivo de su venganza. Está jugando con mi inteligencia tanto como con la superstición ignorante del pueblo. Esa es la batalla que estamos jugando, capitán. Simón es listo..., pero no es una mente de ese tipo. Hubierais condenado a un alma inocente.

»Hoy sé más acerca de todo lo sucedido. Pero sigo estando en desventaja. De todas las preguntas, dos son las esenciales: qué ha sido del tesoro; y quién es el último del Grupo de los Diez. Como digo, tengo una idea de su nombre, pero aún no es momento de acusarle. Es momento de ponernos en marcha.

Blas asiste tan extasiado a la exposición de Juana que no se da cuenta de que debe levantarse y prepararse para el viaje que van a realizar. Es una mirada fulminante de Trujillo lo que le baja de la nube y le hace salir a la carrera. El capitán se levanta

también y se acerca a Juana mientras se pone la capa.

—No tengo más remedio que seguir confiando. Tened cuidado por el camino.  
Y la frialdad con la que habla sume a Juana en una tristeza hueca.

Con el amanecer, Simón y Gunnale caminan ya por la cuerda de una montaña. Han comido algunas frutas y raíces y el resto de los víveres que traían de la ciudad. Simón lleva una estúpida sonrisa y en su mente está naciendo un pensamiento luminoso y certero que le está cegando el horizonte.

Cuando entran de nuevo entre los árboles y él distingue otra figura grabada en una peña, la idea se convierte para él en gran certeza. Ella está buscando algo, y con seguridad él está siendo el primero en llegar a estos lugares perdidos de la montaña donde no hay ni caminos ni siquiera animales salvajes, sino solo cielo, árboles y piedras afiladas.

¿Será este el lugar que tanto anhelan todos?

Un templo grande y redondo luce entre la roca. Viejos troncos retorcidos cubren su techumbre, traídos de lugares remotos por los antiguos guerreros. Fijándose bien, uno reconoce grandes objetos de formas extrañas colgando de las ramas de los árboles próximos. El silencio es de iglesia. Tanto, que Simón cae en la cuenta de que el tití ya no sigue con ellos. Ahora lo que le parece ver es a un gato cruzando veloz entre las rocas. Mira de nuevo hacia el templo, ya más cercano. Parece bastante más grande que el que visitó aquella vez, hace siglos, con el difunto Pitera. Si aquel guardaba joyas labradas en su interior, ¿qué no contendrá este?

Gunnale da el primer paso. Antes de entrar mira a Simón una última vez, con algo así como una sonrisa velada; después dirige la vista adentro, a lo oscuro, y camina sin duda al encuentro esperado. Simón la sigue con paso tranquilo, seguro de que nada puede pasarle estando con ella. Pero acaba de entrar en el reino Invisible, y no hay Hermanos Menores que tengan permitido el acceso a este rincón sagrado del mundo.

Saliendo de la roca como si pertenecieran a ella, mil manos le agarran por brazos y piernas quitándole todo lo que pueda servirle de defensa. Gunnale se aleja de él sin mirarle y de repente acceden a la luz de una claraboya que muestra el centro del templo y sus habitantes. Decenas de ojos miran el cuerpo desnudo de ella, y el viejo Arua Biku, saliendo del grupo, por fin puede presentarla a los otros como aquello que esperaban desde tan largo tiempo, el verdadero tesoro de los Antiguos.

Simón trata de tragar saliva a pesar del palo que le aprieta el gástrico y recuerda lo que vio afuera antes de entrar. No era un gato.

Era un jaguar.

Juana y Blas llegaron a la hacienda de Germán de Val al galope. Apenas pararon un momento a tomar un pedazo de carne seca y galletas, cerca de los restos del carro de



los hidalgos muertos, que alguien había apartado a un lado del camino para que acabara sus días unido a la tierra donde languidecía varado. Allí casi tiene un disgusto Juana al sentarse sobre una rama podrida, que se partió tirándola de espaldas y dejándola aprisionada por otra que cayó sobre su pecho. Le sorprendió ver al soldadito con cara de niña levantar sin aparente esfuerzo aquel tronco pesadísimo para liberarla. Quizá no me quedé tan desprotegida en sus manos, piensa Juana aliviada, sin Trujillo ni Simón a su lado.

En la hacienda les recibió el aya, llorosa como siempre, preguntando por Germancico. Ella les presentó al capataz, Hernando Lur, un tipo ácido y charlatán que llevaba con satisfacción no tener que rendir cuentas a nadie en las últimas semanas. Juana indagó en el motivo de que la hacienda se mantuviera en pie tras más de un año de gestión errática de su dueño, tal como le había confesado a ella Luis de Osuna.

Todo el dinero procedía de su esposa, una bruja de las de historia de miedo. Germán necesitaba recuperar a toda costa lo que la mujer había puesto sobre la mesa, o mejor dicho, su padre. Era hija de un importante hacendado de la otra parte del golfo, Rodolfo Perianes, un hideputa (con perdón, padre) de tremenda mala leche que amenazaba constantemente con venir a esta orilla e imponer su dictado. Se había hecho rico sin ningún escrúpulo traficando con países enemigos, sobornando a gobernantes propios y explotando a los nativos. Su figura gigantesca hacía caer su sombra sobre el asustado yerno, que no sabía cómo hacer para llevar adelante aquella labor para la que no estaba preparado. Ahora que el matrimonio estaba muerto, se habían mandado mensajeros al patriarca, cuyo advenimiento se daba por seguro en los próximos días dispuesto a recuperar a su nieto y sus inversiones.

Juana tiene la sensación de que el viaje a esta hacienda en busca del tesoro oculto va a resultar baldío. Si el Grupo de los Diez había encontrado riquezas en el bosque, las ocultaron a los ojos de todos. Germán de Val no varió su actitud ni insufló de nuevas energías la marchita hacienda con su hallazgo. ¿Por qué mantuvieron el silencio tanto tiempo? ¿Por qué persistieron en él ante la amenaza de la muerte?

Juana manda a Blas a buscar en los alrededores de la casa: en el pozo, en las cuadras, en los merenderos bajo los árboles. Ella entra en la casa a respirar lo que quede del aroma de esa familia rota.

Blas está totalmente seguro de que allí no van a encontrar ningún tesoro, así que, desobedeciendo al jesuita, se sienta en la barandilla de la entrada y observa los campos sembrados ante él. Intenta imaginar cómo fue la llegada de los Diez del Tesoro a la finca, trayendo de mala manera a los dos desgraciados envenenados y marchitos. Cómo buscarían una historia verosímil que contar en la ciudad, posiblemente allí mismo, bajo el techado de caña, mirando los surcos encharcados. Cómo partieron hacia la ciudad esperando que allí hubiera remedios para el veneno de las flechas. Cómo Germán de Val quedó aquí, solo, nervioso y sin agarraderas. Blas se divirtió imaginando a la esposa maléfica viéndolos marchar y despreciando a los heridos. «Dos menos», diría con suficiencia.

Y en esa parra andaba el soldadito cuando oye el grito de Juana desde el fondo de la casa. Acude como un rayo a su llamada.

Juana había pasado un buen rato buscando entre el dormitorio y el despacho del matrimonio. O más bien, como le gustaba buscar a Juana: sentada en un sillón escrutando los detalles. Vasos, jarras, cuadros, telas, sillas, el alisado de las paredes encaladas. Y en cada nueva revisión, su vista caía siempre sobre el mismo objeto: entre tanto candelabro ornamentado, tanta taracea, tanto tapiz, una vieja caja de madera pobre y empeluchada destacaba por basta en medio de las baldas. Juana se levantó y miró de cerca, sin tocar; miró alrededor, constató su unicidad en ese abigarrado conjunto, agarró la caja con firmeza y violó su cerradura.

Blas llega a la carrera. La encuentra sentada, con una carta en las manos. Varias hojas escritas con buena letra que hubiera preferido no encontrar. Juana le mira con gesto preocupado.

—Ya he encontrado el tesoro.

*Querido hijo, escribo estas líneas deseando no estar vivo cuando lleguen a tus manos...*

## 20

### REVELADO

La discusión en el templo de la montaña se caldea. Poco a poco, todos los indios del círculo han entrado en el debate, que comenzó como un éxito del viejo borracho Arua Biku y está torciéndose por derroteros más enrevesados. Ily observa todo en una esquina, invisible entre Invisibles, oyendo a los Verdaderos Hombres hablar con solemnidad y palabras huecas. Qué poco ayuda la lengua a contar lo que sucede, piensa Ily observando a aquella gente emplumada y tiesa como las estatuas de los senderos. Él ha decidido no escuchar y entender mirando gestos y leyendo silencios.

Su maestro consiguió atraer la atención de todas las tribus al asegurar que esa hembra, que sigue en el centro de rodillas mirando al suelo, es la heredera de los Ancestros, que devuelve a los Invisibles el poder que durante tanto tiempo se les ha negado y que ahora hay que ser sabios usándolo para crear un mundo nuevo y mejor.

Pero alrededor los demás se mueven entre la incredulidad y la envidia. Demasiado tiempo han pasado despreciando a este absurdo *máma* que habla de los espíritus del pasado y desaparece en el monte sin comer ni hacer nada productivo. Está por ver que sea cierto que esa chica tiene poderes. Arua Biku pide a Gunnale que enseñe sus pies, que esta exhibe sin rastro ninguno de heridas ni callos tras veinticuatro horas de marcha sin pausa. Pero eso no convence a los reticentes.

Entonces un ruido del exterior consigue que todos presten atención a la entrada: hace su aparición con pinturas de guerra el temido Tucán. Afuera ha traído a todo su ejército. Ha mandado llamar también a todos los de la Sierra Nevada, así que vendrán a lo largo de la luna siguiente miles de hombres. De una vez por todas podemos echar de aquí a los Hermanos Menores, declara, volver a crear el reino de la montaña. La soflama anima a las tribus, que ven remover el recuerdo de glorias pasadas. Arua Biku intenta llevar algo de sentido común a esas gentes: nada podrán hacer si no invocan a la voz de la Madre. Nada les será dado si no es de acuerdo con la montaña. Tucán se burla del viejo, de su charla de cuento infantil y de esa muchacha que viene de quién sabe dónde y que pretende vender como un papagayo.

Arua Biku se cansa de hablar y levanta su brazo apuntando con el bastón al cielo a través de la claraboya. En ese momento cae desde allí el jaguar, gruñendo aguerrido en medio de la sala. Todos se echan atrás en un gesto impulsivo. Pero Tucán es el único de pie en el círculo y para el jaguar es la presa más clara; se lanza hacia él y caen los dos entre gritos. Ya está el jaguar poniendo una marca de uñas en la cara del guerrero cuando Gunnale se alza y levanta una mano hacia ellos. El jaguar la mira y

se viene hacia ella. Se enrosca a sus pies remolón provocando más temor aún que cuando estaba atacando. Ahora todos temen también a su maestra. Y al *máma* que la ha traído. Todos se inclinan adorando a la heredera. La llaman Madre, se sienten afortunados porque ha vuelto el poder de los Antiguos.

Pero Tucán se levanta, el rostro marcado por siempre con las garras de la fiera, la sangre manchando su pecho dándole un aspecto aún más terrible. No puede dejar que se escape su esfuerzo de todo este tiempo. Grita de nuevo a todos, ahora que tienen con ellos el tesoro de la montaña han de aprovecharlo para volver a reinar. Él desposará a esa Madre y con la fuerza de su brazo y el poder de la montaña, nadie podrá detenerles.

La suma convence a la mayoría y todos se animan en gritos de júbilo que se elevan saliendo por la claraboya.

Gunnale mira a todos buscando respuestas. El viejo Arua Biku se encuentra apagado. De todos los hombres que la rodean solo hay uno que tiene inocencia en sus ojos, allí en una esquina, escondido: el joven Ily.

Simón no ha pasado más miedo en su vida. No entiende nada de lo que habla esta gente, pero la cantidad de gritos y golpes y manos y caras pintadas le han aterrado aún más de lo que estaba al ser apresado. Y el tipo este de la nariz larga con las tres marcas sangrientas ya es de mear y no echar ni gota. El numerito del jaguar no ha estado mal, tampoco. Al menos con tanta gente que tengo encima sujetándome, no me morderá a mí primero. Y Gunnale ya ni me mira. Con lo que hemos sido. Simón piensa una vez más que ahí se acaban sus días y que razón tenía en no aprenderse la salve ni el padrenuestro. Aquí seguro que Dios no le escucha.

Así que cuando el narigón viene a escupirle a la cara preguntando quién es y qué le ha traído hasta aquí, Simón solo puede gritar como un náufrago a punto de hundirse en el mar.

—¡Sacadme de aquí! ¡Yo no diré nada de lo vuestro, pero dejadme salir, por misericordia!

Alguien parece que traduce sus palabras y el de la nariz sonrío. No sabe Simón dónde anda la gracia en esto, pero acto seguido, después de soltar tres o cuatro barbaridades en esa lengua imposible, las miles de manos le sacan afuera. Allí, cientos de soldados Invisibles esperan sentados y le reciben a gritos. No lo toma como un cumplido, más bien se redobla su miedo: si va a servir de comida para todos esos mastuerzos, apenas va a dar a un bocado por indio.

Lo atan entre dos árboles por brazos y piernas, como una incógnita en una ecuación de madera. La postura no es muy agradable. Viene uno con un cuchillo curvo hacia él y piensa que le va a cortar en pedazos, pero no. Hiere la corteza y comienza a salir una savia dulzona que le pringa manos y brazos.

Y detrás de ella, como tontas, acuden un montón de hormigas con más hambre

que un perro flaco.

Bien mirado, piensa Simón, casi preferiría que sean los guerreros los que me coman a muerdos.

El chillido de los niños y las aves.

Esa pesadilla recurrente en todos los que participaron de aquello. Quizá es la única prueba de que la magia existe en esta montaña, pues todos volvieron condenados por el mismo castigo. Aunque después haya venido el demonio en persona a cobrarles su merecido llevándoselos al infierno.

Juana entra enfurecida en la estancia de Felipe Aguilar. Ha invadido la casa del corregidor sin saludar ni pedir permiso para subir, ha tenido que ser Blas el que fuera pidiendo disculpas tras ella y apurado seguirla escaleras arriba. Felipe pega un brinco espeluznado, aunque aún no sabe por qué. Blas cierra la puerta tras él.

—Sabía que me estabais mintiendo, pero es repugnante saber el motivo.

—¿Cuándo os he mentado, padre?

—No estuvisteis de caza. Estuvisteis en otro lugar.

—Fui al norte... con mi ballesta...

—Vos no fuisteis a cazar porque no habéis ido a cazar en la vida.

—¿De dónde sacáis esa idea absurda?

—De aquí. —Y Juana enarbola un papel escrito en su mano.

—¿Qué dice ese papel?

—¿Quizá es que no sabéis leer?

—¡Claro que sé leer! El problema es...

—El problema es que sois corto de vista. Nunca fuisteis a cazar porque no alcanzaríais ni a un oso a dos palmos.

Blas contiene la respiración sujetando la puerta. Juana no ha querido hablarle en todo el camino de vuelta desde la hacienda. Ahora sabe por qué.

—Decidme que no habéis formado parte del Grupo de los Diez.

Felipe se queda helado escuchando a Juana.

—¿C-cómo sabéis...?

—Este papel es una carta escrita por Germán de Val a su hijo confesando todos vuestros actos. Al menos a él le pesaba en la conciencia.

Felipe se echa a temblar de forma tan intensa que tiene que sentarse.

—¿Por qué esos hombres os integraron en su grupo? ¿Cuál es vuestro mérito, si no sabéis de armas ni de exploraciones ni podéis defenderos solo?

Felipe se desmorona y confiesa sin poder alzar la vista.

—Les escuché... Estaban hablando en la sala del cabildo antes de mi llegada y paré en la puerta... Pensé que estaban hablando de mí... Me despreciaban, ya lo había notado otras veces..., así que escuché desde fuera y oí hablar de la expedición... Pero vos no sabéis...

—La expedición a Ciudad Perdida. —El rostro de Felipe se desencaja. En cambio, la firmeza de Juana asusta—. Lo sé. Contadme vos.

—Querían salir en pocos días y estaban discutiendo cómo repartirían el tesoro... Entonces entré y no tuvieron más remedio que hacerme partícipe. ¡Yo era el corregidor! No pensaban decirme nada y yo me habría quedado aquí, acompañado del viejo don Marcelino, pensando que mandaba algo.

—Entonces os unisteis al grupo e inventasteis vuestra excusa de la caza...

—Sí. Fue idea mía... Cada uno tenía su propia invención para justificar su ausencia y yo... había visto la ballesta en la casa del Talabartero y se la compré... Siempre había querido tener una...

Niñato inconsciente. Haberte quedado con ella en casa.

—Era una buena idea, ¿verdad?

—Era una idea peregrina.

—Era una ocasión... de hacer algo importante, una expedición... a un sitio desconocido... Podía convertirnos en héroes dentro de la colonia...

—Esas personas estaban conspirando a espaldas de vuestro padre y vosotros lo aceptasteis y os unisteis. No es muy heroico.

—Lo sé... lo sé... Pero hablaban de un tesoro único... milagroso...

—Ya. Hombres cubiertos de oro y esmeraldas decorando las chozas...

—¿También habíais oído esa leyenda?

Dios misericordioso. Todo este desastre desatado por el cuento de un niño.

—Todo fue bien al principio —continúa Felipe—. Cada uno salió por su camino y nos juntamos en la hacienda nueva de Germán de Val. Los Irrazu fueron directos, los soldados vinieron desde la marca del noroeste y yo llegué dando un rodeo desde el camino del norte, donde se suponía que iba a cazar —sonríe triste, recordando—; por el camino pensaba que se habrían ido sin mí. Corrí tanto que casi llego antes que ellos a la hacienda... Sin embargo, nunca he sabido cómo consiguió Manosprietas salir de la ciudad sin que nadie se enterara.

—Yo sí. Conocía los pasadizos subterráneos.

Felipe la mira como a un verdadero mensajero de Dios. Casi se siente bien hablando por fin con alguien de todo esto.

—Desde allí partisteis a la selva guiados por los dos baquianos. Pensabais tardar dos o tres días a lo sumo, pero todo se torció. ¿Qué os pasó?

—Los Irrazu no se dejaban llevar... Habían dibujado esos mapas durante mucho tiempo y no confiaban en el criterio de los baquianos. Desviamos nuestro rumbo y acabamos en un desfiladero imposible para los caballos. Tuvimos que continuar a pie y nos demoramos seis días.

—¿Cómo supisteis entonces que llegabais a vuestro destino?

—Reconocimos una de las señales que venían en el mapa, una determinada colina con una roca puntiaguda al lado de un río. Fue pura casualidad. Creo que en ese momento andábamos completamente perdidos.

—Sucedió «el milagro».

—Estaba allí... Era un sitio tan bello... la hierba verde, la colina despejada de árboles, esa paz... Al principio no vimos a nadie, parecía todo abandonado.

«El silencio les asustó y pusieron sus manos en las espadas», había contado Ventura. «Y entonces ocurrió el milagro»...

—Y de pronto comenzaron a salir de los bohíos, bellos, brillantes, como bañados en oro... Después de todos esos días de penalidades, creíamos estar en el paraíso. Se acercaban a nosotros queriendo tocarnos, saber cómo olíamos. Ellos eran suaves y tan bellos... Los niños sonreían, se burlaban de nuestras caras de agotamiento, nos llevaban a sentar a la sombra, a beber esa... cosa maravillosa... que hacían con unas hierbas de allí... Sentimos como que nos volvía el aire al pecho y el alma al corazón..., nos embriagábamos viendo los dibujos maravillosos de los cuerpos...

—¿Iban pintados?

—Llevaban mil líneas desde la muñeca al pecho...

—¿De qué color?

—Ya os lo he dicho... dorado...

Juana niega desolada.

—En su carta Germán de Val no cuenta cómo surgió... lo de después.

Felipe se encoge de hombros. Parece haberle vuelto la embriaguez de entonces.

—Surgió...

—¿Cómo?

—No dejaron de traernos viandas... Nos sentimos de nuevo fuertes... Nos ofrecían todo lo que tenían... pero no veíamos el famoso tesoro por ninguna parte. Todo lo que allí había estaba hecho con materiales pobres. Pensamos si a la postre nos habíamos equivocado de lugar... Nos reíamos, mirábamos en todas las direcciones y sentíamos que todo aquello era una burla. Y como una burla, de repente... comenzó todo. Sin ninguna razón... solo sucedió... un golpe contra una columna, un codazo... sucedió.

—No. «Sucedió», no. —Juana enarbola la carta—. Lo hicisteis con vuestras propias manos.

—No queríamos... no sabíamos por qué lo estábamos haciendo...

—¿No sabíais? Matasteis a todos.

—Sucedió...

—Doscientas sesenta y cinco almas.

—¿Qué decís?

—¿No las contasteis? Germán de Val, sí. Se tomó al menos esa molestia para recordarlo el resto de sus días. Matasteis a doscientos sesenta y cinco indios, a todos los habitantes de ese lugar.

—No queríamos hacerlo... pero callaban...

—Si solo los hubierais matado... pero no os contentasteis con eso. Los masacrasteis.

—No nos decían dónde escondían su tesoro... hacíamos daño a las madres o a los niños... y no se defendían, no decían nada...

—¡Qué iban a decir, insensato! ¡No había ningún tesoro! Fiasteis vuestra suerte al recuerdo de un niño que no tiene aún diez años. ¡Pinturas en los brazos que parecían brazaletes de oro, piedras decoradas que parecían esmeraldas y unos hombres hechos y derechos creyéndolo todo y matando por ello!

—¿Por qué no nos lo dijeron...?

—¡Niño estúpido! ¿Por qué matarles en vez de preguntar?

Felipe llora desconsolado ante los gritos de Juana.

—¿Cuál fue vuestra especialidad, Felipe? ¿Cortasteis las manos a los hombres, como hizo Ignacio Irrazu? ¿Arrancasteis las orejas, como hizo Germán de Val? ¿O acompañasteis a Salomón Acebes y a Sabino Irrazu reventando las cabezas de los bebés contra las peñas?

—Basta, por Dios..., callad...

—Quizá vos sacasteis los ojos a los viejos como hicieron Cayo el Borracho o Sancho Manosprietas. Aunque este último también prendió la hoguera en el bohío donde murieron todas las mujeres sin poder salir. ¿Hicisteis vos esto último? —Felipe no para de llorar. Juana sigue implacable—: El fuego hizo graznar a todas las aves. Chillidos de niños y aves, ese es el recuerdo que os acompaña. El eterno chillido de esos niños viendo morir a sus madres, escondidos en los matorrales hasta que los capturasteis uno por uno y los reventasteis contra las piedras.

—Yo no hice eso... Yo no fui...

—¿Ah, no? Quizá fuisteis como Ventura, que se escondió para no verlo, que fue el único que no golpeó y del que todos desconfiasteis después. El único desgraciado que no movió un dedo, que pudo haberos parado y que no fue capaz de evitar aquella matanza. ¿Qué hicisteis vos?

—Nada... lo juro...

Juana se aparta para caminar por la estancia y tratar de calmarse. Pero sus ojos van a parar sobre la hermosa ballesta que cuelga en lugar destacado. Juana cierra los ojos.

—Vos empezasteis.

—Sucedió...

—Vuestra hermosa ballesta que nunca habíais usado, que cargasteis al entrar en el pueblo, asustado como los demás. Quizá en la borrachera del ágape se os disparó... o peor aún... —Juana se acerca de nuevo a Felipe y le sujeta la cara escondida entre las rodillas para verle los ojos—. Queríais demostrar que erais tan hombre como ellos.

Ese salvaje en ropas de hidalgo se queda sin fuerzas.

—Se burlaban de mí...

—Necesitabais ponerlos a su altura. Erais el corregidor y nadie os hacía caso.

—No querían tomarme en cuenta en sus asuntos... Fue culpa suya...

—Eso es lo que dicen los niños, «no fue culpa mía». Disparasteis. Matasteis al



primero y desatasteis esa locura.

—¡No nos decían nada! Callaban y morían... y los niños...

Los chillidos de los niños y las aves...

Unos golpes en la puerta invaden la estancia. Blas pega un salto del susto y mira a Juana sin saber qué hacer.

—¡Abrid! ¡Abrid al corregidor! —se oye gritar desde fuera.

Juana asiente. Blas abre despacio y entran en tromba Lope Aguilar y señora.

—Me han venido a avisar al cabildo. ¿Qué es esto? ¿Por qué no puedo entrar libremente en mi casa?

—Vuestro hijo me ha confesado un crimen horrible, señor.

Doña Rosa no escucha: en cuanto ha visto al muchacho sentado y hundido, corre a cubrirle de besos y mimos. Lope Aguilar vuelve la vista a la puerta.

—¿Qué hace aquí ese soldado?

—Viene conmigo.

—No entran soldados en mi casa. Soy el corregidor.

Juana toma aire dispuesta a una nueva batalla.

—Blas, puedes volver al cuartel.

Blas obedece. El corregidor se aprende la cara de ese muchacho antes de verle salir por la puerta.

—¿Es mi hijo el culpable de los asesinatos?

—Algo peor, es culpable de la muerte de doscientos sesenta y cinco indios en la montaña.

Lope Aguilar no parece inmutarse.

—¿Qué pruebas tenéis de eso?

—Su propia confesión.

—¿Has hecho eso, hijo?

Felipe no es capaz de hablar.

—¿Algo más? —pregunta Aguilar volviéndose a Juana.

—Esta carta le une al Grupo de los Diez que fueron a la montaña a vuestras espaldas. Vuestro propio hijo os engañó y acudió allí guiado por la codicia. Y el único tesoro que trajo fue muerte y pesadillas. Han mantenido el secreto de esa masacre durante todo este tiempo y eso acabó también con la vida de los otros nueve.

El corregidor lee la carta apretándola con fuerza.

Después, mirando a Juana, firme como no lo ha estado en su vida, rompe el papel en pedazos y lo echa al brasero.

Juana corre a recuperarlo, pero Lope Aguilar la aparta de un empujón, tirándola al suelo. Por primera vez en mucho tiempo siente lo débil que es ante un hombre.

—Lo que está en el mundo de las pesadillas en la noche ha de quedarse —escupe Aguilar entre dientes.

—No es una pesadilla. Sucedió.

—No ha existido hasta ahora. No es causa de nada.

—Señor, los indios son también súbditos del emperador. Vuestro hijo mató a más de doscientos sin causa justificada. Es un delito infame...

—Os digo que ese delito no ha existido.

Juana se levanta siendo consciente de su derrota.

—Corregidor, cuidado bien del grano que estáis haciendo madurar.

—Y vos cuidado de vos mismo, padre. He cometido un error dándoos la potestad de hacer y deshacer a vuestro antojo en esta ciudad. No hay pruebas de lo que decís y desvariáis acusando a mi hijo y ensuciando mi nombre. Si persistís en ese empeño, me veré obligado a apresaros y mandaros de vuelta a Castilla con una carta de reprobación a vuestros superiores.

Juana se estira las ropas lo más dignamente que puede y, sin mirar al infausto Felipe Aguilar ni a su madre gallina, se dirige a la puerta conteniendo la angustia.

Mira la pared una última vez. Desde allí la ballesta se despide colgada con una sonrisa torcida.

Juana sale a la calle con una aberrante sensación de mareo. Los colores de las casas, de las flores, el brillo de las pieles en los rostros que se cruza, todo le parece irreal, aunque ya todas esas caras le resultan conocidas. Bienvenida Petre la detiene para estrecharla entre sus brazos con su habitual energía; ve al ciego Wenger, sentado frente al portal de los Aguilar; a los vecinos de Manosprietas, a quienes libró del incendio de sus casas; se cruza con parroquianas de la tertulia de doña Manuela, con soldados de la muralla, con gentes de toda condición, todos con sus propias vidas, con sus miedos y angustias, viviendo sus vidas sin que nada de lo que ha sucedido les afecte. ¿Qué cambia en sus vidas la muerte de todo un pueblo en las montañas? ¿Qué cambiará, salvo para la Chillitos y para el pequeño Gorrión, que hayan muerto nueve de los Diez de la Masacre? ¿Alguien va a saber nunca que Felipe Aguilar era el décimo? ¿Alguien va a saber nunca qué clase de alma esconde ese adolescente?

La náusea. El tremendo malestar de la muerte invade toda esa Ciénaga, aunque ella parezca ser la única en respirarlo. Solo esta minúscula y corrompida especie animal es capaz de destruir a un pueblo entero por oro y piedras verdes. Borrar de la tierra a doscientas sesenta y cinco almas y continuar mirando al frente olvidando la sangre que derramaron. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince. ¿Cuánto se tarda en contar doscientos sesenta y cinco? ¿Cuánto se tarda en matar a doscientos sesenta y cinco? ¿Cuánto tiempo hay que pasar matando, solo con veinte manos, uno por uno, a doscientos sesenta y cinco? ¿Cuántos de esos quinientos treinta ojos arrasados en lágrimas, fuera de sus cuencas?

Náusea. Tremenda resaca que golpea contra las rocas de una conciencia arrumbada. ¿Para esto saliste al mundo, Juana de Alcántara? ¿Qué le importas al resto? ¿Qué importa lo que hiciste? Mañana, o tal vez pasado, San Sebastián de la Ciénaga desaparecerá por la fuerza de las olas o de la montaña y sus gentes dejarán

allí a los muertos sobre los que construyeron sus casas. Y justicia o verdad valdrán entonces lo mismo que odio, codicia, homicidio o crueldad. Simplemente añadirán espesor al olor pútrido que conformó su nombre.

Al caminar hacia la plaza, Juana ve a la Chillitos, los ojos perdidos en una locura extática, removiendo con dedos ensangrentados piedra tras piedra sobre las ruinas de su casa en busca de un tesoro escondido en su imaginación renegrida.

Hace un par de días que se controla el tráfico de embarcaciones en el puerto y se ha duplicado la guardia de noche por tierra y por mar, usando un barco cargado de armas que no tiene el menor reparo en abrir fuego contra cualquiera que se mueva de forma ilegal fuera de las horas asignadas de amarre. Por primera vez en años se está poniendo coto a la actividad clandestina del arrabal de una forma contundente. Así fue como anoche se detuvo un barco de traficantes de esclavos que había capturado a indios salvajes de la montaña con intención de venderlos en alguna de las encomiendas que aún quedan en pie al otro lado del golfo de Urabá. A los traficantes se les puso cadena y cepo en los calabozos del cuartel, pero con los indios no supieron qué hacer así que anduvieron sentados en un soportal del patio, sin comer ni beber ni un tanto, horas y horas, hasta que en un vuelo de sus cientos, Trujillo aterrizó sobre ellos preguntando qué pintaban allí. Le explicaron lo sucedido y, viéndoles las caras extenuadas, mandó por pan y jarras de agua lamentándose de la falta de iniciativa que asolaba ese cuartel, cuando una nimiedad le llamó la atención: las camisas sucias y ennegrecidas de dos de ellos. En realidad, eran los dos únicos que no iban desnudos, pero eso no era lo que destacaba. Lo que le hizo acercarse fue que eran camisas de corte español. Cuando frotó la mierda que cubría las pecheras no pudo reprimir su contento y gritó al aire asustando a todo el grupo de indios.

Al ver a Juana aparecer por el patio, horas más tarde, el capitán sale a su encuentro dando botes como un perrillo de aguas.

—¡He encontrado a los criados de Germán de Val!

Los indios le habían contado una historia desconcertante. El día de los asesinatos habían partido con la familia al completo, pues querían encontrar un tutor para el pequeño Germán. Iban armados, como habitualmente; más por temor a salteadores que a indios. Cuando a mitad de camino vieron a una persona hacerles señales a lo lejos se preocuparon, pero no dieron la alarma a sus dueños. Quien les llamaba parecía ser una mujer blanca, cubierta con un tocado y ropas elegantes. Pararon el carro a unos metros de distancia y se acercaron. La mujer, medio tumbada en el suelo, parecía haber caído de su montura y pedía ayuda. Acudieron a levantarla confiados en su carita de niña y su agradecida sonrisa, pero al tocarla se convirtió en un monstruo de ojos horribles que les hablaba en su propio idioma, peor aún, en el idioma de los Ancestros, maldiciéndoles por cuidar de sus amos, que no eran más que demonios y gente menor y no se sabe cuántas más barbaridades. Los indios lo

recordaban aún con verdadero estremecimiento. En aquel momento dieron un paso atrás asustados y, ante las maldiciones que salían por boca del monstruo instándoles a volver a la montaña a buscar el perdón o todos los espíritus caerían sobre ellos y sus familias, huyeron sin mirar atrás y dispuestos a olvidar su pasado entre los hombres blancos. Pasaron días vagando solos en la selva hasta que encontraron a otros nómadas con los que convivieron estas semanas.

Aquí venía otra noticia poco agradable: su vagabundeo les llevó a juntarse con grupos mucho mayores; parece que se está gestando un movimiento en la montaña, un ejército nunca visto con espíritu de guerra. A ellos les asustó y decidieron alejarse de todo aquello. Al volver a bordear zonas costeras cayeron en manos de los traficantes de esclavos y así habían acabado ahora en el cuartel, sedientos, harapientos y buscando el perdón de los buenos amos blancos.

—Esos indios están mintiendo. —Es toda la respuesta de una cansada y lánguida Juana ante el estupefacto Trujillo—. Cuentan cualquier cuento para justificar que huyeron como ratas dejando a sus amos en medio del camino. Probablemente, el asesino les hizo huir con algún ruido o disparo desde el borde del camino, y ellos, al ver los asesinatos, no se atrevieron a volver por si eran culpados. No nos aportan nada nuevo. Déjalos o castígalos por abandonar a sus amos. A mí no me importan.

—Claro que tienen miedo de nuestra represalia. Yo tampoco me creo eso de la mujer monstruo. Pero si tú les interrogas, con esa labia que tú tienes, seguro que nos describen mejor al asesino...

—Por favor, Juan. Sácame de aquí.

Trujillo no puede entender al Páter Penumbra. Le resulta humillante el desprecio al que le somete. Después de unas horas en las que su confianza se ha visto minada de manera tan grave, él estaba dispuesto a tender la mano y esta situación era propicia para restituir esa fuerza común que tanto les había ayudado. Pero el padre Fiz no parecía tener ninguna gana esta vez. Su breve amistad se desmoronaba por instantes.

Trujillo mira al suelo y busca algún sitio adónde ir. Cada uno toma su camino sin mirarse de nuevo.

Juana se dirige a la casa de San Telmo dispuesta a encerrarse hasta que la llamen para subirse a un barco o para presentarse ante el Santo Tribunal. Lo que sea con tal de no ver más estas calles ni esta ciudad ni esa montaña que les empuja y ahoga. Un impulso ridículo le hace pasar primero por la iglesia, buscando algo de paz en ese lugar oscuro y frío donde el silencio y las velas se abofetean chisporroteando.

Ojalá sintiera el consuelo de Dios en estos momentos. Ve arrodillada a Fernanda Bigotes. Debe de estar pidiendo perdón al Señor por cotilla. El capitán le contó la que había liado en casa de Inés de la Vega con el cuchillo de mesa y el ataque de pánico que tuvo el pequeño Gorrión.

Sale de la capilla cruzando el patio para llegar hasta sus aposentos en la

panadería. Pero a mitad de patio se detiene. Hay un pequeño pensamiento que vuela bajo su capucha y no quiere dejarlo escapar.

Cuchillo.

Los indios no han contado un cuento. Dijeron la verdad. Una mujer había aparecido sola en el camino, provocando la parada del carro, pero no el temor de sus ocupantes.

Era cierto porque también el hijo de Germán de Val vio, igual que vio venir a Fernanda Bigotes, a una mujer con un tocado en la cabeza acercarse amenazante con un cuchillo hacia el carro, antes de que él huyera sin ser visto.

Y María Brígida la Chillitos había visto anteanoche pasar por su ventana a dos hombres embozados que le habían nublado la vista, como a ella misma. Porque la Chillitos también había visto pasar a una mujer con tocado acompañando a un impedido.

Y le viene a la mente el ciego Wenger, al que ha visto también frente a la casa de los Aguilar hace un momento.

En su mente se unen muy rápido decenas de puntos de forma coherente. Y siente que está tan cerca de la verdad que el pecho le duele de angustia.

Sale del patio. Va a meterse calle abajo, pero un ataque de prudencia le lleva a corregirse y se vuelve para ir al cuartel, a por el capitán. Sin embargo, al girarse, vislumbra una silueta pasar por las calles traseras. Un pálpito le hace introducirse por la callejuela estrecha y salir a la trasera. Allí, tratando de no ser vista, camina embozada en una capa la abnegada madre Rosa Aguilar.

*Apreciado Felipe, mi amado,*

*Quisiera proponeros un juego: me gustaría encontrarme con vos en secreto, como algo prohibido. No puedo soportar la angustia de ver que nuestro desposorio será la unión de dos desconocidos.*

*Quiero saber si de verdad me queréis, si queréis arriesgaros por mí. Venid a mi encuentro hoy mismo, esta tarde.*

*El lugar del encuentro os lo dirá mi fiel mensajero.*

*Os espero...*

Isabel aguarda a oscuras escondida en un vestidor de ropas ajadas. Espera tocando la tela de trajes que fueron bonitos y que hoy huelen a usado y a viejo.

La tensión de la espera la excita. Sonríe imaginando el momento, la cara de él, la sorpresa. Mastica sintiéndose fuerte, apretando con fuerza los puños.

Después de un largo rato allí sola, en silencio absoluto, por fin oye allá fuera unos pasos que abren la cancela, que cruzan despacio aquel patio trasero, que suben la escalera de madera seca y que dan varios golpes en la puerta cerrada.

Isabel avanza unos pasos, sale de entre los vestidos abriendo su pecho y apretando los dientes. Detrás de la puerta ya no hay más golpes, sino intentos de abrir el candado. Un empujón más y la puerta cede, golpeando de luz la cara apretada de Isabel de Osuna y mostrando solo una silueta oscura recortada en el vano.

Juana ha llegado hasta allí según le indicó doña Rosa. Ya conoce este barrio, ha venido una vez, pero nunca a esta calle. Todas las puertas son patios traseros de casas, no hay ruido, no hay nadie; ha subido despacio esa escalera y llamado tres veces. Luego ha forzado el desvencijado candado y ha abierto.

Y antes de que sus pupilas se hayan adecuado a la luz escasa de adentro, siente en su costado un dolor extraño, agudo, líquido. Y ve la cara asustada de Isabel de Osuna, la extraña cara de Isabel de Osuna que no se esperaba. Se toca el costado y ve sus manos llenas de sangre.

Levanta la vista de nuevo, y en vez de adecuar las pupilas a la oscuridad, cada vez lo ve todo más negro. Y antes de caer desmayada en el suelo, ve dos manos aparecer de la nada y romper el cuello de cristal de esa triste muchacha.

Trujillo vuela por la calle en una carrera salvaje.

Sube a toda carrera aquel patio, aquella escalera que parece romperse con sus saltos de lobo. Y la escena que ve al llegar a la puerta es incapaz de entenderla:

Isabel de Osuna yace en el suelo como una muñeca de trapo, la cabeza vuelta sobre la espalda, los ojos abiertos. En su mano un puñal, lánguido y muerto como su dueña. A su lado, tendido, arrugado como un ceño fruncido, negro envuelto en carmesí por un charco espeso de sangre, Fiz de Talaván, el Páter Penumbra.

Trujillo se lanza a tocarle sin importarle la sangre, ve que respira, que abre los ojos, que le llama en un quedo susurro.

—Juan...

Trujillo le gira, busca la herida, pero todo está lleno de sangre, no ve dónde está. Desesperado rompe botones, cintas, camisa, deja al aire la piel para ver dónde está ese maldito agujero... Trujillo no entiende qué es esa venda que da varias vueltas al pecho. El padre Fiz apenas respira, así que corta de un tajo esa tela con su cuchillo.

—Juan... no...

Con los dos suspiros de fuerza que aún le quedan encima, Juana intenta cerrar la camisa sobre ese pecho de hembra que golpea en los secos ojos del capitán Juan Trujillo.

Ojalá ahora mismo me quedara ciego.

# PARTE VI

*ET SILUIT TERRA IN CONSPECTUEIUS*

(Y LA TIERRA ENMUDECIÓ EN SU PRESENCIA)

## 21

### LA PUERTA

Juana abre los ojos como intentando respirar por ellos. La pesadilla de la muerte se ha hecho real y la oscuridad que la rodea le hace temer que haya llenado su corazón tanto como su vista.

Invadida por el dolor, hace el esfuerzo de mover su cuello y llevar su mirada alrededor.

La paja en el suelo, los ladrillos húmedos, el techo curvado, la mesa carcomida, las cadenas colgando. El olor. Ese olor.

La pesadilla es real. Ha vuelto al lugar del miedo.

El calabozo que habitó Ventura.

Recuerda el momento en que vio a Rosa Aguilar embozada tratando de acudir en secreto a la cita de su hijo Felipe. Desde que Juana se fue de la casona del corregidor, doña Rosa no se quería separar de su crío. Pero vino aquel ciego a dejarle un mensaje y su cara cambió en un torbellino de sonrojos y silencios nerviosos. Puso mil excusas de ocupaciones diversas que le obligaban a salir: un amigo, el caballo, la espada que había que afilar. Finalmente la madre consiguió que su niño mostrara la carta. Él estaba temblando y por vez primera le dijo que no. Y Rosa Aguilar le pegó. Le dio un bofetón humillante y luego pensó que había cometido un error. Felipe la miró con un gesto de odio tan fiero, tan bruto, que por primera vez pensó que tal vez aquel cura estaba en lo cierto. Que tal vez su criatura era una bestia salvaje. Pero era ahora o nunca.

—Solo yo voy a protegerte, hijo mío. Y lo sabes.

Felipe se acobardó ante la seguridad lacerante de esa mirada. Le alargó la carta. Lo que leyó allí le espantó, le pareció más difícil de llevar que todo aquel disgusto terrible de los indios asesinados.

*Quiero saber si de verdad me queréis, si queréis arriesgaros por mí. Venid a mi encuentro hoy mismo, esta tarde...*

Ella salió en su lugar, obligándole a echarse en la cama a dormir y olvidar. Doña Rosa fue a encontrarse con su futura nuera Isabel, a meterla en razón, a hacerle volver



al decoro, y entonces fue interceptada por Fiz de Talaván, que escuchó con los ojos muy abiertos esta extraña historia, que su hijo Felipe se había citado en secreto con su prometida y que había traído el mensaje un ciego pordiosero. Le quitó la carta y la obligó a volver, pero no a casa sino a la plaza, que fuera al cuartel a avisar a Trujillo.

Juana recuerda cómo acudió sola a aquella callejuela (doña Rosa le había indicado que era la parte de atrás de la casa de una antigua amiga, doña Antonia Mestre, que murió hace unos meses); cómo abrió la cancela y cómo subió; cómo pensó en qué decir al entrar, en la angustia de ver convertida en tesis probada una conjetura recién ideada. Por eso se quedó sorprendida al encontrar a la pobre Isabel frente a ella. Por eso se quedó congelada y no reaccionó al recibir el calor del puñal.

Y ahora siente que por ese agujero se le está yendo la vida. Se palpa a oscuras bajo la levita: ya no tiene las vendas al pecho, las tiene alrededor del abdomen, pero están húmedas, viscosas, seguro que sigue sangrando. No recuerda cómo ha llegado hasta aquí, solo sabe que ha estado en los brazos de Juan, que la ha visto, que sabe, que tiene en su mente el secreto.

Que si ahora está aquí, es que ya está todo perdido.

Aunque va a morir, así que ya estaba todo perdido igualmente.

Pero morir en silencio, eso sí que es perder.

Simón grita desesperado. En realidad no es para tanto, pero un poco de teatro a lo mejor entenece a esos guerreros emplumados que se están preparando para la marcha ahí abajo. Pero lo más que recibe es un baño de frutas podridas. Qué puntería tienen estos putos salvajes. Y encima se ríen. No sé cómo pueden reír viviendo en este lugar tan lleno de bichos. Simón piensa en miles de cosas absurdas para no centrarse en lo realmente importante: toda esta gente está levantando el campamento y no tienen intención de bajarle a él de ahí. Nadie le hace ni caso. Y luego son ellos los Invisibles, hay que joderse.

Y de repente nota unos golpecitos en su hombro. Será otro bicho que viene a morderme. Mira hacia arriba y atrás y, si pudiera, pegaría un respingo. Pero es incapaz de moverse, así que da un grito.

Ahí arriba, en la rama, está Ily. Acurrucado, con un dedo en la boca le manda callar.

—¿Que me calle? ¡Vas *dao*! Mira qué listo. ¡Haré lo que me dé la gana! ¿No soy yo el que se va a morir aquí comido por estas hormigas que parecen verracos? ¡Vete a escardar cebollinos, mendrugo, peneque, fariseo, bergante, cabrón! —Y girándose al grupo que se disuelve en la selva por arte de magia, exclama—: ¡Cabroneeeees!

—Calla o mueres cansado.

Simón cierra la boca y casi pierde los ojos de lo que abre las pestañas. Se le escapa hasta un pedo del susto. Mira hacia arriba de nuevo.

—¿Eso lo has dicho tú?

—El Hermano Menor calla y tranquilo.

—Pero si hablas cristiano... Dios misericordioso, juro que me doy a la oración y a la caridad el resto de mis días, se acabaron las putas, el juego y el vino. *Sancta Maria Mater Dei...*

—El Hermano calla.

—Ahora me callo. ¿Tú me entiendes? —Ily afirma. Simón continúa—: ¿Y tú no te vas con tus amigos?

—Guerra.

—¿Que se van a la guerra? ¿Y tú?

—Yo no mato.

—Eso está bien. Yo creo que vamos a hacernos amigos entonces. —Pero un breve nubarrón pasa por su cabeza—. ¿Y Gunnale? La chica, ya sabes...

—La Madre. La Tierra.

—Sí, esa. ¿Ella está de acuerdo con ir a la guerra?

Ily toma un pedazo de musgo entre sus manos.

—¿La Tierra prohíbe matar? La Tierra calla. Está aquí, abajo. Da todo. Queremos vida, da comida; ella, nosotros, vivimos siempre. Queremos muerte, ella da armas. Y todos morimos.

—Vamos, que me has contestado lo que te ha dado la gana. Chico, pst... Oye, ¿Gunnale-aquí-venir?

—Tú no entiendes. Gunnale es esto.

Y estrecha el pedazo de musgo entre sus dedos. Simón resopla. Las putas hormigas le están picando hasta los pelos del culo. A ver cómo me hago yo entender por este tarado.

—Mira, amigo: ne-ce-si-to-a-Gu-nna-le. ¡Quiero liberarme de aquí!

—Es fácil.

Y con un rápido movimiento, Ily saca un cuchillo del costado y corta de un tajo la liana a un dedo de su mano. Simón pega un grito, un poco por el susto y otro poco por el brusco cambio de postura sobre sus adormilados miembros. Se reprime, no sea que llame la atención de todos aquellos salvajes que estaban aquí hasta hace un rato. Ily baja de su rama y corta la liana que ata el pie de Simón. Atado ya a un solo árbol, el soldado intenta liberarse por sí mismo. Al poco se suelta y cae a plomo, pegando un costalazo en el suelo que le deja hecho un cartabón. No le da tiempo a morir tranquilo; se acuerda de las hormigas y se levanta de un salto, se quita la ropa, se rasca frenético, se mete la mano en el culo, en todas partes, se sacude saltando como un títere pegando estornudos. Ily le mira agachado, impasible. De pronto, Simón se detiene.

—¿Contra quién van a guerrear esos?

—Los Hermanos...

—Contra los Hermanos Menores... ya —resopla preocupado—. La hemos jodido. ¿Y tú qué, no te vas con tu tribu?

Ily niega.

—Tú debes de ser como yo, compadre. A ti no te quieren ni los gatos. —Ily niega de nuevo. Simón le ve algo en los ojos—. ¿Entonces?

—Mi pueblo... —Toma tierra en su mano y sopla haciéndola volar.

Esto Simón sí lo ha entendido.

—¿Se ha ido todo el mundo? —Ily afirma con la cabeza. Simón elige un pedrusco entre varios y coge uno que le parece bastante pesado—. Por si acaso, no me fío.

—No tesoros.

—No voy a por tesoros. Voy a por ella.

Y se dispone a entrar dentro del templo. Echa una última mirada al indio, que sigue callado. Simón da un paso o dos hacia el interior y recula. Mira al indio de nuevo.

—El jaguar... sigue ahí. —Ily afirma con la cabeza—. Don bobazo, bobarrón... que casi te metes a que te hagan ropa vieja.

—No puedes entrar.

—Pero ella...

—Ella va a estar bien.

Y acaricia la tierra y se lleva el polvo a los labios. En verdad, Ily sabe que de todos los que estuvieron ahí dentro en esta jornada, él es el único al que ella miró de frente, a los ojos. Supo que él tiene algo especial. Si ella ha traído a este Hermano Menor hasta aquí, es que el viaje ha de servir para algo. Hay que buscar lo que pide la tierra. Se pone en marcha echando una última mirada al templo. Ojalá pueda volver a ver a la Madre.

—¿A dónde vas? —Simón mira a todos lados. Verdaderamente esto se ha quedado bien solo. Le parece oír al jaguar allí dentro. Echa un vistazo al pasillo negro. Suspira. Hasta una muchachita india me burla. Si es que no aprendo. Vuelve su vista hacia el bosque—. ¡Eh, tú, fodidencul! ¿Dónde te has metido? ¡No me dejes aquí solo!

Un silbido entre las ramas le conduce la vista. Ily le está esperando, casi invisible. Pues nada, otra vez a andar. ¿Y esta gente, es que no come?

—¿Quién sois, padre Fiz de Talaván? —Y mastica el falso nombre con todo el desprecio que es capaz.

—Soy la prófuga... Juana de Alcántara...

Y la fiebre no le permite ver la cara del capitán Trujillo, pero imagina su indignación por el peso de sus trancos golpeando el suelo al salir del calabozo.

El capitán ha entrado con una lámpara en la mano, en silencio, y con un paquete bajo el brazo. Ha cerrado la puerta dejando a Jacinto el Mulo afuera. Licenció al carcelero durante unos días y ha puesto de guarda a alguien de su confianza para que nadie sepa quién es el preso que ocupa ahora esta celda.

Se ha arrodillado sobre Juana y abierto la levita. Traía un unguento y vendas limpias para cambiarla. También una botella con agua y una esponja. La ha lavado, preocupado y silencioso; aún sangraba; le ha puesto el emplasto, lo ha vendado firmemente pero con manos suaves. Juana ha sentido esas manos. Por primera vez en su vida, unas manos de hombre tocan su piel. Pero ella no existe ahora mismo. No tiene fuerzas, no responde, no siente. Solo nota la fiebre, el dolor, la sed agobiante. Por primera vez en su vida lo que quiere es que le den un abrazo.

Pero no. En esta celda todo se niega. Y su única frase ha sido para saber, tener constancia del nombre real que le ha estado humillando todo este tiempo. Ha bebido unas gotas que él ha escurrido de la esponja mojada. Ella ha sujetado su mano en ese momento, pero no ha servido de nada. Se ha levantado, se fue. Ya no está. Ha dejado la luz, pero no se ve nada.

Trujillo había pasado un buen rato dando vueltas al patio después de hablar con el cura por última vez. La ofensa que había sufrido al provocar la fuga de Simón Lobato le tenía muy enfadado, pero eso no explicaba el hastío que el jesuita mostraba. El entusiasmo con el que había luchado hasta entonces se había convertido en un infinito cansancio, y Trujillo se sentía como un animal abandonado. Se dijo que no podía quedar así, a la deriva en un mar de piedra, y acabó por salir del cuartel sin decírselo a nadie y cruzar la plaza para entrar en San Telmo.

Pero a mitad de la plaza le asaltó doña Rosa Aguilar, alarmada. Se había cruzado con el padre Fiz, y Dios me perdone, estaba muy alarmado. Ella le contó brevemente el suceso y el mensaje tan raro que el cura había dado: que había encontrado a Amón y tenía que pararle los pies.

Trujillo la dejó con la palabra en la boca y corrió a la dirección que le dijo doña Rosa. Más rápido no pudo ir, no existía aire suficiente para tantos pulmones. Se maldecía de la imprudencia de ese cura enano y burlón mientras su mente era incapaz de cruzar más que unas ideas inconexas.

Después de llevarse el choque más grande de toda su vida al abrir la levita del Páter Penumbra, su instinto de hombre de acción se activó nuevamente. Tocó a Isabel, esta sí muerta del todo, y en un acceso rabioso pero profesional, desenvainó la espada y se lanzó a tirar abajo las perchas de trajes de señora, despejando la vista de ese lugar. Le llamó la atención un vestido verde lleno de sangre seca. Había baúles, bisutería, tocados, todo almacenado. Unas escaleras bajaban al piso principal. Muy modesto y austero, únicamente dos estancias llenaban la planta, solo una cama, ropa doblada, espada de soldado, la salida a otra calle, poyo en la casapuerta. Pero nadie había en el lugar, nada más que un olor penetrante que reconocía. El olor del Loco Ventura.

Y en la estancia, bajo la cama, un trozo de papel, roto y arrugado, una carta.

*...ón, mi amado,*

*He decidido seguir tus planes para liberar por fin mis cadenas.*

*No podría soportar el destino que me espera. No quiero dormir una noche más imaginando la angustia de compartir el lecho con otro hombre.  
He de probar otra vez tu magia.  
¿Será esta noche? Me prometist...*

Subió de vuelta al piso de arriba, tomó a Juana desmayada en sus brazos y salió a la carrera. Se mantuvo por todas las calles traseras hasta llegar al cuartel dando un rodeo. No encontró a nadie. Entró en el patio por la puerta de atrás y llamó a Jacinto el Mulo, que andaba de guardia, para que se quitara de en medio a los otros patanes y metiera él al curilla, a quien había dejado afuera esperando en un banco.

Después movilizó a todo el mundo para ir a recoger a Isabel y en captura del ciego. También había que mandar noticia al corregidor y a la hacienda del Oso.

El ciego... ¿Qué sabía Fiz que no le había dicho?

Pero ¿y qué más daba? Fiz no era Fiz y quien era en verdad socavaba al completo los cimientos de ese hombre atribulado.

Los pasos voraces del capitán Juan Trujillo le llevan a la hacienda del Oso. No deja de pensar en qué hacía Isabel en la casa del ciego, con un cuchillo en la mano, pero muerta a su vez. Pensar, esa actividad que hace ahora.

Un impulso, en cambio, le hace parar a mitad de camino. Ve de raspahilón la casa de las flores y el instinto le arrastra hasta allí. Tiene un barullo en la mente que no le cabe dentro y no sabe con quién, pero tiene que hablarlo con alguien.

Cuando va a llamar a la puerta de Inés entiende lo que le pasa. Se da cuenta de que hasta ahora siempre que ha tenido un vaivén ha apoyado su zozobra en el bastón de ese ser que no sabe qué es, si hombre o mujer. Y ahora le invaden las preguntas y no le tiene cerca para darle respuestas.

Trujillo pone la mano sobre la puerta de la casa de Inés. Pero no llama. Se apoya en ella y cierra los ojos. La vida le llama otra vez, le pide que acuda.

Juan Trujillo fue joven, igual de fornido, igual de vivaz, pero con el rostro lampiño y dueño de aire y de ganas. Era el primero de un grupo de aprendices guerreros, deseosos de salir a luchar y demostrar la fuerza y las ganas de patria con que matarían al inglés. Habían viajado un grupo de chiquillos desde España hasta Flandes sedientos de gloria. Entre los muchos amigos destacaba el pequeño Marcelino Cardalliaget, Marce para los colegas. De alguno hay que hacerse compadre, pues en la batalla alguien tiene que tirar de tu cuerpo si sales herido. Ellos dos se llevaron muy bien desde el primer momento y, al embarcar en una de esas ciento y tantas naves floridas de la Felicísima Armada, estaban seguros de que iban a entrar hasta el trono de la reina Isabel y cortarles ellos mismos el cuello. Pero en el barco lo pasaron

de pena, las continuas tormentas destrozaron la tropa, y mareados y confusos aun así llegaron a enfrentarse con el enemigo. Su primer encuentro con la muerte fue allí. Bombas, humo, sangre y miedo. Sin Marce no hubiera sabido qué hacer, con un brazo roto y los dedos llenos de astillas, paralizado por la metralla en el suelo. Él le abrazó, le tapó las heridas, le secó las lágrimas para que nadie las viera y le besó como un hermano que era, su única familia. Si él no hubiera estado allí, Trujillo habría muerto, sin duda. Si no taponaba la herida del brazo, se habría desangrado o se habría infectado con el plomo y la pólvora que invadían el angosto agujero donde quedaron enclaustrados. Se necesitaron varios carpinteros para sacarlos de allí días más tarde, ya en tierra, y Trujillo dio gracias a Dios por haber ganado al mejor hermano de entre todos los soldados.

Más tarde marcharon a Francia, quién sabe a qué guerra. La lucha les separó de escuadrón, les cambió de ciudad, fueron y volvieron. Y una noche en una taberna, después de beber los primeros vinos de una juventud que quemaba a marchas forzadas, Trujillo asistió a un espectáculo de gallardía de rufianes: habían pillado a dos sodomitas en algún callejón, dos soldados del tercio, e iban a darles merecido castigo entre risas y jarras. Se formó un círculo grande de borrachos y machos o todo revuelto. Empujaron a dos allí dentro, con la cabeza cubierta y los pantalones bajados, las manos atadas atrás. Otros dos hicieron de maestros de aquella ceremonia. Les obligaron a poner posturitas, jugaron con rábanos, pepinos, pimientos; durante un rato les tiraron comida, les mearon, rieron. Y de fin de fiesta, levantaron las capuchas a los pecadores. Todo el mundo insultó, vejó, se mofó, acabó con las vidas de soldado de esos dos desgraciados. El otro nunca supo quién era. Pero enfrente de él, como si el destino quisiera hacerle una pregunta a la cara, la capucha desveló el rostro de su hermano, del Marce, de ese que le había salvado la vida una vez.

La borrachera se fue. La jarra cayó de sus manos. No supo qué hacer. Mentira: sí que sabía. Debía acabar con aquella vergüenza. Salir ahí en medio y llevarse a su hermano, defender el honor del que le salvó la vida encerrado en un barco. Él le miró. Trujillo le miró a él.

Y no hizo nada.

Juan Trujillo, el bravo guerrero, ha sido un cobarde toda su vida. O al menos así se ha sentido. Nunca ha hablado con nadie. Nunca ha dejado que nadie penetre en su corazón herido. Se ha jugado la vida mil veces intentando olvidar el deshonor que le mancha, que sigue tras él. De vez en cuando lo olvida, ataca, hiere, mata, viaja más lejos huyendo de esa mancha negra. Pero siempre, como una sombra pegada a sus botas, la mancha le sigue.

Y le pregunta: ¿has hecho lo que debes hacer o te has escondido?

Trujillo, apoyado en la puerta de Inés, sujetado más bien, baja la cabeza y con toda la fuerza que le sale del pecho se echa a llorar como un niño. Lloro sin ningún consuelo, llora perdido, llora azul, llora solo.

Levanta la cabeza. Inhala todas las flores del parterre. Abre los ojos. Suelta la

mano de la madera, da la vuelta y se va decidido.

Nunca sabrá que al otro lado, respirando en silencio, anhelando, esperando a abrir sabiendo que solo recibirá la visita de un espacio vacío entre unas flores marchitas, se ahoga Inés de la Vega entre las lágrimas que se cuelan bajo la puerta.

Juana tiritita ora con frío, ora ardiendo de fiebre. No está acostumbrada al dolor. No es lo suyo, no está hecha para esto. Con lo a gusto que estaba en sus tierras, su sol, su secano. Mira la lámpara que dejó el capitán; le parece que se apaga. O quizá es ella, que se le escapa la mecha. Busca algo que agarrar, para asirse y sentirse con vida. ¿Qué es eso blanco que está en esa esquina?

Alarga la mano. Aparta un poco de heno. Lo reconoce: es el saquito de hierbas que le trajo a Ventura, las que Simón le había dado. Estira aún más el brazo. Le duele, pero alcanza. Con dos dedos acerca el paquetito. Lo huele. Es a lo que huele toda la celda. A lo que olía siempre Ventura. A lo que olía... Mmmm, le hace sentirse bien.

No lo duda. Abre el paquete. Toma unas hierbas, las mete en la boca. Mastica. Son asquerosas. Da igual. Toma más.

Pasan los minutos en un extraño revuelo. De repente le crece un dragón en el pecho, le arde. No sabe de dónde saca las fuerzas, pero se incorpora y vomita con fuerza, echando todo lo del día. Parece que va a estar vomitando una vida, pero cuando acaba, la cosa es peor: tiene más tembleque, más sudor, no soporta estar incorporada y se echa en el heno de nuevo a respirar entrecortado. Pero ve que hay algo raro en el calabozo y se olvida de respirar y gira su cabeza hacia el techo.

De pronto hay más luz.

Mucha más. Está todo iluminado. Mira sobre la mesa, solo está esa lámpara que dejó el capitán. Pero ahora ve. Ahora ve todo mucho más claro. Ve a los muertos que cuelgan del techo como preguntas resueltas; los aparta sin más, ve el campo verde infinito del Oso y un bulto marrón solitario. Ve la ciudad, La Ciénaga, el arrabal lleno de piratas, de negros, de indios españoles y de blancos salvajes. Vuela por ese valle en forma de media luna buscando la pregunta correcta y cada vez ve más luz. Todo está claro ahora.

—Solo tienes que llevar la lámpara hacia el sitio adecuado y todo quedará revelado.

—Es cierto, Ventura. Me lo dijiste bien claro.

—Eso te dije y no quisiste hacerme caso.

Juana escucha claramente a Ventura y sonrío. Voy a perder la razón yo también. Pero sea, ¿qué importa? Y alarga la mano de nuevo y toma otro puñado de hierbas.

—Y yo que pensaba que me estabas lanzando acertijos una vez más...

—Juana de Alcántara, no sabes jugar. No te has acostumbrado a hablar con dobles sentidos.

—Acércame la lámpara. Apenas puedo moverme.

—Tendrás que hacerlo tú. Llévala al sitio adecuado, te digo.

Juana se acerca a la mesa. Ventura espera divertido. Juana, despacio, levanta la lámpara y todo le es revelado.

—No me interpretes mal, Ventura, yo no suelo tener lengua de tabernera. Pero esto solo tiene un nombre. Has sido un cabrón.

Ventura se ríe.

Juana pasea la lámpara por esa bóveda baja de ladrillo oscuro y blandurrio. Grabado en él hay centenares de frases, en perfecto latín, en mensajes cortos, certeros, que se dirigen a ella. Solo a ella.

—Te lo dije, Juana de Alcántara.

Ventura dedicó los días en esa celda húmeda y oscura a escribirle en la pared todo lo que no podía decir en voz alta, todo lo que no podía oír ese cuyo nombre se repite aquí y allá con insistencia barroca:

Amón.

Luis de Osuna camina sin rumbo, la camisa abierta, las heridas al aire, el cuchillo curvo manchado de sangre haciéndose cortes de cuando en cuando, haciendo un intento de sentir algo, de sufrir por algo que no sea lo que tiene dentro del pecho. Su figura grande y roja golpea con el verde inmenso de las plantaciones en pasos imprecisos sobre esos terruños arados. No se da cuenta de dónde se encuentra, no es capaz de hilar pensamientos. Tiene un vacío gigante en la mente. Será porque por vez primera en los últimos años no le arde el vientre y tiene el sexo por fin contraído.

Trujillo cabalga hacia la hacienda apresurado. Allí ya han llegado noticias del drama, el silencio nubla las plantaciones y de cuando en cuando truena un quejido. Trujillo se acerca al galope con la garganta embotada, sin encontrar las palabras que va a pronunciar porque está todo dicho. O, al menos, lo más importante: que Isabel, la bella Isabel, la enferma Isabel, está muerta. Que en su mano se hallaba el puñal que ha herido al famoso Páter Penumbra. Que todo el resto es misterio. Que solo hay silencio y quejidos.

Trujillo ve el fardo rojo vagar entre plantas. Detiene el caballo y lo deja en manos del Flecha, su sombra del día. Se acerca hacia el Oso y, según va llegando, ve el cuchillo y la sangre y la cara de ido. Ralentiza el paso, pone una mano en la espada y alarga la otra, a modo de parapeto y aviso.

—Osuna... Señor...

El Oso levanta la vista, pero le cuesta centrarla en el capitán.

—¿Qué os sucede? ¿Habéis sido atacado?

Osuna se mira, observa perplejo el aspecto terrible que lleva, el cuchillo mojado en la mano; sin pensarlo mucho se hace otro corte en el brazo y, despreciando el dolor, tira el arma al sembrado y sigue adelante. Trujillo le para.

—Osuna, ¿sabéis ya lo que le ha ocurrido a vuestra hija?



El Oso le mira escuchando un eco lejano de tristeza infinita.

—Yo dejé que se fuera... Le di su mano a otro hombre... Quería ver si así conseguía liberarme... Pero ella me odió, no me lo perdonó y me abandonó... No se fue, ¿me entendéis? Pero me abandonó... Y ahora se ha ido para siempre. La llamo y sé que no va a volver.

Lacio y desvaído deja de mirar a Trujillo y se pierde entre las plantaciones acariciando las hojas, buscando algo en este mundo que se asemeje a aquel pelo, a esa piel, a sus ojos enfermos.

Juana se ve en el camino. Ve el carro parado de Germán de Val y, a poca distancia, la mujer misteriosa, ahí tirada. Se acerca con los criados indios a verle la cara, tapada del todo con el tocado que lleva. Tiene rostro de niña, los ojos bonitos, pero cuando están junto a ella su voz es grave, muy fiera, habla en idioma indio. Porque, aunque tenga cara de niña, es un hombre.

—Eso es, Juana de Alcántara. Muy bien deducido.

—No me adules tú también, Ventura. Él lo hacía continuamente.

—Sigue, pues.

—Es un hombre. Solo lleva las ropas de esa señora, Antonia Mestre, esa desgraciada de buen corazón que acogió en su hogar a dos expedicionarios y que murió al poco tiempo. Sus ropas han servido de disfraz perfecto para acercarse a las víctimas sin ser temido, al igual que esa cara de niña que esconde a un demonio y que le ha dado fama de poco hombre entre la tropa del cuartel.

—Eso sí era un buen disfraz, y no las ropas de doña Antonia.

Juana se ve en el camino sin poder evitar que los criados indios huyan de esa mujer con voz de hombre y entonces, en el carro, Germán de Val saca la cabeza por la ventana de la portezuela y ve venir a la misteriosa mujer. Pero también el pequeño Germancico la ha visto desde el ventanuco de delante, y más aún, desde su lado puede apreciar cómo desenvaina un cuchillo.

—Esa imagen es la que se ha quedado en su cabeza. Por eso se puso tan nervioso con la urraca Fernanda Bigotes.

Ventura la anima a que preste de nuevo atención a la escena.

—¿Ves cómo el niño sale por la otra portezuela? Está fuera de la visión del Amo, que no se da cuenta porque va pendiente del padre, en el otro lado del carro.

Juana observa cómo el niño corre hasta el borde del camino donde está Ventura escondido. Lo toma entre sus brazos.

—¿Y qué hacías tú ahí, Ventura? ¿Venías a matar tú también?

—Sabes que yo no he matado a nadie.

—Lo sé. ¿Entonces?

—Lee aquí: te lo he dejado escrito.

El camino, el carro, la selva se desvanecen entre los resquicios del calabozo.

Juana acerca la luz a un bloque de ladrillos y lee lo escrito por Ventura: «Amón me da miedo. Me castiga si no le doy lo que quiere». ¿Qué hacías para él si no era matar?

—Soy un loco, Juana de Alcántara. ¿Qué hacía?

—Tú conocías a todos, deambulabas con tu fama de loco inofensivo por aquí y por allá y nadie te prestaba atención. —Juana se ilumina ante la sonrisa de Ventura—. Eras un espía. Así sabías dónde y cuándo él podía atacar a las víctimas. Pero ¿por qué le ayudaste?

—Lee este otro mensaje.

—«Amón quitó mis pesadillas». Las que todos teníais... ¿Y él sabía por qué?

—Él me encontró y me dijo que se llevaría las pesadillas. Me dio el remedio y, cuando entró en mí, me habló. Dijo que los pecadores no pagan su penitencia después de la muerte. Que deben pagar en vida. Si yo le ayudaba a cobrar esa penitencia, mis pesadillas se irían. Él sabía el motivo de esas pesadillas.

—¿Por qué lo sabía, Ventura?

—¡Si tú lo sabes, Juana de Alcántara! Pero te lo recuerdo, mira lo que escribí ahí: «Amón cruzó las montañas». Vino de lejos, sobrevivió a los caimanes. ¿Es o no es un ser milagroso?

—Sí, recuerdo la historia... Los caimanes se comieron a todos los expedicionarios. A todos menos a dos.

—Eso es. Al viejo y al joven. La experiencia y la savia nueva.

—No divagues. ¿Por qué sabía lo que pasó en Ciudad Perdida?

—¿Por qué iba a ser? —Y le lleva la lámpara hacia otro lugar—: «Amón aprendió en la Ciudad Perdida».

El calabozo se ilumina como la luz del día. Juana ve todos sus papeles emborronados aletear en el aire cerrado de la celda, todas sus ideas, sus cien conjeturas volando como murciélagos enloquecidos. Se protege de ellos, le duelen, le golpean por boba. Ahora lo entiende todo.

—«Al subir de nuevo desde el valle —me contó—, dimos con un poblado indio que nos acogió con generosidad. Gracias a ellos nos recuperamos». El viejo Wenger y él fueron a dar a Ciudad Perdida. Se recuperaron allí...

Juana se encarama frenética para constatar lo que estaba ya vislumbrando y las letras en la pared saltan fuera y casi la golpean.

—«Amón vio a los Diez». Y esa es la clave, ¿no, Ventura?

—Esa es la clave.

—La pieza que faltaba y no vi: estaban allí. Cuando los Diez llegasteis, ellos estaban allí y os vieron. No hay revelaciones peores que las que esconden una obviedad.

—Te repites, Juana de Alcántara.

—Porque me equivoco repetidamente. ¿De qué me sirve tanta dialéctica? Las recetas de un fullero de mesa de burdel han sido más certeras que toda mi preparación de años. Me he negado a mirar con los ojos. Él os vio matar a todos...

—Amón sabe que yo no maté.

—Tú no; tú estabas entre los matorrales.

—Allí había otros niños... Les hacía gestos para que callaran, para que vinieran conmigo..., pero se asustaban al ver venir a alguno de aquellos mastuerzos con el peto brillante y la sangre en las manos, y chillaban. No podían evitarlo y chillaban... y entonces se los llevaban.

—Ventura, no irás a tener pesadillas ahora que estás muerto...

—No... Ya no hay más pesadillas. Ya no hay nada.

La luz parece que poco a poco se apaga. Ventura le señala otro rótulo.

—«Amón es un *máma*, un maestro».

—Él tiene ese ansia de aprender... Aprendió de los indios, su idioma y sus rituales. Aquí en la ciudad, siempre merodeaba por el mercado comprando hierbas y potajes de los nativos. En aquel poblado aprendió todo; por eso pudo darte a ti las hierbas que necesitabas para calmar esa mente turbada tuya.

—Correcto. Como dirías tú.

—Y la pobre Isabel... ¿ella también? Tenía tu mirada, tu olor...

—Por esa dama yo no te sé responder, pero yo gracias a él dejé de sufrir. Antes, yo subía a la montaña. Allí veía a algunos Invisibles, pero no siempre estaban. Y yo moría de dolor, las pesadillas me mataban. Pero encontré a Amón y todo cambió.

—Ese ansia de aprenderlo todo... Yo le reconozco. Me reconozco en él. No poder parar, querer saberlo todo para ser más que Dios... —Ser más que Dios. Ahora le entiende—. Sabe que le da poder... «Incluso a la gente de alta cuna hay que hablarles a veces como a niños», decía con soberbia. El primer día que hablamos me soltó un latinajo: «La ignorancia es causa de temor», como para echarme un anzuelo. Y piqué.

—Te cegaste, Juana de Alcántara.

—Yo me cegué y me convirtió en su mensajero, en su mejor altavoz. Nadie mejor que yo para expandir su mensaje. Yo les dije a los hidalgos todo lo que él quería que contara. Hasta desenterré a Ignacio Irrazu para que a todo el mundo le quedara claro. No estaba descubriendo un misterio, estaba haciéndole de pregonero. —Juana se deja caer agotada de nuevo en el heno del suelo—. Y le invité a escuchar mis tontas conjeturas mientras él se reía en una esquina. Qué estúpida y vacua fantoche he sido todo este tiempo.

Ventura escucha los ruidos de fuera.

—He de irme, Juana de Alcántara.

—Tú le has dado tu vida, pobre fantasma. ¿Por qué?

—Si hubieras sufrido lo que yo... desearías morir para estar por fin en paz.

—¿Ahora lo estás?

—Ahora no estoy.

—¿Te volveré a ver?

—Has abierto esta puerta, Juana de Alcántara. Tú sabrás.

Y Juana no sabe decir si es justo después de pronunciar esta frase o han pasado

dos horas o un día o fue antes y esto lo ha imaginado. Algo de tiempo ha debido de pasar porque oye otra voz que le indica:

—Está atardeciendo. Es la hora.

Resulta que la puerta del calabozo está abierta y ella sigue medio tirada en el heno, empuñando la lámpara, en postura imposible mirando los ladrillos del techo. Pero como no sabe en qué mundo está, si en el del Loco Ventura o en el de los humanos cuerdos, hace el esfuerzo y enfoca. Pero ese que habló ya viene hacia acá, así que se siente como en los sueños, amordazada y sin poder mover los pies mientras un villano la ataca.

Decidido y cuidadoso como siempre, le sujeta la cabeza y la espalda y, con un gesto amable pero firme, le susurra:

—Vengo a rescataros, señora.

Y el joven y fiero Blas de Lepe la toma en sus brazos y la lleva consigo.

—¿Qué es ese olor?

Trujillo ha llegado a la hacienda desconcertado y revuelto. Allí las mujeres lo tienen todo patas arriba. El capitán no sabe decir si esto es peor o mejor que lo que ha visto allí afuera. Aquí doña Manuela ha sacado las ropas de luto y está haciendo trabajar a todos para llevar el protocolo al extremo. Diríase que la muerte no es suya. Pero lo que ocurre es que esta mujer es tan corta de seso que no sabe cómo enfrentarse a esta pérdida y mucho menos a ese marido extraviado. Rechaza dedicar un segundo al problema y por tanto emplea todo su tiempo en la memez que a nadie le importa: dar una buena impresión como madre doliente de alcurnia.

Pero al poco de entrar, Trujillo ha sentido ese olor, que hasta él, que tiene los sentidos más bastos que un corcho de botella, ha recordado enseguida.

—Parece que están quemando algo, ahí arriba...

Trujillo sube a la carrera las escaleras del patio y, guiado por el aroma y el humo, llega hasta la estancia de las hijas de Osuna. Allí pesca a Leonor ante el fuego de la chimenea, agobiada por la que ha liado al echar en la hoguera la vida secreta de su hermana Isabel. El capitán corre hasta ella y mete la mano para recuperar cartas y sobres y bolsitas con hierbas que inundan de un olor penetrante y conocido toda la estancia. La niña intenta impedirlo, pero Trujillo la agarra de un brazo y la voltea como un trapo y saca como puede todo aquello.

De una manera confusa, Trujillo sabía que Isabel tenía algo que ver, no como víctima, sino como parte del embrollo. Tenía el cuchillo con el que hirió a Páter Penumbra en la mano, en la casa del ciego... ¿De dónde sale esa relación tan absurda entre una noble y un pordiosero? Eso es lo que dijo la Chillitos que vio, y no deja de pensar también en el cuento de los indios que Fiz de Talaván no creyó... ¿Pero cómo, por qué? Lee los papeles tras golpearlos contra una mesa para aplacar las brasas.

Las cartas son mensajes de amor. Pero no de amor anhelante, rendido, extasiado.

Son órdenes, dictados en imperativo que conminan a despertar en la noche, a ayunar, a vivir en desvelo. Volcarse en obedecer su mandato, en tomar esas hierbas y en oír su voz desde dentro. En abandonarse a los designios del Amo. A vivir otra vida, más plena y más libre. Pero a cambio, empuñar un cuchillo y servir de reclamo para el demonio malvado, para el alma podrida que rompió la belleza. A cambio de ser libre, matar a Felipe Aguilar.

—¿Quién escribía esto?

—¡Ese muchacho insoportable, el de la cara de niña! ¡El que venía a proteger a Isabel! Venía en secreto todas las noches, le daba a comer estas hierbas, bebía un caldo asqueroso que la hacía vomitar; pero ya no volvió a tener sus ataques... Estaba segura, feliz, veía sueños despierta, decía que la voz de él le hablaba... hacía lo que él le mandaba. Ella odiaba a Felipe Aguilar, haría cualquier cosa por evitar esa boda, quiso fugarse de casa. Él la convenció de otro plan, algo secreto, yo no sé lo que era... y mirad en qué ha quedado todo...

Trujillo, espantado, recuerda el papel que encontró en la casa del ciego y mira el final de estas cartas.

*Tuyo,  
Amón...*

Blas y Juana salen de la celda, pero no escaleras arriba, sino que tuercen hacia lo oscuro. Juana ha visto sentado a la puerta a Jacinto el Mulo, dormido, ¿muerto quizá? No lo sabe. Caminan por un angosto pasillo y, cómo no, van a dar a un agujero, un pasadizo de esos que Amón conoce tan bien.

Juana va como un fardo a la espalda de Blas, de Amón, del Amo. ¿Cómo ha de llamarle a partir de ahora? Él se guía deprisa mirándose el brazo desnudo, donde, igual que Ventura, tiene tatuado un dibujo esquemático de todas las galerías.

No hay murciélagos. ¿Adónde se han ido? Quizá ya estén dando vueltas a la ciudad, saludando a la noche, buscando a los vivos.

Salen a la luz. El cielo está rojo, malva, azul, promete ser negro. Unos caballos esperan. Blas ata firmemente a Juana con una soga a uno de ellos, acolchándola con unos bultos para que no reciba golpes por el camino.

Se ponen en marcha. Desaparecen entre sembrados por senderos poco habitados. La selva al fondo.

—Mira que yo les decía que el pobre Loco no era culpable de nada, pero no me quisieron hacer caso... y claro, luego mataron a otro señorón del cabildo, y me tuvieron que llamar a mí para resolver el enigma cuando...

Simón se tropieza y cae sobre una raíz. Ily, que va por delante, se para.

—Hablas mucho.

—¿Y qué? ¿No te interesa mi historia? Yo contándote cómo he llegado hasta aquí, que es lo más increíble que me ha pasado en la vida, y tú sin prestarme atención.

—Ily conoce esos muertos.

—¿Que los conoces? Vamos, anda. Has echado unos polvitos de esos en el fuego y se te han aparecido como a las brujas. Déjame que acabe: tu amiga Gunnale...

—Ellos mataron mi pueblo.

Simón calla de repente y vuelve a tropezar, hundiéndose en un agujero de fango. Se ha quedado tan sorprendido que no ha mirado por dónde pisaba. Sale de allí sin importarle la mierda que arrastra y se acerca al muchacho.

—¿Qué es eso de que los otros mataron a los de tu pueblo?

Ily se resigna a hablar. Es la primera vez que lo hace, y en lengua extranjera. En ese español pequeñito y a base de gestos, cuenta lo que fue su vida en la Ciudad Perdida, solo pendiente de la subida del río, de jugar, de aprender, de cazar. Era un lugar lleno de magia, al menos así es su recuerdo. Enmarcada por altos y enmarañados bejucos, una colina verde y despejada llena de bohíos, coronada por una piedra saliente, puntiaguda, que apuntaba hacia el cielo, y calzada a sus pies por un río caudaloso, suave y marrón. El poblado era un lugar abierto a cualquiera. Nunca hicieron daño ni lo recibieron. Por allí pasaban con gusto todas las tribus, todo se les daba y ellos dejaban lo que tenían. Enseñaban lo que sabían y aprendían de todos. También los Hermanos Menores vinieron. Que él recuerde, un niño pequeño a quien curaron de una gran herida en el pecho, y al final a dos expedicionarios perdidos. Estos vivieron allí muchos meses, aprendieron, enseñaron. Se hicieron amigos, se amaron. Con ellos él aprendió el español. Él les enseñó el ritual del *yajé*. La mezcla secreta ancestral, el cuidado y la responsabilidad al usarla, pues cada uno que la toma saca de dentro lo que dentro lleve. Y es obligación del maestro, del *máma*, del que lleve de la mano al iniciado, ser un buen amo: guiar, sacar los demonios, mostrar el camino. Si no, es muy peligroso para el que inicia su senda por ese destino.

Un día que estaba con sus dos nuevos amigos, recolectando hojas de bejuco y de las otras plantas que necesitaban, subidos a lo alto de las lianas, después de toda una jornada de trabajo intensivo, oyeron el jaleo de una nueva visita. Se acercaron hasta los bohíos sin bajar de los árboles y, de liana en liana, llegaron a estar muy cerca, a ver desde lo alto cómo los suyos recibían a un grupo de diez españoles.

Ily y sus dos amigos estaban a punto de bajar, pero de los dos hombres blancos, el más viejo observó que si se mostraban, estarían obligados a volverse con ellos. Él no quería volver más a vivir con los Hermanos Menores. Había decidido que ese era su sitio y que sus ojos no verían más hombres blancos. Dijo que se quedaría ahí arriba y esperaría a la marcha del grupo. El más joven sonrió y dijo lo mismo, así pues Ily se puso cómodo y entre los tres decidieron simplemente descansar y observar desde arriba. Y desde allí vieron la fiesta y reconocieron las caras y rieron con la reacción que les daba a esos hombres tomar las hierbas mágicas. Pero todo se torció de

repente. El más joven, el pequeño de espaldas anchas, lanzó su ballesta. Se hizo el silencio. Y al poco, todos los demás estaban inmersos en una matanza sin freno. Quisieron bajar y luchar, pero Ily no se lo permitió. No estaban armados más que con unos cuchillos. Si acudían allí a enfrentarse a esos hombres con armas de fuego, con hachas, con esa locura en los ojos, estaban muertos. La Madre les había colocado allí arriba y allí debían quedarse. Por alguna razón había querido que ellos tres fueran los elegidos para sobrevivir.

Gritos horribles, golpes de hierro y muchos disparos. Todo estaba ya consumado: manos cortadas, niños descabezados, ojos sangrantes, fuego, carne. Y ellos tres congelados, allá arriba, sin pestañear, viendo el fin de una vida soñada. Todo quemado, todo arrasado. Una gran hoguera con todos los cadáveres allí en montonera. Ante el fuego, ahí abajo, los Diez se hicieron conscientes de lo que había sucedido. Uno de ellos se apartó, vomitó, y salió a correr. Los demás, invadidos por un miedo a sí mismos o a no se sabe qué, salieron huyendo también.

Ily miró a sus amigos. El viejo estaba ido, muerto en vida; un soplo de aire le hubiera tirado del árbol. El joven, en cambio, tenía en sus ojos la furia del odio. ¿Qué cara se le habría quedado a él mismo? No lo sabía. Pero se dio cuenta de que ya estaba todo cumplido.

De repente, entre los bejucos, vio un tití. Nunca lo había visto antes. Le miraba, le chillaba, le tiraba huesitos de fruta. Supo que tenía que ir con él y, sin hacer ruido, le siguió de árbol en árbol allá arriba. No miró atrás; no volvió a ver Ciudad Perdida ni a aquellos dos amigos... o sí.

Al más joven, hacía poco, igual que a alguno de los Diez. Ha visto también muchas veces a ese que pasó la matanza acurrucado, al que llaman el Loco, al que Arua Biku cuida esperando que le diga verdades de los Antiguos. Son muchas las veces que uno vuelve a encontrar otras vidas. Lo que hay que saber es por qué.

Simón se detiene de nuevo. No es que sea tan listo como Juana de Alcántara, pero algo de seso sí que le queda.

—Oye, chaval. ¿Y tú te acuerdas cómo se llamaban esos dos que dejaste allí, tus dos amigos?

Cuando Simón escucha los nombres, lo que estaba temiendo que oiría, ya tiene la decisión tomada.

—Pues me tienes que hacer un favor, muchachino. Me temo que tengo que volver allá abajo, a donde los Hermanos Menores (ya hablaremos tú y yo de ese nombre). Dime el camino de vuelta a San Sebastián de la Ciénaga.

Y cuando parecía que ya no podría pasar nada más, la vida le enseña a Trujillo que nunca es bastante. A punto de irse de la hacienda del Oso de nuevo a La Ciénaga, sabiendo ya a quién debe buscar allí, quién es el magancés hideputa que se ha burlado de él y ha provocado casi la muerte de Juana, de repente, como una ola gigante que se

vierte sobre los sembrados, los ve venir.

Primero vienen corriendo los campesinos, en carrera alocada, buscando refugio en la casa. Después a caballo los guardas, los capataces, tocando corneta y gritando para dar aviso. Y detrás, con flechas, con lanzas, con plumas, con pinturas de guerra, sin miedo en el campo abierto, menos invisibles que nunca, los indios.

—¡Todos dentro de la hacienda! ¡Deprisa!

Trujillo no tarda un segundo en organizar la defensa. En esas no le cogen desprevenido, esto es lo que mejor sabe hacer: guerrear. Meten a las mujeres adentro y con los capataces y guardas y algunos hombres dispuestos, rechazan el ataque con armas de fuego. Llegado un momento de furia, el capitán se interna a caballo entre los sembrados a soltar espadaños, a lanzar golpes sin ton ni son, cortando cabezas lo mismo que mazorcas, dejando que huyan unos cuantos para que digan a los demás que haya escondidos que a este lado, defendiendo la plaza, hay un hombre más fuerte que el muro que rodea la ciudad.

Viéndoles irse lo mismo que el sol por el horizonte, Trujillo vuelve a la hacienda y grita a todo el mundo que han de dejar todo tal como esté, sacar los carros, caballos y mulos y salir lo más deprisa posible rumbo a La Ciénaga.

—Pero capitán, estamos preparándonos para el funeral de mi hija. ¿Cómo vamos a irnos? —dice alarmada doña Manuela.

En verdad esta mujer es imbécil. Ya que están vestidas de luto, pueden quedarse a morir degolladas aquí si les place.

—Señora, hay que irse. Esto no ha sido una escaramuza. Volverán, y serán más.

Todos se ponen en marcha en cuestión de minutos. Ya en el camino es cuando caen en la cuenta de que por ahí, en medio de los sembrados, imposible de encontrar en mitad de la noche, deambula perdido y manchado de sangre el dueño de la casa, el Oso.



## 22

### EL AIRE

*29 de junio*

Una punzada de dolor agudo la hace despertar. Sigue en el caballo. Lleva toda una vida en el caballo. Pero no; probablemente ha sido solo una noche. Pero se ve que el efecto de las drogas ha pasado y ahora la herida le ofrece una conciencia brutal de la realidad. A los pies de Juana hay una pared sin final. Cabalgan por una senda estrechísima, todo es silencio y selva. Ella está apoyada sobre los bultos, atada al cuello del caballo. No puede moverse.

Blas, delante en su caballo, se gira hacia atrás al oír su grito y desmonta solícito.

—¿Os duele, doña Juana?

—¿Cómo sabes quién soy?

Blas sonrío tímido. Desata de su cinto una cantimplora.

—Que no erais cura lo supe el primer día. Recordad que yo he crecido entre frailes. Vos sabéis los rudimentos, pero... no lo lleváis dentro, no habéis vivido con ello y yo os lo noto. Que sois mujer me lo dijo Wenger. Los ciegos tienen los sentidos muy afilados y él supo distinguir vuestra voz, vuestro olor... Que sois la prófuga ha sido cuestión deductiva.

Ha aprendido. Vaya si ha aprendido.

—Tomad, señora. Bebed esto, os vendrá bien.

Juana niega con la cabeza.

—Insisto. He cambiado vuestro vendaje, ya no sangráis, pero el corte es profundo. Es mejor que os dejéis llevar por esta medicina. Dejareis fuera vuestros demonios.

—No lo quiero. ¿Tendré después que llamarte Amón yo también?

Blas se encoge de hombros.

—Os ayudaré.

Blas le sujeta la cabeza y le mete a la fuerza el líquido en la boca. Se la cierra apretando y tapándole la nariz. Acaba tragando para poder respirar. Tiene el mismo sabor que las hierbas que tomó en la celda, pero mucho más intenso; poco a poco siente el vértigo de entrar de nuevo por esa puerta abierta.

Juana ve a Blas al borde del precipicio. Le alarga la mano, ella baja del caballo y los

dos agarrados saltan al vacío. Las montañas flotan bajo ellos. Ella vuelve a tener el pelo largo y un vestido de mujer.

—La droga tiene una preparación muy cuidadosa, pues la mezcla requiere unas proporciones muy específicas. Aprenderlas me costó muchos días, pero teníamos todo el tiempo del mundo en Ciudad Perdida. Yo me hubiera quedado allí para siempre, señora. Fui feliz como no lo he sido nunca. No eché de menos nada ni a nadie. Toda mi vida he sufrido el desprecio y el castigo de mis semejantes, por ser débil, por ser pobre, por ser distinto... No ha habido un día de mi vida anterior que recuerde feliz. Siempre fui un esclavo de otros, salvo cuando estuve allí. No había clases ni poder ni riquezas. Solo la tierra y el tiempo.

Sobrevuelan una quebrada que se pierde entre los árboles como inmensas lágrimas de la montaña. Juana siente que se cae y le arrastrará ese agua, pero Blas sujeta su mano con fuerza y se elevan de nuevo.

—No temáis, señora. Se necesita un guía que os conduzca por este camino. Si no, vos sola podéis perderos con vuestros demonios. Porque aquí os enfrentáis a quien sois realmente.

Juana mira de nuevo al horizonte.

—El ciego fue el primero, ¿verdad?

—¿Cómo lo habéis sabido?

—Es quien más tiempo lleva contigo. Va a donde tú le dices. No está aquí. Ergo le has utilizado también, como a todos.

—No seáis injusta conmigo. El pobre perdió la cabeza con la masacre. Tenía que ayudarle. Yo salí corriendo tras el Grupo de los Diez, alcancé a dos y me arrepentí. Cuando volví... Wenger seguía donde lo dejé, en lo alto del árbol. Había dicho antes que nunca más vería a un hombre blanco después de aquello. Pero no supe lo que pretendía hasta que volví y le encontré con los ojos cegados. Había clavado con su cuchillo el árbol y vertido su savia venenosa sobre ellos. Casi pierde la razón. Quería quitarse la vida, yo le detuve, le di de beber y le hablé. Entré en sus demonios, le dije que estuviera tranquilo, que yo me encargaba... y funcionó. Se convirtió en un ser pacífico y dócil. No podéis imaginar cómo era aquel hombre antes. No admitía la crítica, no escuchaba. En realidad, las desgracias de nuestra expedición habían sido culpa suya; llevó a todos a la muerte en el río. Cuando después también murieron todos en Ciudad Perdida, pensó que era él, que estaba maldito, qué sé yo... Las mentes iletradas siempre buscan soluciones en la superstición, ¿no es cierto? Vos opináis lo mismo. Yo no podía quitarle la idea de la cabeza y la droga me sirvió para controlarlo, para darle razones. Yo le hablaba en sus éxtasis y me oía, se guiaba...

—Le salvaste del sufrimiento. Como a Ventura.

—Estaba tan necesitado de ayuda... Hay algo que aprendí de los indios, señora: hay que escuchar a la tierra y dejar que las cosas sucedan. Y solo cuando uno interprete las señales, actuar.

—Cuando encontraste al Loco, le reconociste enseguida, era el único que no mató

del Grupo de los Diez. Le diste las hierbas, le ayudaste a entrar en trance, le hablaste. Te confundiste con las voces que oía en su cabeza, con los demonios que martirizan a los enfermos como él.

—Cuando lo encontré estaba muy perdido, el pobre. Aceptar mi ayuda fue una bendición para él.

—Y pudiste dominarlo desde el primer momento.

—Me estaba tan agradecido... Entendía su sufrimiento, yo vi aquello igual que él.

Juana respira el aire fresco que la invade. Las lágrimas la ciegan. Vuelan ahora sobre frondosos cagüís.

—Él te mostró a los demás. Acababas de llegar a la ciudad y no sabías cómo encontrarlos. Él te señaló quiénes eran, qué hacían. No tenías prisa, nadie te conocía ni podía relacionarte con lo sucedido. Escogiste a los baquianos en primer lugar por ser los más débiles.

—Os admiro tanto, doña Juana... Acertáis siempre de pleno en vuestras conjeturas. Yo nunca había hecho algo así antes. Fue muy difícil matarles, muy desagradable.

—Y sin embargo, continuaste.

—Porque entonces pasó algo que me hizo afianzarme. Trabajaba en aquel momento para el señor Manosprietas en el archivo y acudió don Ignacio Irrazu a comunicarle la muerte de Salomón Acebes. Don Sancho lo apuntó en el registro como si se tratara de un listado de gastos de carpintería. No le importó. El señor Irrazu incluso lo tomaba con alivio. «Otro menos». ¡Otro menos! ¿Sabéis que la esposa de Germán de Val dijo lo mismo cuando llegaron de la selva? Venían aquellos dos heridos por mis flechas y ella les negó ayuda, por eso se fueron a la ciudad. Me lo contó el mismo Ventura. Esa gente despreciable no tenía un gramo de simpatía por sus compañeros muertos. Actuaban como si no hubieran hecho nada, como si aquello hubiera sido un mal sueño que pudieran olvidar.

—Pobre de ti... Nadie iba a saberlo, iba a quedar impune una tragedia tan grande. Tenía que saberse. Y cuando Ignacio Irrazu fue castigado, fueron conscientes, muy conscientes. Y apuntaron sobre Ventura.

—Eran almas tan podridas... Primero habían querido olvidarlo, y luego quisieron tapar el horror con el horror. Amenazaron al pobre Loco, y como no dijo más que la verdad, que vendría un dios de la ira a tomar su pago merecido, le agarraron una noche y le torturaron. Le hicieron mucho daño. Le quemaron. Pero el desgraciado solo decía que Amón vendría con su venganza. Volvió a mí muy enfermo. Le curé, bebió de mi magia y fuimos a castigar al siguiente. En ese momento, la fortuna me trajo al mayor aliado.

—Una tormenta me trajo a mí a La Ciénaga.

Juana sonrío, las aves vuelan a su lado. Su pelo largo le hace cosquillas en el rostro.

—Fuisteis providencial. El día que estudiasteis los cuerpos de Germán de Val y su

esposa, me sentí orgulloso y fascinado al mismo tiempo observándoos. Fuisteis extraordinariamente sagaz.

—Y he formado parte de tu plan desde entonces.

—No me lo toméis en cuenta, os lo ruego. Ya os lo he dicho: hay que dejar que las cosas sucedan y aprovechar las oportunidades.

—Como cuando te encargué seguir a Sabino Irrazu... Entonces decidiste que era el momento del siguiente castigo.

Blas, sonriéndole cariñoso, la conduce entre unos árboles de gran altura, sin rozarlos.

—Felipe Aguilar te dio la coartada —continúa Juana—. Fue él quien te golpeó. Era el número diez, el último en acudir a la casa de los Irrazu aquella noche que les vigilabas.

—¿Me podréis perdonar por engañaros, señora? Tenía que justificar mi ausencia, y una vez más, en el camino encontré cómo hacerlo. Me golpeó, pero no sabéis cuántos golpes he recibido yo en mi vida. Sé aguantar, y él tampoco me dio tan fuerte. Estaba muerto de miedo, y aunque quiso golpearme con un ladrillo, me aparté a tiempo y simulé. Yo sería un buen actor de corrala, señora. Me he acostumbrado a ello. Todos quieren ver al débil soldadito de cara de niña. Necesitan a ese personaje en escena. ¿Os acordáis del ataque que le dio a la triste Isabel unos días antes, del que yo fui testigo? Me inspiró. Me puse a dar temblequeras ante Felipe como hizo ella, moviendo los brazos y las piernas y soltando babas... El pobre echó a correr como alma que lleva el diablo. Me levanté enseguida, no fuera a ser que viniera otro vecino y me metiera en un brete. Me escondí en las sombras y aguardé, pues estaba seguro de lo que iba a suceder. Y sí, al rato, el señor don Sabino quedó solo en la casa. Ya lo iba yo a llamar cuando de repente salió. Llevaba el cuchillo, estaba dispuesto a buscar donde fuera con tal de acabar con nuestro querido Ventura. Si no llego yo a estar para protegerle...

—Pero no fuiste bueno con Ventura, le ordenaste matar al niño...

—¡No! Solo le hablé de lealtad —susurra Blas acariciándola con su gesto más convincente—. ¡Yo le había ayudado tanto! Él no había sido leal conmigo, no quería más que me demostrara que éramos uno.

—Era un alma pura. No estaba hecho para eso.

—La mayoría no lo están —apunta sombríamente Blas mientras recorre la selva. Sube de nuevo a los picos de las montañas. Ahora Juana siente frío.

—El Loco prefirió pagarte su error inmolándose antes de que te capturáramos.

—Estuvisteis a punto cuando bajasteis a los pasadizos. Yo estaba allí con Ventura, acababa de volver de la hacienda del Oso. Cuando oímos vuestra llegada apagamos la lámpara y nos escondimos, apenas teníamos tiempo de salir sin ser oídos.

—Me choqué contigo en la oscuridad, pero estaba aterrorizada y no paré a palparte, te habría reconocido. Estuve tan cerca entonces... Con el despertar de los murciélagos salisteis afuera y simulasteis la captura.

—Me despedí de Ventura en el momento que vos aparecíais. Le prometí que iba a dejar de soñar con los niños a partir de esa misma noche.

—Sabías muy bien cómo salir. Conocías los planos de los pasadizos porque trabajaste en el archivo...

—Sí, señora. Abusé de ese privilegio. Como no podía sacar nada de la sala, esperaba a estar solo y me los pintaba en el cuerpo, cada día un pedazo; fue complejo, hay multitud de entradas secretas por todas partes de la muralla. Por la noche bajaba con Wenger a recorrerlos. No sabéis cuán útil es caminar con un ciego para aprender a guiarse en la oscuridad. Fue providencial, pues un tiempo más tarde don Sancho se llevó los planos a su casa.

—Donde han sido pasto de las llamas... Nunca se sabrá ya qué es lo que hay allí abajo... Y fui yo además quien te dio la oportunidad esa tarde. Viniste conmigo a interrogarle.

—Sí, pasé un buen rato en la sala contigua a la vuestra viéndole sufrir con vuestras preguntas... Las llaves de su casa estaban allí, en la mesa. Aun así, casi me descubriste. Tiré un montón de libros al recogerlas...

—Después usaste las ropas de doña Antonia Mestre otra vez. Deambulaste con Wenger por allí hasta que ya todos en la calle se fueron a acostar y entonces entraste.

Juana mira hacia abajo. Se ve a sí misma atada al caballo, al lado de Blas, por la senda al borde de la montaña. Siente que está muy lejos de sí misma.

—Probablemente todos recibieron su castigo cuando pudiste dárselo —reflexiona—, pero Felipe Aguilar... Tuviste más oportunidades, ¿por qué esperar hasta el último momento?

—Todos los demás eran hombres maduros, maleados por la vida, corrompidos por los sueños frustrados. Pero Felipe es joven como yo, con la diferencia de que a él la vida le ha sonreído siempre. ¿Por qué fue tan cruel? Quería conocerle, le di la oportunidad de redimirse varias veces... Sin embargo, es tan mezquino, tan pequeño... Nunca os agradeceré lo suficiente que le arrancarais aquella confesión ante mí. Pero en cuanto entró el corregidor, supe enseguida que mi bonita cabeza no valía nada al haber escuchado todo aquello. No fui al cuartel como me mandasteis. Yo me sentía como vos aquel día, señora. Desesperado, asqueado por la injusticia de los poderosos. Yo vi claro lo que para vos fue un duro golpe: el delito iba a quedar impune de nuevo, se iba a olvidar entre las brasas, igual que los cuerpos de todos los habitantes de Ciudad Perdida. Era obligatorio golpear primero.

—Y usaste de reclamo a la pobre Isabel, que también había recibido tu guía.

—Sufría mucho. Yo la ayudé, os juro que sin mí se hubiera quitado la vida. Odiaba todo lo que la rodeaba. Odiaba su cuerpo, odiaba ser bella y deseada por su padre. Quería escaparse de casa, echar toda su vida a perder. Todo lo hice por su bien. Cuando comenzó a tomar lo que yo le daba, cambió tanto...

—¿De qué le sirvió? Ha muerto igualmente.

—Quería ser libre y yo... la liberé. Necesitaba librarse de Felipe Aguilar. Es el

que menos merecía seguir con vida.

—Pero no esperabais que apareciera yo en su lugar...

—Cuánto os arrepentiréis de haber dado vuestra vida por él. Es el alma más cruel e inconsciente de toda La Ciénaga.

—Y sin embargo, seguirá con vida.

—Eso está por ver.

Juana se deja caer hacia el camino. Se ve a sí misma, sobre el caballo, cada vez más cerca. Está pálida, los ojos entrecerrados, pero no puede asegurar que esté dormida. Duda si es mejor quedarse aquí arriba, en el aire, respirando a pleno pulmón, viendo todo el horizonte diáfano, guiada por su Amo.

—¿Qué sentisteis al leer la carta de Germán de Val? —susurra Blas—. ¿No deseabais un castigo para Felipe y para los demás asesinos cuando os enterasteis de la verdad? ¿No os dolió la impunidad y el olvido? ¿No os pareció que aquel crimen era peor que cualquiera de los castigos que yo ejecuté?

Juana se precipita hacia el suelo cada vez a más velocidad. Va a impactar contra sí misma, contra esa figura helada y de pelo rapado que yace sobre el caballo y en la que apenas se reconoce.

—No me digáis, doña Juana, que no ha sido una buena obra que esos seres abominables hayan pagado en vida por sus pecados, ojo por ojo y diente por diente...

—Sí.

—¿Cómo decís?

—Sí, Amón.

Juana despierta de nuevo entre árboles. Ahora están bajando por un sendero que se estrecha. Blas está mirando adelante.

—No os he oído bien. ¿Me habéis dicho algo? —Juana abre los ojos lánguidamente. Blas desmonta y se acerca a mirarla a los ojos—. ¿Os duele?

Ella niega con la cabeza. Por si acaso, Blas desanuda la cantimplora para darle su bebida de nuevo.

—Gracias, Amón.

Blas se queda parado. Se corrige y guarda de nuevo la cantimplora sin abrirla.

—¿Cómo os encontráis?

—Estoy bien, Amón, gracias a ti. El caballo ha movido el cuello y me ha despertado.

—¿Reconocéis, pues, lo que he hecho?

—Esa masacre les convirtió en los peores asesinos. Merecían el castigo.

Blas dibuja una sonrisa emocionada. La mirada de Juana es decidida pero enferma, los dientes apretados.

—Dejad todo en mis manos, señora.

Blas vuelve a su caballo, encabezando la marcha feliz.

Juana cierra los ojos por fin en paz.

*30 de junio*

Despierta completamente perdido. Después de ni se sabe cuántas horas seguidas caminando o siendo comido por las hormigas, Simón Lobato no tiene ni idea de qué hace allí, en el mundo civilizado, en ese lugar que conoce tan bien... y encadenado.

El patio del cuartel es un hervidero: tropas recién llegadas, sucias, embarradas y sangrientas. Jadeos y cansancio, caballos hirviendo en sudor, bebiendo sin parar. ¿Y yo qué hago encadenado?

Simón agita la cabeza. Entonces le viene el dolor penetrante. Recuerda en ese momento el golpe que recibió. Qué poco amables son los camaradas. Con lo que hemos vivido juntos... Ily y él habían cruzado la selva con cuidado de no ser vistos por el ejército de Invisibles. Ily era como el aire, pero Simón tuvo que embadurnarse de mierda para no oler ni ser visto.

Estaban ya en el valle, en campo abierto, cuando se les cruzó una patrulla. Simón traía un aspecto tan desastroso que, en cuanto lo divisaron en el camino, fueron a por él en grupo para inmovilizarlo. De milagro no le descerrajaron un tiro. Simón, con los brazos levantados y los ojos como platos, miraba hacia atrás cagándose en los Ancestros del indio, que había desaparecido justo cuando más en peligro estaba. Se esforzó por hablar en el español más claro que supo para que no le tomaran por indio, tal como estaba el ambiente, pero las ocho manos que se le echaron encima se dedicaron a sacudirle sin freno y sin escucharle, hasta que uno con una porra le dio un campanazo en la coronilla que le dejó tieso. Solo cuando se separaron de él a respirar les pareció que ese engendro bañado en barro seco se parecía al compadre Simón Lobato. Como alguno recordó que se había convertido en desertor, lo echaron sobre un caballo y lo trajeron preso. Así ha dormido la mona junto al abrevadero hasta hace un momento.

—¡¡Gordo cabrón, sácame de aquí, este no es sitio para una dama!!

Y esta voz es la que le ha hecho despertarse. Dios santo, ¿no puede gritar más bajito? En ese momento, su cabeza conecta esa voz con algo que conoce. Se incorpora un poco y la ve, salvaje y brava, encadenada como él al abrevadero.

—¡Marina!

—Despertó el leño por fin. ¿Traías sueño atrasado?

—¿Qué haces aquí?

—Ya ves, llevaba dos semanas sin meterme en problemas.

—Pues te veo mejor que nunca.

—A ver si se olvidan de mí ahora que han ganado la guerra.

Simón se incorpora sorprendido.

—¿Hemos resistido al ataque?

—¿Cómo que hemos? Había oído que eras un desertor.

—Estaba... cumpliendo una misión importante. Por cierto, no veo por aquí al Páter Penumbra.

—Ni lo vas a ver. Lleva dos días desaparecido. Dicen que se ha fugado con el soldadito ese que andaba por aquí con carita de niña. Vete a saber qué se traían. ¿No te los has encontrado en el monte? ¿Por qué me pones esa cara, asnejón?

Simón está repentinamente excitado y nervioso. No sabe qué hacer, nadie le presta atención. Efectivamente, se ha ganado la batalla esta vez. Los indios atacaron en varias oleadas por sitios distintos del valle. Con prudencia, Trujillo fue sacando pequeñas columnas a chocar contra ellos en campo abierto, sin dejar nunca desprovista la muralla. Toda la primera noche fue así, agotadora, con el temor, revelado cierto más tarde, de que en silencio muchos otros grupos estaban aproximándose a través de los sembrados. Esa constatación fue el momento más bajo en el ánimo de la tropa al amanecer del día siguiente. Tras una noche guerreando sin parar, todo estaba como al principio, y miraran hacia donde miraran, grupos de indios rodeaban la ciudad.

Empero, lo más complejo fue organizar la entrada de las masas intramuros. En cuanto comenzaron los ataques, todo el arrabal acudió en tromba hacia las puertas, y en oleadas, también la gente de las haciendas. Los efectivos necesarios para instalar a toda esa muchedumbre en la plaza y los aledaños supusieron casi tantos esfuerzos a Trujillo y sus hombres como la lucha contra el enemigo.

La batalla del día siguiente ha sido casi ininterrumpida hasta hoy. Veinticuatro horas de frente abierto, salidas a galope y fuerza bruta. Se asustó a los indios a base de mucho fuego de cañones y disparos, y después, en mitad del desconcierto, se les atacaba con columnas de soldados que surgían de la muralla en veloces embestidas para volver igualmente rápido. Poco a poco, los grupos de indios tendieron a unirse para sentirse más fuertes y entonces Trujillo les empujó hacia la costa saliendo con una gran columna a caballo que cortó la huida del ejército Invisible. Con el mar a sus espaldas y los fieles del capitán, los que eran sus brazos y sus piernas, frente a ellos, los indios dieron dura batalla, pero condenada a la derrota. Al caer la tarde, el grueso de los atacantes estaba vencido y se dedicó la noche a limpiar de indios las haciendas del valle, y en una de esas patrullas encontraron a Simón. A esas alturas de la mañana, se daba por ganada la batalla y se había anunciado una misa en San Telmo para elevar el espíritu del pueblo hacinado en la plaza. Pero Trujillo tenía claro que aquello no había sido el final; que tardarían una semana o dos meses, pero que iban a volver a atacar; que solo habían medido sus fuerzas, que habían probado de qué



temple estaba hecho el acero que defendía esa muralla y que cuando volvieran sería una sangría para la que no tenía claro si en verdad estaban preparados.

Pero en este momento nadie pensaba en tal cosa. Ahora el patio estaba ahíto de abrazos y chasquidos de yelmos, de risas sonoras y de lágrimas de contento.

—¿Y tú para qué has vuelto aquí? —volvía a preguntar Marina—. ¿No temes por tu cabeza?

—¿Eh? No veo al capitán Trujillo...

—Vaya, perdona que te moleste. Creía que tenías algo que contarme.

—Marina, tú me vas a volver loco. ¿Qué me quieres ahora?

Ella le pega un escupitajo en la cara. La tiene tan llena de mugre que no lo nota, pero comprende la intención y resopla. Marina, por su parte, está indignada, ¿para eso se ha pasado la noche a su lado, dándole besos y arrumacos, dándole por muerto más bien? Y ahora que está despierto no tiene ni idea de qué es lo que se dice a una hembra que está esperando por él. Pero Simón tiene ya algo de miedo de volverla a fastidiar y como además está encadenado, tampoco puede huir si se equivoca y esta fiera le lanza sus uñas. Pero ya está tan baqueteado que un trompazo más le iba a dar igual.

—Mira, Marina, yo toda la vida he sido un perrillo callejero. Pero te voy a decir una cosa, he aprendido cuál es el mayor valor de un perro: la fidelidad. Y yo soy fiel a...

No le da tiempo a acabar porque Marina le come a besos. Él no tiene claro si lo hubiera hecho de haber podido terminar la frase, que iba dirigida más bien al Páter Penumbra, pero tampoco iba a hacer ascos, ya que la cosa estaba saliendo tan bien.

—Como te vuelvas a escapar de mi lado, patán jediondo, te rebano el pescuezo, ¿me oyes?

Pues la hemos jodido, piensa Simón. A ver cómo me zafo de esta, ahora que ve entrar por la puerta del patio, con rostro de diablo, henchido de victoriosa rabia, al mismísimo capitán Trujillo trayendo del cuello arrastrado a ese que llaman el ciego Wenger.

Dada la multitud concentrada en la ciudad, la misa se iba a celebrar en las escaleras de entrada a la iglesia de San Telmo. Allí se había dispuesto el altar para don Marcelino y sillas para las autoridades. Una gran multitud de ingredientes mezclados, desde la especie mendicante arrabalera hasta el blanco camiserío de campesinos perdidos sin su vasto horizonte, flotaban en el caldo de barahúnda habitual de la ciudad. Con la pompa correspondiente a unos representantes de la Corona, el corregidor y su familia salieron de la casona institucionalmente tarde, para asegurarse de ser los últimos en aparecer a la ceremonia. Al acudir escoltados por soldados y el estandarte de la ciudad, atrajeron la atención desorbitada de los curiosos menos acostumbrados, de tal forma que los escasos cien metros entre un edificio y otro se

convirtieron en un rodillo de panadero sobre una masa en la que los soldados luchaban por no clavarse a sí mismos sus picas y Lope Aguilar, Felipe y doña Rosa se abrazaban mutuamente para intentar llegar de una pieza a las escaleras de la iglesia. El estandarte desapareció en el camino y Trujillo, que ya se encontraba en las escaleras, bajaba al encuentro de la familia a rescatarles cuando distinguió un cuchillo curvo asomar bajo un manto, y bajo él, la figurilla arrugada y siniestra del ciego Wenger aproximándose a ellos.

—¡Una limosna, señor, por caridad cristiana!

—¡No tengo monedas para dar...! —La voz de Felipe entrecortada sirvió como guía para el ciego, que rápidamente sacó el cuchillo para cruzar el aire.

Trujillo, al verlo, se lanzó desde la escalera en plancha, pero fue la propia Rosa Aguilar, madre ejemplar para un polluelo tan podrido, quien se ofreció de parapeto a recibir la puñalada. Los Aguilar emprendieron el vuelo hacia la iglesia en manos de los soldados, mientras el capitán, llevado por un ciclón, persiguió al ciego entre la muchedumbre. Le agarró del manto que llevaba, después de la mano del cuchillo, que utilizaba para abrirse paso, y tras quitárselo rompiéndole tres o cuatro dedos, Trujillo terminó por agarrarle del cuello y, así, en volandas, lo condujo hasta el cuartel con paso fiero.

Así ha entrado en el patio y así lo cruza hasta soltarlo bajo el soportal, rodeado por un amplio coro de soldados entusiasmados. Pero antes de preguntarle nada, al capitán le distrae la voz en grito de un reo asqueroso atado al abrevadero.

—¡Capitán! ¡Por Dios, aquí, atended!

—¿Quién es este mochuelo? —pregunta Trujillo.

—El soldado que desertó, capitán —responde Miquélez, siempre atento—. El Lobato.

—¡Señor, vengo de la selva, traigo noticia...!

—A los desertores se les sella como al ganado y se les echa de mi vista. ¡Barquero, ocúpate!

Enseguida vienen dos a colocar a Simón ante un banco para estirarle el brazo entre los gritos blasfemos de Marina. Qué manía tiene esta gente con torturarme, piensa Simón, encima que vengo de buena fe.

—¡Capitán, por vuestra madre, que sé quién es el asesino de La Ciénaga! ¡Es Blas de Lepe, el de cara de niña!

—Eso no es noticia, desertor —contesta Trujillo—. También lo sé yo...

—Ah... ¿sí? —Simón ve el sello de hierro quemarse en las brasas y traga saliva.

—Lo que voy a averiguar es dónde está —dice entre dientes el capitán, agarrando de nuevo al ciego Wenger—. Vamos, viejo, ¡habla! ¿Dónde os habéis llevado a Fiz de Talaván?

Simón intenta liberarse de las garras de los soldados, que le sujetan también la cabeza para que calle. Mientras tanto, Trujillo abofetea sin éxito al ciego, que le devuelve escupitajos de sangre a través de una sonrisa de clavicordio ajado.

—¡Contesta, gurdo, o te corto los dedos uno por uno!

Pero el ciego no hace otra cosa que reír en su cara. El Barquero, por su parte, ya se acerca con el hierro a ponerle el sello a Simón cuando este consigue desembarazarse del que le tapa la boca.

—¡Capitán, preguntadle por Ciudad Perdida!

A Wenger le cambia la cara inconscientemente y, aunque intenta disimularlo, Trujillo lo coge al vuelo.

—¿Iban allí? ¡Contesta!

Por toda respuesta, Wenger escupe enfurecido hacia donde está Simón. Trujillo sigue apretando.

—Van al único sitio donde nadie sabe llegar. ¿Tú lo sabes? ¡Contesta, te digo!

Pero Wenger vuelve a reír y Trujillo opta por estamparle contra la pared. El pobre espantapájaros se escurre dolorido y silencioso hasta el suelo para desesperación del militar.

—Capitán... mi capitán, os lo ruego... —chillotea Simón al calor del hierro que ya tiene cerca.

—Desertor, estoy por ponerte la marca yo mismo.

—Con permiso... Si me perdonáis esta cosa tan desagradable, yo... creo que puedo solucionaros lo de encontrar la Ciudad Perdida esa...

## *2 de julio*

Juana se despierta con el rumor de un río. O quizá con el rugido de sus tripas. El paisaje desde donde está es realmente bello. Un prado extrañamente despejado, como si el poder de los dioses de la montaña, esos de los que hablaba el padre Marcelino, protegieran esta colina de las impurezas de la selva. Hay ruinas de antiguas construcciones, desperdigadas y marchitas por el desuso. Un bohío grande y redondo yace calcinado y sembrado de calaveras, indeseado pero inevitable recuerdo como una mancha de sangre en el bordado de una costurera.

Más allá, los choibás entrelazados de bejucos como trenzas enormes, bellísimos, muralla natural que salva a la colina de maraña por tres de sus cuatro lados. El cuarto es una pronunciada cuesta que cae a un río amplio, bello, caudaloso y voluble como un pecho inhalando de deseo.

Coronándolo todo, una piedra grande y afilada, palo mayor, centinela, faro apagado. El silencio se hace presente por lo lejano de los ruidos del fondo. Un ave, una fruta cayendo, el rumor del río, el hambre...

Juana despierta en Ciudad Perdida. Y su anfitrión, el Amo, ya viene a ella.

Ante ella, una hoguerita suave caliente un caldero colgado de un palo, sujeto a su vez

por un triángulo de ramas y un pedrusco en el otro extremo. Blas llega y remueve el caldo. Saca de las brasas unos tubérculos.

—Buenos días, señora. Tenéis muy buen aspecto. Comed esto. Da mucha fuerza.

—Gracias, Amón.

—Os habéis pasado dos días durmiendo. Apenas habéis probado bocado, pero la fiebre ha bajado y vuestra herida tiene buen aspecto. Habéis superado la crisis.

—Sin ti habría muerto.

—Ya no os perseguirán más. Conmigo no tenéis nada que temer. Se acabaron los disfraces, la Inquisición... Estaremos aquí hasta que os recuperéis y os crezca un poco el cabello. Después iremos a Santa Marta, y de allí... nos dejaremos llevar. Seguro que hay muchas injusticias en el mundo que vos y yo podremos resolver. — Juana come con ganas. Blas continúa—: Os admiro. Averiguasteis todos mis secretos, hemos jugado al *quid pro quo*, como hacíais con Ventura; así como yo he averiguado los vuestros.

—Te he apreciado como a un hijo.

—Y yo a vos como a una madre.

Juana tiene un escalofrío.

—Este es un momento muy importante para mí... Como vos dijisteis, no hay que tener miedo a enfrentarse a las leyes de los hombres. Nosotros sabemos lo que está bien y lo que está mal, por eso podemos juzgar y ejecutar. Vos sabéis encontrar dónde está el mal; yo seré el brazo ejecutor. Acabad vuestra comida. Después os daré otra ración de esto. Está recién hecho. Os liberareis de todo vuestro mal y de vuestro pasado...

Se levanta a remover el caldero. El aroma de las hierbas se extiende por todo el lugar. Está a punto de iniciar un nuevo viaje.

—Ah, me olvidaba. Tengo un regalo para vos.

Se acerca a los caballos y saca de un paquete un vestido de mujer.

—Mirad —dice, mostrándolo extendido y feliz—, era de doña Antonia Mestre. Os caerá un poco grande, porque ella era de mi tamaño. Pero tendré tiempo de ajustarlo en estos días, mientras os recuperáis.

—Amón, ¿puedo pedirte que te agaches? No puedo levantar tanto la cabeza y me cuesta verte.

—No os preocupéis, Juana.

Blas se pone en cuclillas.

—A partir de ahora voy a llamaros Juana. Nada de tantas formalidades, ¿os parece bien?

Su sonrisa es de oreja a oreja.

—Sopla el fuego, por favor. Tengo frío.

Blas se agacha a soplar las brasas delicadamente.

—Amón, te pareces tanto a mí...

Blas sonrío, cada vez más ufano.

—¿Por qué lo decís esta vez?

—Como a mí, te ciega la soberbia.

A Juana le da tiempo de ver su cara sorprendida en un gesto estúpido antes de dar una patada al pedrusco que sujeta el palo del caldero. Este y su contenido caen golpeando y abrasando esa bonita cara de niña.

Juana se impulsa costosamente y sale a la carrera. Baja a toda la velocidad que puede la colina, moviendo esos músculos por vez primera en días, en dirección al sonido del río, que aún no ve, pero que imagina, corriendo a trompicones, clavando los pies en la tierra húmeda, cegada por el sol, por la pendiente cada vez más pronunciada, resbala por la hierba, se levanta y sigue corriendo, sin mirar atrás, sin saber si la sigue, aterrada, dolorida, rompiéndose por su herida, comiéndose el aire, llorando, sin saber si está cerca, abriendo la boca, resbalando de nuevo, cayendo por un tobogán sin ver dónde acaba la pendiente y pataleando nerviosa queriendo parar y no puede y cae.

Y ahora ve el río.

Pero está volando en el aire, braceando, buscando a qué asirse y solo hay vacío.

Y de repente el agua. Dura, profunda, revuelta, marrón. Sube. Aire. Cielo.

Está entera. Se deja arrastrar por el agua. Lo ha conseguido. El plan es sencillo: si la corriente la lleva, malo será que no llegue a algún lugar de la costa, y mucho más rápido que lo que ha tardado en venir.

Pero de pronto la corriente acelera, se estrecha como un sumidero y ve que hay rocas y ramas que no va a poder evitar. Está agotada. Estira los brazos y los pies adelante para amortiguar el golpe. Se acerca a un tronco gigante. Impacta. Se deja empujar por el agua y se encarama poco a poco para subir y descansar. Respira. Mira hacia atrás.

Y entonces, los brazos estirados, la cara monstruosamente quemada, los ojos rabiosos inyectados en sangre, llega Blas arrastrado por el agua y salta sobre ella.

Juana apenas puede moverse. Blas la sujeta como siempre, firme pero suavemente.

—Qué mejor que el agua fría para las quemaduras.

Y cerrando el puño, la golpea en el costado, en el lugar de la herida. Juana siente que la sangre y la vida se le salen por el agujero.

Juana despierta a lomos de Blas. Están subiendo la cuesta de vuelta a Ciudad Perdida. Ahora no le duele la herida. Le duele todo el cuerpo. Sin excepción.

—¿Vas a matarme?

—Por supuesto, ya que no queréis venir conmigo, será una rémora acarrearos en vuestro estado. Estad contenta; es un honor que vos, que tanto habéis dado por hacer justicia, reposéis aquí.

Juana comienza a temblar compulsivamente. No puede controlarlo.

—De todas formas, no temáis: no pienso torturaros como a los demás. No lo merecéis. Solo os hago un favor, para evitaros más sufrimiento.

—Me es igual si me torturas o no. Lo que no quiero es morirme. No soy una persona valiente.

Llegados a lo alto de la colina, bajo la gran roca afilada, la suelta suavemente en el suelo, dejándola de rodillas ante él. Toma un poco de aire. Ella sangra y se retuerce, dolorida y asqueada. Él tiene la cara en carne viva. Dos aberraciones en este lugar sagrado.

—Habéis conseguido engañarme...

—Yo también soy buena actriz. He practicado mucho estas semanas. Tiene su gracia. Yo vestida de hombre y tú de mujer. Nos parecemos demasiado.

—No. Yo fui leal a vos hasta el final. Os he ayudado tanto...

Basta.

—No has hecho justicia, ni ayudado a nadie. Utilizaste a Ventura, a Isabel, al ciego, a mí, y a cada uno nos dijiste lo que queríamos oír. Con Ventura fuiste extremadamente cruel, con Isabel zalamero, conmigo servil, pero a todos nos has usado y matado con tu arbitrio infantil. Ya estoy harta de escucharte. Lo has hecho por ti, solo por ti. No tienes redención.

Blas se encoge de hombros y desenvaina su cuchillo.

—Lo que digáis.

Le sujeta la cabeza y se dispone a degollarla. Juana va a cerrar los ojos, pero entonces Blas se pone de rodillas frente a ella. La suelta. Ella le mira desconcertada. Hay algo extraño. Ya lo ve: tiene la oreja izquierda atravesada por una flecha con pluma azul.

Juana mira atrás aterrorizada y ve venir a un muchacho indio a la carrera. Contempla a Blas, que cae con tremendas convulsiones y quemazón en la oreja. Ella no sabe elegir en manos de quién de los dos prefiere morir. El temblor se multiplica por cien, pero entonces se da cuenta de que tras el indio, corriendo también, aparecen tres o cuatro figuras conocidas que aún no distingue.

El indio llega hasta Blas y salta encima de él, capturando sus brazos bajo las rodillas. Saca un cuchillo veloz. Blas, entre horribles pinchazos, le reconoce.

—Mát...me, ráp...do —balbucea con la lengua paralizada y la cara congelada en un gesto de estupor—. No... ero... frir.

Ily, sin vacilar, le corta la oreja que tiene la flecha atravesada.

—Yo no mato. Tú no aprendes.

Y le tapona la herida con algo de pasto.

Juana se ha olvidado ya de pestañear cuando mira de nuevo hacia atrás. Ahora distingue bien a los otros que vienen: el Flecha, el Barquero, Simón y, como un ogro con botas de siete leguas, el capitán Juan Trujillo.

Y piensa que quizá ha llegado el momento de echarse a descansar.

La jugada de Simón había sido arriesgada. Sin saber muy bien si lo iba a conseguir, apostó a que Ily iba a encontrarlo de nuevo si salían de la ciudad. Partieron enseguida, a caballo, en la misma dirección que el indio y él habían tomado para llegar. Estaban a punto ya de entrar en la selva y aún no lo había encontrado; Trujillo le miraba con caras muy raras. Lo último que necesitaba Simón era haber sacado a todo un capitán de la compañía de su mando en plaza, con otros dos de su cuerda, y que todo fuera una fantasmada. En el fondo, él se había empeñado en venir. En todo caso, a Simón se le estaban encogiendo las tripas y se le notaba en la cara.

—Soldado, ¿de verdad tienes claro adónde ir?

Entonces, como un San Gabriel con pelo en las orejas anunciándose a una improbable virgen, el tití apareció sobre un árbol, chilló, lanzó un huesito de fruta y salió correteando de rama en rama. Simón ya no se preguntaba por estas cosas extrañas, solo sintió que debía seguir su trazada. Como arrancó tan decidido, los otros le siguieron, y al internarse en la selva, muy pronto, Simón lo vio. Ily estaba subido a una rama, acuclillado, con los brazos estirados, serio, esperando. El soldado se acercó y no se anduvo con titubeos, le contó decidido que tenía que ir a su pueblo a por una persona buena. El indio pensó, sacó unas piedras, movió los dedos y al volver a mirar a los ojos de Simón, sintió la rasquiña. Entonces se levantó y montó en su caballo y, sin volver a abrir la boca, les llevó sin descanso durante los dos días siguientes.

Y ahora por fin han conocido la misteriosa Ciudad Perdida.

Ha caído la tarde. Corre un viento húmedo, calentito. Este sitio da gusto. Aunque da cierta náusea también mirar hacia el bohío quemado con las calaveras. Simón dirige la vista mejor hacia el otro lado, donde Juana sigue dormida, pálida, cubierta por mil capas, curada con emplastos que ha preparado el indio, que ahora descansa sentado sobre la gran piedra. Enfrente de Juana, sin haberse movido en las últimas seis horas, avivando el fuego sin cesar, sin comer, queriendo morir en cada gesto de ella, Trujillo vigila.

¿Qué pasará mañana?, piensa Simón Lobato en un mohín lacónico.

Y entonces le estremece una rara melancolía. ¿Qué es esto? ¿Será que me estoy haciendo viejo? Toca la tierra suavemente, como recordando algo. No se mancha con ella, es blanda, negra, dulce. Extiende su mano un poco más allá, toca esa espalda, esos senos de tierra que le hacen sentirse de nuevo en una noche extraña. Bucea en sus recuerdos, se echa hacia atrás, se apoya en la piedra y, hundiendo su mano en el humus, cierra los ojos.

Traza unas líneas con los dedos por la gravilla y abre los ojos.

Gunnale siente erizarse la piel. Se frota con el escalofrío. Sube la mano manchada de polvo y la pasa por sus labios. Respira. Mira alrededor. El jaguar descansa ronroneando a su lado. Más allá, ahumándose con una hoguera medio apagada, AruaBiku habla con los Antiguos.

Por lo demás, el templo sigue vacío. No ha vuelto nadie, ni nadie vendrá en mucho tiempo. Nadie se ha atrevido a tocarla, ni siquiera Tucán, pero ella, a espaldas del viejo, baja su mano por los pechos hinchados y llega hasta el vientre caliente.

Allí, pequeña, bastarda, está la simiente de un mundo nuevo.



## MI NOMBRE

—Juana, Juana... ¿Qué ocurre?

—¿Por qué me despiertas?

Ella abre los ojos. Toda su vista se llena de él, de su barba, de sus ojos pequeños metidos entre arrugas tostadas por sol y matanzas. Se adivina algo parecido a una sonrisa.

—Me estabas llamando.

Estaba soñando, solo existíamos tú y yo. Pero no. Seguimos aquí en este prado, en este cementerio silencioso donde extrañamente se respira un aroma infinito de paz.

Un poco más allá, encadenado, ve a Blas removiéndose dolorido. La cara deformada por las quemaduras, su mejilla izquierda ennegrecida por el veneno, mal rematada por la ausencia de oreja. El Flecha y el Barquero andan cerca, tostando un ave en el fuego como si estuvieran en un día de asueto. Ella se mira los brazos.

—A mí no me has puesto cadenas.

—Tú no te vas a escapar a ningún sitio.

Sin duda. No puede moverse. La herida le duele más que nunca. Trujillo se coloca de nuevo en el sentón donde estaba de guardia, a su lado, todas estas horas, sin que ella supiera.

—Estuve a punto de matarlo con mis propias manos. He pasado dos días de viaje rabioso. No hay nada que me irrite más que el que me tomen el pelo. Y ese crío enloquecido que ha jugado con media ciudad no ha hecho más que tratarnos como marionetas a todos.

—Tiene una cabeza privilegiada. Mal orientada, pero única.

—Aún estoy pensando en arrancársela del cuello. Pero la mirada que me echó el indio que nos ha traído... este lugar... en fin, no he podido.

—¿Sabes la historia de este lugar?

—El indio proviene de aquí. No sé por qué rocambolesca fortuna vuestro querido Simón ha ido a dar con él, pero fue providencial. Nunca habiéramos podido llegar sin su ayuda.

—Al pueblo le gustará verle la cara. —Juana vuelve a mirar a Blas—. Cuando os venga bien, podéis ejecutarlo en un lamentable espectáculo de esos que tan bien sabéis organizar en la plaza.

Por más que la conozca, a Trujillo le cuesta aguantar esa lacerante ironía.

—Se le acabó esa cara bonita de niña y ese piquito de oro —se deleita Trujillo—.

No sé si conseguirá volver a hablar alguna vez.

—Ahora se le ve su verdadero rostro... como a mí. —Y ahora mira a Trujillo—. ¿Qué tal se me ve ahora que soy mujer?

—Tienes un aspecto horrible.

Juana se ríe despacito. Le duele.

—Aunque vistiera con paño fino de Sevilla la cosa no mejoraría mucho. Soy fea. No tiene mucho remedio.

Juana mira triste la hoguera.

—Antes no sabía que era fea. Ahora sí, y es cosa horrible. Nunca pensé que tuviera defectos. Qué estúpida soy.

—Juana, eres una mujer extraordinaria.

—Juan, eres un hombre...

Pero la emoción o el dolor no la dejan seguir. Aprieta los dientes con fuerza, busca postura un dedo más arriba o más abajo, respira. Vuelve a la vida. Sonríe. Con los ojos semicerrados toma el licor de ese nombre.

—Juan... Juan, Juana. ¿Has visto qué bromas nos juega la vida? Pero era más fácil antes, no tenías que llamarme por mi nombre. Ahora llamarnos a los dos suena reiterativo. Es casi mejor como estaba. Yo cedo. Al fin y al cabo, ya casi no existo.

—Deliras.

—Sí, es más fácil vivir así, diciendo locuras. Ahora comprendo a Ventura. Si no puedes decir la verdad, es mejor que te tomen por loco.

—Juana, no te fuerces.

—No, insisto. Es mejor seguir como estaba. Seguiré siendo Fiz, y tú no te sentirás humillado. Al menos hasta que me pierdas de vista. O yo a ti. Quizá cierre los ojos de aquí a un rato y ya no los vuelva a abrir.

—No vas a morir. Si descansas y la herida se cierra...

—¿Qué va a ser de mí, Juan? Ya soy tu prisionera, no tengo forma de huir. Me siento rota por dentro... Vas a volver hecho un héroe. Nadie te habrá comprendido al salir de La Ciénaga, por tu cuenta, a la selva..., pero vuelves con dos prisioneros, y de alto rango. El asesino y la hereje. Tu carrera va a dar un gran salto, capitán.

»Para mí solo queda la infamia. Hasta da igual la herejía. Es esta idea absurda de haber mudado la piel lo que me convierte en rea de por vida. Acepté vestirme de hombre por un día, por dos... y después mi soberbia, mi curiosidad infinita, un cierto juego temerario..., el corazón y eso que tenéis los hombres y que se ve que me ha venido dado en el traje: el honor. Ahora sé lo que es, Juan. Qué ironía. He perdido la honra cometiendo el pecado y la gran impostura de suplantar a otro hombre; pero ahora sé lo que es de verdad sentirse honrado por algo. Había sentido el orgullo, sabía lo que era disfrutar de un hallazgo, del placer de encontrar una idea, de ser por un instante la única persona en el mundo en conocer algo ignoto hasta entonces. ¿Sabes que Júpiter tiene cuatro lunas?

Trujillo niega con la cabeza. No es capaz ni de pronunciar palabra.

—Yo sí, pero es un secreto de hereje. Sé de muchas lunas, capitán. Allí y allí y allí —dice señalando en el cielo—, pero nunca me preocupé de qué ocurre cuando la nuestra nos ilumina en la noche. Cuando todos los hombres usan la noche para amar a sus hembras, para soñar el futuro, para añorar el pasado, yo miraba al cielo. ¿A quién le importaban los asuntos mundanos? ¡El mundo es mucho más grande! Pero al cabo, bajé la vista hacia el suelo y vi que los hombres estaban para mí más lejos que Júpiter y todas sus lunas. No he sabido lo que es el amor ni la codicia ni el poder, hasta ahora. Ahora sí; ahora sé cuáles son las pasiones humanas. Antes de probarlas ya sé que no serán para mí, apenas he podido absorber el aroma. Pero el honor, sí. He ofrecido mi mano tendida y he servido a los otros. Bien es verdad que no lo hice por gusto al principio, sino más bien por salvar el pescuezo. En segundo lugar, lo hice por ese monstruo maligno que tengo dentro de mí: ese inflado muñeco que disfruta dejando boquiabiertos a todos los demás, y si son hombres, más. Pero a la postre, resultó que lo hice por ti. Por eso que tú representas, por esa cuestión tan absurda, tan falta de sentido, tan huérfana de gratitud: el deber. Ahora sé qué es hacer algo por alguien y esos seres humanos que vi tan lejanos ya están a la vista. Ya no son lunas de Júpiter. Ya tienen nombre. Igual que las lunas, jamás sabrán que yo ayudé a mejorar su existencia. Quizá sí; no sé, da igual. Yo moriré. Pero a esas estrellas lejanas no les importará que yo las haya observado con mi telescopio. A estos seres humanos, a esa Ana Galinda que salvé de las garras de Osuna, al pequeño Germán, incluso al despreciable Felipe, que no lo merece...

—A mí...

—A ti, quizá te salvé también, de ti mismo, algún día... a todos vosotros. No lo sabréis, quizá me olvidéis... Pero hice algo por vos y cambié vuestra órbita. Ahora soy más Dios que el que puso planetas vacíos allí arriba.

Y ahora sí, cierra los ojos.

Trujillo salta con el corazón en la boca y los ojos repletos de lágrimas, pero a medio camino ella abre los suyos de nuevo y sonríe.

—¿Adónde vais, capitán? ¿Os aburre mi cháchara inútil?

—Iba a atizar un poco la hoguera.

Pero se siente imbécil mirando hacia el fuego.

—Ya no hablaré más. Llévame a La Ciénaga, dejemos el trato de amigos. Ya no tiene sentido. No vamos a volvernos a ver, si es que sigo con vida.

—No vengo a capturaros, marquesa.

Ya está, ya lo he dicho.

Juana hace un esfuerzo por abrir bien los ojos. Esto es absurdo, ¿qué he oído? Pero a Trujillo le cuesta arrancar.

—Me cuesta llamaros de este modo. Juana, marquesa... no sé si llamaros de vos... En fin, yo... Necesito de vuestra ayuda.

—¿Cómo?

Trujillo remueve las brasas con un palo. Todas las brasas.

—Las arcas del cabildo han desaparecido. Todo lo que se recauda a hacenderos, mercaderes y pescadores y que mantiene en pie la ciudad ha sido robado. Nadie sabe cómo se ha conseguido penetrar en una sala siempre vigilada y con varias llaves para su apertura.

Juana se ríe y con la risa le duele el abdomen. No puede seguir escuchando, pero el capitán no se detiene.

—Lo que es seguro es que sigue dentro de La Ciénaga. Con el acoso de los indios, la ciudad está cerrada, nadie se atreve a tomar un camino, y el puerto está cerrado hasta que yo lo ordene. Está allí adentro y hay que encontrarlo.

—Ya he resuelto suficientes enigmas en estos días y casi me cuestan la vida. No creo que me quede más seso. Pero se trata solo de dinero, Juan. ¿Qué os aporta ir detrás de ladrones?

—Juana (si es que me dejáis llamaros así), es mucho más importante de lo que parece. Mis soldados han de recibir su salario. En tiempo de guerra viven del saqueo. En tiempo de paz, se le cobra al cabildo un tanto por la guarnición de la ciudad. Si el cabildo no tiene esos cuartos, no podré retener a mi tropa en La Ciénaga y en puertas de una guerra con los indios, no puedo permitirme deserciones en masa.

—Abandonad la plaza. Los indios son multitud.

—Lo sé. Pero yo he recibido un mandato del gobernador, que es como si lo recibiera del emperador. Y desgraciadamente, sé también lo que es el honor.

—Sois admirablemente loco, Juan. —Juana le observa intentando escrutarle—. Vos me estáis contando un cuento, ¿verdad?

Trujillo traga saliva.

—No quiero tomaros presa, Juana. Me he sentido humillado y ofendido por vuestro engaño, pero sin yo merecerlo habéis sido leal y tan admirablemente loca como yo.

Juana tiembla y no del frío.

—En nombre de esa lealtad, sois libre.

Quién lo diría.

—Gracias, Juan.

—Pero al mismo tiempo os pido... estoy dispuesto a continuar esta farsa y proteger vuestra identidad si venís conmigo de vuelta.

Seguir con el traje de cura, el pelo rapado y la mentira ante todos. Ante todos menos tú.

—En realidad, volver a La Ciénaga es también más seguro. La montaña está llena de indios en pie de guerra. Parece que vienen de todas partes, de muy lejos, llamados a recuperar la bahía. Lo mejor es regresar allí y, en cuanto tengamos ayuda de Santa Marta por mar, organizar la salida al menos de niños y mujeres...

—¿Los curas entramos en el lote?

Trujillo dibuja una pequeña sonrisa.

—Si no deseáis volver conmigo, si no os fiais, lo entenderé. Podéis intentar la

marcha hacia el norte, por allí. —Señala una senda que sube hacia el monte—. Detrás de esas montañas está Santa Marta. Ese muchacho, Simón, estará encantado de acompañaros allá donde vayáis. Ha demostrado estar dotado con una estrella, ha vuelto de la muerte varias veces, así que iréis protegida ante los hados. Habréis de sortear a las tribus de indios que os vengán de frente, pero quizá ese indio que ha venido hasta aquí con nosotros quiera ayudaros. Santa Marta y Cartagena son grandes. Si llegáis hasta allí, podréis ganar una nueva identidad, tomar un barco a La Española... Quizá en un tiempo ese sea mi destino...

Y luego soy yo quien delira. ¿Dónde hay más hierbas de esas? Capitán, capitán, ¿por qué no me dejáis descansar? Pero Juana, una vez más, se llena de ironía la cabeza para esconder las lágrimas que guarda en sus ojos. Trujillo deja pasar el silencio, observa el rostro contrito de Juana, suelta el palo en el fuego y lo deja quemarse.

—Yo preferiría que vinierais conmigo. Pensadlo bien. Os lo pido como lo que, espero, alguna vez fui: un amigo.

Y Trujillo se levanta alejándose sin mirarla.

—Juan... solo una pregunta más.

Trujillo se vuelve a medias para escuchar.

—¿Por qué viniste tú a por mí?

Trujillo se queda inmóvil, como si no le hubiera llegado del todo el sonido de su voz.

—¿Por qué no mandaste simplemente a tus hombres, al Flecha, al Barquero, esos que son tus brazos y tus piernas?

Trujillo gira la cabeza hacia delante, dándole la espalda. Dos aves vierten sus voces sobre la bruma. Parecen pelear, pero en el fondo están enlazadas en un raptó plateado. Es bella la estampa desde este lugar. La selva con su desorden enmarañado parece algo lejano e imaginario desde aquí arriba. Vuelve de nuevo su rostro, mirándola apenas.

—Era mi deber.

Y continúa su camino, mezclándose con la hierba.

Juana lleva su mirada hacia los caballos. Simón duerme en felicidad absoluta. El camino hacia el norte se pierde detrás, monte arriba. Vuelve la vista al espacio vacío que ha dejado Trujillo. Se mira las manos, los pies desnudos, se toca la herida.

Cierra los ojos.

Tiene que intentar olvidar un rato este dolor y pensar.

Organizar sus opciones.

Veamos: de lo más sencillo a lo más complejo.

Premisa número uno...